

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA
Departamento de Filología Románica, Eslava y Lingüística
General



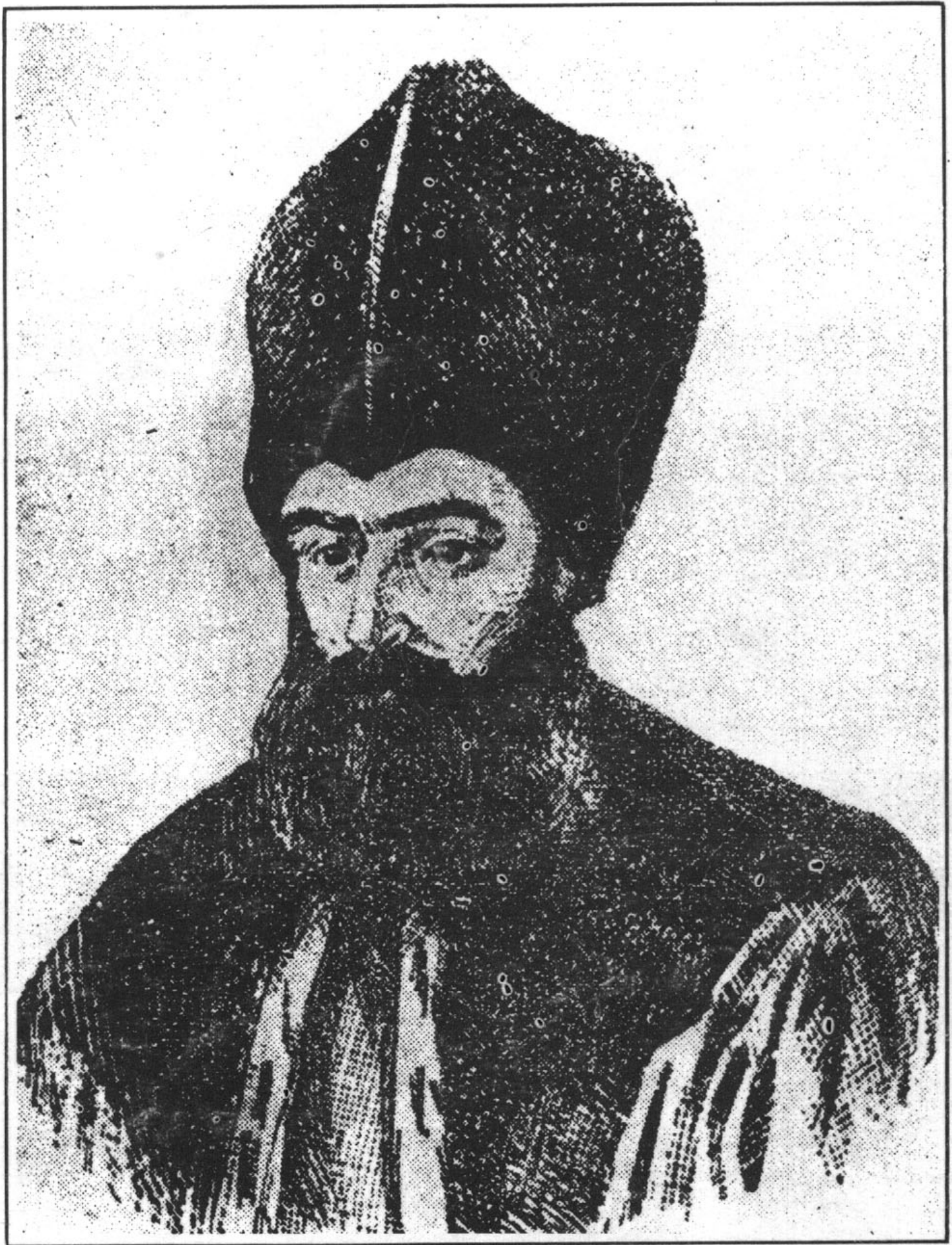
**DINICU GOLESCU: ESCRITOR Y VIAJERO POR
EUROPA**

**MEMORIA PRESENTADA PARA OPTAR AL GRADO DE
DOCTOR POR Juan José Ortega Román**

Bajo la dirección de la Doctora:
Eugenia Popeanga Chelaru

Madrid, 2002

ISBN: 84-669-1942-2



“Hay viajes que conducen a un destino más que a una meta.”

Julio Verne: *Miguel Strogoff*.

*“Tu ai dispărut, scrierile
tale îți vor supraviețui,
și numele tău va rămâne
scump științei precum și
celor ce se adapă de la
izvoarele tale.”*

Epitafio de Ion Heliade Rădulescu a Dinicu Golescu.

Curierul românesc, 9 de Octubre de 1830.

A Carmen Mejía, que depositó su confianza en mí y que, con su entusiasmo y estímulo, me embarcó en esta aventura.

A Juan Ribera, compañero de viaje que, contra viento y marea, me infundió ánimos para continuar la singladura.

A Eugenia Popeangă, que, desplegando todas sus velas, condujo mis pasos y llevó a buen puerto este proyecto.

A Pedro Peira, mi maestro, donde quiera que esté. Con mi eterna gratitud.

A Fran, ya sabe por qué

ÍNDICE

Justificación: el porqué de una elección (p. 12)

Iconos y observaciones (p. 15)

CAPÍTULO I

EL MARCO HISTÓRICO DE LOS PRINCIPADOS
RUMANOS Y DE EUROPA (CUADRO CRONOLÓGICO)
..... (p. 16)

CAPÍTULO II

EL AUTOR: VIDA Y OBRA (1777-1830) (p. 45)

I) Sus primeros años: su formación (p. 46)

II) Su actividad política y social (p. 51)

III) Su idea sobre la enseñanza (p. 58)

IV) Su actividad literaria (p. 65)

V) Sus ideas ilustradas (p. 73)

VI) Golescu y el ideal utópico (p. 78)

VII) ¿Golescu, escritor pre-romántico? (p. 82)

VIII) Golescu, masón (p. 98)

IX) Sus últimos años (p. 109)

CAPÍTULO III

LIBROS Y LITERATURA DE VIAJES DE LA ÉPOCA: VIAJEROS ILUSTRADOS Y ROMÁNTICOS EN LOS PRINCIPADOS RUMANOS (p. 111)

I) EL DISCURSO (p. 112)

1) La tipología del discurso: entre libros de viajes y literatura de viajes (p. 112)

2) La retórica del discurso (p. 124)

2. 1) Una primera aproximación (p. 124)

2.1.1) El viaje y la narración (p. 126)

2.1.2) Las paradas (p. 127)

2.1.3) Los contratiempos (p. 128)

2. 2) El cliché ilustrado (p. 131)

2. 3) Los elementos morfológicos (p. 133)

2.3.1) El *yo* viajero (p. 134)

2.3.2) La simultaneidad de espacio y tiempo (p. 135)

2.3.3) La descripción (p. 135)

2.3.3.1) La descripción de las personas (p. 137)

II) EL VIAJE Y EL VIAJERO (p. 141)

1) La tipología del viaje y del viajero (p. 141)

1.1) La naturaleza del viaje (p. 141)

1.1.1) El viaje como placer (p. 141)

1.1.2) El viaje como aventura (p. 148)

¶ La aventura de conocimiento (p. 148)

¶ El reportaje (p. 153)

1.1.2.1) El espacio de la aventura (p. 162)

A) Dentro de los principados rumanos ... (p. 164)

B) Fuera de los principados rumanos (p. 167)

a) Hacia Oriente (p. 167)

b) Hacia Oriente y Occidente (p. 176)

c) Hacia Occidente (p. 178)

1.1.2.2) El tiempo de la aventura: el pasado (p. 181)

1.1.3) El viaje “no-aventura”	(p. 186)
1.1.3.1) El viajero de sillón	(p. 188)
1.1.3.2) El escritor viajero y el viajero escritor	(p. 192)
1. 2) La naturaleza del viajero	(p. 198)
1.2.1) ¿Quién viaja? ¿Por qué?	(p. 198)
1.2.1.1) El mercader y el comerciante	(p. 202)
1.2.1.2) El diplomático	(p. 204)
1.2.1.3) El peregrino	(p. 204)
1.2.1.4) El boyardo ilustrado	(p. 208)
1.2.2) La actitud del viajero	(p. 212)
1.2.2.1) La actitud pasiva	(p. 212)
1.2.2.2) La actitud activa	(p. 214)
A) Nicolae Milescu, un precursor	(p. 215)
B) Dinicu Golescu, viajero hacia el futuro (e)utópico	(p. 217)
III) LA LITERATURA DE VIAJES	(p. 224)

CAPÍTULO IV

	<i>ÎNSEMNARE A CĂLĂTORIEI MELE</i>	(p. 230)
I)	SU INSCRIPCIÓN EN EL GÉNERO: <i>¿ÎNSEMNARE A CĂLĂTORIEI MELE, UN LIBRO DE VIAJES?</i>	(p. 231)
II)	LOS ELEMENTOS MORFOLÓGICOS DEL DISCURSO: LA ORGANIZACIÓN TEXTUAL. LA SINTAXIS DE LOS TÓPICOS	(p. 236)
1)	El <i>yo</i> viajero	(p. 236)
1.1)	Forma de presentar el relato	(p. 237)
1.1.1)	La intertextualidad	(p. 238)
1.2)	Dinicu Golescu: narrador, personaje y persona	(p. 245)
1.3)	Las relaciones del <i>yo</i>	(p. 253)
1.3.1)	La relación con el lector: procedimientos retóricos y estilísticos. El modo del discurso	(p. 253)
1.3.1.1)	La atención al lector	(p. 253)
1.3.1.2)	La configuración del párrafo	(p. 255)
1.3.1.3)	La antítesis: comparación, oposición y contraste	(p. 257)
1.3.1.4)	El humor	(p. 259)
1.3.1.5)	La ironía	(p. 260)
1.3.1.6)	El estilo oral	(p. 262)
	A) Invocación y exclamación	(p. 262)
	B) Expresiones propias del acto de habla ..	(p. 262)
	C) Preguntas retóricas	(p. 263)
	D) Incisos verbales	(p. 263)
1.3.2)	La relación con los personajes	(p. 265)
1.3.2.1)	La ausencia de personajes	(p. 265)
1.3.3)	La relación con el mundo	(p. 268)
1.3.1.1)	Las limitaciones lingüísticas	(p. 268)

2) La simultaneidad de espacio y tiempo	(p. 277)
2.1) El itinerario	(p. 277)
2.2) El tiempo	(p. 293)
3) La descripción, núcleo del discurso	(p. 299)
3.1) Diferentes formas del discurso	(p. 301)
3.1.1) Formas abreviadas: informativas	(p. 301)
3.1.2) Formas amplificadas: informativas y didáctico-enciclopédicas	(p. 304)
3.1.2.1) La digresión	(p. 304)
3.1.2.2) La enumeración	(p. 305)
3.1.2.3) La descripción	(p. 307)
A) Telegráfica: el apunte	(p. 307)
B) Propiamente amplificativa	(p. 310)
3.2) El objetivo de las descripciones	(p. 315)
3.2.1) El retraso intelectual y espiritual	(p. 318)
3.2.1.1) La lengua	(p. 318)
3.2.1.2) La literatura y el teatro	(p. 322)
3.2.1.3) La educación	(p. 324)
3.2.1.4) La moral y las costumbres	(p. 327)
3.2.2) El retraso material	(p. 331)
3.2.2.1) El urbanismo y la arquitectura	(p. 331)
3.2.2.2) Las instituciones: museos, bibliotecas, escuelas, hospitales.....	(p. 332)
3.2.2.3) La agricultura	(p. 336)
3.2.2.4) El comercio: industrias y fábricas	(p. 337)
3.2.2.5) Los parques y los jardines	(p. 338)
III) ESTUDIO FILOLÓGICO DE LA OBRA	(p. 341)

1) Estudio lingüístico: el texto, una primera aproximación	(p. 341)
1.1) Los caracteres cirílicos	(p. 341)
1.2) Distintas ediciones y versiones	(p. 342)
1.2.1) La repercusión de la obra	(p. 348)
1.3) La puntuación	(p. 350)
1.3.1) Los dos puntos	(p. 351)
1.3.2) El punto y coma	(p. 352)
1.3.3) Los signos de interrogación	(p. 353)
1.4) La morfología	(p. 353)
1.4.1) La morfología verbal	(p. 354)
1.4.2) Prefijación y sufijación	(p. 361)
1.4.2.1) Del sustantivo	(p. 361)
1.4.2.2) Del adjetivo	(p. 362)
1.4.2.3) Del verbo	(p. 362)
1.4.2.4) Del adverbio	(p. 363)
1.5) La sintaxis	(p. 363)
1.5.1) La sintaxis interna	(p. 363)
1.5.2) La sintaxis textual	(p. 370)
1.6) El léxico	(p. 376)
1.6.1) Elementos de segunda base	(p. 377)
1.6.2) Elementos de tercera base	(p. 377)
1.6.3) Las lenguas del texto	(p. 378)
1.6.3.1) El latín	(p. 378)
1.6.3.2) El eslavo	(p. 379)
1.6.3.3) El húngaro	(p. 380)
1.6.3.4) El turco	(p. 381)
1.6.3.5) El griego	(p. 383)
1.6.3.6) El francés	(p. 387)
1.6.3.7) El italiano	(p. 390)
1.6.3.8) El alemán	(p. 391)
1.6.3.9) El ruso	(p. 392)
1.6.4) El calco	(p. 393)
1.6.5) El préstamo	(p. 394)
1.6.6) El neologismo	(p. 395)
1.7) Los neologismos de <i>Însemnare a călătoriei mele</i> ...	(p. 397)

1.7.1) El carácter concreto y el abstracto	(p. 404)
1.7.2) El origen	(p. 405)
1.7.3) La frecuencia y los ámbitos	(p. 406)
1.7.4) La adaptación de los neologismos	(p. 409)
1.7.4.1) Adaptación formal	(p. 409)
A) Vía oral	(p. 412)
B) Vía escrita	(p. 412)
1.7.4.2) Adaptación semántica	(p. 412)

2) La lengua literaria: la aportación de Dinicu Golescu	(p. 415)
---	----------

EPÍLOGO:

¶ DINICU GOLESCU, PRISIONERO DE DOS MUNDOS (p. 420)	
¶ ...Y DE SÍ MISMO	(p. 423)

BIBLIOGRAFÍA	(p. 425)
--------------------	----------

JUSTIFICACIÓN: EL PORQUÉ DE UNA ELECCIÓN

Resulta difícil justificar, *a priori*, los motivos que nos han llevado a elegir a Dinicu Golescu -y más concretamente, su obra *Însemnare a călătoriei mele*- como objeto de nuestro estudio. Sin embargo, analizando pormenorizadamente todos y cada uno de los valores y características que el libro posee, la tarea se nos presenta, quizás, menos ardua.

Ante todo, habría que traer a colación la relevancia de la figura de Dinicu Golescu como uno de los introductores de la cultura occidental en los principados rumanos. Si bien la obra que aquí se aborda ha sido infravalorada durante muchos años por la crítica rumana, por su tradicionalmente considerado escaso valor literario, la importancia del boyardo Golescu no ha sido del todo desconocida. Es justamente hoy, cuando parece existir una cierta *moda* por los libros y la literatura de viajes, cuando se está revisando, no sólo en la Europa occidental sino también en la actual Rumanía, el valor literario, documental, estilístico y un largo etcétera de muchos escritores que habían pasado práctica e injustamente desapercibidos hasta la fecha. Todo, en mayor o menor medida, parece interesar al estudioso de los libros de viajes: “*Sólo entendiendo el legado de nuestros antepasados podremos comprender nuestro presente y tal vez nuestro futuro*” parece desprenderse de las palabras de todo aquél que se asoma con curiosidad a una producción, más o menos literaria, de corte viajero-memorialístico con una intención que va más allá del mero deleite del simple lector. De ahí esa necesidad de recuperar obras, de mayor o menor calibre literario, que nos den cumplida cuenta del estado de la cuestión en el siglo XIX. Una vez producido este efecto en el propio ámbito rumano, nuestro gozo y nuestro propósito ha sido -en un intento de expansión centrífuga- el de aproximar la literatura de viajes rumana al resto del círculo europeo. Y más concretamente: el de dar a conocer en nuestro país el diario de viajes de Dinicu Golescu, totalmente desconocido hasta la fecha. Precisamente por ello, nuestro trabajo de investigación no sólo se ciñe al terreno puramente científico-crítico, sino que también, pensando en ese acercamiento de culturas, incluimos la traducción de la obra (Volumen II). Somos conscientes de que la lengua rumana, a pesar de su ya consabida latinidad, es una lengua lejana -geográfica y lingüísticamente- incluso para el estudioso de la Filología Románica. Sirva la traducción como mero soporte aproximativo.

Instalados en este territorio no hemos querido, por tanto, restringir el marco de la literatura de viajes al dominio estrictamente balcánico. Prueba más que evidente de que el texto golesquiano tiene tanto vigencia diacrónica como presencia diatópica es su comparación con otros *corpus* textuales occidentales de los siglos XIX y XX. La propuesta de tesis que presentamos es, más que un texto, un macrotexto. No hemos querido escatimar lenguas -románicas y no románicas- a la hora de poder arrojar un mínimo rayo de luz en la a menudo oscuridad que parece existir cuando queremos establecer un conjunto de preceptos teóricos que nos lleven a discernir con nitidez los límites entre unas y otras producciones viajero-memorialísticas. Esto ha hecho posible que nos veamos en la tesitura de manejar -aun a sabiendas de que todavía existen ciertos inconvenientes para definir la tipología del género- una serie de conceptos para tratar de llevar a buen puerto la siempre difícil dicotomía *libros de viajes / literatura de viajes*. Nuestro objetivo ha sido intentar adaptar los cánones occidentales a las particulares propuestas de la crítica literaria rumana. Nos negamos a admitir que Dinicu Golescu se halla solo en la inmensidad del piélago literario. Es hora de reivindicar alto y claro que *Însemnare a călătoriei mele* no es un texto escrito para ser condenado al olvido y a la más triste de las soledades. La *isla literaria* rumana sigue haciendo gala de sus contactos con el continente europeo occidental gracias, particularmente, al influjo que el Imperio austríaco, por una parte, y posteriormente una cierta *galomanía*, por otra, ejercieron. No en vano el mismo Golescu siente, pongamos por caso, una especial admiración por la figura y la obra de Jean-Jacques Rousseau y su espíritu enciclopédico y educativo. Destacamos desde ahora mismo la importancia de nuestro boyardo como impulsor de los estudios de pedagogía en los principados rumanos. Así, con este mismo espíritu enciclopédico, se nos ha presentado la ocasión de comparar el libro de Golescu -no sólo desde el punto de vista sincrónico y diacrónico, sino también desde el diatópico- con relatos de autores rumanos del XIX, o con diarios de viajes del siglo XV escritos en la Europa occidental, por ejemplo. En los vastos dominios que la literatura comparada nos ofrece nos movemos, siguiendo los preceptos establecidos por C. Guillén (1985), *entre lo uno y lo diverso*. Proponemos desde estas páginas un viaje a la literatura europea occidental, un viaje a Oriente, un viaje a la literatura decimonónica rumana, un viaje al pasado... La disección literaria que intentamos ofrecer oscila entre esta serie de coordenadas espacio-temporales.

Al hilo de este talante ilustrado del que hacíamos mención, quizás uno de los aspectos más relevantes y significativos de nuestro trabajo sea la parte que se centra en la figura de Dinicu Golescu como supuesto masón. Aportamos aquí algunos datos que no dejan de ser un primer estadio para futuras y posibles investigaciones.

La amalgama de todos estos elementos sea, tal vez, el factor desencadenante que nos hace plantearnos, del mismo modo, en qué términos cabe hablar de Ilustración y/o de Romanticismo en los territorios rumanos. Ambos conceptos merecen ser revisados, siempre dentro del ámbito rumano, no sólo en función de la literatura, sino también de la política y de los acontecimientos históricos y sociales de la época. Dinicu Golescu, a pesar de su bagaje clásico e ilustrado, no deja de ser una persona que propugna una serie de valores típicamente románticos; el epígrafe *¿Dinicu Golescu, escritor pre-romántico?* es hoy en día más que una realidad.

Centrándonos en *Însemnare a călătoriei mele* cabe destacar lo significativo que resulta un texto tan curioso, particular y jugoso desde el punto de vista lingüístico. Por lo que a la situación léxica de la lengua rumana se refiere, Dinicu Golescu nos ha dejado un más que precioso documento fosilizado, que oscila entre el arcaísmo y el neologismo y que da fe de la realidad existente en la época. El libro del boyardo constituye una pieza de especial relevancia a la hora de completar el difícil *puzzle* de la historia del léxico rumano. La peculiar -y casi personal y única- sintaxis del texto es un más que interesante motivo de estudio para todo aquél que quiera comprender el poderoso influjo que la lengua griega ejerció sobre el sistema lingüístico rumano durante el período fanariota (1711/1715-1821). Éstos, unidos a otros factores, hacen del diario de nuestro viajero un *corpus* textual con un estilo literario único que, por paradójico que resulte, hemos querido calificar de *no estilo*. Su único estilo, si acaso, reside, tal vez, en la sintaxis: es aquí donde nuestro autor se hace reconocible. El texto es un texto completo y complejo.

ICONOS Y OBSERVACIONES

- [*] El subrayado es nuestro.
- [] Apostilla o comentario nuestros.
- (*) Nota nuestra.
- Cfr.: Confróntese
- Vd.: Véase
- (s. f.) Sin fecha.
- <*> Forma no atestiguada.
- * Nota de Dinicu Golescu o, en su defecto, del autor cuyo texto se cita.
- ** Nota de Dinicu Golescu.
- *** Nota de Dinicu Golescu.
- Al referirnos a pasajes de *Însemnare a călătoriei mele*, a menos que indiquemos lo contrario, lo hacemos tomando como texto base la paginación de la edición de Mircea Anghelescu (1990).
- La bibliografía ofrecida al final de este volumen (volumen I) hace referencia tanto al trabajo de investigación como a la traducción (volumen II).
 - Las citas de obras artístico-literarias incluidas -salvo algunas excepciones de textos originales en húngaro, danés o polaco, por ejemplo- se han efectuado respetando la lengua original. De este modo, aparecerán fragmentos en castellano, catalán, gallego, portugués, italiano, francés, inglés, alemán y, por supuesto, rumano. Mención aparte merece el texto *Utopía* de Tomás Moro que, a pesar de estar escrito originariamente en lengua latina, aparece citado, para facilitar la comprensión, en su versión castellana.

CAPÍTULO I

EL MARCO HISTÓRICO DE LOS PRINCIPADOS RUMANOS Y DE EUROPA.

(CUADRO CRONOLÓGICO)

El nombre y la obra de Dinicu Golescu -y quizás más concretamente su libro *Însemnare a călătoriei mele-* van indisolublemente ligados al capítulo de dominación fanariota de la historia de Rumanía. Por ello, el período histórico que desde estas páginas intentaremos abordar -siendo conscientes de la amplitud que ello representa- será el comprendido entre el momento en que se inicia la dominación en Moldavia (1711) y el año en que nuestro escritor muere (1830). Algo más de un siglo para acercarnos al contexto histórico rumano y europeo en el que nuestro escritor se halla y para tratar de entender las razones que le impulsaron a realizar sus viajes y a querer reflejar por escrito todas aquellas ideas que perseguían la finalidad de proporcionar a sus compatriotas una vida más digna y una sociedad más justa, así como el objetivo de conducir a su país hacia el progreso, hacia Occidente, hacia la luz...

El cuadro cronológico se hace eco no sólo de los hechos más relevantes de la historia social, política, económica y cultural de los principados rumanos, sino también de los acontecimientos más destacables de países como Francia, Gran Bretaña o España. Pretendemos poner en evidencia y en relación los sucesos más significativos del contexto histórico europeo con la finalidad de que no se entiendan como meros casos aislados e independientes.

Nos adentraremos, por consiguiente, “... *într-o epocă de creștere a conflictelor sociale: între tirani și popoare, între imperii naționalitățile asuprite, între proprietarii de fabrici și muncitori.*”, en palabras de P. Cornea (1972, 220).

CUADRO CRONOLÓGICO

1711:

- 30 de Abril: En Transilvania tiene lugar la paz de Satu-Mare entre los *curuți* (soldados de Rákóczi II, príncipe de Transilvania) y los partidarios del Imperio austríaco, lo cual confirma la consolidación de la dominación habsbúrgica en este principado.

- 6-17 de Octubre: En Moldavia, con la subida al trono de Nicolae Mavrocordat, se inicia el régimen fanariota en este principado.

Los príncipes fanariotas estaban considerados como simples gobernadores de provincias a los que se les confiaba una doble misión: la de mantener a los principados rumanos bajo la dominación otomana y la de integrarlos en el sistema económico turco con el fin de asegurar el aprovisionamiento de la Puerta y de los ejércitos de jenízaros con todo lo que fuera necesario. Sin embargo, los principados continuaron conservando su autonomía interna; ni fueron ocupados por los turcos ni transformados en *pachaliks* (bajalatos), como en un principio se podría pensar y como sí sucedió con otros países balcánicos y con una parte de Hungría.

La lengua griega se convierte en la lengua oficial de los nobles y de la administración.

1713 -1714:

- En España se pone fin a la Guerra de Sucesión: firma de los Tratados de Utrecht-Rastatt.

1714:

- Dimitrie Cantemir, antiguo príncipe de Moldavia es elegido miembro de la Academia de Berlín, convirtiéndose en el primer rumano miembro de una Academia científica europea.

- La Dieta de Transilvania fija la cuota de los días de trabajo de los campesinos: 4 por semana para los siervos y 3 para los *jeleuri* (colonos, campesinos sin tierra).

Esta cuota era muy superior a las estipuladas en Moldavia y Valaquia, las cuales oscilaban entre 12 y 24 días por año.

- 24 de Marzo - 4 de Abril: Como consecuencia del conflicto con miembros de la familia Cantacuzino, Constantin Brîncoveanu es depuesto y enviado a Constantinopla, donde será posteriormente decapitado junto a sus hijos y a Ianache Văcărescu, su consejero.

1715:

- 25 de Diciembre - 5 de Enero de 1716: Nicolae Mavrocordat es nombrado Príncipe de Valaquia, instaurando así el régimen fanariota en este principado. El anterior -y último- príncipe autóctono Ștefan Cantacuzino y su padre, Constantin Cantacuzino, son ejecutados por los turcos en Constantinopla.

1716:

- A petición de sus colegas académicos, y con el fin de dar a conocer el folklore y las tradiciones de su patria, Dimitrie Cantemir escribe la *Descriptio antiqui et hodierni status Moldaviae*.

- Junio 1716 - Julio 1718: La guerra austro-turca, desarrollada en parte en los territorios rumanos, ocasiona nuevos perjuicios a sus habitantes.

1717:

- Transilvania es liberada de la ocupación turca.
- España invade Cerdeña. Formación de la Triple Alianza.

1718:

- 21 de Julio: A través del Tratado de Passarowitz, firmado con el Imperio otomano, los Habsburgo incorporan al Imperio austríaco Oltenia y Banat, así como el norte de Serbia. Transilvania se verá sometida así a un impuesto militar para garantizar el mantenimiento de los ejércitos

imperiales. Este impuesto irá aumentando como consecuencia de la devaluación del florín austríaco, pero también a causa de las numerosas guerras llevadas a cabo por los austríacos.

Hasta 1751 será el comandante militar el que detente la función de gobernador, y a partir de ese año será la administración civil, con un presidente a la cabeza, la que tome el poder.

1718 - 1729:

- Radu Popescu publica sus *Istoriile domnilor Țării românești* en las que expone los acontecimientos más importantes de Valaquia desde su fundación hasta 1728, en un intento de enlazarlos con la historia de Moldavia y de Transilvania. Es la última obra cronística de Valaquia.

1719:

- 22 de Febrero - 5 de Marzo: Mediante un decreto imperial se establece el modo de administración de Oltenia, cuyo gobierno pasará a depender de la autoridad del comandante militar de Transilvania.

- En Inglaterra se publica *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe.

1721:

- En Francia Montesquieu publica *Lettres Persanes*.

1722:

- El emperador austríaco Carlos VI comienza la colonización de la provincia del Banat con población germánica.

1725:

- Tratado de Viena entre Felipe V de España y Carlos VI de Austria.

1726:

- En Inglaterra Jonathan Swift publica *Travels into severals remote nations of the world, in four parts by Lemuel Gulliver, first a surgeon and then a captain of several ships*.

1729:

- 6 de Mayo: Designación de Ioan Inocențiu Micu-Klein (1692-1768) como obispo de los rumanos unidos (greco-católicos) de Transilvania, iniciando así la lucha por la emancipación social y nacional de los rumanos transilvanos a través de numerosos documentos dirigidos a la Corte de Viena que no son bien recibidos y que provocan su destitución. No obstante, gracias a él se asientan las bases ideológicas de la lucha por la liberación nacional de los rumanos de Transilvania.

1733:

- El boyardo moldavo Ion Neculce empieza a escribir *Letopisețul Țării Moldovei*, la última gran crónica moldava.

1734:

- En Francia Voltaire publica sus *Lettres philosophiques*.

1736 - 1739:

- Guerra ruso-austro-turca en los territorios rumanos, que terminará con la Paz de Belgrado (7-18 de Septiembre de 1739), mediante la cual Oltenia vuelve a pertenecer a Valaquia.

1737 - 1738:

- El campesinado de Banat se levanta contra el régimen de los Habsburgo.

1739:

- 1-12 de Septiembre: Austríacos y turcos firman la Paz de Belgrado.

1740:

- Muere Carlos VI de Austria, al que le sucede su hija María Teresa.

- Empieza la Guerra de Sucesión austríaca.

- El príncipe Mavrocordat intenta introducir algunas reformas administrativas, sociales, políticas y fiscales, entre las que destacan la *Constitución* de 1740, en la que se exime a los boyardos y al clero de pagar impuestos al príncipe. Los boyardos se convierten así en una nobleza de función cuyos títulos son concedidos en relación a los cargos ocupados en el pasado. Los dignatarios, locales o nacionales, son pagados con un salario por primera vez.

1741:

- 7 de Febrero: Con el fin de llevar a cabo la reorganización de las instituciones del país, Constantin Mavrocordat, príncipe de Valaquia (1735-1741), vuelve a poner en vigor los principios de la reforma fiscal de 1701 que contemplaban como característica principal el pago de los impuestos anuales en 4 plazos. Moldavia lo hará un año después.

1742:

- 12-23 de Enero: En Moldavia, Constantin Mavrocordat fija las condiciones laborales de los campesinos adscritos a la jurisdicción de los monasterios: 12 días de trabajo al año. En Valaquia hará lo mismo en 1744.

1743:

- Ion Neculce finaliza su *Letopiseșul Țării Moldovei*.

1746:

- 5-16 de Agosto: Abolición de la servidumbre personal en Valaquia; las tierras, no obstante, son propiedad de los monasterios y de los boyardos y los campesinos (*rumâni* en Valaquia, *vecini* en Moldavia) que han de trabajarlas según un número estipulado de días por año. Con esta abolición la política de reformas de los príncipes fanariotas se integra por primera vez en la corriente europea ilustrada existente en la Europa occidental.

- En Francia Diderot publica *Pensées philosophiques*.

- En Viena se funda el Instituto *Theresianum*.

1747:

- 25 de Febrero - 8 de Marzo: A través de un decreto particular, la emperatriz María Teresa (1740-1780) establece las obligaciones de los campesinos de Transilvania, a saber: para los siervos, 3 días de trabajo por semana con ganado o 4 días sin él; para los *jeleuri*, un día por semana.

1748:

- En Francia Montesquieu publica *L'esprit des lois*.

1749:

- 6-17 de Abril: Abolición de la servidumbre en Moldavia. Gracias al príncipe Constantin Mavrocordat, los siervos pasan a ser campesinos libres sin tierra, pero viéndose obligados a trabajar 24 días por año, a diferencia de Valaquia, donde la cuota era de 12 días por año.

1751:

- En Francia hace su aparición el primer volumen de la *Encyclopédie*, dirigida por Jean le Rond D'Alembert (1713-1783) y Denis Diderot.

1755:

- En Francia Jean-Jacques Rousseau publica su *Discours sur l'origine de l'inégalité des hommes*.

1756:

- Febrero: A instancias de la diplomacia francesa, Constantin Racoviță es nombrado *voivodă* de Moldavia y Constantin Mavrocordat, *voivodă* de Valaquia.

1757:

- Dimitrie Eustatievici escribe la *Gramatică românească*.

1759:

- En España muere Fernando VI, que será sucedido por su hermano Carlos III.

- En Francia, Voltaire publica *Candide*.

1759 - 1761:

- Movimiento contra la Unión en Transilvania dirigida por el monje Sofronie de Cioara-Hunedoara. El sínodo de Alba Iulia reivindica la total libertad de culto. Amenazado con la prisión, Sofronie huye a Valaquia, que también estaba contra la Unión y donde sí se apoyaba la libertad de culto. Como represalia, el general Bucov ordena incendiar y demoler los monasterios ortodoxos de Transilvania.

1762:

- Aparecen en Francia el *Émile ou de l'éducation* y *Le contrat social* de Jean-Jacques Rousseau.

1764 - 1765:

- Movimientos populares en Bucarest contra los abusos del príncipe y de sus acólitos.

1765:

- 2 de Noviembre: Transilvania es elevada al rango de Gran Principado.

- En Francia se publican los diez últimos volúmenes de la *Encyclopédie*.

1766:

- 1 - 12 de Enero: Por decisión especial Grigore III Ghica introduce el *nart* (norma jornalera de trabajo) en Moldavia, lo cual no hace sino agravar las condiciones laborales de los campesinos.

- 23 de Marzo: En Madrid estalla el Motín de Esquilache que ocasiona la destitución y el destierro del ministro del rey.

1767:

- En España tiene lugar la expulsión de los jesuitas.

1768:

- Viendo el peligro que les amenaza, la Puerta declara la guerra a Rusia. Apoyados por la población de los países rumanos, los ejércitos rusos llegan hasta el Danubio.

- 18 de Marzo: En España se produce el reparto de tierras baldías y concejiles.

1768 - 1774:

- La guerra ruso-turca desarrollada en los territorios rumanos crea una serie de condiciones favorables a la intensificación del movimiento de liberación nacional. Al lado del ejército ruso participan en los combates voluntarios rumanos.

1769:

- En Transilvania, los días de trabajo estipulados -con la ayuda de animales o sin ellos- eran cuatro por semana para el siervo y tres para los *jeleuri*, lo cual suponía, respectivamente, un total de 200 y de 150 días por año.

- Los abusos que la nobleza llegó a cometer fueron decisivos para que la emperatriz María Teresa interviniera en las relaciones entre los siervos y los nobles, estableciendo a través de un decreto conocido como *Certa puncta* la obligación de trabajar tres días por semana en el caso de que se contara con la ayuda de animales, y cuatro si el trabajo se hacía con sus propias manos. Así, en Transilvania, el trabajo era la obligación más dura que el siervo tenía con el estado, mientras que en Valaquia y Moldavia era el diezmo.

- La emperatriz María Teresa vuelve a reglamentar las cargas del campesinado, obligando a los grandes propietarios a acordar con sus siervos la cantidad de terreno necesario para su sustento, así como a reconocerles a los campesinos el derecho al pasto comunal.

- Ante las cada vez más violentas protestas, y con el fin de evitar el desencadenamiento de nuevos movimientos en Transilvania, María Teresa emite un decreto de tolerancia a través del cual se reconoce la existencia legal de la confesión ortodoxa. A pesar de ello, las persecuciones contra la iglesia ortodoxa seguirán estando a la orden del día.

- Se crea en Transilvania la *Societate Economică Transilvană*.

- 26 de Noviembre - 7 de Diciembre: Un cuerpo de voluntarios rumanos participa en la guerra ruso-turca y libera Bucarest antes de la llegada de las tropas rusas. Los combates se suceden en Giurgiu y en el monasterio de Comana.

1770:

- Julio - Agosto: Gracias a la ayuda de los voluntarios rumanos, ansiosos de su independencia, las tropas rusas vencen a las turcas en las batallas de Larga y de Cahul.

1772:

- En Francia se publican los dos últimos volúmenes de láminas de la *Encyclopédie*.

1772 - 1773:

- En el transcurso de las conversaciones de paz de Focşani y Bucarest, las delegaciones de Moldavia y Valaquia reivindican el reconocimiento de la independencia de hecho y la unión de los principados, al tiempo que solicitan la garantía colectiva de Rusia, Austria y Prusia.

1774:

- 10-21 de Julio: Tratado de Paz de Küçük Kainargi que otorga la victoria a las tropas rusas. A Moldavia y Valaquia se les exime del tributo durante dos años. Rusia obtiene la libertad de navegación y comercio en los mares y puertos del Imperio otomano, así como el derecho a intervenir ante el Diván a favor de los países rumanos. Como consecuencia de esta paz la potencias occidentales aumentan su interés por los productos rumanos.

- Septiembre: A través de un especial decreto del sultán los viejos privilegios de Moldavia y Valaquia se ven reforzados y el derecho de compra de productos rumanos por parte turca se ve limitada. Poco a poco el poder otomano empieza a menguar progresivamente.

- En Alemania aparece *Werther*, de Johann Wolfgang von Goethe.

1775:

- Durante su primer reinado, Alexandru Ipsilanti, general del ejército ruso, al mando del zar Alejandro I, reorganiza y moderniza la justicia en Valaquia al tiempo que toma una serie de medidas con el fin de mejorar la administración.

- 7-18 de Mayo: Como recompensa por la ayuda diplomática acordada durante la guerra ruso-turca de 1768-1774, y tras una convención austro-turca, la Puerta cede al Imperio austríaco la parte septentrional de Moldavia (Bucovina), sin tener en cuenta las protestas del príncipe moldavo Grigore III Ghica (1774-1777), matado posteriormente por los turcos. Esta cesión territorial continuará vigente hasta 1918.

1776:

- En Baviera tiene lugar la creación del grupo de los *illuminati*.

1777:

- 7 de Febrero: Nace, en Golești, Dinicu Golescu.

- Aparece la ley escolar *Ratio educationis*.

1778:

- Samuil Micu (1745-1806) publica *Brevis historica notitia originis et progressus nationis daco-romanae seu ut quidem barbaro vocabulo apellant valachorum, ab initio usque ad seculum XVIII*, la primera obra representativa de la nueva historiografía de la *Școala Ardeleană* traducida al rumano posteriormente en versión abreviada por el propio autor con el título *Scurtă cunoștință a istoriei românilor*. Es la primera vez que la historia de Rumanía aparece ligada a la historia de la antigua Roma.

- 6 de Junio: El territorio de Banat es incorporado a Hungría.

1779:

- Una delegación de campesinos transilvanos de Zlatna, con Horea a la cabeza, presenta en la Corte imperial una queja contra el abuso de la administración. Se trata del primer viaje que Horea, futuro jefe de la revuelta de 1784, realiza a Viena.

- Samuil Micu publica en Viena *Carte de rogaciuni pentru evlaviea homului chrestin*. Es la primera afirmación pública de la ideología de la *Școala Ardeleană*. Al estar escrita en caracteres latinos y no cirílicos, Micu quiere demostrar la posibilidad que tiene la lengua rumana de ser escrita con el alfabeto latino y así poner de manifiesto la forma latina de las palabras.

1780:

- Muere María Teresa de Austria y José II es proclamado emperador.

- Samuil Micu y Gheorghe Șincai (1754-1816) publican *Elementa linguae daco-romanae sive valachicae*, la primera gramática impresa de la lengua rumana. Demuestran con ella el origen románico del rumano y proponen la adopción de la ortografía etimológica en caracteres latinos, al tiempo que enriquecen el vocabulario con la introducción de elementos de la lengua latina.

- Alexandru Ipsilanti se propone modernizar la justicia y separarla de la administración creando, a través de la *Pravilnicească condica*, los tribunales departamentales y estableciendo el proceso del juicio.

- Se constituye la Academia de Oradea.

1780 - 1790:

- El reinado de José II en el Imperio de los Habsburgo constituye el apogeo de la política del absolutismo ilustrado. Las reformas aplicadas en este período abarcaron todos los sectores de la vida social y política. Acogidas con hostilidad por la nobleza de Transilvania, las reformas sólo fueron aplicadas aquí de un modo parcial, sin poder modificar la estructura fundamental del principado. La oposición de la nobleza del conjunto del imperio forzó al emperador, ya en el lecho de muerte, a

anular todas sus reformas a excepción del edicto de tolerancia religiosa y de la patente de abolición de la servidumbre.

1781:

- Mientras que en los principados se lleva a cabo una serie de reformas de carácter moderno, el emperador José II procede de igual forma en su imperio, por lo que estas reformas afectan también a Transilvania. A la figura del clérigo superior se le arrebató el derecho de censura y se le otorga a una comisión de tipo laico, más liberal; diferentes órdenes monásticas son suprimidas y sus bienes, secularizados.

- 8 de Noviembre: En Transilvania José II promulga un edicto de tolerancia que concede a todas las confesiones el libre ejercicio de derecho y que provoca el abandono del catolicismo por un gran número de rumanos. Se produce la disolución de 700 monasterios.

Se procede, asimismo, a una reorganización administrativa mediante la cual el Gran Principado de Transilvania es dividido en once condados dirigidos por dignatarios a sueldo; la justicia es separada de la administración por la creación de un juzgado de apelación conocido como *Tabla craiască*, al que se subordinan otras dos tablas: la de Cluj y la de Tîrgu Mureş. La servidumbre personal de los campesinos (*iobagi*) es suprimida; otorgándoseles, además, el derecho de libre permutación, el de matrimonio y el derecho de aprender un oficio y de disponer de sus bienes.

- Se promulga la ley escolar *Norma Regia*.

1782:

- Con el fin de garantizar que se cumplan las cláusulas de los tratados ruso-turcos, se crea un consulado ruso en los principados rumanos. Éste será el encargado de presentar a la corte imperial los abusos cometidos por los turcos y los príncipes fanariotas en los principados.

- 24 de Mayo: En Cîmpeni tiene lugar una sublevación general. Veintitrés *moţi* (habitantes de los Cárpatos occidentales), considerados los verdaderos artífices del levantamiento, son conducidos a prisión; 5 de ellos son condenados a muerte.

1783:

- En Austria, José II convierte el matrimonio en un contrato civil y legaliza el divorcio. También propone el nombramiento de obispos sin autorización papal y crea sus propias escuelas para la formación de clérigos.

1784:

- 31 de Enero: Con el fin de reclutar el mayor número posible de soldados, José II publica un decreto en el que se estipula que el contingente militar de las ciudades fronterizas sea aumentado con el de las ciudades vecinas y próximas. Los campesinos transilvanos interpretan el decreto como una medida contra ellos y asaltan las oficinas de reclutamiento, en especial la de Alba Iulia. Ellos mismos serán, entonces, los que efectúen las listas por urbes y no como disponía el emperador.

- José II traslada la corona húngara a Viena y declara el alemán lengua oficial. Esto ocasionará un conflicto nacional con Hungría.

- 1 de Abril: Horea es recibido en audiencia por el emperador José II, al cual le expone la difícil situación por la que está pasando el campesinado transilvano.

- 11-22 de Mayo: Con el fin de estrechar los lazos entre el Imperio austríaco y Transilvania, la lengua alemana es declarada lengua oficial en este principado.

- 31 de Octubre: En la Asamblea de Mesteacăn, Crişan, un campesino rumano, comunica a sus iguales que José II ha disminuido sus cargas, permitiéndoles así actuar como guardias fronterizos.

- 2 de Noviembre: Estalla la revuelta campesina encabezada por Horea, Cloşca y Crişan. El campesinado ataca varias residencias nobiliarias de Zarand, Hunedoara y Deva. Con el armisticio de Tibru cesan las acciones revolucionarias, pero el ejército imperial ocupa los principales centros. Horea y Cloşca son capturados el 27 de Diciembre; Crişan lo será el 30 de Enero de 1785.

1785:

- 28 de Febrero: Horea y Cloșca son ejecutados en Alba Iulia; Crișan se suicida.

- 22 de Agosto - 2 de Septiembre: Como consecuencia de la revuelta se publica la patente de abolición de la servidumbre en Transilvania; se les reconoce a los campesinos el derecho a desplazarse de un lugar a otro.

1787:

- 24 de Agosto: El desencadenamiento de una nueva guerra ruso-austro-turca convierte a los países rumanos en un escenario de operaciones que durarán hasta 1792.

- Aparece el *Dicționarul germano-român* de Ioan Molnár Piuariu.

1788:

- En España muere Carlos III; le sucede Carlos IV.

1789:

- En Cluj aparece el diario húngaro *Erdély Magyar Hirvivö* (*Reportero húngaro de Transilvania*).

- 14 de Julio: En Francia estalla la Revolución francesa: Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano.

1790:

- Ante la presión de las fuerzas retrógradas, José II anulará personalmente en su lecho de muerte las reformas promulgadas en 1781. La nobleza transilvana recupera de este modo sus antiguos derechos.

1791:

- Marzo: Los representantes del pueblo rumano de Transilvania presentan el *Supplex Libellus Valachorum*, un manifiesto en el que se pone de relieve la conciencia nacional a través de la cual se solicita a Viena la igualdad de derechos con respecto a los otros pueblos. Dicho manifiesto será ignorado por el emperador Leopoldo II.

-10-21 de Mayo: Los boyardos de Valaquia piden a las delegaciones rusa y austríaca la autonomía y la neutralidad del país que habían garantizado. También se solicita el derecho de elegir al príncipe entre los representantes de los estados, la libertad de comercio del ganado y la supresión de los súbditos turcos no musulmanes (*raias*), quedando como única obligación con la Puerta el pago de tributos.

- Paz de Şiştov entre la corte de Viena y Turquía.

1792:

- Como consecuencia de la Paz de Şiştov, Rusia se ve obligada a suscribir el tratado de Iaşi con el Imperio otomano, poniendo así fin a la guerra ruso-austro-turca.

- En Cluj se crea la *Societate teatrală*.

1793:

- Creación de la *Societate pentru cultivarea limbii maghiare din Transilvania*.

1795:

- Fundación de la *Societate filosofeşti a neamului românesc din Mare Principatu Ardealului*.

1796:

- Con el fin de difundir las ideas de la Revolución francesa y de la Ilustración, se designa al primer cónsul francés en los principados rumanos.

- Se inicia la campaña de Napoleón en Italia.

1797:

- Napoleón emprende su campaña militar en Egipto.

1798:

- Constantin Hangerli, *voivodă* de Valaquia (1797-1799) aumenta notablemente los impuestos, al tiempo que los empleados de diferentes cargos administrativos cometen numerosos abusos.

1799:

- 9-10 Noviembre: Golpe de Estado en Francia. Napoleón accede al poder.

1802:

- 18 de Agosto - 12 de Agosto de 1806: Reinado de Constantin Ipsilanti en Valaquia. Teniendo como objetivo la fundación del reino de Dacia que agruparía a Moldavia, Valaquia y Serbia, organizó una fuerza militar propia. Este hecho, unido a sus relaciones con Rusia, originan la sospechas de los otomanos, quienes ordenaron su destitución, así como la del *voivodă* moldavo Alexandru Moruzi (1783-1801). Una nueva guerra ruso-turca estalla. Ya de vuelta en los países rumanos, Ipsilanti trata de llevar a cabo su plan, pero la hostilidad de los boyardos y las sospechas de las autoridades rusas le obligan a abandonar el poder.

- Los boyardos moldavos le presentan a Napoleón un proyecto con el fin de fundar una república *aristodemocrática*.

- Septiembre: La Puerta concede nuevos privilegios a Moldavia y Valaquia, reflejados en un acuerdo ruso-turco de carácter bilateral internacional. Entre ellos, la aceptación de que la duración de los reinados fuera de 7 años.

1804:

- Un violento incendio devasta gran parte de la ciudad de Bucarest, lo cual provocará la adopción de nuevas medidas urbanísticas y de modernización en la reconstrucción de las calles.

- Se abre el Seminario de Socola.

- El pueblo serbio inicia una revuelta contra los otomanos.

- En Francia, Napoleón se autoproclama Emperador de los franceses.

- 1 de Agosto: Desaparición del Imperio romano-alemán y creación del Imperio austríaco con Francisco II (1768-1835) al mando.

1805:

- 3-15 de Enero: La ley agraria de Alexandru Moruzi (1802-1806) dispone la restricción del derecho de disfrute de los pastos y de los bosques por parte de los campesinos moldavos. Así, una buena parte de los dominios pasa a ser propiedad absoluta de los boyardos.

- 25 de Diciembre: Paz de Bratislava entre Napoleón y el emperador de Austria.

1806:

- 22 de Noviembre - 4 de Diciembre: La Paz de Bucarest pone fin a la Guerra ruso-turca. Invocando la destitución de Constantin Ipsilanti en 1802, Rusia declara nuevamente la guerra a Turquía.

- 25 de Diciembre - 4 de Enero: Tras varios combates con los turcos las tropas rusas entran en Bucarest y Constantin Ipsilanti sube de nuevo al trono.

1807:

- Tratado de alianza entre Napoleón y el Zar Alejandro I firmado en Tilsit que marcará durante un tiempo la dirección de los acontecimientos del continente europeo. Ambos emperadores deciden repartirse Europa.
- Moldavia le manda a Napoleón un memorial en el que se solicita la unión de Moldavia y Valaquia en el marco de un Estado unitario.

1808:

- Gheorghe Șincai termina su *Hronicul românilor și a mai multor neamuri*.
- 19 de Marzo: En España estalla el Motín de Aranjuez. Carlos IV abdica en favor de su hijo Fernando.
- 2 de Mayo: Madrid se levanta contra los franceses.

1812:

- 19 de Marzo: En España se promulga la Constitución de Cádiz.
- 16-28 de Mayo: Paz ruso-turca de Bucarest, que tiene como consecuencia la anexión de Besarabia al Imperio ruso.
- Napoleón emprende la campaña de Rusia.
- Ion Budai-Deleanu acaba la segunda versión de la *Țiganiada*.

1813:

- En Valaquia estalla una gran epidemia conocida como “la peste de Caragea”, por ser éste el rey que gobernaba cuando tiene lugar. Se cree que murieron alrededor de 70.000 personas.
- 15-27 de Noviembre: Gheorghe Asachi lleva a cabo una intensa actividad cultural y literaria, en la que destaca la apertura de un curso de formación de ingenieros, que funcionará durante cinco años.

1814:

- 6 de Abril: Abdicación de Napoleón.
- 4 de Mayo: En España se produce un golpe de estado que provoca la restauración del absolutismo.
- 30 de Mayo: Primer Tratado de París.
- 1 de Noviembre - 8 de Junio de 1815: Congreso de Viena

1815:

- 26 de Septiembre: Rusia, Austria y Prusia suscriben la Santa Alianza.
- 20 de Noviembre: Firma de la Cuádruple Alianza entre Rusia, Prusia, Austria y Gran Bretaña.
- El Imperio otomano concede autonomía a Serbia.

1816:

- 27 de Diciembre: Mediante la iniciativa de Gheorghe Asachi tiene lugar en Iași el primer espectáculo de teatro en lengua rumana. En concreto se trata de la representación de *Mirtil și Hloe*, adaptación de la pastoral de Gessner y Florian.
- Gheorghe Lazăr instaure una serie de cursos de ingeniería.

1817:

- Se inaugura la imprenta de Constantin Caracas, de la cual se hará cargo en 1830 Ion Heliade Rădulescu.
- El Imperio otomano le concede la independencia a Serbia.
- En Rusia empiezan a fundarse sociedades secretas.

1818:

- 6 de Marzo: Apertura de la *Școală domnești de la Sfântul Sava* por parte de Gheorghe Lazăr.

- 21 de Agosto - 2 de Septiembre: Promulgación de la *Legiuirea lui Caragea* en Valaquia, la cual aumenta las obligaciones de los campesinos con respecto a sus señores.

- 8 de Octubre: Muere Radu Golescu, el padre de Dinicu.

- 4 de Noviembre - 31 de Enero de 1821: Reinado de Alexandru Suțu, último príncipe fanariota de Valaquia.

1819:

- 12 de Junio - 10 de Abril de 1821: Reinado de Mihai Suțu, último príncipe fanariota de Moldavia.

1820:

- En Cernăuți, de la mano de Racoce, ve la luz el *Crestomaticul românesc*, la primera revista en lengua rumana.

- Enero: En España el pronunciamiento de Riego, al mando de un ejército instalado en Cádiz, obliga a restablecer la Constitución de 1812. Se inicia así el Trienio Liberal (1820-1823).

1821:

- Enero: Al morir Alexandru Suțu, se constituye un comité de gobierno que debía gobernar el país hasta que el nuevo príncipe ocupara el trono. Es entonces cuando los grandes boyardos Grigore Brîncoveanu, Grigore Ghica y Barbu Văcărescu, miembros de la *Hetería*, establecen un acuerdo con Tudor Vladimirescu en el que le prometen su apoyo en el levantamiento armado del pueblo. Vladimirescu empieza los preparativos de la revolución en Oltenia.

- Cada vez es más frecuente entre los jóvenes de familias con posibilidades el disfrute de becas para realizar estudios en el extranjero, particularmente Italia y Francia, y más concretamente París.

- El doctor Vasile Pop publica en Sibiu una obra titulada *Despre apele minerale de la Arpatac, Bodoc și Covașna*, la primera obra de medicina en lengua rumana.

- 18 - 30 de Enero: Tudor Vladimirescu abandona Bucarest con dirección a Tîrgu Jiu al mando de una tropa en pie de guerra.

- 23 de Enero - 4 de Febrero: Asamblea popular en Padeș donde Vladimirescu hace una llamada a la población de Valaquia en la que incita a coger las armas. La llamada, conocida como la “Proclamación de Padeș”, tuvo una gran acogida entre el campesinado.

- Marzo: Las tropas de Vladimirescu marchan hacia Bucarest.

- 3-15 de Marzo: Alexandru Ipsilanti, cabecilla de la *Hetería*, hace un llamamiento a la población de Valaquia con el fin de liberarse de la opresión otomana.

- 21 de Marzo - 2 de Abril: Vladimirescu y sus tropas entran en la ciudad de Bucarest.

- 6 de Abril: En Grecia, concretamente en el Peloponeso, estalla una revuelta antiotomana que da origen a la Guerra de independencia griega, que durará hasta 1829.

- 8-20 de Abril: Encuentro de Alexandru Ipsilanti, jefe del ejército de la *Hetería*, con Tudor Vladimirescu, que se prepara para iniciar las hostilidades contra los turcos en el territorio rumano.

- 1-13 de Mayo: El ejército otomano entra en Valaquia y en Moldavia para acallar la revuelta.

- 21 de Mayo: Muere Napoleón.

- 21 de Mayo - 8 de Junio: Tudor Vladimirescu es capturado en Golești y asesinado posteriormente en Tîrgoviște. Ipsilanti huye a Transilvania.

- Aparece en Buda la revista *Biblioteca românească*, publicada por Zaharia Carcalechi.

1821 - 1848:

- La época abierta por la Revolución de Vladimirescu se caracteriza por una aceleración del proceso de descomposición del feudalismo. La liquidación del monopolio otomano sobre el comercio de los principados rumanos provoca un cambio en todas las estructuras sociales. En Transilvania se desarrolla una industria minera; Moldavia y Valaquia presentan excedentes en sus balances económicos. La burguesía empieza a ocupar una posición cada vez más privilegiada en la vida de los principados. Poco a poco, la soberanía otomana sobre Valaquia y Moldavia y la austríaca sobre Transilvania y Bucovina empiezan a manifestar signos de debilitamiento.

1822:

- 13 de Enero: Los griegos se declaran independientes.

- 2-14 de Marzo: Las potencias europeas remiten un escrito a Turquía en el que exigen la evacuación de los principados rumanos y la instauración de una administración civil en ellos.

- Abril: Representantes de los pequeños boyardos rumanos, con Ionița Tăutul a la cabeza, redactan la “Constitución de los *Carbonări* de 1822.”

- 17 de Abril: Las delegaciones de los grandes boyardos de Valaquia y Moldavia exponen en Estambul las reivindicaciones de la clase dominante de los principados rumanos, es decir, el restablecimiento de los príncipes autóctonos en el trono, el refuerzo de los privilegios de los boyardos y la exclusión de los griegos de las funciones civiles y eclesiásticas, quedando el derecho a ocupar funciones públicas exclusivamente reservado a los rumanos. Turquía sólo acepta la primera de las peticiones.

- 1-13 de Julio: Restablecimiento de los príncipes autótonos Ion Sandu Sturdza en Moldavia y Grigore Dimitrie Ghica en Valaquia.

- Aparece en Buda el *Lexiconul romanescu-latinescu-ungurescu-nemțescu*, el primer gran diccionario etimológico de la lengua rumana, conocido también como el *Lexiconul de la Buda*, redactado por Samuil Micu y Petru Maior (1754-1806). Esta obra marca el inicio de la lexicografía rumana moderna.

1824:

- Junio: Presentación en la Asamblea Cívica de Moldavia de un programa de reformas: creación de un ejército nacional, leyes redactadas únicamente en lengua rumana, separación de los poderes del Estado...

1825:

- 25 de Septiembre: En Inglaterra se inaugura la primera línea de ferrocarril del mundo, que cubre el trayecto entre Liverpool y Manchester.

- Diciembre: Muerte de Alejandro I de Rusia, al que sucederá Nicolás I.

1826:

- Dinicu Golescu funda en Golești una escuela en lengua rumana dirigida a todas las clases sociales sin distinción.

- También publica en Buda *Însemnare a călătoriei mele Constantin Radovici de Golești făcută în anul 1824, 1825, 1826*.

- 25 de Septiembre - 7 de Octubre: En Akkerman se firma la convención ruso-turca que estipula, por parte del Diván, la elección de los príncipes autóctonos por un período de 7 años. Asimismo, se acuerda que los principados queden exentos del tributo anual a Turquía durante dos años.

- En Oltenia tiene lugar un levantamiento popular conducido por Simion Mehedințeanu y Ghiță Cuțui.

- En Inglaterra se inaugura la primera vía ferroviaria del mundo.

1827:

- Fundación en Golești de la *Societate Literară* a iniciativa de Dinicu Golescu, Ion Heliade Rădulescu y Stanciu Căpățîneanu. La sociedad tiene como objetivos reorganizar la enseñanza en todos los niveles, la creación de un teatro nacional y de periódicos en lengua rumana, el fomento de las traducciones al rumano y una serie de reformas políticas.

- Aparición en Leipzig del primer periódico en lengua rumana, *Fama Lipschii pentru Dația*, redactado por I. M. C. Rosetti a petición de Dinicu Golescu. Sólo conocemos 7 números.

- 27 de Mayo: El erudito progresista Petrache Poenaru patenta en París la primera pluma estilográfica del mundo.

1828:

- Ion Heliade Rădulescu publica en Sibiu la *Gramatica românească*, obra de gran importancia en la lingüística rumana de principios del siglo XIX. En el prólogo el autor se muestra a favor de la sustitución del alfabeto cirílico por el latino. Del mismo modo aboga por la aceptación de neologismos como forma de enriquecimiento del léxico de la lengua rumana.

- Se produce la apertura del *Ghimnasium Vasilian*, que se convertirá posteriormente en la *Academia Mihăileană*.

- 14/26 de Abril - 2/14 de Septiembre de 1929: Guerra ruso-turca que tiene como escenario el territorio de Valaquia y otras zonas de la Península Balcánica. Un ejército de voluntarios rumanos (*panduri*) participa junto a las tropas rusas.

- 25 de Abril - 7 de Mayo: Las tropas de la Rusia zarista ocupan Moldavia y Valaquia. Como sustitutos de los príncipes gobernantes Rusia pone una administración militar al mando del conde Pahlen y posteriormente del general Pavel Kisselef.

1829:

- 8-20 de Abril: Aparece en Bucarest, editado por Ion Heliade Rădulescu, el *Curierul românesc*, el primer periódico en lengua rumana de Valaquia. En su suplemento literario, *Curierul de ambe sexe* (1837-1847), Rădulescu publicará las obras de autores rumanos ya conocidos y las primeras producciones de escritores como Cezar Bolliac o Grigore Alexandrescu. Asimismo, numerosas traducciones al rumano de obras de la literatura universal ven la luz gracias a estas páginas.

- 1-13 de Junio: Gheorghe Asachi edita en Iași *Albina românească*, el primer periódico rumano que ve la luz en Moldavia. Posteriormente aparecerá con el título de *Gazeta de Moldavia*. En su suplemento literario, *Alăuta românească*, se incluyen las últimas creaciones de autores como Costache Negruzzi, Mihail Kogălniceanu o Costache Arístia.

- 2-14 de Septiembre: Firma del Tratado de Paz ruso-turco de Adrianópolis, que tiene como consecuencia la restitución de los tres *raias* (Brăila, Turnu y Giurgiu) en Valaquia, la reconfirmación de la autonomía administrativa de los principados rumanos, la designación vitalicia de los príncipes gobernantes, la libertad de comercio para todas las mercancías, la libre navegación de los barcos rumanos por el Danubio y el mar Negro. A pesar de que la ocupación rusa se mantiene, algunas cláusulas de este tratado favorecen el rápido desarrollo del capitalismo.

- Septiembre: Guerra de Independencia de Grecia.

1830:

- 20 de Marzo: Vasile Cîrlova (1809-1831) publica en el *Curierul român* su elegía patriótica *Ruinurile Tîrgoviștei*.

- 30 de Marzo: Las comisiones de redacción de los divanes de Moldavia y Valaquia finalizan los reglamentos orgánicos. Esto traerá como consecuencia la concentración del poder en las manos de los grandes boyardos, la intensificación del régimen de días laborables del campesinado y la introducción del impuesto único, entre otras medidas adoptadas.

- La organización del Estado reside en la separación de poderes. El poder ejecutivo pertenece al príncipe gobernante (elegido con carácter vitalicio por la Asamblea General Extraordinaria), asesorado por un

Consejo administrativo extraordinario formado por seis ministros (Interior, Finanzas, Justicia, Cultos, Guerra y Secretario de Estado). Por su parte, el poder legislativo pertenece a la Asamblea Cívica, con 42 diputados en Valaquia, 35 en Moldavia y un presidente: el obispo metropolitano. La justicia queda así separada de la administración. Estos reglamentos -si exceptuamos el paréntesis de la Revolución de 1848- estarán en vigor hasta 1858.

- Abril: Se redacta un proyecto de ley -que será insertado en los Reglamentos orgánicos- que tiene como fin organizar un ejército nacional.

- 5 de Octubre: Aparece en el *Curierul Românesc* la noticia de la muerte de Dinicu Golescu.

CAPÍTULO II
EL AUTOR: VIDA Y OBRA
(1777-1830)

I) SUS PRIMEROS AÑOS: SU FORMACIÓN

Constandin (Dinicu) Radovici Golescu, el menor de cuatro hermanos -tres varones y una f emina, de la cual apenas se tienen datos-, nació, según consta en el reverso de un retrato al óleo que se conserva en la localidad de Goleşti, perteneciente al distrito de Argeş, el 7 de febrero de 1777 en el seno de una familia noble y culta. Su padre, Radu Golescu, fue uno de los más importantes nobles rumanos (boyardos) de principios del siglo XVIII, quien, como persona ilustrada que era, fundó hacia el año 1814, una escuela de enseñanza primaria en Goleşti, impulsando así el renacimiento de la enseñanza y de la lengua rumanas. A la muerte de éste, en 1818, Dinicu Golescu, se har a cargo de la escuela y continuar a con la labor paterna. Parece heredar no sólo su afición por el estudio y la cultura general, sino también el sentimiento de compasión y de ayuda hacia los más necesitados de la sociedad. Radu Golescu, seg un A. Iordache (1979, 14), constitu a “... o dovadă elocventă a concep iilor sale înaintate, a spiritului umanist, de dreptate  i compasiune pentru cei săraci, carora le-a venit în ajutor prin  nfaptuiri cu caracter economic, social  i cultural (...). Pentru  ntreţinerea lor, dăruia veniturile ob tinute din exploatarea unui pod peste r ul Argeş, de care se va îngriji fiul său Constantin Golescu.” Y por su parte, O. Constantinescu (1965, 89) dec ıa del padre de nuestro viajero:

“... ridicase mori, construisese o sticlărie, iar peste apele ce-i străbăteau moşile făcuse poduri, deschisese prăvălii pentru nego   i hanuri pentru călători etc.”

Lo que no es de extra ar si tenemos en cuenta que los Golescu, si nos remontamos a los or genes del linaje, “... au participat la aproape toate evenimentele de seam  din fr m ntata noastr  istorie.”, como opina Gh. Popp (1968, 5).

De la madre de nuestro escritor, Zoi a Florescu, conocemos que era hija del veedor Constantin Florescu y que falleció en 1804. Aparte de los cuatro hijos, arriba mencionados, el matrimonio Golescu Florescu tuvo, probablemente, otro vástago más, un tal Ianache, muerto antes de 1815, según parece.

Al igual que su hermano mediano, Gheorghe, y a diferencia de Nicolae, el mayor, Dinicu estudió en la Academia griega con Lambru Fotiade (fin. XVIII - princ. XIX) y con Ştefan Commitas (fin. XVIII - princ. XIX), profesores ilustrados, helenistas y al corriente de todo cuanto

acontecía en la Europa del momento, según nos informa A. Camariano-Cioran (1971, 217). De ahí que los dos hermanos, que se debían de llevar unos dos años de edad, conocieran no sólo la lengua griega sino también todas las corrientes artísticas, culturales y sociales que estaban teniendo lugar allende las fronteras rumanas, más concretamente en Occidente. Esta familiarización “... *cu ideile luministe franceze și germane (...)* constituie temeiul filozofic al crizei sale de conștiință...”, en palabras de L. Jucu-Atanasiu (1977, 1).

No podemos asegurar a ciencia cierta el momento en el que tiene lugar este tipo de enseñanza; ni tan siquiera sabemos su contenido exacto, pero es de suponer que seguían las pautas de la *Academia domnească*, cuyos profesores, por lo general, publicaban los manuales de los que se servían en sus actividades docentes.

En los principados rumanos, los presupuestos aristotélicos todavía gozaban de una buena reputación, por lo cual disciplinas como la lógica, la metafísica, la moral o la ética no resultaban ajenas al sistema educativo. No obstante, gracias a la nueva corriente *racionalista-sensualista* que tiene lugar a finales del XVIII, estas materias serán completadas o sustituidas por las correspondientes *Lógicas* de Heineccius (1681-1741) o de Stephan Bonot de Condillac (1715-1780), traducidas al griego. Por su parte, el manual sobre moral de Veniamin de Lesbos (1762-1824), profesor de la Academia de Bucarest, se basará primordialmente en los textos de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Posiblemente, incluso el gusto de Dinicu Golescu por el viaje ilustrado provenga de la comunión con estos ideales griegos, pues, como señala W. Jaeger (1957, 1073):

“Los griegos habían emprendido siempre viajes al extranjero para fines de cultura. Constituyen un fenómeno específicamente griego, al igual que la cultura misma, así concebida. (...). En la época de Platón, la época de la paideia, esta clase de viajes para fines culturales (...) se emprendían con frecuencia, (...). Estos enviados deben informarse, en intercambio con sus iguales del extranjero, acerca de cuáles leyes de su polis son las mejores y cuáles necesitan ser mejoradas.”

Aunque autores como G. Călinescu (1899-1965) no comparten la misma opinión -como nos comenta M. Anghelescu (1990, XVI)-, parece ser que nuestro viajero -según D. Popovici (1972, 353)-, “... *cunoștea foarte bine limba franceză.*” Ahora bien, tal y como Golescu nos cuenta en su *Adunare de pilde*, la recopilación de historias morales de Henri Lemaire (s. f.) en la que se basa es una traducción del francés al griego

realizada por el yerno de nuestro boyardo, Alexandru Racoviță (1773-1853). De este hecho se podría pensar, por consiguiente, que no conocía la lengua francesa. Pero no podemos considerarlo como una prueba categórica. A su favor hay que agregar la afirmación de G. Bengescu (1922, 148), que asegura que nuestro escritor traduce, de un original francés, una recopilación de tratados ruso-turcos referentes a los principados rumanos. Nosotros somos de la opinión de que una persona que en sus obras utiliza neologismos como *pansion* o *cazernă* debía de tener, cuando menos, un conocimiento básico de la lengua francesa e incluso es posible que de la italiana, si resulta que la afirmación de Ion Heliade Rădulescu (1802-1872), recogida por M. Anghelescu (1990, XVII) es cierta, es decir: que los tres hijos de Radu Golescu recibían enseñanzas de griego, latín, italiano y francés. La lengua y la cultura griegas eran, sin duda, las bases de su educación, lo cual no impedía que otras lenguas y otras culturas, como la gala, hicieran acto de presencia, según nos refiere C. Isopescu (1949, IX):

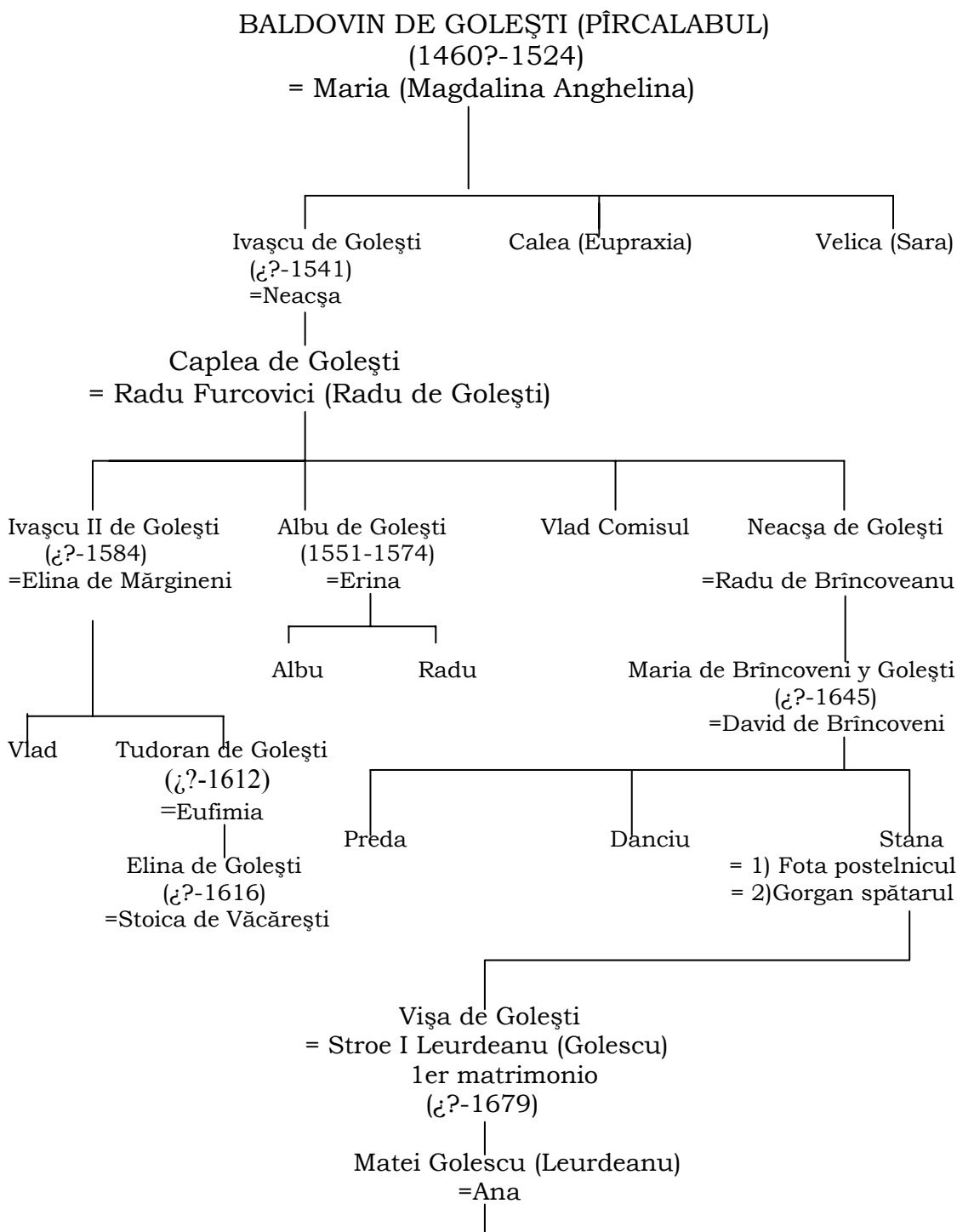
“... sous la domination phanariote (1711-1821), c’est la culture grecque qui se fait de plus en plus place et prend le premier pas. Comme le mouvement latiniste de Transylvanie, elle sera, elle aussi, un principe de renaissance parce que, par le moyen des Grecs, arrive de plus en plus la connaissance de la langue et des auteurs de la littérature française...”

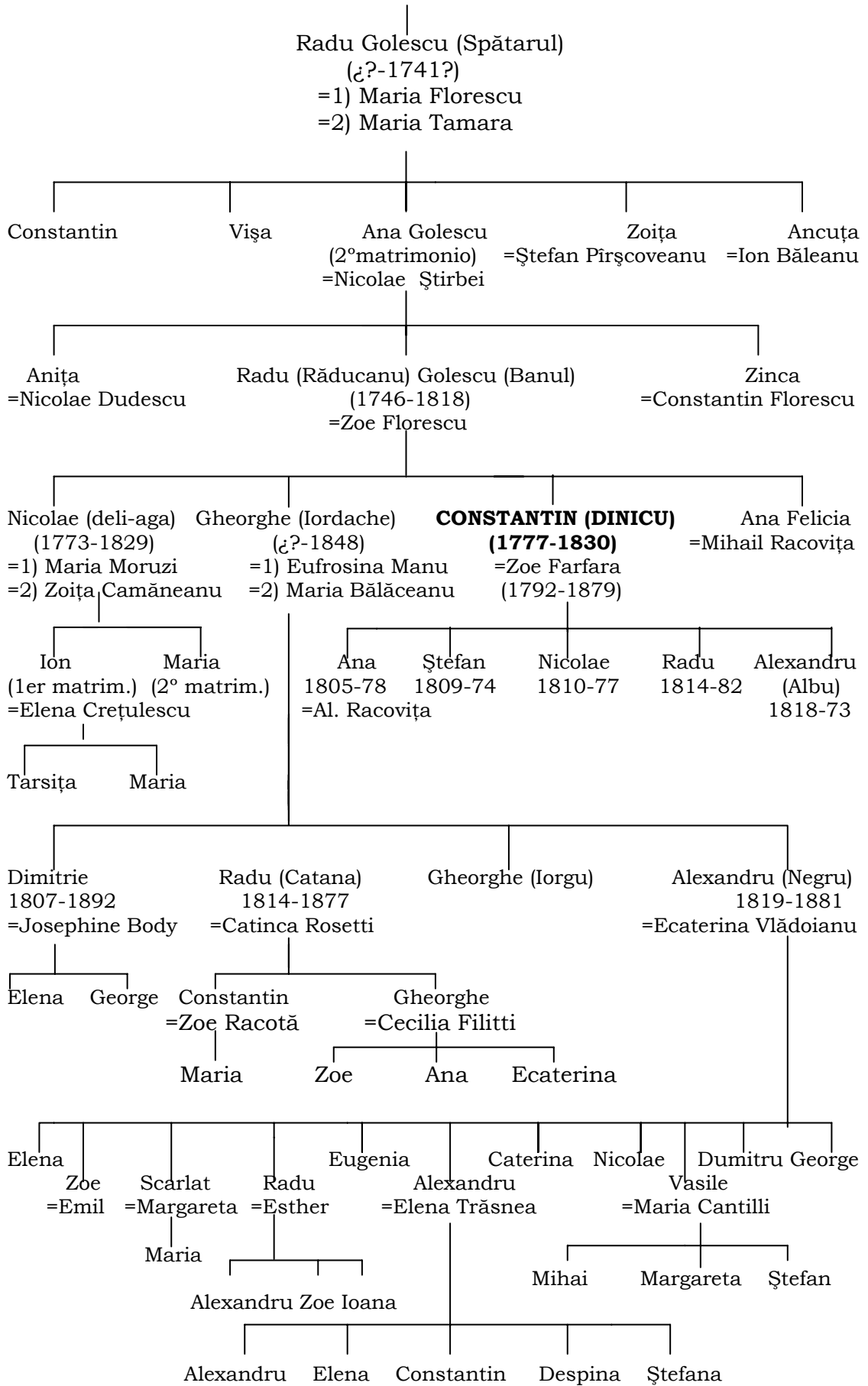
En 1804, cuando Dinicu contaba con 27 años, se casa con una joven de apenas 12 años llamada Zoe Farfara, hija de Alexandru Farfara y Dumitrana Pîrscoveanu, nacida en 1792, de cuyo matrimonio nacen cuatro chicos -que participarán años más tarde en la Revolución de 1848- y una chica que llegará a casarse con Alexandru Racoviță, hijo del príncipe de Moldavia, Mihail Racoviță (s. f.). De los dos primeros hijos de Dinicu Golescu nos comenta A. Iordache (1979, 37):

“Primii doi fii ai lui Dinicu Golescu s-au născut la Cîmpulung-Muscel, unde se retrăsese familia din cauza vicisitudinilor războiului ruso-turc, cel mai mare, Ștefan, în anul 1809, al doilea, Nicolae, în anul 1810, iar ultimii doi, Radu, în 1814, iar Alexandru, în 1818, după cum rezultă din datele însemnate pe pietrele funerare de la Golești. Unica lor soră, Ana, născută la 1805, s-a căsătorit cu Al. Racoviță.”

La relación conyugal con Zoe no fue todo lo satisfactoria que, en un principio, cabría esperar. Debido, posiblemente, a su juventud, las inquietudes de la joven esposa se centraban en la participación de fiestas y bailes. El matrimonio estaba ya separado en torno a 1820.

Reproducimos a continuación el árbol genealógico de los Golescu elaborado por A. Iordache (1982, 280-281), basándose en los trabajos realizados por Octav G. Lecca y Ștefan Greceanu:





II) SU ACTIVIDAD POLÍTICA Y SOCIAL

Nos encontramos, pues, con un Golescu que es el clásico ejemplo de noble ilustrado: inteligente, culto y con ansia de conocimiento de todo aquello que le rodea. No podemos afirmar, no obstante, que fuera un erudito; el aspecto científicista está menos presente en él que, por ejemplo, en su hermano Gheorghe. La base de sus inquietudes reside en su gusto por la observación.

Pero al mismo tiempo, como persona perteneciente al estamento de la nobleza que era, ocupó diferentes cargos boyardescos al frente de la administración. Pocos datos tenemos sobre su actividad política, y de entre ellos no estamos en condiciones de asegurar que todos sean ciertos. Al margen de lo que son sus funciones administrativas, y a modo de anécdota o curiosidad, permítasenos decir que se cree que hacia 1800 se le encomendó una importante misión secreta: ir en busca del canciller Nicolae Dudescu (s. f.), un primo suyo, desaparecido, quien supuestamente debía haber llevado una carta a Napoleón Bonaparte (1769-1821) en nombre de los boyardos anti-otomanos del País rumano. En esta misiva se le pedía al emperador de los franceses que pusiera freno a la cada vez más insufrible opresión turca. Nada se supo acerca de Dudescu: los boyardos nunca tuvieron noticia de si llegó a París, si murió por el camino o si lo asesinaron en Francia. Posteriormente se ha conocido, según comenta A. Iordache (1982, 72), que “... *se dăduse luxului și petrecerilor în capitala Franței, uitînd de misiunea încredințată.*” Nos resulta algo desconcertante, sin embargo, que fuera precisamente Dinicu Golescu, la persona enviada a París en busca de su primo. Si realmente Dinicu era el hijo por el que su padre “... *ținea cel mai mult*”, en palabras de A. Iordache (1979, 14), ¿hubiera consentido su progenitor que se aventurara en esta misión? Sólo sabemos que se trataba de un Golescu, a tenor de las palabras de D. I. Ghica (1896, 30):

“... un jeune homme, nommé Golesco, fut envoyé à son tour pour tâcher de retrouver Dudesco et de savoir les intentions du gouvernement français...”

Pero hay quien ve su presunto viaje a París más bien como parte de una leyenda, fruto quizás de su posterior fama de viajero europeo. Así lo creen autores como D. Berindei (1986, 421), quien supone que, de existir un viaje a Francia, hubiera sido comentado en *Însemnare*:

“... nu credem însă în ipotetica sa călătorie în acei ani de început de veac în Franța (la care neapărat ar fi făcut aluzie în Însemnare de călătorie).”

En 1802, según nos señala L. Jucu-Atanasiu (1977, 2), se refugia en Braşov por miedo a las tropas turcas de Pazvan-oğlu. Es a partir de 1804 cuando podemos afirmar que entra propiamente en la política, a la vuelta de un viaje por Transilvania que realizó con su progenitor. Hacia 1808 lo encontramos como gobernador del distrito de Muscel, y en 1811 ocupando el mismo cargo en el de Argeş, esta vez con el rango de capitán. Según nos informa O. Constantinescu (1965, 89), llegó a desempeñar, posteriormente, un cargo de responsabilidad al frente de la administración del Diván de Valaquia. Tras la muerte de su padre sabemos que fue gran canciller del así llamado *Țara de jos*. No olvidemos que, como muy acertadamente nos comenta M. Constantinescu (1969, 262), el País rumano (esto es, Valaquia) estaba dividido en 3 unidades administrativas: Oltenia (5 distritos), *Țara de sus* (parte occidental de Muntenia) y *Țara de jos* (parte oriental de Muntenia). La designación de los territorios moldavos es distinta, pues *Țara de sus* se corresponde con la parte septentrional y *Țara de jos* con la meridional.

Tras un período de retiro, en el que llega a fundar su propio partido, inició una campaña a favor de Tudor Vladimirescu (1780-1821), líder del movimiento revolucionario de 1821. Parece ser que fue Dinicu Golescu quien salió a su encuentro para darle la bienvenida a Bucarest y para rogarle que ocupara lo antes posible la capital rumana, donde Vladimirescu se entrevistaría posteriormente con Alexandru Ipsilanti (1792-1828). K. W. Treptow (1996, 236) nos relata el pasaje:

“*Vladimirescu’s army (numbering some eight thousand) arrived in Bucharest on 2 April, shortly before Ipsilanti’s motley troops (only a few thousand strong) appeared from the north. Ipsilanti was welcomed by the metropolitan and the boyars, but a week was to pass before he and Vladimirescu met.*”

Se nos hace difícil establecer una idea coherente en cuanto a la posición de Golescu con respecto al movimiento revolucionario; nos faltan documentos que puedan arrojar la luz suficiente para decantarnos con absoluta certeza por una opinión u otra. A pesar de ello, nuestro

boyardo no se nos manifiesta como un adversario de las revueltas, como piensan autores como A. Oțetea (1971, 374); nuestro viajero apoya las sublevaciones, pero a su manera y desde su posición social. Dinicu Golescu, según A. Iordache (1982, 82), no participó de lleno en los acontecimientos de 1821, en tanto en cuanto su carácter era eminentemente social y su modo de actuación de arriba abajo:

“El nici nu putea fi un participant, pentru că niciodată n-a depășit limita de înțelegere a unor reforme făcute de sus în jos.”

Por contradictorio que pueda resultar, nuestro noble -creemos- no es partidario de una profunda reforma social y, por tanto, de clases; eso significaría -como boyardo que es- la pérdida de su *status*. Dinicu Golescu, en el fondo, no está abogando plenamente por una reforma del sistema feudal existente, sino por una mejora de éste basada en el reparto de bienes, en la igualdad, así como en la mejora de las relaciones entre señores y campesinos, como opina O. Constantinescu (1965, 98):

“... soluțiile pe care le indică nu sînt soluții de schimbare a regimului social existent, ci sînt soluții care să ducă la corectarea funcționării modului de producție feudal, la înlăturarea unor excese ale acestuia, la ameliorarea raporturilor dintre țărani și moșieri.”

El progreso del pueblo, no obstante, sería una consecuencia directa de la grandeza y de la inteligencia de las clases altas; de ahí el sentido descendente de su propuesta reformista, de acuerdo con los principios del despotismo ilustrado europeo. Así, M. Condor Orduña (2000, 8) argumenta:

“... mientras el grupo de los liberales y moderados, compuesto por la clase media acomodada y terratenientes, desean reformas y confían en gobiernos dúctiles, en príncipes y potentados, los radicales rechazan estos planteamientos y mantienen que los pueblos deben conquistar su libertad por sí mismos y no por nadie que quiera concedérsela;...”

Estos preceptos nos sitúan a nuestro autor en los límites de las tendencias socialistas y marxistas que tendrán lugar algunos decenios después. En este sentido, quizás no sería un despropósito -si bien es cierto que con alguna reserva-, considerar a Dinicu Golescu un precursor de las ideas que posteriormente Karl Marx (1818-1883) desarrollará en sus obras *El manifiesto comunista* (1848) -éste junto a Friedrich Engels (1820-1895)-y *El capital* (1867), aunque básicamente la diferencia entre ambos sea, precisamente, el carácter reformista del primero frente al revolucionario del segundo.

Quizás la confirmación más evidente de la concepción que Golescu tenía sobre las ideas revolucionarias de Vladimirescu haya que buscarla con mayor detenimiento y atención más en sus propias obras literarias que en los documentos o en las actas oficiales de la época. Nos resultará una complicada y ardua tarea, por consiguiente, intentar disociar tajantemente su vida política de su producción literaria.

En Transilvania, concretamente en la ciudad de Braşov, Dinicu Golescu participa en todas las acciones que organiza el grupo de boyardos allí refugiados como consecuencia de la situación política que está atravesando Valaquia desde hace ya algún tiempo. Los boyardos, como nos dice A. Iordache (1979, 19), “... vroiau să înlătore regimul fanariot și se gîndeau să se înțeleagă cu Tudor Vladimirescu spre a-și atinge scopul (...). Boierii, strînși între înaintarea eteriștilor și cea a lui Tudor Vladimirescu, s-au refugiat la Braşov. Iordache Golescu s-a strecurat cu dificultate la Golești și de acolo pe la Rucăr spre Braşov împreună cu familia sa și a fratelui său Dinicu.” Braşov se erige, de este modo, en centro donde confluyen las tendencias de la cultura ilustrada europea y en enclave estratégico para difundirlas. El crítico N. Cartoian así nos lo refiere (1980, 226):

“... boierimea a ajuns într-o situație materială prosperă (...). Dar din pricina luptelor ce se dădeau în jurul tronului, ea era adesea silită să emigreze către adăposturile din cultura din centrul și Răsăritul european, care stăteau în legătură cu Apusul.”

Con fecha 12 de Julio de 1821 Dinicu Golescu firma en Braşov un escrito dirigido al zar en el que protesta por las barbaridades cometidas en los territorios ocupados por los turcos; el 14 de Agosto de 1822 según recoge el oficial ruso Ivan P. Liprandi (1962, 133), le escribe una carta al cónsul, también ruso, Alexandru Pini (s. f.), y en Octubre de aquel mismo año, otra dirigida a Grigore Ghica (s. f.), a través de la cual los boyardos

refugiados solicitan la ayuda de éste para poder regresar al país. En este mismo año, junto con boyardos como Nicolae Văcărescu (1784-1828), Iancu Văcărescu (1792-1863), Grigore Băleanu (s. f.) y Constantin Cîmpineanu (s. f.), entre otros, Golescu se afilia a la recién creada Sociedad Literaria de Braşov, de presunto carácter masónico. De este modo, una situación puramente política va a ser la responsable directa de la configuración de un acontecimiento social y cultural, pues, como opina D. Popovici (1972, 349), esto servirá para asentar posteriormente las bases que permitan la creación de un teatro y de una prensa locales:

“Obligați de evenimente să se refugieze la Braşov, boierii din Muntenia pun aici bazele unei societăți literare care avea să ducă, peste câțiva ani, la crearea presei și teatrului românesc din Muntenia.”

Tengamos presente que la prensa, en opinión de C. Almuiña Fernández (1989, 246), “... *nace casi coetáneamente con la Masonería moderna...*”

Aproximadamente a principios de 1823 se cree que Dinicu Golescu emprende un viaje a Rusia acompañado de otros boyardos en una posible misión secreta relacionada, precisamente, con la supuesta masonería de la Sociedad Literaria. Es aquí donde se le brinda la oportunidad de contemplar las iglesias rusas de las cuales hablará posteriormente en *Însemnare a călătoriei mele*, pero nada sabemos acerca de este viaje: ni el objetivo, ni la duración, ni tan siquiera el itinerario. Podemos pensar que dicho viaje tiene alguna relación con la petición que hicieron los nobles rumanos refugiados en Braşov para que Rusia se implicara más en los asuntos internos del País rumano, y así protegerlos del yugo otomano.

No nos consta que durante el mandato de Grigore Ghica, Dinicu Golescu desempeñara alguna función oficial. Hemos de esperar hasta abril de 1828 -cuando, a raíz del estallido de la guerra ruso-turca, los territorios quedan ocupados por los rusos- para encontrar su nombre en la lista de boyardos a los que se les ha asignado una serie de funciones. Con la entrada de las tropas zaristas en los principados, Grigore Ghica se marcha de Bucarest y es entonces cuando Golescu es llamado por el Diván para ocupar el cargo de *mare logofăt* del País de arriba (Țară de sus)

Su preocupación más grande, no obstante, está ya patente y es manifestada en *Însemnare a călătoriei mele*: la unión de los principados. Si en el texto aparece una serie de variadas ideas que captan la atención de

nuestro boyardo, al final de su viaje, a modo de colofón, todas las opiniones y consideraciones convergen en un solo objetivo: la esperanza de que llegue un día en que el pueblo rumano conforme una sola nación:

“...ci măcar pasul cel dintîi să se facă, ce aduce toate noroadele spre fericire, carele pas este unul și numai **unirea**, spre folosul obștii, ce de multe ori am cuvîntat.” (p. 116) [*]

El ideal ya está presente en la época, como señala R. Seisanu (1987, 72):

“... *There was much propaganda both at Bucharest and at Jassy from the beginning of the 19th century in favour of the fusion of the two Rumanian principalities and their union with Transylvania, Bukovina and Bessarabia. The first political manifestation for this purpose took place in 1822: a group of Rumanian patriots demanded that a foreign prince be placed at the head of the two principalities. In 1829 several Rumanian “partisans of the Union” formulated in a memorandum the following demands:*

That Wallachia and Moldavia unite to form one principality; that this principality be free and therefore independent of Turkey; that the form of its government be an hereditary monarchy; that this government be entrusted to a prince of a reigning family of northern Germany, on the understanding that the new State could not be subjected to, or incorporated in, the native country of its new sovereign any other State.”

Nuestro libro de viajes se convierte, de este modo, en un *panfleto* de propaganda política al que se llega después de haber sido testigo directo de las atrocidades e injusticias que se han cometido -y se seguían cometiendo- especialmente contra los campesinos de los principados. Golescu manifiesta una especial sensibilidad por este pueblo oprimido; en su escrito subyace -*malgré lui*- la acérrima denuncia de la explotación del campesinado rumano por parte de los boyardos y señores, anclados todavía en estructuras socio-económicas feudales. Nuestro escritor no tiene reparo alguno en decir la verdad, lo que realmente sucede en los principados, y así, en *Însemnare a călătoriei mele* desenmascara y pone de manifiesto la explotación, el abuso de poder y el latrocinio que los poderosos cometen contra los más pobres:

“Pe acest feliu de oameni trimitea stăpînirile spre împlinirea rămășițurilor (acest feliu de numiri obicinuiesc cînd vor să strîngă din țară bani făr’ de nici o dreptate), căci mai înainte trimit pe alții care (...), strîng de pe la lăcuitori răvașele zapciilor, de doao-trei daturi de bani.”
(p. 49)

Si bien dentro de la historia de la literatura rumana no podemos situar a Dinicu Golescu en los comienzos del denominado *falso romanticismo* -que estará representado años después, a tenor de las opiniones de G. Călinescu (1968, 70-71), por escritores como Grigore Alexandrescu (1810-1885), o Alecu Russo (1819-1859)-, será un texto de Dimitrie Ciocîrdia-Matila (1798-1860), del que volveremos a hacer mención en el apartado 4, el que considera a nuestro autor el eslabón que inicia una importante cadena: la de los hombres políticos y patriotas que militaron con el fin de conseguir que el patrimonio nacional viese aumentados sus bienes, especialmente si se desposeía al clero de más del cuarto de terreno cultivable de que disponía el país. Golescu siempre estuvo interesado en esta cuestión; ya en 1819 Alexandru Suțu le encomendó la misión de dar cuenta de los ingresos y bienes de todos los monasterios rumanos diseminados por el extranjero. Sus conclusiones ponen, posiblemente, las bases de lo que posteriormente será el Reglamento orgánico de 1863 en el que Alexandru Ioan Cuza (1820-1873), primer príncipe de los principados unidos, ordena la secularización de todos los bienes monacales. Lo cierto es, como opina P. Cornea (1972, 219), que el ataque “... împotriva clerosului e printre cele mai violente din literatura denunciativă a vremii, egalînd și depășînd chiar, pe această latură, condamnarea pronunțată de D. Golescu în Însemnare a călătoriei mele. Oamenii bisericii nu-și îndeplinesc datoria de a proteja norodul de năpăstuiți, sînt egoiști, prevaricatori, lacomi de slavă desartă, porniți spre îmbuibare și desfrîu.” Aunque no lo manifieste explícitamente, Dinicu Golescu piensa que el causante de los males que azotan al País rumano no es otro que el feudalismo en el que éste vive inmerso. Y una de sus armas más poderosas y peligrosas es, precisamente, el clero. Éste vive a expensas de los ingresos monacales sin revertirlos en el bien común nacional, que es lo que nuestro viajero desearía. La orden eclesiástica sólo piensa en su uso y disfrute personal, así como en el lujo. E, igualmente, rechaza toda ayuda caritativa propia de la misión a la que se supone que están encomendados los monjes:

“... întoarceți-vă ochii și la preoții noștri și lăcrămați, hotărînd că mai bine este acele venituri mînăștiresți să se întrebuițeze chiar spre învățătura

preoților, îmbrățișînd adevărata virtute, facerea de bine, iubirea către turmele ce li sã încredințează...” (p. 55)

Esta crítica al estamento clerical nos lleva a considerar los ataques que esta institución tuvo en España por parte de los masones ilustrados, tal y como señala E. Enríquez del Árbol (1989, 21).

Ahora bien, en algunos pasajes de *Însemnare a călătoriei mele*, lo que realmente pone de relieve y critica enérgicamente Dinicu Golescu es la forma de vida de lujo y desenfreno en la que parecen vivir algunos monjes; no da la sensación de estar en contra de todo el estamento, sino contra aquéllos que no obran conforme a su condición seglar y contra aquéllos que adoptan una actitud muy distinta a lo que cabría esperar. El escritor se anticipa así, tal y como nos señala L. Jucu-Atanasiu (1977, 7), a los textos de escritores como Grigore Alexandrescu, Alexandru Odobescu (1834-1895) o Nicolae Filimon (1819-1865). En cualquier caso, lo que sí parece manifestar claramente es que él no es contrario a la religión; en ningún momento la pone en duda.

III) SU IDEA SOBRE LA ENSEÑANZA

Entre el grupo de boyardos emigrados a Brașov, empieza a constituirse una sociedad secreta de un marcado carácter político, en un principio, pero también con la intención de que, por una parte, los más jóvenes se iniciaran en la tarea de la traducción de libros escritos originariamente en lengua griega, y por otra, con el propósito de que entre todos se empezara a elaborar un diccionario de la lengua rumana. En este cometido había participado ya Gheorghe Golescu, su hermano, así como en la redacción de una gramática en este mismo idioma. Será la iniciativa de este grupo la que cree las bases para que nuevamente se pueda poner en marcha una serie de actividades culturales, entre las que se encuentra la reapertura de las escuelas de Golești. S. Bratu (1955, 6), nos comenta al respecto:

“... Gheorghe (Iordache) Golescu a fost unul din întemeietorii mișcării culturale dela începutul secolului al XIX-lea în țara noastră, sprijinind activitatea lui Gheorghe Lazăr, ocupându-se cu organizarea școlilor românești...”

Así las cosas, se asientan los cimientos de lo que posteriormente será la *Soțietatea literară rumânească* de Bucarest, fundada en 1827 junto con Ion Heliade Rădulescu. Impulsados por el deseo, el deber y la necesidad de ofrecer el bien público, ambos van a emprender el camino que conducía a la modernización del país. Esta sociedad, según A. Iordache (1982, 146), contaba con un programa que pasaba por la transformación de la Escuela *Sfântul Sava* en un colegio, así como por la apertura de otro en Craiova. Además, se preveía también la creación de escuelas primarias en todas las aldeas, la fundación de periódicos en lengua rumana o la constitución de un teatro nacional. Por su parte, D. Popovici (1972, 352) recoge otras de las bases de dicha programación, como la abolición del monopolio tipográfico y la salida del régimen fanariota mediante la reforma o la renovación de las instituciones del país. La mayoría de estos proyectos se llegará a realizar casi íntegramente después de 1833, cuando la *Soțietate literară* pasa a llamarse *Soțietate filarmonică*.

En la primavera del año 1826 se abre la Escuela-internado de Golești, con dos tipos de cursos: el *ghimnasticesc* y el *filosoficesc*. El curso *ghimnasticesc* comprende los cinco primeros años de la instrucción, y consta, según recoge M. Anghelescu (1990, 420-421), y según el programa elaborado por Aaron Florian (1805-1887) de:

Año I:

- Lectura
- Escritura
- Primera parte de la gramática
- Aritmética
- Doctrina cristiana

Año II:

- Segunda y tercera parte de la gramática
- Historia de los orígenes de los rumanos
- Geografía del País rumano (Valaquia)
- Aritmética
- Doctrina cristiana

Año III:

- Cuarta parte de la gramática
- Historia de los romanos
- Instrucción para elaborar libros y súplicas
- Geografía de los países más conocidos
- Doctrina cristiana
- Aritmética

Año IV:

- Retórica
- Geografía de Europa
- Historia de los pueblos más conocidos de Europa
- Doctrina cristiana
- Aritmética
- Autores clásicos

Año V:

- Poesía
- Historia de los pueblos antiguos
- Geografía de Asia, África, América y Polinesia
- Mitología
- Doctrina cristiana

Por su parte, el *filosoficesc* se cursa en el último año y abarca las siguientes materias:

Año VI:

- Filosofía
- Lógica
- Metafísica aplicada
- Moral
- Álgebra
- Geometría
- Historia universal
- Historia natural
- Física

Es, probablemente, en 1826 cuando Dinicu Golescu incluye las experiencias recogidas en sus dos primeras incursiones por la Europa occidental como método de enseñanza para la juventud y para todo aquel ávido de *modernidad* y deseoso de conocer el modo de vida de los países europeos, como nos señala M. Bucur (1971, 7):

“Însemnare a călătoriei mele făcută în anul 1824, 1825, 1826 este o carte de învățatură despre străinătate, un traseu prin lume pentru a trezi contemporanilor săi rîvna efortului pentru a se trece pragul în lumea modernă.”

El diario de estos viajes se convierte así en una suerte de manual en el que se ponen de manifiesto el estado de los otros pueblos europeos frente al rumano y los medios necesarios para alcanzar una situación similar. Por esta razón, hay quien etiqueta a nuestro boyardo (I. Antohi, 1978, 108) de “... pedagog comparatist, și anume cel dîntîi român care acordă descrierii diferitelor grade și tipuri de școli o atenție deosebită...” El libro formaría parte, pues, de un programa en el cual la escuela es el principal instrumento de educación, pero esto tiene, a la vez, un objetivo social: preparar a los ciudadanos para que sean una parte importante y útil de esa sociedad. Por esta razón, en la directriz educativa de la institución también se incluye el libro que él mismo concibió como un manual de ética: *Adunare de pilde bisericești și filosoficești, de întîmplări vrednice de mirare, de bune gîndiri și bune neravuri, de fapte istoricești și anecdote*. Porque, como propugnaba Dimitrie Țichindeal (1775-1818) en el prólogo de *Filosofice și politice prin fabule învățături morale* (1814), según recoge A. Marino (1977, 32):

“... l’enseignement que l’on trouve dans le modèle des fables est très utile, estimable et général; il comprend toute la philosophie morale, ainsi que les hauts commandements et préceptes de la vie en société.”

E igualmente V. Vintilescu (1975, 30) opina sobre las fábulas:

“Toate noroadele pre trupul acest pamîntesc au ținut, și pînă în ziua de astăzi în mare prețuire bunele moralești învățături prin fabule, le țin... Căci învățătura care în moralul fabulelor se află, de mare folos, prețuire și latire, cuprinzând în sine toata moralnicească filosofie, înaltele reguli și îndreptări politicești, este.”

El mismo día en que tiene lugar la creación de la Escuela de Golești, ya asistimos a una demostración de lo que va a llegar a ser este proyecto docente; no sólo el estudio de las diversas disciplinas, sino también la representación de una obra de teatro por parte de los estudiantes. Dinicu Golescu no descuida ninguna de las facetas que ocasionan el enriquecimiento cultural. M. Anghelescu (1990, 419) reproduce el artículo que un autor -que él identifica como Ion Heliade Rădulescu- escribe al día siguiente en el *Curierul românesc* con respecto a dicha apertura:

“Ieri am avut mulțumirea să fiu de față la examenul copiilor din școala Goleștilor (...). Socotește câtă mulțumire a trebuit să simțã un român văzînd niște copii și fetițe dintre compatrioții săi să răspundă (...) asupra catihismului, grămăticii, ritoricii, geografii, istoriiei, (...). După aceasta, seara s-au urmat tot de acești copii reprezentația unei tragedii intitulate Regulu.”

Siguiendo la influencia y las pautas establecidas por Jean-Jacques Rousseau y su *Émile* (1762), o de François-Marie Arouet, Conde de Voltaire (1694-1778) y su *Candide* (1759), el propósito de nuestro boyardo -al igual que el de otros pensadores de la época, como es el caso de Eufrosin Poteca (1785-1858)- es hacer del hombre un buen cristiano, un buen ciudadano y un buen patriota. Todo ello a través de la enseñanza.

Recogiendo el testigo de la labor pedagógica que su padre había iniciado, Dinicu no se limita a ofrecer los medios materiales para crear escuelas y fomentar el desarrollo educativo como un gesto de buena voluntad y preocupación por su pueblo. La actividad de Golescu pasa por crear las bases de todo un programa ético del cual la escuela no es más que una parte, si bien es cierto que la más importante. Y no sólo en lo que atañe al ámbito moral, sino también en lo referente al social; la escuela prepara e instruye a los miembros de una sociedad con el objetivo de que puedan disfrutar de una buena posición económica, tanto si se trata de un campesino como si se trata de un político. La idea de justicia y de igualdad de oportunidades para todo el mundo es una de sus más firmes prerrogativas, en la cual se asentaban los principios de la Escuela de Golești. Parte fundamental de este proyecto docente es la colaboración de Ion Heliade Rădulescu y del transilvano Aaron Florian y su propuesta educativa. Este último dio clases en la escuela hasta su desaparición en 1830, pero además participó en la elaboración de un programa de enseñanza que, en un primer nivel, y siguiendo una línea patriótica,

contemplaba un curso de historia y otro de geografía de los principados rumanos. En un nivel ya superior, las disciplinas -con el fin de que fueran útiles y aplicables en la vida cotidiana- serían algo más prácticas: geometría, física y ciencias naturales.

Pero Golescu no se detiene aquí: formulados los presupuestos instructivos, hay que procurar los medios para acceder a ellos. La concepción de Dinicu sobre la enseñanza es eminentemente democrática; ésta ha de ser asequible para todo el mundo. Por ello, la Escuela de Golești está dirigida, en principio, a todos aquellos ciudadanos que no cuentan con los recursos necesarios para ir al extranjero a realizar sus estudios. Y cuando decimos *todos* nos referimos a *todos los grupos sociales*. Golescu no piensa sólo en una clase media con menor poder adquisitivo; piensa, sobre todo, en una clase baja, esto es, en el campesino de una pequeña aldea o en el pastor de los pueblos de montaña. Nuestro escritor va a tener siempre presente en su obra una especial deferencia hacia el campesinado, pues, como opina G. L. Mosse (1997, 45), “... *el campesino encarna las máximas virtudes en una sociedad que va haciéndose cada vez más industrial y urbana.*”

De acuerdo con las ideas ilustradas europeas del momento, la enseñanza también ha de ser accesible a las mujeres, en tanto en cuanto ellas, como madres, son nuestras primeras instructoras, ellas son “... *cel dintîi dascăl al nostru... în familia noastră... mama este cîrmuitorul și economul...*”, como él mismo afirma y según recoge V. Novac (1978, 113) del *Curierul Românesc* (1830). La educación femenina se dirigía, por una parte, a los aspectos prácticos de la vida cotidiana y doméstica: costura, cocina, economía del hogar..., pero también a las materias de cultura general y básica (lectura, escritura, aritmética...) y a las de utilidad social, como la pintura, la música y el baile. En todo este presupuesto se esconde, como señala M. Anghelescu (1990, XXIII), una intención que va más allá de la simple instrucción de la mujer: su emancipación.

“... *proiectul lui Dinicu Golescu nu era numai mai bogat, ci arată și o altă înțelegere, superioară, a problemei. Ea deschide drumul către ideea de emancipare a femeii în societate așa cum o va expune și populariza peste cîțiva ani continuatorul pe atîtea planuri al operei lui Golescu, I. Heliade Rădulescu.*”

En agosto de 1830, anuncia la apertura de un instituto para la educación de las chicas en sus posesiones de Belvedere, donde, al margen de las enseñanzas de tipo práctico, tiene previsto cursos de historia,

mitología, aritmética, retórica y poesía, así como de francés, alemán e italiano. Basándonos en V. Novac (1978, 113-114) reproducimos a continuación el programa educativo de dicho instituto:

Año I:

- Lengua rumana: escritura y lectura
- Catecismo
- Aritmética
- Nociones de geografía e historia

Año II:

- Historia Sagrada
- Historia del País rumano (Valaquia): A Dinicu Golescu se le debe el honor de haber introducido el estudio de la historia nacional en Valaquia.
- Principios de gramática rumana
- Principios de lengua francesa

Año III:

- Gramática avanzada
- Principios de retórica y poesía
- Lengua francesa
- Nociones de música

Año IV:

- Aritmética
- Geografía
- Lengua francesa
- Lengua alemana
- Música

Año V:

- Historia universal
- Lengua francesa
- Lengua alemana
- Lengua italiana
- Música

Año VI:

- Retórica
- Poesía
- Mitología
- Lengua francesa
- Lengua alemana
- Lengua italiana
- Música
- Danza

Al margen de estas disciplinas, figurarán como preceptivas la costura, la administración del hogar y la pintura. El Instituto, para poder hacer frente a los posibles gastos, sólo se abriría si el número de inscripciones superaba las 20. El internado, por su parte, contaría con una farmacia y con un médico propios. Las internas sólo podrían acudir a la casa paterna -no más de dos días- en Año Nuevo, en Pascua y después de los exámenes. Los domingos podían recibir visitas.

En otro orden de cosas, y siguiendo los presupuestos de la Sociedad Literaria, Dinicu Golescu aboga por apoyar especialmente las traducciones de carácter moral y educativo, como pueden ser *Le contrat social* de Jean-Jacques Rousseau o el *Zadig* de Voltaire (1747). Y además de esto, también forma parte de una comisión encargada de examinar y de editar otras obras con carácter ético-constructivo, como el *Manualul dreptcredinciosului hristian* de Alexandru Sturdza (s. f.), traducido y publicado en 1832 por Eufrosin Poteca. Como se observa, el peso de la educación, en palabras de D. Popovici (1972, 353), “... cădea pe educația religioasă și morală.”

Pero una de sus más importantes iniciativas, apuntada ya en *Însemnare* y recogida en el programa de la Sociedad Literaria, es la constitución, en 1830, de un comité que se encargaría de construir un teatro mediante suscripción pública, edificio que él no llega a conocer.

IV) SU ACTIVIDAD LITERARIA

La actividad literaria de nuestro autor no se limita tan sólo a *Însemnare a călătoriei mele* ni a la mera traducción esporádica de algunas obras, normalmente de tono moralizante. Se podría afirmar, incluso, que su producción está intrínsecamente unida a lo que es su actividad política y a las ideas pedagógicas anteriormente vistas; las tres, por distintas que

puedan parecer *a priori*, forman un bloque compacto con un objetivo común: ilustrar al pueblo. No podemos, pues, desligar su actividad política de su preocupación pedagógica, ni éstas de sus obras literarias, incluidas las traducciones. De hecho, podríamos decir que su propósito literario queda en un segundo plano; ante todo la intención utilitaria, pragmática. Como postula A. Marino (1977, 29-30):

“Pas un seul représentant roumain des Lumières qui n’ait affirmé que la littérature doit être directement et immédiatement utile à la société, au <<peuple>>. (...).

Rien de plus étranger à l’esprit des Lumières roumaines que l’idée d’<<inutilité>>, de <<gratuité>> de l’art (...). L’esprit <<bourgeois>> voit dans la littérature le véhicule de son propre message révolutionnaire, social et moral; par conséquent la notion d’art comme luxe, de l’art-divertissement reste inconcevable.”

De este modo, estamos en condiciones de afirmar con D. Berindei (1986, 423) que Dinicu Golescu “... *n-a vrut să fie un scriitor. Preocuparea sa principală a fost aceea de a cunoaște și apoi de a trage învățăminte. De aceea, opera sa este incidental literară atunci când el reușește să descrie entuziast cele văzute, ori, când, plin de amărăciune, aduce critici unei stări de lucruri sau se autoincriminează pentru fapte trecute.*”

Berindei no es el único que así piensa; la mayoría de la crítica es unánime y coincide en la afirmación de que el valor literario de *Însemnare a călătoriei mele* -y del resto de su producción- queda siempre relegado a un segundo plano. Dinicu Golescu no quiso hacer literatura; su propósito era hablar, exponer sus opiniones, decir lo que pensaba... Veamos las palabras de un crítico como N. Manolescu (1990, 158) al respecto:

“<<Însemnarea>> este un document de epocă impresionant, dar îi lipsește din nenorocire expresia estetică a unui sentiment etic așa de pronunțat. (...). Scopul lui Dinicu n-a fost, evident, artistic. El a vrut (și a reușit) să transmită cu totul alt soi de impresii, și nu să placă, ci să persuadeze.”

Parece quedar claro, por tanto, el hecho de que *Însemnare a călătoriei mele* “... *Nu este scrisă pentru a fi citită ca literatură, ci ca un*

jurnal de drum, ca însemnări, cum bine le-a zis el, fragmente, impresii.”, como opina M. Bucur (1971, 9). No compartimos -al menos en su totalidad- la opinión de A. Piru (1964, 254); para este crítico el libro es “... un document social și de conștiință de o importanță capitală, dar în același timp o autentică operă literară de bogate resurse poetice.” Nada tenemos que objetar al hecho de que, efectivamente, sea un documento social de gran importancia, pero disentimos en la formulación de “obra literaria con ricos recursos poéticos”.

El primer libro que publica, siempre dentro de su afán por ilustrar e instruir, es *Adunare de pilde*, editado en Buda durante el verano de 1826, momento éste que aproximadamente coincide con la reapertura de la Escuela de Golești, pues ésta tiene lugar el 1 de mayo de 1826, según recoge V. Novac (1978, 111). Probablemente esta coincidencia no fue fruto del azar, sino el primer paso de un programa educativo que el propio Goleșcu tenía ya pensado de antemano. *Adunare de pilde* se convierte rápidamente en un manual útil para la enseñanza, pues en él nos encontramos con la traducción de una serie de fábulas, historias y anécdotas amenas para la juventud, de las cuales, de un modo u otro, se puede extraer una conclusión didáctica, una moraleja, siempre recurriendo a la vieja máxima del *instruir deleitando* (*docere et placere*). Así, aparece en el *Curierul românesc* de 1830 la siguiente reseña, recogida por M. Anghelescu (1990, XXIV):

“D. marele logofăt C. Goleșcu a scris si dat la lumină cu cheltuială sa o carte pentru cele dintii învățături ale copiilor, în care să coprînd învățături, glume și fabule alese... care carte a împărțit-o în dar pe la școli, la copii.”

Obras de similar carácter habían sido abundantes no sólo en otros países de la Europa occidental -recordemos a Desiderio Erasmo de Rotterdam (1466-1536) o a nuestro Fray Antonio de Guevara (1480?-1545), por ejemplo-, sino también en los mismos principados rumanos durante las primeras décadas del siglo XIX, como es el caso de *Adunare de lucruri moralicești* del profesor de francés y lenguas modernas Dositei Obradovici (1742-1811) traducidas por Dimitrie Țichindeal, de *Cărticică năravurilor bune* de Joachim Heinrich Campe (1746-1818) o de *Plutarhul nou* de Jean Pierre François Blanchard (1753-1809). Otras fueron compiladas o escritas por autores rumanos como *Înțelepte învățături* de Ioan Tincovici (fin XVIII-1ª mitad XIX), *Moralnice sentințe* de Nicolae Horga Popovici (1741-1811) y algunas más. El mismo Costache Negruzzi

(1808-1868) también lo intenta con una traducción de *Moraliceștile haractiruri* de Dimitrie Darvar (fin. XVIII), editor de libros griegos.

Adunare de pilde presenta, en su primera parte, mayormente una recopilación y selección de las máximas orientales *Pilde filosofești*, ya traducidas en época de Constantin Brîncoveanu (1688-1714) del original francés de Antoine Galland (1646-1715) primero al italiano y posteriormente al griego, y de ahí al rumano por Antim Ivireanu (1650?-1716). Golescu escoge de entre estos *Pilde filosofești* mucho menos de un tercio, y lo encuadra en un *corpus* mucho más extenso de máximas de distinto carácter y con otra procedencia. La idea moral que se desprende de estos ejemplos sigue la línea propuesta por nuestro escritor y se podría acoger a lo que varios decenios más tarde constituirá la *pedagogía realista* de Émile Durkheim (1858-1917), que abandona el ideal abstracto en el desarrollo y en la formación del ser humano -característica típicamente renacentista- para proponerle que se prepare para la vida, es decir, para las actividades prácticas. Según D. Popovici (1972, 354) “... *pildele concentrate de el în acest tratat nu visează numai educația morală și patriotică a individului, ci și educația lui practică.*” Esto no significa, no obstante, que valores como la moral, el honor o la verdad no estén presentes o sean menos importantes; lo que propugna Golescu es que el hombre ha de tener estas cualidades y virtudes para saberlas aplicar en su trabajo, en su actividad productiva o en sus relaciones sociales con los demás porque, según el mismo crítico (1972, 354), “... *Lenevirea și somnul cel mult depărtează pe om de la dumnezeire și îi aduce și sărăcie.*” Sentencias y ejemplos como éstos -asombrosamente semejantes- estarán también presentes en *Însemnare* en pasajes como, pongamos por caso, los que dedica a la actitud hipócrita de los monjes o aquéllos en los que insta al campesino a que realice su trabajo sin pereza y con dedicación (p. 55):

“... *să fie foarte muncitor, gonind lenevirea, căci viața trîndavă este scîrboasă și lui Dumnezeu, și oamenilor.*”

La segunda parte del libro consta, básicamente, de un compendio de fábulas de Esopo así como de anécdotas y discursos de otros autores griegos -*Cuvîntarea lui Xenofon pentru economie*, por ejemplo-, mientras que la tercera parte trata sobre el amor a la patria y es una selección de una traducción de *Les exemples célèbres ou nouveau choix de faits historiques et d'anecdotes...*, compilados por el francés Henri Lemaire. Es, consecuentemente, todo un manual ilustrado con una gran dosis de

moral práctica, una manera de dirigirse a los jóvenes y de guiarlos por el camino de la virtud y el amor patriótico, una forma de poner en sus manos los elementos necesarios para conducirlos a una vida de grandes satisfacciones materiales y espirituales, como reflejará posteriormente en otra obra: *Elementuri de filosofie morală*.

En 1826 tiene también lugar la traducción y publicación de una compilación de documentos diplomáticos titulada *Adunare de tractaturi ce s-au urmat între preaputernica împărăție a Rușii și Înalta Poartă*, que, además, resulta ser la primera recopilación de documentos históricos que hacen referencia al pasado más inmediato de los principados rumanos (1774-1826). Dicha traducción, si aceptamos la tesis de G. Bengescu (1922, 148), se realizó a partir de un original francés. Parece ser, incluso, que llegó a elaborar una segunda edición aumentada que tuvo su posterior repercusión en obras de otros autores del momento.

Elementuri de filosofie morală... talmăcite în limba românească spre folosul tinerilor români es, como su mismo título indica, una traducción de la obra de Neofit Vamva (s. f.), realizada por Golescu en 1827. Vamva, pensador racionalista de tendencia ilustrada, es también, según nos dice el crítico y escritor Nicolae Iorga (1871-1940), el autor de una *Retórica* y de una *Filosofia moral* (N. Iorga, 1928, 73). Su libro había aparecido en 1818 y se apoyaba en los presupuestos morales de la filosofía de Aristóteles (384-322 a. de C.), así como en otros autores de la Antigüedad clásica. Los principios de Vamva, basados a su vez en las ideas de *Le contrat social* de Jean-Jacques Rousseau, venían a consolidar de algún modo el programa de reformas institucionales que Golescu defendía. Su programa, por consiguiente, según opinión de L. Jucu-Atanasiu (1977, 9) “... nu este original, ideile sale se găsesc în epocă (...), dar meritul scriitorului a fost de a le sintetiza și de a le da o notă personală.” En la obra original, su autor defiende las cualidades morales que todo hombre justo e ilustrado ha de tener a través de una serie de ejemplos históricos y literarios que se superponen en algunos casos con los recogidos por Henri Lemaire en sus *Exemples célèbres...* A pesar de ser una traducción, el libro interesa mucho más, posiblemente, por su prólogo, en tanto en cuanto el escritor expone, clara y explícitamente, alguna de sus más significativas ideas acerca de la moral, la educación, la sociedad...

Es este tipo de vida el que Dinicu Golescu ha ido conociendo a lo largo y ancho de los territorios europeos por los que pasaba. Comprende, entonces, que no hay necesidad de remontarse a la Antigüedad para aleccionar a nadie: basta con mirar a nuestro alrededor y ver cómo viven

los habitantes de otros lugares. Es, justamente, este espíritu ilustrado, esta ansia de conocimiento y de dar a conocer lo que sucede más allá de las fronteras de los países rumanos el que lo impulsa a viajar por Europa y a reflejar por escrito todo aquello que él cree digno de mención, de elogio y de imitación. Con esta idea emprende su viaje, si bien es un viaje de *re-descubrimiento*, un viaje (el de los años 1824, 1825 y 1826) del que aparentemente nada le sorprende, pues conocía perfectamente aquello con lo que se iba a encontrar. En su incursión por la Europa occidental no hace sino constatar todas aquellas cosas de las cuales él ya tiene una opinión formada. No olvidemos que Golescu ya había viajado por Europa antes del período 1824-1826. Como afirma G. Bogdan-Duică (1906, 787), “... *La 1800 fusese la Sibiu, la Avrig, unde vâzuse cultura europenească înființată aici de baronul Bruckenthal*”. Nacerá así, años más tarde, la redacción de la única obra original de Dinicu Golescu: *Însemnare a călătoriei mele*.

Por otra parte, a finales de 1828 Golescu obtiene de las autoridades pertinentes la licencia para sacar a la luz un periódico en lengua rumana que aparece en abril de 1829 con el nombre de *Curierul românesc (El correo rumano)*. Debido a que Ion Heliade Rădulescu se encontraba en aquel momento en Sibiu supervisando la publicación de su gramática, cabe la posibilidad, incluso, de que Dinicu Golescu redactara el panfleto de presentación del periódico. Una de sus máximas preocupaciones era la eliminación de helenismos del léxico rumano, tal y como consta en un documento suyo recogido por E. Vîrtosu (1968, 306):

“... *de acum înainte, toate anaforalile ce să vor face de la acel departament să să scrie în rânduri, fără de aruncături pã deasupra și fără de a amesteca într-însele și cuvinte grecești.*”

A tenor de la información recogida en 1830 y publicada por el *Curierul Românesc*, según nos refiere M. Anghelescu (1990, XLI), Dinicu Golescu llegó a iniciar la elaboración de la que posiblemente hubiera sido su gran obra y empresa personal, por todo lo que de enciclopédico tenía. El método de trabajo que aparece en *Însemnare a călătoriei mele* -la recopilación de datos estadísticos- no verá su final en el mismo libro. Si en el relato de los viajes que Golescu hizo por Europa aparecen datos precisos y puramente anecdóticos acerca del número de habitantes de una población, o la distancia que separa una posta de otra, pongamos por caso, será a partir de 1826 cuando nuestro escritor inicie una labor compilatoria mucho más amplia para la confección de un gran mapa estadístico y

catastral referido única y exclusivamente al País rumano. Este mapa, según el citado diario, comprendía todas las ciudades, los pueblos, las aldeas..., así como el número de boyardos, de campesinos, de extranjeros o de judíos existentes en cada sitio, pasando por datos tan variados como el número de molinos, ríos o montañas de una región, o, por ejemplo, la cantidad de productos que se fabricaban en cada distrito.

El prurito ya estaba presente en *Însemnare a călătoriei mele*, no sólo por el método de trabajo anteriormente comentado, sino por el afán de realizar una *radiografía humana* del País rumano: el estado de los boyardos, la situación del campesino, el modo de vida del clero o los diversos tipos de actividades comerciales que se llevan a cabo en este territorio. Desgraciadamente, el mapa no llegó nunca a publicarse porque la muerte sorprendió a nuestro autor. Lo lamentable es que, al parecer, el manuscrito original se extravió, perdiendo con ello la literatura rumana, posiblemente, una de las mejores obras de tipo geográfico, cronístico e historiográfico de la época moderna.

Asimismo, gracias a esta misma fuente informativa hemos podido constatar que Dinicu Golescu llevó a cabo la traducción de un documento titulado *Reglamentul soșietății filantropice a damelor din Peșta*.

Además, se le han atribuido a Golescu otros tres textos:

1) La traducción al rumano de la parte referente a los principados de la obra del cónsul inglés Thomas Thornton († 1814) *The present State of Turkey... together with the Geographical, Political and Civil State of the Principalities of Moldavia and Walachia*, publicada en Buda en 1826 a partir de una versión francesa de 1812, pues la original vio la luz en Londres en 1807, tras 14 años de estancia en Constantinopla, según nos informan L. Stephen y S. Lee (1917, 787). Esta parte apareció traducida con el título de *Starea de acum din oblăduirea gheograficească și politicească a Prințipurilor Valahiei și a Moldaviei... de Thomas Thornton englezul, iar acum tălmăcită în limbă românească și dată la tipariu spre cunostința neamurilor acestor doao Prințipaturi de un român poftitoriu de îndreptarea neravurilor neamului românesc și a sa luminare*, y es posible, incluso, que también sea el autor del prólogo que lo acompaña. A propósito de este cónsul comenta N. Iorga (1931, 47-48):

“He knew Moldavia and Wallachia equally well having traversed them “in all directions” as he himself puts it. (...). His description of the Roumanian countries although short is exact and accurate.”

La paternidad de Golescu sobre la traducción de la obra del inglés tiene su base, quizás, en una simple conjetura lanzada por P. Eliade (1905, 219). Según él, el tono áspero y enérgico del traductor y escritor de este prólogo coincide con la crudeza moral de nuestro boyardo. Pero se trata simplemente de eso, de una idea lanzada al aire como mera hipótesis, pues el autor no descarta otras autorías. De hecho, N. Iorga (1983, 104-105) apunta la posibilidad de que el artífice de esta traducción no sea otro que Eufrosin Poteca. Pero es P.V. Haneş, en el prefacio de la edición de *Însemnare* de 1915, y en un trabajo posterior de 1920 -*Un călător englez despre români. O scriere englezească despre Principatele române tradusă în românește de Constantin Golescu*-, quien vuelve a recoger la propuesta de Eliade y pone de manifiesto las similitudes existentes entre el mencionado prólogo del libro de Thornton y las propias actitudes de Golescu con respecto a la cultura ilustrada. Por su parte, D. Popovici (1972, 353), se hace eco de estas opiniones aunque no llega a decantarse por ninguna.

No creemos, no obstante, que estas coincidencias sean argumento suficiente para asignarle una autoría al texto: es preciso no olvidar que los pensamientos ahí plasmados forman parte del aire cultural que se respiraba en ese momento en los principados rumanos, del cual Golescu no era el único representante. Bien podría tratarse de Poteca, quien compartía el mismo ideal de vida que nuestro autor. Ésta es la tesis, por cierto, que en 1922 defendió también G. Bengescu (1922, 150) al suponer que es el propio Golescu el que anima a Poteca -uno de los primeros rumanos becados a París- a traducir la obra de Thomas Thornton. Varios años después Gh. Popp (1968, 112-114) se inclinará también por la paternidad del texto a favor de Eufrosin Poteca, con argumentos verdaderamente convincentes.

Pero no son más que conjeturas; si nos atenemos simplemente a los elementos que podemos verificar estrictamente, la situación es la siguiente: las ideas del prólogo son compatibles en su mayoría con las de Golescu, pero no íntegramente, pues él, por ejemplo, no critica al clero en su totalidad, sino sólo a ciertas órdenes monásticas, como tampoco ataca a todos los boyardos, sino sólo a un sector. E igual que éste, existen otros ejemplos. De cualquier modo, lo cierto es que la crítica literaria rumana, quizás a falta de un candidato mejor, ha aceptado unánime y tácitamente la paternidad de Golescu para esta obra.

2) La más antigua de las presuntas atribuciones a nuestro boyardo es la referente a los escritos de tipo filológico, concretamente el de un panfleto de carácter lingüístico aparecido en torno a 1821-1822. En 1969, el mismo N. Iorga (vol. II, p. 429), al realizar un recorrido por la situación de la enseñanza en los principados rumanos desde 1821, habla de Dinicu

Golescu como posible autor de *Cuvîntare asupra limbii românești*. No obstante, N. A. Ursu (1969, 161), basándose en un estudio de las particularidades lingüísticas del texto, llega a la conclusión de que no le pertenece, invalidando así la tesis propuesta por Iorga.

3) Algo más recientemente, se le ha adjudicado a Dinicu la autoría de un panfleto publicado en 1830 que contiene un privilegio del príncipe Matei Basarab (1632-1654) otorgado a los monasterios rumanos en el extranjero con fecha de 1640. Es M. N. Rusu (1977b, 414) quien, basándose en un escrito de Dimitrie Ciocîrdia-Matila, deduce que el privilegio no es más que una evidente exaltación y mistificación del espíritu romántico y que el texto -que, por otra parte, es considerado el *primer panfleto-parábola*- le pertenece a Golescu. Probablemente, es el interés y la preocupación que éste siempre mostró por la cuestión de los bienes monacales, lo que hace pensar a Rusu en la necesidad que tenía nuestro viajero de reeditar el antiguo privilegio de Basarab como forma de mostrar a sus contemporáneos el camino que había que seguir; de ahí que le considere su autor.

V) SUS IDEAS ILUSTRADAS

Dinicu Golescu es, sin duda, un escritor ilustrado que no hace sino recoger -aunque con un cierto retraso- las corrientes y tendencias de la Europa ilustrada: la cultura representa para él la principal forma de acceder al progreso e incluso a la riqueza porque, como él mismo recoge en sus *Adunare de pilde* (1990, 121), “... *Nu este sirman acela care nu are părinte, ci acela care nu are minte și învățătură.*” A través de la cultura se levanta a un pueblo pero también se actúa eficientemente, se juzga correctamente o se ofrecen modelos y pautas de comportamiento dignos de ser tenidos en cuenta. No hemos de entender *Ilustración* solamente con el significado de *educación*. Compartimos la idea de P. Cornea (1972, 235) cuando dice que “...<<*Luminarea*>> *în înțelesul mai larg al termenului, nu înseamnă, așadar, numai învățatura și moralizare, ci și enunțarea marilor obiective de utilitate publică, pentru realizarea cărora e chemată să militeze fiecare conștiință: exploatarea bogățiilor țării, introducerea unei legislații chibzuite, dezvoltarea agriculturii și negoțului etc.*”

El racionalismo de nuestro escritor proviene igualmente de esa tendencia ilustrada, así como su desconfianza ante las manifestaciones religiosas exteriores y la severa condena de las órdenes monásticas, en las cuales ve una inaceptable alteración de la esencia humana. Si por una

parte el viaje de Dinicu Golescu estaba encaminado a cubrir una serie de deficiencias evidentes en los principados rumanos, con el fin de llegar a alcanzar una verdadera reforma *nacional*, por otra parte, la auténtica esencia de la aventura fuera tal vez aquélla que contemplaba “... *un planeamiento interno que procuraba no dejar nada a la improvisación, sino que, por el contrario, trataba de cubrir, etapa tras etapa, todos los objetivos propuestos, que constituían la razón de ser del viaje.*”, como nos comenta G. Gómez de la Serna (1974, 75) sobre los viajeros españoles. Es este mismo autor (1974, 81- 99) quien establece una serie de presupuestos y características que configuran la realidad del viaje ilustrado. Éstos son:

a) El reformismo pedagógico:

Una de las principales empresas de Dinicu Golescu. Si España necesitaba de la Ilustración y de sus ideas, el ideal que propugna nuestro boyardo para los principados rumanos pasa por establecer sus bases en la reforma educativa que se proyectará desde las Sociedades Literarias, que harán el papel de las españolas Sociedades Económicas de Amigos del País. Se pretende enseñar con la finalidad de mejorar el nivel educativo del pueblo, sea moral, sea intelectual. Así, en nuestro país, un ilustrado como Benito Jerónimo Feijoo (1744-1811), por citar alguno, “... *a través de sus lecturas de la Enciclopedia, trató de poner al corriente a la sociedad española de las actividades intelectuales del extranjero, específicamente francesas...*”, como opina I. M. Cid de Sirgado (1973, 223).

b) La conciencia de la realidad:

Destaca la objetividad como modo de ofrecer una visión exacta y no distorsionada de la realidad -frecuentemente demasiado minuciosa- que nuestro viajero contempla y describe. La descripción de Golescu es, a menudo, casi científica; su gusto por la precisión tiene reminiscencias de viajes científicos, donde todo se reseña física y matemáticamente en forma de números y de datos exactos. De ahí que se haga referencia a la materia de que están hechos los caminos, a la técnica con la que un puente se ha construido, a la altura o a la anchura que tiene un edificio, a la configuración orográfica de los territorios por los que pasa, a la distancia que existe entre una aldea y otra... Particularmente explícita resulta, por ejemplo, la información numérica que ofrece sobre la ciudad de Mantua (pp. 77-78). Pero es solamente un punto de partida, la adopción de una postura ilustrada que será el primer paso y la condición *sine qua non* para

poder desarrollar un discurso literario que vaya más allá de la mera observación del dato y que nos sitúe a nuestro autor en el siguiente estadio, en la vertiente crítica de su relato de viajes.

Ahora bien, en otro orden de cosas, lo cierto es que la realidad que observa Dinicu Golescu no es del todo exacta. Ni Occidente es tan idílico como pretende hacer creer, ni quizás los principados -dicho sea con alguna reserva- presenten esa visión tan tenebrista y lóbrega de la que quiere hacernos partícipes. En el fondo el autor estaría recurriendo a un artificio estilístico-literario para conducirnos al siguiente punto y de este modo acentuar su carácter: el criticismo.

c) El criticismo:

Es, por lo general, el elemento que caracteriza al viaje ilustrado, en tanto en cuanto hay que reflejar la realidad que se va observando y además criticarla como forma de establecer un primer paso para llegar a una serie de conclusiones, normalmente materializadas por nuestro escritor en una secuencia de soluciones prácticas. Golescu sabe dónde radican las calamidades que azotan al pueblo rumano y no dejará de adoptar exacerbadas posturas ante lo que él considera susceptible de ser mejorado. No se trata tanto de erradicar el mal existente como de asentar las bases que conducirán a los principados rumanos a una sociedad más libre y más justa. Desde la distancia, desmenuza la realidad y la analiza pormenorizadamente con el fin de aportar todas aquellas soluciones que conduzcan al ciudadano a un bienestar social.

d) La politización de la empresa literaria:

Tomando como dato objetivamente observable el hecho de que la crítica es, cuando menos, constructiva, no hemos de considerar el pesimismo como un elemento presente en el discurso literario ilustrado que caracteriza a nuestro escritor. Más bien al contrario, la esperanza y la confianza en un mundo mejor son, tal vez, la columna vertebral que recorre todos aquellos *intentos de lucha* por cambiar la realidad social. Golescu se siente, además, partícipe directo de las mejoras que puedan tener lugar en un futuro no demasiado lejano. De hecho, en *Însemnare a călătoriei mele* (p. 116) termina diciendo:

“Și căci nădejdea este nedespărțită de tot omul ce
să află încă pre pământ, această nădejde avînd și eu, mă
bucur nădăjduind că negreșit va veni vreme întru care

Patria mea, nu zic în puțini ani, să se sămuiască întocmai cu orașele ce am văzut...”

Y prueba palpable del propósito de su empresa es que les deja el camino abierto a sus descendientes, para que continúen lo que él inició, consciente de que sólo se ha dado un paso y de que hay que seguir avanzando por el bien de la patria, como él mismo escribe en su testamento, recogido en este caso por A. Iordache (1979, 39):

“Dorea că fiii săi <<după ce vor trece toți cursul științelor (adică obiectele de cultură generală – n.n.), unul să învețe dohtoria, altul matimatică și doi pravilele și orînduirea ostășească. Și cînd patria va avea orînduială de ostași regulați, atunci acești doi să slujească patrii și chiar cu sîngele lor>>.”

Nuestro viajero se sabe parte integrante de la empresa histórica que le brinda la posibilidad de mejorar su país. Es un eslabón más de la cadena que va a reformar el estado de los principados rumanos, pero un eslabón importante, porque sin él la empresa acometida nunca podrá llegar a realizarse. Como opina E. Maxim (1978, 485):

“Dinicu Golescu a întocmit această lucrare cu scopul de a prezenta păturilor conducătoare din Țara Românească elementele înnoitoare, de progres și prosperitate întîlnite în țările vizitate. El a vrut să atragă atenția și să incite factorii de răspundere din Țară Românească -boieri și domnitor- considerînd că astfel poate contribui la prosperitatea țării și a poporului român.”

Golescu no presenta una nostalgia por el *paraíso perdido* (lo cual lo convertiría en un viajero *pasivo*, contemplador y resignado); sus esfuerzos se centran en el futuro, en el porvenir (lo que lo acredita como viajero *activo*, emprendedor). Nos hallamos ante un caso semejante al de un contemporáneo de nuestro escritor: Claude Henry de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), del que S. Vilar (1985, 79) comenta:

“... no era un nostálgico del <<paraíso perdido>>, sino que apostaba decididamente por el porvenir: <<La edad de oro de la humanidad no está detrás de nosotros;

está por venir y se encontrará en el perfeccionamiento del orden social. Nuestros padres no la vieron; nuestros hijos la contemplarán algún día. Tenemos el deber de prepararles el camino>>.”

Esta característica pondría de manifiesto la subordinación que existe entre el Estado y sus súbditos, uno de los pilares sobre los que se asienta la masonería, según propugna el texto de La Tierce *Historia de los francmasones* de 1747, recogido por B. Fay (1963, 313). O como opina P. Álvarez Lázaro (1996, 255):

“La columna vertebral de la instrucción ofrecida por los grados superiores en su conjunto consistió en formar al masón como ciudadano consciente de sus obligaciones y sus actos...”

Ch. Porset, por su parte (1989, 234), nos recoge el texto de *Los amigos constantes* del Oriente de Toulon:

“Los reyes, los soberanos son la imagen de Dios sobre la tierra, de tal manera que cada hermano tendrá a mucha honra ser un súbdito fiel de su Príncipe...”

Esto explica, además el deseo de Golescu por construir una sociedad en la que cada uno de sus miembros viva en perfecta armonía con sus semejantes.

e) El prosaísmo cientifista:

El excesivo apego que Dinicu Golescu manifiesta por la veracidad y la exactitud del dato se hace en detrimento de una calidad literaria. A pesar de ello, nuestro autor no se encuadraría en el grupo de escritores que, con fines exclusivamente científicos, ignoran ciertas parcelas de la realidad y se centran en el puro dato. El discurso cientifista no pasaba de ser una mera observación de lo real, un discurso pasivo; el discurso de Dinicu Golescu presenta un carácter activo que se refleja en el aporte de soluciones. Como comenta P. Cornea (1972, 255):

“Marele merit al luminismului deceniilor trei și patru nu stă pe terenul teoriei, ci pe terenul practicii.”

Lipsită de o veritabilă înălțime filosofică (...) gândirea luministă inspiră, în schimb, o operă vastă și profund necesară de construire a culturii și difuzare a cunoștințelor și tehnicilor moderne.”

VI) GOLESCU Y EL IDEAL UTÓPICO

De acuerdo con lo expuesto, el ideal utópico -la felicidad- no reside, según él, en Oriente, como tradicionalmente se ha creído en Europa. El pueblo llano no es partícipe de esa vida de lujo y bienestar; la felicidad no se encuentra aquí. Incluso los escritores del Medio Oriente (árabes, en su mayoría) también van buscando un mundo mejor, una forma de vida occidental por la que sienten admiración. Como señala N. S. Yared (1996, 46), “... *al-Tahtawi and Khayr al-Din admired the Westerners’ drive and energy...*”

Golescu busca, ante todo, la justicia, la igualdad de clases, la ilustración del pueblo. Porque es en esta época cuando la intelectualidad rumana empieza a tener una imagen negativa de sí misma y de la sociedad en la que viven. A este respecto señala S. Antohi (1999, 288):

“Primele documentări ale autostereotipului negativ apar mai clar la începutul secolului XIX, când elitele românești din Principate încep să circule în Occident și să cadă pradă tentației “rivalității mimetice”...”

Por eso nuestro escritor emprende su viaje a Occidente, en busca -o quizás para poder constatar con sus propios ojos lo que él ya sabe- de la educación, del progreso, de la cultura..., pero no para él -ya que no presenta indicios del *egoísmo ilustrado* del que habla G. L. Mosse (1997, 130), refiriéndose a Adam Smith (1723-1790)-, sino para todos los ciudadanos. Se propone así, quizás sin saberlo, dar un giro radical en la búsqueda de ese ideal, de esa felicidad que, como señala P. Cornea (1972, 224), es posible:

“... el poate transforma idealul în real, căci fericirea e posibilă.”

Felicidad que, no obstante, hay que entender en su justa significación: bienestar social, igualdad de clases...; ideas, todas ellas, estrechamente ligadas entre sí que van a constituir la base del posterior

socialismo utópico, según recoge M. Condor Orduña (2000, 16-17). Idéntico planteamiento seguirá concibiendo varias decenas de años después de nuestro boyardo -y somos conscientes de rebasar nuestro límite cronológico- un escritor como Mihai Ralea (1896-1964), quien continúa confiando en un futuro mejor (1980, 29):

“Fericirea, pentru mine, e mereu un proiect, o speranță.”

Se entiende, así, que Goleescu no conciba la utopía de un modo filosófico, al estilo de Tomás Moro (1478-1535), por ejemplo, quien en su obra *De optimo reipublicae statu deque nova insula Utopia* (1516) propugnaba una utopía puramente teórica y prácticamente inalcanzable, una quimera, un sueño imposible. “*Los utopistas* -opina L. Silva (2000, 34)- *bajo el pretexto del viaje a un lugar fantástico, cuyos modos de vida y organización describen en sus obras, ponen al descubierto las carencias e imperfecciones de la sociedad en la que viven, y proponen como alternativa ideal el ejemplo de ese espacio imaginario.*” Y, con la salvedad de nuestro autor, ese lugar imaginario, suele ser, como postula L. Olschki (1937, 40-41), un espacio fantástico insular:

“La letteratura utopistica, il romanzo d’avventura, la fiaba, la novella, il poema cavalleresco, i raconti di tendenza morale e filosofica si svolgono di preferenza in una natura fantastica insulare.”

Ahora bien, para seguir avanzando en nuestra investigación -y una vez llegados a este punto-, creemos más que necesaria una diferenciación terminológica de conceptos: la efectuada por S. Vilar (1985, 7):

“... la utopía (el <<no-lugar>>) suele confundirse -o proponerse equivalentemente- con la eutopía el <<buen lugar>>.”

Sólo así entenderemos que la utopía de Tomás Moro es, ciertamente, una utopía en su sentido estrictamente etimológico, pues no existe. El ideal *utópico* planteado por nuestro autor -junto con el de algunos otros- es, en realidad, una eutopía, un ideal eutópico, en tanto en cuanto en un “*buen lugar*” que sí existe. No obstante, respetando las definiciones de otros autores y con el fin de no crear excesiva confusión, a

tenor de lo que la *vox populi* ha aceptado como tal, seguiremos empleando en algunas ocasiones los términos *utopía/utópico*, aun a sabiendas de que no son exactos ni precisos.

Volviendo a *Utopía*, es curiosa, por otra parte, la estrecha similitud que existe entre algunos pasajes en los que se describe la ciudad y el campo de esta isla utópica y los de nuestro autor, como podemos observar en el siguiente ejemplo (Tomas Moro, 1999, 95-96):

“Las calles de la ciudad han sido trazadas de tal manera que facilitan el tránsito y se hallan al abrigo de los vientos; los edificios no son deslucidos y forman dos líneas continuas de casas enfrentadas por las fachadas a lo largo de cada calle (...).

Los utópicos se ocupan mucho de sus huertos, y en ellos tienen vides, árboles frutales, plantas y flores con tanta hermosura y cuidado que nunca vi otros que dieran mejor rendimiento ni que fueran más bellos.”

Incluso en lo que se refiere a instituciones como, por ejemplo, los hospitales (Tomas Moro, 1999, 107) encontramos alguna coincidencia:

“La primera cosa de que se preocupan los utópicos es de sus enfermos, que son cuidados en hospitales públicos, de los que hay cuatro en cada localidad, un poco más allá de las murallas, tan capaces que podrían compararse a pequeñas ciudades (...).

Dichos hospitales están organizados de suerte que no falte nada de lo necesario para los enfermos; los cuidados se prestan con dulzura y diligencia...”

El ideal *utópico* en el que Dinicu Golescu piensa es factible y, además, no es un objetivo final, una meta, sino un medio para, desde ese punto, iniciar el camino hacia la felicidad del pueblo. Realmente, como postula J. F. Fuentes (1997, 153) “... *la société idéale ne se situe plus dans un pays imaginaire, mais dans le futur. L’utopie devient uchronie.*” Y, además, esa *utopía* que es el progreso ya no es vista desde una perspectiva general, aplicable a toda la humanidad; Golescu restringe fronteras y concibe el progreso desde su propia patria, particularmente basado en un “... *caracter practic (...). Luminismul său este și prin aceasta militant.*”,

opina L. Jucu-Atanasiu (1977, 10). Pero un progreso que se produzca en dos vertientes, en lo social y en lo individual, en lo material y en lo espiritual. La consideración de P. Hazard (1963, 211) se nos antoja incompleta:

“L’instrument du bonheur sérail le progrès matériel.”

El sueño de nuestro escritor es llegar a alcanzar un buen sistema social, técnico, económico y político, sí..., pero también educativo, filosófico o moral, para poder conducir al pueblo a la felicidad: ser capaces de reproducir los modelos occidentales para empezar a construir un mundo mejor, más feliz y más justo, en definitiva. Como dice M. Anghelescu (1990, XIX):

“Este neîdoielnic că Dinicu Golescu, (...) a făcut de la început parte dintre boierii de tendințe liberale, dintre cei care au înțeles că viitorul țării este indisolubil legat de reforma politică și administrativă și în primul rînd de îmbunătățirea soartei țăranului. Cu toate reticențele datorate educației și poziției sale sociale, el nu putea face parte decît dintre simpatizanții unei mișcări destinate să rupă lanțurile unei opresiuni economice de care suferea toată țara și în primul rînd clăcașul.”

Nuestro viajero propugna una sociedad que, en el terreno económico-mercantil, pase por tener una libertad de comercio, un mejor aprovechamiento de las materias primas, un mayor desarrollo industrial y de las vías de comunicación; en el ámbito político-social, unos gobernantes que sean queridos por su pueblo, y viceversa, una mejora de las condiciones de vida del campesinado, una secularización de los bienes monacales, la creación de escuelas, de hospitales; en el plano militar, la reorganización del ejército... Y así sucesivamente. Toda una serie de presupuestos que ya se hallan recogidos, en algunos casos, en *Utopía* de Tomás Moro (1999, 84):

“>>Si se estatuyera, empero, que nadie posea más de una determinada extensión de tierra o suma de dinero que se fije legalmente; que ni el príncipe sea en extremo poderoso ni el pueblo demasiado altanero; que los magistrados no obtengan los cargos por solicitudación, ni les sea preciso usar de sobornos y desembolsos, pues con ello

se da la tentación de procurarse dinero con fraudes y rapiñas; y que no sean designados entre los más ricos en vez de escoger los mejores y más competentes.”

Sin embargo, Golescu cambia radicalmente los presupuestos establecidos hasta el momento, a saber:

1) El ideal utópico no resulta ser inalcanzable, quimérico, sino real y palpable -aunque en otro enclave geográfico inmediato- y, por lo tanto, posible. Es, por lo tanto, eutópico, no utópico.

2) Este ideal no se localiza en Oriente, sino en Occidente.

3) El ideal eutópico no es un fin en sí mismo, sino un principio: el principio que asienta las bases para poder llegar a la felicidad. Una vez que el pueblo haya sido ilustrado, el progreso es posible. La utopía es, además, ucronía.

4) El progreso no presenta un ámbito universal, sino que es exclusivamente aplicable a su patria.

5) Dicho progreso ha de poder desarrollarse tanto en lo material como en lo espiritual.

VII) ¿GOLESCU, ESCRITOR PRE-ROMÁNTICO?

Mucho se ha escrito y hablado en torno a esta posibilidad. Y es que Golescu, en determinadas ocasiones, expresa claramente lo que piensa y deja aflorar sus sentimientos, si bien es cierto que lo hace de un modo comedido, sin exageraciones. No es, ni mucho menos, el escritor romántico que desnuda su alma; en principio, nuestro viajero narra, al margen de que su narración sea una crítica -más bien una catarsis- o un texto de tono moralizante y doctrinal, siempre a través del ejemplo, de la experiencia ajena. Pero también nos encontramos con pasajes en los que se vislumbran atisbos de sentimentalismo, particularmente a la hora de comentar las reacciones que se producen en su interior al describirnos la contemplación de un paisaje. No en vano es él, como señala P. Cornea (1972, 536), el primero que utiliza la palabra *romanticesc* en la literatura rumana:

“Adjectivul “romantic” sub forma “romanticesc”, se ivește cam în aceeași vreme sub condeiul a doi autori: Dinicu Golescu și moldoveanul Daniil Scavinschi. În Însemnare a călătoriei mele, deci la 1826, cel dintîi îl folosește spre a zugrăvi o promenadă din Berna: <<O plimbare de zioa și noaptea fiindcă o luminează cu felinare, foarte frumoasă și romanticească>>.”

Estamos, pues, ante un Golescu de espíritu pre-romántico o, cuando menos, algo sentimental, que no duda en incitar al lector a que se sienta conmovido por las descripciones de las que nos hace partícipes, tal y como nos dice G. Călinescu (1968, 49) a propósito del pasaje en el que nuestro viajero (p. 39) describe los dos diferentes cuadros que han de provocar en el lector diferentes estados anímicos:

“Cu sentimentalitatea ușoară (...), el crede că privitorii unui tablou care arată plecarea unui bărbat la război sînt obligați să se întristeze și, dimpotrivă, cei care vād scena întoarcerii să se veselească ...”

Pero nuestro boyardo ilustrado incluso se sorprendería en el caso de que el espectador permaneciera indiferente ante lo que tiene delante de los ojos, como se deduce de lo que escribe al hablarnos del jardín de Şenbrun (Schönbrunn):

“A aceştii grădini frumoșea, peste puțină este de a putea cinevaș să-i facă descriere făr’ de greșală. Atît numai pociu zice: că un om care întîiaș dată va intra, după puterea sau mulțimea simțirii sufletului, negreșit una din trei trebuie să i să întîmple, adecă: că sau întristat fiind și intrînd într-însa, poate să se bucure; sau, vesel fiind, cînd au intrat poate să să întristeze, sau, deși nu va fi fost stăpînit nici de întristare, nici de bucurie, una dintru amîndoaă trebuie să-l coprinză, scăpare de a avea este peste puțină.” (p. 40)

Golescu se encuentra entre los primeros autores rumanos que empiezan a concebir el paisaje como un elemento que tiene la facultad de cambiar el estado de ánimo de quien observa. Los viajes le brindan esa irrepetible oportunidad de iniciar un nuevo camino en la literatura de los principados rumanos que nuestro viajero no lleva hasta sus últimas

consecuencias, como sí ocurre con Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832) que “... *pasó de la Ilustración y el clasicismo a un talante romántico. La narración de sus viajes a Italia contribuyó mucho a estimular un nuevo interés por la naturaleza como emocional y sensible más que como aprisionada por leyes racionales.*”, según G. L. Mosse (1997, 44). Adelantándose a su tiempo, Dinicu Golescu concibe un parque oscuro con estatuas y figuras en tinieblas como un lugar susceptible de abarcar sentimientos y pensamientos confusos, un *leitmotiv* que será posteriormente desarrollado por los escritores románticos:

“*Căci la o parte uitîndu-să cinevaș, vede întru acea coprindere de copaci o bucată de grădină mare (...), care pricinuiesc veselie; și întorcîndu-să la cealaltă parte, întristarea și posomorîrea trebuie să-l coprinză, căci să află întru o întunecoasă pădure întocmai ca noapte, cu felurimi de figuri și șăderi ascunse, și alte lucruri care toate aduc întristăciune și gînduri amestecate.*” (pp. 41-42)

Es también G. Călinescu (1968, 49) quien, al hacer referencia a ciertos sentimientos turbulentos y salvajes en esta descripción, acerca a nuestro autor al tono post-romántico de Paul Verlaine (1844-1896), por ejemplo:

“*Descrierea Schönbrunnului dă o pagină rară de poezie orientală, cu evlavii și uimiri, cu turburări exprimate naiv, de un sălbatec, rudimentar verlainianism.*”

No es que Golescu manifieste un claro y palpable desinterés por el paisaje o una falta de sensibilidad ante él. El problema radica, tal vez, en que el autor se encuentra aún demasiado encorsetado en un modelo estructural clásico que, según M. Anghelescu (1990, XLVI), “... *apartine unei naturi echilibrate, educate la școala rațională a post-aristotelismului, care determină principalele sale reacții în fața lumii și a operei de artă în general.*”

Pero lo cierto es que a nuestro boyardo no le cuesta expresar la angustia que siente ante ciertos temas o ante determinados aspectos de la sociedad en la que vive. A propósito de los ilustrados europeos, oponiéndolos a los escritores románticos, P. Hazard (1963, 230) escribe:

“Sauf exception, celui qui tient la plume ne fait pas de confidences sur ses peines et sur ses désespoirs, sur l’extraordinaire de sa psychologie, sur l’exceptionnel de son âme; il ne dit pas comment il est le plus malheureux des hommes, né sous le signe de la plus sombre fatalité; comment personne ne le comprend, comment il est isolé au milieu des siens, comment il habite une île inabordable où le sort le condamne à demeurer toujours. Au contraire, un mimétisme le porte à s’accorder avec le destinataire (...), en évitant les indiscretions du moi.”

En la medida en que las afirmaciones de P. Hazard no se cumplen en su totalidad con Dinicu Golescu, nuestro escritor sería una de esas excepciones: la que lo sitúa a medio camino entre la Ilustración y el Romanticismo, justamente en la estética del pre-romanticismo. Muy leves atisbos, no obstante, de tormento o inquietud interior aparecen en nuestro autor:

“... mult mi s-au și amărit sufletul văzînd adevărata fericire a altor neamuri.” (p. 21)

Está en nuestro ánimo dedicarnos particularmente a aquellos elementos que configuran el verdadero motivo de su viaje: el viaje a la ciudad, a la civilización y al progreso; como ilustrado que es, a la luz, en definitiva. Como muy bien sentencia E. A. Wrigley (1983, 283):

“Simmetricamente le città sono state elogiate come l’ambiente ideale di sviluppo di una cultura avanzata, come il principale baluardo contro il ritorno alla barbarie, e -infine- come il solo spazio in cui un uomo ricco di qualità ed energie poteva veder gratificate le sue doti.”

Pero he aquí una de las múltiples contradicciones que caracterizan a Golescu, pues, paradójicamente, si va buscando la luz lo que hace es, precisamente, alejarse de ella. Nuestro príncipe, *príncipe de las Letras*, se dirige siempre hacia donde muere el sol, (Occidente), no hacia donde nace (Oriente) pues, quizás guiado por el agudo olfato que caracteriza a muchos viajeros, es sabedor de lo que allí se encuentra y se propone llegar a la causa última de su poder. Un planteamiento del que también van a

partir gran número de escritores árabes, tal y como opina N. S. Yared (1996, 30):

“The travellers witnessed the vast difference between the backward Muslims Middle East and Europe’s civilization, progress and wealth. (...). The travellers tried to discover the secrets of this power.”

Dinicu Golescu, *viajando contra corriente*, como si de un moderno Cristóbal Colón se tratara, es consciente -¿o quizás no?- de que hay un nuevo camino por el oeste que conduce a la verdad. Abandona así toda una secular tradición europea que había indagado en su propia historia con la vista puesta en el mítico Oriente. Al viajar siempre hacia Occidente, traza una línea imaginaria que pasa por una serie de ciudades que en su mayoría están prácticamente alineadas entre sí: Buda, Pest, Viena, Bratislava, Graz, Múnich... Como dato anecdótico, permítasenos decir que durante el pasado y pretendidamente apocalíptico eclipse de sol del 11 de Agosto de 1999, tuvimos ocasión de comprobar cómo la franja conformada por las ciudades en las que éste se hizo más manifiesto y más fácilmente observable, coincide casi íntegramente con el viaje de nuestro autor. ¿Era la de Golescu una ruta solar?

Centrémonos, pues, en las ciudades. En ellas Dinicu Golescu tiene ocasión de admirar la fastuosidad de sus edificios y el ingenio (la *tecné*) con que se ha llevado a cabo una obra arquitectónica. (No olvidemos que en terminología masónica, según recogen P. Álvarez Lázaro (1996) y J. C. Daza (1997), entre otros, Dios es el *Gran Arquitecto del Universo*).

Para nuestro boyardo las ciudades pueden ser entendidas como meros mecanismos cuyo funcionamiento es observado desde el prisma de lo social. Así, M. Zaciu (1973a, 143) señala:

“Orașele sînt pentru Golescu mecanisme, un soi de ceasornice care indică buna sau reaua funcționare a unui sistem economic și de guvernare.”

Pero el boyardo también se deleita ante la ingente cantidad de monedas, armas o minerales que existen en los museos. Todo ello fascina a nuestro viajero.

El de Golescu es un espíritu urbano en eterna contradicción consigo mismo, un espíritu que si escribe sobre los beneficios de la vida

rural y de cómo mejorar la situación del campesinado, no es, ni más ni menos, que para poder acallar su conciencia. (Recordemos que él mismo era administrador de varias haciendas y amo y señor de los campesinos que las trabajaban). Porque lo cierto es que el campo que él ve en su recorrido por Europa es un campo observado desde la ventana de la diligencia en la que viaja, desde la distancia. Se interesa, sí, por la vida de los campesinos, pero de una manera relativa. La denuncia que desde *su púlpito* efectúa no es más que la voz de su intranquila conciencia, porque a él, en el fondo, lo que le interesa es la ciudad, el elemento urbano y todo lo que ello conlleva: teatros, palacios, jardines, museos..., cultura, en definitiva. Porque la ciudad, como señala B. Lepetit (1999, 359), es “... *une communauté d’habitants qui se distinguent des populations environnantes par les privilèges dont ils jouissent. L’image culturelle de la cité est construite sur le même souci de distinction à l’égard du rustique que les représentations juridiques.*” No en vano, Italia -por lo que tiene de arquitectura, pintura, arte, en general-, representa para nuestro boyardo “*raicul pămîntesc*” (p. 64), el tópico paraíso terrestre. Esta consideración extraordinariamente positiva no constituye un caso aislado porque, como reconoce B. Munteanu (1942, 22), “... *Aux yeux des Roumains, L’Occident sera donc tout d’abord l’Italie.*” Y, por su parte, A. Regales Serna (1983, 81) opina al respecto del viaje de Johann Wolfgang von Goethe a este país:

“Italia significa, por contraposición al <<mundo nórdico>>, el <<Mundo de la Luz>>, el intento utópico de superar las contradicciones del presente por medio de la racionalidad, de la libertad y del arte de la Grecia clásica. El viaje es en Goethe, no sólo escapismo en la geografía, sino crisis personal y crisis de la conciencia de clase.

Goethe huye a la Utopía, pero para regresar a la realidad de Weimar.”

Parece innegable que la contribución de Italia a la formación del Romanticismo rumano es también considerable, tal y como señala N. Façon (1970). No obstante, el prototipo de ciudad ideal es, para Golescu, Viena; su arquitectura, la exquisita educación de sus habitantes, su buena situación socio-económica... se configuran como objetos de interés para el viajero válaco. Mucho más que el barroco de aspecto oriental de la catedral de San Marcos que, si bien sorprende por su belleza, es menos admirado a causa de su falta de pragmatismo. De nuevo se establece el doble binomio: lo exótico-oriental *versus* lo práctico-occidental. Quizás

por ello, como señala M. Zăciu (1973a, 143), “... *Veneția e un oraș ireal, o cetate-ficțiune unde viața cotidiană e imposibil de conceput.*”

De la ciudad como complejo urbanístico y arquitectónico hay una cosa que llama especial y poderosamente la atención de Golecu: el trazado de las calles. Se siente así fascinado por el simple hecho de contemplar cómo la ciudad, en algunos casos, es un perfecto espacio inteligentemente diseñado en cuadrículas, lo que de manera muy acertada denomina L. Mumford (1964, 442) “... *ce triomphe de l’alignement et de la symétrie*”; las calles que un escritor como Louis Teste (1844-1926), por ejemplo (1872, 199), definía en Cádiz como “... *un grillage. Elles sont droites comme des I, monotones et étroites.*”

El ángulo recto es para nuestro escritor, como lo es para los masones, motivo de elogio. Así, sobre la ciudad de Trieste, la única salida marítima que el Imperio austríaco tenía al Mediterráneo, nos dice:

“*Casele sînt mai toate foarte frumoase, lucrate cu arhitectură, și toate în linie. Pardoseală uliților nu crez că va mai fi în altă parte. Frumusețea lor și temeinicia sînt vrednice de vedere, căci sînt foarte late, drepte, și cele mai multe sã taie cruciș, pardosite cu lespezi de piatră mari...*” (p. 61)

Son, no obstante, a pesar de lo que puedan tener de subjetivas, descripciones particularmente neutras y asépticas que no traspasan el mero dato objetivo empírico-científista. En la propia naturaleza de nuestro boyardo no está el ánimo de permanecer indiferente; su actitud es la de un viajero comprometido que participa de cuanto acontece en la urbe. Quiere moverse y *conmoverse* por la ciudad. Así, por ejemplo, la nueva arquitectura de Viena, una vez superada la estética gótica, como señala I. Oltean-Ciuclani (1978, 31), “... *declanșează o analogă mutație în privința preferințelor sale estetice, orientate mai mult, în ton cu noua sensibilitate, spre decorativul și monumentalul romantic.*”

El aspecto humano-sociológico no queda tampoco desatendido. En Bratislava, pongamos por caso, tiene la ocasión de contemplar, el 25 de Septiembre de 1825, la coronación de la emperatriz Carolina de Austria, esposa de Francisco II. Con tal motivo comenta:

“... *nu am putut să-m opresc lacrăma care mi s-au pricinuit de mulțimea glăsurii și strigării a norodului, ce*

cu toată a lor sufletească mulțumire-i ura fericire, cuvîntînd: “Treiască împărăteasa noastră!” (...).

Aceste neconținute glasuri și strigări ale norodului și ale multora lacrimi de bucurie făcea pe fieșcare să să cutremure (...). Aceste vederi, auziri și gîndiri mi-au stăpînit toate simțirile, iar nu vederea strălucirii lucrurilor împărătești.” (pp. 17-18)

Pero el relato de viajes de Golescu cuenta, para fortuna nuestra, con una segunda -y más profunda- lectura. Nos percatamos entonces de que nuestro escritor se debate en otra de las múltiples dualidades que se le presentan: el peso del mundo clasicista e ilustrado y la sombra preromántica que empieza a planear sobre él. Como resultado de la insatisfacción que lo caracteriza, no se conforma con ver la ciudad desde fuera, no quiere permanecer ajeno a lo que tiene lugar al otro lado de los muros. Quiere ir más allá.

A nuestro viajero la ciudad en sí, en tanto que espacio urbanístico, le resulta insuficiente. Y si bien los principios de los que Dinicu Golescu parte son eminentemente ilustrados, enciclopédicos, es nuestra intención poner de manifiesto a lo largo de estas páginas qué es lo que despierta significativamente el interés de nuestro noble y que, sin saberlo, le va a permitir establecer las premisas de lo que posteriormente será el Romanticismo en los principados rumanos: las obras de arte, por un lado; y los jardines, por otro.

Nos encontramos, de repente, con que aquello que lo cautiva hace referencia, de nuevo, a dos espacios completamente opuestos:

- 1) Uno interior: el arte (pinacotecas y teatros).
- 2) Otro exterior: la *naturaleza* urbana (parques y jardines).

Aunque, según G. Lupi (1968, 53), “... *la natura e l'arte interesanno mediocremente questo viaggiatore...*”, a través de estos dos espacios, el escritor se aproxima a dos de los elementos que van a caracterizar la estética del movimiento romántico. La naturaleza se hace arte y se encierra en los museos; la ciudad se hace naturaleza buscando la libertad. En ambos casos, su contacto con aquella es artificial, merced a las posibilidades que le ofrece el núcleo urbano. El prurito ya está presente en los mismos presupuestos de la Ilustración francesa, pues como señala H. Rosenau (1986, 93), recogiendo la opinión de E. Cassirer:

“La libertad de pensamiento, representada por Voltaire y por los enciclopedistas, tuvo un paralelo en las necesidades de nuevos edificios de orientación secular y cívica, mientras que el interés de Rousseau por la naturaleza se manifestó en el diseño de jardines y en el interés por lo pintoresco.”

Por una parte, Golescu, gracias a la pintura, indagará básicamente en su interior, en su yo. El escritor nos *desnuda su alma* y nos manifiesta lo que siente. Este espacio urbano le da ocasión para el recogimiento; es la llamada de su propio ser, la llamada de la libertad en un espacio perfectamente delimitado. Son, eso sí, muy leves conatos.

Mediante los parques y los jardines, por otra, el viajero sale al exterior. Admira la naturaleza que el hombre ha construido. Pero no se atreve a ir más lejos; no quiere transgredir los preceptos de una estética que todavía tiene demasiado peso en él.

1) El arte:

A pesar de la admiración que parece causar en nuestro escritor la contemplación de los artificios arquitectónicos, lo cierto es que Dinicu Golescu intenta por todos los medios adentrarse en las mismas entrañas de la ciudad. Una vez más -paradójicamente- *huye de la luz*. Gran parte de las descripciones que nos ofrece en su libro hacen referencia a espacios cerrados. Busca refugio en la más recóndita sala del museo de antigüedades, en el más perdido rincón de una biblioteca, en las mismas habitaciones de los palacios... En estos lugares, más que en las posadas de los caminos, el viajero descansa y se siente reconfortado, pues se encuentra consigo mismo, dando origen a sus ya célebres *comentarios*, lo que él mismo titula *Cuvîntări deosebite*. Pero donde nuestro boyardo abandona el tono enciclopédico y desea escapar a la realidad que se le impone es en los museos de pintura -las pinacotecas- y en los teatros.

a) Pinacotecas:

Es aquí donde -muy tímidamente, eso sí- se permite hablar de sentimientos (de alegría, de tristezas, de temores...). Tomando como referencia los presupuestos del romanticismo alemán propugnados por Friedrich von Hardenberg, *alias* Novalis (1772-1801), Johann Gottlieb

Fichte (1762-1814) y Johann Christoph Friedrich Schiller (1759-1805), entre otros, se plantea por primera vez en la literatura de los principados rumanos la capacidad que tiene el arte para sorprender y conmover al espectador. Con Friedrich Wilhelm Joseph von Schelling (1775-1854) podemos decir (1980, 68) que “... *El arte debe únicamente su nacimiento a una viva conmoción de los poderes más profundos del alma, que llamamos entusiasmo.*”

Estando en Belvedere (Viena), Dinicu Golescu nos describe lo siguiente:

“*O altă mare cadră, întru care să arată întristarea a unii întregi familii pentru fiul ce să pornește la războiu. Pe această cadră puțini o văd și nu lăcrimează (...). Altă cadră așijderea mare, unde să arată bucuria a altii familii pentru fiul ce s-au întors acasă de la războiu, și acestea cu toate sâmuirile bucurii. Și fiindcă sînt puse amîndoa întru o odaie, și întrînd să vede întii cea tristă, cu adevăr toți cîți o văd să întristează foarte, încît cei mai slabi și lăcrămează. Apoi, întorcîndu-se către cea veselă cadră, negreșit trebuie să să bucure...*” (p. 39)

Dos cuadros que no hacen más que *copiar del natural* y reproducir la realidad existente. Pero, como señala J. M. Álvarez Lopera (1994, 5), basándose en los principios filosófico-artísticos de Johann Joachim Winckelmann (1717-1768), “... *la imitación implicaba un proceso de estudio, selección y extracción que estaba muy lejos de la simple copia y que buscaba más la apropiación del espíritu que de las formas.*” Golescu abandona aquí el lastre neoclasicista e ilustrado; ya no le interesa la *tecné* ni la obra de arte en sí misma, sino la reacción que ésta puede provocar en el alma del que la contempla. Inicia así, tímidamente, su paso hacia una estética romántica -o, cuando menos, pre-romántica- donde la obra de arte adquiere verdadera carta de naturaleza, ya que, como muy razonadamente propugnaba Martin Heidegger (1971, 114):

“*No solamente es poética la creación de la obra, sino que también lo es a su manera la contemplación de la obra; pues una obra sólo es real como obra cuando nos arranca de la habitualidad...*”

El boyardo válaco se fijará especialmente en cuadros de Peter Paul Rubens (1577-1640) como *La matanza de Herodes*, *La guerra de las Amazonas* o *El Arcángel San Miguel expulsando del Paraíso al ángel rebelde*, y de Rembrandt Harmensz van Rijn (1606-1669) como *El Sacrificio de Isaac* o *La Virgen María con su hijo Jesucrito en los brazos...* Nuestro viajero absorbe con su mirada todo aquello que represente la expresión del *pathos*. No en vano, como señala I. Oltean-Ciuciani (1978, 31), “... *Dinicu Golescu, se îndreptează către acele lucrări cu subiecte de un intens dinamism și dramatism.*” En Dinicu Golescu el Romanticismo viene de Oriente, sí, pero de un Oriente *indirecto*: el representado en la pintura. Es, además, un Oriente bastante peculiar en su mayoría: el de las escenas bíblicas, el de la Historia Sagrada.

En otras ocasiones, es la realidad la que se impone: el mismo concepto y la propia configuración de la ciudad. El artista se ha de amoldar a ella y buscar nuevas formas de expresión. Así, por ejemplo, el pintor inglés Joseph Mallord William Turner (1775-1851), pongamos por caso, realizó una serie de abundantes viajes a lo largo y ancho del viejo continente europeo. Y a pesar de que en Francia y en Europa central pudo hallar más que suficientes motivos para crear sus cuadros, fue Italia el país donde la inspiración encontró casi siempre trabajando al pintor. Su obra *El Campanile y el Palacio Ducal en Venecia* (1819) es una viva muestra de ello. Como señala W. Vaughan (1995, 170):

“... *la pintura (...) no puede copiar un mundo tridimensional iluminado por la luz; todo [lo] que puede hacer es sugerir sensaciones equivalentes.*”

Partiendo del presupuesto de que hay una serie de espacios urbanos más difícilmente representables que otros, llegamos a la conclusión de que, en este caso, no es la propia limitación del arte o del artista la que desencadena y conforma un movimiento artístico, sino la esencia misma de la ciudad. Por esta razón, el pintor, como el escritor, se siente fascinado por una idiosincrasia que no siempre encuentra por doquier. De Trieste (p. 61) dice que es de renombrada hermosura; de Milán (p. 73), que su belleza es de primer orden; de Venecia (p. 65), que no hubo otra igual... Todas son metrópolis únicas, sensaciones únicas que lo van a llevar a expresar su individualidad, su particularidad. Eso explicaría la aparición y el éxito de ciudades como Granada o Estambul en la literatura romántica, precisamente por lo que tienen de único, de individual e irrepetible. He ahí su fascinación.

b) El teatro:

Aunque presente en menor medida, el teatro también reproduce del natural la realidad del hombre. Las historias que en él se representan son episodios de la vida misma que, con su capacidad de conmover, van a producir en el receptor un efecto de catarsis. Estando en Trieste Golescu nos comenta:

“S-au întîmplat seară cînd au fost în theatru peste 2000, și înfățișarea au fost atîta de simțitoare, încît n-au fost 100 oameni aceia pe care nu i-am văzut ștergîndu-și lacrămile.” (p. 63)

Sirva este ejemplo para demostrar que, una vez más, el arte hace aflorar los sentimientos del hombre. Pero no sólo obedece a este aspecto catártico; el arte de Talía será una pieza clave que habrá que tener presente a la hora de concebir las ideas de progreso, patriotismo y literatura nacional, como nos manifiesta Mihail Kogălniceanu (1817-1891) en las siguientes palabras (1913, 177):

“... le théâtre contribue plus que toute autre chose au progrès de la littérature nationale et des lumières parmi les classes inférieures.”

O como muy acertadamente opina A. Marino (1977, 32):

“... le théâtre a toujours été une <<tribune>> instituant un contact direct et immédiat avec le public. De la scène aux spectateurs, les idées, les allusions, les mots d'esprit <<passent>> sans barrière et presque instantanément. Plus que tout autre genre littéraire, le théâtre a, ou peut avoir, un caractère populaire qui profite grandement à une idéologie militante, soucieuse de faire naître des courants d'opinion. Sur la scène on peut polémiquer, moraliser ouvertement, avec un maximum de succès et d'efficacité.”

Y Golescu es consciente de todo esto; no ignora que es una poderosa arma para luchar contra la ignorancia, para combatir la sinrazón y para, en definitiva, alcanzar la luz.

2) La naturaleza urbana:

Partimos de la afirmación de que los parques y los jardines son, por así decirlo, naturalezas artificiales, construidas. Comenta J. M. Álvarez Lopera (1994, 9):

“Con las villas surge el interés por los jardines-paisaje, producto del tratamiento de un paisaje natural con la finalidad de intensificar el efecto rústico y subrayar la impresión de naturaleza salvaje con distintos accidentes arquitectónicos: templos, ruinas, puentes, etc.,...”

De Schönbrunn (Viena) Dinicu Golescu dice:

“A aceștii grădini frumusețea, peste puțină este de a putea cinevaș să-i facă descriere făr’de greșală. Atît numai pociu zice: că un om care întîiaș dată va întra, după puterea sau mulțimea simțirii sufletului, negreșit una din trei trebuie să i să întîmple, adecă: că sau întristat fiind și intrînd într-însă, poate să se bucure; sau, vesel fiind, cînd au intrat poate să să întristeze, sau, deși nu va fi fost stăpînit nici de întristare, nici de bucurie, una dintru amîndoao trebuie să-l coprinză; scăpare de a avea este peste puțină.” (p. 40)

Obsérvese que es una visión de la naturaleza, desde la *seguridad* que ofrece la ciudad, donde todo está perfectamente trazado: los parterres, los caminos; incluso los árboles y los arbustos adquieren formas geométricas... Es la naturaleza hecha arte; el triunfo de la armonía del cosmos, del orden más absoluto. Así, el Glacis, el parque que rodea la antigua fortaleza de Viena (*Altstadt*) y que está situado entre ésta y el otro cinturón exterior de la ciudad (*Vororte*), el actual *Ring*, se convierte en el prototipo de naturaleza dentro de la ciudad, un espacio armónico, de perfecta convivencia, incluso a nivel social. Como señala P. Sica (1981, 308-309):

“... todavía no existe contraposición por razón de la calidad social entre la Altstadt y los Vororte: en el área situada más allá del Glacis se levantan también mansiones aristocráticas, equipamientos y edificios civiles y religiosos, así como residencias burguesas; ni tan siquiera el hiato físico limita la integración entre las dos partes.”

Todo, aparentemente, es orden, simetría. No es la representación salvaje y caótica que de la naturaleza realizarán los románticos, y, por consiguiente, carecemos de descripciones de grandes bosques sombríos. Hasta ahora sólo se ha hablado de los sentimientos que se producen en el hombre por la simple contemplación del jardín. Nuestro viajero se instala justo en el límite, el que le marca la frontera entre la ciudad y el bosque: el jardín. En el jardín de Schönbrunn, por ejemplo, a lo máximo que llega dentro de esta naturaleza urbana es a pasajes como éste:

“... și întorcându-să la ceealantă parte, întristarea și posomorîrea trebuie să-l coprinză, căci să află întru o întunecoasă pădure întocmai ca noapte, cu feliurimi de figuri și șăderi ascunse, și alte lucruri care toate aduc întristăciuni și gînduri amestecate.” (pp. 41-42)

Ahí se encuentra la chispa que ha de encender el fuego romántico. Es más que significativo que sea precisamente al final del libro cuando nuestro escritor se atreva a salir al exterior, -en pleno contacto con la naturaleza- e intente una tímida, pero sincera, descripción de corte romanicista. Nos referimos concretamente al momento en que Dinicu Golescu tiene ocasión de visitar la célebre catarata del Rin. La descripción, no obstante, -por su propia limitación, como él mismo reconoce- dista mucho de ser la que algunos años más tarde el escritor francés Victor Hugo (1802-1885), por ejemplo, ya instalado plenamente en los presupuestos románticos, lleve a cabo en su publicación *Le Rhin. Lettres à un ami* (1842). Nuestro viajero escribe:

“Cale ca de un ceas departe, începe a să auzi un zgomot cu o oareșcare duduială, ce să pricinuiască din repede aruncătură a Rinului; dar aceasta este nimic pe lângă mirarea și sfiiala cu plăcere ce coprinde pe om cînd vine lângă aruncătură-i și împotriva-i (...). Și această priveală (...) cînd lovesc razele soarelui în tot cataractul (...), face o vedere pe care eu n-am putere de a o descrie. Cum și frumusețea și plăcerea este nespūsă cînd va vedea-o cinevaș noaptea, iarăș cînd luna va fi luminoasă și va lovi împotriva cataractului, atunci crez că nu va găsi om care cu mulțumita sa să poată a să depărta de această vedere.” (p. 113)

Concluimos, pues, que Dinicu Golescu -gracias a las posibilidades que la ciudad europea occidental le ofreció- inicia así un camino que va a ser seguido por los escritores de la generación *pașoptistă* rumana. La figura de nuestro escritor se nos antoja imprescindible para entender el paso que desde la Ilustración se produce en los principados rumanos hacia el Romanticismo.

Incitados por un deseo de llevar la cuestión más allá, no estaría de más preguntarnos si realmente Dinicu Golescu es un ilustrado o un *pre-ilustrado*. Decimos esto a colación de las palabras de M. Batllori (1994, 107), quien, a propósito de un escritor tradicionalmente considerado ilustrado, como Benito Jerónimo Feijoo, argumenta:

“El pensamiento de Feijoo no tiene casi nada que ver con la Ilustración, exceptuando tal vez un cierto espíritu de reforma y el interés por las ciencias; la verdadera pre-ilustración lo sobrepasa. Feijoo, dentro del pensamiento europeo, es un preilustrado; es un hombre que quiere la reforma de la enseñanza. Por lo tanto, en el fondo, es un reformista. Un ilustrado es también un reformista, pero no solamente eso; es, además, un replanteador de problemas filosóficos, políticos y eruditos.”

Estas últimas líneas nos llevarían a replantearnos los presupuestos establecidos por Dinicu Golescu: verdaderamente él habla en particular de la necesidad de cambiar el sistema educativo, por ejemplo, teniendo como referente los modelos adoptados en la Europa occidental. ¿Pero hasta qué punto se reformula los problemas *filosóficos, políticos y eruditos* de los principados? ¿No será, tal vez, que está anclado todavía en la misma concepción reformista pre-revolucionaria que caracterizaba a la Francia dieciochesca? A pesar de la aparente contradicción que esta formulación pudiera tener, no hemos de olvidar que, si bien el periodo revolucionario está más que superado en algunos países de la Europa occidental, los principados rumanos aún se encuentran viviendo en un sistema feudal, en una época de aislamiento, donde prácticamente no hay posibilidad de intercambio de ningún tipo con otros países. Quizás éste fuera el único rincón de Europa al que hacía referencia (1968, 12) el irlandés Laurence Sterne (1713-1768) en su *A sentimental journey* (1768):

“It is an age so full of light, that there is scarce a country or corner of Europe whose beams are not crossed and interchanged with others...”

Es momento de revoluciones, sí. Pero el pueblo rumano todavía no ha conocido la *gran revolución*. Y esto no significa obligatoriamente retraso en el devenir histórico de los principados, sino un modo distinto de afrontar el curso de los acontecimientos. Como muy bien señala R. Munteanu (1977, 5), *“... À la date où en Angleterre et en France ne persistaient que les derniers échos des Lumières, prolongés jusque dans la période préromantique, les premières idées des Lumières rencontrées dans la culture roumaine -dans le Supplex Libellus Valachorum (1791) et dans le discours du prêtre Sava Popovici de Raşinari (1792)- constituent les deux documents significatifs qui marquent ce processus rénovateur de longue durée.”* Ciertamente, será la situación política la que cree una necesidad de reforma. A este respecto opina G. Bruun (1964, 38):

“El espíritu del romanticismo, que ya había vivificado a la literatura y el arte europeos en el último cuarto del siglo XVIII, alcanzó su apogeo en las décadas inmediatamente posteriores a 1815. Ningún freno impuesto a la insurgencia política podía detener la rebelión romántica; por el contrario, parecía como si las almas fogosas, a las que se había privado de la oportunidad de realizar sus sueños, se aplicaran con mayor intensidad a soñar sus acciones. El romanticismo era un manto de múltiples colores, no casaba con el uniforme de ningún partido político; pero satisfacía las necesidades de una generación a la que el golpe tremendo de prodigiosos acontecimientos había sacado de sus verdades convencionales”

Pero habrá que contar con que cada país vive la historia como y cuando le corresponde. Para Dinicu Golescu la Ilustración es, precisamente, lo que otros entienden por reformismo. Como muy bien opina A. Galino Carrillo (1997, 234):

“... a pesar de las lógicas singularidades nacionales, en cada una de las naciones europeas las Luces revistieron características propias. La Ilustración no es una idea monolítica.”

VIII) GOLESCU, MASÓN

Recapitulemos: sus supuestos secretos viajes, su crítica al clero, la subordinación con respecto al estado, su idea de fraternidad, etc. son elementos más que suficientes para llevarnos a considerar que todos ellos no son fruto de la casualidad o el reflejo de la sociedad de la época en la que está viviendo. Veámoslos detenidamente:

En relación con la creación de la Sociedad Literaria de Braşov se ha apuntado la posibilidad de que realmente fuera una secta política de carácter masónico. Varios son los autores que han escrito en torno a esta suposición y respecto a la idea de que los Golescu pertenecieran a una logia masónica. Estas teorías, por cierto, están adquiriendo cada día mayor fuerza y autoridad. Así, por ejemplo, E. Lăsconi (1998, 201) afirma:

“Cei doi frați Golești sunt printre primii masoni din lumea românească, după Dimitrie Cantemir. E interesant că și acțiunea lor în care au avut alături mulți boieri și intelectuali, și a pașoptiștilor (...) și acțiunea “Junimii” se supun aceleiași căi masonice: lojile se constituie în secret, apoi se manifestă în viața publică prin societăți literare, filarmonice, culturale etc. Și abia când personalitățile lor s-au impus, intră în politică.”

De entrada, podemos partir de las ideas de un pensador como P. Hazard, quien desplazando la cuestión a otros territorios y retrotrayéndola a otros años, inquiere (1963, 213):

“¿L’Encyclopédie a-t-elle été une entreprise maçonnique? Que la franc-maçonnerie ait eu le dessein de publier un Dictionnaire de tous les arts libéraux et de toutes les sciences utiles, voilà qui est certain;...”

B. Fay (1963, 228) da por sentado que, efectivamente, en la propia concepción de la *Encyclopédie* hay ya un germen masónico:

“Entre los redactores y colaboradores de la Enciclopedia se cuenta un número muy grande de masones; se ignora si Diderot lo era, pero no está probado que no lo fuese, habiéndose demostrado que la mayor parte de sus amigos y amigas lo eran.”

Lo cierto es, como reconoce H. Reinalter (1989, 63), que “... *La masonería coincidía, en parte, con las intenciones políticas de la Ilustración, dados sus esfuerzos de realizar la igualdad social en las logias y de cultivar la idea filantrópica y de la perfección moral.*”

Por su parte, un reconocido masón como D. A. Lăzărescu (1997, 39), analiza cómo estas sectas contemplaban al mismo tiempo un carácter político, otro educativo y cultural, y un tercero de tipo artístico:

“Existau, în epocă, mai multe niveluri de activitate: unul politic secret, ai cărui membri activau și în două direcții oficiale, altul educativ și cultural, prin înființarea de școli publice și, în fine, altul artistic, pentru ridicarea unui local de teatru în capitală.”

Y añade: “... *marele patriot Dinicu Golescu a luat inițiativa acestei organizări la un triplu nivel.*”

En verdad hay varios hechos en la vida de Dinicu Golescu que nos sugieren la idea de que, efectivamente, perteneciera a esta secreta secta masónica. De entrada, recogemos el testimonio de Ion Heliade Rădulescu reproducido por A. Iordache (1979, 29) en el que se nos da cuenta del juramento secreto realizado por Dinicu Golescu para llevar a cabo el programa de la Sociedad Literaria de 1827:

“Acolo, în altarul bisericii (...), Constantin Golescul, Heliade și Căpățîneanu susemnară juramîntul secret de a propaga și împlini condițiunile sau articolii programului... Jurăm, în cele după urmă, că nici o pată de sînge, nici o violare nu va întina împlinirea datorîilor noastre.”

Este acto no deja de ser más que un fiel reflejo de lo que acontecía cuando alguien nuevo entraba en una secta masónica. Era entonces cuando se llevaba a cabo un conjunto de ritos donde los principiantes tenían que jurar secretamente toda una serie de leyes y normas, según nos refiere J. A. Ferrer Benimeli (1986, 31):

“De los antiguos albañiles [maçons] de la Edad Media se conservaron ciertos ritos de iniciación. Entre ellos el famoso juramento y secreto (...). Así, por ejemplo,

en el periódico londinense The Flying Post, del 11-13 de Abril de 1723 se publica el A mason's Examination, que es el más antiguo <<catecismo>> masónico impreso que se conoce, según Knoop y Jones. En este escrito se describe la obligación de aprendiz en estos términos:

<<... Jura no revelar ningún secreto de la venerable Fraternidad, so pena de que su garganta sea cortada, y de recibir una doble porción de infierno y de condenación eterna de la vida futura.>>

Dejando al margen esta última y sobrecogedora amenaza, que Golescu no pone en práctica ni en su vida ni en su obra, hay otros sucesos y circunstancias que nos llevan a hablar de su supuesta masonería: su misterioso y probable viaje a París, su huida a Braşov durante la Revolución de 1821, el viaje que hace con su padre a Transilvania, la admiración que siente por dos reconocidos masones como Jean-Jacques Rousseau (Vd. B. Fay, 1963, 298) y como el emperador José II (1741-1790), [Vd. J-A. Faucher, 1988, 361], su estancia en Rusia, sus tres incursiones consecutivas por la Europa occidental.. Casualmente los *viajes* que realizaba un aprendiz de masón que quería pertenecer a la logia, eran tres y, además, consecutivos, tal y como nos refiere P. Álvarez Lázaro (1996, 209):

*“En las condiciones físicas descritas el candidato realizaba **tres viajes consecutivos** alrededor de la logia.”*

[*]

Esta insistencia en repetir el viaje sería una de las claves de los *Grands Tours* masónicos. D. Roche afirma (1999, 353):

“C’est souvent une dynamique caractérisée par la répétition, saisonnière, annuelle, pluriannuelle: les calendriers commandent le déplacement du migrant, du négociant, du pèlerin.”

¿No serían estos viajes por Europa un modo de *iluminarse* entendido en su sentido más amplio? Recordemos que los masones eran frecuentemente llamados *hijos de la luz*, como recoge, de nuevo, P. Álvarez Lázaro (1996, 22). Por una parte, entendemos que Golescu manifiesta un deseo de ilustrarse, adquirir cultura y sabiduría, pero por

otra, podemos preguntarnos si lo que desea realmente es ser un *iluminado*, un iniciado en los secretos de las diferentes sectas europeas. ¿Estaba entre sus objetivos alcanzar un grado de conocimiento masónico que las logias de su país no podían ofrecerle? ¿Realizaba, tal vez, funciones de intermediario entre las diferentes sectas europeas? No en vano sus hijos, tal y como nos señala M. Bucur (1973, VII), llegarán a ser “... *politicieni cu o sferă bogată de relații în lumea Occidentului...*” ¿Era Dinicu Golescu, acaso, un mensajero de la Sociedad Literaria de Brașov? No deja de ser sorprendente -e incluso contradictorio- que nuestro boyardo sienta verdadera devoción por Occidente y que rechace todo lo que representa Oriente, cuando, como nos dice A. Melloc (1971, 181), estos territorios simbolizan para el masón “... *le point cardinal d’où part la lumière*” y que “... *c’est là seulement que vous pourrez la trouver.*” Sin embargo, Golescu quiere huir de ella, escapar a toda costa. Otra más de sus eternas contradicciones, de su continuo debatirse entre dos mundos, entre el Este y el Oeste, entre lo antiguo y lo moderno. Este debate, por cierto, es, según palabras de M. C. Jacob (1999, 273), una de las características de los masones:

“... *les maçons prouvent qu’ils se situent encore entre deux mondes: l’un, moderne, reposant sur le contrat; l’autre, essentiellement féodal, reposant sur la naissance et le respect.*”

Însemnare a călătoriei mele es, entonces, el resultado de unos viajes, sí, pero unos viajes hechos con otra finalidad; el itinerario obedece al seguimiento de la ruta de los supuestos centros masónicos europeos. P. Hazard (1963, 265) comenta al respecto:

“*La Franc-Maçonnerie (...) a essaimé sur le continent, et elle a gagné tous les pays d’Europe, l’un après l’autre. Si l’on peut dresser un jour la carte de cette marche progressive, on y verra les grandes villes commerciales, les ports de mer, les capitales; le tracé des routes dépendra quelquefois de l’aventure de la contagion, mais quelquefois aussi il se calquera sur les voies traditionnelles des marchés, des émigrations, des invasions. Les initiés qui circulaient, négociants, diplomates, marins, soldats, fondaient des loges dans les lieux de leur passage ou de leur séjour...*”

Curiosamente, nuestro viajero se dirige a esos *centros comerciales*, a esas capitales, a esos puertos de mar... Como consecuencia de esto último, el *Diario* de Golescu, deja de aparecer ante nuestros ojos como tal. Si es un diario, entonces está inconcluso o, cuando menos, mutilado. No sabemos qué hace *día a día*, ignoramos hechos relativos al viaje; carecemos de datos cronológicos que nos garanticen un seguimiento temporal preciso de nuestro autor, del tipo: *el día 1 estuve en..., a las diez fui a ver a..., al día siguiente llegué a..., de cinco a siete estuve hablando con...* Textos de tal naturaleza, dentro de la literatura rumana, los encontraremos en escritores posteriores como Mihail Sadoveanu (1880-1961), por ejemplo, quien nos da cumplida cuenta (1991, 190) de lo que va sucediendo casi minuto a minuto:

“*Pornim dis-de dimineață spre mănăstirea Neamțului, într-o trăsură ușoară cu trei cai. Trecem podul peste Ozana, peste limpedea Ozană a lui moș Creangă. Humuleștii rămân la stînga în liniștea și lumina începutului zilei.*”

Tampoco estamos, salvando las distancias, ante un texto como, por ejemplo, el de la *Historia del gran Tamerlán e itinerario y enarración del viaje y relación de la embajada que Rui González de Clavijo le hizo*, más conocido como *Embajada a Tamorlán*, realizada en 1403 y editada en 1582. Sobre ésta, M. A. Pérez Priego (1984, 225) nos dice:

“*En este esquema habrá también pocos hiatos y lagunas de tiempo, y éstas sólo motivadas por la falta de incidentes que contar, aunque incluso en esos casos, también se sentirá obligado el narrador a dar cuenta del fluir del tiempo...*”

Golescu nos oculta datos, sin duda. No está en su ánimo que sigamos con precisión de detalles las huellas de su itinerario ni la de sus visitas. Nuestro viajero sólo ofrece al lector una parte de la información de ese viaje. Lo que nos cuenta nos lo relata parcialmente y sin un aparente orden cronológico: su discurso es un discurso *fragmentado* tanto espacial como temporalmente, un relato desmembrado con continuas lagunas espaciales y temporales.

No deja de parecernos extraño y llamativo que, con el único fin de elegir la mejor escuela de Europa para internar a sus hijos, sean necesarios tres viajes. A esto hay que añadir lo incomprensible que resulta que visite

nuevamente algunas ciudades en las que ya ha estado. Si no tuviéramos más datos de sus vástagos la idea quedaría como una mera curiosidad. Sin embargo, sabemos que sus cuatro hijos participarán posteriormente en la Revolución de 1848, como nos refiere M. Constantinescu (1969, 304). ¿Hemos de suponer, entonces, que nuestro boyardo preveía el movimiento *pașoptistă* que cerró la Edad Media de los principados rumanos y que abrió un nuevo camino literario? Recordemos que, según señala I. Negoïtescu (1991, 41), “... *O nouă dezvoltare mai sistematică și mai organizată după diletantismul creator al marilor boieri, ce-și lărgiseră considerabil aria desfătărilor lor orientale, prin asimilarea bunurilor lor spirituale din Occident, cunoaște literatura română datorită gazetelor întemeiate cvasisimultan în Muntenia și Moldova și destul de curînd apoi în Transilvania*” y que es en ese momento, hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando “... *constatăm că legăturile culturale de o parte și de alta a Carpaților se intensifică*”, como dice P. Cornea (1972, 473).

¿O tal vez lo que nuestro viajero hace es simplemente tomar medidas preventivas y por eso les asegura a sus hijos una educación que los prepare perfectamente para aquel acontecimiento? ¿Los orientó en sus ideologías políticas? No pensamos que se trate simplemente de un deseo de dar “... *la doi dintre ei o educație germană, la ceilalți doi o educație franceză*”, en palabras de P. Eliade (1905, 174); la elección de las escuelas -creemos- no es arbitraria: obedece a algún oculto asunto relacionado con centros masónicos. No son más que conjeturas, pero a tenor de los hechos y de las opiniones de M. Anghelescu (1990) o de E. Lăsconi (1998) todo parece indicar que así fue. De hecho, Radu y Alexandru, que inician sus estudios en Múnich, acabarán estudiando en Ginebra junto a sus hermanos Ștefan y Nicolae bajo la dirección -según A. Iordache (1979, 40)- de Rodolphe Töpffer (1799-1846), uno de los discípulos de Jean-Jacques Rousseau. No obstante, N. Iorga (1925, 3-4), afirma no haber encontrado documentos que hagan referencia a la inscripción de los hermanos Golescu en la escuela de Töpffer, aunque sí consta un formulario de petición de ingreso con fecha 17 de Octubre de 1826. Töpffer, novelista, dibujante y educador, fundó un pensionado que dirigió hasta su muerte (Vd. *Enciclopedia Universal Ilustrada*, 1988, 814). Pero también parece demostrar una desmesurada afición por el viaje, a juzgar por títulos como *Voyages en zigzag* (1844), *Nouveaux voyages en zigzag* (1845) o, por lo que él mismo nos cuenta (1920?, 6) en otras obras como *Le lac de Gers*, publicada junto con otras en *Collection des histoires en estampes* (1846-1847):

“J’ai eu souvent affaire avec les douaniers. Mes chemises ont eu l’honneur d’être palpées sur toutes les frontières par les agents de tous les gouvernements, absolus ou autres (...). J’allais à Lyon.”

De su padre, el pintor Adam Wolfrang (1766-1847), sabemos, además, que, una vez retirado en su residencia de Morillon, “... *solamente se ausentó en 1824 para realizar un viaje por Italia...*”, según la *Enciclopedia Universal Ilustrada* (1988, 814). Es muy posible que allí conociera a Dinicu Golescu e -incluso- que este viaje tuviera un cierto carácter masónico. Hay algunos datos en su vida que nos hacen pensar que también pertenecía a una logia: su participación en la Revolución francesa, su amistad con Marie-Josèphe Rose Tascher de la Pagerie, la Emperatriz Josefina (1763-1814), esposa de Napoleón y simpatizante de la masonería, según A. Faucher (1988, 166), el tema de uno de sus cuadros: los carboneros... (Vd. *infra*).

Volviendo a nuestro escritor rumano, lo extraño es que si la finalidad del viaje no era otra que la de buscar un centro educativo para sus hijos, nada nos diga acerca de este tipo de instituciones. No obstante, se nos antoja todavía más sorprendente y significativo que no haga mención de uno de los más importantes educadores y pedagogos de la época: el suizo Johann Heinrich Pestalozzi (1746-1827), quien consagró su vida casi íntegramente a la educación infantil, especialmente a la de las clases populares. Al igual que Golescu hará años más tarde con sus posesiones en Belvedere, Pestalozzi compró en 1771 la granja de Neuhof, con el fin de transformarla en centro educativo para niños pobres. Pero ésta no tuvo la acogida que él esperaba y, en 1779, se vio obligado a cerrarla. Tras una serie de distintas experiencias en el ámbito docente y pedagógico, en 1805 se establece en la ciudad de Yverdon, “... *donde fundó una institución educativa que abarcaba los diversos grados de enseñanza y que pronto adquirió fama europea, acudiendo alumnos y visitantes de diversos países atraídos por el espíritu renovador de la educación e instrucción que allí se daba. Funcionaba en régimen de internado y con espíritu de familia, aplicándose en toda su plenitud los métodos pestalozzianos...*”, como nos comenta J. M. Quintana Cabanas (1988, XI).

Bien es cierto que el célebre pedagogo tuvo que cerrar esta institución en 1825, justo el año en que nuestro boyardo está viajando por Europa buscando un centro educativo para sus hijos. Pero ¿por qué un viajero tan dado a digresiones y comentarios ni siquiera lo nombra? Si

realmente la fama de la figura de Pestalozzi y el renombre que este centro adquiere son tan grandes e importantes -como así es, en efecto-, ¿por qué no se encuentra el suizo entre los hombres admirados por Dinicu Golescu? ¿Por qué ni una simple mención a su labor educativa y pedagógica? Es algo extraño que Golescu no conociera a esta *alma gemela* que también concibe la educación de un modo integral, “... *extendida a los individuos de todas las clases sociales...*” y que “... *relaciona, asimismo, la educación con la felicidad, idea muy característica de su época...*”, en palabras de V. León (1989, 107). Podemos concederle a Golescu el beneficio de la duda y pensar realmente que no lo conocía. Sin embargo, hay un hecho en la vida del suizo que nos ofrece materia de reflexión. De él señala J. M. Quintana Cabanas (1988, X):

“Él mismo estuvo animado de espíritu revolucionario, entrando en contacto con logias masónicas y fundando la Sociedad Helvética, que se proponía la reforma democrática de su país y una renovación moral y cívica del pueblo a través de la educación; llegó a ser encarcelado ...”

El paralelismo no puede ser más intenso: los dos preocupados por las mejoras educativas de sus respectivos países, con inquietudes reformistas morales y cívicas, ambos fundadores de Sociedades... Así nos lo refiere I. Antohi (1978, 107):

“... atît Pestalozzi ca și Golescu prezintă soarta grea a poporului, a maselor exploatare și încearcă amîndoi, prin școală și educație, să vină în ajutorul celor ce suferă crunt de pe urma orînduirii feudale.”

Sin embargo, el hecho de que Pestalozzi estuviera en la cárcel creemos que es razón más que suficiente para que Golescu- en el supuesto caso de que lo conociera- realizara sus contactos secretamente y para que no deseara que su nombre se relacionara con el del suizo. Recordemos, además, con Ch. Porset (1989, 235), que “... *la masonería había sido prohibida en diferentes Estados (Dinamarca, Países Bajos, Suiza...).*” Una vez más, política, educación y literatura confluyen en su vida, sin que a veces podamos distinguir los límites que separan a una de otra.

Posiblemente Dinicu Golescu, al igual que opina P. Álvarez Lázaro sobre Johann Wolfgang von Goethe (1996, 79), “... *concibió el ideal*

educativo masónico como el perfeccionamiento del individuo y de la Humanidad". Pero resulta que otra de las características de escritores y pensadores masones era el "... conciliar el amor a la patria y el cosmopolitismo (...), que cada uno participase de cuanto los otros tenían de bueno: el intelectual aportando la lucidez de conceptos, el hombre de negocios la habilidad práctica, el artista y el religioso las cualidades que los hacían tales", justamente las bases sobre las que se asienta el programa de la Sociedad Literaria de Braşov.

Un episodio suficientemente curioso (pp. 46-47) y, tal vez, significativo, es el de la descripción que hace de un carbonero de Baden, descripción que, sospechosamente, es de *segunda mano*. No se trata de una experiencia vivida por el propio Golescu; nuestro autor habla de lo que le aconteció a "... un dohtor neamţ cunoscut mie, aflîndu-să la Baden cu şăderea în casa acestui cărbunar, ..." Como ya ocurriera con el pasaje en el que aparece el célebre inglés (Vd. capítulo IV, punto II, apartado. 3.2.1.1), el doctor alemán, al que nuestro boyardo dice conocer, no parece ser sino otro de los personajes intermediarios que Golescu crea para poder hablar por boca de ellos. Y esto -creemos- es debido a que algo tan inocentemente ingenuo, como sería alabar la vida de un carbonero, -y entonces no habría ningún problema en decir que le sucedió a él mismo- esconde una segunda lectura. Somos de la opinión de que los carboneros, gracias a esa proximidad fonético-gráfica, no serían aquí más que una trasposición de los *cărvunari*, esto es, los pequeños boyardos que en 1822 redactaron -con Ioniţa Tăutul (a. de 1800-1830?) al frente-, "... un proyecto de Constitución en 77 puntos, entre los cuales figuraba el que reivindicaba la independencia del país, el derecho a elegir al príncipe y a elaborar las leyes.", según recoge A. Alonso Piñeiro (1990, 91).

Recordemos, igualmente, que en Italia los *carbonari* eran una sociedad o hermandad secreta que perseguía el derrocamiento de los sistemas políticos restaurados en 1815, así como la unidad nacional italiana, según nos informan C. Cook y J. Stevenson (1994, 499). E. J. Hobsbawm, por su parte (1991, 110), nos dice:

"Tales hermandades, cada una con su pintoresco ritual y su jerarquía, derivadas o copiadas de los modelos masónicos, brotaron hacia finales del período napoleónico. La más conocida, por ser la más internacional, era la de los <<buenos primos>> o carbonarios, que parecían descender de logias masónicas del Este de Francia (...). Los carbonarios y sus derivados y

paralelos encontraron un terreno propicio en Rusia (...), y especialmente en Grecia.”

La intención del escritor rumano no es otra que destacar el buen nivel de vida alcanzado por el carbonero debido a que ha trabajado toda su vida y ha pagado sus impuestos al emperador.

Siguiendo las definiciones establecidas por un autor como J. C. Daza (1997) en su diccionario sobre la francmasonería, en *Însemnare a călătoriei mele* podríamos reconocer, incluso, ciertos elementos y actitudes de carácter masónico:

- Abreviaturas: Algunas palabras no escritas en su totalidad, sino con sus iniciales o con las primeras letras, es, según el citado autor, una característica frecuente entre los masones. En el libro de Dinicu Golescu aparecen, en determinadas ocasiones formas como *st.* (*stînjen*), *vvd.* (*voievod*), *p.* (*poștă*) o *Sf.* (*Sfint*).

- Columnas: En memoria del templo de Salomón, la columna es otro elemento destacable. Dinicu Golescu centra su interés con asiduidad en las columnas de algunas edificaciones, en las que sostienen los arcos de los soportales, en las que se hallan en el centro de una plaza o, en su defecto, en los postes que encuentra en los caminos.

- Hermanos: Término con el que se distinguen los masones. Nuestro autor invoca con frecuencia a sus compatriotas con este apelativo.

- La letra G: Somos conscientes de que es un dato puramente casual, fruto del más puro azar. Pero no deja de ser curioso que la inicial del apellido de nuestro escritor sea G, la misma letra que aparece en el centro de la escuadra, uno de los símbolos universales de la masonería. Esta letra significa para unos *God* (*Dios*), y para otros palabras como *geometría*, *gnosis* o *genio*.

- Recibir la luz: Significa ser iniciado en la masonería. Golescu emplea expresiones parecidas queriendo significar, en primer lugar, ilustrarse, pero posiblemente esconde esta segunda acepción.

- Tenida blanca abierta: Así es denominada una reunión de masones en la que se acepta a un profano en la materia. Existe en *Însemnare a călătoriei mele* un pasaje (p. 101) en el que en Grihdorf un aldeano pregunta si se puede incorporar en la conversación que los demás están

teniendo. Es admitido, en efecto, pero Dinicu Golescu se ocupa de decir muy sutilmente que primero ha tenido que pasar un examen en el que se ha puesto a prueba su cultura (sabe francés, alemán, italiano y griego); una segunda lectura nos diría que no está probando su nivel cultural sino que está pasando el examen para entrar en la logia.

Por otra parte, hay unos elementos indispensables que caracterizan a todo masón que se precie, como son el compás, la escuadra y el nivel. Los dos primeros solían aparecer en determinados estandartes configurándose, junto con la Biblia, como logotipos masónicos. En Golescu ninguno de ellos aparece explícitamente. Sin embargo, tanto el compás como la escuadra no eran más que los símbolos de la justicia y la rectitud con la que debían medirse los actos del hombre. A esto hay que agregar que “... *les angles droits reproduisent exactement l’image de l’Équerre, et pour cette raison fait partie des symboles maçonniques*”, según A. Melloc (1971, 66).

En ese afán de precisión y de exactitud, nuestro viajero anota la distancia exacta que hay de una posta a otra, lo que mide la fachada de un edificio o, para cerciorarse, cuenta personalmente uno por uno los pasos que hay de un extremo a otro de una plaza, por ejemplo. Comenta M. Bucur (1971, 8) al respecto:

“*S-a spus, cînd mai în glumă, cînd mai în serios, că Golescu străbate străînătatea măsurînd-o cu piciorul, calculînd pietele și parcurile în stînji și statuile cu cotul.*”

El nivel, por su parte, es un instrumento que representa la igualdad. Nuestro viajero habla del buen hacer de los campesinos suizos de Tess, que nivelan y allanan los terrenos escarpados. A esto se le une el hecho de que, según los masones, el Gran Arquitecto del Universo es Dios. Por lo tanto, su religión es la arquitectura, una de las disciplinas más veneradas y admiradas por Golescu.

Asimismo, a raíz de algunas historias y algunos comentarios y ritos recogidos por B. Fay (1963), por A. Mellor (1971) y por J. A. Ferrer Benimeli (1989) podemos hablar también de ciertos elementos que están presentes en la obra del boyardo rumano. Así, por ejemplo, la necesidad de las figuras masónicas del aprendiz y del maestro se reflejarían en la insistencia que hace nuestro escritor (pp. 30-31) sobre la obligatoriedad de que los mayores instruyan a los más jóvenes. Y la base misma del espíritu

golesquiiano, la igualdad de oportunidades para todos los seres humanos, incluidas las mujeres, no es ni más ni menos que lo que propugnaba la mayoría de las logias masónicas: la aceptación de la mujer dentro de la secta y, por extensión, de cualquier ciudadano, sin tener en cuenta su origen social.

P. Álvarez Lázaro (1996, 359-373) también habla de una serie de temas que en mayor o menor medida preocupaban a las logias masónicas, como son el clero y el ejército, por una parte, y los vicios y las virtudes, por otra. Golescu critica al estamento clerical en tanto en cuanto es representante de vicios o pecados capitales (pereza, lujuria, envidia...). Por el contrario, el ejército es visto como estandarte de virtud, de entrega y de servicio a la patria. Se trata de aplicar la más pura de las justicias: reprender lo que ocasiona mal al hombre y premiar las buenas virtudes, representado, respectivamente, por estos dos grupos sociales.

Por último, este mismo autor (1996, 374), al referirse a las logias masónicas españolas del siglo XIX, nos hace partícipes de una afirmación que parece ser la misma base sobre la que se asienta el viaje realizado por Dinicu Golescu, la doble vertiente de progreso espiritual y material, intrínsecamente unidos y complementarios:

“La idea de progreso moral estuvo en consonancia con la de progreso material. Las conferencias sobre economía, comercio, industria, etc., así como las relativas a cuestiones científicas, estaban empapadas del convencimiento de que el desarrollo científico-técnico iba parejo al desarrollo moral y que era preciso incentivar el primero para alcanzar el segundo.”

Es curioso cómo el *Bulletin Hebdomadaire* (1885-1906) va a recoger en sus estatutos los temas sobre los que se discutía en las tenidas, como son la enseñanza de lenguas vivas, la instrucción popular, los internados laicos, la educación integral, la educación de la mujer... (Vd. P. Álvarez Lázaro, 1996, 95). Los mismos intereses y preocupaciones de nuestro boyardo.

IX) SUS ÚLTIMOS AÑOS

En 1828 Golescu subvenciona el primer periódico en lengua rumana aparecido en el extranjero, concretamente en Leipzig: el *Fama Lipschii*.

En 1829, obtiene un permiso que le autorizaba a fundar -esta vez dentro de las fronteras rumanas- el primer periódico en lengua rumana: *Curierul Românesc*.

Por último, en 1830, poco antes de su muerte, el *Curierul Românesc* le encarga un informe estadístico y un mapa del País rumano, Valaquia.

El 5 de Octubre de este mismo año es el periódico que él fundó el que recoge la noticia de su fallecimiento, víctima de la peste, o como nos dice A. Iordache (1979, 30) del cólera. Es este mismo autor (1979, 38) el que nos refiere que en su testamento, redactado el 10 de Noviembre de 1825, Dinicu Golescu pide perdón a todo el mundo e insta a sus hijos a que sean buenos y a que se unan y trabajen por el bien de la patria:

“După această, întorcându-mă cu lăcrămați ochi către prea iubiții miei copii și aprinsul de rîvna suflet care mult dorita patrie, și împuns despre o parte de îngrijirea părintească către fiii miei, iar despre alta de cunoștința datoriilor omului către patrie, doresc, voesc și poruncesc părintește fiilor miei ca uniți întîi între dînșii, așa într-un gînd să și îndrepteze faptele și învățăturile către folosul patrii, precum eu unit purtînd în sufletul meu, ideea ei, cu a lor, nu le poci lesne despărți, nici poci, de una grăind a nu gîndi la amîndouă, căci măcar deși tîrziu de tot am avut noroc, de a afla, că cînd omul nu gîndește la folosul patrii, nici ea nu are datorie către el. De aceea, fiilor, fiți buni, voioși, spre slujbele ei ca să vă aflați fieșicare particularea statornicii și nestrămutată fericirea cea după putința omului în viața soțială.”

CAPÍTULO III

**LIBROS Y LITERATURA
DE VIAJES
DE LA ÉPOCA:**

**VIAJEROS ILUSTRADOS Y
ROMÁNTICOS
EN LOS PRINCIPADOS RUMANOS**

I) EL DISCURSO

1) LA TIPOLOGÍA DEL DISCURSO: ENTRE LIBROS DE VIAJES Y LITERATURA DE VIAJES

En el largo camino ya recorrido por la historia de la literatura y de la teoría literaria, ni los libros de viajes ni la literatura de viajes han gozado todavía por sí mismos de una posición privilegiada, tal vez porque, como apunta S. Carrizo Rueda (1997, 1), “... *el siglo XIX cimentó una respuesta excesivamente simplificada: <<los que solemos llamar libros de viajes se distinguen de otros relatos por brindar conocimientos sobre diversas materias>> (...). Y así fue cómo los estudiosos de la literatura miraron de soslayo un nutrido corpus compuesto a lo largo de los siglos por viajeros interesados en dar forma escrita a sus experiencias...*”

El ensayo -en todo caso-, como modalidad narrativa, aborda el diario íntimo, pero no tiene en cuenta el recuerdo de los viajes como elemento configurador del texto, lo cual, en cierto modo, es comprensible. Sin embargo, esta omisión no deja de sorprendernos y de parecernos bastante llamativa.

En el campo de estudio que nos ocupa, ya desde los primeros cronistas, la literatura escrita en rumano manifiesta, hasta finales del siglo XIX, una tendencia preponderantemente memorialística, entendida en su sentido más amplio porque, como opina M. Bucur (1973, IX), “... *orice scriere cu un minim grad de confesiune directă este memorialistică...*” Probablemente debido a un *horror vacui*, precisamente por la falta de producciones anteriores similares, los autores rumanos se muestran reacios en un principio a abordar de lleno los preceptos de una prosa pura, ficticia. Tengamos presente que el recuerdo y respeto de una tradición autóctona es un lastre demasiado pesado como para hacer posible un despegue acelerado de la literatura de los principados rumanos. Todos estos factores, así como “... *spiritul militant în care era concepută finalitatea artei par a fi principalii factori determinanți ai opțiunii pentru proza memorialistică, mai puțin pretențioasă ca formulă literară...*”, según la opinión de Ș. Cazimir (1982, 8).

Los inicios de los relatos de viajes hay que buscarlos, como mínimo, en expediciones de carácter historiográfico, cuando no geográfico o íntimo-personal, como es el caso del cuaderno de apuntes y notas en el que Constantin Cantacuzino (1650?-1716) escribe sus impresiones en 1667, al viajar desde Constantinopla a Padua para

completar su formación intelectual y humanística. Pero, como señala N. Cartojan (1980, 481-482), es una pena “... *că în carnetul lui de note este așa de laconic și nu ne comunică nimic din aceste impresii.*”

Nos congratulamos en poder corroborar esta premisa con el estudio de J. M. Ribera Llopis (1991) sobre documentos historiográfico-cronísticos del medioevo catalán. Ciertamente, los límites entre las distintas producciones *narrativas* son apenas discernibles, estando el *libro de viajes* inserto y difuso entre ellas. Así, el citado autor comenta (1991, 75):

“Como estamos viendo, la posible caracterización de un género puede pasar por la superposición de varios en lo que A. Fowler visualiza como <<...a very large and a very blunt pyramid>> (1982:152).”

En los principados rumanos, junto a estos primeros y tímidos pasos de lo que posteriormente vendrá a configurar el *corpus* de los relatos y de la literatura de viajes -y teniendo siempre presente que no se trata tanto de describir lugares como de referir acontecimientos- cabe mencionar a autores como Gheorghe Brancovici (1645-1711) y su viaje a Moscú, a Mihail Popovici (2ª mitad del XVIII) y sus incursiones en Moscú y San Petersburgo o, igualmente en estos mismos territorios, a Vartolomei Măzăreanu (c. 1720-c. 1790) y Venedict Teodorovici (s. f.). Por otra parte, un interés geográfico además de cronístico-historiográfico, es el que parece tener el moldavo Dimitrie Cantemir (1673-1723) en una serie de notas de viaje -redactadas en latín- elaboradas por tierras del mar Caspio, “... *după amintiri și după cărți, la intoarcere, deci în 1723.*”, según nos comenta N. Iorga (1969, vol. I, 329). La multiplicidad de intereses discursivos -la intención totalizadora- que predomina, precisamente, en autores como Cantemir, se erige en uno de los más importantes elementos configuradores del relato, al ser éste la matriz discursiva de la que han de derivarse todos los demás textos. Las palabras de N. Doiron (1988, 90) nos parecen altamente ilustrativas:

“Ainsi que le mappemonde représentait toutes les parties du monde, le récit de voyage représente un discours totalisateur visant à comprendre tous les discours classiques, une matrice d’où se détacheront progressivement des discours particuliers (ethnologique, anthropologique, philologique, etc) qui se développeront dès lors suivant leur propre méthode, mais qui ne

retrouveront plus l'unité générale que leur assurait le discours du voyageur."

Mención aparte merecería Gheorghe Asachi (1788-1869), al que podríamos considerar el primer escritor que opta por anotar sus impresiones de viaje como tales. Sin embargo, el resultado de su intención no deja de diferir de la larga tradición de los estudios humanísticos realizados con anterioridad por Miron Costin (1633-1691) o Constantin Cantacuzino.

Por lo que respecta a la crítica textual rumana, cabe decir que han aparecido diversos prólogos e introducciones a ediciones críticas de libros y de literatura de viajes, pero no son más que notas introductorias al extenso universo de las reediciones de escritores antiguos. De entre los pocos casos que, en el ámbito literario rumano, se preguntan si realmente configuran los libros de viaje un género literario, destacamos a Ș. Cazimir (1982, 5):

"Răspunsul afirmativ ar fi comod, dar în egală măsură discutabil, întrucât scrierile avute în vedere, de parte de a-și afirma un statut estetic comun, par animate mai curînd de tendințe divergente sau își descoperă afinitățile în alte sfere decît cea literară. Singurul element care, sub acest din urmă raport le reunește fără excepție este faptul că "povestesc" un drum. Mai legitim ar fi atunci să se vorbească despre motivul literar al drumului, dacă acesta n-ar depăși cu mult cîmpul însemnărilor de călătorie..."

Otro de los autores que han manifestado interés por el tema es M. Anghelescu. De un modo mucho más concluyente, al no plantearse la cuestión, da por sentado (1975, 114) que los viajes han de establecerse en el terreno de la literatura, pues *"... sînt totuși literatură din punctul de vedere al structurii lor; călătoria ca și orice text literar, este materializarea unui traseu virtual care se desfășoară independent de intenția și voința autorului, organizîndu-se într-o schemă epică definită."*

Salvo estas honrosas excepciones, carecemos de estudios amplios que aborden el tema de una manera concluyente y definitiva. Nos encontramos -somos conscientes de ello- en un *terreno resbaladizo* en el que, además, *"los árboles no nos dejan ver el bosque"*, lo cual, no sin razón, le lleva a decir a Ș. Cazimir (1982, 6):

“Soluția cea mai bună, în această pădure a dilemelor, ni se pare aceea de a le lăsa nerezolvate.”

Intentaremos -en la medida de lo posible- dar una solución al problema que se nos presenta. Quizás su base radique en lo difícil que resulta hallar libros o literatura de viajes que ofrezcan un *corpus* textual perfectamente ajustado al canon del -llamémosle así- género. Por puro pragmatismo -y a efectos didácticos- emplearemos la palabra ‘género’ para referirnos a los libros y a la literatura de viajes. Sin embargo, no ignoramos que géneros -en pura ortodoxia- solamente hay tres: el épico, el lírico y el dramático.

Esta noción -tan traída y llevada- no resulta fácil definirla, precisamente por la multitud y la diversidad de los libros y de la literatura de viajes y por la variedad de discursos que en ellos se utiliza. La confusión ya está presente incluso en los propios escritores. Esto es lo que le condujo a decir a Modesto Lafuente (1806-1866), (1842, III) sobre los *Viages de Fr[ay] Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*:

“Esta serie de artículos de viage que no sé como llamar, si relación, o reseña, o apuntes, o memorias, u observaciones, o recuerdos, que no sé en verdad qué nombre merezcan...”

La dificultad se explica, por lo tanto, por la propia heterogeneidad de los textos. De ahí que no se haya defendido todavía una autonomía del género como tal; siempre que se hace referencia a literatura y libros de viajes se habla de *género híbrido*, de *sub-literatura*, de *forma periférica* y de clasificaciones similares que no acaban de ser de nuestro agrado. Entrarían a formar parte de lo que T. Todorov (1978, 25) o A. Fowler (1982, 5), pongamos por caso, conciben, respectivamente, como “*parents non littéraires*” y “*neighboring forms*”. Estos *patrones no literarios* son los mismos que, con anterioridad, le habían llevado a considerar a J. Chupeau (1977, 540) que “... *le récit de voyage se place résolument en marge de la littérature et de ses mensonges.*” [*]

Ya en 1896, R. Altamira se planteaba una serie de preguntas, recogidas casi un siglo después por G. A. Garrido (1994, 12), acerca de la ausencia de libros de viajes por tierras de España:

“¿Qué debería abranguer tal xénero? ¿Quizais só aqueles textos que leven no título a palabra “viaxe”? Obviamente non só eses. E ¿qué tal, suxire, se lle esiximos como condición que as viaxes fosen levadas a cabo tal e como se di?”

F. López Estrada (1980, 1) también pone de manifiesto lo difícil que resulta etiquetar los libros de viajes “... *pues su valor fundamental se encuentra en la noticia, válida en cualquier consideración de orden cultural, sin que importen sus condiciones poéticas.*” Nos hallamos delante de un género donde, en efecto, igual se acoge al diario que a la carta. En un algo más reciente y magnífico trabajo sobre los libros de viajes de François René, vizconde de Chateaubriand (1768-1848), Ph. Antoine (1997, 23) escribe:

“L’appellation << récit de voyage >> sert à désigner la relation de pèlerinage, le compte rendu d’expédition, le journal de bord... La liberté la plus grande semble prévaloir dans ce territoire situé en marge du monde des Lettres, qui accueille des textes aussi divers que la narration à la troisième personne, la lettre, le journal...”

Por su parte, A. Regales Serna (1983, 70) opina al respecto:

“En principio la << literatura de viajes >> está emparentada más o menos estrechamente con la << subliteratura >>, la << novela de aventuras >> y de << aventureros >>, la << novela estudiantil >>, las << robinsonadas >> (...), sin olvidar, por otro, la épica, las memorias, o la propia geografía. Los autores remiten de unas categorías a otras sin que resulten claros los límites o los vínculos entre ellas.”

J. Richard (1981, 8), aunque ciñéndose concretamente al ámbito de los viajes medievales, defiende, asimismo, la multiformidad del género:

“C’est un genre multiforme, puisqu’il va des guides destinés aux voyageurs et surtout aux pèlerins, aux marchands aussi, en passant par les lettres et relations des ambassadeurs et des missionnaires, les récits

d'expéditions lointaines, ceux des aventuriers, jusqu'à des oeuvres de caractère nettement géographique."

No obstante, si admitimos que el género existe, según este último autor, y otros como Ph. Antoine o G. May, según veremos a continuación, la dificultad para definirlo quizás no estriba tanto en intentar delimitarlo como tal, sino en el hecho de querer establecer posibles sub-divisiones o sub-géneros con una cierta nitidez. En esta línea escribe Ph. Antoine (1997, 28) refiriéndose a los libros de viajes de la época ilustrada:

"Il n'est pas possible d'établir à l'intérieur même du genre des subdivisions nettes qui se justifieraient par la visée des textes: instruire, édifier, distraire. Cependant, il nous semble que les relations de voyage s'organisent autour de ces trois axes, et que la question de leur littérarité ne peut se résoudre qu'en termes de degrés."

Autoras como B. W. Fick (1976, 16) entienden que estos libros de viajes han de tener una cierta entidad autónoma en tanto en cuanto constituyen "... un género aparte de la autobiografía, la biografía y la crónica histórica, aunque estemos conscientes de que contiene algo de todos esos aspectos."

A pesar de no otorgarle una independencia total a la literatura y a los libros de viajes, quizás uno de los autores que -desde su *distancia autobiográfica*- más haya apostado por la concesión de una serie de privilegios especiales sea G. May (1982, 162):

"De todos los géneros o subgéneros anexos o conexos a las memorias y al periodismo, a los que la autobiografía no cesa de tomar como modelos, existe uno que parece gozar de un privilegio excepcional: la narración de viajes, en la que ya hizo pensar el libro de Claude Roy [Nous]. Las razones de este privilegio no son difíciles de discernir: el viaje tiene de particular que interesa tanto a quien se lo narra como a quien lo realizó en persona."

Y además, cuenta con la ventaja de que "... a diferencia de otras experiencias personales, la del viaje no es sólo transferible a otros por medio de la narración, sino que además armoniza con una de las

preferencias más universales de la especie humana: la de la novedad, de lo insólito, de lo extraño, de la aventura (...). En resumen: la narración de viajes es a la novela de aventuras lo que la autobiografía es a la novela íntima.”

Literatura o sub-literatura, género híbrido o sub-género, quisiéramos, desde estas páginas -y de acuerdo con E. Popeangă (1991, 16)- abogar por la utilización del término *discurso mixto*, en tanto en cuanto lo único que quizás haya de cierto es que no es ciento por ciento literatura, pero tampoco manifiesta un carácter ciento por ciento religioso, o moral, o político... Así, M. Popa (1980, 260) comenta:

“...literatura de călătorie este o combinație ciudată de stări sufletești (“etats d’âmes”), de episoade narative și scene de gen, de fiziologii și tipologii complexe, de impresii și notații subiective, de observații concrete ale mediului, naturii și detaliului caracteristic în maniera celei mai stricte obiectivități...”

Por consiguiente, el *discurso mixto* -que abarca desde el discurso pseudo-científico de los primeros viajeros al discurso científico o técnico actual-, se puede fundir perfectamente con el discurso literario narrativo.

A través de las opiniones de toda esta serie de autores -y autoridades en la materia- un hecho nos resulta obvio: constatamos que se hace referencia tanto a libros de viajes como a literatura de viajes sin que, de entrada, se establezca ninguna distinción. La mayoría, en principio, habla de *relatos de viajes* o *narraciones de viajes*, refiriéndose solamente a los libros de viajes. Y esto es algo de lo cual adolece la crítica textual. Es A. Regales Serna (1983) quien habla de *literatura de viajes* englobando y refiriéndose -si no lo hemos entendido mal- exclusivamente a los libros de viajes. Así la concibe también J. Rubio Tovar (1986, 30) según se desprende de sus propias palabras:

*“Los libros de viajes formaron en la Edad Media un <<género multiforme>> en el que se recogen obras muy diversas: guías destinadas a viajeros, a mercaderes o peregrinos, relatos de embajadores y misioneros, obras en las que el viaje se mezcla con la geografía, viajes a un mundo imaginario, etc. Se trata de una **literatura** que buscaba en cada caso un objetivo diferente.” [*]*

Ha de tenerse en cuenta que, en la Edad Media de la Europa occidental -al igual que ocurre en la literatura que se produce en los principados rumanos hasta bien entrado el siglo XIX- por *literatura* se entiende, siguiendo la tradición latina, *todo lo escrito*. En esta línea argumenta H. R. Jauss (1970, 80):

“En el terreno de la Edad Media, la historia y la teoría de los géneros de la literatura popular tropieza con una dificultad particular: las características estructurales de las formas literarias de las que se debería partir, deben elaborarse sobre textos cuya cronología es a menudo poco precisa. Son literaturas nuevas que se crean; ningún principio humanista de imitación rigurosa, ninguna regla poética obligatoria les hace depender directamente de la literatura latina que les ha precedido.”

Del mismo modo, como opina M. Popa (1980, 275), “... *noțiunea de “scriitor” trebuie luată aici în sens larg, de “literator”, de semnatar de note de călătorie.*” Es comprensible, por lo tanto, que al hablar de libros o relatos de viajes se esté haciendo referencia a *literatura de viajes*, y viceversa... Incluso dentro de la misma crítica textual rumana los límites tampoco se distinguen. M. Bucur (1971, 6) afirma:

“Apare acum o întreagă producție de carte de călătorie, o literatură a voiajurilor.”

Creemos, no obstante, que se hace a todas luces necesaria una clara delimitación, tratándose de viajes, entre libros y literatura, pues las diferencias conceptuales -aunque los dos participen de ese *discurso mixto*- son harto significativas, si bien no obligatoriamente exhaustivas

1) Desde el punto de vista del emisor:

En el libro de viajes lo fundamental, lo verdaderamente importante y lo que da entidad al libro como tal, es el viaje. El viaje es el texto. Por el contrario, en la literatura de viajes, éstos no son más que el pretexto para poder desarrollar y llevar a buen puerto una producción literaria. En algunas ocasiones, como apostilla C. Kappler (1980, 80) refiriéndose a los libros de viajes medievales, resulta que el viaje es, fundamentalmente, “... *le prétexte de récits innombrables...*”

Por otra parte, en los libros de viajes, si no hay viaje no puede producirse el texto; el periplo ha de ser real. En este tipo de literatura, el viaje puede ser real, sí, pero no es descartable uno imaginario, ni tan siquiera la mezcla de ambos.

2) Desde el punto de vista del receptor:

La recepción del texto es también diferente. El que se asoma a las páginas de un libro de viajes busca, ante todo, información, el dato. Importa más el *qué*. Al lector de literatura de viajes, en contra, le interesa el discurso literario en sí. En tanto en cuanto cabe la posibilidad de que el material plasmado pueda ser imaginario -o de segunda o tercera mano, incluso-, lo interesante no es el dato. Lo realmente trascendente no es el *qué* sino el *cómo*. El lector de literatura de viajes persigue un artificio, una técnica, que no busca -aunque pueda existir- el lector de los libros de viajes.

3) Desde el punto de vista de la intención:

En principio, el carácter del libro de viajes es eminentemente práctico. La utilidad prima por encima de otros factores, máxime en el marco histórico de la Ilustración dieciochesca europea. En el interesante capítulo del *Émile* dedicado a los viajes Jean-Jacques Rousseau (1966, 596) decía:

*“Voyager pour voyager, c’est errer, être vagabond.
Voyager pour s’instruire, est encore un objet trop vague;
l’instruction qui n’a pas un but déterminé n’est rien.”*

Por su parte, Landgrave de Hesse (s. f.), príncipe de Hersfeld, comentaba en su *Voyage historique et politique de Suisse, d’Italie et d’Allemagne* (1736, 1):

*“Les Voyages sont peut-être ce qu’il y a de plus utile
à la Société. Il nous rendent polis, doux, honnêtes,
complaisans, & par là servent à bien des gens plus que les
Etudes...”*

Se define así, el libro de viajes, como un *corpus* textual con un valor ético aplicable en un espacio real. Este libro, además, puede aparecer bajo las más diferentes formas: diarios, memorias, cartas y guías. En la literatura de viajes se mira más hacia lo estético, que no tiene por qué estar ausente en el libro de viajes. Si esto es así, la poesía de los relatos de viajes es “... o poezie a prozei, o poezie care presupune, drept condiție de existență implicarea directă...”, como opina Ș. Cazimir (1982, 5). Pero el relato de viajes también se centra en la *re-creación* de un espacio, no necesariamente real. De hecho, la única forma que no entraría en los presupuestos de la literatura de viajes sería la guía, aunque autoras como M. del M. Serrano sí la incluyen. A propósito del carácter utilitario añade esta misma autora (1993, 7):

“La utilidad que podía reportar un relato de viaje o una guía variaba, dependiendo obviamente de su extensión, su rigurosidad, el esfuerzo empleado tanto en recabar los datos como en presentarlos de forma clara y pormenorizada.”

Los libros de viajes que parten de la *praxis* a pesar de utilizar esquemas propios del relato de viajes, no siempre consiguen superar lo ético en pro de lo estético. El sentimiento de utilidad es transmitido al lector en forma de guía (comercial, turística, geográfica, de peregrinación...) que tiene un destinatario muy específico, especialmente en el ámbito social ilustrado del siglo XVIII. A este respecto señala I. Romera (2000, 13-14):

“Pero si hay algo que caracterizó este siglo ilustrado fue sin duda un afán de conocimiento enciclopédico que propició en buena medida un gran número de viajes-expedición en busca de nuevas aportaciones en los distintos campos del saber y por tanto con una clara finalidad racional-cientifista, sobre la base de la observación y del estudio minucioso de la naturaleza. El deseo de conocimiento, el afán por descubrir y clasificar esencias, plantas, especies (vegetales y animales), etc., favorece un desarrollo extraordinario de determinadas ciencias (botánica, geología, cartografía, geografía, biología, entre otras).”

En el caso de Dinicu Golescu, que, curiosamente, no se acoge a estos presupuestos cientifistas como posiblemente cabría esperar, lo único que tal vez podamos decir es que es consciente de ofrecer una serie de informaciones, no ya al lector, sino al futuro viajero:

“*Apoi va vedea călătorul și case mari de zid...*”
(p. 69)

“... *streinul călător trebuie să vorbească întâi pentru drumuri, apoi pentru orașe.*” (p. 71)

La literatura de viajes, por su parte, deja de lado la necesidad de guiar al lector en un espacio que está a caballo entre los dominios de la realidad y los de la ficción. El escritor de esta literatura, de un modo muy especial el romántico, “... *s'intéresse moins aux lois, aux institutions, à l'état moral et social des pays qu'il visite qu'aux paysages, au décor de la vie, aux types originaux, au pittoresque dans tous le domaines.*”, según P. Van Tieghem (1969, 456).

El sentido práctico, en su más amplia acepción, es común a muchos viajeros, máxime cuando, como en el caso de los ilustrados, se ve incrementado por el amor a la patria y a la necesidad de desear para ella todo lo mejor. La contemplación de otras realidades, por lo tanto, no siempre será objetiva, pues se tiene una tendencia a *cargar las tintas* a favor de unos y en detrimento de otros, según los intereses del propio escritor, que gozará de total libertad para expresar lo que más le interese, como le ocurre a Antonio Ponz (1725-1792) en su *Viage de España* (1787), quien (1972, 3) “... *Zelosísimo de que se conozca lo malo y se abraza lo que es bueno, dice su sentir con la debida libertad...*” Concurren en los viajeros, además, básicamente dos sentimientos: por una parte el de la ilusión, la utopía, lo inalcanzable; y por otra, el de la desilusión, la desesperanza, el fracaso. Y ocurre que hay veces en las que el viaje en sí es lo de menos, pues es la excusa perfecta para que el escritor dé rienda suelta a sus ideas, o para dar a conocer al lector otros modos de vida u otros puntos de vista y entrar así en una tendencia claramente adoctrinadora, muy distinta a lo que es el viaje en sí. Como señala J. Rubio Tovar (1986, 30):

“*Se trata de una literatura que buscaba en cada caso un objetivo diferente. En unos casos incitaba a la reflexión piadosa, otras veces servía de auténtica guía práctica para el comerciante o el peregrino. En ocasiones los libros sirven como fuente de conocimiento de*

costumbres de pueblos lejanos o tienen una marcada intención geográfica o histórica, de suerte que el viaje no es el elemento esencial de la obra.”

Tal vez una de las trabas con las que nos encontramos sea la de querer clasificar lo que, posiblemente, es más que inclasificable. No parecen ser de la misma opinión críticos como O. Ducrot y J-M. Schaeffer (1995, 521), para quienes “... *tout texte, fût-il le plus idiosyncrasique, est classable.*” Pero quizás uno de los pocos autores que hasta el momento se haya decantado por una separación de ambas producciones sea J. F. Villar Dégano (1995, 31):

“Resumo: los libros de viajes son un género híbrido básicamente paraliterario, que se distinguen de la literatura de viajes por su intencionalidad informativa y utilitaria, de ocio y negocio a la vez. Desde otra perspectiva, los libros de viajes están inmersos en un tipo de comunicación que parte de una experiencia real del emisor, para proporcionar al receptor otra experiencia casi siempre múltiple, en primer lugar, de placer e información práctica; y en segundo, de información histórica diferida, debido a la caducidad de sus datos...”

Observamos, además, que el citado autor, -quizás no demasiado de acuerdo con valoraciones un tanto peyorativas, como pueden ser *subliteratura* o *sub-género-* concede a los libros de viajes la denominación de *paraliteratura*, un concepto empleado con menor frecuencia e injustamente -creemos- menos estudiado. Abarcaría, según este mismo autor (1995, 18), “... *un conjunto muy variado de géneros que, independientemente de sus valores estéticos, no pueden ser definidos como literatura porque no están dentro de los <<cánones>> con que se reconoce una obra de arte literaria (...). Entiendo, pues, por paraliteratura -continúa diciendo- todo un conjunto de géneros no canónicos, alguno de los cuales está embutido en las Historias de la Literatura, aunque no tenga en ellas el mismo tratamiento que los géneros oficializados.*”

Concluimos, pues, con este autor y con E. Popeangă, que posiblemente la clave esté en considerar al libro de viajes como un *discurso mixto* con una representación estética en lo *paraliterario*.

2) LA RETÓRICA DEL DISCURSO

2.1) UNA PRIMERA APROXIMACIÓN

Un viaje, a lo largo de su desarrollo, obedece a un esquema más o menos idéntico, aunque lógicamente, con ciertas variaciones. No será difícil hallar toda una serie de costumbres, de palabras y gestos simbólicos, de secuencias que nos producen la irremediable sensación del *déjà connu*, justamente por esa más que trillada recurrencia a los tópicos, a los *topoi*. Estos lugares comunes, según la opinión de W. Raible (1988, 310), existen “... *para la representación de sucesos de la naturaleza, una tormenta en el mar, o para la descripción del paisaje en la literatura: aquí se da el topos de la simpatía de la naturaleza que procede del mito de Orfeo, el topos del paisaje ideal de la Arcadia o el topos del locus amoenus.*”

El esquema abarca un amplio abanico de posibilidades que va desde la misma motivación del viaje hasta el esperable y lógico regreso -regreso que, por cierto, no es frecuentemente relatado-, pasando por los imprevistos, sorpresas e inconvenientes que pudieran surgir y que el destino depara al viajero. No hemos de olvidarnos tampoco de las paradas, los hitos que van marcando las distintas etapas del viaje. Una parada en una posada cualquiera, por ejemplo, es, además, una magnífica ocasión que el viajero tiene para poder conversar con sus compañeros de viaje, cuando no -como nos sucede con Dinicu Golescu- para dar pie a toda una serie de disquisiciones y comentarios pseudo-filosóficos, lo que el propio Golescu, en un principio -y posteriormente algunos editores de *Însemnare-*, tituló en la tabla de materias como *Cuvîntări deosebite (Comentarios especiales)*. Si se nos permite un inciso, hemos de decir que la literatura rumana contemporánea ha continuado con este esquema formal en obras como *Hanul Ancuței* (1928) de Mihail Sadoveanu, obra en la que los clientes habituales de una posada se reúnen alrededor de una mesa y cuentan sus particulares vidas y anécdotas.

Sin embargo, bien es cierto que en numerosas situaciones no es necesario hacer un alto en el camino, ni siquiera tener un interlocutor-compañero de viaje para motivar este discurso. Y, como consecuencia directa de esto, no es extraño encontrar en esta retórica del libro de viajes una cierta exageración. Precisamente, por el propio valor de la palabra del que hablaremos más adelante, no hay razón para pensar que el narrador está mintiendo o exagerando; no hay motivo para dudar de su palabra. Así, J. Pimentel (2001, 4), recogiendo las consideraciones de Jean

François Bernard (1^a mitad XVIII), compilador de viajes dieciochescos, opina:

“<<El mundo de los viajeros -escribe Bernard- está repleto de exageraciones e infinitas falsedades que tienen por objeto presentar a los autores como valiosos a los ojos de los lectores>>”

Todo forma parte de ese ritual, de ese esquema con diferentes puntos: un *pre-texto* (la motivación del viaje) y un *texto* propiamente dicho (el trayecto) que va siendo narrado a medida que van apareciendo una serie de dificultades -mediante las que se le va confiriendo al relato una cierta tensión-, y a través de paradas -normalmente posadas, pueblos y ciudades- donde se descarga con frecuencia el núcleo narrativo. Recordemos, no obstante, las palabras de C. Kappler (1980, 110):

“Le récit de voyage est une manière d’enclorre dans un cadre clos temporellement et spatialement (...) des éléments dont la propriété, lorsqu’ils sont vivants et vécus, est de foisonner.”

En este sentido, y en relación con lo anteriormente dicho, es importante la aparición de tópicos, como la tormenta en el mar o la posada en los viajes por tierra. En el mar, la tormenta suele aparecer como elemento perturbador de la placidez de la travesía. En la mayoría de las ocasiones no tiene más que la mera función de acrecentar el *tonus*, la calma del viaje; un elemento que en pocos instantes lleva el relato a su máxima tensión, pero que cae vertiginosamente sin mayores consecuencias, a no ser que nos encontremos delante de relatos de naufragios. Pero, curiosa y desgraciadamente, en los principados rumanos los relatos de naufragios brillan por su escasa presencia.

Por el contrario, una posada o una ciudad son perfectas excusas para poder narrar las peripecias del viaje o para permitirle al viajero poner en orden sus pensamientos o elucubrar sobre ciertos hechos. Incluso es posible percibir un estilo diferente de escritura: ahora ésta se hace más literaria, más poética, si se quiere, pues ya no estamos delante de un cuaderno-itinerario (el *bloc-notes*) con simples apuntes de nombres de ciudades, pueblos o postas en el que predomina el dato, el laconismo y la brevedad. Las paradas constituyen frecuentemente un *corpus* narrativo algo diferente al resto del viaje; simbolizan, de hecho, tal y como opina D.

Roche (1999, 354), “... *cette capacité de passage d’un monde à l’autre, du lieu où l’on habite au vaste théâtre de l’univers.*”

A lo largo de esta investigación nos centraremos -como es obvio- en el diario de viajes de Dinicu Golescu. Sin embargo, prestaremos también atención a aquellos autores y obras -rumanos o extranjeros- que nos puedan ayudar a entender la serie de aspectos claves que configuran la tipología y la morfología, no sólo del libro de nuestro viajero rumano, sino del extenso dominio de los relatos y de la literatura de viajes. Admitiremos, con D. Roche (1999, 356), que “... *la rhétorique du récit de voyage est le meilleur moyen de découvrir non la réalité, la vérité du spectacle urbain étranger, mais les codes qui en organisent la perception, dirigent les regards et les pas.*”

En esta primera aproximación al esquema que conforma un relato de viajes hemos querido distinguir tres puntos que, desde el punto de vista del contenido, nos parecen, a todas luces, básicos:

2.1.1) EL VIAJE Y LA NARRACIÓN

En todo viaje, por lo general, no hay más que admiración, sorpresa, una honda emoción contenida, a menudo inexpresable, un sentimiento para el que el viajero no encuentra la palabra exacta. Pero el bloqueo emocional y, por lo tanto, comunicativo que conlleva el acto de la contemplación en el viaje, puede tener, frecuentemente, una inesperada consecuencia. La propia insuficiencia de expresión le confiere al mismo estado de asombro y estupefacción un aire fabuloso. ¿Y quién puede narrarlo: un narrador inexperto con un lenguaje vacilante? Le resultará difícil salir de la línea general de lo que hay ya escrito, difícil sustraerse a todo el mundo literario, libresco, a lo ya leído. Sin embargo, lo indescriptible, lo inexpresable, quedará por siempre -mientras no haya un narrador valiente y decidido- atrapado en la pupila del viajero. La referencia -indirecta- que el lector tendrá de ese paisaje será el que la lectura de otros escritores -valientes y decididos- y su propia imaginación le proporcionen.

Escribe R. Barthes (1982, 69):

“La narración no es, pues, un relato (...) sino una prótasis argumentativa. En consecuencia presenta dos caracteres obligados: 1) su desnudez: nada de digresiones,

nada de prosopopeya (...); 2) su funcionalidad: es una preparación para la argumentación...”

El texto de los libros de viajes puede ser conceptualmente comparado con el texto de una narración que avanza paso a paso, página a página, hasta que se configura íntegramente y adquiere una forma definitiva. Podríamos decir que es como un reflejo en espejos paralelos, un espejo *maravilloso* -si queremos- en el que el mundo se proyecta de otra manera, dependiendo del lugar donde uno se sitúa, así como del marco y de la luz: “*Nada es verdad ni nada es mentira; todo depende del color del cristal con que se mira...*” diría, desde el perspectivismo, Ramón de Campoamor (1817-1901). Ahora bien, la narración puede compararse con un trayecto real, a lo largo de distintas etapas y distintos avatares, encauzado hacia un inevitable final; el viaje no es más que eso, aunque la mayoría de las veces conozcamos de antemano su final, su destino. En consonancia con esta dualidad, podemos decir que muchos viajes tienen un *doble*, aunque sólo sea en la imaginación. Dice a este respecto Ph. Antoine (1997, 11):

“Une fois admis que le vu et sa représentation écrite son deux réalités hétéromorphes, peut cependant subsister l’idée qu’il existe des énoncés plus objectifs que d’autres, plus à même, donc, d’entretenir chez le lecteur le sentiment qu’il est face à un analogon du réel.”

2.1.2) LAS PARADAS

No existe, o no debería existir, viaje sin parada. Las posadas donde los huéspedes cuentan o escuchan diversas historias -ya reales, ya ficticias- suponen un alto en el camino, en el hilo de la narración. Se pueden considerar incluso como la coronación, si no del viaje, de una etapa de éste. En ellas se descansa sí, pero también se reflexiona, se recapitula sobre lo acontecido a lo largo del día... Aquí llega el viajero ávido de informar y de ser informado, sediento de conversación. Son estos lugares los que dan pie a la charla distendida y desenfadada, los que proporcionan una estupenda oportunidad de conocer a los compañeros de viaje o simplemente a otras personas (viajeras o no). En cualquier caso, es la palabra -por lo general alrededor de una mesa y de un vaso de vino- lo que los une. Si se nos permite la comparación, y concibiendo el *Don Quijote de la Mancha* (1605-1615) de Miguel de Cervantes (1547-1616) como una *novela de viajes* -por tierras de España-, estaríamos frente a un

caso semejante al de la interpolación de *novelas* que los huéspedes de las ventas manchegas realizan en esta obra. “*Que el tema del viaje gravita en El Quijote es algo obvio. Incluso debe considerarse como un ritual necesario sin el que no existiría esa grandiosa novela...*” comenta C. Pérez Gállego (1995, 51).

Pero no siempre las posadas son lugar de descanso o, en el mejor de los casos, de salvación. Tampoco tiene por qué significar necesariamente un alto en el relato, un suspense donde la narración queda detenida. Ocurre que en ocasiones se configuran, precisamente, como todo lo contrario: un lugar donde la acción cobra más fuerza -o, simplemente, aparece-, frente a lo anodino del viaje, como hace, por ejemplo, Theothar Alexi (1843-1907) en *Schitul Ialomița* (1877), donde en una noche de terror envuelve al lector en la historia de un crimen, aunque luego todo resulte ser una farsa.

Abrazamos también bajo este epígrafe a pueblos y ciudades, particularmente a éstas últimas. Una ciudad es también una parada en el transcurso del viaje, siempre y cuando no sea el destino final. Es aquí donde el escritor acrecienta el elemento descriptivo y donde, paradójicamente, el libro de viajes adquiere consistencia. Cabría esperar lo contrario; lo lógico sería que la descripción más abundante se hiciera a lo largo del viaje, en tanto en cuanto se está en movimiento, *de viaje*. Y resulta ser que el relato de viajes describe mucho más precisamente cuando el viajero se detiene, cuando ya ha llegado a un lugar. Más que libros de viajes podríamos denominarlos, si se nos concede la licencia, *libros de ciudades*, pues es aquí donde la comparación se hace más que necesaria, las digresiones inevitables y las ampliaciones del relato casi interminables.

No obstante, siguiendo a F. Martínez Bonati (1972, 53-54), para quien, tanto la narración como la descripción son clases de un mismo género, nos parece importante señalar que no ha de establecerse una correspondencia necesaria o puntual entre *viaje* y *narración* (movimiento, acción) ni entre *parada* y *descripción* (estatismo, quietud). En el trascurso del viaje puede aparecer la descripción, al igual que en las paradas puede existir la narración.

2.1.3) LOS CONTRATIEMPOS

¿Tiene, quizás, la memorialística de viajes muchos más clichés que la prosa de ficción? ¿Recurre más a los tópicos y a los patrones literarios, más a la retórica que a la poética? Posiblemente el problema resida en

que, debido tal vez a la ausencia de un plano profundo, de verdadero contenido, los artificios a los que se recurre son más fácilmente observables e identificables.

La aparición de algún inconveniente, de alguna dificultad o, en el peor de los casos, de un accidente, suele ser un elemento tópico del viaje. El contratiempo, la inclusión de una aventura, parece ser visita obligada dentro del *corpus* de la narración. Claro está que en muchos viajes, para bien del viajero -y tal vez también para desgracia del lector-, esto no sucede; el viaje se lleva a cabo y llega a su fin sin el menor atisbo de peligro, obstáculo o molestia. Y hay autores que no dudan en dejar el texto tal cual; ni siquiera se plantean que el relato de los hechos quede mutilado, falto de aventura, probablemente porque esto sea lo normal, lo esperable. Cuando viajamos, en principio, no esperamos que nada malo nos vaya a suceder y lógicamente, no nos disgustamos si no ha sucedido.

Tal vez por ello sea necesario un poco de reflexión acerca de los innumerables y temibles accidentes o infortunios -mayormente marítimos- que nos encontramos en los libros y en la literatura de viajes. Muchos de ellos serían verdad, acontecieron en realidad, tal y como la historia nos atestigua, o tal y como el propio autor -y en estos casos hemos de creerlo-nos dice, aunque suela tratarse más bien de estados anímicos interiores que de aventuras en sí mismas. No deja de ser cierto que hay escritores con temor a la oscuridad o a la soledad, por ejemplo, escritores que se creen morir cuando les sorprende la noche y se encuentran solos en un camino o en la habitación de una posada. Otros manifiestan una clara inquietud y preocupación por lo desconocido, por las sorpresas que el viaje les pueda tener reservadas. Todo esto, que es real, está, no obstante, a un paso de caer en las garras de la imaginación que el miedo y las fobias pueden provocar.

Pero bien es sabido que uno de los recursos del viajero es suplir con su imaginación las carencias de aquellos pasajes o momentos donde la realidad no pudo llegar. Cuando el viaje no es interesante, cuando el trayecto se hace insulso e ínfimamente atractivo, se impone la aparición de una aventura, lógicamente surgida de la imaginación del escritor. Así lo reconoce Vasile Alecsandri (1821-1890) en *O primblare la munți* (1987, 94):

“Lucrul acesta deși cu adevărat nu s-ar fi întâmplat, totuși l-aș iscodi din capul meu pentru interesul acestei povestiri; caci în ziua de astăzi, o primblare la munți, fără cea mai mica rătăcire, pare ca o călătorie pe marea fără furtună, sau ca o nuntă fără lăutari.”

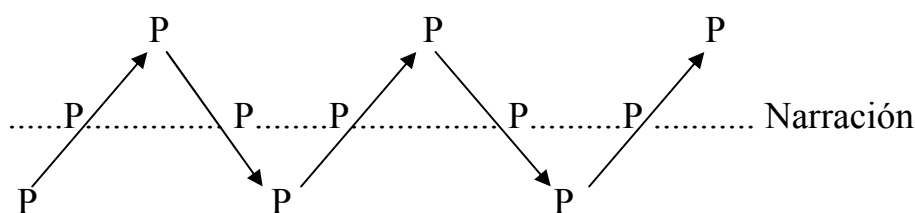
Ahora bien: ¿qué amenaza al viajero? ¿Con qué obstáculos le gusta encontrarse? En el mar parecen ya inevitables las terribles tempestades acompañadas, si llega el caso, de su correspondiente naufragio. Tiene el naufragio un componente más literario que real; da la sensación de que el autor quiere parecer más interesante, más filosófico, más plástico y expresivo quizás. Pero en tierra firme el abanico de posibilidades que se nos ofrece es algo más amplio: un bosque encantado, un camino lleno de tortuosidades y recovecos -el laberinto como un mal presagio-, una pendiente agotadora... Por montes y montañas el viento sopla fuertemente, con toda la fuerza de la que la naturaleza es capaz; las nubes se hacen oscuras y amenazan con lluvia o con la peor de las tormentas, según esté en la mente del viajero conseguir un mayor o menor efectismo. Como muy acertadamente propugna J. A. Kottler (1998, 43), estos viajeros, “... cuando se les pregunta qué ha sucedido, hablan sin parar sobre esas horribles cosas que hicieron y sobre las desagradables cosas que comieron. Hablan de los sufrimientos que padecieron. Muestran las cicatrices y las ampollas. Cuentan historias sobre avalanchas, noches sin dormir (...). Y a pesar de todo esto sonríen como los ángeles.” Son, como vemos, *sufrimientos* que el escritor gusta de recordar como parte interesante de la historia, a pesar de que frecuentemente se tienden a exagerar y a darles la categoría de pesadilla. Forman parte del artificio narrativo.

A Golescu, como a Vasile Alecsandri, nada de esto parece importarle. Siempre hay sol, nunca llueve, no hay ni el menor indicio de viento o de lluvia; al menos, eso creemos, porque bien es cierto que tampoco manifiesta expresamente que durante todo su viaje luciera el sol. Del tiempo atmosférico nada comenta nuestro autor. ¿Hemos de suponer entonces, concediéndole el beneficio de la duda, que todo se desarrolló sin el menor contratiempo o molestia? Lo extraño es que en tres años de viaje no llueva, ni nieve ni haya una tormenta, pongamos por caso. ¿Lo habría comentado? Creemos que no, como así es, pues, de hecho, es obvio que alguno de estos fenómenos atmosféricos tuvo que darse. Sí nos da cuenta de los cambios climáticos que le sorprenden en su viaje un autor como, por ejemplo, Enrique Gil y Carrasco (1815-1846), quien, además, no duda, como buen ilustrado, en rematar la descripción con un comentario (1999, 207) cargado de una cierta ironía:

“La mañana estaba muy fría y corría un viento muy fuerte, acompañado de aguaceros (...). El tiempo es tal, que todos se quejan como de cosa inaudita. No lo es poco que desde que salí de Madrid no he visto en mi viaje sino

dos o tres días buenos. Otros nublados hay peores y más difíciles de disipar.”

Como conclusión, los tres puntos que hemos analizado -donde las flechas corresponderían a los contratiempos que acrecientan o disminuyen el *tonus* y que nos conducen inevitablemente a **P** (las paradas) en el transcurso de la narración del viaje- se representarían de la siguiente manera:



2. 2) EL CLICHÉ ILUSTRADO

Podríamos plantearnos las siguientes preguntas: ¿Con qué finalidad viaja el hombre ilustrado? ¿Cuál es su propósito? Y además, ¿en qué consiste la estructura de este viaje dieciochesco? Según G. Gómez de la Serna (1974, 12):

“En primer lugar para lo que viaja el hombre del XVIII es para conocer al hombre; no sólo para ver países y tierras, sino <<pour voir des peuples>>, como dice Rousseau en el Emilio (...). Por eso, el segundo para qué de ese viaje está lleno de un inmediato sentido utilitario; se viaja para ilustrarse, mas para emplear esa ilustración en el mejor régimen de la vida pública y privada.”

Tomando como base esta concepción del viaje en el Siglo de las luces, el deseo de poder acceder al modo de vida que se ve en otros pueblos y alcanzar el estado cultural en el que éstos se encuentran es grande. El viajero -el hombre, en definitiva- quiere alcanzar la luz y salir de la oscuridad en la que se halla. Por eso, en la retórica del viaje ilustrado no será difícil encontrarnos con frases del tipo *¡Oh, Dios!, ¿cuándo vas a*

permettre que también nosotros nos ilustremos? o ¿Cuándo verá nuestro pueblo un rayo de luz de cultura?, y otras similares. Veamos, por ejemplo, un caso como el de Constantin François Chasseboeuf, Conde de Volney (1757-1820), (1792, 13):

“«Jusqu’à quand l’homme importunera-t-il les cieux d’une injuste plainte? (...). Ses yeux seront-ils donc toujours fermés à la lumière et son coeur aux insinuations de la vérité et de la raison?. Elle s’offre par-tout à lui, cette vérité lumineuse; et il ne la voit point!”

Y recordemos a nuestro autor cuando sentencia: “... vremea este a ne deștepta...” (p. 4), “Vreme este, fraților de a să da o bună orânduială întâi la clirosul bisericesc...” (p. 33), o “Niciodată nu o să se ridice deasupra neamului românesc acest nor întunecos, plin de răutăți și chinuri?” (p. 112).

Porque lo cierto es, como escribe Laurence Sterne (1968, 9), que “... we are endued with an imperfect power of spreading our happiness sometimes beyond her limits, but ‘tis so ordered, that from the want of languages, connections, and dependencies, and from the difference in education, customs and habits, we lie under so many impediments in communicating our sensations out of our own sphere...”

El viaje conlleva una irrepetible oportunidad de poder acceder a la verdad, a la igualdad y a la justicia a través del camino diario del conocimiento. Nos dice el mismo autor francés anteriormente citado (1792, 21):

“J’ai pu méconnoître la voix de la raison, mais je ne l’ai point rejetée après l’avoir connue. Ah! si tu lis dans mon cœur, tu sais combien il désire la vérité, tu sais qu’il la recherche avec passion...”

Varios puntos configuran el sentido práctico y utilitario del viaje ilustrado, según G. Gómez de la Serna (1974, 13):

1º) *Observar atentamente la realidad.*

2º) *Ejercitar frente a ella al arte de pensar.*

3º) *Desprenderse ante ella del prejuicio que el viajero lleva consigo, procedente de su mundo originario, es decir, observar y pensar con objetividad.*

4º) *Dirigir la atención a lo verdaderamente útil y no a lo que llama el mero pasatiempo, la frivolidad o el placer.*

Pero si bien el viaje ilustrado tiene como principal objetivo la adquisición de este conocimiento y su proyección inmediata en el entorno social, el viaje romántico, en contra, será un viaje que tendrá un carácter mayoritariamente íntimo, un viaje que conlleve un autoconocimiento, un descubrimiento de sí mismo. L. Silva (2000, 38) es de la opinión de que en el viaje decimonónico “... *se reivindica el viaje por sí mismo, sin necesidad de exigirle una finalidad concreta.*” La autenticidad de los diarios es precisamente la salida a la luz de esa parte oculta de nosotros mismos, de nuestro subconsciente, que diría Sigmund Freud (1856-1939). De hecho, los viajes románticos de autores como François René, vizconde de Chateaubriand, o Théophile Gautier (1811-1872), tienen mucho de autobiográfico, llegando incluso a confluir en un mismo *corpus* narrativo. Así lo afirma G. May (1982, 166):

“... la narración de viajes se transforma en un auténtico modo de expresión autobiográfica. Y esto es lo que explica, recíprocamente, que la autobiografía preste con frecuencia sus procedimientos literarios a la narración de viajes o, de forma más exacta, que fragmentos correspondientes a las narraciones de viajes aparezcan por lo general insertados en textos autobiográficos.”

Precisamente esta introspección psicológica personal será la que permita, unos años después, asentar las bases de lo que en el siglo XX pasará a ser el *corpus* narrativo y estético del ensayo.

2. 3) LOS ELEMENTOS MORFOLÓGICOS

A lo largo de las páginas precedentes habíamos tenido la ocasión de establecer una diferencia entre los libros de viajes y entre la literatura de viajes. Sin embargo, para que un relato de viajes adquiriera una cierta

entidad literaria tiene que incluir un mínimo de requisitos que caracterizan al libro de viajes como tal y que se desarrollan en la literatura de viajes; esto es, los elementos morfológicos, los presupuestos formales que organizan el relato de un viaje. Inevitablemente hemos de tenerlos en cuenta, pues gracias a ellos podremos establecer -en la medida de lo posible- la verdadera esencia de los textos que nos ocupan; “... *cualquier otro punto de partida, condicionado por la variabilidad de las circunstancias de emisión y recepción (...), está condenado de antemano a la parcialización y en definitiva a la frustración.*”, en palabras de S. Carrizo Rueda (1997, IX).

2.3.1) EL YO VIAJERO

En principio el autor -el viajero- ha de ser también narrador. Y desde esta suposición, este autor ha de dar la impresión de que lo que cuenta es verdad o, al menos, creíble. Se establece así el concepto de *verosimilitud* como elemento configurador de la afirmación del *yo* viajero. No ignoramos que existen libros de viajes que están escritos en tercera persona -el reciente *Trás-os-montes* (1998), de Julio Llamazares, por ejemplo- y libros que combinan la primera persona con la tercera, como es el caso de la *Embajada a Tamorlán* de Ruy González de Clavijo (¿?-1412) o el *Journal de voyage en Italie par la Suisse et l'Allemagne* (1774) de Michel Eyquem, señor de Montaigne (1533-1592), porque, según P. G. Adams (1988, 131), “... *Montaigne did not write all of the Journal himself. Almost half is by a servant, a secretary perhaps, who may or may not have written with Montaigne's guidance...*”, lo cual dará como resultado la aparición de un *yo*, de un *él* e, incluso, de un *nosotros*. Pero al margen de estas particularidades, la mayor parte de los libros de viaje está escrita en primera persona del singular, quizás debido a que así, como argumenta Ph. Antoine (1997, 169), “... *se résoudront les tensions entre les différents aspects des textes.*”

Para la época y el espacio que nos ocupan, podemos establecer, además, con J. F. Villar Dégano (1995, 29), una distinción entre el “... *yo de los viajeros que buscan y el de los viajeros que encuentran.*” Pero además añade algo más, que nos parece de una gran utilidad:

“... *el yo de los viajeros que buscan predomina hasta la Ilustración, y el de los viajeros que encuentran desde la Ilustración hasta nuestros días, con un momento culminante en el siglo XIX. El yo preilustrado actúa de una forma más objetiva y pudorosa, va hacia las cosas, las busca y pasa por ellas, aunque sin querer implicarse. Es*

un yo observador y selectivo (...). El yo posilustrado, con mucho de autobiográfico, se implica en lo que encuentra, juzga, espera la sorpresa y se encandila con ella.”

2.3.2) LA SIMULTANEIDAD DE ESPACIO Y TIEMPO

Intrínsecamente unido al dominio del *yo*, el viajero se ve ahora en la necesidad de articular el elemento real de tal manera que el lector tenga la máxima sensación de verosimilitud. En los libros de viajes esto se hace a través de la técnica del *diario*, -donde espacio y tiempo coinciden de forma prácticamente inmediata- y de la fórmula epistolar, que, aunque implique un destinatario determinado, obliga también a esa inmediatez espacio-temporal.

De un modo muy esquemático y simple, el relato de viajes puede ser entendido como una serie de paisajes -*escenas*, si se quiere- que son descritos sucesivamente, pero que se van ordenando según la cronología del propio itinerario. La fórmula memorialística, sin embargo, se encuentra a caballo entre los libros de viajes y la literatura de viajes porque conlleva una mirada repleta de intención estética y una carga subjetiva debida a su introspección. Una vez que el autor aparece, ofrece sus memorias provistas ahora de un nuevo aire, mucho más enérgico y decidido. Lógicamente las memorias -incluso las memorias de viajes- conllevan un cierto grado de subjetividad extrema; el resultado será un *corpus* textual genuino, auténtico, a pesar de que en determinadas ocasiones pueda recurrir a ciertos artificios a través de una tendencia literario-mimética. Pero no estamos en medio de una *tierra de nadie*: entre lo real y lo imaginario, el dominio del *yo* abarca tanto el universo del subconsciente como el universo de la literatura de ficción. Cabe, por lo tanto, la posibilidad de que se mezcle el elemento real con el ficticio a través del recuerdo. Sin embargo, en Golescu hemos de tener en cuenta que hay una falsa fórmula memorialística.

2.3.3) LA DESCRIPCIÓN

Si admitimos el hecho de que -como hemos dicho- un relato puede estar escrito en tercera persona, y el de que la simultaneidad de espacio y de tiempo no siempre es cierta o exacta, quizás el único elemento morfológico verdaderamente imprescindible a la hora de conformar el género -bien como libro de viajes bien como literatura de viajes- sea la descripción. En torno a ésta se articula la técnica a través de la cual se desarrolla la narración del viaje. De hecho, como muy bien señala el

Grand dictionnaire universel du XIXe siècle, según recoge Ph. Antoine (1997, 125), el género descriptivo “... *ne devrait survivre que dans les ouvrages où il a réellement une raison d’être, c’est-à-dire dans les livres de voyage.*”

Mientras que en la novela-ficción la descripción se encuentra subordinada a la narración, en el relato de viajes, postula R. Le Huenen (1990, 20), “... *n’est pas la servante du récit, mais son égale...*” Hay quien opina, por el contrario, que la relación existente entre una y otra modalidad no es de igualdad sino, prácticamente, de superioridad; los relatos de viajes constituirían, por consiguiente, “... *un tipo de discurso narrativo-descriptivo en el cual la segunda función absorbe a la primera...*”, según S. Carrizo Rueda (1997, 13). No estamos de acuerdo con esta autora, sin embargo, en que el objetivo final de aquéllos sea “... *la presentación del relato como un espectáculo imaginario, más importante que su desarrollo y su desenlace.*”

En cualquier caso, gracias a la descripción se puede llegar a conocer, e incluso a comprender, otros espacios, otros tiempos y otros personajes. Ahora bien, no olvidemos que siempre estamos mirando a través de los ojos del viajero. Es una mirada subjetiva o, cuando menos, parcial, configurada únicamente por aquello que ha sido capaz de llamar la atención del que viaja. Nos encontraremos, de este modo, con múltiples visiones de una misma realidad, lo que le llevara a escribir a Jean-Jacques Rousseau (1966, 591):

“J’ai passé ma vie à lire des relations de voyages, et je n’en ai jamais trouvé deux qui m’aient donné la même idée du même peuple.”

Las descripciones, por lo tanto, corresponderán -sean importantes o no para nosotros- a los propios intereses de quien produce el texto. Dinicu Golescu, cuando describe, lo hace, mayormente, con la intención de provocar una reacción -¿la envidia sana?- en sus compatriotas; en función de esta premisa encauzará sus palabras. Como postula S. Carrizo Rueda (1997, 20):

“Esta función de la descripción aparece, por lo tanto, comprendida en el estudio de los medios por los cuales el emisor de un mensaje trata de influir en el receptor. En otras palabras, se trata de una manifestación de la función conativa del lenguaje...”

La infidelidad -voluntaria o no- de algunas descripciones, o lo extravagante e inverosímil de otras, frecuentemente imprimen al relato una movilidad que es capaz de producir un desplazamiento de sus fronteras hacia otros territorios de la literatura, como puede ser el fantástico, por ejemplo. Y todo ello a través del valor de la propia palabra. En este contexto, la oportunidad que se le concede a la palabra no es la de copiar, la de reproducir la realidad que el escritor contempla, sino la de reescribir el paisaje. El arte, entonces, no copia a la vida, sino que la reinventa, la recrea. Así, por ejemplo, de las rutas de viaje de Mihail Kogălniceanu -sin duda, uno de los más grandes escritores de la literatura rumana-, se desprende que la vida no existe para que sea sublimada por la literatura, sino que es ésta la que da fe de lo existente.

Dicha descripción puede efectuarse atendiendo a un elemento estético (el espacio), a un elemento cronológico (el tiempo) y a un elemento ético y moral (las personas). Prescindiremos de los dos primeros y centraremos ahora nuestra atención en lo que supone la descripción de las personas.

2.3.3.1) La descripción de las personas

Del mismo modo que hay lectores que prefieren pasar por alto las descripciones cuando se topan con ellas en la lectura de un libro, existen también viajeros que no cultivan en modo alguno el espacio. Al frente de ellos, autores, por ejemplo, como Ion Luca Caragiale (1893-1921) o Nicolae Filimon, para los cuales es más importante la descripción o la presencia de una persona o de un personaje que la de un paisaje, pongamos por caso. De este último escritor, podemos hacer referencia a obras como *O cantatriță de uliță* (1858) o *Escursiuni în Germania meridională* (1858), obra ésta en la que la aparición del ser humano está más que justificada, si tenemos en cuenta lo que nos dice el autor (1982, 76-77):

“Vederea acestor locuri, atât de importante pentru istoria patriei mele, deșteaptă în inima mea cele mai frumoase sentimente și îmi umplu capul de ideile cele mai poetice (...). Aci vedeam pe Buzescu zdrobind capul superbului curd (...); mai incolo junele erou Calomfirescu (...). Acela este Mihai Bravul, mîndria și sostenimentul cristianismului.”

Al viajero le llamarán la atención, por lo tanto, todos aquellos individuos con los que se pueda ir encontrando a lo largo del camino: las personalidades intrigantes, los seres humanos con escondidos sentimientos, las personas que sufren, los personajes históricos...; el hombre, en definitiva. La descripción de todos ellos, sin embargo, ha de entenderse como una descripción interior, moral, de carácter colectivo y, por ende, patriótica. Al viajero ilustrado no le interesa el hombre como individuo aislado sino como perteneciente a una colectividad, a un pueblo con una serie de características comunes. Y es este pueblo el que es objeto de observación de este viajero ilustrado de carácter moralista.

El interés queda configurado principalmente gracias a un elemento decisivo: el contraste, fruto de una anterior e inmediata comparación. Este contraste, como manifestación de una imposible convivencia entre sus dos polos opuestos, llama la atención incluso desde lejos; es algo inevitable, ante lo cual el prurito moralista y observador del viajero no puede dejar de sucumbir. Si Dinicu Golescu realiza un verdadero cuadro de la situación de miseria del ser humano, el esfuerzo de autores como Ilariu Chendi (1872-1913) o George Barițiu (1812-1893) por reflejar esa misma realidad es más que encomiable. La desigualdad, la injusticia y los malos hábitos que ha adquirido la vida urbana por oposición a los de la vida rural, tan sanos y tan exentos de perversión -tengamos nuevamente presente a Antonio de Guevara y su *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (1539)-, siempre estarán bajo la atenta mirada de este viajero. Y es que en el momento histórico del Iluminismo es posible, incluso, que el moralismo vaya de la mano de la razón y del sentimiento, tal y como opina P. Cornea (1972, 243):

“O caracteristică esențială a luminismului de după 1821 (...), o constituie moralismul, un moralism asociat rațiunii, dar care se servește de sentiment spre a se face mai lesne înțeleș și a-și pleda mai convingător cauza.”

Por la mezcla de Occidente y Oriente que la ciudad y sus habitantes tiene en torno a 1840, Iași constituye, para Alecu Russo (1967b), un digno tema de estudio y observación para un viajero de tinte filosófico y moralista, pues en ella se conjugan tanto la limpieza como la inmundicia, o la franqueza y la corrupción. Russo no se pasea por los parques y por los jardines en busca de la más bella puesta de sol o del más sorprendente rincón; su mirada se centra en la observación de las costumbres, en la moral de los habitantes (*Iassy et ses habitants en 1840*, traducida posteriormente al rumano: *Iași și locuitorii lui în 1840*). Su narración no es más que el reflejo de toda una serie de observaciones psicológicas,

sociológicas y filosóficas, fruto de la amalgama entre lo oriental y lo occidental, así como de lo antiguo y de lo nuevo.

Y al igual que él, un autor de la talla de Vasile Alecsandri se nos manifiesta, cuando quiere, como buen observador. Mucho más dispuesto de lo que a primera vista podría parecer, Alecsandri es capaz, de una sola mirada, de realizar un rápido esbozo de la vida social, política y moral de Iași, por entonces capital de Moldavia (*Iași în 1844*, 1845). El cuadro que se nos pinta -nunca mejor dicho, pues su prosa rebosa bastante *costumbrismo pictórico*- es el de una ciudad con una moral a medio camino entre lo que tiene de oriental y lo que tiene de europea, a caballo entre lo malo y lo bueno, entre lo negativo y lo positivo. Es la ciudad de los contrastes por excelencia, del mismo modo que lo será Bucarest para Dimitrie Ralet (1816-1858) en sus *Suvenire și impresii de călătorie în România, Bulgaria, Constantinopole, Paris, De Soye și Bouchet* de 1858. La impresiones de Vasile Alecsandri, no obstante, como opina G. C. Nicolesco (1967, 112) “... *sont plutôt des peintures de mœurs que des notes de voyage proprement dites.*”

Tampoco las novedades o lo fastuoso de las ciudades parecen causarle admiración a Ion Codru Drăgușanu (1818-1884), quien, en *Peregrinul transilvan* (1865), ni siquiera se detiene a describir la naturaleza o el paisaje. Sin embargo, observador y sensible a los sufrimientos ajenos, sí encuentra tiempo para indagar en la profunda y complicada alma humana. Lo cierto -creemos- es que Drăgușanu comulga más con la filosofía del hombre aburguesado, para el que la ciudad no es una novedad sino un elemento que forma parte de su modo de vida cotidiano, pues, como afirma I. Negoïtescu (1991, 93-94), este escritor “... *e din două puncte de vedere un burghez; mai întâi prin uimitoarea sa adaptabilitate la urbanitatea occidentală (...), urbanitate compusă din străzi, monumente, muzee, restaurante, hoteluri și pretutindeni oameni cu moravurile specifice locului, totul împănăt de binefacerile civilizației (...), iar mai apoi prin concepțiile sale liberale, prin observațiile sale generoase asupra progresului social, proclamând drepturile păturilor oprimate, deplîngînd mizeria lor și tunînd împotriva despotismului.*”

Para este transilvano, la gente -no importa de qué país sea- es todo un mundo de contrastes donde se une la pobreza con el lujo, la belleza con la fealdad. En la dura crítica a los diferentes sectores sociales, no hay grupo que no se vea atacado precisamente por la parte que de negativo puedan tener: el clero es ignorante y perezoso, la nobleza, derrochadora y holgazana... ¡Cuánto nos recuerdan estas situaciones a las descritas por

nuestro boyardo! La diferencia estriba en que en su caso esta serie de contrastes -uno de los ejes narrativos y estilísticos del libro- se suele dar, por lo general, entre el País rumano y el resto de los países europeos, y no dentro de las mismas fronteras.

Los contrastes a los que aludíamos anteriormente -unidos a la libertad con la que la obra ha sido estructurada así como a la ironía patente en ella- nos llevarían, incluso, a comparar la citada obra de Ion Codru con el ya mencionado *A sentimental journey* de Laurence Sterne, tal y como postula M. Zaciu (1973a, 145). Todos estos elementos harían de *Peregrinul* “... un subtext omniprezent...”, en palabras de este crítico.

Sin embargo, mientras que el libro de viajes no consigue más que ensartar descripciones de personajes y de espacios, el arte del escritor de la literatura de viajes se basa en elaborar una narración con un núcleo temático definido a partir de esas descripciones, las cuales se realizan teniendo en cuenta dos puntos de vista, dos diferentes miradas:

- a) La mirada aséptica: el viajero se limita a describir, a dar información de una forma neutra. No es una actitud, sino una manera de ver, entender y describir las cosas. El texto es *uno y sólo uno*, pues la realidad que se nos cuenta es una y sólo una.
- b) La mirada comprometida: el viajero se implica en la descripción a través de la *oposición* y el *contraste*. Adquiere un compromiso. Describe las cosas comparando y teniendo como referente a su patria. En realidad tenemos *dos textos*, pues tenemos dos realidades distintas.

II) EL VIAJE Y EL VIAJERO

1) LA TIPOLOGÍA DEL VIAJE Y DEL VIAJERO

1. 1) LA NATURALEZA DEL VIAJE

Al analizar las distintas interpretaciones sobre el género y sobre la posibilidad de definirlo como producción literaria, hemos podido observar que los autores citados hablaban tanto de *relatos* como de *narraciones*. Es preceptivo, por ello, establecer que esta designación -ya de por sí ambigua- es debida, en general, al punto de partida de estos textos, un punto de partida basado, por una parte, en la propia naturaleza del viaje y del viajero, y, por otra, en la actitud del viajero.

1.1.1) EL VIAJE COMO PLACER

Parece casi obligado que al hablar de libros y de literatura de viajes siempre hayamos de hacer alusión al viaje de placer. Tenemos la sensación de que en el mismo término *viaje* -al menos en teoría, pues habría que exceptuar, por ejemplo, los a menudo *agotadores* viajes de negocios del hombre moderno- está ya implícita la idea de placer, incluso si el viaje en sí no es todo lo agradable que uno desearía, como le sucedía a Théophile Gautier. De él nos dice J. Cantera Ortiz de Urbina (1998, [60]):

“Aun reconociendo las incomodidades y hasta las penalidades del viaje en aquellos carruajes y por aquellos caminos (...), le encanta viajar y disfruta viajando. El placer como él mismo nos dice, lo encuentra en ir, no en llegar.”

Ése es el verdadero viajero: el que disfruta en el trayecto y no en el destino. Contemplado desde nuestra actualidad, la palabra *viaje* parece significar -pensando casi siempre en el destino final- evasión, disfrute, descanso, una desconexión con todo lo cotidiano... Así, el elemento *placer* se halla frecuentemente asociado a la misma naturaleza del que viaja: se trata por lo general de personas inquietas para las que la noción de frontera desaparece en tanto en cuanto su deseo de movilidad se instala en los dominios del deleite; son *ciudadanos del mundo* que, llenos de curiosidad, presentan una verdadera pasión por viajar y se sienten bien en

cualquier rincón del planeta. Podríamos destacar como figura representativa al polaco Jan Potocki (1761-1815), del que M. Zurowski (1992, 8) señala:

“La pasión por los viajes le venía a Potocki de su actitud de <<ciudadano del mundo>>, de su curiosidad de erudito, así como de su gusto, romántico ya, por lo exótico.”

Sin embargo, no hemos de olvidar que también el viaje podía tener un carácter tristemente obligatorio: el que marcaba el exilio forzoso o voluntario -aunque en cierto modo sea *obligado* por una serie de circunstancias- de muchos escritores, artistas políticos y pensadores que se sentían incomprendidos e inaceptados en su propia patria o que no podían soportar por más tiempo la coyuntura por la que atravesaba su país. Porque “... *qui parle de voyage n’entend pas toujours qu’il soit de tout repos.*”, como propugna A. Medam (1982, 70). Es, entonces, cuando cobra entidad en el escritor exiliado “... *una <<mentalitat de desterrat>> que (...) permetia veure el propi país com un lloc estrany que mai no deixa de sorprendre ni de colpir.*”, según palabras de A. Marí (1998, 9). Como remedio para mitigar el dolor del destierro no les queda más que aceptar la situación y saberle extraer el máximo provecho y enriquecimiento personal a la circunstancia de *universalidad* en la que se hallan; sólo así se entenderá que la tragedia que supone el exilio tienda a borrarse y que ya no estemos delante de desterrados, sino de *cosmopolitas*, en opinión de P. Hazard (1963, 247).

Por lo que a los principados rumanos se refiere es el año 1848, como nos señala M. Popa (1980, 263), el que “... *marchează un punct crucial în literatură de călătorii, deoarece foarte mulți dintre intelectualii celor două Principate [se refiere a Moldavia y Valaquia] sînt siliți să se instrăineze, luînd calea exiliului, fapt care determina o adevărată avalanșă de cărți de călătorie.*”

Ya en la segunda mitad del siglo XVIII tenemos una crónica anónima en verso, recogida por D. Simonescu (1967) -*Fuga lui Constantin și Dimitrie, fiii lui Alexandru Ipsilanti (16 Decembrie 1781)*- en la que se relata la historia de la fuga de los hijos de Alexandru Ipsilanti de Bucarest a Viena, donde se tienen que refugiar a causa de su disconformidad con el régimen otomano de finales del siglo.

Desgraciadamente, la ajetreada vida *político-viajera* de Ienăchiță Văcărescu (1740-1797) no nos ha dejado todos los testimonios literarios que hubiéramos deseado. Refugiado en Constantinopla en 1763, retirado a Brașov durante las campañas bélicas ruso-turcas, acompañante de Alexandru Ipsilanti en la investidura de éste en Constantinopla, obligado a desempeñar una difícil misión en Austria -la de convencer, precisamente, a los hijos de Ipsilanti de su retorno al país-, su huida a Nicópolis en 1788 tras el estallido del conflicto austro-turco, su posterior desplazamiento a la isla de Rodas... son más que suficientes acontecimientos y motivos para abordar el tema del *viaje al exilio* desde varios puntos de vista. Como mucho, hemos de conformarnos con la particular visión de tipo memorialístico que hace de los sultanes turcos en *Istorie a preaputernicilor împărați otomani* (1862-64).

Por su parte, Ion Ghica (1816-1897) tendrá ocasión de plasmar en sus *Scrisori* (1887) y en sus *Amintiri din pribegia după 1848* (1889) los cuatro años que permaneció exiliado en la isla de Samos (1854-1858), donde ocupó el puesto de gobernador. En la prosa de sus cartas, Ghica recuerda y evoca la ciudad de Bucarest desde el pasado, no desde su presente. De este modo, M. Bucur (1973, IX) señala:

“I. Ghica spune povestea secolului său; în care crepusculul orientalismului este aprins de culoare și de parfum și zorile societății celei noi apar pe fundalul încărcat de amintirea trecutului.”

El dolor que le produce la distancia física ha hecho crecer también en él un alejamiento temporal; una vez más el escritor, no queriendo aceptar la realidad, se refugia en lo que fue la capital en otros tiempos. Se establece así una imagen diferente de la urbe que, como consecuencia, dará como resultado *otra ciudad distinta*. Y justamente en ese momento se experimenta una ligera sensación de bienestar, una sutil felicidad porque, como señala S. Vilar (1985, 49), “... *vivir en una ciudad o imaginar otra <<polis>> aún mejor era encontrarse o significaba dirigirse hacia un estrato próximo al paraíso.*”

El presente acaba matando al escritor, lo asfixia. La realidad termina imponiéndose y es entonces cuando -para poder seguir viviendo- hay que huir en busca de otro tiempo, de otros espacios, incluso. Así, M. Popa (1980, 272) argumenta sobre Ion Codru Drăgușanu:

“Trăind într-o țară asuprită el se bucura, de pe altă parte, să respire liber aerul sănătos al libertăților politice și sociale...”

Es, justamente, lo que aconteció en nuestro país con el catalán Rafael D'Amat i de Cortada, Baró de Maldà (1746-1808), quien reconoce (1991, 71) que su salida *“... de Barcelona per la ciutat de Vich [es] per respirar millors ayres, estos los de la llibertat”*, a lo que V. Pascual i Rodríguez y C. Rúbio i Larramona (1991, 71) apostillan:

“Durant l’ocupació de Barcelona, molts nobles van intentar d’exiliar-se. Les autoritats franceses, en principi, van obstaculitzar aquesta sortida (...). Un dels motius que permetien obtenir el salconduit era la salut, quan es receptava un canvi de clima. Rafael d’Amat, fent broma sobre les raons que el feien sortir de Barcelona, diu que és per canvi d’aires, no els del balneari, sino els de la llibertat.”

Y hay quien como resultado de ese exilio involuntario, y sin intención de relatar viaje alguno, acabe a la postre por recoger todas las vivencias ocurridas durante esa estancia en tierra extranjera. Es también el caso de Antoine de Latour (1808-1881), tal y como recoge F. Maldonado (1954, 11):

“Es curioso el hecho de que Latour, que no venía precisamente a descubrir España ni a sí mismo ni a los demás, sino forzado por unas circunstancias políticas, que le inducían al exilio, pero, en fin, hombre trabajador y de estudio, utilizara sus ocios con instinto certero y realizara una labor cuyo fruto perdura en los ocho títulos que entre sus obras recogen estudios sobre algún aspecto de nuestro país, principalmente literario.”

En el polo opuesto, dentro de la literatura rumana, se encuentra Vasile Alecsandri, pionero de los peregrinos moldavos en lo que se refiere al viaje de placer. Inmerso en sus propios anhelos de felicidad, en su propia fantasía, se ve llamado muchas veces por el exotismo de los alejados lugares con los que sueña, no por exóticos menos reales. Desde esa felicidad, su prosa espiritual desprende un optimismo y una alegría

inmensa por la vida, todo ello dentro de un clima de buen gusto y refinamiento. G. C. Nicolesco argumenta al respecto (1967, 108):

“Alecsandri sait voir ce qui est beau et distinguer l’essentiel; il évoque d’une manière toujours plus naturelle et plus enthousiaste la nature, l’homme et le folklore (...). Il semble -et c’est peut-être la réalité- ne jamais chercher à <<faire de la littérature>>, mais se contenter de relater les faits à la manière d’un reporter.”

“*Vrednic de pedeapsă este...*” dice con frecuencia Dinicu Golescu de aquél que no se detenga a contemplar todo aquello *vrednic de vedere*. En otras palabras, Golescu es de la opinión de que las cosas tienen interés por sí solas, que son dignas de ver y que aquél que no disfrute con ellas merece ser castigado. Y a esto hay que añadir que, además, lo *vrednic de vedere* es también *vrednic de însemnare*. Nuestro autor halla de este modo el placer en la misma observación y contemplación de todo aquello con lo que se va encontrando, y establece, además, lo que para él es una relación intrínseca entre lo digno de ver y lo digno de reseñar. Y de nuevo comprobamos con satisfacción que Golescu no es egoísta, pues, en el fondo, estos lugares y cosas dignos de ver y de anotar no dejan de ser consejos para posibles y futuros viajeros, recomendaciones que el autor hace para que los demás disfruten de cuanto van conociendo y sepan apreciar el valor de lo que están visitando. No está muy lejos nuestro escritor de las recomendaciones del tipo *para no perderse* o *de visita obligada* que hacen ahora las actuales guías de viajes.

Pero él no es el único: entre 1846 y 1847 un viajero moldavo como el también boyardo George Potra (s. f.) viaja por diversos países de Europa apuntando lo más destacable de cada lugar, lo *vrednic de vedere*, aunque en la mayoría de las ocasiones suele tratarse de lujosos objetos, joyas, metales preciosos... Más próximo a Golescu se encuentra Nicolae Suțu (1798-1871), quien, en un viaje a Odessa (*Souvenir d’un voyage à Odessa pendant l’année 1847*), describe la situación en la que se encuentran la industria, la agricultura y el campesinado, alcanzando gran entusiasmo, como nuestro boyardo, en la simple contemplación de un jardín o en el mero paseo por un parque.

Pero el auténtico viajero, más que con lo que contempla, es feliz con el viaje en sí mismo. Ésta es la opinión de un escritor viajero como Nicolae Filimon, tal y como observamos en el siguiente pasaje (1982, 79):

“Cît de fericit este omul în călătorie, mai cu seamă cînd are cu sine bani de ajuns și nu-l turmentează vreo suvenire din patria sa sau vreo pasiune de inimă!... El aleargă din loc în loc întocmai ca albina din floare în floare și culege în liniște sucul cel dulce al călătoriei.”

No obstante, si hay alguien en esta primera mitad del siglo XIX que disfrute con el viaje, con el simple hecho de viajar, ése es, tal vez, el Padre Chiriac (s. f.), monje del monasterio de Secu. Nadie parece disfrutar más que él cuando se monta en la *caruță de foc*, el ferrocarril que aparece en sus *Călătorii* (s. f.). Pero, si es posible, prefiere viajar en carroza porque así el viaje es más lento y puede observar mejor todas las cosas maravillosas con que se encuentra en el camino; si no tiene caballo él es feliz si puede hacer, por lo menos, el viaje <<pe jos>> (de ahí que incluso se preocupe por el estado en el que se encuentran los caminos). Calistrat Hogaș (1984, 5) también es partidario de este viaje a pie, pues en tren, en carroza o a caballo, uno está obligado a ver lo que se le ofrece; es una visión fragmentada de la realidad. En el viaje a pie uno dirige sus pasos y selecciona lo que quiere ver:

“Orice călătorie, afară de cea pe jos, e după mine o călătorie pe picioare străine; a avea la îndămină cupeaua unui tren, roatele unei trăsurii sau picioarele unui cal înșamnă a merge șezînd și a vedea numai ceea ce ți se dă, nu înșă și tot ce ai voi. Iată pentru ce eu și tînărul meu tovarăș de călătorie ne hotărîrăm a merge pe jos peste munți și în răgaz, de la Piatra pîn’la Dorna, lăsînd la o parte drumul mare.”

Esta idea posiblemente sea una idea que recogen los viajeros rumanos de la Ilustración francesa, pues ya está presente en Jean-Jacques Rousseau (1966, 539). Émile y él no hacen el viaje “... *tristement assis et comme emprisonnés dans une petite cage bien fermée.*” Por eso continúa diciendo:

“Je ne conçois qu’une manière de voyager plus agréable que d’aller à cheval; c’est d’aller à pied. On part à son moment, on s’arrête à sa volonté (...). Partout où je me plais, j’y reste (...). Je ne dépends ni de chevaux ni du postillon.”

Golescu no llega a tal estadio; en alguna ocasión, estando en Padua, habla de la posibilidad de hacer el viaje a pie para observar mejor el paisaje, pero él no lo hace:

“*De aceea zic că în Italia nu trebuie omul să călătorească cu poște, ci cu piciorul...*” (p. 69)

Es posible que esta última sentencia no sea más que una opinión muy extendida, una *vox populi* generalizada, pero muy probablemente Golescu esté haciendo referencia al alemán Iohann Gottfried Seume (1763-1810) y a su obra *Spaziergang nach Syrakus im Jahre 1802* (1803), un libro que guarda estrechos paralelismos con el de nuestro rumano. A este respecto argumenta N. Façon (1973, 33) sobre Seume:

“... *pornește pe jos, pentru că numai astfel, socotește el, cunoști cu adevărat locurile și oamenii spre care te duci: “De îndată ce șezi în trăsură”, spune la un moment dat, făcînd elogiul mersului pe jos, “te și îndepărtezi cu cîteva grade de umanitatea originară”; nevoia contactului direct cu natura și cu oamenii, (...), îl fac să străbată cu piciorul drumurile de munte ale Italiei...”*”

Traductor, compilador, tipógrafo..., al Padre Chiriac las lecturas parecieron abrirle todo un mundo de posibilidades de viajar por Europa. Es así como a través de la literatura, del espíritu que -como a nuestro boyardo- le caracterizó, nace en él esa pura vocación de viajero. Los libros se convierten, en su caso, en realidad: no sólo ha leído y ha oído, sino que también ha visto con sus propios ojos. En torno a 1850 realiza un viaje por Rusia, Alemania, Hungría, Transilvania... en el que descubre cosas maravillosas entre las que destaca, al igual que ocurre con el autor de *Însemnare*, la belleza de los cuadros que tiene la ocasión de contemplar. Y todas estas vivencias serán posteriormente puestas por escrito para compartirlas con todos sus compatriotas.

Por otra parte, para Edmont Haracourt (s. f.), tal y como recoge Mihai Ralea (1980, 25), “... *partir c’est mourir un peu.*” Sin embargo, este presupuesto no es una constante en los autores rumanos. Así, F. Faifer (1993, 152) nos señala que hay veces en las que “... *călătorul nostru nu ‘moare’ deloc atunci cînd pleacă la drum (Panait Istrati: “partir c’ est vivre”). Cel mult, se prăpădește de încîntare. Moare și învie, basculează*”

între “spaimă” și “admirație”, cade într-un “plăcut delir”, se pătrunde de un “dulce fior” dinaintea unui colț de natură “înfricoșat și fermecător”. “Teroarea” o formă paroxistică a desfătării (Zoe C. Golescu, într-o scrisoare din 1840 către St. C. Golescu: *le plaisir mêlé avec la terreur*), manifestată prin surescitarea ce ascute simțurile, ca să le strivească apoi sub “povara ucigătoare a sublimului” (C. Hogaș).”

1.1.2) EL VIAJE COMO AVENTURA

Desde los tiempos más remotos no es difícil encontrarnos con una serie de tipos humanos que emprenden la, así llamada, *aventura del viaje*. porque “... *el auténtico viaje es un desafío al tedio, una aventura iniciática que nos acerca a lo desconocido o transforma en realidad nuestros deseos.*”, según palabras de R. C. Maícas (1992, 156). La misma aventura en sí “... *devint un métier, nuancé de plaisir et de grâces; l’aventurier (...), devint un personnage qui prit figure dans la société.*”, como opina P. Hazard (1963, 247).

Dentro de la literatura escrita en rumano de la época que nos ocupa, podemos establecer -siguiendo a E. Popeangă (1991) y a su valiosa aportación al estudio de los libros de viajes medievales en el mundo románico- que la aventura podía ser de tres tipos: de *conocimiento*, de *descubrimiento* y de *conquista*. Hemos querido sustituir el término *iniciación*, propio de la aventura medieval, por el de *conocimiento*, más acorde con el tipo de aventura ilustrada y romántica que se desarrolla en los países europeos. Para el estudio de la época que nos ocupa nos centraremos exclusivamente en el viaje entendido como aventura de conocimiento. Por otra parte, no siempre hay descubrimiento propiamente dicho, sino *re-descubrimiento* de fronteras propias o ajenas. El mundo ya está descubierto; en todo caso se *re-descubre*, se *re-lee* y se *re-escribe*. El viaje de conquista dentro de los límites geográficos y cronológicos de los principados no tiene razón de ser.

¶ La aventura de conocimiento:

Cualquier viaje, sea de exploración o de placer, es inevitablemente de conocimiento, como propugna A. Marino (1974, 53). Qué duda cabe de que en los viajes no sólo vemos -observamos- cosas y personas, sino que, además, aprendemos siempre algo nuevo y ampliamos nuestro acervo cultural. Ya lo apuntaba en 1839 Nicolae Suțu, cuya divisa, arrastrando todavía el espíritu del Siglo de las Luces, era la misma que la de nuestro

boyardo, esto es, aprender e ilustrarse, como recoge V. Slăvescu (1943, 255):

“Brûlant, comme tout jeune homme, du désir d’ apprendre et de m’ éclairer...”

Un alcance algo mayor tienen las palabras de Alecu Russo (1967a, 120):

“Călătoria este un lucru frumos și bun, care ne dezvăluie, cu mult mai bine decât cărțile [,] viața intimă a civilizațiilor.”

Pero no sólo se incrementa nuestro conocimiento del mundo exterior; también es posible una introspección psicológica personal. Es entonces cuando la aventura de conocimiento pasa a ser una aventura de autoconocimiento. Señala L. Silva (2000, 44) que *“... el verdadero viajero (...) es aquel que no salió indemne del viaje, aquel a quien el viaje transformó y aquel que ante el paisaje extraño, entre la gente que le era extranjera, aprendió a mirar en el fondo de sí mismo como no había aprendido antes.”* Aunque quede fuera de nuestro límite cronológico, no está de más señalar que ya en el siglo XX, concretamente en 1934, Demostene Botez (1893-1973) titula un libro de viajes *În căutarea mea*. Es decir, asistimos a un conocimiento exterior, del mundo que nos rodea; pero el viajero también busca con frecuencia su personalidad más íntima y secreta, su mundo interior. Esta doble vertiente será la que configure el *“... cultural space in wich identities and geographies are constructed, and its spatiality is reflected in those constructions. Identities and geographies reflect the geography of adventure...”*, según la opinión de R. Phillips (1997, 14). Un detallado análisis de los relatos de viaje nos mostraría, para nuestra sorpresa, cómo el descubrimiento de sí mismo tendría, a menudo, tanta o mayor importancia que el conocimiento general que del mundo se pudiera tener.

Para el transilvano Ion Codru Drăgușanu -*Călătoriile unui român ardelean în țară și în străinătate (1835-44)*- el viaje, tal y como él lo concibe, supone un acontecimiento único y esencial. Es uno de los *viajeros natos* pues, como apunta Ș. Cazimir (1982, 10), *“Dornic să cunoască lumea (...) el își realizează visul asumându-și condiția pribeagului încă de la vârsta de 17 ani, când (...) străbate Austria, Italia, Germania, Franța, Anglia, Elveția, Rusia.”* El deseo de marcharse, de viajar, se confunde con el deseo de tener una experiencia y un

conocimiento más amplio del mundo que le rodea para, de este modo, tener un conocimiento profundo de su propia patria, como el mismo Codru reconoce (1982, 86):

“*Cine nu părăsește locul nășterii, n-are ideea de patrie; el e ca omul în mijlocul pădurei, nu o vede de mulțimea arburilor.*”

En este viaje realizado dentro de las propias fronteras, la mirada lanzada con afán de conocimiento, según nos dice G. Gómez de la Serna (1974, 10), es propia también del viajero ilustrado que viaja por su propio país, pues éste “... *lo que hace es alertar su espíritu para que tome posición frente a las condiciones de la realidad; abre los ojos y lanza su mirada sobre la tierra en torno, rompiendo la costra de la indiferencia ante lo que se cree consabido y disponiéndose a recorrerlo con la mirada del conocimiento. No sale; está; pero está mirando.*”

No obstante, en realidad serán los caminos de Europa los que constituyan la verdadera escuela del transilvano, cuyo relato de viajes desde París hasta San Petersburgo se puede considerar prácticamente un *Bildungsroman*, entendido como “... *la historia de una educación, de un irse haciendo un hombre, de las experiencias, sacrificios, aventuras, por las que viaja hacia la búsqueda, la conquista de su madurez.*” en palabras de M. Baquero Goyanes (1995, 35). E, incluso, siguiendo los preceptos de la crítica cultural alemana, podría hablarse -quizá más acertadamente- de un *Bildungsreise*.

En el otoño de 1838, medio vestido *a la oriental* -como nuestro Golescu- Ion Codru Drăgușanu inicia su viaje por Occidente a través de territorios como Hungría, Austria, Italia, Francia, Alemania e Inglaterra. Sus memorias, por otra parte, de las que él se siente protagonista y héroe, tienen muchas veces más de libresco, de ficticio, que de real. De hecho, el deseo de viaje y de experiencia, del que hablábamos más arriba, proviene de sus lecturas. Es posible que entre ellas se encontrara *Însemnare a călătoriei mele* de Dinicu Golescu. Quizás quisiera imitarlo vistiendo casi como él, viajando a Occidente como él, realizando sus comentarios pertinentes como él. No son más que conjeturas que hacemos desde estas páginas. Sin embargo, algo más objetivo -y más fácilmente comprobable- como es el tono y la forma que tiene de escribir, así nos lo indica. El afán de Codru por comparar la situación del pueblo rumano con respecto a Occidente es notable; el resultado siempre es negativo, y la queja -a pesar de que no es su estilo-, inevitable (1978, 93): “*¡O decadentia! o*

calametate! o trista realitate!” De ahí que manifieste un deseo de solucionar la situación, de aportar ideas y de arengar al pueblo rumano: “*E nevoie de o renaștere, după un atît de îndelungat somn al inerției*”, “*Cultura pentru toți, înaintarea luminelor*”, “*Deșteaptă-te, române!*”. Pero de la teoría a la práctica hay sólo un paso: el que él no da.

En San Petersburgo le llama la atención algo que ya nos resulta familiar: lo bien trazadas y lo rectas que están las calles y las construcciones. Su curiosidad se mueve en un horizonte moderno lleno de un ansia de receptividad que han hecho que algunos autores, como Ș. Cioculescu, V. Streinu y T. Vianu (1985, 126) lo califiquen como “... *primul nostru călător cu vocație de european, deși nu uită că e român și că trebuie să aibă în vedere ridicarea neamului său.*” Sin embargo, no por todo manifiesta interés, deseo de conocimiento; los adelantos técnicos le dejan bastante indiferente (la máquina de vapor, la brújula...). Como él mismo dice con palabras reproducidas por F. Faifer (1993, 109), “... *numai studiul mă interesează, alte nemica.*”, dándole a *studiu* el significado de *contemplación*, de *quedarse maravillado*, el mismo que algunos años después le dará Costache Negruzzi (1977, 316) en su *Scrisoare XXVIII*:

“*Trei lucruri sînt de văzut și de studiat aici.*”

Y este mismo sentido es el que parece desprenderse de *Trei luni în streinătate. Impresiuni și memorii de călătorie* de Nicolae Filimon, publicado en el diario *Naționalul* entre 1859 y 1860, que se editará posteriormente en este último año con el título de *Escursiuni în Germania meridională. Memorii artistice, istorice și critice (1858) I*. El autor siente predilección por la simple contemplación, al tiempo que se debate entre la postura moralista y la de narrador extrovertido.

Pero otra dicotomía está presente en este escritor: la reflexión por el arte y la reflexión por la vida. En sus comentarios acerca del arte, su punto de vista es, con bastante asiduidad, el de un moralista. El arte se mezcla en su obra con la vida, con la realidad, al igual que ésta también se puede (con)fundir con la ficción. Tanto lo artístico como lo crítico representan modos complementarios de conocimiento.

El deseo de conocer y de recorrer el mundo entero también late en otro autor transilvano, Ioan Droc de Răsinari (s. f.), concretamente en su obra *Expozițiunea de la Paris*, publicada en el periódico *Telegraful român* entre 1878 y 1879. Su divisa es ver y sorprenderse, cuando no asustarse. Le sobrecogen, por ejemplo, la grandiosidad de Viena o lo

monumental y lo maravilloso de una ciudad como París, de la que admira el trabajo de los franceses y su genio creativo. Se siente atraído -él sí, a diferencia de Drăgușanu- por las curiosidades técnicas, así como por los alardes arquitectónicos en la construcción, los cuales, a pesar de gustarle, lo intimidan. Droc se siente una persona insignificante ante tanta demostración de colosalismo. El universo de posibilidades de conocimiento que se le presenta al viajero es, por lo tanto, desbordante, cuando no infinito.

Desde Pisa y París, donde realiza cursos de filosofía, historia y teología, Eufrosin Poteca se percata de la diferencia que existe entre estas ciudades, lo que ocasiona que su mentalidad de *simple estudiante en el extranjero* se vaya abriendo y vaya derivando hacia posturas más radicales y críticas. Del mismo modo, en 1827, Petrache Poenaru (1799-1875), desde París -donde se encontraba desde 1824 con una beca de especialización en la Escuela Politécnica-, envía cartas a sus familiares en las que les escribe acerca del progreso técnico del que él, como persona curiosa, atenta y observadora que es, ha podido ser testigo. En 1830, en una excursión de carácter científico-mineralógico que hace, pasa el canal de La Mancha. Resultado de este viaje serán, en 1831, sus descripciones sobre la máquina de vapor, las actividades industriales y los adelantos tecnológicos, en los cuales pone tanto interés como pasión.

Y si en los viajes a Oriente los viajeros aprovecharán para recrear -o recrearse en- las citas bíblicas, en el viaje a lugares de la Europa occidental, como Italia (Nápoles, Roma...) no falta quien recree -y se recree en- personajes de la Antigüedad clásica. Éste es el caso de Ioan Artemie Anderco (1853-1877), quien, encontrándose en Roma en el primer lustro de los años setenta, siente una especial emoción al saberse paseante de las mismas calles por las que andaba el poeta latino Virgilio (70-19 a. de C.), tal y como consta en el *Jurnal* publicado por N. Iorga (1934b). Volvemos a encontrarnos de nuevo, algo tardía, con esa vena romántica ya superada en la Europa *civilizada*, pues notamos cómo le afectan el paisaje o las estaciones. El otoño, lógicamente, le deprime y le proporciona una melancolía de la que él es consciente, pero, además, la prematura muerte de dos de sus amigos lo llevan a obsesionarse con la suya propia. Y esa obsesión, quizás un presentimiento, se hace realidad, pues murió antes de terminar sus estudios de medicina en Turín.

Ahora bien, el viajero rumano -y Golescu se inscribe perfectamente en este presupuesto- no es egoísta, no piensa solamente en adquirir el mayor número de conocimientos posible, pensando en su bien o en su disfrute personal. En vez de alegrarse con el viaje, en muchas ocasiones lo

que encontramos es, en el mejor de los casos, la satisfacción de poder llevar lo que ve a los suyos o, al menos, de poder serles útil de alguna manera. No es un conocimiento que se traduce sólo en un enriquecimiento personal; hablamos también de un viaje que es el medio para dar a conocer a otras personas toda una serie de informaciones, de conocimientos. Entra aquí una concepción del viaje como un discurso narrativo dirigido a un público mucho más amplio, y no a una sola persona, como podría suceder en el caso de una carta mandada a un familiar o a un amigo. Es entonces cuando esa misma carta, esa crónica dirigida a unos lectores, confecciona el género. La carta se convierte en reportaje moderno: el viaje se convierte en reportaje, y el viajero en reportero. Entenderemos, por consiguiente, el reportaje como una forma literaria y periodística de la aventura de conocimiento.

¶ El reportaje:

De entrada, podríamos hacernos la siguiente pregunta: ¿cuáles son los comienzos del reportaje dentro de los relatos de viaje? Sin embargo, esta pregunta no estaría bien formulada, en tanto en cuanto el reportaje es un heredero directo de estos relatos. Sus comienzos, por lo tanto, coinciden -e incluso se confunden- con las primeras notas recogidas no sólo para uso propio, sino para una utilidad mayor, como acabamos de decir. Su génesis más inmediata parte de la simple observación de la realidad. Abundan, sobre todo en la década de los treinta y de los cuarenta, las cortas relaciones de datos sin firma, las traducciones, las curiosidades propias de la época... Como dice A. Regales Serna (1983, 76):

“El reportaje, (...) parece la forma contemporánea de la literatura de viajes. En el diccionario de Wahrung leemos: <<Relato verídico, descripción gráfica de un testigo presencial sobre un acontecimiento, en prensa, cine, radio.>>”

Y al mismo tiempo, este autor se pregunta:

“¿No cabe la ficción, la fábula? ¿En qué se distingue, pongamos por caso, del relato sobre historia contemporánea?”

Para acabar afirmando:

“Careciendo de estudios minuciosos, es inútil arriesgar una respuesta.”

Reportaje, en mayor o menor medida, hacen todos los viajeros. Desde el momento en el que se coge la pluma para plasmar por escrito todo lo que se ha visto, se está haciendo reportaje. En el viaje-reportaje el texto y el trayecto prácticamente se corresponden; podríamos decir, incluso, que se superponen. Es la inclusión de lo subjetivo, la aparición de las impresiones, lo que hace posible su paso hacia el reportaje ficticio, literario. El reportero no busca quimeras, no recorre caminos en búsqueda de imágenes o fantasías, como podía hacer Chateaubriand, por ejemplo. La realidad es más que suficiente, y lo que hay que hacer es huir de las impresiones, de las sensaciones y de la imaginación. Éste es, por citar un ejemplo cercano y opuesto al de su compatriota Chateaubriand, el propósito con el que el francés Louis Teste recorre España allá por el año 1872. Como dice F. Maldonado (1959, 10):

*“Desde luego, y teniendo en cuenta lo limitado de su viaje y lo concreto de la misión, no podía distraer su atención ni diluir sus observaciones en la nadería de la retórica o envolverlas con fantasías improcedentes. Además, el periodismo empezaba a tener características propias, y un periodista joven, sobre todo, estaba obligado a tener clara conciencia de esta nueva tarea literaria (...). El cronista, de intención práctica y objetiva, desea informar a sus lectores sobre la **realidad** española...” [*]*

Entre las producciones en lengua rumana que estamos analizando, frecuentemente nos topamos con una mera acumulación de datos, totalmente neutros, que nos dan pie a hablar de lo que realmente son: guías sin mayores pretensiones que las de plasmar la realidad. Pero ¿con cuántas variedades de viaje-reportaje nos podemos encontrar? Podríamos elaborar una lista que pasara por el viaje (semi)oficial de Simeon Marcovici (1802-1877) o Dimitrie Bolintineanu (1819-1872), el *deportivo* -*Pe velociped. Cursa între București și Brașov*, 1894,- de Constantin Cantilli (1875-1949), el lírico de Alexandru Vlahuță (1858-1919), el espiritual-fantasista de Vasile Alecsandri, el humorístico de Nestor Urechîă, el político de Ilariu Chendi y el libresco de los escritores

transilvanos en particular. La lista, no obstante, es susceptible de ser ampliada; tan sólo pretendemos poner de manifiesto la multiplicidad de modalidades o estilos.

Quizás destaque de entre éstos últimos autores Ion Codru Drăgușanu, de quien G. Călinescu (1968, 143) escribe:

“Acest tînăr desghețat, (...) știe să noteze. E un reporter care prinde pulsul social al unei vremi prin simpla oprire asupra aspectului familiar și zilnic, fără a avea intenționat o dispoziție superioară de percepție.”

Por su parte, Codru Drăgușanu, en opinión de M. Popa (1980, 265), es *“... cel dintîi călător modern al Transilvaniei care se dedică cu pasiune jurnalului informativ, pentru public (...), fiind un călător înăscut, dotat cu acut simț al observație și chiar de povestitor.”*

Si los diarios de viajes nos presentan una tradicional disputa entre lo real y lo imaginario, el viaje reportaje ataca directamente -y le hace frente- a la realidad. Del viajero reportero se podría decir, que es un hombre para el que el mundo exterior existe y cuyas armas son la movilidad, la rapidez, la curiosidad y, si se quiere, una cierta indiscreción, que a veces se confunde con el deseo de informar. Para que esa falta de discreción no llegue a resultar incómoda, es preciso mantener un justo medio, un cierto equilibrio entre la curiosidad y el deseo informativo; el logro de un buen *reportaje* depende de ello. Se plantea aquí, entonces, si el viajero-reportero es un viajero indiscreto que *se muere de curiosidad* o si, por el contrario, no es más que un altruista que no puede reprimir su natural tendencia a mostrar a sus semejantes todo aquello que ve. El viajero da noticia de todo lo que pasa por delante de sus ojos, aunque se trate simplemente de datos sin mayor relevancia, como pueden ser, por ejemplo, el número de habitantes de una ciudad, o su localización geográfica, algo a lo que se tiene tendencia casi *instintivamente*, porque lo cierto es que, en su defecto, como opina A. Maćzak (1992, 384), *“... Là dove mancano le cifre, si ricorre ad espressioni di tipo qualitativo.”*

Y es esto lo que sucede exactamente con Dinicu Golescu. A nuestro autor le mueve el impulso generoso y desinteresado de ofrecer a su pueblo la mayor cantidad de información posible sobre los modos de vida y las costumbres de la civilización occidental. Ahora bien, parece que la curiosidad supera en determinadas ocasiones ese mero afán informativo. ¿Qué necesidad tiene, por ejemplo, de entrar en casa de los aldeanos? Lo que se nos antoja indiscreción sigue siendo en nuestro escritor el simple deseo de informar y de dar a conocer la vida íntima de

los ciudadanos occidentales. De ahí que Golescu quiera saber quién vive en tal o cual casa, que inquiera cuántos días trabajan por año, que pregunte cómo obtuvieron tan buena situación económica, que sienta interés por saber cómo están adornadas las casas por dentro... Siempre buscando un testimonio directo, de primera mano, al igual que lo buscaban, por ejemplo, autores como Víctor Balaguer (1824-1901), de quien M. del M. Serrano (1993, 26) comenta al respecto:

“... cuando llegaba a una localidad preguntaba por el <<hombre erudito del lugar>>. Generalmente era conducido entonces a un canónigo para los datos históricos, a un boticario para los de historia natural o a un comerciante o un abogado para los datos sobre comercio o agricultura y también a un noble o alto clero (...). Esas fueron sus fuentes, además, lógicamente, de itinerarios anteriores como el de Antonio Ponz, u otras obras afines.”

Todo ello para informar y -especialmente- para establecer un parangón. Todo viajero, siempre y cuando no se pierda por los caminos que las impresiones provocan en él, no puede evitar dejarse llevar por la comparación. En su mente sopesa lo que ve, traza líneas paralelas, intenta discernir todo lo que su mirada abarca. El proceso parece pasar por fases sucesivas como ver, comparar, juzgar y extraer una conclusión. Es por eso por lo que Dinicu Golescu tiene trazos de viajero-reportero (su gusto por el dato, por la información...), que sobrepasa inmediatamente, en cuanto calibra, reflexiona, argumenta y emite un juicio. La obsesión por el dato científico, exacto, el afán por medirlo todo es, como nos indica L. Jucu-Atanasiu (1978, 6), “... un topos al literaturii de călătorii, atît în epoca luminilor, cît și în romantism. De pildă, Sthendal, în Memoriile unui turist, descrie înălțimea bolții și a clopotniței de la Saint-Bénigne din Dijon, precizînd și mărimea statuilor, ceea ce nu era necesar.”

Pero el viaje-reportaje propiamente dicho es aquél que tiene un carácter periodístico, tal y como lo concebimos en la actualidad. Hacia las últimas décadas del siglo XIX se empieza a hacer cada vez más frecuente el encargo de misiones periodísticas a escritores rumanos que debían dar cumplida cuenta del lugar al que se les destinaba para, desde la distancia, ofrecer una crónica a sus lectores. Nos encontramos, pues, con más que suficientes casos de autores que se acogen a esta modalidad. Traemos a colación al transilvano Teofil Frâncu (†1903), quien, en torno a 1875, publica en el diario liberal *Românul* una serie de anotaciones con el título

de *Preumblări în București*, así como unos recuerdos de su tierra natal, titulados *Amintiri din Ardeal* y firmados con el pseudónimo de Mugur-Mugurel. Ya hacia final de siglo, en unos artículos aparecidos en *Gazeta Transilvaniei*, nos describe los múltiples y variopintos aspectos de la situación política y del sistema educativo de Bucarest. Se centra especialmente en la ruidosa vida callejera de la capital y en la descripción de los diferentes tipos humanos, la cual nos recuerda bastante -ya en nuestro país- a los cuadros de costumbres de Ramón de Mesonero Romanos (1803-1882) o a la atención y fidelidad con que Benito Pérez Galdós (1843-1920) elaboraba los trazos de sus personajes. No faltan, por tanto, figuras como la del aguador, la del vendedor de dátiles o la del vendedor de dulces. Pero no pasamos de eso: del simple dato. Se relata brevemente lo que se observa, la realidad sin más. No hay tiempo de reflexionar, de comparar, de profundizar en detalles, que sería lo que convertiría el mero dato, la mera anotación, en una impresión. Y si llegamos a la impresión, el paso hasta las memorias no es difícil. Pero esto no sucede aquí.

Por eso, A. Steuerman (1872-1918) estaría a medio camino entre el reportero y el prosista sentimental, romántico. Tristis y Rodion son los dos pseudónimos (Vd. M. Straje, 1973, 677) con los que firmó sus *Scrisorile din Paris*, aparecidas en *Opinia* en 1897, al igual que *Spre Apus – Note din drum*. El primero de los pseudónimos es más que significativo, pues gracias a él el reportaje adquiere un matiz espiritual. Steuerman ve, observa, pero comete el *error* de comparar, que es el sufrir. Su impresionable temperamento, romántico ciento por ciento, no puede volverle la vista a los contrastes que existen en la capital francesa. Esa convivencia de pobreza y riqueza, de lujo y miseria, le llevan a un estado de depresión del que difícilmente puede salir. A esto hay que añadir el dolor que le provoca recordar sus tiempos de estudiante, llenos de momentos dulces y amargos, a los cuales ya no puede regresar. A causa de todo ello deja escapar su oportunidad de convertirse en un cronista de París. El sentimentalismo, una vez más, no parece ser aconsejable.

Como le sucede a Golescu, a Gheorghe Ghibănescu (1864-1936) también le sobrecogen la limpieza y el orden de las ciudades occidentales, en este caso, París. Acostumbrado a sus campos moldavos, no puede evitar sentirse algo aturdido ante la magnificencia de sus edificios y construcciones (Notre-Dame, la Torre Eiffel...). Pero la ciudad en sí no le dice nada más; se aburre. El viajero siente nostalgia de su patria; definitivamente, el extranjero no es para él.

El pragmatismo entra, con una completa serie de argumentos, en la economía de muchos reportajes. De vez en cuando el *viajero con los pies en la tierra* se detiene en el sitio, se tapa los ojos con la mano y donde las cosas no funcionan todo lo bien que él desearía formula, hasta donde su mente alcanza, sus modestas sugerencias de cambio. Participa, por tanto, de la continuidad de un proceso constructivo. Pero para que el proceso tenga lugar es necesario crear antes un clima político y social favorable, adecuado. Es entonces cuando el reportero adopta una postura de lucha o de defensa, siempre por el bien de su patria. Como dice F. Faifer (1993, 139):

“Nicăieri, în proza memorialistică, struna patriotică nu vibrează atât de viu și persistent ca în reportajul de călătorie. Iluministul care voiește mereu mai multă lumină, romanticul de spectaculoase atitudini și realistul gestului prompt se infrățesc, în aceeași cadență și sub același legământ.”

De lo que se deduce, entonces -si hablamos en estos términos-, que en ningún viajero la figura del reportero está tan presente como en Golescu, en la medida en que no sólo lucha por su país, sino que también lo defiende. Es, efectivamente, donde el relato de viajes de tendencia ilustrada se da la mano con el pre-romántico; el mero carácter utilitario desemboca en una utilidad mayor: el servicio a la patria, el patriotismo. Tal vez sea ésta la premisa que le lleve a decir a M. Delgado Yoldi (1999, 12):

“El [viaje] <<filosófico>> o <<ilustrado>> pretende resultar esencialmente útil, no sólo para la formación del autor, sino sobre todo para la de los lectores y, en última instancia, para el beneficio general de la nación del viajero. Estos libros incluyen información de todos los aspectos artísticos, científicos, económicos y culturales de los países visitados.”

A Dinicu Golescu, como a Ioan Poni (1819-1853) (*Din voiajul în Munții Moldovei*, 1845), le duelen las precarias condiciones de vida de los campesinos, sobre todo si las compara con la prosperidad de la que gozan los propietarios de las haciendas. Pero a Poni, a pesar de todo, como a Ghibănescu, la ciudad no le dice gran cosa; él sigue prefiriendo el aire limpio de la aldea, su patria chica, su casa.

“*Casa mea este Transilvania...*” proclamaba Ilariu Chendi en sus *Impresiuni din excursiune*, publicadas en el diario *Telegraful român* en 1893. La vuelta a su aldea natal, tras una larga ausencia, le emociona notablemente. Chendi constata que a pesar de los múltiples cambios y transformaciones que han tenido lugar, la desigualdad social, reflejo de la situación política, todavía es palpable. Se hace necesario, pues, para este autor, un urgente despertar del sentimiento nacionalista. La verdad histórica -los nacionalismos ya desatados y superados en otras partes de la vieja Europa- será su arma en la lucha.

Es preciso volver a recuperar el pasado, las costumbres y las tradiciones, así como crear un estado material y espiritual adecuados... parece querer decir una autor como Petru Bănăţeanu (1853-1932), pseudónimo de Emilia Lungu, en sus *Notițe de călătorie*, publicadas en *Familia* en 1866. Como ya lo hiciera Golescu, nos presenta un cuadro desolador en lo que concierne al estado de la enseñanza rural, que es la verdadera herida del pueblo rumano de Ardeal, esto es, Transilvania. Y, al igual que nuestro boyardo, sabe ver la doble vertiente del retraso que caracteriza al pueblo rumano: el retraso material y el retraso espiritual.

Este viajero reportero, desde la añoranza que provoca la distancia, siempre tiene a su patria en mente y siempre piensa en su bien, aunque en el caso de Golescu, esto sea la causa de más de un tormento y de más de un sentimiento de culpabilidad debido, precisamente, al lamentable estado del pueblo rumano. No obstante, la esperanza no le abandona. Particularmente expresivas -y poéticas- son las palabras que un crítico como C. Isopescu (1932, 32) le dedicaba al libro de nuestro viajero:

“Richiamandoci alla mente tutte le cose nuove viste dal Nostro durante i suoi viaggi abbiamo l'impressione della convalescenza di un uomo che rialzandosi dopo una lunga e grave malattia vede con indicibile gioia la luce del sole, che egli non sperava più di rivedere; e, nel caso del Nostro, la gioia e la speranza di poter dare ai suoi compatriotti l'impulso al risolevamento della patria.”

Y como él, autores contemporáneos suyos, como el moldavo Gheorghe Asachi. Tanto en su *Fragment din memoriile călătoriei unui român din 1808* publicado en *Adaos literar* en 1861, como en su *Estract din jurnalul unui călătoriu moldovean*, publicado en *Albina Românească* en 1830, -ambos recogidos en el volumen *Opere II* (Vd. 1981ab)-, el

escritor da suficientes muestras de lo que significa ser un viajero patriota con fines pragmáticos. A este propósito señala M. Zaciu (1973a, 142):

“Curiozitatea sa nu mai are aici nimic juvenil, ochiul și spiritul s-au “oficializat”, notațiile conțin o severitate rece, încât interesul lor e pur didactic, vizînd așezările sociale, arhitectura palatelor, cît și o optică utilitară.”

El viaje de 1808, que se trata en realidad de un viaje a Roma, tiene una finalidad exploradora: el conocimiento de los orígenes de la cultura latina y su proyección en la Europa occidental, el descubrimiento del pasado. Asachi siente fascinación -bien es cierto que en mayor medida que Golescu- ante las antigüedades clásicas, ante las buenas obras de arte. Y si en el caso de nuestro autor la admiración parece provenir más bien de las obras de arte de Viena o Múnich, en el caso del moldavo, es Roma la ciudad que él considera cuna y depósito del arte más exquisito.

Pero hay más afinidades entre los dos viajeros; en 1855 Gheorghe Asachi publica en la *Gazeta de Moldavia* su obra *Dunărea*, si realmente le pertenece, como postula N. A. Ursu (1981). A bordo de un barco austríaco, el escritor (1981c, 406) parece rendirle un homenaje a Dinicu Golescu:

“Lungimea vaporului este de 340 palme, cu trei rînduri de covertă. Mijlocul de gios e cuprins de mașineriile în care apa, prin un foc infernal (de iad) nutrit de cărbuni de pămînt, se preface în aburii cii puternici carii pun în mișcare roțile, ce în loc de vîsle brăjduind apa înantează vasul în contra cursului ei.”

No podemos evitar pensar en la propia nota que Golescu (p. 63) hace del barco de vapor, quizás superada aquí por la inclusión de neologismos que, al parecer, nuestro autor o desconocía o no supo emplear, como son *covertă*, *mașinerie*, *nutrit*, *cărbun* e *infernal*, palabra ésta que, consciente del neologismo, el propio Asachi se apresura a explicar como *de iad*. La transmisión de fuentes y de textos, esto es, lo que algunos críticos (G. Genette, 1982) han dado en llamar *intertextualidad* es harto conocida y habitual en los relatos de viajes medievales. Pero también esta intertextualidad parece seguir vigente en los siglos XVIII y XIX, como demuestra J. Cantera (1993) en un trabajo

comparativo entre el viaje a España realizado por Théophile Gautier y el realizado por Alexandre Dumas padre (1803-1870) años más tarde.

Como en Dinicu Golescu, en Mihail Kogălniceanu -así como en la mayoría de los escritores rumanos de la época- el carácter patriótico ocupa un lugar predominante en sus viajes, si no en la forma, sí al menos en el fondo: el objetivo es la mejora de la patria. El viaje es un buen pretexto para poder comparar. Por una parte, mientras Golescu aprovecha el paso por determinados territorios -Austria, por ejemplo- para exaltar su forma de vida y, por consiguiente, para dejar en entredicho la precaria situación del pueblo rumano, Mihail Kogălniceanu, 20 años más tarde que el escritor ilustrado, y ya desde una perspectiva romántica, efectúa también su particular comparación. Sus respectivas estancias allí son un pretexto para alabar la situación en que se encuentra la enseñanza o la sanidad, y una magnífica ocasión para realizar unos negativos comentarios acerca del clima cultural y social del pueblo rumano, más acentuados, quizás, en el caso del autor moldavo, quien no tiene reparo en hablar de corrupción o de tiranía. En ningún caso nos encontramos delante del “... *touriste qui répète son désir de rester*”, del que hablaba R. Barthes (1972, 183). Los viajeros rumanos, pensando en su amor por la patria, hacen siempre viajes *de ida y vuelta*.

El amor a la patria cobra a veces, sin embargo, un tono quizás excesivamente sentimental. Para Ioan C. Drăgescu (1865-1906), quien viaja por Italia, Suiza y Francia entre 1868 y 1872, el amor a Transilvania, su patria chica, está por encima de cualquier otra cosa (Vd. *Amor și patrie*, 1869). Y a este amor se llega a través del interés por la política o por el arte. Toda referencia político-cultural de los países extranjeros lo conduce inevitablemente al recuerdo de su patria, a la que considera como una amada en la que piensa constantemente, provocando en él más de una lágrima por su ausencia.

El viajero rumano, aislado del resto de la latinidad en esa *isla* de la Europa oriental en la que se encuentra, siente muchas veces la necesidad de saberse parte integrante de ese *romanismo* occidental. Si hay alguna característica que -incluso hoy en día- define a un rumano cuando habla con un europeo occidental es esa insistencia en recalcar su carácter latino, aunque hay autores como Jesús Pardo (1988, 18) que piensan que más bien debería hablarse de un carácter románico:

*“No se piense que caí en un romanticismo ingenuo
sobre la acendrada latinidad que muchos rumanos*

reclaman apasionadamente para su pueblo; no la hay. Romanidad es otra cosa, pues, como dice Basterra, si de latinidad hablásemos, << yo, a fuer de vizcaíno, tendría que callarme la boca>>. Ni vascos ni rumanos son latinos, pero sí, sin duda, románicos.”

En cualquier caso, el sentimiento patriótico pasa en primer lugar por la afirmación de esa latinidad o romanidad del pueblo rumano, llevado incluso al terreno filológico si es preciso. A través de la lengua, el rumano busca sus orígenes, su pasado. Al igual que ella, la historia del pueblo rumano está compuesta por elementos que no le pertenecen, que son fruto de consecuencias posteriores; es preciso, entonces, encontrar la lengua primitiva, la de sus antepasados. Patriotismo y lengua nunca estuvieron tan unidos. Así nos lo sugiere un autor como Simion Bărnuțiu (1808-1861), quien piensa que el primer paso que hay que dar para llegar al patriotismo y recuperar la identidad nacional es el de limpiar de “... *vorbele barbare grădina limbei străbunești...*” porque alteran “... *frumusețea cea originală*”, según recoge F. Faifer (1993, 105).

De acuerdo con esta misma línea de pensamiento y actuación se producen los *viajes al origen*. Bucarest, la capital, se convierte así en la visita obligada de todo patriota con ansias de identificarse en un origen latino. Se va, consecuentemente, en busca de la identidad perdida. El rumano ha de reconocerse en su origen histórico.

Concluimos, por consiguiente, que la aventura de conocimiento, creemos, es mucho más amplia que la aventura emprendida con fines científicos, al quedar ésta limitada por los propios confines de aquello que se pretende investigar. Quizás en una primera fase el impulso romántico la acerca, pero el distanciamiento se produce una vez que del deseo de conocer se deriva un proyecto real.

1.1.2.1) El espacio de la aventura

Pero el carácter de esta aventura que es el viajar se configura, en cualquiera de sus tres modalidades, a su vez -¿qué duda cabe?-, por la propia naturaleza del espacio. C. López Alonso (1995, 34) argumenta:

“Todo viaje -real o ficticio- implica una descripción activa del espacio cuya organización responde,

esencialmente, a cambios de escenario por los que el narrador se mueve entre el punto de partida y uno de llegada.”

Desde presupuestos totalmente actuales, J. A. Kottler (1998, 135) nos dice:

“No es tan importante adónde va sino cómo y con quién va. <<Nuestro lugar de destino no es nunca un lugar>>, nos dice Henry Miller, <<sino más bien una forma nueva de ver las cosas.>>”

Desde este punto de vista, así puede ser, en efecto. Creemos, no obstante, que para una mejor comprensión de los elementos que configuran el relato de viajes de los siglos XVIII y XIX, se hace imprescindible el análisis de los destinos preferidos por nuestros viajeros. M. A. Vega (1998, 12) señala:

“Los destinos viajeros del ilustrado burgués europeo eran Francia, los Países Bajos, Inglaterra y, sobre todo, Italia. El declive de la dominación turca en los Balcanes abriría pronto un nuevo mercado turístico en Grecia y en el Adriático pero, desde que Montaigne y después Sterne, Montesquieu o Seume y, sobre todo, Goethe hubieran puesto de moda el viaje de formación a la entonces fuente de la cultura europea, Italia era meta de peregrinación cultural.”

Si nos ceñimos a nuestro caso, podemos establecer una división entre lo que es el territorio rumano, por una parte -dentro de los principados- y el extranjero -fuera de los principados-, por otra, pues hay que tener presente que, como apunta M. Bucur (1971, 5), los países abrían sus fronteras entre sí:

“Țările își deschideau granițele unele altora, ca în schimburile de expoziții naționale. Drumurilor vestite prin neguțătorii care purtaseră timp de secole mărfurile de la un capăt la altul al Europei, li se vor adăuga în secolul al XIX-lea itinerariile artiștilor, gînditorilor, rătăcind spre patria lor ideală și visată. Unii vor pleca spre Grecia, alții vor lua drumul lung al Vienei, Romei, Parisului.”

Qué duda cabe de que la elección de un horizonte u otro va a ser determinante a la hora de crear el lenguaje narrativo-descriptivo que conformará ese viaje.

Posiblemente, lo que caracterice a los viajes hechos dentro del territorio rumano, ya en época romántica, sea la necesidad de recuperar la común historia nacional de los principados y de poner de manifiesto su riqueza folklórica. N. Garolera (1998, 22) escribe que “... *és típica del romanticisme la revaloració del paisatge autòcton, que correspon a una progressiva introspecció en la pròpia identitat nacional (...). Sovint, a més, la descripció d'un paisatge llunyà li permet d'evocar per contrast o per associació, aspectes del propi país.*”

Por su parte, los viajes realizados al extranjero -especialmente los que tuvieron lugar por la Europa occidental- han querido resaltar el retraso balcánico -en sus múltiples facetas- con respecto al resto de Europa. No obstante, el esfuerzo por llegar a un nivel social, político, económico o cultural, estará siempre presente en ellos. El espacio de la aventura o, en palabras de R. Phillips (1997, 13), *the geography of adventure*, quedará configurado en esta encrucijada de mundos y de caminos, en esta aparente *tierra de nadie* que parecen ser los principados, por “... *a cultural space opened up by European encounters with the non-European world and by european narratives of encounter with the non-European world...*”

Dos diferentes direcciones, por lo tanto, conforman el espacio de los libros y la literatura de viajes de la literatura en rumano del momento que estudiamos:

A) Dentro de los principados rumanos

Es preciso tener en cuenta, antes que nada, que cuando hablamos de principados hemos de pensar en tres territorios distintos entre sí; se hace necesario e inevitable sustraerse a la actual configuración estatal de Rumanía; su definición ha de entenderse en su justo sentido, el que se refiere a uno de los tres principados rumanos: Valaquia, Moldavia o Transilvania. A esto hay que unir el agravante que supone que éste último esté adscrito a la jurisdicción del Imperio austríaco y que los dos primeros pertenezcan al Imperio otomano. Ésta es la razón de que, a menudo, un viaje a otro país rumano sea visto y entendido como un viaje más allá de las fronteras del principado. Así, un transilvano tendrá noción de *viaje al*

extranjero en cuanto realice un desplazamiento a Valaquia o Moldavia, por ejemplo.

El hecho de que un viaje se produzca dentro de nuestro mismo país o en nuestra misma región no significa que todo nos resulte familiar y conocido y, por lo tanto, exento de interés. La aventura sigue existiendo y todo lo que le llama la atención al viajero es materia digna de ser reseñada. A menudo sucede que, paradójicamente, el viaje interno, es decir, dentro del propio principado o de la misma región, es visto como un viaje de descubrimiento, mientras que el viaje que se realiza al extranjero es, con cierta frecuencia, un viaje de *re-descubrimiento*, bien porque se efectúa una segunda visita -y es entonces cuando se puede manifestar literariamente-, o bien porque el *voyageur en chambre* (J. Richard, 1981), o el *viajero inmóvil* (R. C. Maícas, 1992), al que nosotros llamaremos a partir de ahora *viajero de sillón* -aquél que no viaja físicamente, sino a través de los libros, como tendremos ocasión de comprobar en el apartado 1.1.3.1- intenta *re-descubrir* y *re-escribir* los tópicos de los que sus lecturas de viajes le han hablado tantas veces. En este sentido, Golescu, al relatar la experiencia de sus viajes por Europa, no hace sino re-descubrir una realidad que él ya conoce. Nada sorprende a nuestro autor, porque sabía muy bien adónde iba y con qué se iba a encontrar.

Sin embargo, el viaje que se emprende dentro de la propia patria tiene frecuente y mayormente un carácter crítico; el viajero ilustrado, en palabras de G. Gómez de la Serna (1974, 92), “... *critica lo que le parece criticable y hace cuantas recomendaciones reformistas le parecen adecuadas y justas; mas en cuanto tiene ocasión de poner de relieve la excelencia de aquella tierra suya, tampoco permanece mudo ni estanco...*” Premisa, ésta última, que en el caso de nuestro rumano viajero no se cumple.

Casos como, por ejemplo, el del catalán Rafael d'Amat i de Cortada, Baró de Maldà, y su obra *Exili de Barcelona i viatge a Vic (1808)*, nos resultan bastante curiosos. Un simple viaje desde la ciudad condal a Vich es, para el escritor barcelonés, todo un conocimiento del pueblo catalán. Al igual que Golescu, se siente atraído por todo lo que represente buen gusto, buenas maneras, educación... Y en su periplo se preocupa por conocer los hospitales, las escuelas o los orfanatos de los que disponen los habitantes. Pero también se fija en cómo viven los pobres y los ricos, cómo son sus viviendas, qué tienen en ellas, qué comen... Nada tendría de particular si no fuera porque se trata de sus mismos compatriotas, de su mismo pueblo, al que gracias a este viaje -obligado- está conociendo.

Puede suceder igualmente que un viaje dentro de nuestras fronteras, limitado al máximo, esto es, un simple paseo por nuestra ciudad, sin salir ni siquiera de nuestro barrio sea, en realidad, un viaje al pasado, un viaje de re-conocimiento, pues, como opina R. C. Maícas (1992, 157), “... *la esencia de una ciudad, su espacio más íntimo, nos sumerge siempre en el pasado, en lo <<déjà vu>>. Un viaje nada inocente por el frágil territorio de la memoria. Un retorno iniciático, algo sórdido y peligroso, a los orígenes (...). Calles y plazas, edificios y viandantes, constituyen piezas de ese complejo y tortuoso mosaico que se reelabora a cada instante. Un itinerario de gentes y lugares que nutren nuestros recuerdos de episodios más o menos felices.*” Sirvan, como ejemplo ilustrativo de lo que queremos significar, las palabras de Enrique Vila-Matas (Barcelona, 1948) sobre un paseo por su ciudad natal (1992, 39):

“Deja atrás el mundo del Cibeles y aquellos bailes de jueves por la tarde, encamina sus pasos hacia el Paseo de Sant Joan y hacia una casa de la calle de Rosellón a la que se mudó su familia a los pocos años de nacer él. Allí, en pleno corazón del laberinto de su infancia, recuerda la oscura tienda del librero judío. Y recuerda que, (...) algo muy sordo y enigmático y, sobre todo, muy sórdido se respiraba en aquella tienda de tebeos infantiles...”

Este mismo retorno al pasado es el que podemos apreciar en algunas de las obras de Alecu Russo, como puede ser el caso de *La Pierre du Tilleul, légende montagnarde, fragment d’un voyage dans la haute Moldavie en 1839,-* posteriormente traducida y conocida como *Piatra teiului-* (1840) o el de *Amintiri* (1855).

Por su parte, Ș. Cazimir (1982, 8) señala que los viajes “... *întreprinse în interiorul granițelor sînt expresia unui efort de autocunoaștere națională, realizat din perspectiva idealurilor de renaștere, unitate și emancipare proprii generației pașoptiste.*” Es este sentimiento el que se desprende de obras como, por ejemplo, *În munții Neamțului* (1907) de Calistrat Hogaș (1849-1917), donde se ponen de relieve las cualidades específicas que caracterizan al espíritu popular, o de otras como *O primblare la munți* (1848) de Vasile Alecsandri, donde el escritor tiene ocasión de descubrir la propia idiosincrasia de los habitantes y del paisaje de los montes moldavos, tal y como escribe G. C. Nicolesco (1967, 108):

“Avec Une promenade dans la montagne (1848), l’écrivain présente les beautés, la poésie et le caractère spécifique de la nature de son pays...”

Serán, precisamente, obras de este tipo las que con posterioridad den origen a obras compilatorias de carácter folklórico, como es el caso de Gheorghe Alexici (1864-1936) y su *Călătoria mea printre români* (*Utazásom az oláhok között*) de 1887, en la cual expone algunos de sus principios y conclusiones sobre la tarea recopilatoria del folclorista y en la necesidad de no intervenir en el texto original de base.

B) Fuera de los principados rumanos

Dice Ș. Cazimir (1982, 9):

“Călătoriile în afara țării îmbracă alte semnificații. Cu excepția lui Alecsandri, pentru care călătoria este un “mod de existență”, străbaterea unor meleaguri străine izvorăște de obicei din împrejurări biografice: efectuarea studiilor, exil post-revoluționar, obligații de serviciu (cum am spune astăzi) etc.”

Efectivamente, varias son las razones que justifican un viaje fuera de los principados rumanos. Éste podía ser:

a) Hacia Oriente

Comprensiblemente, el viaje a Oriente -concretamente a Jerusalén, al margen de que en otras literaturas y épocas se pueda dar una peregrinación hacia La Meca o hacia ciudades de Occidente, como es el caso de Roma, Santiago de Compostela, Lourdes o Fátima- tiene en el peregrino a su representante más tópico. De cualquier modo, como vemos, los destinos son ciudades muy concretas y rutas muy específicas. Nos queremos detener en este apartado en lo que representan otras direcciones (Estambul, Grecia...) y otros objetivos concretos del viaje a Oriente, como la política, la observación o la simple visita *turística*.

Es preciso resaltar, sin embargo, que en la literatura de la época no tenemos, en los principados, viajes a Oriente propiamente dichos. En el ámbito que nos ocupa, este territorio ha de ser entendido como lo que hoy conocemos como *Oriente próximo*. Las incursiones a China, India, Japón... el lejano -y auténtico- Oriente, en definitiva, son escasas y -en cualquier caso- poco significativas, como el viaje a India y Japón que Julius Popper (s. f.) realiza en 1848. Y ya en el siglo XX otro ejemplo será el de Ferdinand Gănescu (s. f.) quien, con motivo de los enfrentamientos bélicos chino-japoneses, será corresponsal de guerra del diario "*Le Figaro*" y publicará su viaje al Extremo Oriente.

Pero, ¿qué es el Oriente? Habría que partir de la premisa de que, como señala J.-C. Berchet (1985, 15), el Oriente "... *plus qu'un espace géographique (...), désigne un espace mythique, traversé de pulsions contradictoires.*" ¿Y qué significa para un rumano? Parece ser que un cierto retorno al pasado, un pasado al que se mira con un fondo de temor o de distanciamiento, como si de una página vieja de la historia se tratara. Una página vieja en la que lo pintoresco -a lo cual el peregrino leído le presta bastante atención- se basa más bien en la violencia que los contrastes producen. Si esto es así, hemos de realizar, entonces, un viaje de regreso.

En 1847 Vasile Alecsandri (1995, 74) decía en su obra *Balta-Albă* que los viajes a Oriente "... *s-au făcut astăzi de modă.*"; una moda que se extendió rápidamente, al igual que en Occidente, donde ya se habían iniciado en los últimos años del siglo XVIII determinadas peregrinaciones hacia Oriente -más lejano o más próximo- con itinerarios previamente trazados en algunas ocasiones. Estos itinerarios, a través de las montañas y en su descenso hacia el mar, arrojan, inevitablemente, una mirada, aunque escueta, sobre los países rumanos. Por lo que a ellos respecta, las relaciones con Oriente no son una novedad. Ya en el siglo XIV contamos con testimonios de peregrinos válacos al monte Athos y a Tierra Santa. Para los rumanos, esta parte del mundo que los escritores románticos de Francia o Inglaterra descubren no sin asombro por su exotismo, su color o su misterio, ha sido tradicionalmente una zona geográfica no exenta de ciertos peligros, aunque también un centro de irradiación cultural, si pensamos en la literatura popular.

La campaña napoleónica de Egipto (1798-1799) y la Guerra de Crimea (1854) polarizaron el interés sobre una zona hasta entonces bastante *ex-céntrica*. El tema de Oriente empieza a ser cada vez más frecuente en la literatura europea, quizás también debido a la influencia que pudo ejercer, entre otros, la edición de los cuentos de *Las mil y una*

noches que Antoine Galland realizó entre 1704 y 1714. De ellos atrae lo que tienen de fantástico y de maravilloso, de mundo casi irreal. Traemos a colación la siguiente cita de A. Anastasiu-Popa (1982, 248):

“Les contes des <<Mille et une nuits>> qui ont pénétré par l’intermédiaire grec, n’intéressent plus le lecteur par le contenu épique proprement dit, moralisateur (...); ils captivent par le fabuleux, par l’inconnu...”

Tradicionalmente -histórica y literariamente- Oriente y lo maravilloso han ido de la mano. Remontándose a la Antigüedad clásica, J. Pimentel (2001, 7) argumenta, muy acertadamente, que el origen de esta equiparación hay que buscarlo en el *Tratado sobre la India* del médico viajero Ctesias de Cnido (f. siglo VI a. de C.):

“... si hubo un artífice de la India como espacio extraño y maravilloso ése fue Ctesias, el causante de que desde entonces la India (y por extensión Oriente) fuera lo que durante siglos fue para Occidente, el lugar exótico y opuesto por excelencia. Y esto es lo importante: que Ctesias, con todas sus patrañas y su desmedida afición por los tropos, formó la idea de una India verosímil, transformándola en un verdadero topos literario, esto es, en un tópico, en un lugar común.”

En la Edad Media, por su parte, nos encontramos con el término *mirabilia* como palabra intrínsecamente asociada a esa parte del mundo donde nace el sol. Como observa M. A. Pérez Priego (1981, 229):

“Lo maravilloso, dicho brevemente, estaba constituido en gran medida por lo extraordinario, lo fabuloso que había propagado la leyenda de Oriente y que poblaba la imaginación del hombre medieval. Era la concepción creada de un Oriente insólito, desconocido y casi increíble, que se había difundido por la Edad Media a través de muy diversos conductos...”

Tanto es así que la literatura, una vez más, sustituye a la realidad, siendo aquélla la única referencia que el escritor tiene. Éste fue el caso de Victor Hugo, por ejemplo, quien en 1829 publica *Les Orientales* sin haber

estado en el verdadero Oriente. J. M. Córdoba Zoilo (1999, 72) dice a este propósito:

“*El Oriente soñado, el Oriente literaturizado de Victor Hugo y su obra Les Orientales (1829) se convertiría en el destino obligado: el voyage en Orient como necesidad personal, como madurez de formación artística.*”

Pero por lo que respecta a los viajes a Oriente, la literatura francesa anterior y posterior a Victor Hugo, es rica y notable. En 1787, Constantin François Chasseboeuf, Conde de Volney, en su *Voyage en Egypte et en Syrie*, se había inclinado más hacia observaciones y consideraciones de tipo moral y político, al igual que hará cinco años más tarde (1792) en *Les ruines ou méditation sur les révolutions des empires*. En 1811, Chateaubriand, por su parte, con esa obsesión constante que es la búsqueda de imágenes, escribe su *Itinéraire de Paris à Jérusalem*. Alphonse-Marie-Louis de Lamartine (1790-1869), en 1835, viajando como poeta y como filósofo, hace posible su obra *Voyage en Orient*. Y en 1851, Gérard de Nerval (1808-1855), a través de su *yo* memorialístico, encuentra en *Voyage en Orient* mil y una razones de seducción y de incitantes imágenes.

La brisa de Oriente llega también hasta las fronteras rumanas, no sólo a través de *souvenirs* de viajes, sino también a través de la lectura de libros y diarios (la lectura del *viajero de sillón*, como veremos en el apartado 1.1.3.1). Pero también la poesía ofrece un fiel reflejo de esa realidad: Vasile Alecsandri (*Păscarul Bosforului* y *Bosforul*, 1853), Dimitrie Bolintineanu (*Florile Bosforului*, 1865) y Alexandru Macedonski (1854-1920) con *Niponul* (1892) y *Acşam Dovalar* (1893) son sólo algunas muestras de la amplia producción de la época. A esto hay que añadirle la frecuencia con la que las publicaciones periódicas empiezan a hacerse eco de todo este hecho, al cual la actualidad no le podía dar la espalda. Una serie de periódicos como *Curierul românesc* (1829, 1831, 1833, 1837, 1845), *Albina românească* (1838-1842, 1845), *Foaia duminicii*, *Românul*, *Mozaicul*, *Icoana lunei*, entre los que se encuentran también títulos tan curiosos y sugerentes como *Foaie pentru minte, inimă și literatură*, y *Curier de ambe sexe* hacen posible que el horizonte informativo y divulgador se extienda. Durante la década de los cuarenta, además, algunos de estos periódicos van a ofrecer al lector traducciones de los viajes de Lamartine, Chateaubriand, Edmont Texier u Hommaire de Hell (1812-1848). La lectura se convierte, por lo tanto, en el principal

vehículo que el rumano tiene para poder acceder a ese viaje a Oriente, un viaje cómodo, lleno de emociones, pero exento de todo peligro.

No obstante, no todo fue *viaje de sillón*. Iordachi Rășcanu (s. f.), según N. Iorga (1969, vol. II, 86), es el autor -además de personaje- del *Jurnalul mergerii boierilor deputați în Țarigrad*, publicado en 1874 por Mihail Kogălniceanu. En el año 1822, unos cuantos nobles rumanos de Moldavia, a los que se une otro grupo de boyardos de Muntenia, piden permiso para ir a Estambul a exponerle al sultán la penosa situación en la que se encuentran. Y son escuchados. El viaje a Constantinopla no va a ser en vano, pues tendrá una importante consecuencia político-administrativa: a partir de ahora tanto Moldavia como el País rumano, Valaquia, elegirán a sus gobernadores de entre los oriundos del lugar, siendo los primeros el *logofăt* Ioniță Sturdza y el *ban* Grigore Ghica. Al margen de este importante logro, la estancia en Constantinopla no deja de sorprender a nuestros viajeros: todo es lujo y gasto incontrolado. Pero hay algo que les impresiona más: el ritual otomano, el protocolo y las continuas ceremonias para hechos tan aparentemente banales como servir un té u ofrecer un sorbete. De este modo lo cotidiano, la realidad más anodina, se ve cargada de todo un valor ritual provisto de una cierta magia y de un cierto encanto. Así lo real pasa a ser mágico, fantástico.

Pero no siempre una incursión en Oriente, -a menudo representado simplemente por Turquía-, resulta ser un paseo por el exotismo. Teodor Codrescu (1819-1894) escribe, en 1844, *O călătorie la Constantinopoli*, donde se considera simplemente un invitado de la Turquía contemporánea, de un Estado que se muestra bastante permeable con las reformas ilustradas occidentales y altamente predispuesto a las novedades. Sin embargo, como le ocurre también a Dimitrie Ralet (*Suvenire și impresii de călătorie în Turcia*, 1858), él mira el presente, la actualidad de Turquía, cara a cara, tanto en lo que se refiere a su situación política como en lo que atañe a su configuración social. De este modo su intención es juzgar lo otomano tanto física como moralmente y, además, objetivamente. Todo lo que tiene que ver con las maravillas y la fastuosidad de Oriente no son, para Codrescu, más que unos simples prejuicios; el espejo del Oriente romántico se rompe en mil y un pedazos. Esto no quiere decir, no obstante, que rechace categóricamente una visión colorista y pictórica. Verdaderamente experimenta un cierto placer en las descripciones del paisaje, centrando su atención en el cromatismo que le ofrecen estampas como la de un atardecer en el Bósforo, con la ciudad de Estambul en el horizonte. El cúmulo de estas sensaciones visuales provoca en él un marcado tono reflexivo, por lo que podemos decir que, de algún modo, se trata de una contemplación activa, pues también le

interesan las reformas que se hayan podido poner en práctica aquí. Turquía, aunque más concretamente Estambul, se convierte, según palabras de R. Barthes (1972, 181), en “... *le signe même de l’Orient.*” Del mismo modo, como propugna B. Munteanu (1942, 22), el país que representará a Occidente será Italia:

“... *Aux yeux des Roumains L’Occident sera donc tout d’abord l’Italie.*”

Exactamente la misma inquietud ético-social tiene el anteriormente citado Dimitrie Ralet. En sus *Suvenire și impresii de călătorie în România, Bulgaria și Constantinople*, de 1858, se nos presenta como un hombre cuyo principal objetivo es la observación de la moral política. Para ello tiene que abrir muy bien los ojos y los oídos. Y lo que más le sorprende son los ya legendarios contrastes de la ciudad de Estambul, una ciudad donde la imagen de un turco tomando café, indiferente a todo, es la imagen del desánimo, por no decir la del fatalismo otomano. El escritor, en su intento de abarcar cuanto más mejor, en detrimento de la profusión de detalles, enumera nacionalidades (ingleses, croatas, malteses...), profesiones (vendedores, pasteleros...), objetos, ropas, etc. Parece ser que el ansia de comprenderlo todo con la mirada, así como de relatarlo, está presente en más de un escritor que descubre -o redescubre- el mundo. Recordemos, ya en Occidente, a nuestro Golescu y sus empeños por enumerar los diferentes tipos de escuelas y de hospitales existentes, por ejemplo, en Viena (pp. 27-29) o las clases de pescados y frutas que se venden en el mercado de Trieste (p. 64).

Pero, posiblemente, el máximo exponente de fidelidad a la realidad y del no dejarse llevar por las sensaciones, las leyendas y los prejuicios, fruto de lecturas anteriores, sea el poeta Dimitrie Bolintineanu. Hasta tal punto esto es así que en obras como *Florile Bosforului* (1865) o *Macedonele* (1865) no sólo realiza una descripción de la realidad de un modo aséptico, sino que nos lleva directamente a la desilusión y al desengaño. La realidad ha de verse, oírse y palpase, como opina Ș. Cioculescu (1985, 95):

“... *Bolintineanu e poetul desfătărilor vizuale, acustice și tactile (...). În Florile Bosforului și-a aflat adevărata expresie temperamentală.*”

La fantasía se rompe, se viene abajo como un castillo de naipes, y es entonces cuando se siente incapaz de crear una *realidad imaginaria* y de vivirla como si efectivamente así fuera, al estilo de Gérard de Nerval, pongamos por caso. Bolintineanu ve las cosas como son; no hay lugar para la invención o el espejismo. No es de extrañar que I. Bălu (1969, 4) le haya considerado un precursor de la literatura de la autenticidad. Los escritores no han hecho más que deformar la realidad. De ahí que en una obra de 1867 como es *Călătorii la Ierusalim în sărbătorile Paștelui și în Egipt* nos diga, tal y como recoge F. Faifer (1993, 255):

“Toate locurile acestor țări sînt mai frumoase în cărțile călătorilor, dispuși totdeauna să laude orice vād, cā sā intereseze pe cetitori; dar în realitate scad mult, cāci cele mai multe lucruri care fermecā pe învățați nu sînt sigure. Natura ea însāși, în aceste părți, nu are nimica de pitoresc sā despăgubească pe călătorul dezilusionat..”

El Oriente que él ve, desprovisto de esas escenas pintorescas con las que sueña Vasile Alecsandri, por ejemplo, es un lugar de decepción. Dimitrie Bolintineanu, al ignorar los tópicos mitológicos, desmitifica, separa la fábula de la verdad; a él no le interesa ni siquiera encontrar la causa de las leyendas: las historias son historia, la arqueología es historia; todo está ahí para el que quiera acercarse a la verdad e instruirse, pues como argumenta Ș. Cioculescu (1985, 102), “... *Bolintineanu e un călător care se instruește la tot pasul și ține să-și instruiască cititorii; descrierile lui sînt încărcate de erudiție istorică și arheologică.*” Por si esto no bastara, este autor evita a toda costa seguir los pasos de cuantos le precedieron en estos viajes; huye de los tipos y de los estereotipos: un derviche o un beduino no tienen nada de héroes ni de personajes por los que haya que manifestar un especial interés. Sin embargo, lo cierto es, según señala M. Zăciu (1973a, 149), que sus viajes dan a la literatura de mediados del siglo XIX “... *o propensiune balcanică, ce va fi exploatată mult mai tîrziu. E aici o mișcare centrifugă în fond, aproape un refuz al Occidentului...*”

El verdadero Oriente, visto ahora de cerca, ofrece su aspecto más negativo en el caos, en la miseria y en la suciedad de las ciudades. Es, pues, el triunfo de la realidad sobre la imaginación, sobre la individual y personal visión que otros poetas hayan hecho del mito con anterioridad. Como dice A. García Berrio (1994, 555) a propósito de esta dicotomía:

“Las modalidades individuales en que hasta ahora hemos ido viendo como se articula un sentimiento difuso y

general del alojamiento imaginario en el peculiar espacio creado por la imaginación de cada poeta, son lo suficientemente evidentes para proclamar que sea éste, el que por su complejidad de elementos sustanciales podríamos denominar el mito espacial, uno de los fundamentos más decisivos -y desde luego el más genérico y profundo- en la constitución del conjunto de emociones que conocemos como sentimiento estético dentro del constructo imaginario artístico.”

El poeta forma parte del bando de aquellos escritores que “... *tind să anuleze convenția filosofică a Orientului ca loc geometric al utopiei, pe care o acreditează secolul precedent*”, en opinión de M. Anghelescu (1975, 114). La poesía bolintineana se distingue por sus anotaciones sin ornamentos, muchas veces no exenta de una ironía que llega, incluso, hasta la caricatura, hasta la deformación. En el monte Olimpo, por ejemplo, en lugar de dejarse llevar por la fantasía de lo mitológico, lo que hace es compadecer a los pobres dioses que tienen que soportar las inclemencias del tiempo.

Y si bien Dimitrie Bolintineanu queda en ese estadio anterior al mito, el folklorista y etnógrafo Teodor T. Burada (1839-1923) en los diarios de viajes que publica entre 1880 y 1908 (*Călătorii în Orient. De la Ierusalim la M-rea Sf. Sava, O călătorie prin Siria și Palestina, O călătorie în Egipt*), queriendo descubrir los signos de la verdad histórica, se pierde en lo sobrenatural del mito, ofreciendo al mundo occidental un Oriente sin exotismos, desnudo de toda magia y fiel a la verdad, tal y como preconizaba François René, vizconde de Chateaubriand (1969, 702):

“Ne rien inventer, ne rien omettre.”

Vemos, por consiguiente, cómo todos estos autores se han alejado de la concepción fantástico-utópica que durante años y años caracterizó a Oriente, particularmente de la mano de los escritores románticos occidentales. Y Dinicu Golescu, desde su perspectiva ilustrada, ya lo supo ver con anterioridad: el ideal utópico de Oriente es idílico, artificial, fruto de la literatura; el verdadero ideal -por mucho que esto nos parezca una paradoja, una contradicción- se halla en Occidente, pues es real, palpable, o, cuando menos, asequible. Sencillamente porque estamos hablando de *eutopía*, no de *utopía*.

Continuando en la directriz trazada por esta línea, posiblemente el autor que presente una cierta afinidad con Golescu, guardando la distancia temporal que los separa, sea Gherasim Timus (s. f.), quien, en 1889, realizó su primer viaje a Oriente, junto con Athanasie Mironescu Craioveanu (s. f.) y con Constantin Erbiceanu (1838-1913), obispo de Argeş. Pero efectuará un segundo viaje en 1895 y será en este momento cuando, visto con ojos críticos y comparándolo con el desarrollo cultural de Occidente, se dé cuenta de que el mítico Oriente no es más que un lugar dominado por la ignorancia y la incultura (*Călătorie la locurile sfinte*, 1896). El Bósforo podía ser -y creemos que lo sigue siendo hoy en día- un enclave absolutamente único en el mundo, con unos incomparables atardeceres cargados de luz, color y magia, pero las calles de Estambul, llenas de turcos fumando *narghile* o tomándose un café, no eran más que el signo evidente del desmoronamiento de un imperio agonizante.

Claro está que esto también tiene su encanto, su parte pintoresca. Y no hace falta irse tan lejos ¿Quién no se ha sentido sobrecogido y maravillado contemplando el decadente aspecto de las calles de Lisboa, por ejemplo? ¿Y en cuántas ocasiones no les hemos puesto poesía a esas imágenes? ¿Cuántas veces no hemos sentido la necesidad de adornar de lirismo un paisaje que a todas luces nos parece desolador? El viajero es así; adopta una *estética de lo feo* y entonces todo le parece maravilloso, encantador. Esto es lo que le sucede, pongamos por caso, al ya mencionado Vasile Alecsandri: “*je trouve du pittoresque partout, puisque dans la misère...*” (1974, 611). Todo lo que contempla “... *a dépassé en réalité tout ce que j’ai pu créer dans mon imagination.*” En este caso, gracias a esa poesía de lo pintoresco, la realidad ha superado a la imaginación.

Leyendo a los autores rumanos que viajaron a Oriente encontramos unas palabras que parece que le han sido arrebatadas al mismísimo Golescu. Se trata en este caso de la voz de Nicolae Rucăreanu (1810-1889), quien todavía en 1886 nos dice, en *Impresiuni d-un viagiu la Constantinopole și înapoi*, según recoge F. Faifer (1993, 87) que “... *este timpul să ne deșteptăm*”, lo cual da fe del largo y penoso camino del pueblo rumano hacia la luz. Para este escritor, Oriente es la tierra donde la naturaleza alcanza su máxima expresión y belleza; sin embargo es hacia Occidente donde hay que mirar, pues allí se encuentra la más elevada manifestación del arte y, por lo tanto, de la cultura. Retrocedemos, pues, sesenta años y volvemos de nuevo al punto de partida de Golescu.

b) Hacia Oriente y Occidente

Como si se tratara de un dilema o de una oferta mucho más amplia, los territorios extranjeros presentan, desde el punto de vista del viajero rumano, dos destinos distintos, cada uno de ellos orientado hacia dos extremos del mundo: Oriente y Occidente. Es posible que sea importante también el modo de llegar hasta ellos: hacia Occidente, con diligencias, con carrozas, por caminos bien hechos, con pocas curvas, por terrenos firmes...; los caminos hacia Oriente se presuponen tortuosos, penosos, llenos de peligros... El medio en el que ese viaje se realiza también es decisivo; dependiendo de uno u otro tendremos discursos literarios completamente diferentes porque, como opina A. Marino (1974, 39), “... *Marea seduce spiritele abstracte și sistematice, muntele pe cele poetice.*”

Sin embargo, apenas tenemos, en la literatura de los principados rumanos, muestras ni testimonios de viajes realizados por mar. Escribe R. de Cózar (1998, 12):

“ En el mar existe aún la posibilidad del misterio, la aventura de lo desconocido, esa necesaria fusión entre la realidad y el sueño que nos permita definitivamente avanzar, más allá de la ciencia, hacia el ámbito de la creación.”

Desgraciadamente -pues sería un más que interesante punto de apoyo para el estudio de las literaturas comparadas-, la aventura marina en estos territorios no ofrece un *corpus* narrativo abundante. Muy pocos relatos hacen referencia a viajes por mar o, en el peor de los casos, a naufragios... Quizás esta ausencia se deba a que, como escribe Gheorghe Călinescu (1968, 110), “... *O astfel de pasiune pentru elementul acvatic nu e proprie românului carpatin.*”

Sirvan como muestras, no obstante, el viaje de Atanasie Pîcleanu (1821-1856) por el mar del Norte hasta la isla de Ergoland, los relatos de los viajes que Victor Vlad-Delamarina (1870-1906) realiza por el mar Negro y el Egeo en 1891, publicados en el periódico timișoreano *Dreptatea*, o los realizados en 1893 a bordo del buque *Elisabeta* por el Mediterráneo y el Adriático, también consignados en forma de diario. Pero, por lo general, en los principados rumanos el mar no es más que una excusa para que el escritor dé rienda suelta al filósofo que lleva dentro y tengamos, por consiguiente, todo un discurso filosófico sobre la existencia

del hombre, como sucede con Samson Bodnărescu (1840-1902) y su viaje a la isla de Rügen en 1872.

El viaje hacia Oriente significa para una categoría entera de viajeros también un peregrinaje a los Santos lugares, a Tierra Santa. Transfigurado por la fe, el viajero conserva una cierta ingenuidad. Pero ¿qué busca un viajero laico, motivado más bien por la idea de la aventura, en este territorio de milagros?

Si Oriente se configura con un perfil algo sinuoso, Occidente presenta, al menos a primera vista, una cierta simetría, una proporción en sus líneas, una armonía. No hay lugar -o no debería haberlo- para el desorden, la estridencia o la miseria; eso estaría fuera de tono, y Golescu se ocupa sobremanera de que esto no suceda. Qué decepción tan grande sufre, pongamos por caso, un escritor como Hans Christian Andersen (1805- 1875) al llegar a España; no podía imaginar que siendo el nuestro un país occidental no estuviera a la altura de otros países europeos. Y del mismo modo, en 1846 Mihail Kogălniceanu (1982, 48-49) se cree en Oriente -e incluso en su tierra natal- cuando entra en nuestro país:

“Fără să vreau, când am intrat în Castilla, m-am crezut în țările rumânești și îndeobște în Orient.”

Sucede que, como en el resto de Europa, en toda la tradición literaria rumana anterior los escritores imaginaban Occidente como un territorio de armonía, tal y como habían leído en los libros. Es normal, por tanto, que se manifiesten sorprendidos y contrariados cuando se topan con calles estrechas y sinuosas o cuando contemplan con decepción que las casas no están alineadas. Sacados de su letargo, los viajeros quieren saber cuanto más mejor. La salida de una larga inercia económica, social y cultural acrecienta el ansia de conocimiento; el viaje se transforma, de esta manera, en algo útil, con un objetivo práctico. Es, pura y simplemente, *el viaje hecho Ilustración*. Y esta vertiente útil del periplo se convertirá en una oportunidad -única- para la formación del propio espíritu. Se trata, en palabras de Constantin François Chasseboeuf, Conde de Volney (1823, VI), “... *d’orner l’esprit et de former le jugement...*” para lo cual “... *le plus efficace était de voyager.*”

Por lo que respecta a las categorías sociales, el mercader tiene un horizonte de miras mucho más amplio que el del peregrino, por ejemplo. Su interés por Oriente y/u Occidente, indistintamente, dependerá de la época y de los productos con los que comercie. En principio no hay

ninguna razón que le ponga límite el territorio por el que puede viajar, ni rutas señaladas que se vea obligado a seguir necesariamente. Como dice M. Constantinescu (1970, 236):

“À certaines périodes, les marchands circulaient d’un pays à l’autre sans rencontrer d’obstacles. Même dans les conditions existant à la fin du XVIe siècle, lorsque la domination ottomane a orienté de préférence le commerce roumain vers Constantinople, les trois pays roumains, dépendant économiquement l’un de l’autre, ont continué des échanges actifs de produits.”

Y en un nivel social algo más elevado nos encontramos de nuevo con los diplomáticos. Embajadores, cónsules, secretarios... pueden viajar por igual tanto a Oriente como a Occidente.

c) Hacia Occidente

Sí hay una justificación, en cambio, en el viaje que se hace por estudios. Este tipo de viajes es, dentro de la sociedad de los países rumanos de la época, exclusivamente hacia Occidente. El rumano ilustrado da la espalda a todo lo que representa Oriente en cuanto a enseñanza y cultura, al tiempo que dirige sus pasos hacia Occidente como medio para alcanzar la luz y el conocimiento y para aproximarse al espíritu revolucionario francés. Y no sólo el rumano, sino el viajero oriental en general. En su estudio sobre los viajeros árabes de los siglos XIX y XX N. S. Yared (1996, 23) señala:

In conclusion, the travellers’ contact with the West made them want to absorb the principles of the French revolution, which they saw as responsible for the success of Western civilization.”

Destacarán, por lo tanto, ciudades que se han erigido durante los siglos XVIII y XIX en auténticos estandartes del conocimiento cultural ilustrado: París, Roma, Viena, Milán... De nada o de muy poco han servido -parece ser- los empeños de Charles-Louis de Secondat, barón de Montesquieu, por mostrar en sus *Lettres persanes* (1965, 126) el aspecto negativo de la sociedad y de la política occidentales, concretamente parisinas, mucho antes de que la Revolución francesa estallara. ¡Qué

escasa repercusión tuvieron la crítica de Occidente y el panegírico que hace sobre Oriente!:

“Que dis-tu d’un pays où l’on tolère de pareilles gens et où l’on laisse vivre un homme qui fait un tel métier? où l’infidélité, la trahison, le rapt, la perfidie et l’injustice, conduisent à la considération? (...). Terre natale et chérie, sur qui le soleil jette ses premières regards, tu n’est point souillée par les crimes horribles qui obligent cet astre à se cacher dès qu’il paraît dans le noir occident!”

Todo parece apuntar a que en los principados rumanos no se les quiso prestar -o no se los supo interpretar- la atención que merecían a textos como el reseñado. No podemos decir que no se conocieran, pues precisamente es Iordache Golescu -el hermano de nuestro viajero- el que hace una traducción de las *Lettres Persanes*, como recoge D. Popovici (1972, 83). De este modo, Occidente -Europa- se configura, para el noble ilustrado rumano, como el símbolo de la distinción, de la cultura, del bienestar social, del progreso...; es el mundo mismo. Todo lo demás no existe, porque el mundo no se divide más que en dos partes, tal y como señala P. Cornea (1972, 220):

“Lumea apare împărțită în două: Prințipatele și Europa; zone de tranziție – puține (Ardealul!).”

Lo que viene a reforzar la tesis propuesta por R. Barthes (1972, 182), para el que en este mundo sólo tenían cabida “... *l’Occident ou autre chose*.” La razón -creemos- hemos de buscarla en esa sed de conocimiento, de recorrer caminos y de ampliar fronteras que el viajero rumano -en concreto, el que un tiempo después beberá de las fuentes del romanticismo- va a ir desarrollando paulatinamente, pues, como muy acertadamente señala Ș. Cazimir (1982, 8), “...*marea sete de drumeție a romanticilor se transmite și în țările române, dobîndind trăsături inedite în contact cu o istorie și o geografie specifică, cu o tradiție culturală anume și cu un țel distinct al aspirațiilor.*”

Pero sucede que, incluso, cambia el punto de vista. El propio Occidente -en numerosas ocasiones con la ciudad de Roma al frente- es ahora visto con unos ojos distintos a los de antes; es decir, ya no interesa

esa obsesión por recuperar el pasado, la historia, la Antigüedad clásica, tal y como se desprende de las palabras de M. Bucur (1971, 6):

“Italia nu le va fi descoperită decît la vîrsta ei română. Corifeii Școlii ardelene nu vor trăi nostalgia ruinelor și nu vor înmărmuri la contactul cu civilizația apuseană. Era vremea cînd nu vedeau decît diplomele și manuscrisele cu mărturiile vechimii noastre.”

Se produce, por lo tanto, entre los siglos XVIII y XIX, un cambio en el modo de concebir estas dos partes del mundo (Oriente y Occidente) o, cuando menos, un intercambio de papeles. A partir de ahora el papel que antes encarnaba Occidente quedará representado por Oriente. Siempre desde la perspectiva del viajero rumano (viajero *oriental*) y siempre que no se tratara de nuestro país, pues bien es sabido que los escritores franceses, pongamos por caso, venían a España buscando castillos medievales, ruinas, palacios musulmanes...; en definitiva “... *se buscaba el exotismo y lo pintoresco*.”, afirma J. Cantera (1998, [22]). Y es que a nuestro país -por su particular historia- era fácil identificarlo con lo oriental. No en vano, Théophile Gautier (1881, 192) opinaba de nuestro país:

“L’Espagne, qui touche à l’Afrique comme la Grèce à l’Asie, n’est pas faite pour les mœurs européennes. Le génie de l’Orient y perce sous toutes les formes...”

Y Antoine de Latour escribe (1855, 6):

“Plus j’avancais dans les Castilles, et plus je demeurais frappé de l’extrême analogie de l’Espagne avec l’Orient. À chaque pas je faisais les mêmes remarques, je recevais les mêmes impressions.”

De hecho, cuando Charles Davillier (1823-1883) realiza su viaje por España, reconoce (1980, 176) que sus compañeros de viaje “... *croyaient retrouver encore la vieille Grenade du temps des Abencerrages, ou quelque ancienne ville orientale avec des minarets élancés et des moucharabys en relief...*”

Y recordemos también, por ejemplo, *The Alhambra Tales* (1832) del norteamericano Washington Irving (1783-1859).

1.1.2.2) El tiempo de la aventura: el pasado

Se produce de esta manera una curiosa confluencia entre espacio y tiempo dentro de algunos de estos relatos de viajes. El viaje al exterior puede transformarse en un viaje al pasado; con el viaje dentro de las propias fronteras puede suceder exactamente lo mismo. Prescindiremos de los parámetros que conformarían un *viaje al futuro* (más propio de una literatura de ciencia ficción) y de los que generan un relato desde el presente (el diario reportaje), y centraremos nuestra atención en el viaje al pasado desde las propias o ajenas historias y literaturas.

Es éste un tipo de viaje que no suele faltar en las rutas imaginarias del viajero rumano, más concretamente en las que tienen lugar a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Integrado en una corriente europea más amplia -la del despertar del sentimiento nacionalista-, podemos considerarlo un simple gesto ritual: unas ruinas o un castillo, por ejemplo, piden por sí mismos una distancia temporal de la que el escritor no puede escapar y a la que además, inevitablemente, acabará adornando de misterio.

El *leitmotiv* de las ruinas tiene, en el ámbito de la literatura de los principados rumanos, un peso relativamente importante. F. Faifer (1993, 194) cita obras de autores en las que las ruinas tienen un tono elocuente, le hablan al escritor. Así por ejemplo, Ion Artemie Anderco habla de *la propia lengua de las ruinas* de París o Roma, Teodor Bulc (¿?-1909) de las de Grecia, Dimitrie Bolintineanu dice que las ruinas “... *vorbesc mai mult și mai bine decât operile scriitorilor noi*”. Este mismo tono elocuente es el que el escritor recoge si sabe *leer las piedras*, pues *lo ausente le habla*, como muy bien opina A. Opitz (1997, 102) sobre el austríaco Hermann Bahr (1863-1934) y los escritores románticos:

“Mit dieser Absage an jede Zweckbindung der Kunst verzichtet Bahr aber keineswegs auf Geschichte; er will weiterhin, wie schon die Romantiker, aus “Steinen lesen”, und seine Besichtigungen sind Pilgerfahrten durch die Jahrhunderte, “das Verschollene redet zu ihm”. Das ist die eigentliche Freude des Reisens bei uns, daß, wer nur recht fleißig mit hörenden Sinnen durch viele Lande gekommen ist, am ende wie ein Revenant wird, der in allen Jahrhunderten bei allen großen Ereignissen gewesen ist.”

[*]

El tema de las ruinas -que ya estaba patente en el barroco de la Europa occidental- adquiere, si cabe, mayor entidad en la literatura dieciochesca a partir de *Les ruines ou méditation sur les révolutions des empires* (1792), la obra de François de Chasseboeuf, Conde de Volney, al tiempo que abre una nueva vía en tanto en cuanto será motivo de reflexión, como el mismo autor nos señala (1792, 2), y que, además, unos años más tarde, dará origen a un romanticismo que se basará en la devoción por lo antiguo, especialmente por lo medieval:

“Souvent je rencontrais d’antiques monumens, des débris de temples, de palais et de forteresses; des colonnes, des aqueducs, des tombeaux: et ce spectacle tourna mon esprit vers la méditation des temps passés, et suscita dans mon cœur des pensées graves et profondes.”

Porque el romanticismo -el tímido pre-romanticismo- vendrá de la mano de las inquietudes intelectuales, zozobras anímicas, ensoñaciones y reflexiones sentimentales que toda esa serie de edificios -de arquitectura en ruinas- es capaz de provocar en la mente del hombre, como el mismo Volney reconoce más adelante (1792, 4):

“L’ombre croissoit, et déjà dans le crepuscule mes regards ne distinguoient plus que fantômes blanchâtres des colonnes et des murs... Ces lieux solitaires, cette soirée paisible, cette scène majestueuse, imprimèrent à mon esprit un recueillement religieux. (...). Je m’assis sur le tronc d’une colonne; et là, le coude appuyé sur le genou, et la tête soutenue sur la main (...) je m’abandonnai à une rêverie profonde.”

En los principados tampoco faltan casos en los que lo que estas ruinas provocan es pena, dolor o lágrimas, como ocurre con George Barițiu (*Raport asupra călătoriei la ruinele Sarmisagetusei și a informațiilor adunate la fața locului, în anul 1882*) o George Radu Melidon (1831-1897) y su obra *Pe ruinile Cetății Neamțului* (1856).

Sin embargo, somos de la opinión de que cuando el rumano viaja al pasado dentro de sus fronteras, lo que quiere poner de manifiesto, por lo general, no es más que el orgullo patriótico. Ruinas, sí, exaltación del pasado también, pero siempre con un mismo propósito: el patriotismo. Los recuerdos históricos son, por lo tanto, parte integrante y fundamental del cúmulo de sensaciones de las que el viajero dispone; de ellos

deponderá su mayor o menor disfrute del viaje. Un escritor como Alexandru Odobescu (1967, 191) así nos lo afirma en su obra *Cîteva ore la Snagov* (1862):

“Găsim o plăcere nespūsă a străbate Țărîmul patriei, cercetînd peste tot locul umbrele și amintirile strămoșilor noștri (...). Dorul nostru s-avintă printre restimpîi trecutului, pe cînd privirea ni se preumblă prin luncile și pe plaiurile țării noastre, marture încă elocvente ale atîtor întîmplări felurite.”

Para este escritor, además, el patriotismo bien entendido empieza por el tono instructivo y deleitativo, de nuevo el *docere et placere*, como argumenta Ș. Cioculescu (1985, 110-111):

“Odobescu prezintă publicului rezultatele competențelor sale cercetări, în cadrul unui memorial de călătorie, compus pe modul digresiv, merit să instruiască și să delecteze totodată.”

Unido al matiz histórico-arqueológico está el científico-etnográfico. Ambos confluyen en un autor como Cezar Bolliac (1813-1881), quien, en su *Itinerariul* (1845-46), da cuenta de las inscripciones halladas y de los monumentos identificados de la Antigüedad, lo que le brinda la ocasión de realizar detalladamente un estudio de la vida colectiva de los lugares por donde pasa en su periplo por la Valaquia meridional buscando el Danubio.

Dejando a un lado el tema de las ruinas, puede suceder que en determinadas ocasiones esa mirada al pasado sea hecha desde una doble perspectiva, como es el caso del folklorista I. Silviu Sălăgianu (1836-1896): por una parte, se lanza una mirada a la mitología, y por otra a la naturaleza o, mejor dicho, a los cuadros que han representado esa naturaleza. El arte (la literatura, la pintura...) vuelve a hacer acto de presencia. Y desde aquí es fácil admitir también la participación de lo imaginario. La inmersión en el tiempo pasado se llena así de ficción, de leyenda.

En 1865 Aron Densușianu (1837-1900) publica en *Familia* sus *Suveniri și impresiuni de călătorie*, un periplo efectuado por Orăștie, Mureș y los Cárpatos que no deja de ser un viaje por el túnel del tiempo. Cada lugar tiene sus acontecimientos históricos, acompañados de sus

respectivos datos y de sus leyendas, donde el pasado se hace presente y donde lo imaginario convive con la realidad. Densușianu se erige así en creador de una mitología nacional rumana, ensamblando la historia y la tradición con la fantasía y la leyenda.

En el extranjero, la visión del *pasado glorioso* tiene lugar en algunos viajeros en forma de argumento literario poetizado, entregado a la erudición. Éste es el caso de Mihail Kogălniceanu, quien, en 1844, viaja a Austria, y en 1846, a Francia y España, resultando de éste último viaje sus *Notes sur l'Espagne*. Pero en su mente siempre está presente, como buen patriota, el recuerdo de Moldavia, que no le abandona en todo el trayecto. Así le escribe él (1967a, 53) a Ion Ghica sobre nuestro país:

“... o țară prea curioasă și care are multe asemănări cu a noastră în limbă, caracter, obicei și chiar faze istorice (...). Deodată auzeam un cântec monoton și jalnic, pe urmă zăream o ceată de călăreți și socoteam că vedeam muntenii noștri scoborîndu-se din Carpați și mergînd la iarmarocul din Fălticeni (...). Nu este culme de deal, rămăsită de zid, pod, prăpastie, grota, care să n-aiba legenda sa, în care vraja, descîntecul să nu joace un rol. Și lucru curios, multe [dintre] aceste poveștii au o mare analogie cu acele a românilor, care dovedesc că au aceeași bastină: Orientul.”

Para Mihail Kogălniceanu, España es un país existente sólo en su imaginación, del cual sólo tiene referencias literarias e históricas, un sueño de antaño que por fin se ve hecho realidad. Y es así como por el conocimiento inmediato del país, el espíritu se eleva y su naturaleza humana se transforma hasta alcanzar el sublime grado de poeta:

“Nu fac versuri, dar cînd cetesc pre Șiler sau pe Lamartine, dar cînd mă aflu într-un loc plin de mari suvenir, atunci sufletul și duhul mi se înalță și simțesc că și eu sînt poet!” (Idem)

Y es en ese preciso instante cuando comprende la poesía:

“Cînd am văzut zidurile cetății Toledo, am înțeles toată poezia ce ți se dezvălește în închipuire oricînd cetești ceva despre zidurile cetăților din veacurile de mijloc.” (Idem)

En ninguno de sus escritos en prosa Mihail Kogălniceanu da muestras del más mínimo gesto de inspiración; todo es historia, todo es pasado. La complejidad de las frases, con períodos amplios, nos remite a Nicolae Iorga y a su voz de profeta-cronista del pasado:

“Pe urmă vedem iarăși Spania deșteptându-se ca dintr-o lungă letargie, rănită, insultată, răgînd de furie, înălțîndu-se asupra colosului veacului, asupra lui Napoleon (...). Astăzi Spania (...) își bea singurul său sînge, fie spre a păstra un trecut ce și-au făcut vremea, fie spre a chiema în sînul său idei nouă care sîngure o pot reînălța.” (Idem)

Si Dinicu Golescu concibe su viaje a Occidente como un viaje al progreso, un autor como Hans Christian Andersen -salvando las distancias y, lógicamente, el distinto espíritu viajero- piensa más bien que su viaje a España es un salto al pasado (1987, 12):

“Acerca del viaje por este país había oído las descripciones más tremebundas: las diligencias eran cajas de tortura, enormes y pesados omnibuses con sólo una portezuela a un lado (...); y en lo tocante a la comida, no había quien la tragase (...). De nuevo debería subirme a los poéticos carruajes de los poéticos viejos tiempos; pero no soy lo bastante poeta como para alegrarme con aquellos tiempos, prefiero los modernos con todas las bendiciones que nos traen; sin embargo, no quedaba más remedio que retroceder a los viejos.”

Observemos que ambos autores no están más que siendo fieles al espíritu del movimiento literario del que son víctimas o, cuando menos, al espíritu de la época que les ha tocado vivir: al autor rumano, ilustrado, le interesa poner en evidencia el retraso de los principados frente a la Europa occidental, así como los medios necesarios para ilustrar a su pueblo; a Hans Christian Andersen lo mueve el ideal romántico de lo medieval, lo caballeresco, lo singular frente a lo general.

1.1.3) EL VIAJE “NO AVENTURA”

Del mismo modo que existe la aventura y viajeros siempre dispuestos a emprenderla, nos podemos encontrar con personas que no muestren en absoluto una disposición por el viaje. Éste, consecuentemente, ya no significa aventura, sino miedo, desgana..., fastidio, en definitiva.

A través del viaje, una persona ingenua es susceptible de irse convirtiendo poco a poco en un ser humano algo más despierto. Para bien o para mal, el viaje curte; de ahí el valor *terapéutico* que éste pueda tener, aunque en cada caso la *terapia* sea distinta. “*Călătoria, după părerea mea, este cea mai bună medicină în contra urâtului. Da, o mai repet, este cel mai bun mijloc de distracțiune.*”, argumenta Nicolae Filimon (1982, 79). ¿Pero qué hacer cuando el viaje no es el remedio sino el causante de la enfermedad? No han faltado autores que han manifestado una cierta aversión -incluso una extrema angustia- por la aventura de viajar. Por ejemplo, para Daniil Scavinschi (1795-1837), el primer autor rumano que versificó un diario de viajes, *Călătoria dumnealui hatmanului Costandin Paladi la feredeile Borsăcului* (1828), su desplazamiento, más que un paseo, es un auténtico calvario, un mal sueño, quizás por esa propia ansiedad que le lleva a exagerar las cosas, a verse solo y desamparado, a querer escapar de allí y a poner fin, para siempre, a ese largo y agotador camino. No es de extrañar que, debido a esa hipérbole que él mismo hace de la realidad, se vea abocado a recurrir al humor, a la ironía y al sarcasmo como elementos de evasión.

Y cinco años más tarde, en 1833, Enacachi Gane (1787-1842) escribe su *Călătorie me la munte*, en un tono lleno de sobrecogimiento, de pavor y de suplicio, reflejo de un mundo donde todo está relacionado con su sufrimiento, donde no hay nada positivo. El sonido de la flauta de un pastor, pongamos por caso, es el cántico de sus penas y afliciones; un gemido triste, por ejemplo, el prelude de una tormenta... Todo parece esconder tras de sí un mal presagio, un acontecimiento catastrófico. Con esa particular disposición del yo, parece lógico que no quiera enfrentarse no ya a la aventura, sino al simple hecho de salir de su casa.

Igualmente, una estresante búsqueda que quiere poner fin a unos *sufrimientos no sufridos* es para Atanasie Pîcleanu el ya comentado viaje (Vd. 1.1.2.1,B,b) que hace por mar a la isla de Ergoland, en el mar del Norte, según consta en la carta que le envió a sus padres, publicada en 1850 en *Vestitorul românesc*. Este noble, para el que el océano es un auténtico peligro, está angustiado, se ve perseguido por el miedo durante toda la travesía. Y como consecuencia de ello, la isla -cree él- no lo recibe

muy amistosamente: la costa es un lugar de naufragios, con riscos y aristas cortantes que le llevan inevitablemente a su fin.

Estos primeros memorialistas son, como vemos, no sólo autores sino personajes -quizás inconscientemente- de sus propios relatos. Todo pasa por el prisma de lo que les sucedió a ellos, del *yo*; esa distancia y perspectiva narrativa que debería de haber en tanto en cuanto son narradores, brilla muchas veces por su ausencia, porque “... *el escritor, que sirve de intermediario entre el lector y la aventura, fue actor antes de convertirse en reportero...*” nos recuerda G. May (1982, 163). El deseo de ser personaje, ya de forma consciente, estará, no obstante, presente a lo largo de toda la literatura de viajes decimonónica.

Por lo que se refiere a nuestro Constandin Radovici Golescu, apenas da signos de fastidio o inconveniencia en el transcurso de sus viajes, cuando menos de miedo. Decimos *apenas* porque a pesar de que en el transcurso de la narración no nos encontramos en ningún momento con ninguna aversión al viaje, hay un dato que nos parece destacable reseñar. En una de sus notas a pie de página (p. 63), cuando nos hace la descripción del barco (“*Vaporul este...*”), nos comenta al final:

“... *dar mi-am blestemat ceasul întru care am hotărît să am acea băgare de seamă, căci am călătorit pînă la Trieste 40 de ceasuri, și într-această toată vreme nici am mîncat, nici am dormit, ci numai am vărsat și am plîns ca un copil mic.*”

Es el único momento en el que el viaje se hace por mar (Trieste-Venecia-Trieste) y la única ocasión en la que él manifiesta una cierta incomodidad, aunque no se trata en realidad de miedo, sino de lo insoportable que le resulta un viaje en barco durante 40 horas, llegando incluso a llorar y a vomitar. No obstante, pensamos que no debía de ser un hombre muy amigo de travesías marítimas. Exceptuando este pequeño inconveniente, no tenemos en el texto “... *Largas horas de aburrimiento. Sentirse agobiado por culpa de espacios pequeños. Hacer colas. Sentirse perdido en un territorio desconocido. Sentirse timado y estafado. Dormir en camas extrañas con almohadones incomodísimos. Estómagos revueltos. Gente desagradable. Retrasos inesperados. Comida carísima.*”, según palabras de J. A. Kottler (1998, 152-153). Elementos, todos ellos, que se erigen en parte integrante de la aventura. Recordemos, por ejemplo, las palabras de angustia de un viajero como Louis Teste (1872,

236) ante el mareo -aunque sea más bien fruto de su imaginación- que le produce el barco:

“La marée moins houleuse blanchit toujours de son écume les roches de l’Orgullo. Ses mugissements sourds empêchent le sommeil de descendre des rideaux de ma couchette sur mes yeux. Si la fatigue m’assoupit un instant, il me semble que je fais des pirouettes à travers les cordages d’un navire ou que l’équipage affamé tire à la courte paille. Cette voix de la mer me trouble jusqu’au fond de l’âme. Oh, Dieu! j’étouffe dans cette chambre.”

Éste es su precio: el que los viajeros menos osados no están dispuestos a pagar.

1.1.3.1) El viajero de sillón

Como caso aislado -y extremo- de aquel viajero que no gusta ni disfruta del viaje como hecho físico, hace aparición un tipo de figura bastante curiosa: *el viajero de sillón*, es decir, aquella persona que prefiere leer un relato de viajes antes que realizar él mismo el suyo propio. Se trata de un *viajero* que, instalado en la comodidad del sillón de su casa, va de una ciudad a otra, recorre ríos y montañas, conoce diferentes tipos humanos...

Y todo esto sin pasar ni frío ni calor, ni hambre ni sed, a una velocidad vertiginosa. Todo ello, sin salir de casa, gracias a estos relatos, a la literatura...

Porque el hedonismo que parece resultar del gusto por el viaje, de la satisfacción de llegar a un lugar y quedar maravillado por él, presenta también su aspecto negativo, la otra cara de la moneda, que se traduce en un rechazo por el viaje, en una aversión a lo desconocido y al espíritu de aventura. Ahora la aventura se transforma en una “... *aventura sin peligros, la que se vive con el libro en la mano y sin abandonar el rincón de la chimenea, y que resulta más cautivante al no ser imaginaria ya que quien la cuenta no la inventa...*” como opina G. May (1982, 163), aunque estamos algo en desacuerdo con la afirmación de que no sea inventada. No en vano, como escribe Alfred Bosch (1998, 45-46) en su novela *L’atles furtiu*, sería posible, por ejemplo, disponer de un atlas real que dé

cuenta precisa de la realidad geográfica existente, y de otro donde lo que primaria serían las leyendas, las fabulaciones y los relatos de todo tipo de viajeros. ¿Cómo discernir lo que es auténtico de lo que es ficticio?:

“Escolteu, això és el que farem: per una banda, compondrem el mapa que ens ha encarregat l’infant Joan. I per l’altra (...), dibuixarem una segona còpia. A la primera obra hi posarem les viles, serralades, rius i mars coneguts. Només anirà allò que sigui cert, que ens hagin relatat diversos viatgers i que haguem comprovat en ferm. A la segona parlarem de tot el que aprenguem, fals o vertader. Ens trobarem amb moltes llegendes i fantasies, i no cal dir que cometrem errors greus. Però deixarem una compilació única del saber humà. Els navegants i els mestres de demà ja s’encarregaran de separar les veritats de les il·lusions.”

Hemos de aceptar que a muchas personas su patria -chica o grande-, su casa o, incluso, su reducido círculo de amigos les puedan parecer elementos más que suficientes para no desear ampliar fronteras, para no verse en la necesidad de realizar un viaje con el fin de sentirse bien, para no buscar ese *algo más* que constantemente van buscando los viajeros y que, como señala A. Marí (1998, 10), “... *no saben que no trobaràn mai.*” Y si se diera el caso de que salen de su habitual lugar de residencia, no faltarán en ellos ni la ironía ni el desencanto. Es, por así llamarlo, el *antiviajero*. Si partimos de la base de que en crítica textual se habla de personajes y *antipersonajes* o de héroes y *antihéroes*, y si aceptamos que existen memorias y *antimemorias*, podemos admitir también que en el ámbito de la literatura de viajes esté presente la figura del *antiviajero*. Por *antiviajero* entenderemos a aquel personaje al que el viaje no parece entusiasmarle; es más, podemos decir que le produce más bien un cierto fastidio. Camil Petrescu (1894-1957), nos dejaba esta sentenciosa frase (1933, 3):

“Nu-mi plac deloc călătoriile. Sînt superficiale toate și uneori vulgare ca niște vise ratate.”

El *antiviajero* evita en la medida de lo posible la realización de cualquier viaje, pero cuando no tiene más remedio que viajar, nos encontramos entonces con una persona apática, irascible e incluso irónica, en el caso de que se decida a escribir cartas a sus amigos o su propio

diario íntimo. Se trata de una persona sedentaria, a la que le gusta quedarse en su casa y disfrutar de la tranquilidad del hogar. Su interés por el *más allá*, por ciudades lejanas o países extranjeros, se limita, cuando esto tiene lugar, a la consulta de periódicos o, en el mejor de los casos, de atlas y diarios de viajes.

Y no tenemos que indagar demasiado en la literatura rumana para encontrar uno. A Ion Luca Caragiale, un simple paseo por la ciudad le es suficiente para ver satisfecho su escaso gusto por *viajar*; todo lo demás le deja completamente indiferente. No hay el menor atisbo de entusiasmo, sorpresa o admiración por el viaje, por lo desconocido, sea espacio urbano o espacio natural. Para él cualquier paisaje no tiene mayor interés en tanto en cuanto el hombre no esté presente. A este autor le atrae más bien el elemento humano: el diálogo; la conversación es posible con los hombres, pero nunca con la naturaleza. Por eso una charla en un simple café ya presupone para él un viaje, un desplazamiento, un conocimiento del mundo. Quizás Caragiale fuera de la opinión de que la ciudad no tenía interés por sí misma y que la naturaleza -que, tradicionalmente, en la historia de la literatura ha tenido más admiradores que detractores- era imposible reflejarla por escrito. No era éste el caso de escritores como Barbu Delavrancea (1858-1918) o Victor Vlad-Delamarina, quienes tienen una concepción de sus propias obras bastante pictórica y colorista. Véanse, por ejemplo, obras como *Poiana Lungă-Amintiri* (1878) del primero y *Pacienta* o *Al mai tare om din lume* (1902) del segundo.

Ahora bien, puede suceder que el interés por el mundo exterior no se limite más que a una curiosidad por el entorno más inmediato, la que no pasa del umbral de la puerta de la casa, la que se queda en la misma habitación. Recuérdese, pongamos por caso, la serie de ensayos humorísticos del *Voyage autour de ma chambre* (1794), de Xavier de Maistre (1763-1852), traducido en 1856 al rumano -*Călătorie împregiurul camerei mele-* por Constantin D. Aricescu (1823-1886). Surge así una clase de *antiviajero* que es más bien un filósofo que medita solamente acerca de su realidad más próxima; al estar su espacio exterior tan limitado tiende muchas veces al recogimiento interior, a una mera reflexión hecha desde su habitación. El escritor Louis Antoine de Bougainville (1729-1811), quien se autodefine como *viajero* y *marinero*, comentaba (1982, 46):

*“Je suis voyageur et marin; c’est à dire, un menteur,
et un imbécile aux yeux de cette classe d’écrivains
paresseux et superbes qui, dans les ombres de leur cabinet,*

philosophent à perte de vue sur le monde et ses habitants, et soumettent impérieusement la nature à leurs imaginations.”

Sin embargo, no siempre *sedentario* ha de significar necesariamente *aburguesado*: pensemos, por ejemplo, en Mihai Eminescu (1850-1889), el gran poeta rumano. Eminescu es, posiblemente, el mejor paradigma de este tipo de *antiviajero* con inquietudes, pensador y filósofo. El poeta recorre distancias imaginarias, pero ya no en el sentido físico, es decir, en el espacio. Ahora el poeta sueña, vuela e imagina también en la coordenada temporal; es dueño del tiempo. Volvemos, por consiguiente, a encontrarnos con un viaje libresco, imaginario. Arturo Farinelli (1942, 2) al referirse a escritores extranjeros por tierras de Portugal y España sentenciaba:

“Gracias al desarrollo brillante de la nunca bastante alabada y apreciada ciencia de las enciclopedias, de los diccionarios etnográficos, geográficos, cosmográficos y otros análogos, hay medio hoy día de hacer el viaje por España en breve tiempo, con poquísimos gastos de la bolsa y del cerebro; un viaje original, sin moverse de su propio país y hasta de su propio cuarto; y luego hay manera de describir con frases hermosas el delicioso paseo, divulgándolo como verdaderamente realizado, como íntimos recuerdos y apuntamientos originales del nunca hecho y mal soñado viaje.”

Y si Ion Luca Caragiale rechaza el diálogo con la naturaleza, Costache Negruzzi, aunque creemos que desde una perspectiva más patriótica que antiviajera, aboga por la dulzura de una vida rural, lo cual es motivo suficiente para no querer salir de sus fronteras y convertirse en un turista. Esto no significa que no le guste viajar, pero llega un momento en que -quizás decepcionado y algo cansado- siente la necesidad de no seguir recorriendo el mundo, como él mismo nos dice (1977, 143-144) en su poema *Eu sînt român*:

*“Străine țări îmi place să văd
Dar sînt sătul lumea de-a colinda;
În țară mea de-acumă voi să șăd,
Căci, frații mei, oriunde voi îmbla,
N-o să gădesc acea bună primire
Ce m-am deprins în țară-mi a videa.”*

En otras ocasiones, como ya hemos dicho, es más el cansancio o la pereza, pero siempre hemos de tener presente esa falta de interés que tiene el viajero -viajero *malgré lui*-, como le sucede a Costache Negri (1812-1876) con Estambul, por ejemplo, donde se encuentra en misión diplomática. Y no falta quien se ríe de los esfuerzos -irónicamente entendidos- que realizan algunos escritores por el simple hecho de conocer un jardín y de describirlo, como recoge F. Faifer (1993, 254) sobre Gheorghe Sion (*Tîrgul Ocnei*, en *Foaie pentru minte, inimă și literatură*, 1847):

<<“Las altora să cînte faptele strămoșilor, progresele veacului, și eu voi rîde”. Sion se desparte, prin teptoasă ironie, de călătoria ca (im)pură ficțiune. I se pare o farsă sau, orice caz, o treabă neserioasă metoda unor ‘călători’ de a se învîrți “imprejurul grădinilor” sau al odăiței, povestind după aceea, ca și cum abia s-ar fi întors dintr-o mare aventură, cite în lună și în stele.>>

Sea como sea, viajero o *antiviajero*, ficticio o real, lo que es importante dentro de los libros de viajes es la calidad de la narración. Sin embargo, se dan casos en los que no siempre un *viajero de sillón* es un viajero al que no le gusta el viaje físico. Siguiendo la terminología de F. Faifer (1993) podemos decir que el *homo scrutator* puede ser también un *homo legens*. El viajero inquieto, curioso, prefiere algunas veces la lectura al desplazamiento en sí mismo. Y hay quien es de la opinión de que, si bien la literatura no sustituye al viaje, antes de viajar hay que leer. Como dice N. Iorga (1936, 334): “*Cetiți înainte de a pleca.*”

1.1.3.2) El escritor viajero y el viajero escritor

Nos referiremos en este apartado a aquellos viajes que establecen una directa relación de causa y efecto a través de la literatura. Un autor como “... *Dinicu Golescu, ca și Ion Codru Drăgușanu, va călători pentru a scrie*” afirma M. Bucur (1971, 7).

Frecuentemente la lectura de libros es la causa directa de que un viaje se produzca; cuando el viaje tiene lugar -debido a todos esos sueños y deseos que el viajero ha ido acumulando previamente gracias a sus lecturas- es la literatura la que establece la relación del viajero con el paisaje que lo rodea. La misma naturaleza del paisaje reclama por sí sola un modo propio de escritura y de representación literaria que no puede quedar desatendido. En este sentido escribía en 1897 Dumitru Stăncescu

(1866-1899), descontento por el hecho de que entre tantos excursionistas que recorrían los Cárpatos, ninguno se dignara a narrar sus impresiones.

Y es que hay que tener presente que no todo aquél que viaja tiene tras de sí una intención literaria. Si este último propósito predominara nos encontraríamos con que la *Literatura* se ha adueñado del *viaje*; es decir éste entra ya a formar parte de aquélla, como postula R. Le Huenen (1987, 51):

“... la figure du voyageur se confond de plus en plus avec celle de l'écrivain qui s'arrangera pour occuper, et de manière quasi exclusive, le poste de producteur que se partageaient jusqu'alors navigateurs, géographes, missionnaires, marchands, ambassadeurs, militaires et commis de l'état qui avaient tous en commun d'appartenir à des champs autres que celui de la littérature.”

En primer lugar, es preciso que el viajero, el verdadero viajero, haya aprendido a mirar, a observar, y por lo tanto, a no dejarse llevar por unos prejuicios establecidos de antemano. Ya en 1762 Jean-Jacques Rousseau (1966, 592), en su *Émile*, nos comentaba:

“Il ne suffit pas pour s'instruire de courir les pays; il faut savoir voyager. Pour observer il faut avoir des yeux, et les tourner vers l'objet qu'on veut connaître.”

Con esta misma intención e idéntico espíritu, Dinicu Golescu, apenas iniciado su relato (pp. 3-4) nos dice:

“Dar cum puteam, ochi avînd, să nu văz, văzînd, să nu iau amînte, luînd amînte, să nu aseamăn (...). Și cum puteam să nu însemnez cele văzute, deacă în toată călătoria (...) îi vedeam pre toți însemnînd și culegînd binele, ca să-l facă cunoscut celor de un neam cu ei?”

Recordemos, por otra parte, al Padre Chiriac, por ejemplo, para quien *mirar*, siguiendo la tradición medieval, significaba *maravillarse*, concediéndole al viaje ese carácter tan importante: el de sorprenderse, el de que nada de lo que suceda haya podido ser previsto con anterioridad, ni siquiera sospechado. Es éste un elemento más que considerable, porque

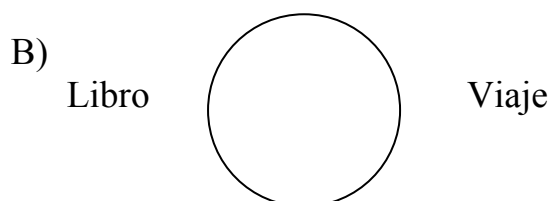
una memoria demasiado fiel a unas lecturas previas deforman y oscurecen la narración o la reconstruyen desde una nueva perspectiva, sin que haya lugar para una improvisación que ofrezca un toque fresco y personal. Todo está ya trazado y configurado; de esta forma, el texto se convierte en un relato mecánico. Para una persona instruida, con un deseo de ofrecer siempre una visión de la realidad a través de referencias cultas, el libro es el que gobierna el viaje propiamente dicho. Se produce, entonces, un hecho bastante curioso: si el viaje es el resultado de una serie de lecturas, la concreción de unos *sueños literarios*, ocurre también todo lo contrario, es decir, que sea el preludio o la causa misma del libro, al convertirse asiduamente en un hecho sobre el que es necesario escribir. El mundo entero es un universo por descubrir y, por lo tanto, una vez descubierto, un libro por escribir que entrará a formar parte de los ya existentes y que será objeto de futuras lecturas. C. García-Romeral Pérez señala al respecto (2001, 18):

“El viajero se encuentra inmerso en un elenco mayor de viajeros de los cuales forma parte y toma experiencias prestadas.”

Mediante este procedimiento la línea histórico-temporal de la literatura de viajes ve ampliada su longitud. No obstante, también es, por así decirlo, un *círculo vicioso*, pues en el fondo el proceso es el mismo porque, como opina Ș. Cazimir (1982, 5), “... Într-un spațiu care aparține *“literaturii de frontieră”* (...). Cine va ști să distingă cu precizie pe scriitori care călătoresc de călătorii care scriu, pe cei care, încheindu-și periplul, ancorează la țărnuț unor pagini imaculate de aceia care se îmbarcă mînați de demonul literar?”

Dos gráficos ilustran lo que decimos:

A) Libro → Viaje → Libro → Viaje



En la mente del viajero está, entonces, la necesidad y el deseo de que aquello que ha leído sea realidad, de modo que el viaje pasa a ser la

mera constatación de un trayecto literario previamente realizado. Es, de alguna manera, un viaje a lo conocido, a lo seguro, -gracias a los libros- y no hacia lo desconocido -la aventura-, como sucede habitualmente. No en vano, A. Marí (1998, 9) escribe a propósito de dos escritores viajeros como Jacint Verdaguer i Santaló (1845-1902) y Josep Pla i Casadevall (1897-1981):

“Tant l’un com l’altre, quan sortien de viatge, sabien on anaven, i esperaven trobar, en els itineraris i en el destí que volien assolir, allò que havien conegut a les pàgines dels llibres i de les guies. Tant és així que els llibres i les guies que tots dos van llegir per documentar-se planen per damunt dels viatges que van fer: son citats, recordats, parafrasejats, i, molt sovint, l’itinerari escollit vol reproduir el que descriu el llibre.”

Claro está que lo que suele acontecer entonces es que la existencia de lo real pase a ocupar el lugar de las posibles vivencias ocurridas previamente en la imaginación del lector; tal es el caso de escritores como Mihail Kogălniceanu o Théophile Gautier con España, por ejemplo. La realidad se impone por encima de todo, esto es, por encima de la literatura y de la imaginación. Los tópicos se desvanecen. Precisamente a raíz de esos tópicos que Gautier iba buscando en España nos dirá más tarde Mihai Ralea (1980, 101):

“Cine își închipuie Spania numai cu mantile, castagnete, Carmene, lupte de tauri și serenade se înșală profund.”

Aunque en el fondo *“... cum aș vrea să fiu în locul lui, ajungînd seara (...) la un han cu bolți întunecate cu cerdacuri înghirlandate, păsind în sufrageria mare unde stau așezați la masă, deopotrivă călugări dominicani, negustori din Valencia și fete brune cu cozile pe spate...”*

Los escritores insisten en seguir viendo el paisaje a través de los libros, de la literatura. Éste se ha de ajustar así a una serie de patrones artísticos establecidos de antemano, por lo que se transforma en una copia del arte. Por lo general, no es la naturaleza la que origina una obra artística -un libro, una pintura...- sino el arte el que traza las directrices a

la hora de plasmar esa naturaleza en un lienzo o en un papel. Esto es, como tendremos ocasión de comprobar en el apartado 1.2.1.3, lo que solía acontecer con los diarios de viajes a Tierra Santa: el peregrino busca los lugares ya consagrados por las Sagradas Escrituras y en numerosas ocasiones los ve con la idea que él ya tenía establecida con anterioridad. Nada dejará que se interponga entre esa mitificación y la realidad. Ve pero no observa, ni quiere observar.

En la literatura de los principados rumanos no carecemos de autores que vean el paisaje a través de otros escritores: Ioan Slavici (1848-1925) mira con los ojos de Johann Wolfgang von Goethe; Ieronim George Barițiu (1848-1899) con los de Jean-Jacques Rousseau; Iosif Roman (1829-1908) con los de Nicolae Bălcescu (1819-1852), y no faltan casos de escritores que ven, pongamos por caso, con los ojos de Rembrandt o de Rafael Sanzio de Urbino (1483-1520). Asistimos de nuevo, por consiguiente, a una falta de definición entre la realidad y la ficción. En un autor como, por ejemplo, Ion Ghica, lo inventado está tan vivo como lo real: historia y leyenda se funden en un todo inseparable donde el paso de una a otra es apenas perceptible. Pocos como él resucitan el pasado y lo funden con el presente con tanta naturalidad. Por ello una excursión con premisas literarias puede dar lugar a la aparición de la desilusión, de la decepción. Como opina J. M. Córdoba Zoilo (1999, 72):

“El impacto de la realidad en aquellos cuya pasión se había nutrido en la literatura y en el ensueño fue enorme.”

¿Cuántas veces el viajero no ha dicho frases como “*Esto no es como yo lo había leído*” o “*Yo tenía otra idea acerca de esto*”? La idea no se adapta demasiado a la realidad. Trasladando los ejemplos a nuestro país, ¿dónde está la España sobre la que tanto había leído Chateaubriand y que no parece encontrar en ninguna parte? ¿Y la de Hans Christian Andersen? ¿Mienten los libros? No; si hemos de buscar un culpable, hemos de buscarlo en los escritores que se han dejado llevar por sus propias ensoñaciones, por sus particulares ilusiones y por los mundos que sus estados de ánimo han sido capaces de crear. El que escribe busca en las fuentes remotas de la literatura e, incluso, de la historia; siente la necesidad de informarse acerca de lo que quiere escribir. Habitualmente, el escritor -y no sólo nos referimos al viajero- acudirá a los relatos de viajes para ilustrarse sobre un determinado tema porque, como opina V. León (1989, 61), estos relatos, al igual que las “... *cartas de viajes, auténticas o inventadas, servían de instrucción y eran, a menudo, un*

medio de crítica de la sociedad. Así, las Cartas Persas (1721) de Montesquieu ofrecen un ejemplo de las posibilidades del género.” De ellas A. Adam (1965, XVI) comenta:

“Pour écrire son livre, Montesquieu avait besoin de s’informer sur la géographie, l’histoire, les mœurs de l’Orient. Les livres ne lui manquaient pas, et surtout les récits de voyageurs.”

Como ya sabemos, la identificación entre naturaleza y el estado de ánimo es uno de los pilares básicos de la literatura romántica. Al simple hecho objetivo de la contemplación se le une el del lirismo, casi místico, que el escritor proyecta desde su interior, de modo que la naturaleza queda detenida intemporalmente, estática y aislada en el propio entorno del creador, mientras éste no experimente un cambio de sentimiento y no se vea obligado a utilizar palabras con una mayor capacidad evocadora. De esta manera algo aparentemente objetivo -la naturaleza- se transforma en algo subjetivo -el sentimiento-, gracias a la intervención de la palabra. La palabra es el único instrumento que nos da fe del estado interior del escritor y hemos de creerla, -estemos de acuerdo o no, nos guste o no nos guste- en la medida en que es portadora de una verdad y en tanto en cuanto no tenemos otros elementos de valor para juzgar. Salvaje o mansa, espectacular o simple, la naturaleza rumana está unida al viajero rumano por invisibles lazos, y, como consecuencia, se siente reconfortado en ésta. Gracias a ella se olvida de la penosa condición humana, como le sucede a Costache Negruzzi (1977, 319):

“Dar să lăsăm vanitățile oamenilor, și să venim la frumusețile ce natura le răspîndește aice cu atîtă îmbelșugare.”

La montaña, por ejemplo, por su propia configuración orográfica, por su fisonomía accidentada y dramática, se nos presenta tal cual es, sin trampas ni sorpresas, a la vez que satisface el ímpetu que la imaginación activa del escritor provoca. La subida a la cumbre pone a prueba el talante de los que afrontan su propio destino. Recuérdese, atendiendo a la transformación de esa idea en motivo narrativo y salvando las distancias espacio-temporales, el aplomo con el que Mila, la protagonista de la novela de Caterina Albert, Víctor Català (1873-1966), *Solitud* (1905), hace frente a una situación a la que se veía abocada irremediabilmente y

decide iniciar una nueva vida lejos de aquel inhóspito mundo que la montaña le ofrecía.

Por otra parte, el mar, muchas veces de apariencia tranquila y aspecto inofensivo, presenta también un aspecto negativo y amenazante. Su cara oculta, sus propias profundidades han dado pie en multitud de ocasiones a la elaboración de leyendas y supersticiones entre los hombres, erigiéndose en elemento traicionero que no muestra su verdad tal cual y que siempre esconde algo en su interior. Quizás por ello el carácter fantástico-imaginativo haya sido, en este caso, mucho más productivo a lo largo de la historia de la literatura. De cualquier modo, la naturaleza se ve reflejada en el espejo del arte, a través de la imitación, de la *mimesis*, en consonancia con la ya clásica *Poética* de Aristóteles.

1. 2) LA NATURALEZA DEL VIAJERO

1.2.1) ¿QUIÉN VIAJA? ¿POR QUÉ?

Escribía Jean-Jacques Rousseau (1971, 180):

“... il n’y a guère que quatre sortes d’hommes qui fassent des voyages de long cours; les marins, les marchands, les soldats et les missionnaires. Or, on ne doit guère s’attendre que les trois premières classes fournissent de bons observateurs et quant à ceux de la quatrième (...) on ne doit croire qu’ils ne se livreraient pas volontiers à des recherches qui paraissent de pure curiosité et qui les détourneraient des travaux plus importants auxquels ils se destinent.”

Independientemente de que haya cuatro, o cinco, o diez tipos de viajeros, las razones de por qué se viaja en la época objeto de nuestra atención son innumerables. Motivos hay cientos; podríamos decir, incluso, que cada viajero tiene su propia razón particular, que hay tantos viajeros como motivos... Pero básicamente se acogen a una de las dos posibilidades del binomio *placer/deber*. Como opina N. Savy (1997, 12), *“... Sans raison militaire ni professionnelle, on voyage pour sa santé, son instruction ou son plaisir; cette mode anglaise, d’abord réservée à une élite, se répand jusque dans la moyenne et petite bourgeoisie européenne à la fin du siècle.”* Los viajeros europeos -particularmente los de las clases acomodadas- se lanzaban a la aventura del viaje *“... comme pour prendre*

une plus sûre possession de leur domaine, de leur domaine sans égal. Le voyage changeait de caractère, non plus le caprice de quelque original, trop curieux, mais un apprentissage, un travail, le complément de l'éducation : c'était l'école des Européens.”, nos señala P. Hazard (1963, 424).

¿Qué duda cabe de que la propia naturaleza del viajero configurará la producción de un tipo de viaje o de otro? Asimismo, las circunstancias históricas en las que éste se lleve a cabo condicionarán, incluso, el punto de vista del viajero. Como consecuencia, la visión que se adopte en el relato variará en función de estos presupuestos.

Dentro de la estructura social de los principados rumanos de la época tenemos que referirnos a clases sociales superiores. Y, curiosamente, el privilegio le corresponde, por una parte, a esa incipiente burguesía de carácter mercantil que se estaba constituyendo y, por otra, una vez más, a esa nobleza que gozó de innumerables privilegios. “*Pe urmele navigatorilor, ca dorință de aventura, ca sete de cunoaștere și de împlinire, artiști, scriitori, oameni de cultură vor pleca dintr-o țară într-altă în căutarea idealului de frumos și de mai bine pentru om...*”, apunta M. Bucur (1971, 5). No obstante, “*... ni los negocios ni los estudios eran caminos abiertos a todos (...). Había que pagar un portazgo para emprender esos caminos: sin algunos recursos iniciales resultaba casi imposible dar los primeros pasos hacia el éxito...*”, según E. J. Hobsbawm (1991, 176).

Junto a estos grupos se encuentran los diplomáticos o enviados a misiones diplomáticas, cuya función fue frecuentemente asumida durante toda la Edad Media por hombres de la Iglesia que utilizaban la actividad misionera para traer y llevar escritos diplomáticos. Sin embargo, en los principados rumanos, por los propios preceptos del catolicismo ortodoxo y del islamismo, la figura del misionero, como tal, no existe.

También -¿cómo no?- está la figura de los que hacían del viaje un camino de encuentro con Dios, abriendo, de este modo, las grandes vías de comunicación europeas, esto es: los peregrinos. A éstos se les suman las figuras del cortesano y del príncipe, como nos señala M. A. Vega (1998, 12):

“Pasada la época de los enfrentamientos confesionales que dividirían Europa (...), el viaje se recupera pronto como una condición del cortesano y del príncipe.”

Pero el personaje por excelencia de esta época y de los territorios rumanos será el boyardo ilustrado.

Hay que incluir, asimismo, la figura de un personaje que llamaremos *curioso*, que tiene el solo propósito de conocer un sinfín de territorios ignotos, la única intención de “... *voyager pour voir du pays...*”, muy distinta de la de aquél que viaja “... *pour voir des peuples...*”, en palabras de Jean-Jacques Rousseau (1966, 595). Estos viajeros curiosos “... *son lógicos, analíticos y están profundamente interesados en aprender sobre muchos aspectos del mundo. Son entusiastas de la historia, ornitólogos, observadores respetuosos de la fauna y de la flora o coleccionistas de objetos raros. Frecuentan museos y de verdad estudian detenidamente los objetos expuestos.*”, como recoge J. A. Kottler (1998, 39).

Por otra parte, según las condiciones de vida en las cuales difícilmente subsistía el campesino rumano, es imposible que éste se nos presente como candidato a la realización de un viaje, al menos como candidato de un viaje de placer. Si *viaja* es porque le obligan las circunstancias que se están dando -en mayor o menor medida- en toda Europa. En este sentido, A. Regales Serna (1983, 78) hablaba de “... *los viajeros que buscan fortuna o simplemente pervivencia (...). La manufactura atrae el excedente de mano de obra de un campo abandonado por la nobleza. El pícaro se enrola en el ejército o busca trabajo en la urbe. Si no lo consigue se embarca.*” Pero lo cierto es que esto no sucedía siempre; a los ciudadanos de baja condición social, según opinión de E. J. Hobsbawm (1991, 185), no le quedaban muchas más alternativas:

“*Tres posibilidades se abrían al pobre que se encontraba al margen de la sociedad burguesa y sin protección afectiva en las regiones todavía inaccesibles de la sociedad tradicional. Podía esforzarse en hacerse burgués, podía desmoralizarse y podía rebelarse.*”

A pesar de que ambos autores se refieren a la sociedad medieval, podemos perfectamente aplicar sus palabras al ámbito rumano decimonónico.

No nos olvidamos de los distintos tipos de viajeros que un autor como Laurence Sterne nos refiere en su *A sentimental journey*. Este escritor irlandés nos habla (1948, 22) del viajero ocioso, del curioso, del embustero, del vanidoso, del melancólico; de los viajeros de necesidad,

tales como el felón y delincuente, el inocente e infortunado y el simple viajero. Por último, hay una categoría de viajeros exclusivamente conformada por él: el viajero sentimental. Viajero éste que, al contar sus peripecias, desengaños y amoríos con las mujeres, introduce un nuevo matiz en la producción de relaciones de viajes:

“It had ever, as I told the reader, been one of the singular blessings of my life, to be almost every hour of it miserably in love with some one; and my last flame happening to be blown out by a whiff of jealousy on the sudden turn of a corner.” (p. 43)

“-Why does my pulse beat languid as I write this? and what made La Fleur, whose heart seem'd only to be tuned to joy, to pass the back of his hand twice across his eyes, as the woman stood and told it? I beckon'd to the postilion to turn back into the road.” (p. 114)

Un aspecto que está ausente en Dinicu Golescu, pero que no es ajeno a otros textos anteriores y posteriores, como es el caso del *Viaje de Italia* (1793) de Leandro Fernández de Moratín (1760-1828) o de *L'Espagne* de Charles Davillier (1874), por ejemplo.

Quisiéramos añadir que, no sólo en el ámbito rumano, sino también en las producciones de otros países, raramente hallamos casos de mujeres viajeras. Cabría mencionar, en todo caso, a Maria Baiulescu (s. f.) y su viaje a los Pirineos en 1898, a Ecaterina Pitiş (1884-1963) y su *O primavară* (1909) o a Natalia Negru (1883-1963) y sus *Marturisiri* (1913). Habría que preguntarse por qué ni siquiera ahora son habituales relatos de viajes o literatura de viajes escritos por mujeres. *“Que les voyages sont embarrassans pour les femmes!”*, le dice Zachi a Usbek en la carta XLVII de las *Lettres Persanes* de Montesquieu (1965, 119). Podría ser una razón. Parece ser que las mujeres *“... Afrontaban riesgos superiores de acoso, incluso de violación, y todo esto, sin duda alguna, afectaba a sus percepciones. Y lo que es más importante para nosotros, ellas escribían sobre sus experiencias de una forma mucho más introspectiva, con más emoción. Antes que hablar de lo que han explorado o conquistado, las mujeres prefieren anotar sus reacciones internas ante lo que han visto.”*, según opinión de J. A. Kottler (1998, 18).

1.2.1.1) El mercader y el comerciante

Dos condiciones esenciales -la cantidad de la mercancía y la demanda de la sociedad- explican la existencia de un comercio bastante activo dentro de los países rumanos. En muchas ciudades había núcleos comerciales y ferias o mercados una vez por semana. A medida que la actividad comercial crece, las ferias se van multiplicando, así como el número de albergues y de rutas comerciales; los boyardos y los monjes compran, incluso, en las propias ciudades.

El volumen del comercio exterior conoce un especial crecimiento y florecimiento. Decenas de miles de toneladas de trigo, así como miles y miles de animales de Valaquia y Moldavia emprendían el camino de Constantinopla. Pero también otras nada desdeñables cantidades de cereales y animales eran vendidas en otros mercados de Austria, Alemania, Polonia o Italia. El comercio más activo de esta época es, no obstante, el que se realiza entre los tres países rumanos. Entre ellos se intercambian sin cesar productos agrícolas y minerales a la vez que productos artesanos y manufacturados, constituyendo de esta manera un mercado único. Para organizar toda esta serie de actividades aparecen sociedades comerciales en Timișoara y en Sibiu, así como compañías de comerciantes en varias ciudades de Transilvania.

Se entiende de este modo la existencia de un tipo de viajero que utiliza el viaje con un fin casi exclusivamente comercial: el mercader. La tradición histórica y literaria de mercaderes es amplia y antigua, por lo que no nos detendremos a comentar aquí las aventuras de Marco Polo (1254-1324) o del protagonista de *El mercader de Venecia* (1594) de William Shakespeare (1564-1616), por citar algunos ejemplos. Simplemente diremos que, quizás por el grado de aventura que el mismo viaje significaba, antiguamente era normal que un comerciante narrara su experiencia viajera, pero, una vez instalados en el marco de la literatura contemporánea del XVIII y del XIX, es menos frecuente encontrarnos con este tipo de relatos, probablemente porque ya se entiende más como un oficio, como una obligación, que como una mezcla de aventura, trabajo y placer.

Los factores que contribuyeron a la apertura de los países rumanos hacia la civilización ilustrada se fueron configurando a lo largo de unos cuantos decenios. Las sucesivas guerras entre rusos y turcos y entre austríacos, rusos y turcos se cerraron con los tratados de paz firmados en Küçük Kainargi (1774) y en Adrianópolis (1829), así como también gracias a las decisiones tomadas en el Congreso de París (1856), con el

cual se ponía fin a la Guerra de Crimea (1853-1856). Esto tuvo para el pueblo rumano importantes consecuencias positivas. A partir de este momento, la navegación por el Danubio y por el mar Negro es completamente libre, dando lugar a que se retome la actividad comercial anteriormente existente, como señala T. Coltescu (1942, 20-21). Por otra parte, a raíz del Reglamento Orgánico de 1831-1832, muchas fronteras internas desaparecen, con lo cual el tráfico de mercancías se aligera y el servicio de postas gana en eficacia. Comerciantes, clérigos, y diplomáticos, entre otros, llegan a los principados rumanos, que, tras la Unión, obtendrán la autonomía de manos de la Sublime Puerta.

En ese continuo trasiego de idas y venidas de personas y mercancías, no resultaría difícil imaginar un discurso literario de la mano de algunos autores, pero casi nunca, por lo general, de la mano de los mismos mercaderes. El comerciante bastante tiene con su oficio, es decir, con el comercio; no le podemos exigir, además, que haga un relato de su ocupación. Él es un profesional, se debe a su trabajo y no a la literatura. Los escritos o no han llegado, o no son lo suficientemente significativos. Así como en la Edad Media eran altamente relevantes, ya que ello conllevaba la oportunidad de descubrir y conquistar nuevos territorios -el valor de la aventura, una vez más-, para el hombre moderno no significa más que la apertura de fronteras y el reconocimiento de los espacios ya existentes.

Si el texto literario nace será con posterioridad y debido a la conjunción de una serie de particulares condiciones. Puede ocurrir, consecuentemente, que el libro de viajes sea fruto de una casualidad, que el objetivo con el que se viaja no se vea cumplido y que entonces, para no desaprovechar las experiencias que el viaje le ha brindado al viajero, el resultado sea un relato de este periplo. Esto es lo que le ocurrió a George Henry Borrow (1803-1881), comerciante inglés que vino a España con la intención de vender biblias y acabó escribiendo un libro de sus andanzas por nuestro país: *The Bible in Spain; or the journeys, adventures, and imprisonments of an Englisman, in an attempt to circulate the Scriptures in the Peninsula* (1842). De él afirma Julio Llamazares (1998a, 127):

“ ... y un buen día de 1835 decidió abandonar las nieblas de su Inglaterra patria para venir a España a convertir a la Biblia a los infieles españoles. Dos veces más repitió el intento y, aunque es de suponer que nuestros tatarabuelos no le compraran muchas biblias, sí le dieron materia suficiente para escribir un libro que, con los años, se ha convertido en una auténtica biblia de las crónicas viajeras de extranjeros por España.”

Sin embargo, por lo que respecta a los territorios rumanos, carecemos -como acabamos de señalar- de ejemplos semejantes.

1.2.1.2) El diplomático

Al igual que ocurría con los mercaderes dentro de la burguesía, en las clases altas encontramos a un tipo de viajero que, en un principio, no se debe al viaje, sino a su profesión: son los diplomáticos. Su misión es, por definición, diplomática; el objetivo no es otro que el de servir a su país en el extranjero. Si con los años observamos que de esta experiencia se deriva un material literario, no significa que la misión se haya descuidado: no es más que el deseo de sacar a la luz las vivencias de una persona en un cierto e importante período de tiempo de su vida.

Como ejemplo más representativo tenemos en la literatura de los principados rumanos a Costache Negruzzi, diplomático en Estambul.

1.2.1.3) El peregrino

Así como mercaderes y diplomáticos se instalan en una determinada clase dentro de la sociedad, bien es verdad que podemos referirnos a un tipo de viajero que no tiene por qué incluirse necesariamente en una condición social: el peregrino. Éste, de entrada, no está marcado socialmente. Su motivación es estrictamente religiosa; en principio -y en teoría- es la fe lo que lo mueve. También es cierto que, a veces “... se dice que la peregrinación se va tornando profana; pero no es así: lo profano siempre había sido consustancial a lo sagrado...”, como postula A. Regales Serna (1983, 78). Y quizás podamos establecer una diferencia entre lo que es el peregrino que se da por satisfecho con la mera realización del viaje en sí, que no busca más que la consecución de un objetivo y el cumplimiento con su fe, y entre el *peregrino* que en cierto modo se siente movido por su fe, pero que no es sino un elemento más dentro de lo que fue, a finales del XIX y principios del XX, la organización de las excursiones a Tierra Santa, por ejemplo.

El verdadero peregrino no es escritor, pues no siente la necesidad de escribir su viaje ni de recordarlo; para él la experiencia interior y personal es mucho más enriquecedora y significativa. Esto no quiere decir, no obstante, que la auténtica vocación religiosa esté siempre reñida con la *literaturización* de la peregrinación, esto es, con su plasmación por escrito. De hecho, como escribe J. Richard (1983, 212) refiriéndose a los

peregrinos medievales, pero con un planteamiento perfectamente aplicable a los peregrinos decimonónicos, por ejemplo:

“S'ils ont écrit, ou fait écrire, le récit de leurs voyages, ce peut être -comme tant de relations de pèlerinage- en vue d'édifier leur lecteur et d'exciter sa dévotion, ou pour lui faciliter la réalisation de sa propre pèlerinatio. Ce peut être pour rendre compte d'une mission, pour instruire les marchands, pour faire oeuvre d'historien ou livrer une autobiographie.”

La figura del peregrino, cualquiera que sea su motivación, oscila entre lo que es el viaje de placer y el viaje por obligación. Básicamente un peregrino inicia su andadura debido a una serie de convicciones, preferencias o gustos personales. El peregrino puede disfrutar con su viaje, y hasta es posible que lo viva y lo sienta como parte integrante de su ser. Sin embargo, nos atrevemos a decir que también en ese viaje hay algo de obligatoriedad o de deber. Y el abanico de posibilidades que se nos presenta es amplio: desde cumplir con los preceptos de su religión -la peregrinación a La Meca para los musulmanes está contemplada como una obligación del buen musulmán, es un mandamiento más- hasta peregrinar en una determinada fecha, por una determinada ruta y a un determinado lugar como requisitos indispensables para alcanzar la gloria eterna (por ejemplo, la peregrinación a Santiago por la ruta jacobea en año jacobeo, como postula el catolicismo).

En 1728, en Estambul, Angheluță de Botoșani, traducía del griego al rumano un diario, *Jurnal de la Țarigrad și în Țările Sfinte*, que se convertirá en una guía de gran utilidad para todos aquellos viajeros que tuvieran la intención de ir a Tierra Santa, concretamente a Jerusalén.

Una buena parte de las verdaderas peregrinaciones santas hacia los *Sagrados Lugares* (Palestina, Egipto...) es llevada a cabo durante el siglo XIX por personas de diferentes oficios o cargos (sacerdotes, escritores...), con mayor o menor religiosidad (clérigos o laicos), de diferentes edades (jóvenes, ancianos...) y a través de no pocas maneras (a pie, en barco, en camello...). Es en estas tierras donde el ideal, muchas veces consecuencia de todo un *corpus* literario adornado con leyendas, se ve concretado en una realidad tangible, palpable. El paisaje es, por lo tanto, sacralizado como quizás no lo haya sido anteriormente en otro lugar dentro de la historia de la literatura. La desacralización, en todo caso, será un fenómeno que empezará a desarrollarse ya en el siglo XX, exceptuando quizás algunos ejemplos, como podrían ser el de Dimitrie Bolintineanu, o

-ya dentro de nuestras fronteras y del mismo siglo- por ejemplo, el *Viatge a Orient* (1907) de la escritora mallorquina Maria-Antònia Salvà (1869-1958).

A través de la fe, presente siempre en mayor o menor medida, se hace posible el pacto con la *realidad/irrealidad* alojada entre los sentidos humanos. El hombre mira con los ojos del cuerpo, pero también con los del alma; todo tiene que ser tal y como lo ha leído el peregrino en las Santas Escrituras. Y no hay nada que quede sin describir: los tópicos, los lugares comunes -nunca mejor dicho- son inevitables, no se puede escapar de ellos. Imposible pasar por alto el lugar en el que Lázaro resucitó, imposible obviar el paso por el monte Calvario, y no menos imposible es no hacer un alto en la cueva donde la tradición dice que nació Jesucristo. Es ante estos casos cuando nos damos cuenta de la importancia que un *viaje libresco*, a través de lecturas anteriores, puede tener. Éstas sirven para completar -y muchas veces sustituir- a la verdadera visita, al conocimiento *in situ* del lugar. Aparentemente ninguna diferencia habría entre lo que el viajero ha visto con sus propios ojos y lo que él haya podido leer anteriormente: literatura y realidad se mezclan al servicio del texto, del resultado final. Un precepto con el que Jean-Jacques Rousseau (1966, 591) no simpatizaba:

“En comparant le peu que je pouvais observer avec ce que j’avais lu, j’ai fini par laisser là les voyageurs et regretter le temps que j’avais donné pour m’instruire à leur lecture, bien convaincu qu’on fait d’observations de toute espèce il ne faut pas lire, il faut voir.”

La inmensa aportación de datos y las numerosas visitas que tienen lugar en este tipo de viajes, nos hacen pensar en numerosas ocasiones que no se han producido en realidad, al menos en su totalidad, sino que son la consecuencia directa de todo el acervo literario-cultural del escritor, o del trasvase de citas de otros autores. Si quiere ser sincero, en estos casos el autor se encuentra con dos opciones: convertir el diario en una mera enumeración de los lugares visitados, sin hacer apenas descripciones, o seleccionar los enclaves más interesantes y describirlos con gran profusión y devoción.

Pero, ¿cómo se comporta el peregrino en la Ciudad Santa? En principio, él no intenta destacarse sobre el resto: se inclina como hacen los otros, se arrodilla igual que los demás, pues, como en todos, hay en estos

gestos una cierta esperanza de que se produzca el milagro, de pasar a la *supra-realidad*, e incluso a la posteridad.

En 1874 el obispo de Edessa, Neofit Scriban, y su *Călătoria mea la pământul sînt și la Ierusalim în lunile iunie, iulie, august și septembrie* pone de manifiesto el estado del cristianismo ortodoxo alarmado y escandalizado por ciertos fenómenos que él considera irreligiosos. Ya nada es atractivo a los ojos físicos del hombre; es preciso mirar también con los ojos del alma. Y sólo a través de los santos lugares se puede extraer una verdad útil para el resto de la humanidad. Se configura, salvando las distancias, como un viajero metafísico. Pero la aparición y mención de los sagrados lugares es más que obligada; hay en él una necesidad de relacionar la realidad tangible con lo que podría haber sido una simple leyenda o con aquellos enclaves donde la tradición o las Escrituras dicen que ocurrió tal o cual acontecimiento, tópico retórico ya desde la *peregrinatio* medieval. A algo semejante asistimos en Golescu - aunque en su viaje a Occidente, tengámoslo presente- cuando nos dice: “*De aciia mai întîi estimp au văzut comitul ce s-au aratat.*” (p. 15), o “*Dintr-această nălțime, la anul 1654 (...), au căzut tocmai jos cu calul dimpreună un propoveditor, anume Teobold Vaindepfen...*” (p. 104).

No hemos de olvidar, no obstante, que en la época y en el territorio que nos ocupa, es destacable la figura del peregrino ortodoxo. Viaja éste por un mundo conocido (el Monte Athos, Tierra Santa..., asentamientos ortodoxos, éstos, más antiguos que los cristianos) y a través de los territorios del Imperio otomano, con cuyos habitantes conviven. De ahí que en la peregrinación se produzca, a veces, el reconocimiento de elementos que, si no son de su propia cultura, no le resultan, cuando menos, desconocidos, como pueden ser las costumbres, la comida, la lengua... El elemento exótico que podría atraer a un francés o a un español, pongamos por caso, está menos presente en estos casos, pues se trata de un elemento cotidiano, habitual. El exotismo se buscará, entonces, en el contraste religioso que pueda haber dentro del mismo Imperio otomano. Por consiguiente, la peregrinación en el mundo ortodoxo se mueve, exclusivamente, por la devoción. Como resultado, el peregrino ortodoxo se sumerge en la fe y produce obras de tipo religioso-moral que serán útiles para los futuros peregrinos.

En 1889, Athanasie Mironescu Craioveanu (1856-1931), profesor de teología en la Universidad de Bucarest, se embarca en una aventura con dirección al monte Athos que dará como fruto el diario *O călătorie în Orient*, incluido en *Biserica ortodoxă română*. La circunstancia profesional de Craioveanu no es óbice para que desarrolle su faceta de alumno deseoso de conocimiento, aprendiz de cuanto le rodea: con gran

avidez el profesor anota todo aquello que le parece digno de interés y de ser reseñado.

En 1896, un abad del monasterio de Sinaia, llamado Nifon (s. f.), relata también con profusión de detalles y sin dejar que nada se le escape, su viaje a Oriente en *O călătorie prin Occident la Egipt, Munții Sinai și Ierusalim*. Nifon constata entonces que una cosa es leer en los libros y otra muy distinta visitar los lugares personalmente. La realidad desmiente a la ilusión, a lo imaginario. La literatura serpentea entre la realidad y la ficción.

1.2.1.4) El boyardo ilustrado

A finales del siglo XVIII y durante las primeras décadas del XIX hacen su aparición en el territorio rumano muchos profesores franceses que traen consigo las ideas de la Revolución de 1789. El número de viajeros que llega a las fronteras rumanas es cada vez mayor, en numerosas ocasiones sin dar crédito a lo que sus ojos ven. Como si de antiguos cronistas se tratara, es de suponer que cuentan las excelencias del estado cultural por el que está atravesando la Europa occidental del momento. Y si no es por vía directa, es a través de la circulación de libros, como apunta G. Gómez de la Serna (1974, 12):

“La luz viene de Francia, (...). Allá se imprime, desde la mitad del siglo, ingente cantidad de literatura viajera hors la France, repartiendo, de paso, por Europa, los modelos ilustrados que propagan con la moda, los modos de viajar.”

Como resultado, dentro de la sociedad rumana, van a ser los nobles ilustrados los que, con la idea de construir un futuro mejor -que empezaría por introducir la cultura de esos países en los territorios rumanos- se hagan eco de esta situación y se decidan a emprender sus viajes, como argumenta D. Popovici (1972, 88):

“Condițiile politice în care se găsesc principatele române în secolul al XVIII-lea împiedică un contact direct susținut cu occidentul (...). Dintre românii din principate însă, singurii care ar fi putut întreprinde călătorii în străinătate erau boierii.”

De esta manera se da un paso importante en el empeño por poner al alcance de su patria el nivel de conocimiento alcanzado por el resto de los países occidentales. El amor a la patria se erige así en factor constante y determinante de este tipo de periplos que realizan los autores rumanos. Pero a menudo da la impresión de que muchos de ellos están luchando, más que por la patria, por destacar sobre el resto con una clara intención de individualismo.

Hay, incluso, quien no tiene pudor alguno en autoproclamarse *el patriota viajero*, como sucede con George Barițiu. El ardeleano sale hacia Bucarest, acompañado por el profesor Timotei Cipariu (1805-1887), en 1836. Su espíritu es eminentemente ilustrado, y la comparación, si no odiosa, inevitable. El florecimiento de la vida espiritual de la capital no le hace olvidar la situación de su tierra natal. Ahora contrasta -y constata- la ignorancia, la corrupción moral, las inhumanas condiciones de vida de los pobres, los cuales, como en el relato de Goleacu (p. 48), siguen viviendo en esa especie de madrigueras excavadas en la tierra, “... *ce le zic bordeie...*” Barițiu no le vuelve la mirada a esta realidad, ni su ansia viajera queda calmada con este viaje. En 1845 realiza un viaje por el Danubio en el que se pone de manifiesto su amor no sólo por la patria, sino también por el hombre, por la humanidad. Se aventura así en discusiones filosóficas, económicas y políticas con el fin de poder hallar la verdad que no ha encontrado en la lectura de los libros. Una vez más queda patente que el viaje real, auténtico, es insustituible.

Por otra parte, ya dentro de una vertiente de carácter obligatorio y algo más personal, nos encontramos con los viajes que efectúan los hijos de los nobles rumanos hasta las ciudades donde realizarán una carrera, particularmente París o Viena, según nos explica M. Constantinescu (1970, 252):

“En Transylvanie l’influence de l’école viennoise est très sensible en raison du nombre des jeunes intellectuels qui allaient faire leurs études a Vienne.”

Sin embargo, estos viajes por estudios no fueron siempre numerosos. Al principio de la dominación fanariota fueron más bien escasos; será algo más tarde cuando se vayan haciendo cada vez más frecuentes, aunque bien es cierto que no con la asiduidad que hubiera sido deseable, tal y como argumenta D. Popovici (1972, 89):

“Călătoriile pentru studii în străinătate sînt așadar rare, îndeosebi în primele timpuri ale domniilor fanariote; ceva mai tîrziu însă, lucrurile se schimbă în parte.”

Son años de formación que redundarán posteriormente en el beneficio personal y -consecuentemente- colectivo. Pero se da el caso también de que sean los propios padres, o en su defecto los tutores, quienes acompañen a sus hijos o a sus tutelados. De hecho, el tercer viaje que Dinicu efectúa en 1826, no tiene -según él- más que la finalidad de acompañar a sus hijos hasta Múnich y hasta Ginebra, ciudades donde cursarán sus estudios. Es, por lo tanto, un viaje con un cierto *carácter obligatorio* que había empezado a ser común en países como Inglaterra y que llegó a derivar en el *Grand Tour* que la Royal Society tenía como parte integrante de su programa. Al respecto, G. A. Garrido (1994, 15) escribe:

“O costume chegara a ser de tal raigame que a Royal Society publicou varias “instruções para viageiros” (...). Chegado o século XVIII, a sociedade britânica consolidara xa o que se deu en chamar o Grand Tour, viaxe obrigada para os fillos da aristocracia e da burguesía, que incluía a Francia, Italia, Suíza, Países Baixos, Hungría e outros países centroeuropeos.”

Qué duda cabe de que esta costumbre, de la mano de los presupuestos ilustrados, se extendió a los demás países extranjeros. Los principados rumanos no fueron una excepción.

No obstante, en esa distendida forma de vida que los nobles y boyardos rumanos pudieran tener, lógicamente no todo es obligación. Y es aquí donde -como punto álgido del viaje por ocio- aparecen los balnearios y las casas de baños de los que las altas clases sociales disponían como lugar donde relajarse y disfrutar de su tiempo libre, o simplemente como medida de higiene. Ya en 1793, Leandro Fernández de Moratín da cuenta de esta costumbre en su *Viaje de Italia* (1988, 28):

“Fui a una casa de baños. Entré en una pieza donde había hasta seis u ocho...”

También en Alemania se sigue esta sana costumbre, como muy bien nos refiere Enrique Gil y Carrasco (1999, 247):

“Me hubiera alegrado mucho de haber venido un mes antes, porque entonces me hubiera sido fácil trazar algún bosquejo de la vida en una ciudad de baños, facción la más característica tal vez y general que ofrece la Alemania.”

Permítasenos decir, en un inciso, que será, precisamente, el desplazamiento realizado en 1856 por Costache Negruzzi el que dé origen a *Băile de la Ems*, una de las cartas -la número XXX- que el autor incluye en *Negru pe alb* y que recoge en sus *Păcatele tinerețelor*.

No olvidemos, no obstante, que hay personas que van por necesidad más que por placer, por razones terapéutico-medicinales. En Mehadia, por ejemplo, el propio Golescu habla de las virtudes curativas de las aguas de este tipo de balnearios (p. 81):

“Acia am văzut ofițier atît de prăpadit, încît în pătură l-au luat din calească și l-au dus în odaie, avîndu-ș mîinile și picioarele zgîrcite de tot; și în 16 zile l-am văzut drept și pe picioare, cu o nespusă bucurie în fața obrazului!”

Eran, pues, la asistencia a estos baños, viajes muy puntuales, de una duración de tiempo más bien breve y con un fin muy concreto. Pero el noble rumano viaja igualmente cuando se desplaza a las haciendas que tiene en otras ciudades para pasar sus vacaciones, esta vez por un período de tiempo algo mayor. También Dinicu Golescu (p. 37) da cuenta de ello:

“... cînd împărățul lipsea -și mai toți cei mari- pe la băi și moșii; cum și neguțătorii așijderea...”

Ahora bien, el placer, como elemento indisoluble de su sistema de vida, va frecuentemente acompañado de un sentido práctico. A. Regales Serna (1983, 79) escribe:

“En la antípoda del exiliado -ese viajero en contra de su voluntad que ha jugado tan importante papel en la literatura- suele colocarse al noble o gran burgués que viaja <<por el gusto de viajar>> completando de paso su

formación en varios países europeos (en especial, en Italia, Francia y España).”

1. 2. 2) LA ACTITUD DEL VIAJERO

Básicamente, podemos establecer dos formas distintas -aunque no excluyentes entre sí- de concebir el viaje: por una parte una tendencia estática, contemplativa; por otra, una tendencia dinámica, inquieta.

Los viajeros -estén dispuestos para la aventura o no- podían adoptar en su viaje una postura ingenua, pasiva, que no toma una actitud ante el viaje, y una mirada activa, comprometida, que no se queda en el mero desplazamiento, sino que va más allá. Es entonces cuando, a través de los más largos itinerarios, el viajero no olvida que ha asumido una serie de obligaciones: todo lo que va descubriendo lo contrastará con la situación de su país, lo cual le llevará a intentar aportar una serie de soluciones.

1.2.2.1) La actitud pasiva

Se trata de una actitud puramente descriptiva, ingenua. El escritor se limita a observar, a tomar notas, a describir. Es una mirada contemplativa que no toma postura. Queda representada por los meros escritores de datos -*escribidores*, como diría Mario Vargas Llosa (Arequipa, 1936)- que recrean la realidad, su viaje, pero nada más. De ahí que, por ejemplo, el límite entre un viaje de peregrinación y lo que podemos considerar un *viaje ingenuo* sea apenas perceptible, en tanto en cuanto el peregrino es siempre un viajero cargado de una cierta ingenuidad que sacraliza la realidad a través de su estupefacción. La diferencia se establece, posiblemente, en el carácter ritual que cada peregrino le quiera conferir al viaje.

El viaje, a principios de la época moderna, normalmente, no suele prescindir ni carecer de un objetivo. El que parte al extranjero parte con una finalidad, con un amplio horizonte de miras, por lo cual lo primero que tiene que hacer es aprender a mirar, a observar a su alrededor. Así se aprende a viajar, del mismo modo que se aprende viajando.

El hombre quiere saber en qué mundo vive, siente curiosidad por su entorno. A lo largo del siglo XIX las publicaciones de mapas y de libros sobre geografía tuvieron bastante difusión. Recordemos, por ejemplo, los trabajos de Ioan Rusu (1811-1843), *Icoana pamîntului* (1842-43), y de Grigore Pleşoianu (1808-1857), *Postile și carantinele Țările Românești*

(1837). Pero no podemos limitarnos solamente a obras de carácter geográfico. Las descripciones y la aportación de datos referentes a ciudades extranjeras, distintos países y otros enclaves del planeta son más que frecuentes. Alexandru Asachi (s. f.) proporciona datos sobre San Marino; Teodor Codrescu lanza una mirada sobre Argel, Francia, Egipto, Japón y otros países; Zaharia Columb (s. f.), el mismo autor que en 1821 publica en Buda una gramática alemana y otra latina, describe todo aquello que contempla en sus viajes por Pompeya o por Constantinopla. Por su parte, Pavel Vasici (1806-1881), en *Foaie pentru minte, inimă și literatură* (1844), publica sus “*Lucruri de băgat în seamă sau deosebite*” sobre el desierto del Sahara, sobre Londres, sobre las catedrales y las campanas célebres de Europa... Y no olvidemos que nuestro escritor, Dinicu Golescu, dedicó sus últimos esfuerzos a la creación de un mapa geográfico y estadístico de los principados. Este tipo de guías también tendrá su repercusión en la otra mitad del siglo XIX, como es el caso del empresario, fundador y director del diario *Universul*, Luigi Cazzavillan (s. f.), quien edita en 1897 *Ziarul călătorilor și al întâmplărilor de pe mare și uscat*. En 1899 el publicista Timoleon Nebunelli (s. f.), el mismo autor de *Dicționar de rime*, publicará en Galați una serie de consejos para utilidad de los que iban buscando el mar desde el interior.

Barbu Știrbei (1753-1813) en el viaje que hizo a Karlsbad entre 1796 y 1797 no iba a la búsqueda de lo insólito, sino a la búsqueda de lo familiar, de lo amistoso, ¿quién sabe si hasta a la búsqueda de sí mismo? Lo cierto es que el viaje, en un principio, era un viaje con fines terapéutico-medicinales. Impresionado por el lujo y por la fastuosidad que le pone occidente ante sus ojos, no pasa mucho tiempo hasta que el boyardo de Oltenia se hace amigo de príncipes y condes, llegando a sentarse, incluso, a la mesa de un embajador de España. “¿*Qué más podía pedir?*” parece querer decirle a Hagi Pop (fin. XVIII - princ. XIX) en las cartas que le escribe, según las palabras recogidas por F. Faifer (1993, 53):

“... boierul oltean leagă prieteșug cu grofi și prinți,
fînd poftit la masă de un <<anbesador de Ispania>>! Și a
cîștigat, ce mai, amici și cunoștințe <<din toată lumea>>.”

Tengamos presente, no obstante, que las notas de Știrbei no trascienden al ámbito literario; sus impresiones no son más que meras cartas enviadas a sus conocidos. El autor entrará a formar parte de los libros y de la literatura de viajes a título póstumo, a partir de 1906, cuando N. Iorga publique sus cartas en *Scrisori de boieri și negustori olteni și munteni către Casa de negoț sibiană Hagi Pop* y con posterioridad las

conciba independientemente en *Un boier oltean la Karlsbad în 1796-1797* y en *Călătoria lui Barbu Știrbei în Apus*.

Podemos concluir, en definitiva, aunque la separación no sea estrictamente tajante, que es esta actitud pasiva la que nos dará como resultado un producto narrativo que conformará -única y exclusivamente- el conjunto de los *libros de viajes* escritos en rumano.

1.2.2.2) La actitud activa

El escritor contempla, describe, pero no se queda simplemente en ese estadio. Estamos ya ante un viajero que compara y que toma postura acerca de lo observado. Es la postura de actitudes propiamente ilustradas y románticas, aunque con diferentes grados de acción y de intención. Una intención que en numerosas ocasiones ya quedaba clara desde el mismo prólogo, como señala M. del M. Serrano (1993, 15):

“Los autores solían dejar escrito en el prólogo de sus obras la finalidad perseguida con la publicación de las mismas. Algunas de estas metas eran ambiciosas, otras mucho más modestas, en concordancia también con las menores dimensiones, no sólo físicas, de su obra.”

En el caso de los ilustrados, su finalidad didáctica e instructiva es amplia, empezando por la eliminación de los tópicos, de los prejuicios, de las ideas establecidas *a priori* sobre un país o sobre sus gentes. J. Majada Neila (1996, 7) argumenta:

“En general, el viajero arrastra un pesado bagaje de prejuicios sobre las tierras que visita; difícilmente es capaz de sacudírselo. Sólo si se es muy perspicaz y si la estancia en el país se prolonga, la observación logrará resultados más objetivos.”

Probablemente, cualquier país se conoce antes por prejuicios, por tópicos, que por su realidad, nos viene a decir O. Paler (1980, 103). Bajo esta actitud nos podemos topar con producciones que se acogen en la clasificación *libros de viajes*, pero también con lo que entraría en la configuración de *literatura de viajes*. Y precisamente el paso de una mirada a otra, de una producción a otra, está representado por la figura de

un nuevo tipo de viajero que aparece en los principados rumanos de la época: el boyardo ilustrado, encarnado singularmente por la figura del autor que estudiamos: Dinicu Golescu.

A) Nicolae Milescu, un precursor

Antes de pasar a abordar el tipo de viajero que más se acerca a Dinicu Golescu, y como paso previo al estudio de su figura, quisiéramos hacer un alto en el camino y marcar un hito mediante la presentación de un gran viajero productor, precisamente, de libros y de literatura de viajes en la época que nos interesa: el moldavo Nicolae Milescu (1636-1708).

Nicolae Milescu Spătarul encarna al diplomático, al aventurero, al noble, al ilustrado, al hombre de letras conocedor de varias lenguas... Es, como afirma B. Munteanu (1942, 18), “... *la personnalité roumaine la plus étrange de son temps. Il tient de l’aventurier et de l’inspiré.*”

Instruido en Moldavia, su tierra natal, continúa su formación en Constantinopla, donde estudia griego y latín. En 1660 regresa a su patria para trabajar al servicio de Ștefăniță Vodă (1659-1661), hijo de Vasile Lupu, príncipe de Moldavia (1634-1653). Le seguirán unas misiones en Constantinopla, donde permanece hasta 1664 y donde tiene la oportunidad de contactar con la diplomacia de la Europa occidental. Gracias a estos contactos empezará a viajar por toda Europa, llegando incluso a Estocolmo y a París al frente de misiones diplomáticas que, por ejemplo, le ofrecen la posibilidad de conocer a Carlos XI (1655-1697), rey de Suecia, o a Simón Arnauld, marqués de la Pomponne (1618-1699), a la sazón embajador de Francia. Al igual que sucede con el hipotético viaje de Dinicu Golescu a París, muy pocos datos tenemos acerca de estas incursiones de Milescu por la Europa occidental.

De vuelta en Moldavia, un asunto de alta traición a Ștefăniță Vodă, por entonces gobernador del país, le obliga a exiliarse y, a modo de castigo y como signo de traición, se le corta la nariz, tal y como nos referirá el cronista Ion Neculce (1672?-1745?) al comienzo de su crónica de 1743, lo que él titula como *O samă de cuvinte*.

Desde Constantinopla, donde reside durante algún tiempo, iniciará, en 1671, su viaje hacia Oriente, haciendo una parada en Rusia, donde el obispo metropolitano Dosoftei (1624-1693), patriarca de Jerusalén y amigo suyo, lo recomienda en la corte zarista. De esta manera llega a trabajar como traductor al servicio del zar Alexei Mihailovich (1629-1676) quien, debido a sus deseos expansionistas por los continentes europeo y asiático, según consta en F. Martinelli (1973, 489), pedía un

hombre versado en lenguas. En 1675, su espíritu inquieto y la confianza que en él deposita el zar, lo llevarán, así, a desempeñar una misión diplomática en China, atravesando Siberia. El viaje durará tres años y será redactado en 1677. En 1882 es publicada en ruso moderno por I. Arsenev bajo el título *Putešestvie v Kitaj* (*Viaje a China*). Curiosamente, el español Pedro Cubero Sebastián (1645-1693?), predicador apostólico, llegó a coincidir con Milescu en uno de sus viajes. Así nos lo relata (1993, 177-178) en su *Peregrinación del mundo* (1680):

“... y hallándome yo en Moscua, el Zar de Moscovia despachó un Embajador a Pekín a dar el parabién al gran Kan de Tartaria de las victorias, que había conseguido de los Chinos: el Embajador se llamaba Espatario, de nación Válico, y muchas veces antes de partirse le vi en Moscua, porque fue mi intérprete, cuando yo hablé al Zar: y por más señas tenía la punta de la nariz cortada: contáronme, que había sido traidor a su Príncipe en Transilvania, que no le quiso dar más castigo, que aquel, que le pareció mayor, que quitarle la vida. En fin el se partió para Pekín...”

A su vuelta, el zar Mihailovich ya había muerto, pero el conocimiento que Milescu tenía de la lengua latina y la corriente occidental europeizante que manifiesta el nuevo zar Pedro el Grande (1672-1725), hijo del anterior, harán posible que pueda trabajar a su servicio.

Se entiende así que como conocedor tanto de las cortes occidentales como de las orientales, se vea abocado a escribir no sólo obras de tipo moral, filosófico o histórico, sino también libros de viajes. Milescu es el antecedente de la figura de Dinicu Golescu; representa el estadio anterior al cúmulo de características que confluirán posteriormente en el autor de *Însemnare a călătoriei mele*. A pesar del tiempo y de las circunstancias históricas que los separan, ambos tienen algunos puntos en común, como señala E. Lăsconi (1998, 199):

“... curiozitatea în fața necunoscutului, pasiunea călătoriei, cultul cărții. Traseele lor seamănă printr-o fascinantă simetrie.”

Varios son, en efecto, los aspectos que los unen: los dos son nobles ilustrados, viajeros, eruditos, políglotos, formados en la cultura helenista, interesados por el mundo que les rodea... Su preocupación por la moral, la ética, la filosofía, la educación, en definitiva, es equiparable. Como nuestro boyardo, Milescu llega a Rusia; al igual que éste, Golescu -parece ser- viajó a París. Y si, como nos refiere N. Cartojan (1980, 226-228), Milescu conoce a Pedro el Grande y se relaciona, aunque por persona interpuesta, con Luis XIV (1643-1715), Dinicu Golescu le lleva una carta al mismísimo Napoleón... Tres son, asimismo, las partes en las que se divide el relato de los viajes de Milescu a China. No obstante, hay un hecho básico que los diferencia: mientras que Golescu realiza, por así decirlo, un *viaje hacia el futuro*, hacia la civilización europea ilustrada que ya ha entrado en la modernidad y en el progreso, el viaje de Milescu es un viaje a espacios lejanos, exóticos, un *viaje al pasado*, a través de imperios fabulosos y fantásticos llenos de riqueza y fastuosidad, pero cuyos habitantes viven en la más absoluta de las inculturas, según palabras de F. Baddeley recogidas por N. Cartojan (1980, 239).

Sin embargo, no es esta diferencia la que hace de Milescu un precursor y convierte a Golescu, por lo tanto, en el gran iniciador de la literatura de viajes en los principados rumanos. Tan sólo una actitud marca la distancia entre ambos: el aporte de soluciones. Milescu observa, compara, relata las similitudes y las diferencias que hay entre el imperio mandarín y la corte del zar, describe lo que le parece bien y lo que le parece mal..., pero no va más allá. Por su parte, Golescu se instala en esa misma línea, pero introduce una novedad: ofrece soluciones con el fin de crear un mejor modelo de sociedad moderna. Es así como la figura de nuestro boyardo se erige en el prototipo del viajero hacia lo (e)utópico.

B) Dinicu Golescu: viajero hacia el futuro (e)utópico

A pesar de su indumentaria oriental y su barba de patriarca, el boyardo Dinicu Golescu no es, como se podría pensar a primera vista, un *tombateră*, es decir un retrógrado, una persona con ideas anticuadas. Para algunos, como P. Eliade (1905, 173), él sería el *primer rumano moderno*, si entendemos con ello que lo que se quiere decir es que se anticipa a su tiempo. A lo largo y ancho de los territorios por los que pasa, Golescu siempre tiene el pensamiento puesto en su país, con un desgarramiento del que más tarde se hará eco la generación *pașoptistă*. Pero si lo entendemos en los términos que propone A. Regales Serna (1983, 79) también es aplicable el calificativo:

“En los tiempos modernos hay que estar al corriente de las ciencias y las técnicas, de la geografía, de la filosofía y de la literatura; todo ello, puesto al servicio de unos ropajes y un savoir faire que son el signo externo de la prepotencia histórica de clase, a la vez imitada y socavada por una burguesía que se está haciendo con las riendas del poder económico.”

Y continúa argumentando este mismo autor (1983, 82):

“Sólo cuando el yo corpóreo cobra plena vigencia puede hablarse en rigor de hombre moderno; y sólo cobra plena vigencia cuando se produce el tránsito de la sociedad esclavista y la feudal a la sociedad moderna.”

El empeño de Dinicu Golescu es, justamente, pasar de la sociedad feudal a la moderna tomando como ejemplo el modelo de vida de la Europa occidental. No sin razón, M. Iorgulescu llega a decir (1977, 228) que el espíritu de nuestro boyardo se agita, zozobra, se inquieta, no *por* el contacto con Occidente sino *a través de él*. En cualquier caso, es la de Golescu una mente abierta sedienta de conocimiento.

Însemnare a călătoriei mele, el primer diario de viajes rumano publicado, tiene su base en una arborescente y frondosa comparación entre dos horizontes. La obsesión del escritor es dolorosa, en permanente diálogo con revelaciones más turbulentas. Empujado hacia la luz y proveniente de un acérrimo feudalismo, nuestro viajero se siente fascinado y superado por las imágenes de la civilización occidental. *“Civilizația e, pentru el, o vastă carte deschisă, în care citește lacom, căutînd să-i priceapă sensurile dintr-o sorbire...”* apunta P. Constantinescu (1969, 92). Todo lo que entiende, unido al deseo de lucidez, lo hace merecedor de todo lo que contempla. Y Dinicu Golescu contempla y observa el mundo a través de sus ingenuos ojos. Sin embargo, mientras que con un ojo llora y ve la miseria de un país sumido en el más triste de los retrasos, con el otro llega al éxtasis, maravillado de todo cuanto tiene frente a sí. Es éste un ojo *“... imens, dornic să capteze și să fixeze pe retină tot, e infinit mai cuprinzător decât limba ce n-are cuvinte pentru noile obiecte”*, según E. Lăsconi (1998, 203). Curiosamente, también D. Popovici (1972, 361) hace referencia a los ojos -la mirada- de Golescu:

“Dar ochiul său, umplut și inseninat de lumina culturii occidentale, se-ntunecă ori de câte ori se întoarce către cele lăsate în urmă în țara lui.”

Pero los remordimientos que le atormentan, el desasosiego con el que busca un remedio, esbozando unas propuestas de moderadas reformas de tipo moral, cultural y social sitúan a este boyardo válaco en el plano utópico, en el del ideal inalcanzable, en la vanguardia del espíritu *pașoptistă*, como ya hemos dicho, de acuerdo con las tendencias que años más tarde se darán también en otros países europeos de la mano de pensadores como, por ejemplo, John Stuart Mill (1806-1873). Porque al igual que Golescu, “... *Mill creía también en la reforma; le preocupaba mucho la suerte de los pobres. Pertenecía al grupo de los llamados <<radicales filosóficos>> que unían a una creencia en la libertad absoluta de discusión una fe similar en las mejoras sociales...*”, nos comenta G. L. Mosse (1997, 129). Podríamos afirmar, en consecuencia, que el renacimiento de la literatura rumana, -cuando no, el nacimiento- viene de la mano de Dinicu Golescu, y que la revolución, sin duda, la hicieron primero los boyardos. No obstante, la revolución que desde estos presupuestos se plantea, tiene una concepción democrática y *renacentista*. Como veremos posteriormente, (capítulo IV, punto II, apartado 3.2.1.2) se trata de una *revolución ilustrada*, desde el entendimiento, desde la cultura. Por eso, un crítico como D. Popovici (1972, 364), a pesar de no negar su acercamiento al -así llamado- *Renacimiento transilvano*, lo diferencia del grupo de escritores:

“Nu trebuie să se uite că în cazul lui Dinicu Golescu avem de a face cu un boier, care nu avea de formulat nici o revendicare socială pentru sine (...). Pentru motivul acesta, activitatea scriitorilor transilvăneni are, în totalitatea ei, un aspect revoluționar, în timp ce boierul muntean ajunge la același crez pe calea sentimentelor demofile.”

Una vez fracasados los intentos de Tudor Vladimirescu nuestro boyardo comprende que la alternativa no es la lucha armada; los objetivos han de conseguirse de otro modo. Por esta razón “... *a continuat să militeze pentru împlinirea lor pe cale pașnică.*”, como recoge V. Novac (1983, 450). El espíritu golesquiano, antes que revolucionario, es -por oposición a los boyardos transilvanos- reformista, teniendo siempre presentes a las clases bajas.

Por otra parte, Golescu se aproxima a los presupuestos viajeros de la estética romántica. Nuestro autor es un hombre inquieto que necesita vencer el tedio y desplazarse. ¿No es esto, al fin y al cabo, lo que pondrán en práctica los escritores románticos buscando lo exótico?

Su modo de pensar tiene unos matices que, sin duda, proceden de los libros y de los aires que se respiraban en Occidente -la Ilustración francesa, las obras del sistematizador del racionalismo dieciochesco, Christian Wolff (1679-1754)...-, pero también de esa necesidad de aclarar o descubrir algunas verdades que la venda del autoritarismo no dejaba contemplar. Si realmente no hay ninguna diferencia entre las cenizas del cuerpo de un emperador y las del de un pobre, como se nos expone en *Însemnare* (p. 30), ¿no es, entonces, la desigualdad, una sinrazón? Más aún, ¿no se es culpable por ello? Hay que decir que nuestro autor se siente culpable de este estado, lo que le lleva a un tormento interior, a un arrepentimiento muchas veces bastante difícil de entender: “*Memorialul său...*” -dice N. Iorga (1934a, 403)-, es “...*cartea de căință, de durere pentru suferință omenească, de rușine pentru barbaria românească.*” Incluso R. Munteanu (1977, 7) apunta que Golescu “... *allait traverser une profonde crise de conscience à la suite de son voyage en Europe, crise provoquée par le spectacle triste et révoltant de la vie des paysans dans sa patrie.*”

Los viajes que realiza entre 1824 y 1826 le brindan una oportunidad única de redención. Lo que ocurre en su país clama al cielo; sus habitantes, particularmente los campesinos, se encuentran en una más que denigrante situación. Golescu coge la pluma para sacar a luz la situación occidental de la que él es testigo, para hacerla pública ante sus conciudadanos. Nuestro escritor se siente culpable, sí (p. 52):

“*O! cum îmi aduc aminte și cum sînt silit să mă spovedesc că sînt foarte greșit! Căci eu nu numai nu am făcut nici un bine cît de mic patriii spre mulțumire...*”

Pero no sin antes culpabilizar a sus propios compatriotas boyardos (pp. 49-50):

“*Toate aceste rele urmări ale lor ș-au luat îndemnare din cele făr’ de cuvînt iraturi ale boierilor noastre (...). O! Ce agoniseală nedreaptă cu numire de iraturi ale boierilor! Nelegiuită și vrednică este de blesteme, căci aceasta ne-au învrăjbit...*”

El libro es, ante todo, un documento que podemos calificar de *estremecedor*. Por él desfilan campesinos en precarias condiciones de vida, habitantes de más que insalubres viviendas, explotados en el trabajo, castigados cínica y salvajemente, colgados cabeza abajo...

Sin embargo, lo cierto es, como muy bien constata P. Cornea (1972, 220), que Dinicu Golescu “... *greșește în ceea ce laudă, nu în ceea ce neagă, și, de aceea, descripția Apusului e partea mai slabă a cărții.*” Si hacemos honor a la verdad, hemos de señalar que la favorable situación de la que habla el boyardo a sus compatriotas no es del todo exacta; se trata, justamente, de una visión idílica, como recoge L. Jucu-Atanasiu (1977, 7):

“... *o idilă desprinsă din călătoriile utopice ale veacului al XVIII-lea, dinainte de revoluție, imaginea europeană fiind astfel anacronică...*”

Porque nosotros nos encontramos en el primer cuarto del siglo XIX, una época -según hemos visto en el capítulo I- en la que la Europa occidental se halla inmersa en los más variados conflictos sociales y políticos y en la que la Revolución francesa -al margen de sus indiscutibles logros- no parece haber aportado más que continuas agitaciones sociales. Ciertamente “... *no era Europa después de 1815 un tan sereno estanque. La represión oficial luchaba virtualmente sin respiro contra cierto número de retos al statu quo...*”, como opina F. L. Ford (1973, 309). Países como Austria, Suiza o Alemania hace algunos años que respiran un aire romántico, ya superado en algunos casos. Por el contrario, nuestro rumano se pasea por esas tierras buscando las ideas ilustradas que las caracterizan. El viajero le da la espalda a la dura realidad de miseria o de éxodo rural que está atravesando el occidente europeo y se instala en su cara más positiva para ofrecérsela a sus conciudadanos. Así, Golescu no hace más que ensalzar el nivel educativo que alcanzan los estudiantes de países como Austria o Suiza; se deshace en elogios acerca de lo que sabe, por ejemplo, un niño suizo de 8 años (p. 109). Sin embargo, P. Hazard (1963, 193), que ha estudiado magníficamente cómo era la vida cotidiana de la Europa occidental en esta época, escribe:

“*Ils disent qu’au sortir du Collège un enfant ne sait rien, ou presque rien. Il ânonne un peu de latin, et à peine quelques mots de grec. Il sait par cœur les quatrains de Pibrac, les fables de La Fontaine qu’il entend mal, le catéchisme qu’il n’entend pas; rien de plus. Là-dessus (...)*”

il ne dépasse pas la connaissance des premiers éléments de la géométrie, et il fait mal une soustraction.”

Y en la misma literatura rumana nos topamos, no muchos años después, con un escritor, Mihail Kogălniceanu, cuya opinión sobre la juventud austriaca no era en absoluto positiva, tal y como recoge Ș. Cioculescu (1973, 77):

*“Tineretul nu știe decît de cai, femei și șampanie.
“Trista viitorime pentru o țară care are o asemenea
junime!” adnotează moralistul dezamăgit.”*

Insistimos en la idea de que nuestro viajero tiene una venda en los ojos que no le deja ver la realidad o que, cuando menos, no le permite verla con los ojos de la más absoluta verdad. Dinicu Golescu ignora -o no quiere saber- que no todo es tan maravilloso y fantástico como él piensa. Así, por ejemplo, de la ciudad de Venecia no nos escribe un pasaje como el de Leandro Fernández de Moratín (1988, 152):

“La república de Venecia no es ciertamente la mejor de las repúblicas posibles. Poco más de doscientas familias (...) son las que tienen en su poder el gobierno político y civil de toda la nación. Entre ellos se reparten todos los empleos de utilidad y honor (...). No obstante, se llama república (...). Desengañémonos, los hombres han estado siempre mal gobernados, y lo estarán hasta que dejen de existir (...). ¿Qué resulta de aquí? Que somos muy imperfectos (...) y que los mejores sistemas de gobierno deben considerarse como novelas muy bien escritas.”

Este tipo de críticas, en el fondo, no deja de ser “... *un presupposto ideale di perfezione umana e razionale, misurata sui postulati illuministici e rivoluzionari...*”, como apunta G. Podestà (1963, 335). No hallaremos en el autor rumano ninguna referencia a un mal gobierno o a una mala administración política, jurídica, económica o administrativa. En estos casos, Golescu -si es consciente de que tal circunstancia se está dando-, se refugiará en los cuadros de un palacio, en los libros de una biblioteca o en las monedas de un museo para no hacerle frente a la verdad. Y no es que la situación sea nueva y él la desconozca; ya desde la misma Ilustración

francesa, desde Montesquieu (1965, 207-208), hay críticas al mismo sistema de gobierno de la Europa occidental:

“Depuis je suis en Europe, mon cher Rhédi, j’ai vu bien des gouvernements. Ce n’est pas comme en Asie, où les règles de la politique se trouvent par-tout les mêmes (...).

Je remarque, au contraire, une source d’injustice et de vexations au milieu de ces mêmes états.

Je trouve même le prince, qui est la loi même, moins maître que partout ailleurs.”

Igualmente, Golescu, cargando la narración más en lo que ofrece la Europa occidental a sus habitantes que en lo que no tienen los países rumanos, desequilibra la composición del cuadro social, político, cultural y económico de ambas partes del viejo continente. Si trazáramos una línea imaginaria que separara a la Europa occidental de los países rumanos, observaríamos que éstos quedan configurados por lo que no son y por lo que no tienen con relación a lo que hay *al otro lado del espejo*. Es cierto que Dinicu Golescu describe la situación del campesino válaco, por ejemplo, pero con mayor frecuencia conocemos esta situación por lo que nos dice que no tiene con respecto a Europa. Nuestro escritor afirma negando y niega afirmando. Dicho de otro modo, si Occidente es el negativo de la fotografía, los territorios rumanos tienen entidad en tanto en cuanto son el positivo. Allí donde Occidente es blanco, los principados son negros. Y viceversa.

Asistimos, consecuentemente, a una visión de los países rumanos hecha desde fuera, desde otro enclave geográfico. De la misma manera, la idílica visión de futuro de los principados está hecha desde el presente de las respectivas ciudades occidentales, aunque -eso sí- contempladas parcialmente por lo que tienen de positivo. Nos hallamos ante un viaje al futuro (utópico) desde el presente más inmediato (real). Con S. Vilar (1985, 71) podemos decir:

“... la utopía y la eutopía se transforman, (...), en una eucronía: el buen tiempo que tal vez tenga que hacerse un lugar...”

III) LA LITERATURA DE VIAJES

Después de *Însemnare a călătoriei mele* surge un tipo de viajeros que abandona el modelo creado por Golescu. Nos instalamos ya en el ámbito de los escritores románticos que viajan eminentemente por puro placer, no tanto por necesidad u obligación. La intención ética se pierde ante la prioridad estética de la descripción y de la elaboración de un relato, sin que esto quiera decir -insistimos en ello- que no exista. Simplemente los presupuestos son de otra índole. No en vano M. Butor señala (1972, 17):

“Tous les voyages romantiques son livresques.”

A partir de ese momento viaje y literatura parecen ser una sola entidad, están intrínsecamente unidos. Son, respectivamente, causa y consecuencia. Los viajeros “... *voyagent pour écrire, et voyagent en écrivant (...) parce que pour eux le voyage est écriture.*”, continúa afirmando M. Butor (1972, 17). Una premisa de la que, igualmente, parte G. Thérien (1990, 106):

“Le voyageur doit (...) se transformer en écrivain pour transformer le voyage en souvenir, le cas échéant en histoire. Il faut qu’il taille son récit dans le tissu de la fiction, qu’il construise un <<palais de mémoire>> qui lui serve à fixer les divers éléments d’une diégèse à inventer. Le voyage peut alors passer d’un état solide à un autre état, plus subtil, celui de la reconstitution discursive.”

El relato de los libros de viajes se convierte, así, en literatura de viajes, aunque somos conscientes de que “... *uno de los problemas más vidriosos para la teoría literaria moderna estriba en determinar de forma clara la literariedad de tal o cual discurso...*”, como muy acertadamente nos recuerda E. Popeangă (1991, 14).

No olvidemos tampoco que *Însemnare a călătoriei mele* nos plantea el dilema de si se puede considerar un simple libro de viajes o literatura de viajes. Compartimos la opinión de L. Jucu-Atanasiu (1978, 8):

“... transfigurarea realității prin emoția călătorului determină încărcătura lirică a textului, iar ordonarea lui,

prin mijloace retorice, cu scopul de a convinge, transformă lucrarea, dintr-o sursă de cercetare pentru sociologi, politologi etc. într-o operă literară.”

El paso de un tipo de discurso a otro es, en el caso de los principados, bastante rápido, por no calificarlo de *automático*. La razón hemos de buscarla, precisamente, en el práctico vacío existente con anterioridad a que se dé una literatura de presupuestos románticos o romanticistas. Dinicu Golescu está solo; no encuentra un respaldo en las *producciones viajeras* de la época. El libro, en opinión de M. Anghelescu (1991, 25), “... *seems to fulfill the same role as N. Karamzin’s Letters of a Russian Traveller for its Russian readers a bit earlier, in 1791.*” Así las cosas, el texto de Golescu está escrito desde la más profunda de las soledades, desde el más intenso desamparo. En los principados rumanos no asistimos a la creación de un relato *planificado racionalmente* e inserto dentro de una tradición, como sí ocurre, por ejemplo, en España, según opinión de G. Gómez de la Serna (1974, 74):

“Fue, pues, este arranque de los viajes ilustrados una promoción real, muy meditada, calculada y cuidada, e incluso planificada racionalmente, como luego diré; y, sobre todo, pensada como parte de una renovación total de la nación española...”

El gran mérito de nuestro viajero es -entre los muchos que se nos ocurren- el de haber emprendido individualmente toda una empresa ilustrada que, si bien puede parecernos que llega con retraso, lo hace justo en el momento adecuado dentro de la historia de los propios principados rumanos. Somos de la opinión de que cada nación tiene su particular historia y su propio devenir en los acontecimientos de ésta. Bien es cierto que las premisas para renovar el país están ya estipuladas en las bases de la Sociedad Literaria. Sin embargo, Golescu es el único que emprende un viaje al extranjero buscando una renovación lingüística y literaria. Los cánones literarios son -aun sin saberlo- exclusivamente asentados por él. En palabras de L. Jucu-Atanasiu (1978, 8):

“Fără să știe și fără să vrea, D. G., asemenea altor memorialiști, este un scriitor. Dovada o constituie și influența exercitată de opera sa asupra literaturii noastre și în special asupra jurnalelor de călătorii.”

Según lo visto a lo largo de este recorrido por las producciones textuales de los principados, lo que escasamente existía antes del Romanticismo -por lo general- era un tipo de relato que, aunque utilizaba elementos de naturaleza retórica a la hora de crear un texto literario, no tenía una intención literaria (aunque de forma aislada existen escritores que cuentan un viaje real con las técnicas que la literatura les brinda). Como mucho, el público lo recibía como una ficción, en tanto en cuanto el autor se convertía en personaje, y su propia vida, en historia. Es en esa transformación donde reside la clave de la receptividad. Ésta es la idea que -creemos- se desprende de las palabras de N. Savy (1997, 11):

“Ce que nous cherchons, dans des récits de voyage qui n’ont pas toujours été écrits pour être publiés, ce sont les romans d’apprentissage d’un homme et d’une oeuvre. L’auteur y devient l’un de ses propres personnages; il se montre dans ses rapports avec le réel, entre une géographie qui n’est plus la nôtre et un présent qui est, pour nous, devenu l’histoire.”

Sin embargo, a partir del Romanticismo se afianzará, con más fuerza cada vez, la figura del escritor que viaja. Lo que prima es contar el viaje con intención estética utilizando elementos retóricos para narrarlo y convirtiéndolo, de este modo, en literatura de viajes, donde pueden aparecer elementos de ficción insertados en la *realidad del viaje*. Fácil es que estos escritores utilicen -a través de técnicas intertextuales- relatos y referencias a libros de viajes anteriores o contemporáneos, confeccionando una literatura donde el prurito de contar un periplo real es abandonado ante el *desideratum* estético de presentarlo como una posible ficción. A este respecto señala C. García-Romeral Pérez (2001, 18):

“El viajero generalmente es lector de otros viajes o de libros para el viaje. Ha leído a los viajeros, geógrafos e historiadores clásicos y a sus coetáneos, se ha informado a través de guías de las ciudades o simplemente ha leído la prensa para tener una información del país que va a visitar.”

Charles Davillier, por citar algún caso, nos da cuenta de esta recurrencia a obras literarias (1874, 675):

“Les serviettes étaient dignes de la nappe: nous nous rappelâmes en manière de consolation, un passage des Mémoires du marquis de Louville, où il raconte qu’on faisait à Philippe V, au palais de La Granja, des serviettes <<avec les chemises de ses marmitons.>> (...).

Les Espagnols ne sont pas moins sobres dans l’usage du vin. Madame d’Aulnoy nous les montre dans leurs repas champêtres (...). Bourgoing assure, dans son Tableau de l’Espagne moderne, qu’il n’est rien de si rare que de voir un homme pris de vin.

Y otro francés, Théophile Gautier (1881, 207), hace también referencia a un compatriota suyo:

“Victor Hugo, dans sa charmante orientale, dit de Grenade:

Elle peint ses maisons de plus riches couleurs.”

No obstante, hay que tener presente que el acudir constantemente a otras fuentes -sean referencias literarias, sean leyendas- pueden hacernos perder de vista el propio hilo narrativo-descriptivo del viaje que se nos refiere. Un excesivo apego a la literariedad del texto contribuye, automáticamente, a una pérdida de su valor documental, encontrádonos de nuevo ante el proceso que permite al libro de viajes transformarse en literatura de viajes. Como muy bien señala M. Zurowski (1992, 9):

“La articulación del relato del texto en cartas espaciadas, ilustradas a veces por cuentos, así como los detalles acerca de los peligros de la navegación propios de una novela de aventuras, contribuye tanto a la vivacidad del relato que el lector corre el riesgo de que le pasen inadvertidos los valores documentales...”

En casos extremos llegará a ocurrir no sólo que el relato se transforme en literatura de viajes, sino que incluso la prosa de esa literatura se vea inmersa en los dominios de la más pura poesía, como sucederá, aunque muy posteriormente, con Mihail Sadoveanu (1991, 190):

“Departa, codrii, pe munții, stau încă visînd în ceața lor albastră. Căldura văzduhului crește, pulberea drumului sporește.”

Observamos cómo lo que en un principio empieza siendo una descripción donde el ritmo es prácticamente poético, va cediendo paso poco a poco a la *rima interna* de lo que podríamos considerar versos con igual número de sílabas. Es un caso aislado, lo sabemos, pero creemos que bastante significativo e ilustrativo. Y si hay autores que intenten escribir un libro de viajes, obtendrán como resultado una literatura de viajes; la vuelta atrás es -creemos- impracticable. La clave del paso de un tipo de producción a otro reside, frecuentemente, en la intención del autor, en el grado de subjetividad u objetividad que el escritor quiera otorgarle a su escrito. A este respecto C. García Gual (1999, 95-96) nos señala:

“No es raro el que la narración y descripción de viajes vaya derivando hacia la novelaría. Es decir, ese caso comienza cuando se acentúa lo subjetivo a costa de la objetividad, y el interés de la narración está puesto no ya en la veracidad de lo que se cuenta sino en cómo se cuenta o cómo se recrea la experiencia del viaje. Lo cual depende menos del mundo exterior que del talento y la imaginación del narrador. Con ello pasamos de la narración de viajes que tiene su arranque en un afán de historiar lo real y bien definido geográficamente (...) a un género de relato distinto, donde es la aventura y la ingeniosa pintura lo seductor, mucho más que la copia exacta o la información precisa de una realidad exótica.”

Instalados ya en esa perspectiva, en la literatura de viajes de la época destacarán autores como Mihail Kogălniceanu, Vasile Alecsandri... El viaje ha dado paso a una más que sustanciosa literatura; de hecho, es donde prácticamente reside la causa primitiva de la novela decimonónica, como se deduce de las palabras de M. Butor (1964, 50):

“Toute fiction s’inscrit donc en notre espace comme voyage, et l’on peut dire à cet égard que c’est là le thème fondamental de toute littérature romanesque, tout roman qui nous raconte un voyage est donc plus clair, plus explicite que celui qui n’est pas capable d’exprimer

méthaphoriquement cette distance entre le lieu de la lecture et celui où nous emmène le récit.”

Empieza a recorrerse así una fructífera senda que se desarrollará a lo largo de la segunda mitad del XIX, que ha continuado durante todo el siglo XX y al que se le augura un más que prolífico futuro en el presente siglo XXI.

CAPÍTULO IV

ÎNSEMNARE A CĂLĂTORIEI MELE

I) SU INSCRIPCIÓN EN EL GÉNERO: ¿ÎNSEMNARE A CĂLĂTORIEI MELE, UN LIBRO DE VIAJES?

Por extraño que pueda parecer, en primer lugar, cabría empezar por preguntarse -y tal vez no sea una cuestión demasiado fuera de lugar, a tenor de lo analizado en el capítulo III-, si el libro de viajes de Dinicu Golescu es propiamente un libro de viajes. Tal argumentación se nos plantea a propósito de la siguiente afirmación de A. Regales Serna (1983, 71):

“La literatura de viajes es definida casi siempre por criterios argumentales: <<narración, en forma de libro, de un viaje, particularmente a países extraños>>, dice un diccionario, resumiendo bien la communis opinio. Uno de los principales problemas, sin embargo, es que hay pocos <<relatos de viajes>> puros. O, si se prefiere, que no hay ninguno. La historia del Sr. William Lovell, de Tieck, es en cierto modo una novela epistolar, pedagógica, social, moral, antisentimental, de crisis, de viajes... Clasificar esa obra como <<literatura de viajes>> () porque existan tales viajes en el argumento es no decir nada. A no ser que ese criterio se correlacione con otros: con criterios de extensión (...), de técnica, de estilo o de función.”*

(*) Recuérdese que, como vimos en el capítulo III, este autor no hace distinción entre *libro de viajes* y *literatura de viajes*.

Es decir: en un principio, el hecho de que Golescu titule su libro *Însemnare a călătoriei mele* no es razón suficiente para afirmar que

estamos delante de un libro de viajes. Pero tampoco podemos zanjar que lo sea simplemente porque aparezca una enumeración de países, de ciudades o de ríos dispuestos unos detrás de otros. Con ese mismo criterio estaríamos en condiciones de afirmar que se trata de un ensayo o de un libro de disquisiciones filosóficas, morales, culturales, etc., en la medida en que aparecen diversas consideraciones de este tipo. Podría tratarse, incluso, de una novela filosófica, porque no hemos de olvidar que en el ochocientos europeo tiene lugar una serie de tendencias literarias que preconizaban y que descubrían la posibilidad de discutir las cuestiones políticas de una manera ficticia, de un modo más accesible y más concreto que el propugnado por la utopía platónica, como es el caso del *Candide* de Voltaire, por ejemplo. Compartimos, por consiguiente, la opinión de M. Anghelescu (1991, 27-28) cuando sentencia que “... *the book can no longer be regarded as a travel diary: it is a pseudo-diary, a kind of philosophical novel in the guise of a travel diary.*”

Ahora bien, es, precisamente, este carácter ficticio el que nos permitiría diferenciar este tipo de novela filosófica de lo que es propiamente el libro de viajes. Esa distinción -más o menos implícita- ya estaba presente en el viaje del irlandés Laurence Sterne (1968, 59-60):

“As this is not a work of reasoning, I leave the solution as I found it, and content myself with the truth only of the remark,...”

Aparece, además, un elemento que creemos de vital importancia para identificar y clasificar el relato: la experiencia personal directa, la inclusión del *yo*. Nada más empezar el libro, Dinicu Golescu, a modo de introducción de lo que será la narración, nos presenta uno de los tópicos que, ya desde la literatura medieval, caracterizan al relato de viajes: la aparición del *yo*:

“Însemnare a călătoriei ce am făcut eu, Constandin Golescu...” (p. 2) [*]

No cabe duda de que la narración en primera persona -ya lo hemos analizado en el capítulo III- confiere al texto un mayor grado de verosimilitud. Queda patente el protagonismo del autor, la autenticidad del relato. Como dice M. A. Pérez Priego (1981, 233), refiriéndose a los libros de viaje medievales:

“El empleo de esa primera persona contribuye, sin duda, a hacer más atractivo y sugeridor el relato al receptor, a quien transfiere más fácilmente, sin un narrador interpuesto, la experiencia vivida o imaginada. Pero, sobre todo, tiene una función verificadora y testimonial que refuerza la verosimilitud y autenticidad de lo narrado.”

El título de *Însemnare a călătoriei mele* no es arbitrario. La utilización del adjetivo posesivo (*mele*) es, tal y como nos señala Ph. Antoine (1997, 25), a propósito del uso que Chateaubriand hace de la expresión <<*mes voyages*>>, “... *un parti pris énonciatif (tous les Voyages n’y obéissent pas nécessairement) qui établit l’identité du narrateur, de l’auteur et du personnage.*”

Siguiendo los preceptos medievalistas establecidos por J. Richard (1981, 47) podemos argumentar que el relato del autor rumano es un libro de viajes en tanto en cuanto presenta todos estos elementos “... *dans l’ordre d’un voyage.*” Es esto, por consiguiente lo que “... *permet de distinguer la littérature de voyages de celle qui est purement géographique.*” De hecho, donde el relato de viajes de Dinicu Golescu cobra verdadera fuerza y adquiere cuerpo no es en el viaje en sí, sino en toda la serie de digresiones con las que va salpicando el libro. Lo realmente importante y profundo de Golescu se nos manifiesta a través de los *Cuvintări deosebite*, de sus comentarios e interpolaciones. El viaje no sería más que el hilo conductor que amalgama esos comentarios filosóficos, morales, políticos, económicos, educativos, etc., el armazón que los sustenta. Argumenta R. Beltrán (1991, 137):

“El libro de viajes es tal cuando las circunstancias del viaje (descripciones, noticias, informaciones...) dominan claramente sobre la experiencia protagonista del viajero.”

Y, en nuestro caso, así es; poco sabemos del Golescu “*personaje protagonista*” porque sus circunstancias de viaje revisten mayor importancia. En *Însemnare a călătoriei mele* nos encontramos con que resulta ser el propio autor quien escoge ese género y no otro, adecuándose a su registro y a su lenguaje como modo de presentar su *corpus* narrativo-descriptivo e, incluso, disquisitivo. P. Larthomas (1964, 186) opina a este respecto:

“Si donc la notion de genre est fondamentale, c’est que chaque genre littéraire représente (...) une manière particulière d’utiliser le langage. Qu’est-ce à dire? Essentiellement ceci: que l’auteur (au sens très large du terme), en choisissant tel ou tel genre, choisit une certaine forme, recherche une certaine efficacité, d’une certaine manière.”

Parafraseando a J. M. Ribera Llopis (1991, 79) podemos decir que... *“Esa posibilidad, embrionariamente planteada en textos y argumentos que después cabe leer reordenados en la macroestructura (...) [del viaje], revela una clara voluntad de estilo y una opción retórica por parte del autor.”*

Por si esto no fuera suficiente, hemos de tener en cuenta, al margen de la insistencia que presenta Golescu sobre la palabra *călătorie*, “viaje” (“*călătoria ce am făcut eu...*”, “*pînă aici mi a fost călătoria...*”), que la elección del título también es libre y bastante arbitraria. Nos lo recuerda un autor como Ph. Antoine (1997, 14):

“Les titres des oeuvres fonctionnent également comme des signaux qui rappellent au lecteur la nature du texte.”

Estamos ante el mismo caso de autores que llaman a su libro de viajes *itinerario*, lo cual, según J. M. Díez Borque (1995, 87), “... *por de pronto, puede orientarnos sobre la forma de organizar el material, es decir, sobre el principio estructurante.*” El viaje es, como opina M. Baquero Goyanes (1995, 32-33), “... *un motivo y hasta un tema novelesco, pero también una estructura, por cuanto la elección de tal soporte argumental implica la organización del material narrativo en una textura fundamentalmente episódica...*”

Un caso especialmente curioso y llamativo nos parece, por ejemplo, el de Antoine de Latour y su mal llamado *Voyage par l’Andalousie* de 1848. Si nos acercamos a sus páginas comprobamos, con un cierto asombro, que el libro, en realidad, fue titulado por el propio autor “*Études sur l’Espagne: Seville et l’Andalousie*. Además, en un alarde de honestidad, él mismo nos advierte de la naturaleza de su escrito (1855, I):

“Le livre que je présente au public n’est pas, à proprement parler, un voyage: c’est une série d’études sur les mœurs de l’Espagne actuelle, sur l’histoire, sur la littérature, sur les Arts de l’ancienne Espagne. Un long séjour dans le midi de la Péninsule m’a permis d’écrire à loisir, et sur le lieu même, chacun de ces chapitres; le voyage est le lien qui les rassemble et qui leur donne, si on osait le dire, la vie et l’unité.”

Una vez tenidos en cuenta todos estos argumentos, consideraciones y opiniones críticas queda establecido, por consiguiente, que *Însemnare a călătoriei mele* sí es un libro de viajes. Las características a través de las cuales queda configurado el relato de viajes aparecen en la obra del autor rumano. Si, además, tomamos como referencia la afirmación de A. Regales Serna (1983, 83):

“... Primero, la literatura de viajes es esencialmente heterogénea: en ella confluyen descripciones de países, de gentes, de costumbres, de situaciones, etc., en proporciones muy diversas.

Segundo, por el peso específico de las aventuras y por la función que cumple, este género cae preferentemente dentro del campo de la subliteratura, y, como tal, se presta más al análisis sociológico que al análisis literario genuino. Es claro, sin embargo, que las dotes literarias de algunos viajeros han producido obras de excepcional calidad.

Tercero, la intención última es realista: censura de vicios y alabanza de virtudes (más en el plano social que en el psicológico-individual).”

... entonces podemos afirmar que el relato de Dinicu Golescu se engloba dentro de los libros de viajes que, según este crítico, no dejarían de ser literatura.

II) LOS ELEMENTOS MORFOLÓGICOS DEL LIBRO: LA ORGANIZACIÓN TEXTUAL. LA SINTAXIS DE LOS TÓPICOS

Hemos querido aunar las clasificaciones de M. A. Pérez Priego (1984) y de C. García-Romeral Pérez (1992) con el fin de establecer un conglomerado compuesto por una serie de premisas y pre-supuestos a través de los cuales quedaría configurado el libro y la literatura de viajes o, cuando menos, que son necesarios que se den dentro de un relato -en mayor o menor medida- para que podamos considerarlos definidores del género. Es nuestra intención comprobar si se ajustan al relato de viajes de nuestro escritor.

1) EL YO VIAJERO

El autor, cuando escribe, desde su particular *yo*, concibe diversos modos de estructurar y presentar la relación de los hechos. La mirada del escritor apuntará en una u otra dirección en función de los propios intereses del que narra o describe. Así, por ejemplo, siguiendo a C. García-Romeral Pérez (1992) podemos establecer diferentes focos y puntos de mira. Se configura de este modo la *estructura formal* del libro, que nos atrevemos a clasificar en tres tipos:

- De influencia clásica: Predomina, en un alarde de erudición, el retorno a la cultura grecolatina clásica (antigüedades, ruinas...).

- De influencia ilustrada: Los aspectos económicos, políticos o científicos dominan sobre la opinión personal: el viaje se hace con el claro propósito enciclopédico de difundir una serie de datos y conocimientos acerca de la demografía, la agricultura, la industria o la administración.
- Propiamente decimonónica: El objetivismo cede su puesto a una serie de *corpus* narrativos en los que predomina el carácter íntimo, personal y subjetivo. Entendemos que es el *desnudo del alma* preconizado por los escritores románticos. De hecho, autores como M. Delgado Yoldi (1999, 12) hablan de un tipo de viaje pre-romántico.

El caso de Golescu es bastante peculiar, pues no podemos afirmar tajantemente que se acoja en exclusividad a una de estas tres propuestas. Podríamos pensar que se debería incluir, como no podía ser de otra manera, en el apartado de la influencia ilustrada. Sin embargo, no manifiesta un carácter propiamente explorativo. El libro de Golescu no tiene un *claro propósito enciclopédico*, ni un afán por recolectar datos científicos, agrícolas o industriales. Ante todo está la opinión personal que él tiene sobre algunos hechos o situaciones.

Por otra parte, el elemento personal está presente, pero no llega a encuadrarnos a nuestro autor en la tercera propuesta *-propiamente decimonónica-*, pues lo subjetivo y lo personal, entendidos en términos románticos, no predomina; se limita a unos simples datos aislados. Éste será ya un logro de la literatura romántica. Como ejemplo de una obra a caballo entre los presupuestos ético-educativos de la Ilustración y los estético-sentimentales del Romanticismo recordemos al portugués João Baptista Almeida Garret (1799-1845) y sus *Viagens na minha terra* (1846). El texto, al margen de su contribución a la creación de la imagen romántica femenina en la figura de Joaninha, es un pretexto para exponer toda una serie de disquisiciones filosóficas, políticas y artísticas, al estilo de un Xavier de Maistre o de un Laurence Sterne.

El elemento clásico apenas hace acto de presencia en el autor rumano. Si aparece es, en todo caso, en forma de cuadro en el que se menciona a tal o cual personaje de la Antigüedad clásica, o para resaltar la ejemplar vida de un personaje cuyo modelo es digno de imitar. Ni siquiera demuestra un especial gusto por las ruinas; ante la contemplación del anfiteatro de Verona (pp. 71-72), por ejemplo, se limita a describir cómo es y la clase de espectáculos que tenía lugar en él. No hallamos en Dinicu Golescu exaltación o magnificación del pasado a través del recurrente tema de las ruinas.

1.1) FORMA DE PRESENTAR EL RELATO

A propósito de los relatos apodémicos medievales, M. A. Pérez Priego (1984, 232) argumenta:

“Lo que, sin embargo, no hay en el libro de viajes -frente a lo que es muy común en otras formas de la narrativa medieval- son entrelazamientos, acciones paralelas, que obliguen al narrador a interrumpir o dejar en suspenso su relato. Estamos ante una pura narración lineal y continuada, que protagoniza también un solo personaje -individual o colectivo, real o fingido- y que, además, es casi siempre el propio narrador de la historia. Esta identidad entre el protagonista y el narrador impone de ordinario la primera persona como forma de presentación del relato.”

Y en el caso que nos ocupa así es, en efecto. La narración en Golescu presenta -cuando la hay- una única acción que no fluye paralelamente a la de otros relatos o historias. Sin embargo, no es del todo cierto que el hilo narrativo no se vea interrumpido o que no quede en suspenso. Golescu, del mismo modo que ocurre con los escritores medievales, intercala de vez en cuando pasajes con anécdotas, sucesos o cuentos del pasado que detienen por un momento el pulso del relato y en las que, además, el protagonista ya no es el viajero, sino personajes históricos o legendarios, por lo general. No obstante, como veremos a continuación, no llegan a ser casos de intertextualidad, en tanto en cuanto nos encontramos delante de leyendas orales, transmitidas de boca en boca -frecuentemente exageradas- y recogidas aquí por el viajero.

La ralentización o la parada brusca del devenir de los acontecimientos que, en mayor o menor grado, pueden darse en el diario de Golescu, está producida, sin duda, por las disquisiciones filosóficas, morales, culturales, etc., en las que el autor se explaya sin el menor atisbo de contención. El impulso se apodera de él; un impulso que, en palabras de A. Reyes (1948, 11), es “... *la necesidad -la necesidad nerviosa, sedienta- de causar sorpresas, de abrir a la meditación ventanas imprevistas.*” Golescu da rienda suelta a su pluma y escribe, diserta, teoriza, critica..., sin que a menudo se acuerde de que tiene que concluir. Esto es debido a que, como opina R. Barthes (1972, 70), este tipo de

reflexiones son “... *des fragments de discours, des textes dépourvus de structure et de spectacle; à travers elles, c’est de nouveau un langage fluide, continu...*”

1.1.1) LA INTERTEXTUALIDAD

De nuevo instalado en su *oficio de escritor*, Dinicu Golescu dispone del material recogido a lo largo de sus tres años de viaje. De él depende exclusivamente que el *corpus* narrativo y descriptivo del libro haga referencia, en mayor o menor medida, a obras anteriores ya conocidas por un *lector leído*. Sólo del propio autor depende la voluntad de incluir más o menos textos, más o menos referencias literarias más fácil o más difícilmente reconocibles, esto es: la intertextualidad.

Entendemos, con G. Genette (1982, 8), que es “... *une relation de coprésence entre deux ou plusieurs textes, c’est à dire, eidétiquement et le plus souvent par la présence effective d’un texte dans un autre.*” Y parece ser que esta efectividad se hace especialmente patente en los libros y en la literatura de viajes. No en vano, es uno de sus rasgos definitorios. Señala al respecto C. García-Romeral Pérez (2001, 18):

“Ésta puede darse de diferentes formas, pero la más usual es la que proviene de las lecturas y el aprendizaje del mismo viajero. El viajero no es una unidad aislada, libre de toda influencia que sólo se dedica a describir lo que ve con la mayor de las subjetividades.”

No podemos afirmar que Golescu interpole textos -entendidos como producciones literarias ajenas ya existentes- al margen del viaje. Lo que sí es obvio es la inclusión de sus ya célebres digresiones y disquisiciones que nada tienen que ver con el viaje en sí. Gusta, no obstante, de la intercalación de alguna leyenda o de algún episodio histórico, al igual que ocurre con las citas de personajes bíblicos o mitológicos. Pero en ningún caso podemos decir que sean ejemplos de intertextualidad, pues no existe otro texto más que el suyo propio. La intertextualidad funcionaría posteriormente, si acaso, en autores como Gheorghe Asachi, tal y como tuvimos ocasión de analizar en el apartado 1.1.2 del punto II del capítulo III. No olvidemos, siguiendo a C. Kappler (1980, 78), que “... *voyager ce n’est pas seulement voir, observer, raconter, c’est aussi écouter et retenir les histoires de quelque habile conteur rencontré par hasard, au cours du voyage.*”

Ahora bien, la transmisión de textos -sea por vía popular (oral) sea por vía literaria (escrita)- es un factor que, cuando menos, no podemos ignorar. Tomemos como referencia la descripción que, a finales del siglo XVIII, hace Leandro Fernández de Moratín (1988, 149-150) de la ciudad de Venecia:

“Los edificios de Venecia, o son magníficos, adornados con todo el lujo de la arquitectura, o son viejos y feos; las casas, en general, parecen de un lugarón viejo y antiguo, y no añaden poca fealdad la multitud de ventanas abiertas hacia fuera (...). Las calles en el centro de la ciudad son estrechísimas, con mil ángulos y revueltas (...). Hay mucha gente a todas horas por las calles, muchas tiendas, talleres, tráfico y movimiento. Las calles son oscuras (...), pero es divertido pasear por ellas: de noche están muy iluminadas con las muchas luces de las tiendas...”

Comparémosla con lo que, de la misma ciudad, escribe Dinicu Golescu (pp. 65-66) unos treinta años después:

“Casele pe afară nu sînt frumos împodobite, după obiceiul arhitectonicesc de acumă, ci în felurimi de făpturi din vechime, care frumusețea ș-au pierdut (...). Acea piață și acele trei ulițe sînt pline de oameni, de șazători și trecători (...), și mai vîrtos seara, cînd sînt toate acestea locuri luminoase, avînd bez felinarele orașului, și fieșcare prăvălie și lostărie cîte doao-trei lumînări.”

De ellas nos sorprende, cuando menos, la atención que ambos escritores prestan al mismo tipo de cosas. Es interesante, incluso, el hecho de que ambos sigan el mismo orden en la descripción: primero la ciudad en sí misma, sus casas y sus edificios; después las calles con sus viandantes; por ultimo las tiendas y la insistencia en que tienen luz... No es nuestra intención acusar a nadie de plagio; en este caso el perjudicado sería Dinicu Golescu, y no nos parece justo. Ni tenemos noticia de que conociera la obra del español directamente, ni nos consta que haya una traducción a otra lengua que el rumano hubiera podido leer. Las razones las hemos de buscar en textos anteriores, en un sustrato común -literario o no- que debía de circular por toda Europa. Hagamos un breve inciso y recordemos, con L. Silva (2000, 19), que, por ejemplo, ya la *Epopeya de*

Gilgamesh (2700 a. de C.) “... contiene, realizados o insinuados, muchos de los elementos que se repetirán más adelante en la literatura de viajes...”, prueba más que elocuente de que la transmisión funciona. Es éste un recurso con el que nos topamos continuamente en la investigación de los relatos y de la literatura de viajes; en nuestra mano está tomarla en consideración o ignorarla. Como muy acertadamente opina A. Deisser (1992, 124):

“Ainsi deux erreurs menacent les chercheurs qui étudient les récits de voyage: la première est de les considérer comme des documents d’archives, des reflets de la réalité, des <<miroirs promenés le long des routes>>, la deuxième serait de les rejeter comme autant de menteries ou de copies serviles.”

Tomemos al azar una descripción cualquiera de un viajero cualquiera: Louis Teste (1872, 179-180), pongamos por caso. Veamos lo que dice, por ejemplo, alejándonos de Italia, de la ciudad de Sevilla:

“C’est une grande ville de cent vingt mille habitants. Il y avait, récemment encore, une colonie de quatre mille cinq cents français, qui a diminué, paraît-il. Les rues sont tortueuses, étroites, dallées et propres; les maisons basses, grillagées, pourvues de balcons et de miradores remplis de vases de fleurs;...”

Seguimos reconociendo paralelismos, tópicos, clichés... Podríamos, incluso, remontarnos a una *obra-modelo*, como la de Pero Tafur (1982, 209-211), pero, exceptuando algunos datos puntuales, la descripción es completamente distinta; la Venecia que conoció este español se parece muy poco a la que conoce Leandro Fernández de Moratín. El mismo Goleacu (p. 65) ya advierte que Venecia fue, en su día, una ciudad gloriosa:

“Se cunoaște că au fost acest oraș un ce deosibit, să cunoaște că au lăcuit într-însul oameni mari și că odată au dat pravilă în toată Evropa. Dar (...) au fost odată vreme când n-au mai fost alt oraș mai frumos, mai în putere și mai luminos.”

Y es que, aunque hayan transcurrido mucho años, “... *Il visitatore straniero continua a venire in Italia per i più svariati motivi: a volte (...) viene (...) in cerca di ciò che gli manca (...), o spinto dal desiderio di un mondo più schietto, spontaneo (...). Altre volte aspira ad una integrazione*

culturale sul piano psicologico, storico, religioso...”, como apostilla G, Podestà (1963, 378).

Uno de los mejores testimonios de que, a pesar de los siglos que han pasado, la tradición continúa, podría ser una comparación de la descripción que hace Golescu de la ciudad de Trieste, por ejemplo, con la que Pero Tafur hace de la ciudad de Brujas en las *Andanças e viajes* (1982, 251-253) de 1454. La transmisión de textos -o en su defecto, de literatura oral- encuentra en estos modelos sus representantes más fieles. Salvando las distancias espacio-temporales, la descripción se instala en un terreno común, neutro y aséptico. La comparación -aun a riesgo de parecer forzada, precisamente por esa distancia espacio-temporal, creemos que es más que necesaria y elocuente; el libro de Pero Tafur “... reúne, a mi juicio, una serie de características idóneas para los propósitos buscados: presenta claros rasgos paradigmáticos (...), ofrece dificultades que constituyen todo un desafío para la rentabilidad analítica del modelo y representa un punto de intersección entre dos grandes tradiciones viajeras que son la Edad Media y la de la Modernidad...”, en palabras de S. Carrizo Rueda (1997, XI). El paralelismo, por consiguiente, es llamativo más que por lo que describe, por cómo lo presenta:

“Esta çibdat de Brujas es una grant çibdat muy rica é de la mayor mercaduría que ay en el mundo, que dizen que contienden dos lugares en mercaduría, el uno es Brujas en Flandes en el Poniente, é Veneja en el Levante; pero á mi paresçer, é aún lo que todos dizen, es que muy mucho mayor mercaduría se faze en Brujas que non en Veneja; é lo por qué es esto: en todo el Poniente non ay otra mercaduría sinon en Brujas, bien que de Inglaterra algo se faze, é allí concurren todas las naçiones del mundo, é dizen, que día fué que salieron del puerto de Brujas setecientas velas (...). Esta çibdat de Brujas es en el condado de Frandes é cabeça dél, es grant pueblo, é muy gentiles aposentamientos é muy gentiles calles, todas pobladas de artesanos, muy gentiles yglesias é monesterios, muy buenos mesones, muy grant regimiento así en la justiçia como en lo ál. Aquí se despachan mercadurias de Inglaterra (...) é éste paresçe que es el puerto de todas estas tierras é aquí lo traen para lo vender á los de fuera, como si dentro de casa lo toviesen. La gente es muy industriosa á maravilla, que la esterilidad de la tierra lo faze, que en la tierra nasçe muy poco pan e vino non ninguno e non ay agua que de beber sea, nin fruta

ninguna, é de todo el mundo les traen todas las cosas, é an grande abastamiento dellas, por levar las obras de sus manos; é de aquí se tiran todas las mercadurías que van por el mundo, é paños de lana, é paños de Ras, é toda tapetería é otras muchas cosas nesçessarias á los onbres, de que aquí abundosamente es fenchida. Ay en ella una casa muy grande sobre un piélagos de agua, que viene de la mar por el Esclusa; á ésta llaman la Hala, do descargan las mercadurías, é fázese en esta guisa: en aquella parte del Poniente cresce la mar mucho é mengua é desde el Esclusa fasta Brujas, que será dos leguas é media, ay una açequia grande é fonda como rio, é a trechos están puestos como aguatochos de açeñas, que, alçándolos, entra el agua, é echándolos, nin puede más yr nin más salir; é quando la mar cresce, cargan aquellos barcos é van al Esclusa con sus mercadurías por la corriente, é quando la mar es llena, atapan el agua é aquellos barcos que fueron descargan é cargan de otra mercaduría, é con aquella agua que los levó, como vaçia la mar, buelven ellos con la menguante; e así se sirven por su industria de aquel agua, que es un grant cargo é descargo, é si lo oviesen de fazer con las bestias sería grandíssima costa é grande empacho (...) La gente desta tierra es de grant puliçia en el vestir é muy costosa en los comerés é muy dados á toda luxuria.”

Dinicu Golescu, varios siglos después, describe así la ciudad italiana de Trieste (pp. 61-64):

“Acesta este acel numit oraş în golful Mării Adriatice, schelă vestită, a căruia frumusețe este pomenită. Casele sînt mai toate foarte frumoase, lucrate cu arhitectură, și toate în linie. Pardoseala uliților nu crez că va mai fi în altă parte. Frumusețea lor și temeneiciia sînt vrednice de vedere, căci sînt foarte late, drepte, și cele mai multe să taie cruciș, pardosite cu lespezi de piatră mari, din care unile sînt și de cîte un stînjîn (...).

Toate mărginile mării, ce sînt spre oraş, și canalurile ce intră în oraş sînt pline de corăbii, care au într-înșele mărfuri, și stau pînă le vînd, unii cu rîdicata, și alții cu mărunțișul; numărul acestor corăbii să urcă pînă la 800. O corabie din cele ce să numesc curiere, pe toată zioa pleacă din Triești la Veneția, și de acolo iarăș vine alta în Triești, cu oameni și cu mărfuri (...). Vaporul într-o săptămînă de doo ori merge la Veneția și să întoarce iară

cu oameni și cu mărfuri (...). Toate cele spre hrana vieții trebuincioase sînt cu îndeustulare și ieftine, iar carnea și pîinea scumpă. Toate feliurimile de verdețuri și de legumi sînt cu îndeustulare (...).

Cînd descarcă lămîile și portocalele din corăbii, parcă descarcă cară cu fîn într-o ștră..”

Pero tal vez donde el paralelismo se hace -lógicamente- más significativo es en la descripción de una misma ciudad; tomemos como ejemplo la de Venecia. Dinicu Golescu (pp. 65-67) escribe de ella:

“Casele pe afară nu sînt frumos împodobite, după obiceiul arhitectonicesc de acuma (...). Piața Sfîntului Marcu, care este destul de mare, a căriia trei părți sînt tot zidiri de case (...). Aceste trei părți de zidiri îș au fețele despre piață pe stîlpi, în rîndul cel de jos; între odăi și între stîlpi, sînt ulițe slobode, de picior, late de doi stînjini, pardosite cu lespezi de piatră. În toate odăile de jos ce să coprind întru acestea trei părți ale pieții sînt prăvălii care vînd mărfurile cele mai scumpe (...). La cea de a patrulea parte și cap pieții este biserica Sfîntului Marcu (...); toți sfînții și toate cîte să obicinuiesc de a să zugrăvi întru o biserică, în loc de a fi zugrăvite, sînt lucrate toate mozaic, cum și locul ce rămîne de la un sfînt și pînă la altul, iarăș mozaic poleit în aur. Și deasupra ușii cei de la mijloc sînt patru cai tornați dintr-o amestecătură de metaluri (...). Fața le este foarte puțin verde, împătrită decît verdele albastru, și înzecită ca aurul (...). La dreapta aceștii pieți, iar sînt mari zidiri cu stîlpi și cu ulițe între odăi, carele se țin tot una de zidirile pieții cei mari.”

Una descripción que se asemeja bastante a la que Pero Tafur (1982, 204-211) ya hiciera en su momento:

“La çibdat de Veneja es muy populosa é de muy grande campo en circuyto é muy apretadas casas; dizen que ay en ella setenta mil veçinos (...); la yglesia de Sant Marco (...) es fecha á capillas á la manera de Grecia, de fuera cobiertas de plomo con sus mançanas doradas, é de dentro de muy fino é muy rico musayco, sinon que es gruesso e de colores; e a la puerta mayor, encima de unos arcos en lo alto, están quatro cavallos muy grandes de alaton dorados é bien grueso oro; éstos truxeron ellos, é tienen allí por magnifiçençia, quando ganaron a

Constantinopla. É enfrente desta puerta está una grant plaça, mayor que la de Medina del Campo, toda enladrillada, é entorno todas las casas encamaradas é enportaladas, é allí cada jueves se faze mercado (...). Las casas desta çibdat son muy notables é muy altas é muy encamaradas é con muchas chimeneas, é présçianse de ricas portadas é finiestras á las calles, labradas ricamente de oro é de açul, bien enmarmoladas (...). Esta çibdat es tan limpia para andar por ella, como si anduviese onbre por una gentil sala, por quanto ella es bien enlosada é bien enladrillada (...); en invierno non para agua en ella, é por tanto non ay lodo nin en verano polvo.”

1.2) DINICU GOLESCU: NARRADOR, PERSONAJE Y PERSONA

Partiendo de la base de que en *Însemnare a călătoriei mele* confluyen autor, narrador, personaje y persona, es nuestra intención en este apartado poner de manifiesto la personalidad de nuestro viajero a través de su propio libro. O dicho de otro modo: ¿qué podemos saber del Dinicu Golescu narrador -y especialmente del personaje y de la persona- a partir de la lectura de *Însemnare*? ¿Qué datos nos permiten vislumbrar los aspectos íntimos de este boyardo ilustrado? ¿Qué hechos no explícitos nos pueden dar una idea aproximada de su modo de ser y de pensar? En verdad nos hallamos ante un autor bastante paradójico, pues si por una parte conocemos su opinión acerca de la sociedad en la que vive, poco sabemos de su más íntimo yo. Estamos, en cierto sentido, ante un escritor como Charles-Louis de Secondat, barón de Montesquieu (1689-1755), del que C. Pujol (1989, XXII) comenta:

“Ésta es su paradoja más grande, la de ser un escritor tan claro y al mismo tiempo tan opaco respecto a sí mismo. El que detalla sus opiniones sobre las ideas y las sociedades, esconde cuidadosamente el fondo de su persona, comenta todo lo humano y lo divino, pero estos comentarios funcionan como pantallas de su intimidad...”

He aquí una gran contradicción y una prueba más que evidente del espíritu que lo caracteriza: *muy ilustrado* por una parte -por lo que presenta de educativo-, y poco romántico en la medida en que no nos desnuda su alma.

Al abordar el tema de la sinceridad, le otorgaremos un voto de confianza a nuestro boyardo; en principio todo lo que nos narre será verdad en tanto en cuanto son hechos vistos directamente por él, sin intermediarios. El escritor ha de saber “... *Faire voir, faire vivre, faire vrai.*”, postula J. Chupeau (1977, 541). Entra aquí en juego un factor importante dentro de los relatos y de la literatura de viajes: el valor de la palabra. En principio, todo cuanto leamos no ha de ser puesto en duda porque, como argumenta J. Pimentel (2001, 11), “... *los viajeros se convirtieron en testigos, la palabra clave, una noción donde la vista adquiere todo el protagonismo. La asociación entre la visión de un hecho y su constitución como evidencia científica es algo presente en todo el programa de la filosofía experimental.*” El afán de nuestro escritor por ser sincero es elevado: no podemos reprocharle que nos quiera engañar o que dé una visión exagerada de la realidad; todo lo más idealista. Esto lo instalaría en una posición de corte románticista pues, como opina N. Garolera (1998, 15):

“Sinceritat. Aquest és l’element que més diferencia les narracions de viatges dels escriptors romàntics de les relacions d’altres autors.”

Ante todo, “... *mă făgăduiesc să scriu adevărul, ...*” nos dice el propio Goleacu (p. 85). A esto hay que añadir la conciencia que él mismo tiene de sus limitaciones científicas:

“Înfrenat de cunoștința micșorimii mele în științe și ascultări întru învățături...” (p. 3).

Éste es, según Perpessicius (1970, 24), el gran mérito de Dinicu Goleacu: “*Sinceritatea, franchețea, modestia, autoflagelarea.*” Nuestro autor se debate, de este modo, entre su propia modestia y su deseo de difundir el modo de vida de la Europa central y occidental. Esta modestia igualmente estará presente en otra de sus obras: *Adunare de pilde*, donde el escritor (1990, 119) también es consciente de sus propias limitaciones:

“Aceste toate date în tipariu ca să le aduc dar celor de un neam cu mine, nu pentru de a-m arăta puterea condeiului, căci în cunosc ușurimea...”

Como prueba de su buena intención, destacamos que en *Însemnare a călătoriei mele*, cuando algo no ha sido visto o conocido por él personalmente, así nos lo señala:

“... și alte multe lucruri folositoare obștii și spre podoaba orașului, pe care, nevăzându-le, nu le am scris.”
(p. 96)

Nos encontramos, por tanto, con frases en las que se pone de manifiesto que ofrece unos datos que desconocía o relata unos hechos tal y como se los han contado a él, pero de los cuales no puede dar testimonio personal:

“Pentru care acest lucru a lui Canova, **zic** că au făgăduit Englezii șaptezeci mii galbeni...” (p. 24) [*]

“**Zic** că s-au întâmplat într-o zi să ia birtașul pînă la doazeci mii fiurini.” (p. 44) [*]

“... și mulțime de lostării -de nu va fi minciună, cum **mi-au spus**, ca sînt peste sută-.” (p. 65) [*]

En una sola ocasión (p. 80) nos dice -por si no le creemos- que tiene testigos de lo que vio, que no nos engaña. Y no uno ni dos, sino tres:

“La aceasta am și mărturie pe dumnealui fratele Manolache Băleanu și fratele Iancu Bălăceanu și cocoana Elenca, sora dumnealui, cînd am fost cu toții la Mehadiia...”

Esporádicamente se pone en la situación de un escritor que está narrando una serie de hechos a un público que posiblemente no siempre entiende todo lo que él dice; Golescu tiene miedo de fracasar en su intento de comunicar todo lo que él ha visto; el texto es importante, pero si no se llega al lector el esfuerzo es en vano y, por lo tanto, fallido. Nada le molestaría más que saber que aquello que con tanta diligencia y con tanto cuidado y empeño ha escrito para su pueblo no es acogido o entendido:

“Îndestul cunosc că într-un zădar mă silesc, căci cetitorul nu va putea rămînea mulțumit de aceste descrieri...” (p. 23)

Este deseo de comunicar y el temor a no dar una referencia exacta de lo que se narra o describe parece ser una característica propia de estos relatos de viaje ilustrados. Por ejemplo, el español Enrique Gil y Carrasco (1999, 244) también experimenta este temor:

“Son tantas las cosas que hoy he visto y las impresiones que me han ocasionado tan vivas, que no sé si mi relato será fiel y completo.”

Pero igualmente lo encontramos en relatos de corte romántico como el del francés Louis Teste (1872, 239):

“J’ai dû juger mal bien des choses, ressentir des impressions trop rapides et incomplètes, apprécier légèrement des personnages, envisager superficiellement les situations, me tromper sur bien de points: Vous aurez l’indulgence de m’excuser.”

Hay ocasiones en las que, a pesar de la buena voluntad que nuestro rumano parece tener, no podemos evitar pensar que está inventando, o cuando menos, exagerando. No obstante, bien es cierto que particularmente se refiere a datos estadísticos o numéricos en torno a la cantidad de habitantes que tiene una población o al número de visitantes que recibe un parque, por ejemplo, algo ya típico de los viajes ilustrados, como nos informa G. Gómez de la Serna (1974, 86):

“La nota imprescindible está dedicada siempre a registrar, con rigor estadístico, el número de vecinos, las rentas (...), y, alguna vez, la proporción y materia de las edificaciones.”

En nuestro caso, cuando Golescu ofrece una cifra redonda somos de la opinión de que no es un dato exacto, sino su propia impresión o lo que haya podido leer u oír:

“Numărul oroșanilor ajunge pînă la 20000.” (p. 72)

“Pe aceste toate lăviți încap treizeci de mii oameni.”
(p. 72)

Sin embargo, la preocupación por el dato concreto y preciso es manifiesta, por lo que tendemos a pensar que en determinados instantes recurre a fuentes históricas y estadísticas:

“Populația norodului să urcă peste una sută doaozeci și cinci mii, bez streinii, care sînt peste cincisprezece mii.” (p. 75)

“Din Constanța am intrat în cantonul Tiurgau, al căruia lăcuiorii sînt suflete 79300.” (p. 99)

Como ya es sabido, “... *le recours à des sources documentaires est une pratique courante chez les écrivains voyageurs qui remanaient couramment les notes qu’ils ont prises sur les lieux...*”, en palabras de Ph. Antoine (1997, 39).

Pero lo que en un principio podría entenderse como un afán de protagonismo, creemos que más bien se trata de un gusto por la verosimilitud. Golescu no habla de sí mismo, no intenta sobresalir por encima de nadie, no impone su individualidad sobre la de los demás. Sería inexacto -e injusto- afirmar que podemos formarnos una idea clara de su personalidad en función de lo que nos relata. ¡Qué diferente a otro ilustrado como Leandro Fernández de Moratín! De él J. Doval (1988, 11) destaca que “... *es uno de los primeros escritores de su época que parece viajar con el cuerpo, de forma que no vacila en meterlo en su relato. Siempre sabemos si las posadas son malas o buenas (generalmente malas), si el condumio vale la pena (habitualmente, no, pero come muy bien en Happenheim y las golosinas napolitanas le elevan el tono vital), qué precio tienen las cosas...*”

Ya hemos dicho (Vd. capítulo III, punto II, apartado 1.1.2, *La aventura de conocimiento*) que Golescu es altruista antes que nada. No disponemos de demasiados datos acerca de sus sentimientos, aunque sí de sus ideales. Como buen ilustrado, le interesan las ideas, las realizaciones concretas de sus pensamientos. Pero el individualismo que se desprenderá posteriormente del movimiento romántico aún no parece estar presente en él.

Todavía no ha llegado la época en que un Chateaubriand, un Théophile Gautier, un Victor Hugo o un Hans Christian Andersen, por citar algunos, hablen abiertamente en sus textos de sus respectivos estados anímicos. Con frecuencia este tipo de textos, según palabras de D. Wanner (1999, 19), “... son mucho más interesantes por lo que revelan sobre su autor(a) que sobre las circunstancias del viaje como actividad concreta.” El viaje romántico, quizás por esa tendencia al subjetivismo y al sentimentalismo, es, posiblemente, menos fiel a la realidad, más proclive a desfigurarla. En este viaje del boyardo ilustrado, lo interesante es el dato que viene de fuera, de lo real. Aunque, una vez más, hagan referencia a los libros de viaje medievales, consideramos altamente ilustrativas las palabras de M. A. Pérez Priego (1981, 233):

“De todos modos, a pesar del empleo de la primera persona, lo privilegiado en estos libros de viajes medievales son los datos externos, no el mundo personal, el yo del viajero (lo que sólo ocurrirá en los géneros autobiográficos modernos). El protagonista es un simple espectador y anotador de los lugares y las cosas que observa, y a lo más que llega en este terreno de lo personal es, como Tafur, a contarnos si en determinado lugar sufrió una dolencia, o recibió una herida, o se rapó la barba y el cabello, o perdió sus dientes a causa del intenso frío.”

Nada nos gustaría más que saber si nuestro viajero rumano tuvo frío o calor en tal pueblo o en tal aldea, si pasó hambre o sed, si le dolió la cabeza o una pierna. Golescu da muy pocos datos de sí mismo, de su salud, de sus vivencias; tan sólo lo imprescindible para ilustrar sus ideas y pensamientos acerca de la enseñanza, de la educación, de las costumbres... Pero de él como persona, ¿qué sabemos? No nos aporta nada relevante el saber que deja a sus hijos en tal o cual universidad o que siente curiosidad por ver esta o aquella casa. Eso formaría parte de su itinerario, de su *misión*, de su espíritu ilustrado.

Y nosotros pretendemos descubrir su faceta humana, sentimental, al hombre de carne y hueso y al viajero en cuerpo y alma. En una única ocasión (p. 96) nos dice que estuvo enfermo “... *din Geneva și pînă m-am întors acasă.*” No creemos falsas expectativas; son hechos aislados y nunca contados desde el presente, sino una vez que han sucedido, como mera anécdota o simple comentario para justificar algún que otro hecho. El empeño parece ser en vano. Si no es demasiado pronto para su época, sí resulta serlo para los principados. No estamos delante de un caso el que

el propio libro de viajes sea, a la vez, una autobiografía del que lo escribe. Ni tampoco nos hallamos ante un texto en el que, como opina G. May (1982, 168), la memoria se erija en columna vertebral del relato de viajes, quedando las etapas de éste relegadas a un segundo puesto:

“A fin de inscribirse verdaderamente en el movimiento y en la perspectiva de la autobiografía, la narración de viajes, ¿no debe ser reconstruida por la memoria (...) más que dedicarse a reflejar las impresiones del viajero en cada una de sus etapas?”

Sin embargo, a un autor como Leandro Fernández de Moratín (1988, 187) no parece preocuparle ofrecernos datos de su vida y manifestar, por consiguiente, que siente miedo, por ejemplo:

“Mi virtud dominante es el miedo; y al verme allí tuve tantas razones de tenerle, que en mi vida me he visto más cerca de perecer.”

No creemos que Golescu tenga pudor en hablar de sí mismo, de su mundo interior, y que, como contrapartida, lo compense hablando del mundo exterior. Sabemos que se detiene a describir las calles, las ciudades, el campo, pero no son propiamente descripciones literarias sino más bien meros datos, meras anotaciones (esto lo convertiría, además, en un viajero-reportero). Golescu tiene, incluso, pasajes en los que describe un paisaje, pasajes en los que la naturaleza -aunque en muy pequeñas dosis- está presente. Sin embargo, no esperamos encontrarnos con *ejercicios literarios*, poéticos, cargados de lirismo, de sensaciones, de olores, de colores... que estarían intrínsecamente ligados al viajero, según las palabras de Iancu Alecsandri (1826-1884) recogidas por C. Bodea (1971, 2):

“Un clair de lune au bord d’un lac, une tempête en mer sont tout aussi indispensables au voyageur, que la cravate blanche l’est au marié ou le calendrier au bureau de l’agent de change.”

Ya conocemos la aparente aversión que nuestro viajero siente por el mar, pero ¿ni tan siquiera nos va a obsequiar con la descripción de un paisaje a la luz de la luna? Golescu no llega a tanto; el intento, por

mínimo, es en vano. Recordemos uno de las pocas escenas donde aparece la luna: el momento en el que describe la cascada del Rhin por la noche (p. 113):

“Cum și frumusețea și plăcerea este nespusă când va vedea-o cinevaș noaptea, iarăș când luna va fi luminoasă și va lovi împotriva cataractului; atunci crez că nu va găsi om care cu multumița sa să poată a să depărta de această vedere.”

Para decepción nuestra, se limita tan sólo a decir que es *de una increíble belleza* y que causa al que la contempla un indescriptible placer. Nada más. Inmediatamente antes, tan sólo una línea, siempre ante la catarata del Rhin (p. 113), reconoce que le embarga la sensación de que no tiene “... *putere de a o descrie.*” ¿Por qué Golescu en tantas ocasiones se siente incapaz de describir el paisaje? ¿Por qué evita adornar su narración con elementos descriptivos? Continuaremos insistiendo en la idea de que nuestro autor -demasiado ceñido todavía a otro tipo de intereses e inquietudes- no puede dar rienda suelta a sus sentimientos. Habremos de esperar a escritores como, por ejemplo, Victor Hugo, para obtener un discurso como el que recoge N. Savy (1997, 135):

“À mes pieds le Rhin (...) avec un murmure rauque et furieux (...), à droite et à gauche, des montagnes ou plutôt de grosses masses d’obscurité perdant leur sommet dans les nuées d’un ciel sombre piqué ça et là de quelques étoiles; au fond, pour horizon, un immense rideau d’ombre; au milieu du fleuve, au loin, debout dans une eau plate, huileuse et comme morte, une grande tour noire, d’une forme horrible...”

Por si esto no fuera ya de por sí revelador, tampoco encontramos en *Însemnare* ninguna mención al clima, a las inclemencias del tiempo, o a las incomodidades del viaje, pongamos por caso. ¿Le llovió en el transcurso de sus andanzas? ¿Fue sorprendido por alguna tormenta en el camino? ¿Pasaba calor en esas ciudades y pueblos? ¿Podía dormir bien?... son algunas de las preguntas que se nos plantean. ¡Qué diferencia con su hermano Iordache (1775?-1848) quien hace alarde de una muy rica y descriptiva prosa, con todo tipo de detalles, en su *Povestea ce mi s-a întîmplat la un potop, de la București la Pitești* (s. f.). No obstante, las

descripciones no llegan a la profusión de detalles con la que, salvando las distancias, nos obsequia, pongamos por caso, el Baró de Maldà (1991) en lo que prácticamente podemos considerar *partes meteorològiques* de su *dietari*:

“Ha amanescut lo cel serè, en seguida ab algunas brometas, y entelat com boira a quarts de 6 de la tarde, com si volguès plòure y posat-se a plòurer entrada la nit.” (p. 108)

“Ha amanescut lo cel núbul, com de neu, o fret negre de Gerona, segons ditxo comú de la gent. Cerca de mitgdia ha comensat a plòurer, com pluja de neu y suau, y també a estonas en la tarde com ploviscol.” (p. 158)

Habremos de conformarnos con lo que tenemos. La inclusión de un discurso con este tipo de datos e informaciones hubieran originado un *corpus* textual completamente distinto al que tenemos. Para Dinicu Golescu estos detalles o serían propios de una retórica romántico-colorista que no le pertenece, o serían anecdóticos en tanto en cuanto atañen a su persona, se refieren a él y a su circunstancia particular. Y él -no lo olvidemos- desea permanecer siempre al margen, en un segundo plano.

1.3) LAS RELACIONES DEL YO

1.3.1) LA RELACIÓN CON EL LECTOR: PROCEDIMIENTOS RETÓRICOS Y ESTILÍSTICOS. EL MODO DEL DISCURSO

1.3.1.1) La atención al lector

Golescu no sólo tiene en cuenta que está escribiendo todo lo que ve para el bien de su patria; además es consciente de que su texto va a ser leído por un lector -valga la redundancia- que se encuentra *al otro lado*. Como ya hiciera Jean-Jacques Rousseau (1966, 568) en su *Émile* (*“Lecteur, épargnez-moi de paroles; si vous êtes fait pour m’entendre, vous suivrez assez mes règles dans mes détails.”*), Golescu, con cierta frecuencia, es objeto de alguna consideración para con aquél:

“... căci cetitorul nu va putea rămînea mulțumit de aceste descrieri...” (p. 23)

“...nu mă dojeni, frate cititorule, unde găsești întocmai adevărul ...” (p. 25)

“... mi au-fost teamă să nu se supere cititorii.”
(p. 92)

“Cînd zic zidire mare, să nu socotească cititorul că este ocolisul zidirii de 100 st., ci 4-5.” (p. 105)

No en vano el diario está encabezado por un gesto de atención *cătră cititor* donde expone y explica las razones que le han llevado a escribir el libro. Un hecho curioso es el tratamiento que tiene con respecto a él. En los ejemplos anteriormente citados observamos que, de un modo impersonal, se dirige a él en tercera persona (singular y plural), pero también, como medio de proximidad, en segunda persona (exclusivamente singular).

Este tipo de fórmula *de deferencia y cortesía* para con el lector la encontramos también en varios autores de la época. Antoine de Latour (1855, III) le llamaba así la atención al *homo legens*:

“Enfin, si quelques lecteurs remarquaient que j’ai trop peu appuyé sur certains côtés des mœurs espagnoles, moins dignes peut-être d’admiration ou de sympathie, je les prierais de se souvenir que l’Espagne est, avant tout, et sera toujours pour moi la terre de l’hospitalité.”

Por su parte, Théophile Gautier (1881, 187), no quiere cansarlo con descripciones:

“Nous ne fatiguerons pas nos lecteurs de la description de cette route monotone à travers un pays plat...”

Sin embargo, Golescu no llega a los extremos de confianza que adquiere, por ejemplo, Leandro Fernández de Moratín en su *Viaje de Italia* (1988, 25):

“... viajamos de noche: mi curioso lector padecerá mucho con esta mudanza de plan; pero, todo bien

considerado, primero soy yo que mi curioso lector: viajaremos de noche.”

O el italiano Edmondo de Amicis, que “... *hace un guiño al lector yéndose a la cama, <<pues me caía de sueño como cualquiera de mis lectores>>...”*, tal y como señala I. Romera (2000, 35).

En Golescu lo que quizás se eche en falta como una consideración hacia el lector es que no pida perdón o se sienta culpable con más frecuencia por las extensas digresiones con las que ilustra su viaje, en algunas ocasiones sin justificación alguna. Lo máximo a lo que llega es a un “*Mult m-am depărtat din descrierea Vienii...*” (p. 21) o, en el mejor de los casos a un “*Nu mă dojeni, frate cititorule...*” (p. 25). Hay un momento en el que le hubiera gustado extenderse en sus divagaciones, pero no lo hace precisamente para no incomodar al lector. Aún así no nos consta que se arrepienta de su prolijidad:

“Mult m-aș fi întins asupra mirării acestor asămuiți, dar mi-au fost teamă să-nu se supere cititorii ...” (p. 92)

De lo que sí da prueba, siempre como caso aislado, es de la impaciencia que en determinados instantes le sobreviene. Así se lo hace saber al lector:

“...încredințaz pe cititori că nu am putut răbda de a merge pînă la Geneva, sau Lozana, sau Bern, ce sînt orașe mari, și apoi să fac descriere.” (p. 101)

1.3.1.2) La configuración del párrafo

Ya desde el mismo inicio del libro, como hemos señalado en el apartado anterior, desde la nota que Dinicu Golescu le dirige al lector (“*Cătră cititor*”), el autor nos da muestras más que significativas de una cierta deliberada intención estilística y estructurada del relato.

Es obvio, pongamos por caso, el empleo premeditado de una analogía (“*De este slobod aceluia..., slobod au fost și mie...*”), de una sugerente metáfora (“*patria este casa mai mare*”), o de una deducción lógica que conlleva una condena moral (“*... la care cine nu gîndește... poate n-are nici casă*”). Este modo de configurar y desarrollar

gradualmente un párrafo, en el cual cada segmento introduce necesariamente al siguiente, le confiere al texto una cierta tensión y un cierto dramatismo que sobrecoge al lector, pero que también lo implica y lo inmiscuye en la historia, de modo que éste no tenga más remedio que aceptar la inevitable -y, por otra parte, lógica- conclusión a la que llega el escritor.

Una estructura bastante semejante al recién comentado “*Cătră cititor*” -prácticamente un calco, pero esta vez enunciado en grado negativo- la encontramos en el siguiente fragmento:

“... **de nu e slobod** lăcuiților să să neșățătorească cu vînzarea zaherelii pe care chiar ei, cu a lor muncă, o face, **cum va fi slobod** stăpînirii să vînză aceasta slobozenie la obrazele care va voi și să tragă acest negoș al tot norodului numai pe seama sa și pe seama acelora ce va voi?” (p. 52) [*]

Por esta razón, Dinicu Golescu se erige en maestro en el arte de imbricar a sus lectores en su propio discurso narrativo y de incitarles a pensar -sin que éstos se den apenas cuenta- las mismas ideas que tiene nuestro boyardo. Golescu nos conduce y nos acompaña sabiamente por el laberinto de su discurso, de tal modo que cuando queremos retroceder -si es que esto se llega a producir- nos vemos imposibilitados de hacerlo y no nos queda más remedio que asentir con nuestro autor ante la idea expresada. No hay ocasión para volverse atrás en el planteamiento de su discurso, al que tan inteligentemente nos ha conducido. Veamos un ejemplo de este discurso hábilmente encadenado (p. 3-4):

“*Dar cum puteam, ochi avînd, să nu vâz, vâzînd, să nu iau aminte, luînd aminte, să nu asemăn, asemănînd, să nu judec binele și să nu pohtesc a-l face arătăt compatrioșilor miei?*”

Es, en palabras de M. Anghelescu (1990, XLV), “... *un mare stilist, un autor cu o surprînzătoare maturitate a construcției retorice; în slujba obiectivului urmărit, acela de a înduioșa, interesa, convinge pe cititor în favorea ideilor sale noi și generoase, el pune o multitudine de procedee, rafinate și diverse.*”

Que Golescu gusta de una disposición equilibrada y perfectamente estructurada queda perfectamente demostrado, más que en ninguna otra parte, en una de las digresiones que realiza en su segundo viaje,

concretamente la que comprende las páginas 83-85. Es ésta, además, una de las más brillantes intervenciones y reflexiones sobre las distintas categorías sociales del pueblo rumano. El paralelismo es más que evidente:

“Așadar, negăsind strădania norodului înființată în averea domnilor, am fost silit să o căut...” (pp. 83-84)

“Așadar, negăsind strădania norodului întemeiată nici în averea domnilor, nici într-a noastră, am fost silit să o căut...” (p. 84)

“Așadar, fraților! Negăsind strădania acestui norod la nici o treaptă de om întemeiată (...), sînt silit să zic că...” (p. 85)

1.3.1.3) La antítesis: comparación, oposición y contraste

En su afán por mostrar siempre la inferioridad de condiciones en las que se encuentra su patria con respecto a otros pueblos europeos, se hace necesaria la presencia de la comparación. Porque, a casi todo viajero, según postula N. Garolera (1998, 22), *“... la descripció d’un paisatge llunyà li permet d’evocar, per contrast o per associació, aspectes del propi país.”* Pero, como piensa P. Cornea (1972, 220):

“... evocarea străinătății devine un pretext, o posibilitate de a scoate pregnant în evidență caracterul grav și insolvabil al stărilor de lucruri de-acasă. Procedul e al antitezei, un procedeu retoric, asumat cu entuziasm de romantici (...), aici însă folosit fără intenție instrumentală, deși rezultatul obținut denotă o aceeași simetrie manicheistă.”

En Dinicu Golescu la fórmula contrastiva adquiere entidad mediante la evocación de Occidente; una vez que se tiene un referente al que acudir, la oposición y el análisis comparativo entre ambos territorios son inevitables, máxime si pensamos que, por una parte, la situación de los principados se presenta, a nuestro modo de ver, con tintes hiperbólicos, y que, por otra, la realidad occidental está vista de un modo bastante superficial, cuando no positivo, lo que lo conduce a extraer - ¿consciente de ello?- conclusiones erróneas. A favor de nuestro escritor tal vez habría que decir que no es que haya en él una premeditada intención de mentir; posiblemente sea la propia limitación de la clase

noble a la que pertenece la que le impide forjarse una idea fiel de la realidad, porque lo cierto es que el resto de Europa no se encontraba en el pacífico orden socio-político que el rumano nos describe. A este respecto, señala O. Constantinescu (1965, 96):

“Limitele clasei din care făcea parte îl fac însă pe Golescu să nu reușească să discearnă în țările pe care le-a vizitat contradicțiile sociale care vor duce în aceste țări la izbucnirea revoluțiilor din 1848.”

Esto explicaría el hecho de que, como postula M. Budiș (1978, 480), “... contrastul de civilizație dintre țările Apusului și Țara Românească îi apare totuși atât de izbitor.”

El libro está, básicamente, dominado por la antítesis. Golescu lo concibe como una comparación antitética entre la (e)utopía de la civilización occidental, idílica y sin sombras, tal y como la ve nuestro viajero, y el retraso de los principados rumanos. Éste será el motivo que condicione que la presentación de los hechos sea siempre “*con relación a...*”. Por esta razón, no nos ha de resultar extraño toparnos continuamente con frases del tipo “*Iar noi...*” o “*dar la noi...*”, contrastando y oponiendo siempre los modos de vida y las costumbres y actitudes de las zonas occidentales con las del País rumano, dejando así patente la diferencia existente, no exenta de un cierto aire de desesperanza y resignación ante la situación de su pueblo. Resignación que inevitablemente nos conduce, por ejemplo, a las palabras con las que Constantin François de Chasseboeuf, Conde de Volney (1792, 2) abría su obra *Les ruines ou méditation sur les révolutions des empires*:

“Portant toute mon attention sur ce qui concerne le bonheur des hommes dans l’état social, j’entrais dans les villes, et j’étudiois les mœurs de leurs habitants; je pénétrais dans les palais, et j’observois la conduite de ceux qui gouvernent; je m’écartois dans les campagnes, et j’examinais la condition des hommes qui cultivent; et partout ne voyant que brigandage et dévastation, que tyrannie et que misère, mon cœur étoit oppressé de tristesse et d’indignation.”

Texto éste más que ilustrativo por lo que de verdad tiene; gracias a él constatamos que el *occidente golesquiano* no es tan maravilloso como pretende hacernos creer: en todas partes existen injusticias, por doquier hay tiranía y miseria. Pero mientras la tristeza de Volney es absoluta,

pues, a tenor de sus palabras, su desconfianza en el ser humano es total, la de Golescu es relativa, en tanto en cuanto sólo se le encoge el corazón viendo la verdadera felicidad de otros pueblos.

Posiblemente en ninguna otra parte de la literatura rumana el valor de las conjunciones adversativas (*dar, iar,...*) había sonado anteriormente tan cargado de significado y de intención como en Golescu. Mediante la modalidad retórica de la antítesis el escritor “... *anticipă literatura pașoptistă, (...), procedeu cultivat cu predilecție ce către romantici.*”, como opina L. Jucu-Atanasiu (1978, 3).

1.3.1.4) El humor

El humor no es un elemento que esté demasiado presente, por no decir en absoluto, en el libro que nos ocupa. Muy raras ocasiones, -quizás una, a lo sumo, dos- nos encontramos a un Golescu con una frase graciosa, con un comentario jocoso. Dice R. Senabre (1998, 35):

“Hallamos humor en una frase aislada, en una réplica ingeniosa, pero también en un chiste puramente gráfico o en un discurso extenso, como una novela o una comedia.”

El caso de nuestro escritor, por la propia naturaleza de la obra, es, lógicamente, más bien el primero: el de la frase aislada. Así, por ejemplo, Golescu se permite hacer un juego de palabras con el vocablo *rîs* (que en rumano significa tanto *lince* como *risa*):

*“... nici pentru pielea samurului și a **rîsului**, pentru care de **rîs** am rămas.”* (p. 51) [*]

Si se nos permite un inciso, un caso similar -por lo que tiene de carácter lúdico-lingüístico con un sentido irónico- encontramos, por ejemplo, en el *Viaje de Italia* de Moratín (1988, 181), concretamente en una referencia a la ciudad de Génova:

“Esta ciudad, en que hay tal inteligencia en el comercio, no hace gran papel en materia de literatura, y se dice comúnmente que en Génova no se conocen más letras que las de cambio.”

Volviendo a nuestro autor, es él mismo quien, en otros casos, se atreve a clasificar -irónicamente- algún hecho como algo digno de risa, aunque no se trate precisamente de un hecho cómico, sino más bien de todo lo contrario:

“De rîs lucru este sã vazã cinevaș cã stãpîinii pe dobitoace din nașterea lor cu mare îngrijire le cautã cum sã le înețe a umbla și a sta frumos (...); iar pe oameni ce Dumnezeu i-au fãcut, și cu chiar icoana lui sãmuindu-i i-au cinstit, și pentru ei pãtimind, din moarte i-au scãpat, sã-i vazã, zic, cã-i lasã rãtãciți, în cãile neștiinții, în petrecanie mai rea decît dobitoacele cele necuvîntãtoare,...” (p. 57)

Si en el ejemplo anteriormente citado, la impronta jocosa de Golescu no deja de ser un mero juego lingüístico, en éste último el sentido del humor de nuestro viajero se confunde con otro elemento algo más propio de su estilo: la ironía.

1.3.1.5) La ironía

De entre los varios procedimientos retóricos que imprimen a *Însemnare* un fuerte tinte polémico, la ironía es sólo uno de ellos. Dejando al margen la posible consideración de que no hay ironía en el escritor, sino en la recepción que el lector puede tener del texto -lo cual en Dinicu Golescu es bastante cierto, por la continua referencia que tanto emisor como receptor tienen de la realidad-, en el relato de viajes de nuestro boyardo nos encontramos con varios -aunque escasos- momentos donde los acontecimientos están contados con una segunda intención, con un segundo tono:

“... pe amîndoao în veci sã exportarisește moneda, neinportarisindu-sã pe nici un hotar mãcar un ban.”
(p. 111)

En este caso concreto, el autor combina un cierto humor con el sarcasmo y con el dolor que le produce que en su patria las únicas exportaciones que se hacen, en vez de materia prima y productos manufacturados, sean las de moneda, es decir: el dinero que les pagan a otros países.

No es que dé muestras de ser un maestro en el arte de afirmar o comentar con ironía; sin embargo, si desde la distancia espacial y temporal sabemos *leer entre líneas*, sí encontraremos algunos pasajes no exentos de ella:

“*Spitalul nebunilor, pe carii n-am avut noroc să-i văz, căci nu mi-au dat voie dohtorul, cerîndu-m destulă iertăciune, pricinuind că sînt îmbrăcat cu haine turcești, și cum mă vor vedea, toți să vor turbura atît, încît spitalul să va amesteca. Pentru care, adevărat mi-au părut foarte rău, dar nu căci nu-i am văzut, ci de ciudă, pentru ce numai nebunii să nu poată suferi de a vedea turc ...*” (p. 28)

La ironía de Dinicu Golescu, como propugna M. Anghelescu (1990, XLIV), puede ser directa, nacida del resultado de una clara comparación, cuyos términos se enmarcan perfectamente en la referencia más inmediata del interlocutor. Éste es el caso, por ejemplo, del pasaje en el que compara a las damas rumanas, -que él califica, irónicamente, de *millonarias*- con las vienesas, que son pobres porque “... *toată marfă să ia pe răboj.*” (p. 35). Que esto está afirmado irónicamente se entiende sólo si el receptor conoce la referencia real; el lector sabe que eso no es así.

Pero hay otros pasajes, quizás mucho más directos: Dinicu Golescu llama “*sfînțîia lor*” a los monjes corruptos (p. 68) o habla de “*profesori de asemenea învătătură*” (p. 49) refiriéndose a los que, con su poder económico político y social, abusan del campesino que tiene que tributar por encima de sus posibilidades. Pero particularmente irónico resulta que califique de “*milostivii domni*” (p. 112) precisamente a los que están llevando al País rumano a la más absoluta de las pobrezas.

Un ejemplo curioso de ironía, bastante más aséptico y mucho menos comprometido, nos lo ofrece la siguiente sentencia:

“*Apoi în Mediaș, iar măricel și frumos oraș.*” (p. 82)

Curioso porque, si bien la intención denunciadora del anterior era inmediatamente captada por el lector, en este hemos de suponer un cierto conocimiento de los neologismos de la lengua rumana por parte del receptor. El significado de la palabra *Mediaș* -en este caso, el nombre de

una ciudad-, no tiene por qué entenderlo un campesino, por ejemplo, para quien la palabra pertinente sería *jumătate* o, en su defecto, *miază*. Sólo una persona instruida y cultivada en otras lenguas se percatará de lo que *Mediaș* quiere decir y sólo así entenderá que posteriormente apostille “*iar măricele și frumos.*”

1.3.1.6) El estilo oral

Al dirigirse a un gran número de lectores, con un *status* intelectual indefinido o, en cualquier caso, diverso, nuestro boyardo busca de un modo natural poder utilizar una lengua sencilla, modelada en gran medida por las características de la lengua hablada del momento y por el estilo conversacional. La fórmula empleada por Golescu es, en palabras de M. Zăciu (1972, 13), “... *oratorică, ține de discurs*”. Por su parte, L. Jucu-Atanasiu (1978, 3) señala:

“Prin utilizarea frecvență a exclamațiilor și interogațiilor retorice, scriitorul este aproape nu numai de cronicarii întârziți și de scriitori luminilor deceniului său, ci și de generația pașoptistă.”

La oralidad con la que se dirige al lector viene, en gran medida, determinada por una serie de procedimientos estilísticos propios de una mera conversación, los cuales se nos presentan bajo los siguientes epígrafes:

A) Invocación y exclamación

“*Vă rog, sfinților!*” (p. 31)

“*O! Ce deosebire de la noi; ...*” (p. 34)

“*O! Cum îmi aduc aminte ...*” (p. 52)

“*O! Cât ne-am folosi toți de obște ...*” (p. 88)

B) Expresiones propias del acto de habla, como pueden ser el uso de formas verbales con el verbo *a zice* (*zic, am zis, pociu zice ...*) y de otros verbos (*vorbesc, numesc, povestesc...*):

“*Zic vînzarea dijmăritului, ...*” (p. 52)

“*Am zis pentru nedreptele dări...*” (p. 52)

“*Și ce, vorbesc într-un zădar?*” (p. 53)

“*Ci îl numesc căci mă făgăduiesc să scriu adevărul ...*” (p. 85)

“*Dar ce zic? Rază?*” (p. 112)

“*Am zis minunată, ...*” (p. 112)

C) Preguntas retóricas

“*Cum puteam ...?*” (p. 3)

“*Cine poate zice că așa este plăcut dumnezeirii?*” (p. 31)

“*Dar în care colț de pământ se află astăzi această patrie?*” (p. 57)

“*Dar ce folos?*” (p. 83)

D) Incisos verbales

Detienen la acción o la descripción al tiempo que aclaran un aspecto o llaman la atención sobre algo o alguien:

“*Mult m-am depărtat din cetatea Vienii,...*” (p. 21)

“*Să nu socotească cinevaș că ...*” (p. 85)

“*Acum judece fieșcare...*” (p. 102)

“... (căci este Kronștat și în Rosia și trebuia să fac deosibire).” (p. 103)

La oralidad del discurso se ve frecuentemente apoyada por la utilización en el texto de una serie de metáforas características del lenguaje familiar así como del ámbito rural. A través de esta -consciente o inconsciente- complicidad con su lector, Golescu toma, de este modo, referencias del mundo del boyardo y, muy especialmente, del mundo del campesino para que su texto sea más cercano a éste último y, por consiguiente, mejor entendido. De este modo nuestro viajero adquiere naturaleza de *traductor*, como califica J.C. Gomes da Silva (1981, 37) a los viajeros occidentales que en el medioevo llegaban a la Indias:

“*O viajante ocidental é un <<tradutor>>. O seu principal labor consiste, muitas vezes, em verter uma realidade nova nos termos da que lhe é familiar. Ele pode deslocar-se no Oriente sem abandonar a paisagem do seu próprio país. Dir-se-á que este fenómeno de transposição é inevitável...*”

Veamos algunos ejemplos de nuestro autor:

“... folos măcar **cît bobul de meu** ...” (p. 21) [*]

“... ar trebui **o bunicică căruță** să le încarce ...”
(p. 38) [*]

“... și cel ce va aduce numai **cît un grăunt de meu...**” (p. 53) [*]

“... întocmai **ca la cazacul care scoate rachiul...**” (p. 63) [*]

“... **parcă descarcă cară cu fîn** într-o șîră ...”
(p. 64) [*]

“... luntrii neguțetorești încărcate **ca un munte.**”
(p. 76) [*]

“... întocmai **ca sacaoa de apă...**” (p. 77) [*]

“... o albă spumă, **ca zăpada umflată...**” (p. 113)
[*]

“... **un chip de căiță** cu pervaz...” (p. 115) [*]

Este tipo de descripción es básico para que un campesino, partiendo de un elemento que le resulta familiar, pueda hacerse una idea clara del nuevo elemento que no conoce. Se trata -del mismo modo que, según A. Medam (1982, 63), ocurría con Michel Eyquem, señor de Montaigne- de “... *Reconduire l'inconnu au connu! Conforter l'édification du monde cultivé par la prise en compte du monde cultivé...*” Por ello, como opina S. Carrizo Rueda (1997, 22) basándose en las premisas establecidas por Juan Luis Vives (1492-1540), “... *muchas veces, para exponer algo desconocido, las descripciones reúnen un conjunto de aspectos conocidos.*” Estas formas de presentar la novedad, en consecuencia, “... *demuestran que los conjuntos resultantes de sumas de elementos familiares fue una solución descriptiva ya utilizada dentro del género <<relato de viajes>>...*” (Ídem)

Como podemos comprobar, el deseo de ser transparente y de que su escrito llegue al lector es considerable. Pero el hecho de que recurra a este tipo de explicaciones que no hacen sino mantener al lector en un cuadro expresivo familiar, no significa, no obstante, que Dinicu Golescu anteponga las particularidades lingüísticas regionales o populares al prurito estilístico de una lengua, si no literaria, cuidada. Prueba manifiesta de esta intención es la lista de erratas que, como ya ha señalado M. Angheliescu (1990, XLIII), él mismo corrige en sus *Adunare de pilde*. Son correcciones y modificaciones “... *la care recurge din dorința evidentă de a pune un cuvânt mai “literar” în locul unui familiar sau popular (...)* sau măcar pentru a renunța la o formă simțită ca populară”.

1.3.2) LA RELACIÓN CON LOS PERSONAJES

1.3.2.1) La ausencia de personajes

Al menos, en lo que se refiere a la conformación del hilo narrativo. En el apartado 1.3.3.1 veremos cómo Golescu incluye, esporádicamente, personajes (un inglés, un alemán...) sobre los que narra algún hecho, pero no son personajes definidos que tengan un peso específico propio a lo largo del viaje. Ninguno de ellos aparece más de una vez; se limitan al simple acto de presencia en un momento concreto y determinado, nada

más. Ni siquiera sabemos nada acerca de las personas que podrían haberse asomado con cierta frecuencia a las páginas del texto: sus compañeros de viaje. Sí ocurre con otros autores, donde la inclusión de aquéllos parece ser uno de los necesarios y más que recurrentes lugares comunes de las novelas de viajes, tal y como plantea C. Pérez Gállego (1995, 48):

“El viaje busca compañía -incluso para ciertas definiciones políticas se ha hablado de <<compañero de viaje>> -...”

Pero Golescu -no lo olvidemos- no es novelista, no crea un grupo de personajes para que vayan surgiendo a lo largo del relato. Ni siquiera el inglés vuelve a hacer acto de presencia para increparle con otro asunto, lo cual le habría proporcionado la explotación de un recurso, como sería la existencia de un *antagonista* o de un *alter ego*, que le brindara al autor la oportunidad de interpolar más digresiones. La intervención de otro personaje -el alemán con el que se encuentra en Trieste- no aporta más que una nota de comicidad al describir la escena en que éste le amonesta porque Golescu sólo pasó un día y medio en Milán (p. 75). Y del médico amigo suyo que está alojado en casa del carbonero (pp. 46-47) nada volvemos a saber; es pura anécdota, un episodio puntual del que Golescu se sirve para expresar sus ideas.

No les concede tampoco el rango de personajes a otra serie de personas que sí podrían tenerlo, como pueden ser los cocheros -nada sabemos sobre ellos- o los posaderos, que aparecen como meros puntos de apoyo textual, meras referencias. En Golescu, el posadero o el criado de una posada simplemente se limitan a dar una información al viajero. No deja de parecernos interesante comprobar cómo en otras ocasiones, por lo general, estas personas no son más que un elemento introductorio de otros individuos, como aldeanos o campesinos:

“... și întrebînd pe sluga birtului cine lăcuiește într-aceea casă, mi-au spus că un sătean.” (p. 97)

“Atunci l-am întrebat (...). El mi-au răspuns că ...”
(p. 98)

“... întrînd un sătean în odaia ce eram ne-au întrebat de este primit să stea cu noi de vorbă pentru petrecerea de vreme (...) și întrebîndu-l unde a învățat ellinica mi-au răspuns că ...” (p. 101)

“... am întrebat pe birtaş ce om este. El mi-au răspuns că este țăran plugar...” (p. 103)

Los campesinos o aldeanos que aparecen casualmente en las posadas se encuentran entre las pocas personas con quien nuestro viajero mantiene conversaciones, entre los raros casos donde la oralidad de un supuesto diálogo está más que explícita, gracias a ese continuo juego de preguntas y respuestas que, en el fondo, no deja de ser más que un recurso, una manera de articular el relato, como ocurre en otras narraciones de viaje. Así nos lo explica C. Pérez Gállego (1995, 48):

“... desde este postulado se podría proponer que la inmensa mayoría de las obras de viaje son <<sistemas dialogales>> que se van sucediendo, con diferentes personas y en distintos lugares.”

Un tópico -más que un personaje en sí- si no de los libros de viajes, sí de la época, parece ser la aparición de la hija del/de la posadero/a. Curiosamente suele ser una niña con una edad comprendida entre los 9 y los 12 años que, por lo general, o es descrita como *muy lista* o como con talento para la música o la danza. Así, de la hija del posadero suizo que describe Golescu (p. 101), sabemos que tocaba el clavicordio y que obsequia a los invitados con una interpretación. En el libro de Théophile Gautier, *Voyage en Espagne*, nos encontramos (1881, 176) en el toledano pueblo de Illescas con la hija de la hospedera, una chica de aproximadamente 12 ó 13 años que resulta ser muy inteligente y con la cual Gautier consigue mantener algo parecido a una conversación. Pero sigue siendo un elemento más a disposición del escritor:

“... j’entamai avec ma chasseuse d’insects un dialogue que mon ignorance de la langue espagnole bornait nécessairement beaucoup. Cependant, avec l’aide de mon dictionnaire diamant, je parvins à soutenir une conversation fort passable pour un étranger.”

En el relato de nuestro rumano, los únicos *personajes* que encontramos simplemente mencionados dentro de lo que es la propia narración, como personas con nombres y apellidos que hacen con él alguna parte del viaje -y al margen de referencias históricas, artísticas o literarias-, son, precisamente, personas reales: el *logofăt* Manolache

Băleanu, Iancu Bălăceanu y Elenca en su primera incursión (p. 80), y sus cuatro hijos en la tercera (pp. 95 y 108). Pero, básicamente, podemos considerar que Dinicu Golescu realiza sus distintos viajes por Europa prácticamente solo. El boyardo no parte de una ciudad con un grupo de amigos o compañeros de viaje; cuando éstos aparecen lo hacen de un modo meramente accidental y anecdótico, incluso como artificio literario. Sobre estos viajeros solitarios señala A. Maćzak (1992, 197):

“Un numero notevole di autori di relazioni di viaggio é composto di persone che viaggiavano da sole. È difficile dire se si trattasse di solitari nati, (...). Il turista solitario, nel corso del viaggio, di rado rimaneva solo. Di regola allacciava effimeri rapporti di conoscenza e di amicizia, giungeva in una locanda con amici occasionali...”

Fuera nuestro viajero un solitario nato o no, lo cierto es que, lógicamente, esa soledad -intencionada- le proporciona el ambiente más que adecuado para poder observar con profusión de detalles los territorios por los que va pasando. No hay lugar así para la distracción o para el alejamiento del objetivo inicialmente propuesto.

La ausencia de personajes provoca una falta de estructura en forma dialogada. Esto hace posible que Dinicu Golescu se centre, principalmente, en formas narrativas de diferentes tipos como contrapeso que equilibra su discurso. Es él mismo quien se desdobra en varios personajes; al carecer de éstos como tal, se centra en el lector.

1.3.3) LA RELACIÓN CON EL MUNDO

1.3.3.1) Las limitaciones lingüísticas

Nuestro compatriota José María Blanco Crespo (1775-1841), más conocido como Blanco White, decía lo siguiente (1972, 38):

“... el que viaja equipado con un imperfecto conocimiento de la lengua del país tropezará con enormes dificultades al pretender hablar con sus habitantes y comprender lo que ellos mismos piensan y opinan y se verá obligado a la temeridad mental de decidir por sí mismo en más de una cuestión poco clara...”

Un hecho nos resulta llamativo: en el relato de Théophile Gautier *Voyage en Espagne* (1881), pongamos por caso, también existe una preocupación por dejar claro la lengua que se emplea en la comunicación de personas con diferentes nacionalidades. Cuando se viaja, la comunicación es posible en la mayoría de las ocasiones porque, o bien siempre hay alguien que habla la lengua del viajero, o bien se conoce la lengua del país al que se va. Ya decía Landgrave de Hesse (1736, 2):

“La première chose & la plus nécessaire à un Voiageur, c’est d’apprendre la Langue des Païs où il veut aller. Autrement, point de conversation & sans elle, point de plaisir.”

Parece deducirse que el ser humano se ve en la imperiosa necesidad de no sentir el desarraigo que le produce el hecho de encontrarse en una tierra extraña, desposeído de su preciado patrimonio interno, de la lengua. La posibilidad de poder hablar su lengua materna es, aparte de una enorme satisfacción, un hecho necesario. Como comenta Julio Llamazares (1998a, 85) acerca de Joseph Townsend (1739-1816), médico y mercader inglés que visitó Madrid entre 1786 y 1787:

*“Estando por Sol, la casualidad hizo, no obstante, que se encontrara con una persona que hablaba su lengua y que resultó no ser otros que el antiguo secretario del embajador de España en Gran Bretaña, don Francisco de Escarano, el cual, no muy ocupado al parecer y **encantado sin duda de poder volver a practicar el inglés con alguien**, le acompañó a la calle que buscaba, le invitó a cenar y se puso a su entera disposición para lo que precisara.” [*]*

En el peor de los casos siempre se está a tiempo de ir aprendiendo la lengua del país que se visita a medida que se va viajando, en el supuesto caso de que se trate de viajes de cierta duración. J. Cantera (1998, [44]) observa a propósito de Théophile Gautier:

“Parecería natural pensar que, al llegar a Granada, después de varias semanas por tierras de España, los progresos en lengua española serían ya muy notables.”

Pero, sin embargo, nos dice que la dueña de la pensión donde se hospedaron en la calle de Parrayas había vivido mucho tiempo en Marsella y que eso fue una razón determinante para que se alojaran allí, ya que su vocabulario español era aún muy limitado.”

La preocupación por la lengua, por la comunicación, también está presente en otro de los viajeros que visitaron España, como es el caso de Hans Christian Andersen (1988, 53):

“Era muy animado y en seguida [sic] entabló conversación con nosotros. Hablábamos una mezcla de español y francés ligados por la recíproca adivinación.”

Vemos, por consiguiente, una explicación lógica en el hecho de que la comunicación se pueda producir. Sin embargo, no deja de parecernos bastante curioso que el boyardo rumano se pasee tan impasiblemente por territorios europeos tan distintos lingüísticamente, como Hungría, Suiza, Bratislava, Alemania, Italia, etc., y no haya nunca ni el menor atisbo de que la comunicación no siempre es posible, de que en alguna ocasión tiene dificultades para entenderse o para que lo entiendan, ¿Hemos de suponer que conocía las lenguas de todos estos lugares? A juzgar por lo que sabemos de su vida, esta posibilidad queda descartada. ¿Hablaban, entonces, rumano los habitantes de todos esos territorios? Tampoco nos parece probable.

Dinicu Golescu es consciente de que muchas palabras tienen que ser definidas o de que, al menos, necesitan una explicación auxiliar con la ayuda de lo que Nida y Taber -según E. Torre (1994, 96)- llaman *classifiers*:

“A veces, el mismo texto, puede ofrecer una explicación (Nida y Taber 1974: 109, 1986: 150) mediante la adición de “clasificadores” (classifiers) a los términos de la LO que puedan ser totalmente desconocidos en la LT: “animales llamados camellos”, “una piedra preciosa denominada rubí”, “la ciudad de Jerusalén”, “el rito del bautismo”.”

Aunque sabemos perfectamente que Golescu no está realizando la traducción de ningún texto de una lengua a otra, el ejemplo nos es perfectamente válido para denominar lo que el escritor rumano hace cuando incluye una palabra -sean neologismos, sean préstamos de otras lenguas-, acompañada de una explicación, no a modo de nota, sino inserta en el mismo discurso narrativo y como ayuda a su inmediata identificación semántica:

“... *pe unde este și acea groaznică **pustă**, adecă locul tot nisipos...*” (p. 11) [*]

“*Are și destule **fiachere**, adecă carite și calești...*” (p. 15) [*]

“... *locurile de semănături toate sînt, cum am zis, **cvadrate**, adecă în 4 colțuri...*” (p. 77) [*]

“**Papirmile**, adecă moară de hîrtie.” (p. 103) [*]

Acotaciones de este tipo también estarán presentes en otros autores rumanos como, por ejemplo, Dimitrie Bolintineanu (1982, 72):

“**Cuș-Adasi**, adică Insula paserii.” [*]

En Costache Negruzzi (1977, 315):

“*Știi ce este **Camara**? (...). Camara este cantora sărăriilor...*” [*]

Y con mayor posterioridad, en Nicolae Filimon (1982, 75):

“**Omnibus** este un termen latin, care în limba română va să zică <<pentru toți>>.” [*]

Como si de un diccionario se tratara, en los casos en los que utiliza neologismos que, posiblemente, no todo el mundo conoce, define y da la explicación pertinente de una palabra teóricamente desconocida por el lector. Son sus célebres notas.

Este fenómeno forma parte de ese afán de aportación léxica que tenían los autores de la época, si bien en Dinicu Golescu el factor utilitario se antepone al estético-literario. El viajero, cuando viaja, quiere dar a conocer nuevas palabras a sus conciudadanos y siempre pone atención en explicarlas. Veamos algunos ejemplos de otros escritores:

*“La costumbre de dormir después de la comida, que llamamos **siesta**...”*(Blanco White, 1977, 71) [*]

*“Las sillas de montar que se llaman **albardones**...”*
(Idem, 124) [*]

*“Esta colección de muñecos, llamada **nacimiento**...”*
(Idem, 244) [*]

*“Un ligero refrigerio de tortas navideñas llamadas **hojaldres**...”* (Idem, 244) [*]

*“... al separarnos le di un **Tüنگeld** o para beber, como aquí dicen.”* (Gil y Carrasco, 1999, 236) [*]

*“Nous passons par le **pudridero** (le pourrisoir)...”*
(Louis Teste, 1872, 56) [*]

*“La **bandurria**, beaucoup plus petite, ressemble un peu à la mandoline italienne. Elle est garnie de douze cordes, et se joue, ainsi que la **citara**, au moyen d’une lame flexible, d’ivoire ou d’écaille, appelée **púa**.”* (Charles Davillier, 1874, 40) [*]

*“Les innombrables morceaux de bois qui composent la coupule s’enchevêtrent les uns dans les autres avec une variété infinie qui défie toute description. Ce genre de travail, d’une complication extrême, s’appelle, en espagnol, **artesonado**.”* (Charles Davillier, 1874, 185) [*]

En otras ocasiones, por el contrario, resulta ser el lector quien tiene que adivinar o imaginar a qué palabra se está refiriendo el autor, como sucede, por ejemplo, con una escritora del siglo XX: la mallorquina Maria-Antònia Salvà (1998, 31):

*“A la entrada i sortida de Santa Sofia, uns ninets mahometans, copetjant-se el front i somrients, m’han demanat bakchis.”**

* Es el lector el que tiene que interpretar que la palabra significa *propina*.

E incluso con viajeros anteriores; el irlandés Laurence Sterne escribe (1968, 3):

“The moment I cast my eyes upon him, I was predetermined not to give him a single sous;...” [*]*

* Es el lector el que tiene que interpretar que se trata de dinero.

Otros, llevados por un espíritu filológico, se aventuran en la procedencia etimológica o, cuando menos, en una explicación acerca del origen de la palabra:

“... la Giralda, ainsi nommée parce que cette tour de trois cent cinquante pieds (...), est surmontée d’un beffroi qui porte une statue colossale de la Foi en bronze, laquelle est posée de manière à tourner sur elle-même au moindre vent, girar, tourner.” (Louis Teste, 1872, 179-180)

“Estos lugares se llaman alamedas, de la palabra álamo.” (Blanco White, 1977, 71)

“Cette campagne s’appelle la Huerta de Valence, hortus, jardin.” (Louis Teste, 1872, 208)

Incluso hay quien llega a consultar el diccionario, como ocurre con Charles Davillier (1874, 501):

“La Venta, dit le Dictionnaire de la Academia, est une maison établie sur les routes et dans les despoblados...”

Por lo que respecta a Golescu, observamos que, por lo general, no va más allá del mero apunte léxico. Echamos en falta la aparición de frases, expresiones, denominaciones o dichos propios del lugar, como sucede con otros autores:

“Il y a en Espagne un diction sur Jaën: <<Laide ville, mauvaises gens,>> qui ne sera trouvé vrai par aucun peintre.” (Théophile Gautier, 1881, 200) [*]

*“... occupés à **pelar la paba** [sic] (plumer la dinde), c’est à dire faire la conversation avec leurs novias à travers les grilles.”* (Théophile Gautier, 1881, 216) [*]

*“... entretenimiento que el idioma del país expresa con la extraña frase de **pelar la pava.**”* (Blanco White, 1977, 71) [*]

*“La frase usual en estas ocasiones es **¡Angelitos al cielo!**”* (Blanco White, 1977, 240) [*]

“... porque resulta que ahora <<sangran>> al río como dicen los paisanos.” (Hans Christian Andersen, 1988, 64) [*]

“La senda es llamada <<el camino de los muertos>>...” (Hans Christian Andersen, 1988, 127) [*]

*“Cet exercice favori des fiancés est désigné par l’expression: **pelar la pava**, littéralement **plumer la dinde** et les novios sont appelés **peladores de pava**, plumeurs de dinde.”* (Charles Davillier, 1874, 457-458) [*]

Pero si de algo ha de cerciorarse el viajero es de que la expresión que oye, recoge y transcribe es exacta y fiel a la real. No le vaya a suceder como a Mihail Kogălniceanu en sus *Notes sur l’Espagne* (1846) quien, bien por una mala audición o bien por una peor transcripción a la hora de redactar el libro, nos ofrece ejemplos (1982) como los siguientes:

*“... ciobanul și păstorul sînt armați cu navaja, cu **arabuco**...”* (p. 48) [trabuco] [*]

“... el **arrero** nu trece fără să-ți zică: Dios guarde a **noted-vaya noted** con Dios.” (p. 49) [arriero, usted] [*]

“Dintîi bisericile, sârbarea Sf. Antonie, la **much** **Buena**, los **nascimentos**, la **garzuela**, (...) las corridas de **venillos...**” (p. 54) [Nochebuena, nacimientos, zarzuela, novillos] [*]

O como, por ejemplo, al francés Louis Teste (1872, 185):

“*En traversant le Patio de los Naranjos, au milieu duquel...*” [Naranjos]

Cabe en todos estos casos hablar, incluso, de un mal trasvase desde una ajena fuente original, como nos señala M. A. Vega (2000, 14) al hacer referencia a la *Relation du voyage d’Espagne* (1691), de Marie Cathérine Jumel de Barneville, Condesa d’Aulnoy (1650-1705):

“... hay que decir que las pocas reproducciones de frases y voces indígenas que Madame d’Aulnoy reproduce en su *Rélation* no siempre están tan limpias de polvo y paja de la incorrección lingüística como para presumirla buena conocedora del castellano. Citas en original castellano como María sue concebida sin pecado original (*María fue concebida sin pecado original*), guap (*por guapo*), Socodebet (*por Zocodover*) (...), pudieran hacer creer no sólo que no conoce suficientemente el castellano, sino lo que es más, que, al leer, está interpretando mal grafías de una posible base documental.”

Los casos con los que podríamos ilustrar esta mala audición y/o transcripción por parte de algunos autores podrían ser interminables, pero centrándonos en nuestro escritor; todavía cabe resaltar algo más: ¿qué lengua habla Golescu con sus compañeros de viaje? ¿Se supone que eran todos rumanos? ¿Imaginamos que todos hablaban rumano? Si no es así, ¿hablaba en otra lengua con ellos? ¿Hemos de suponer, tal vez, que se comunicaba con la ayuda de los manuales y guías viajeras multilingües que ya existían en el XVII europeo? A. Maçzak (1992, 54) nos da cuenta de ellos:

“Parecchi di essi danno più rilievo ai vocaboli, riportano sinonimi eccetera; altri invece hanno il compito di far conoscere la realtà del paese e del viaggio. (...). Come oggi esiste un dizionario velistico oppure tecnico in otto lingue, così già nel Seicento esistevano i popolari Dialogi Gallico-Anglico-Latini di Gabriel du Grès (Oxford 1639), oppure La nuova nomenclatura di quatro lingue, scritta in francese, tedesco, italiano e latino di Nathanael Duhesius (Leida 1664) o I dialoghi in quattro lingue: francese, spagnolo, italiano e tedesco, elaborati da un gruppo di autori ed editi ad Amsterdam nel 1656.”

Casi nada sabemos acerca de los acompañantes de Dinicu Golescu. Por una parte, tan sólo sabemos que en su primer viaje iban con él los ya citados (Vd. 1.3.2.1) Manolache Băleanul, Iancu Bălăceanu y Elenca, la hermana de éste último -con lo cual entendemos que no hubo ningún problema porque hablarían en rumano o, incluso, en griego-, pero por otra, hemos de suponer la existencia del *famoso* inglés (Vd. apartado 3.2.1.1). Y es aquí donde se nos plantea la duda: ¿quién de los dos conocía la lengua del otro? ¿En qué lengua se comunicarían? Todo un misterio que nuestro viajero deja en la más absoluta de las incertidumbres. A juzgar por lo que nos dice, entre otros, D. Popovici (1972, 353), Dinicu Golescu no sabía inglés, pues la traducción rumana de la obra de Thomas Thornton (Vd. capítulo II, punto IV) “... a fost făcută după textul intermediar francez.”

Únicamente en una ocasión -curiosamente en una nota suya-, Dinicu Golescu (p. 59) da una referencia explícita de las nacionalidades que se encuentran en la diligencia que los lleva de Trieste a Viena: ingleses, alemanes, franceses, italianos, moldavos, un griego y un rumano: él. Pero es un caso aislado. La ausencia de personajes, como hemos visto, ocasionará también una práctica ausencia de comunicación, al menos explícitamente. Y eso se debe a una limitación lingüística. La relación que Dinicu Golescu pudiera tener con el mundo vendría determinada por el conocimiento de una serie de lenguas. Son ellas las que le van a permitir comunicarse y tener una noción clara -de primera mano- de cuanto acontece a su alrededor. Gracias al contacto directo *persona a persona*, el acopio de información que nuestro viajero podría haber efectuado desde el terreno, *in situ*, hubiera sido mucho mayor. Sin embargo, quizás como fruto de esas limitaciones lingüísticas, la visión de Occidente no es todo lo real y satisfactoria que hubiera sido deseable. Nuestro autor habrá de recurrir, con certeza, a fuentes documentales escritas allí donde su propia

incapacidad para entender y ser entendido se vea limitada. En su defecto, obtendremos un texto como el que realmente tenemos: prácticamente exento de expresiones lingüísticas propias de los lugares que visita y prueba más que evidente de su falta de contacto, de *inmersión* en la lengua y en la cultura. Dinicu Golescu soluciona la carencia acudiendo a su bagaje cultural, a su saber enciclopédico y a su conocimiento léxico. Desde la teoría, no desde la práctica.

2) LA SIMULTANEIDAD DE ESPACIO Y TIEMPO

A pesar de que espacio y tiempo son, en teoría, simultáneos en el libro de viajes de Dinicu Golescu, vamos a analizar por separado ambos elementos, más concretamente el itinerario que realiza y la cronología de su discurso.

2.1) EL ITINERARIO

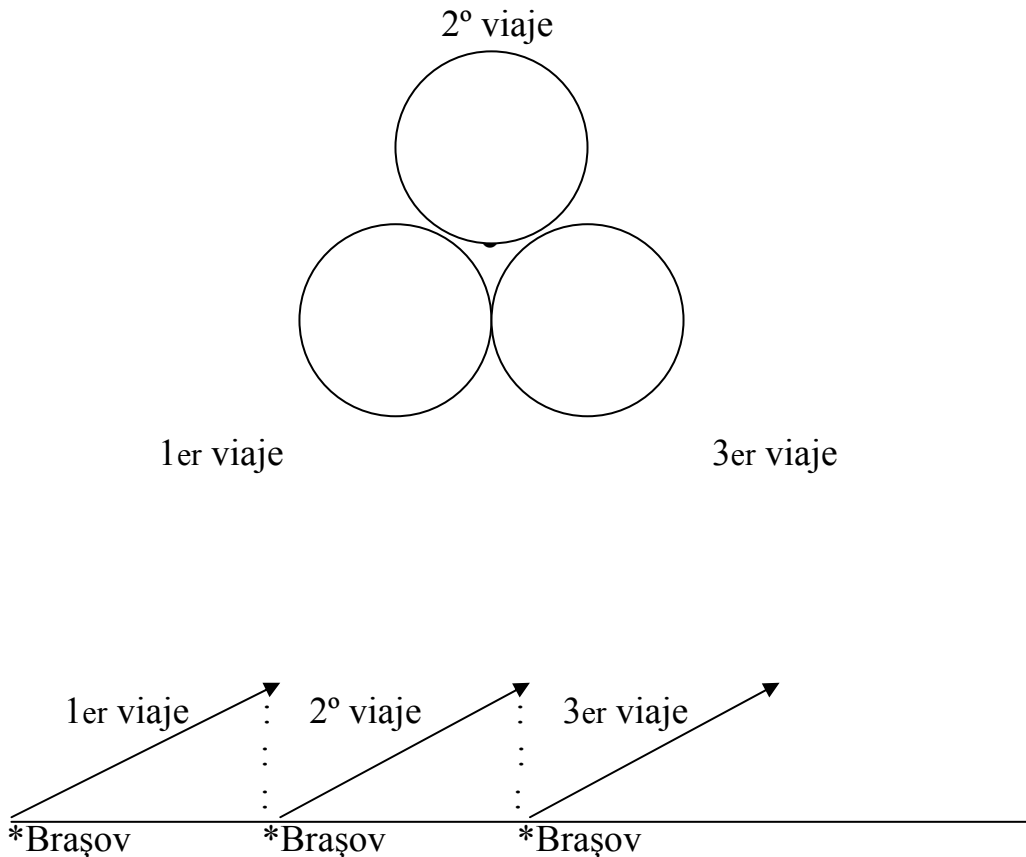
Sin rechazar categóricamente la opinión de autores como P. Álvarez de Miranda (1995, 109), quien considera que “... *Algunos viajes adoptan la forma de diario combinada con otra que es privativa del género, el itinerario...*” y que, por lo tanto, “... *el relato se articula en torno a ese doble hilo conductor, cronológico y espacial, en el que se insertan en mayor o menor número descripciones, vivencias, reflexiones, anécdotas...*”, somos de la opinión -siguiendo a G. Genette (1983, 20)- de que el itinerario del viaje es el que conforma propiamente el *récit primaire*, el cual se nos presenta “... *défini négativement comme la partie du texte qui n’inclut ni les digressions historiques, ni les considérations autobiographiques qui débordent le cadre temporel du voyage.*”

Es, efectivamente, la *primitiva narración*. Y quizás parezca una obviedad afirmar que la narración del libro de viajes se configura tomando como base el recorrido que se va efectuando “... *el cual constituye la urdimbre o armazón del relato, de modo semejante, por ejemplo, a la sucesión de reinados o el sistema de anales en el género cronístico.*”, según M. A. Pérez Priego (1984, 220). Pero el hecho de que sea obvio no indica que se deba ignorar; tanto el origen como el destino han de estar perfectamente reseñados por el escritor: se ha de dar a conocer al lector el lugar al que nos dirigimos.

Si aceptamos este supuesto, Golescu incumpliría una de las máximas de todo viajero: la especificación del punto de partida y la del punto de llegada. Sabemos que en las tres ocasiones sale de Braşov, pero nunca señala explícitamente cuál va a ser su destino final, pues en el primer viaje conocemos el lugar en el que acaba cuando nos dice (p. 78): “*Pină întru acest oraş al Italiiei mi-au fost călătoria...*”; del segundo

constatamos que tiene lugar por Transilvania, Hungría y Banat (pp. 78-85), y del tercero, que se realiza “... *din Braşov spre Bavaria și Elveția*” (p. 85). Hemos de llegar al final del camino para saber hasta dónde se ha hecho, lo que confiere quizás esa característica que tiene todo viaje: la incertidumbre ante lo desconocido. Se nos antoja el viaje como la vida misma: sabemos en qué lugar y en qué momento empezó pero no sabemos ni dónde ni cuándo terminará.

Podríamos, no obstante, intentar realizar dos diferentes gráficos de los tres viajes que nuestro autor efectúa. En el primer ejemplo, la figura resultante quedaría conformada por tres círculos con algunos puntos en común -que corresponderían a las ciudades o pueblos por los que nuevamente pasa- pero, sobre todo, con un idéntico punto central de partida, pues siempre se trata de la misma ciudad: Braşov. En el segundo caso, los viajes de retorno, no explícitos, están representados por una línea vertical discontinua:



El itinerario propiamente dicho que realiza nuestro viajero es el que detallaremos a continuación. Destacamos en negrita y a la izquierda los lugares en los que nuestro autor se detiene a realizar algún comentario o alguna apostilla. A la derecha reproducimos el nombre de las postas por

las que simplemente pasa, sin que apenas haya lugar para observación alguna al respecto; solamente las nombra. Entre corchetes los nombres de jardines, parques o haciendas que hay en una ciudad. Todos estos topónimos se ofrecen con su actual escritura, y no bajo su forma arcaica, como aparecen en el libro.

- 1er viaje: Año 1824: Comprende Transilvania, Hungría, Austria e Italia.

Braşov

Vlădeni

Şărcaia

Făgăraş

Also-Utsa

Gerelsau/Bradu

[Avrig] Se trata de una hacienda

Sibiu

Săcele

Miercurea Sibiului

Sas-Sebeş

Alba-Iulia

Teiuş

Aiud

Vinţul de Sus

Turda

Vîlcele

Cluj

András-Haza

Băgara

Petrind

Almaşu

Fechetău

Bárad

Aleşd

Tileagd

Băile Victoria

Oradea Mare: Desde aquí el camino más recto hasta Pest es por:

Berettyó Ujfalu

Nagy Bárad

Karcag

Kis Uj Szállása

TRANSILVANIA

Török-Szentmiklos	HUNGRÍA
Szolnok	
Abony	
Csegled	
Pilis	
Üllö	
Pest	
Buda	
Vörösvár	
Dárog	
Neudorf	HUNGRÍA
Nezsmühl	
Komárom	
Acs	
Gönyü	
Györ	
Hödervar	
Wieselburg	
Ragendorf	
Kittsee	
Hainburg	AUSTRIA
Bratislava	
Regelsburg	
Fischament	
Schwechat	
Viena	
[Clasi] Se trata de un parque	
[Volksgarten] Ídem	
[Paradaisgarten] Ídem	
[Prater] Ídem	
[Belvedere] Ídem	
[Schönbrunn] Ídem	
[Laxenburg] Se trata de una hacienda	
[Augarten] Se trata de un parque	
[Dornbach] Se trata de una hacienda	
[Kahlenberg] Ídem	
[Leopoldsberg] Ídem	
Baden	
[Helenenthal] Se trata de un bosque	
Neudorf	
Günsendorf	
Neustadt	

Neunkirchen	
Scholtwien	
Mürzzuschlag	
Krieglach	
Mürzho	
Bruck	
Rötelstein	
Peggau	
Graz	
Kaltsdorf	
Lebering	
Ehrenhausen	
Marburg	
Feistritz an der Drau	
Gonovitz	
Cilli	AUSTRIA
Sankt Peter	
Franz	
Sankt Oswald	
Podpest: localidad no identificada	
Ljubljana	
Vrhnika	
Unter Loitsch	
Planina	
Adelsberg	
Prewald	
Sessana	
Trieste	
Venecia	
Padua	
Vicenza	
Verona	ITALIA
Brescia	
Milán	
Pavía	
Cremona	
Mantua	

Hasta esta ciudad italiana llega su primera incursión. No deja de resultar curioso cómo en todo su viaje por Italia no hace mención alguna de las postas por las que pasa; simplemente termina el comentario de la ciudad en la que se encuentra y prosigue hasta la siguiente. En esta

ocasión no hay trayecto explícito. ¿Hemos de suponer que no realizó esta parte del recorrido o que, para no detenerse en minuciosidades y aligerar el relato, prescindió de estas paradas? En un escritor donde la exhaustividad parece ser una de sus características, ¿a qué obedece esta ausencia?

- 2º viaje: Año 1825: Es un viaje por Transilvania, Hungría y Banat. Golescu nos da varios itinerarios posibles:

a) 1^{er} itinerario: De Braşov a Pest por Arad nos dice que hay que pasar por:

Sibiu
 Sas-Sebeş
 Oiştea
 Deva
 Lesnec
 Dobra
 Toc
 Saane
 Săvîrşin
 Văradia
 Radna
 Păuliş
 Arad
 Băttonya
 Mezö-Hegheş
 Oros-Haza
 Szentes
 Csongrád
 Alpar
 Csegled

Háromroza: Posiblemente se trata de una antigua posada del norte de Etyek, localidad situada al oeste de Budapest, cerca de Biatorbágy. Por aquí pasaba la ruta de los carniceros, según podemos leer en L. Kiss (1988, 571).

Pilis
 Üllö
 Pest

No parece que él haya hecho este camino, a pesar de que nos da datos de algunas ciudades que, sin duda, conoce de segunda mano o de fuentes escritas.

b) 2º itinerario: De Braşov a Pest por el camino principal de la posta.

Desconocemos si lo hizo o no, aunque tendemos a considerar que no; tan sólo se limita a decir que tiene lugar por las siguientes localidades:

Sibiu
 Sas- Sebeş
 Deva
 Dobra
 Coşeviţa
 Cosova
 Făget
 Bujorul
 Lugoj
 Chizătău
 Recaş
 Timişoara
 Becicherec
 Comloş
 Mokrin
 Kanizsa
 Inarcs
 Szeged
 Szatymár
 Kis Telek
 Peteri
 Felegy-Haza
 Paka
 Kecskemet
 Lajosmizse
 Örkeny
 Inarcs
 Ocsa
 Soroksár
 Pest

Con Jean-Jacques Rousseau (1966, 541) podríamos decir: “*Peu nous importe, tous chemins sont bons pourvu qu'on arrive...*”

c) 3er itinerario: De Braşov a Mehadia, dice Golescu, el mejor camino es el de la posta y va por:

Sibiu
 Sas-Sebeş
 Deva
 Dobra
 Lugoj
 Szakul
 Caransebeş
 Slatina
 Teregova
 Corniia

Mehadia

d) 4º itinerario: Parece ser que es el que realmente él efectúa. Viajando de Braşov a Tîrgu Mureş nos dice que pasó por:

Mărtineni
 Gáfalva
 Micloşoara
 Dumitreani
 Tîrgu Mureş

Y desde aquí fue por:

Iernut
 Sighişoara
 Dumbrăveni
 Mediaş

- 3er viaje: Año 1826. Viajando de Braşov a Baviera y Suiza fue por la ruta de Timişoara, Pest y Viena.

Braşov
 Timişoara
 Pest
 Viena

Y viajando de Viena a Múnich pasó por:

Purkesdorf
 Sieghartskirchen
 Perschling
 Sankt Pölten
 Melk
 Kemmelbach
 Amstetten
 Strengberg
 Enns
 Linz
 Efferding
 Bauerbach
 Scharding
 Malching
 Lendorf: localidad no identificada
 Malktl
 Alt-Ölting
 Mühldorf
 Ampfing
 Haag
 Hohenlinden
 Passdorf

Múnich

De Múnich a Suiza, el camino fue el siguiente:

Pfaffenhofen
 Landsberg
 Buchloe
 Kaufbeuren
 Obergünzburg
 Kempten
 Isny

Wangen
Röthenbach
Lindau

A continuación ofrece el nombre de una serie de localidades que no se encuentran en el camino de la posta principal y que son:

Aschch
Enzisweiler
Kressbronn
Nonnenbach
Betzau
Giessenweiler
Oberdorf: localidad no identificada
Eriskirchen
Friedrichshafen

Desde aquí se va a:

Ofen (aldea de Baden; no ha de confundirse con Buda)
Manzell
Fischbach
Immenstadt
Kippenhausen: [Nos llama la atención que Golescu transcriba esta ciudad como *Rippen*. ¿Se trata de un error de copia de sus propias notas ($K > R$) o de un error de transcripción de una fuente de segunda mano? En este último caso, Golescu no habría pasado por dicha localidad y se habría limitado a copiar el nombre de alguna fuente documental, con la consiguiente confusión. Ésta sería una posible explicación si el alfabeto empleado por Golescu fuera el latino, pero no hemos de olvidar que nuestro autor escribe en cirílico y que, por lo tanto el paso -y la confusión- sería $K > P$].
Haagnau
Stetten
Meersburg
Konstanz
Frauenfeld
Islikon
Wintenthür

Tess
 Wallisellen
 Zurich
 Alstetten
 Dietikon
 Baden
 Meilingen
 Lenzburg
 Kilchberg
 Papiermühle

Berna

Gümmenen
 Biberen
 Murten
 Avange
 Henniez-Les-Bains
 Lucens
 Moudon

Lausana

Desde aquí fue a:

Vidy
 Preveranges
 Morges
 Dullit
 Dullit (Golescu considera que hay dos localidades con el mismo nombre. Lo cierto es, como recoge Gh. Pienescu (1998, 174), que “... *nu sînt două localități ci o localitate răsfirată cam pe vreo jumătate de kilometru...*”).
 Prangin
 Nyon
 Coppet
 Versoix

Ginebra

Éste es realmente el destino final del viaje de este tercer año. A partir de ahora, como el mismo Golescu reconoce (p. 111), se inicia el camino de regreso, que no realiza por los mismos lugares por los que ha pasado al venir. Con la intención de ver otros paisajes de Suiza y de llegar

hasta la célebre catarata del Rhin, cambia el itinerario desde Murten y pasa por:

Aarberg
 Büren
 Soloturn
 Wiedlisbach
 Der Mühle
 Olten
 Aarau
 Wildegg
 Habsburg
 Brugg
 Kaisersthul
 Naesteten: localidad no identificada

Una vez llegado aquí se dirige a contemplar la catarata de Rhin y después parte con destino a:

Büssingen
 Darfinghen: localidad no identificada
 Randegg
 Gottmadigen
 Riedern
 Singen
 Steisslingen
 Neuzingen
 Stockach
 Überlingen
 Meersburg
 Markdorf
 Hepbach
 Stadl
 Althausen

Nos comenta posteriormente que ha viajado por los siguientes lugares:

Thaldorf
 Oberzell
 Oterlo[r]h: localidad no identificada

Ravensburg
 Aelighecraif: localidad no identificada. Gh. Pienescu (1998, 187) apunta la posibilidad de que se trate de Heiligencreuz.
 Altdorf
 Weingarten
 Baienfurt
 Steclin: localidad no identificada
 Bergatreute
 Vogt
 Eintürnenberg
 Arnach
 Riedlingen
 Sfinghen: localidad no identificada
 Wurzach
 Beierz
 Frauenlot
 Dreherg: localidad no identificada
 Aintrach

Y dice que fue por:

Ferthofen
 Illerfeld
 Volkershofen
 Memmingen
 Ungerhausen
 Erkheim
 Obercamlah: localidad no identificada. ¿Oberkammlach?, se pregunta Gh. Pienescu (1998, 194).
 Oberauerbach
 Mindelheim
 Kirchdorf
 Wiedergeltingen
 Buchloe

Desde esta localidad salió al camino principal mencionado anteriormente. Y de Múnich, parándose solamente en Passau, fue a Viena. En este momento Dinicu Golescu da por finalizado su viaje por la Europa central y occidental, toda una hazaña a tener en cuenta, pues, en palabras de I. Simionescu (1937, 82), “... *O călătorie depărtată pe vremea aceia, constituia un adevărat eroism prin ostenele îndurate.*”

Hay, sin embargo, un hecho, quizá anecdótico, que no queremos -ni debemos- dejar desatendido: como hemos tenido ocasión de comprobar, Golescu no se limita a recorrer un camino ya marcado de antemano. Como novedad, le ofrece al lector la posibilidad -o al menos, la información- de que, aun manteniendo el mismo destino final, se efectúe el viaje por otra ruta alternativa, que él no hace, pero que, cuando menos, conoce o sabe que existe:

“De la Veneția și pînă la Fuzina, marginea pămîntului spre Italia, este cale pe mare de un ceas.”
(p. 68)

“Din Brașov mergînd la Peșta prin Arad...” (p. 78)

“Din Brașov iarăș mergînd la Peșta pe drumul cel mare al poștii, este prin Sibii, Sas-Sebeș, Deva, Dobra...”
(p. 79)

Este hecho responde, tal vez, a la intención totalizadora y exhaustiva que, por lo general, el escritor de libros de viajes -sea medieval sea romántico- parece tener. Según M. A. Pérez Priego (1984, 226), se trata de *“... un propósito totalizador, de describirlo todo, de incorporarlo todo al relato, aunque sólo sea mediante su simple mención (...) produciéndose con ello un espectacular amontonamiento de nombres y lugares. Pero, a pesar de ese primer impulso totalizador en el libro de viajes no todo es de la misma importancia para el viajero, por lo que el narrador se verá obligado a elegir y seleccionar los hitos fundamentales del itinerario. Esos puntos privilegiados serán, precisamente, las ciudades.”*

Ciertamente, las ciudades -cuanto más grandes e importantes mejor- conforman los verdaderos núcleos narrativos del relato o, al menos, los de más peso, pues el escritor parece encontrar la excusa perfecta para poder explayarse y hablar de lo que quiere. F. Martínez Laínez (1999, 30) argumenta al respecto de ellas y, concretamente, de la ciudad de Viena:

“Las ciudades, como las personas, tienen siempre ese aura invisible que podríamos llamar ánima o alma, en el sentido de aliento o realidad impalpable que vaga

alrededor de los vivos y se manifiesta en forma de acciones y sensaciones presentes. A veces, como en el caso de Viena, esa cualidad esencial es fácilmente aprehensible.”

Pero, además, quedarán eternamente en la mente del lector con la visión que de ella haya dado el viajero. “*Las ciudades, -señala J. F. Villar Dégano (1995, 31)- en verdad tan queridas de los viajeros, perviven como fotos fijas integradas en unos rasgos que van a especificar su daguerrotipo en el momento histórico en que fueron descritas. Es raro el viajero que aunque repita su viaje y lo cuente de nuevo redunde en las mismas fijaciones que en el viaje anterior.”*

En nuestro caso concreto, Viena y Múnich, como grandes centros urbanos que son, se erigen en las ciudades más importantes si atendemos al número de páginas que nuestro autor les dedica. Esta extensión obedece a la descripción de sus museos, de sus palacios, de sus jardines, de sus bibliotecas, de sus universidades, de sus hospitales... Llega un momento en que lo importante parece ser el número, la cantidad, con lo cual asistimos a interminables listas de tipos de hospitales o de escuelas. El entusiasmo que manifiesta por éstas últimas, por ejemplo, se ve aumentado, según I. Antohi (1978, 108) “... *prin faptul că vede în realizarea unor asemenea instituții un mijloc de a ieși din impasul în care se găsește propriul său popor.”*

Por si todo ello no fuera suficiente, Dinicu Golescu, haciendo uso de una técnica de relato amplificativa, tiene una magnífica ocasión para incluir sus digresiones. Este núcleo narrativo que constituye la *descriptio urbis* será el que le permita insertar toda una serie de discursos sociales, políticos, educativos, económicos, morales... El ritmo narrativo temporal se ralentiza -cuando no se detiene- en pro de la descripción. No hay que entenderlas, no obstante, como elementos antagónicos del relato; recordemos que para R. Dorra (1984, 516) son “... *dos funciones de un tipo único de discurso.”*

Siguiendo a M. A. Pérez Priego (1982, 227) extraemos una serie de preceptos teóricos basados en la tradición retórica clásica y catalogados en textos como los *Excerpta rhetorica* del siglo IV, concretamente en el capítulo *de laudibus urbium* que trata acerca de lo que la descripción de una ciudad debe contener:

“Sustancialmente, conforme allí se recomienda, la descripción debe atender a los siguientes aspectos: a la

antigüedad y fundadores de la ciudad (...), a su situación y fortificaciones (...), a la fecundidad de sus campos y aguas (...) a las costumbres de sus habitantes (...), a sus edificios y monumentos (...), a sus hombres famosos (...); para todo ello, en fin, se encarece el uso de la comparación, como era propio de todo el género epideíctico.”

Y si bien este esquema -que funcionó en toda la Edad Media, pero que, por ejemplo, según S. Carrizo Rueda (1997, 163) y otros, también fue utilizado, en parte, por la novela picaresca- no llega a respetarse íntegramente en la literatura de los siglos XVIII y XIX, sí podemos encontrar en nuestro autor la observancia, en menor o mayor medida, juntos o por separado, de alguno de estos presupuestos, tales como:

- Referencia a la antigüedad de la ciudad: “*Acest oraş Padua este zidit de ani 1700.*” (p. 69)

Tengamos presente que, como señala M. M. Serrano (1993, 83-84), “... *El cómputo cronológico se expresaba (...) tomando como punto de referencia el año de la publicación de la obra, a partir de la cual se contaba hacia atrás (...). El presentar la ciudad como un antiquísimo núcleo de población era condición indispensable para que ésta adquiriera verdadera relevancia.*”

- Referencia al fundador (o en su defecto, al libertador): “... *acel Gulielm Tel, carele au dezrobit pe acest neam...*” (p. 101)

- Referencia a la situación geográfica y a las fortificaciones: “*Oraş mic cu o cetate foarte mică, în judeţul Făgăraşului*” (p. 7)

Curiosamente, una descripción semejante encontramos en autores como, por ejemplo, Tito Livio (59 a. de C.- 17 d. de C.). Así, sobre la ciudad de Toledo, escribía: “*Urbs parva sed loco munita.*”

- Referencia a la fecundidad de los campos: “*Sămănăturile sînt: grîul, ovăsul, secară, orzul, pe care nu îl dau la vite, ci îl fac bere; rişcă, porumb puţin, cartofi; broşbe şi rădichi multe, varză, gulii, sfeclă, morcovi şi alte verdeţuri i legumi îndestule, cum şi toate felurimile de poame.*” (p. 86)

En el caso de nuestro escritor, en determinadas ocasiones la referencia es más bien a lo contrario, esto es, a la esterilidad o a la poca fertilidad del terreno: “*Locul lor este pietros, ...*” (p. 60)

- Referencia a las costumbres: “*Ulițile orașului sînt foarte late, pe care le udă și le mătură în toate zilele înaintea vremii plimbării.*” (p. 75)

- Referencia a edificios y monumentos: “*Tot întru această cetate este un turn foarte nalt...*” (p. 43)

- Referencia a hombres famosos (normalmente sus gobernadores): “*Acest oraș este scaunul împărăției Austrii, unde împărătește prea-înălțatul aftocrator Franțiscul al doilea...*” (p. 19)

“*La biserică Augustinilor este mormîntul arhiducesii Cristinii, soția lui Albert, stăpînitorul Saxonii, făcut de vrednicul de laudă și pomenire, scobitorul de piatră Canova.*” (p. 23)

2.2) EL TIEMPO

Parece de ley que lo primero que tiene que hacer el autor es delimitar cronológicamente el viaje realizado. En nuestro caso no hay duda; el mismo Golescu nos lo dice ya en el título: “*Însemnare a călătoriei mele. Constandin Radovici din Golești făcută în anul 1824, 1825, 1826*”. Vemos que están perfectamente establecidos los límites entre los cuales tiene lugar ese viaje. Por lo tanto, el tiempo de la narración se ajusta, en un principio, al tiempo lineal, conforme se va viajando y descubriendo nuevas realidades. Lo que acontece en ese momento es descrito por el escritor en ese preciso instante y no en otro. Al menos, así debería ser. Entra aquí en juego un factor muy importante dentro de la retórica de los relatos de viajes: el tiempo de escritura de ese viaje. Golescu narra los hechos a medida que van ocurriendo -si es que sucede algo-, pero no podemos afirmar a ciencia cierta que el resultado final -el diario que hoy tenemos en las manos- sea el mismo libro que él redactó. Nuestro escritor reúne el material compilado durante todos esos

años y lo reordena, lo recrea, pues en alguna ocasión manifiesta que algo “... *să coprind mai la vale...*” (p. 78). Es decir, el autor tiene sobre su *mesa de trabajo* tres años de redacción y, convertido en *narrador omnisciente* -salvando las distancias- que sabe lo que tendrá lugar a continuación, porque ya lo ha vivido, se permite hablar del futuro y hacer y deshacer a su antojo la *materia prima* de la que dispone, sus apuntes de viaje:

“*Biserica (...) a Sfântului Ștefan, (...) pentru care multe însemnasem, dar după (...) le-am rădicat.*” (p. 21)

“*Iar pentru închipuirea sămănăturilor (...) mai nainte voiu cuvînta.*” (p. 69)

“*Apoi va vedea călătorul și case...*” (p. 69)

Sin embargo, nunca sabremos cuál es su plan de ruta; no encontramos ni una sola referencia a lo que será su próximo destino o a lo que va a hacer al día siguiente. Edmondo de Amicis (1846-1908), pongamos por caso, en *Spagna. Diario di viaggio di un turista scrittore* (1873), tampoco era muy propenso a la precisión cronológica, tal y como señala I. Romera (2000, 19-20):

“*De Amicis no ha dejado indicaciones concretas acerca de la cronología de su viaje. El período inicial de la salida (...) se enmarca sin fecha concreta en esa <<mañana lluviosa de febrero>> en que sale de Turín y emprende su viaje.*”

Sí lo eran, por ejemplo, otros autores cuyo relato de viajes es realmente un dietario en el que el día a día sí cuenta: “*Demain je visiterai Burgos...*” proclama, por ejemplo, el francés Louis Teste (1872, 20).

El diario de Golescu no tiene carácter de dietario, no se basa en el día a día. “*Le mieux serait d’écrire les événements au jour le jour.*”, escribía Jean Paul Sartre (1938, 11). No nos consta que nuestro boyardo escriba diariamente o, si lo hace, al menos no queda explícito en la narración, pues no hay encabezamientos o epígrafes con fechas. De hecho, ni siquiera sabemos qué tiempo transcurre desde una experiencia a otra. Nos informa de la distancia que hay hasta un sitio o de las horas que se tarda en llegar de un lugar a otro, pero no tenemos una explicación fiel y

real del tiempo en el que algo acontece. Varios interrogantes se nos plantean: ¿Cuánto tarda en comer? (si es que come, porque nada dice acerca de ello) ¿Cuántas noches o días está en una posada? ¿Cuánto y cuándo duerme? ¿A qué hora se levanta? ¿A qué hora sale una posta con dirección a un pueblo? ¿Cuántos días pasa en cada ciudad? Nada de esto se nos manifiesta. Aunque para ser exactos -y justos- diremos que tan sólo en una ocasión, y muy sucintamente, como si se tratara de un comentario sin importancia o de un olvido que ha tenido en el discurso de su viaje, nos dice, curiosamente en el mismo pasaje:

“... am stat de multe ori, și cu poșta călătorînd, nămolit în tină, de cu sara pînă a doa zi dimineața; cum și de multe ori am dormit pe scîndură în odaia cîrciumii.”
(p. 106)

El tiempo cronológico, no obstante, está lleno de lagunas. Todo lo que sabemos es que el viaje tiene lugar entre 1824 y 1826. Bien es cierto que de vez en cuando da alguna fecha exacta, gracias a lo cual constatamos que tal día de tal mes y de tal año se encontraba en tal ciudad, en este caso, Württemberg:

“Și fiindcă în vremea ce mă aflam pe aceste locuri era în 10-lea octomvr.,...” (p. 115)

Prueba de que la redacción del libro no sigue un orden lineal en el tiempo es que un poco antes señala:

“...și pînă acuma, în 20 noemvr., cînd mă aflu iarăș în Viena...” (p. 114)

Verbigracia: en la narración lineal cuenta un hecho que ya ha pasado (10 de Octubre) después del presente que él está viviendo (20 de Noviembre). Lo que parece ser una sucesión de hechos y detalles dispuestos cronológicamente, no es más que el fruto de una posterior elaboración y redacción. Por ejemplo, en Bratislava, ciudad que en la narración aparece antes que Viena, nuestro autor escribe:

“Aciia am avut noroc de a vedea încoronația a măririi sale împărătesii a împăratului Austrii Franțisc al

doilea, ce s-au săvîrșit la anul 1825, septembrie 25...” (p. 17)

Pero para nuestra sorpresa, poco después, al llegar a Viena, nos explica que era verano y que “... *se făcea gătirea pentru încoronăția împărătesii*”. Es decir, habla de un acontecimiento que va a tener lugar, pero que en realidad ya ha sucedido y que él ya ha descrito anteriormente. ¿Cómo es posible esto? La explicación nos resultará sencilla si tenemos en cuenta que, efectivamente, se encuentra en verano en Viena, pero la descripción que hace de Bratislava no es la del viaje de ida sino la de vuelta a Transilvania, cronológica y necesariamente posterior (en Septiembre, en efecto). Sucede, incluso, que sabemos el período en el que estuvo en un país porque él así nos lo dice, pero no nos lo manifiesta en el momento en que lo visita, sino con posterioridad:

“*Cînd m-am aflat în Italiia în luna lui avgust ...*”
(p. 69)

Y a juzgar por la descripción que nos hace del reloj de la torre de la Catedral de San Marcos, en Venecia (p. 66), así es. Golescu comenta que las figuras del ángel, de los tres Reyes Magos y de la Virgen María que salen para dar las horas sólo se pueden ver 15 días al año (los siguientes a la conmemoración del día de la Ascensión, es decir, del 16 al 31 de Agosto). Si esta descripción no es de segunda mano, hemos de suponer que verdaderamente se encuentra en Italia en el mes de Agosto y, más concretamente, en Venecia durante esa quincena.

Un apartado interesante dentro de la linealidad del relato son los viajes de vuelta. Golescu -coincidiendo en este punto con otras producciones apodémicas de la Edad Media- no cuenta en ningún momento sus respectivos regresos a Transilvania, al menos *oficialmente*, pues ya hemos visto cómo utiliza material de su viaje de vuelta en otros pasajes. Nos queda, por lo tanto, una parte del viaje sin comentar. Tan sólo al final del tercer viaje dice (p. 111): “*Din Geneva pornind înapoi nu am urmat tot acel drum...*”, pero se trata de un viaje de vuelta hasta el camino principal que lleva de Ginebra a Viena; el verdadero retorno a Brașov no nos lo describe, ni tan siquiera nos consta. Como casos aislados, en escasas ocasiones nos comenta la anécdota que le sucedió “... *întorcîndu-mă la Sibiu...*” (p. 71), “*Întorcîndu-ma la Triești...*” (p. 75), o cuando se vuelve de Venecia a Trieste en barco (p. 63), pero es una narración en *flash-back*, desde el recuerdo del presente que nos relata. Y

en todo caso, tan sólo se trata de una parte dentro de la totalidad del trayecto, nunca de su retorno a casa.

Nuestro viajero concluye su viaje donde le parece, pero explícitamente no tenemos noticia de que vuelva a Braşov. Y haciendo gala de la honestidad que le caracteriza así nos lo hace saber:

“... Pînă întru acest oraş al Italiei mi-au fost călătoria de estim...” (p. 78)

Además, nos deja ver que dispone de un material del que nos va a hablar a continuación:

“... iar călătoria ce am făcut iar în Transilvania, Ungaria și Banat să copriind mai la vale.” (Idem)

Asistimos, entonces, a tres viajes de ida pero no a los de vuelta. Sin duda, Golescu los mezcla en su narración, pero al actuar así ya no está siendo fiel a los hechos, pues dispone de un material manuscrito que maneja y distribuye a su antojo. Nos encontramos ante un caso similar al de Pero Tafur (1405?-1480?), por ejemplo, quien, según palabras de M. A. Pérez Priego (1984, 225), *“... redacta, pues, su obra desde el recuerdo; sin duda, con la ayuda de notas tomadas en el viaje, pero sin someterse ya a un imperioso y pautado ritmo temporal”*. El escritor literaturiza la realidad según sus necesidades. Se nos plantea, así, con M. Anghelescu (1990, XXIX) el dilema de si el primer viaje descrito en el libro es en realidad el primero:

“... și ordinea călătoriilor ar putea fi intervertită de autor în descrierea sa, pentru că data notată de Dinicu Golescu la Pressburg este exactă (...). Rezultă de aici că prima călătorie descrisă în carte ar fi în realitate cea de a doua, presupunere întărită și de indicația clară, spre sfârșitul “însemnării”, unde Dinicu Golescu spune că “în anul 1824” a mers “la Cluj, Pesta și Mehadia”, adică a făcut călătoria care, după ordinea relatărilor din carte și întrucât e vorba de un drum care nu s-a mai repetat, părea să fi fost făcută în anul 1825.”

Casi a la mitad del libro (p. 53) nos dice en una ocasión: *“Eu, plecând din Braşov am început să scriu ceea ce vedem în limba*

națională, și nu după zile multe, ci după puține, am fost silit să scriu în limba grecească...” Es decir, nos pone al corriente de algo que realizó en los primeros días del viaje pero de lo que no tenemos noticia hasta el momento en que nos lo cuenta. Sin duda, ejemplo más que ilustrativo de cómo dispone el material y de cómo redacta *desde el recuerdo* y no desde el presente.

Otras veces nos da una idea aproximada, más general y vaga, normalmente haciendo referencia a las estaciones del año en las que se realizan las tareas del campo:

“... și când m-am dus, fiind vremea secerișului, iar când m-am întors, al ogorului...” (p. 60)

No deja de parecernos llamativo que, siendo un viaje de tres años (con sus respectivos -creemos- descansos temporales provocados por los regresos), no se incluya nada sobre su vida. Del mismo modo que hay autores que aprovechan el viaje para narrar una parte -importante o no- de su experiencia vital, nada sabemos de Golescu en estos tres años. Tan sólo, quizás, cabría destacar que el objetivo del tercer viaje no parece ser otro que el de dejar a sus cuatro hijos repartidos por distintas escuelas europeas: dos en Múnich y dos en Ginebra. Así, pues, no hemos de olvidar que Golescu, como ya hemos tenido ocasión de comprobar en el apartado 1.2, apenas nos proporciona datos acerca de su vida personal, de su intimidad.

Y si bien no le podemos pedir a nuestro autor que haga una relación detallada de las jornadas de viaje, día a día, mucho menos estamos en disposición de exigirle que nos ofrezca la hora exacta en la que algo tiene lugar. Exceptuando su ya citado comentario de la página 106 del libro, no hay otra referencia a que tal hecho acontezca a las ocho o a las nueve de la mañana o a que lleguen a tal pueblo o tal ciudad a las diez o a las once de la noche. Lo único con lo que contamos es que la distancia de un sitio a otro es de “x” horas. Por el contrario, autores como el Baró de Maldà (1991, 82, 139) o Leandro Fernández de Moratín (1988, 60, 143), por ejemplo, especifican respectivamente:

“*La pluja guedaba llavoras detinguda en los núbuls, a dos quarts de 7 del matí...*”

“*La nostra surtida de casa Muntar ha sigut a dos quarts per las 9...*”

“*Salimos a las cinco...*”

“*Salgo a las once, en un calesín:...*”

E incluso en autores rumanos como Calistrat Hogaș (1984, 32, 50, 169) también aparece esta exactitud cronológica:

“*Cătră patru ceasuri după-amiază, părăsirăm Săcul.*”

“*În zori, a doua zi...*”

“*După vro zece minute...*”

3) LA DESCRIPCIÓN, NÚCLEO DEL DISCURSO

Tal y como ya apuntamos en el apartado 2.3.3 del punto I del capítulo III, el elemento que, posiblemente, distinga a la literatura y a los libros de viajes frente a otro tipo de discursos, sea la descripción. Bien es cierto que la narración aparece, pero es mayormente el ejercicio descriptivo de lugares, cosas y personas el que va conformando el relato. Como si de una alfombra se tratara -si se nos permite el símil-, la descripción es la lana con la que se va formando la trama del libro de viajes. Por una parte hay acción, sí, pero sin describir lo que se contempla no hay diario posible; efectivamente el cañamazo es necesario, pero sin los colores de la lana no hay alfombra. El escritor debería tender -como hacía Théophile Gautier- a pintar más que a escribir, a colorear más que a trazar líneas. El argumento está -en cierto modo- ya constituido, pues no es otro que el mismo viaje; de lo que necesita un buen libro de viajes es de la descripción. Creemos que en todo relato de viajes las relaciones que puedan existir entre la realidad y la descripción que se pueda hacer de ella aparecen con toda su plenitud; es aquí donde la descripción se hace literaria por su calidad.

Las descripciones de nuestro viajero son bastante *sui generis*, pues carecen de esa voluntad de objetividad que nos ofrecería una descripción objetiva a modo de ojo de cámara; Golescu retrata lo que quiere, lo que le interesa, y centra su atención y se detiene en aquello que quiere resaltar, pasando por alto detalles que no tiene interés en describir, ignorando, por tanto, una parte de esa realidad (se trata de una mirada parcial, como ya

apuntábamos en el capítulo III, punto I, apartado 2.3.3). Nuestro viajero toma y retoma un mismo tema en función de su necesidad crítica y denunciatoria, algo parecido, curiosamente, a lo que E. Diego (1985, 15-16) opina sobre Cándido, el protagonista del libro de Voltaire:

“El ojo observador y denunciador de Cándido es el de una cámara cinematográfica que se mueve en todas las direcciones con bruscos cambios de ángulos en sus tomas.”

Curiosamente, como nos recuerda J. F. Fuentes (1997, 151), lo que más admira Cándido en Eldorado es la extremada educación de sus habitantes, un aspecto social que también llamará la atención de nuestro rumano.

El escritor del relato de viajes se debe a una visión global de lo que contempla, como hacen, ya en nuestros días, escritores como Rafael Argullol (1998, 48) en un texto de tipo descriptivo con la técnica cinematográfica de ojo de cámara que todo lo abarca. Creemos ilustrativo, por ejemplo, el siguiente pasaje:

“En los alrededores de la estación, verdosa y de formas ondulantes, un denso bosque de andamios dificultaba el paso y obligaba a saltar entre taladradoras que hacían temblar el suelo. Gran parte de la plaza a la que se abría la estación de Bielorrusia era un laberinto, con tuberías al descubierto, grúas que levantaban bloques de cemento, alambradas que prohibían el paso. La polvareda era, por todos lados, considerable. Pero esta atmósfera de humo y alquitrán fecundaba el más amplio abanico de actividades, y al abrigo del laberinto bullía un intenso tráfico comercial: los contrabandistas de los productos más refinados se alternaban con los vendedores de pescado en salazón y los apostadores callejeros. La luz resplandeciente de la primavera suavizaba la aspereza de los gritos.”

Además, Dinicu Golescu dista mucho de obsequiarnos con una descripción *literaria por su cualidad*, como podría ofrecernos -bastantes años más tarde, eso sí- un Théophile Gautier (1881, 144-145) viajando por España, en un alarde de ejercicio de gradación cromática:

“Un admirable coucher de soleil complétait le tableau: le ciel, par des dégradations insensibles, passait du rouge le plus vif à l’orange, puis au citron pâle, pour arriver à un bleu bizarre, couleur de turquoise verdie, qui se fondait lui-même à l’occident dans les teintes lilas de la nuit, dont l’ombre refroidissait déjà tout ce côté.”

Y continuando con este mismo autor (1881, 72-73), nuestro escritor está lejos de ofrecernos intensos momentos descriptivos, con profusión de detalles y barroca oratoria, sobre muebles, cortinajes, carrozas y calesas, y cocheros o mulas, por ejemplo:

“Les calésines rappellent les corricoli de Naples: de grandes roues rouges, une caisse sans ressort, ornée de peintures plus ou moins allégoriques, et doublée de vieux damas ou de serge passée avec de franges et des effilés de soie, (...); le conducteur est assis sur le brancard, d’où il peut haranguer et bâtonner sa mule (...). La mule est enjolivée d’autant de plumets, de pompons, de houppes, de franges et de grelots qu’il est possible d’en accrocher aux harnais d’un quadrupède quelconque.”

Siguiendo las pautas establecidas por la retórica medieval de los libros de viajes, podemos entender varias y distintas maneras de conformar un relato de viajes ateniéndonos, por una parte, a técnicas abreviadas que no hacen sino evitar, en la medida de lo posible, una descripción; y, por otra, a técnicas amplificativas a las que el autor recurre para engrosar el *corpus* textual. Sobre ese fondo retórico no del todo desbancado en la literatura de viajes posterior, más aún en la rumana debido a su estadio histórico-lingüístico, Dinicu Golescu presenta:

3.1) DIFERENTES FORMAS DEL DISCURSO

3.1.1) FORMAS ABREVIADAS: INFORMATIVAS

A nuestro viajero le asalta muchas veces la pereza -o la imposibilidad- a la hora de describir, pues en numerosas ocasiones todo lo resuelve con una lacónica frase del tipo “*A aceștii grădini frumoșețea, peste puțină este de a putea cinevaș să-i facă descriere făr’de*

greșală...” (p. 40), dejando el resto para la imaginación del lector. Veamos otro ejemplo:

“*Și în scurt, este lucru de mirare; nu folosește auzirea descrierii, este trebuință de vedere.*” (p. 62)

Esta imposibilidad -o pereza, o simple negativa- ya la encontramos presente, por ejemplo, en el español Pedro Cubero Sebastián (1993, 53):

“*... pero son mármoles en su fábrica tan exquisitos, que mi pluma no los puede describir, por no ser de mi profesión...*”

Hay momentos en los que Dinicu Golescu justifica, algo absurdamente -creemos-, su falta de explicación:

“*Aș fi cuvîntat și pentru frumusețea bisericii, dar cine au văzut bisericile Rosiiei poate numai pentru Roma va vorbi.*” (pp. 14-15)

“*Biserica cea mai vestită decît toate este a Sfîntului Ștefan, care este lucrată cu mare meșteșug arhitectonicesc, pentru care multe însemnasem, dar după ce am văzut biserica de la Milan, lucrată cu asemenea arhitectură, însă cu mai deosibită podoabă și meșteșug, ca să nu scriu de două ori tot acelea lucruri, le-am rădicat.*” (p. 21)

Somos de la opinión de que esta justificación no tiene sentido, pues, por la misma razón, tampoco debería describir otras iglesias o fachadas. Y sin embargo sí lo hace.

No faltan frases en las que antepone su deferencia con el lector como modo de evitar una digresión o una explicación:

“*Mult m-aș fi întins asupra mirării acestor asămuiiri, dar mi-au fost teamă să nu se supere cititorii.*” (p. 92)

A esta técnica de la *abreviatio* recurren también otros autores ilustrados como, por ejemplo, el español Enrique Gil y Carrasco (1999, 71) o el francés Antoine de Latour (1855, 6) respectivamente:

“No ha sido ni es mi ánimo detenerme en la relación de sus partes y adornos de todos géneros porque esto, además de prolijo y poco necesario, habiendo tantas relaciones precedentes, extendería demasadamente los límites de este artículo...”

“Mais je n’ai pas à raconter cette partie de mon voyage, et je m’en tiendrai aux grandes lignes.”

No obstante, en el caso de nuestro autor creemos que en algunos momentos se trata más de un problema de léxico que de intención. Piénsese, por otra parte, en los casos en que nuestros cronistas de Indias o nuestros viajeros medievales carecían de la palabra exacta para describir lo que contemplaban. De ahí que el escritor acuñe frases de ese tipo o que, en el mejor de los casos, recurra a la comparación como método para poder explicar algo maravilloso, fuera de lo común. M. A. Pérez Priego (1995, 76) ilustra lo que decimos:

“Como hemos tratado de ver, las maravillas, fabulosas o reales, ocupan buena parte del libro de viajes. Para el autor viajero el problema es dar cuenta precisa de ellas y transmitir las por medio de la palabra escrita, en principio, imperfecta e insuficiente (...). Los escritores menos dotados o con menos voluntad literaria hicieron uso continuo y exclusivo de la comparación.”

Tenemos presente que el autor de esta cita se refiere a los escritores medievales; pero la particularidad es aplicable también a cualquier época y territorio. Los principados rumanos, no obstante, estaban viviendo su particular Edad Media precisamente en ese momento en el que Golescu escribe, con las mismas limitaciones lingüísticas que pudiera tener un escritor medieval en la Europa occidental del siglo XIV, por ejemplo. Pero no es la limitación lingüística la que le impide a Ion Codru Drăgușanu (1982, 91), pongamos por caso, explayarse en una descripción abundante, sino el sentido lógico-práctico. Nos encontramos aquí con un grado extremo de técnica abreviada, cuando no *irónico-omitiva*:

“Nu-ți descriu Neapolea după gradurile de longitudine normală de la insula Ferro, sau de latitudine

ecuatorială, căci acestea le ai pre mapa mercatoriană ce-ți trămisei den Parisi. Nu-ți spui nice numărul poporațiunei, că-l ai [sic] în geografie.”

En definitiva, podríamos concluir que quizás la monotonía y la pobreza estilística que se imponen en el relato de estos viajeros ilustrados se deban posiblemente al hecho de estar sujetos a un discurso literario que está a medio camino entre la austeridad estética neoclásica y el tono didascálico ilustrado, tal y como afirma G. Gómez de la Serna (1974, 99) refiriéndose a los viajeros dieciochescos españoles:

“De estas dos fuentes: la mortal angostura estética del neoclasicismo y la pretensión didáctica de la Ilustración, nace la aridez del estilo que carga su acento monótono sobre nuestros viajeros del siglo XVIII.”

3.1.2) FORMAS AMPLIFICADAS: INFORMATIVAS Y DIDÁCTICO-ENCICLÓPÉDICAS

En Dinicu Golescu la amplificación del relato se puede realizar a través de la digresión, la descripción y la enumeración.

3.1.2.1) La digresión

R. Barthes (1982, 65) la define como “... *un fragmento ornamental, fuera de tema o que se vincula con un nexo muy débil y cuya función es hacer brillar al orador; la mayoría de las veces es un elogio de lugares o de hombres...*” Sin embargo, es nuestro propósito incluir bajo este epígrafe única y exclusivamente a aquellos pasajes referidos a disquisiciones de tipo filosófico, moral, educativo, cultural, político, social, etc., donde nuestro escritor aprovecha la circunstancia que el texto le brinda para poner de manifiesto sus opiniones sobre estos aspectos. No deja de resultar curioso que, precisamente, coincidan con lo que el propio Golescu calificó en su tabla de materias con el epígrafe *Cuvîntări deosebite* y que suponemos que él conceptúa como disquisiciones donde la descripción y la narración quedan detenidas. Son particularmente significativas las destinadas al clero (p. 33), las que dedica al mal funcionamiento del sistema burocrático boyardesco (pp. 46-52) o las que abogan por la necesidad de crear tanto una lengua nacional como una Sociedad Literaria (pp. 53-56).

3.1.2.2) La enumeración

En su afán totalizador, Golescu intenta ofrecer al lector el mayor número de información posible; de ahí que parezca manifestar un especial gusto por las listas clasificativas de los distintos tipos de escuelas y hospitales que hay en Múnich, por ejemplo (pp. 95-96), o por la catalogación exhaustiva de todos y cada uno de los cuadros que se encuentran en la sala de un museo, o de las obras que encontramos en una biblioteca, sin olvidar la sucesión interminable de poblaciones y postas por las que va pasando, o las completas series de sembrados y cereales que caracterizan a cada aldea. Y tampoco deja de llamarnos la atención la enumeración de la falta de posesiones del campesino rumano (p. 48), la lista casi taxonómica de todas las clases de frutas y pescados que se venden en el mercado de Trieste (p. 64), o las distintas disciplinas sobre las que un estudiante puede responder a su profesor (p. 109), como se muestra, respectivamente, a continuación:

“... întrînd cinevaș într-acele locuri unde să numesc sate, nu va vedea nici biserică, nici casă, nici gard împrejurul casii, nici car, nici bou, nici vacă, nici oaie, nici pasăre, nici pătul cu sămănăturile omului pentru hrana familiei lui, și, în scurt, nimică.”

“... așijderea și poamele, cum mere, pere, cireșe, vișne, prune, nuci, alune, gutui, pepeni verzi i galbeni, struguri, zmochine, caise, zarzăre, piersici, scorușe, moșmule, lămii, rodii, iar portocalile 20 de un sfanțih; (...) cum și feliurimea și mulțimea peștelui este nesocotită, din care: sardele, pește roșu, șchilopsar, licurini, heli, midii, stridii, raci, căride, scoici, ahivade, ctenii, supii, cracatiță, scatharii, melanurii, rufi, mumgrii, palamide, gufari, pețude, chefali, xifii, barbuni, scorpionii, scumbrii, zmaridii, salahii, calamaruri, paguromane, pagurii, țaganii, petalida, zvrducle, pine, stacoji.”

“Un copil de 8 ani (...), cînd va fi de ani 15, va fi destoinic să dea răspuns la întrebarea măcar oricărui profesor asupra grămăticii, ritoricii, poeziei, aritmeticii, istoriei în parte, gheografiei, învățaturii credinței; din filosofie, asupra logicii, metafizicii, moralului; algebrii,

gheometriii, istoriiei a toatã lumea, istoriiei firești, fizicii, astronomiiei, antichitãtele și esteticii ...”

Obsérvese que, en el segundo caso, tanto la mayoría de los nombres de las frutas como de los pescados que cita empieza por las letras “p”, “s” o “l” e, incluso, aunque en menor medida, por “m” o “z”. Da la sensación de que Dinicu Golescu ha consultado la segunda parte de un diccionario o una enciclopedia (M-Z) donde aparecerían todos estos nombres y de que - muy inteligentemente- no nos los ha ordenado en un orden alfabético que daría que sospechar. No olvidemos que, como señala A. Nicolescu (1958, 6), “... *probabil, a parcurs “literatura lexicografică” pe care o poseda fratele său; Iordache Golescu, autorul unei lucrări lexicografice cu caracter enciclopedic.*”. Este hecho nos lleva a pensar si realmente en Trieste se encuentran todas estas clases de frutas y pescados o si no es más que una nomenclatura que tiene su origen en una obra de consulta. Estaríamos ante un caso de *intertextualidad* donde lo que prevalece es el carácter científicista y puramente ilustrativo. No obstante, esta serie de pescados no está exenta de una cierta poesía, lo que le lleva a M. Zaciú (1973a, 144) a considerarla un listado “... *cu sonorități lexicale și arhaisme ce-i fac, azi, farmecul.*”

Otros ejemplos del afán que tiene Golescu por incluir largas -y, con frecuencia, innecesarias- listas enumerativas, los conforman pasajes como los siguientes:

“... tuturor lăcuiitorilor Țării Românești; căci cumpărătorii polcovnicii, Craiovii, izbășia divanului, toți vâtașii de plaiuri, toți condicarii, toate judecătoriale, toți polcovnicii și capitaniii, toți calemgii, și sameșul vistierii, isprăvniciale, sameșiale și zapclicurile, dorobanția, ceaușia, pocovniciale, acestea, zic, ... (p. 50)

“Zic vânzarea dijmăritului, oieritului, vinăriciului, ocnilor, vorniciilor, tutunăritului, trecătoarea vitelor și a zaherelii ...” (p. 52)

Como modo de mostrar su nivel cultural -que no ponemos en dudas también reseñable la más que prolija lista (pp. 53-54) de todos aquellos ilustres hombres que han trabajado por el bien de la patria (y cita a más de 20), entre los que se encuentran Nicolae Obedeau, Iancu Văcărescu, Nicolae Filipescu y -¿cómo no?- su hermano Iordache Golescu.

3.1.2.3) La descripción

A tenor de lo establecido en la digresión, entenderemos, por tanto, la descripción como un recurso donde lo descrito sea un elemento real, observable, tangible y concreto, como puede ser el caso de una ciudad, un edificio, una biblioteca, un museo o una obra de arte.

Si el relato de viajes se configura con la narración que el mismo itinerario va proporcionando, es gracias a la utilización de técnicas descriptivas donde Dinicu Golescu conforma su verdadero viaje. Y esta descripción se nos puede presentar bajo dos formas:

A) Telegráfica: el apunte

En Dinicu Golescu es manifiesta su particular inclinación hacia el mero apunte, la simple nota al comenzar un párrafo. No sería justo decir que no redacta, porque siempre hay una descripción de lo que ve, pero no pretendamos encontrarnos un *diario novelado* con una serie de secuencias temporales donde va incrementándose la acción o donde la historia se va desarrollando a través de una serie de tensiones. Particularmente, en lo que atañe a los encabezamientos de párrafos, es obvio su gusto por el dato, por la nota de viaje. Esto, además, nos daría la clave de la manera en que el libro empezó a tomar forma: unos apuntes de viaje -el *andamio de la memoria*, según la acertada definición de J. Doval (1988, 8) acerca de los viajeros ilustrados- que le servirían para *refrescarle* la memoria a la hora de redactar el diario y que desarrollará o no en función de sus intereses.

En los viajes que realiza durante los años 1824, 1825 y 1826 nuestro escritor va anotando -al menos, en teoría- todo lo que va viendo por los caminos y las ciudades de Occidente, contrastando continuamente la situación en la que se encuentran estas ciudades con la que están viviendo los principados rumanos. Decimos *en teoría* porque no podemos afirmar a ciencia cierta que la redacción se hiciera sobre el terreno; pero no es seguro ni probable que Golescu fuera escribiendo mientras viajaba. Parece ser que esto no es más que un recurso literario, por más que él se afane en hacernos creer que va redactando y describiendo lo que ve mientras va en la carroza (p. 53). No pretendemos afirmar que no tomara notas sobre datos precisos y concretos a medida que iba realizando su

viaje, pero de ahí a redactar el diario *in situ* creemos que hay una cierta distancia. Ha de resultar bastante ardua la tarea de escribir un libro en una carroza, como nos recuerda Laurence Sterne (1968, 10):

“This brings me to my point; and naturally leads me (if the see-saw of this Desobligeant will but let me get on) into the efficient as well as the final causes of travelling-.”

E incluso, tal y como comenta Louis Teste (1872, 239), en habitaciones incómodas y extrañas, deprisa y corriendo, atropelladamente por la premura de tiempo ante la necesidad de salir al día siguiente, tampoco es posible:

“Ce n’est pas en écrivant à la hâte, dans un voyage long et de peu de durée, à l’arrivée précipitée d’un voyageur que l’heure presse de repartir, sur le guéridon incommode des chambres d’hôtellerie, que l’on peut composer une œuvre irréprochable.”

En principio, como apunta M. Bucur (1971, 7), el relato de Golescu es un *bloc de notas*:

“Însemnare a călătoriei mele este blocnotesul unui boier român care face reportaje între stațiile diligențelor prin orașele din Transilvania, Austria, Ungaria, Italia, Elveția și Germania...”

Prueba más que evidente de que cuando él escribe y conforma el libro ya tiene todo un amplio material a su entera disposición es lo que él mismo -contradiciéndose- nos comenta al principio de la obra (p. 7):

“... mi-ar fi trebuit vreme și hîrtie, mai vîrtos în vreme ce am să cuvîntez pentru multe orașe.”

Para ilustrar lo que creemos que fueron estos primitivos datos y que han quedado tal cual como fósiles que nos dan cuenta de ese estado anterior, sirvan estos ejemplos:

“O zidire de baie atîta deosibită...” (p. 14)

“Spitalul pentru oarei” (p. 27)

“Altă grădină crăiască,...” (p. 93)

“O plimblare de zioa și noaptea,...” (p. 104)

“O biserică catedrală, adecă sobor...” (p. 104)

“Magazie de tot feliul arme și tunuri,...” (p. 105)

“Alta zidire mare,...” (p. 105)

“Școală obstească pentru învățarea zugrăvelii.”
(p. 108)

Es de destacar la ausencia de verbos o de frases que podrían introducir la presentación de un edificio, de un parque o de una ciudad, por ejemplo. Se echan de menos en estos casos frases del tipo “*A continuación fuimos a...*” o “*También visité...*” como las que utiliza en otros momentos. Pero no nos encontramos más que con el apunte de lo que visita -en algunas ocasiones posteriormente desarrollado-, sino con una retahíla de datos dispuestos sucesivamente, unos detrás de otros, como parece ser común en este tipo de relatos. Veamos, si no, la parecida forma de redactar que, en algunos pasajes, tiene un autor español contemporáneo a Golescu, como es el caso de Leandro Fernández de Moratín en su *Viaje de Italia* (1988, 13):

“5 de Agosto de 1793. De Londres a Dover, setenta millas. Se halla primero a Rochester, después a Cantorbery, ciudades considerables, la última famosa por su universidad y su obispo, Santo Tomás Cantuariense. Buen camino; acercándose a Dover, pocos árboles, muchos pastos, tierra quebrada que continúa así hasta el mar. Dover, ciudad de bastante población y tráfago, con un puerto muy concurrido de navíos mercantes, pero de muy poco fondo, tanto que los paquebotes tienen que esperar la alta marea dentro de él.”

Se trata en ambos ejemplos, por consiguiente, de una técnica narrativa casi telegráfica donde el autor desarrolla aquellos apuntes que le

parecen dignos de ser ampliados. Quizás la única diferencia significativa sea el encabezamiento, la fecha. Mientras Moratín ubica cronológicamente el momento en el que sucede lo que describe, Golescu no parece tener esa disposición hacia la precisión de la fecha.

Regresando a nuestro boyardo, la máxima expresión del apunte, desnudo y preciso, tal cual es, se alcanza en ejemplos como:

“*Popul: 25000.*” (p. 72)

“*Școala de gerahi;*” (p. 95)

“*Spitalul ostășesc;*” (p. 96)

Lo cual, en fragmentos como los precedentes, sí podrían acercarnos al texto escrito durante el viaje y no desarrollado *a posteriori*.

B) Propiamente amplificativa

No podemos afirmar que Dinicu Golescu, a la hora de describir, presente una descripción formalmente preciosista. Es posible -de hecho, así es- que abunde en el dato, que sea generoso en la proliferación de notas, pero su estilo, en general y salvo contadas excepciones, dista mucho de ser ornamental, *literario*. Es tal vez lo que le lleve a decir a G. Lupi (1968, 53) que el estilo del boyardo “... è piuttosto pesante ed involuto, ma non manca qua e là di vivacità e di finezza.” Sin embargo, a Golescu le preocupa más el dato que la manera de presentarlo; somos de la opinión de que es un autor de fondo más que de forma. Recogemos las palabras que N. Manolescu (1990, 157-158) escribe sobre la obra que nos ocupa:

“*Nu există în <<Însemnare>> plăcere gratuită a contemplării lumii, nici simț al frumosului natural ori artistic, nici, în fine, expresie literară a frământărilor sufletești individuale. Totul este orientat spre utilitatea (...).*”

“*<<Însemnarea>> este un document de epocă impresionant, dar îi lipsește din nenorocire expresia estetică a unui sentiment etic așa de pronunțat (...). Scopul lui Dinicu n-a fost, evident, artistic.*”

Sin duda, tiene razón: no existe en nuestro escritor un objetivo artístico. Quisiéramos, no obstante, hacer una pequeña matización. Si bien es cierto que no predomina en *Însemnare* un placer gratuito ni un sentido artístico en la observación del mundo -al menos en el fondo, en su significado-, sí que los encontramos -aunque muy levemente, como una pincelada- en la forma. Este hecho, además, nos llevaría a hablar de la posibilidad de considerar *novelista* a nuestro viajero en tanto en cuanto se comporta como tal, a tenor de las palabras de M. Butor (1964, 53):

“Plantant son chevalet ou sa caméra dans un des points de l’espace évoqué, le romancier retrouvera tous les problèmes de cadrage, de composition, et de perspective que rencontre le peintre.” []*

Así, por ejemplo, la escena en la que Goleescu nos describe cómo divisa el paisaje de la ciudad de Trieste desde lo alto de una colina (p. 64), tiene en su base una concepción pictórica. El boyardo observa la escena desde fuera dividiéndola, al mismo tiempo, en dos figuras geométricas cuyos *puntos de fuga* -si se nos permite el tecnicismo- confluirían en la mirada del que otea este paisaje. Por una parte, el mar; por otra, la ciudad. Dos planos distintos de la misma realidad. El viajero -ahora convertido en espectador- contempla desde arriba, desde una posición privilegiada, con lo cual la perspectiva es, si cabe, mayor. Y el paisaje es ahora un cuadro del que él no forma parte, pues lo mira desde fuera y desde la distancia física. Dinicu Goleescu escoge la mejor de las panorámicas posibles para darle cumplida cuenta a su lector. No se conforma con mencionar que, por ejemplo, en la hacienda imperial de Laxenburg hay una fortaleza con una torre en su interior; nuestro viajero sube a lo alto de la torre y desde allí nos describe pormenorizadamente la espléndida vista, de tal modo que el indirecto espectador -el lector- experimenta la sensación de tener “... o *hartă supt picioare*” (p. 43). Una descripción similar nos ofrece en el pasaje en el que describe, en Venecia, lo que queda a la izquierda y a la derecha del dique por el que está paseando:

“... un drum lung ca de un ceas, și foarte lat, pe la unile locuri și de 10 stînjini, pardosit tot cu lespezi de piatră avînd la mîna stîngă împreunate zidiri de case, iar la mîna dreaptă marginea mării, ...” (p. 67)

Resulta más que curioso como Théophile Gautier, en este caso (1881, 157), presenta un cierto paralelismo con el texto de nuestro

escritor. Hallamos esa misma inquietud por dominarlo todo desde arriba y de concebir lo que se extiende a nuestros pies como un lienzo, como una representación gráfica o pictórica:

“La vue magnifique que l’on découvre du haut de la flèche est un large dédommagement de la fatigue de l’ascension. Toute la ville se dessine devant nous avec la netteté et la précision des plans sculptés en liège, de M. Pelet...”

Para Golescu, igualmente, la vista que se tiene desde arriba es más que suficiente recompensa al esfuerzo que se ha realizado hasta llegar a la cima de Kahlenberg y Leopoldsberg (p. 45):

“Și cu toata osteneala ce fieșcare cearcă pînă a să sui, dar nici unul cu a sa mulțumită nu lasă aceasta vedere...”

Por consiguiente, dejando al margen estos *aspectos formales* no encontraremos en el texto rumano pasajes en los que una ciudad, un parque o una casa estén descritos con un cierto aire de lirismo o, cuando menos, dotados de una ligera prosa poética. No era época de sentimentalismos; Golescu no es un autor romántico *de fondo*. Pero ¿tampoco era la época adecuada para un lenguaje cuidado, para una frase bella, artísticamente elaborada? ¿Dónde queda el preciosismo formal? Más bien creemos que no era el lugar, ni su estilo. Veamos, como contrapunto, lo que en la misma época (1825) escribe sobre nuestro país el español José María Blanco White (1977, 41):

“Es de una belleza impresionante la vista que ofrece Cádiz desde el mar cuando en un hermoso día se acerca el viajero a su magnífico puerto. La luz deslumbradora de su cielo meridional, reflejada en los altos edificios de piedra blanca que se miran en la bahía, atrae la mirada del navegante desde los mismos límites del horizonte.”

¿Cabe -sin acogerse a cánones poéticos- mayor belleza descriptiva en tan poco espacio? ¿Cuándo encontramos en el autor rumano adjetivos calificativos de marcado carácter subjetivo como *fantástico*, *impresionante*, *magnífico* o *deslumbrador*? Parece que esto es imposible;

y no es porque no tenga ocasión ni ciudades para hacerlo: Venecia, Roma, Viena... Sin embargo, esto no es óbice para que Dinicu Golescu haga uso - y abuso- de descripciones que, si bien, efectivamente, no son *literarias*, tienen como objetivo primordial el dar cuenta detalladamente de cuanto sus ojos observan. Por ello, el detalle mínimo, llevado, posiblemente, hasta la extenuación, está presente en nuestro boyardo. Como muestra, reproducimos aquí los siguientes pasajes:

“La stîngă, într-o zidire naltă, un ceasornic; deasupra ceasornicului este o scobitură în zid, întru care este Maica Precesta întrupată și poleită cu aur. La dreapta și la stînga, doao uși, iarăș poleite, și de la una pînă la alta balcon de fier. În zioa sărbătorii Înălțării, după ce bate ceasul dintii, să deșchide ușa cea din dreapta, din care iese un înger, iarăș întrupat și tot poleit, și prin balcon mergînd pînă înaintea Maichii Precistii, unde stă, și după ce să pleacă, rîdică o trîmbița, cu care strigă de trei ori; apoi, iarăș plecîndu-să, merge spre ușa din stînga, unde apropiîndu-să, să deșchide și întră îngerul. Atunci, din ușă cea din dreapta, ies acei trei vrăjitori, iar întrupați și poleiți, cu darurile ce aduc către Maica Precista, care, iarăș stînd și plecîndu-să, urmează după înger, și întrînd prin ușa de-a stînga, să și închid amîndoao.” (p. 66)

“Peste tot locul al lombardo-veneticii Italiei ce am umblat, locurile de semănături toate sînt, cum am zis, cvadrate, adecă în 4 colțuri, despărțite unul de altul cu șanțuri, pe care curg ape, și cu feliurimi de alee. Întru acelea ochiuri de locuri, cei ce au vii au vița sădită printre sămănături într-acestaș chip: fieșcine, în locul lui, are rînduri de copaci neroditori, întocmai alee, pe sfoară puși, sădiți unul de altul departe de doi stînjini în lungimi, iar în lățime de cinci, întru care îș au semănăturile: iar în rîndul copacilor, în fieșcare mijloc, cîte o viță sădită, groasă ca mîna, naltă ca un stat de om, ...” (p. 77)

Esta técnica narrativa, que parece propia de los escritores ilustrados, también se nos manifiesta en otros autores como Leandro Fernández de Moratín (1988) o Enrique Gil y Carrasco (1999). Veamos, respectivamente, sendos ejemplos:

“La iglesia de San Marcos es de un gótico antiguo, poco elegante, muy oscura en lo interior, negra y lúgubre,

las paredes altas, y las bóvedas llenas de mosaicos (...). El pavimento es de piedras de colores, que forman labores menudas, obra de gran trabajo y coste; en la parte exterior que da a la plaza, hay también mosaicos, uno de ellos antiguo; los demás modernos, pero todos ellos sobre fondo de oro, que hace mal efecto: encima de la puerta principal hay cuatro caballos de bronce, atribuidos a Lisipo.” (p. 162)

“Los capiteles están preciosamente labrados con figuras de plantas y animales (...). El claustro, que está a la parte del norte, de columnas muy pequeñas y arcos diminutos también, aunque sus bóvedas son altas y espaciosas, merece igualmente atención particular. Las torres redondas y labradas en sus cornisas con abundancia de pequeñas columnas, son asimismo dignas de observarse.” (p. 239)

* * *

Una vez establecido y delimitado el uso que de estas tres técnicas amplificativas realiza Golescu, nos gustaría destacar cómo, precisamente apoyándose en ellas, se constituyen los diferentes *clímax* que puede alcanzar el relato de *Însemnare a călătoriei mele*:

a) Basándonos en S. Carrizo Rueda (1997, 25) acuñamos la expresión *clímax contextual* para referirnos a los puntos culminantes que se producen en el texto gracias a la digresión. Las disquisiciones que la caracterizan son, consecuentemente, las que conforman el verdadero *clímax contextual* del relato de viajes, en tanto en cuanto estos discursos “... se perciben cuando se atiende a su relación con el nivel que constituye el contexto en el cual se hallaban inmersos emisor y receptor.” No se trata, por lo tanto, del tradicional *clímax* narrativo o formal, inherente al texto, sino de un *clímax de fondo*, inserto en un contexto. En este sentido, los puntos álgidos del relato -por su importancia histórica, por la insistencia del emisor y por lo que puedan influir en el receptor- serían, por ejemplo, los ya comentados pasajes dedicados a la creación de la Sociedad Literaria, a la crítica de los bienes monacales o a la defensa de la mejora de las condiciones de vida del campesinado rumano (p. 48). No hay acción que ascienda, que eleve el tono; la descripción, por lo que a ella respecta, tampoco se hace más intensa. Textualmente son digresiones neutras; es en el contexto -la historia, la sociedad...- donde la tensión del discurso alcanza su cenit.

b) El *clímax* narrativo-formal estaría representado por la enumeración, en tanto en cuanto lo que importa es el número, la forma, y no el fondo o lo que pueda trascender más allá del texto.

c) Por su parte, la descripción participaría tanto del *clímax* formal como del contextual, en la medida en que interesa tanto la cantidad, la extensión de lo escrito, como también la naturaleza de lo que se dice: tanto la forma como el fondo.

Para ser justos y honestos, hemos de señalar, no obstante, que si bien en la obra que nos ocupa asistimos a un *clímax* -sea contextual sea formal-, carecemos de un *anticlímax* propiamente dicho. Resulta difícil encontrar un fragmento en la digresión, en la enumeración o en la descripción, en el cual el relato se venga abajo; no hay en ningún momento nada de lo que, por una razón u otra, podamos decir que no nos interesa o que carece de valor. El pulso del relato golesquiano continúa latiendo -en ocasiones, es cierto, a un ritmo insignificante-, pero el libro sigue su curso natural, no hace más que *volver a su origen*; en ningún momento -creemos- cae en el *anticlímax*.

3.2) EL OBJETIVO DE LAS DESCRIPCIONES

Dos son las líneas por las que se decantan las descripciones de nuestro viajero:

1) El retraso intelectual y espiritual: la lengua, la literatura y el teatro, la educación, y la moral y las costumbres.

2) El retraso material: el urbanismo y la arquitectura, las instituciones, la agricultura, y los parques y los jardines.

Mediante estos dos puntos de vista, estos dos objetos de interés, Dinicu Golescu es capaz de hacer (*ex absentia*) la *radiografía* de los principados rumanos. Para nuestro escritor, el grado de civilización de los territorios extranjeros quedará configurado, precisamente, gracias a ellos. Qué distinto al baremo que aplicaba Théophile Gautier (1881, 105):

“Il y a trois choses qui sont pour moi des thermomètres précis de l'état de civilisation d'un peuple:

la poterie, l'art de tresser soit l'osier soit la paille, et la manière de harnacher les bêtes de somme."

El libro se erige, de este modo, en un documento etnográfico de la época, pues, al margen de lo que pueden ser descripciones de aldeas, pueblos y ciudades con sus respectivos sembrados e instituciones, se nos brinda la ocasión de conocer la indumentaria de un campesino alemán, los distintos medios de transporte de la época, el interior de una vivienda, o el modo de hacer fértil y cultivar un terreno pobre, entre otros muchos ejemplos, aunque bien es cierto que los datos que tenemos sobre lo que son descripciones de comidas, bebidas, indumentaria o posadas no son todo lo abundantes que hubiéramos deseado. Golescu no es particularmente descriptivo a la hora de realizar esta serie de comentarios. Digamos que no lo tiene estipulado como partes integrantes de su discurso; su aparición es prácticamente fortuita y puramente ilustrativa. A nuestro escritor le interesa otro tipo de descripciones como museos, bibliotecas, jardines...; se centra en la arquitectura, el urbanismo... Ahí no duda en cargar su pluma. La subjetiva descripción costumbrista cede su paso a la objetiva descripción ilustrada. Aportemos, no obstante algunos datos sobre:

a) Comidas:

Si autores como, por ejemplo, Théophile Gautier o José María Blanco White son generosos a la hora de hacer un compendio y de dar a conocer toda la gastronomía española (gazpacho, puchero, tortilla...), en Golescu la aparición de platos típicos de los territorios por los que pasa es nula. Ni un solo indicio o intento de descripción gastronómica. Le parece bastante con decir que en Augarten, por ejemplo, podemos encontrar "... *deosebitele lucruri de mîncare*" (p. 44), pero carecemos de una descripción de un plato nacional y, mucho menos, de su receta.

b) Bebidas:

En cuanto a las bebidas, prácticamente podemos decir lo mismo. Sin embargo, aunque no haya una descripción de ellas, al menos sí encontramos una mención, a pesar de que no se trata de bebidas típicas del lugar:

“... și dau toate feliurimile de băuturi cum: cafea, lemonade, ponciu, înghețată, lapte de migdale și ciubucile slobode.” (p. 35)

c) Indumentaria:

Algo más generoso en detalles -aunque no sea muy frecuente en él- resulta ser a la hora de realizar la descripción de un traje típico nacional, como puede ser el caso del alemán, por ejemplo:

“*Portul naționalicesc este pălărie mică, cămașă curată, veste sau spențer, pantaloni pînă în genunche, ciorapi lungi, albi sau albaștri, lucrați preste tot cu găurele și flori, pantofi cu cătaramă desupra.*” (p. 97)

Y también es significativa la descripción que hace de la indumentaria del campesino de Graz:

“... căci toți avea în cap pălării mari, legate cu o panglică lată și cu colțurile atîrnate, îmbrăcați cu spențuri de postav roșu, cu pantaloni negri, numai pînă în genunche, din îngenunche pînă jos ciorapi de bumbac și cizme scurte, puțin mai sus de glezne, legate ca cele soldătești.” (p. 60)

d) Posadas:

A pesar de dedicarle un apartado a las posadas [*BIRTURILE*], (pp. 106-107), no contamos con abundantes datos acerca de ellas. Golescu se limita a decir -aunque no como tónica general- que son edificios grandes, con adornadas habitaciones y buenas y bonitas camas con ropa muy limpia. Aquí el viajero descansa de las adversidades del camino y se prepara para continuar su viaje. Más que una necesidad en medio del viaje, parecen ser casi un recurrente tópico. Pero ¿cuánto cuestan por día?, ¿qué se come en ellas?, ¿cómo son los posaderos?...; ¿dónde está, en definitiva, la aparición de los elementos *costumbristas* de los que habla A. Maćzak (1992, 47-104)? G. Gómez de la Serna (1974, 84) comenta acerca de las descripciones que realizaban los viajeros españoles:

“*Las posadas eran descritas con toda minuciosidad, extendiéndose en detalles, no sólo de su buena o mala*

presencia y estado sanitario, sino incluso de la distribución de sus habitaciones, la dotación y mobiliario de las mismas, y la clase de comida que unos u otros posaderos ofrecían de común a sus huéspedes.”

Las posadas -o una taberna, o un albergue-, debido a lo variopinto de sus visitantes, son enclaves más que propicios para intercambiar ideas y acumular distintos conocimientos. Son, pues, partes importantes -y necesarias- de todo relato de viajes. D. Roche (1999, 354) opina al respecto:

“L’envoûtement qu’exercent les haltes et les auberges dans les romans picaresques comme dans les récits de voyage exprime, pour une part, l’ultime et décisive fonction que l’on prête aux voyages et à tous les déplacements: la possibilité d’acculturation, la faculté de changement personnel et collectif.”

Abundando en la hipótesis de la supuesta masonería de nuestro autor, las posadas se configuran como lugares perfectamente aptos para reuniones de carácter secreto, por lo que tienen de cosmopolitismo, de punto estratégico en el que se reúnen casualmente viajeros de diversas nacionalidades. La difusión de las ideas masónicas comunes a toda Europa se hace, de este modo, de una manera natural y discreta entre sus miembros. Se crea, consecuentemente, un ambiente internacional que, sin duda, favorece el intercambio de los dogmas y los principios que caracterizan a esa logia universal extendida por el continente.

3.2.1) EL RETRASO INTELECTUAL Y ESPIRITUAL

3.2.1.1) La lengua

Cabría empezar por el problema que esto supone para nuestro autor. Golescu quiere resaltar el hecho de que el idioma rumano se encuentre en franca desventaja con respecto a otros que sí son capaces de expresar y designar con la palabra justa nuevas realidades, como el griego. Por esta razón pretende inducirnos a que creamos que escribe en lengua griega (que se había convertido en la lengua oficial de los boyardos de la época, según vimos en el capítulo I porque con ella es posible crear nuevas

palabras y definir todo aquello que rodea al hombre. Así, nos cuenta la siguiente anécdota en este pasaje:

“Eu, plecând din Braşov, am început să scriu ceea ce vedem în limba naţională, şi nu după zile multe, ci după puţine, am fost silit să scriu în limba grecească, căci foarte des întâmpinam vederi de lucruri ce nu le avem numite în limbă naţională, cum: şadîrvanul, statue, cascade şi altele (...); şi aşa am fost silit să las limba naţională şi să încep greceşte.” (p. 53)

No obstante, pensamos que aquí lo que realmente hace es lamentarse del estado de retraso que sufre la lengua rumana y, al mismo tiempo, *denunciar* muy sutilmente el hecho de que los boyardos hablen -y escriban, en este caso- en griego, ya que él se siente avergonzado de no poder expresar en su lengua materna todo lo que contempla, por falta de léxico, según nos cuenta (p. 53), por haberse quedado atrasada con respecto a otras. Lo que le duele a nuestro viajero es esa distancia que el rumano tiene con respecto a su latinidad, a su génesis; lo que provoca un profundo sentimiento de insatisfacción, por haberse quedado reducida esta lengua al mero lenguaje usual, como opina S. Antohi (1999, 291):

“Sînt simptomatice şi expresiile insatisfacţiei intelectuale cu privire la limba română, adesea învăţată după greacă sau franceză şi redusă la utilitatea de Umgangssprache.”

M. Anghelescu (1990, 419), por su parte, reproduce el discurso en el que Ion Heliade Rădulescu -supuestamente- se queja de estar inmersos en una sociedad helenista no apta para todos y en el que se pone de relieve el reproche a los progenitores de las clases acomodadas por haber instruido a sus hijos -entre los que él se encuentra- en la lengua y la cultura griegas. Desde su tribuna reivindica la latinidad:

“Ne silea părinţii noştri a învăţa limba lui Platon şi Aristotel, care nu este pentru toată treapta şi pentru toate vîrstele şi ieşeam din şcoli cu aceasta nedesăvîrşită şi fără nici o cunoştinţă de omenire...”

El pasaje de *Însemnare* anteriormente visto lo percibimos no exento de una cierta paradoja porque, si bien por una parte Dinicu Golescu critica

-aunque no lo manifieste explícitamente- que los nobles rumanos tengan la lengua helena como lengua de comunicación, por otra, pone de manifiesto el estado de inferioridad en el que se halla la lengua rumana, al tener que recurrir a otros idiomas como el griego para poder describir con la palabra exacta todo lo que va viendo. Este pasaje se nos aparece, según A. Nicolescu (1958, 6) “... *sub forma unei mărturisiri pline de sensibilitate, care cuprinde părerile lui Golescu în legatură cu problema necesităţii împrumutului de cuvinte noi.*”

En España también tenemos muestras de la preocupación que manifiestan los autores por el estado en el que se encuentra la lengua y, en general, el país. Así, en el caso del gallego, por ejemplo, destacamos la queja, que se hace extensiva al resto del territorio estatal, de Pedro José García Balboa, llamado Fray Martín Sarmiento (1695-1771) -en lo sucesivo, Padre Sarmiento-, en sus *Elementos Etimológicos* (1766). De entre ellos J. L. Pensado (1995, 167) recoge el siguiente fragmento:

“No sólo han sido los gallegos omisos en cultivar su idioma, sino que igualmente lo son en observar la Historia Natural de Galicia y en dedicarse a la Botánica. Es verdad que esta omisión y esta desidia igualmente la tienen los castellanos y otras provincias de España. De casi un millón de libros que hay en las naciones extranjeras sobre la Historia Natural en sus tres reinos: mineral, vegetal y animal, es preciso apurar las librerías para encontrar dos o tres docenas de autores españoles que hayan escrito de esas materias o en español o en latín. No sé cuándo hemos de despertar de este letargo o modorra.”

Al lado de otra familia de boyardos -la saga Bălăceanu-, los Golescu -con Dinicu y Gheorghe al frente- representan “... *în epoca fanariotă tradiția românească. Nu trebuie să se înțeleagă prin aceasta că ei erau adversari hotărâți a tot ce era grecescă.*”, según comenta D. Popovici (1972, 349).

Sin embargo, observando detalladamente los vocablos que usa para describir cosas que no tienen correspondencia léxica en rumano, nos percatamos, no sin asombro, de que la mayoría provienen de la lengua turca (**havuz**, “estanque, piscina”; **şadîrvan** “fuente, chorro de agua”) o de neologismos pertenecientes a lenguas románicas (**Cascadă**, **monetă**, **statuă**, **alee**, “sendero”, **bal** “baile”...) y no románicas, como ocurre con palabras adaptadas fonéticamente del alemán (**Spencer**, *Spentzer*,

“*chaleco, levita*”; **țfanțihi**, *zwanzig*, “*veinte, moneda de 20 céntimos*”; **ailvagen**, *Eilwagen*, “*diligencia*”). Sorprendentemente, las realidades que él decía no poder describir en lengua rumana no son helenismos precisamente. Es bastante curioso, además, que no se pronuncie en contra del uso de estos germanismos que él utiliza como lengua propia en su discurso narrativo, quizás por estar ya perfectamente instaladas en la lengua rumana de la época. Con lo que no parece estar tan de acuerdo es con el hecho de que el alemán haya suplantado completamente al idioma nacional en las representaciones teatrales: “*La noi vorbesc în teatrul limba nemțească*” escribe Golescu con bastante sonrojo. Y continúa diciendo:

“*Și pentru această urmare am pățit o destulă rușine în Viena, căci întâmplându-mă la o adunare unde era și un englez carele din Țarigrad viind, au trecut prin București și văzându-mă cu îmbrăcăminte turcească au cercetat de unde sînt. Și după ce au aflat că sînt din București, au început să spuie că cînd au fost în București, cu mare rîvnă au alergat la teatrul, ca să auză arătarea în limba națională; unde auzind că vorbesc în limba nemțească, au întreat pe aceia cu care venise de știe acest tot neam limbă nemțească (...). După aceasta au început să întrebe de nu are acest națion limbă și scrisoare naționalicească.*” (p. 70)

Antes de proseguir nos gustaría precisar que la palabra *neamț* tuvo en rumano la significación de *extranjero*, en vez de la actual acepción de *alemán*. Sin embargo, según las obras consultadas, (H. Tiktin, 1988, 740; *DEX*, 1996, 675, ...), y a tenor de la misma utilización que el propio escritor hace de esta palabra, queda claro que el significado que Golescu le da no es otro más que *alemán*:

“... *să fim 7 neamuri în carîta cea mare: englezi, nemți, franțozi, italieni, moldoveni, grec și eu românul...*”
(p. 59) [*]

No se ha podido identificar al inglés al que se refiere nuestro escritor. Todo parece apuntar a que se trata de uno más de sus artificios literarios. La figura del inglés le sirve como excusa para poder plasmar lo que realmente piensa, creando un personaje que haría las veces de *abogado del diablo* -perdónesenos la expresión-, y que le permite explayarse en la utilización, vergonzosa e incomprensible para él, de la

lengua alemana en el teatro. Este personaje le da licencia a nuestro autor para criticar -en boca de otro- este hecho. Una curiosidad: si se supone que la conversación que tiene lugar en la citada reunión se desarrolla en rumano -y no parece ser, o al menos Goleescu no nos lo dice, que el inglés tenga dificultades a la hora de expresarse en dicha lengua, ¿por qué está tan interesado este británico en asistir a una representación en este idioma? Obviamente, como extranjero que es, tiene interés en ver una obra en rumano, pero si partimos del hecho de que aparentemente lo habla y entiende con tanta perfección, ¿por qué la insistencia en oír esa lengua en el teatro? Nos gustaría, con esto, poner de manifiesto el carácter ficticio del personaje del inglés. ¿Repararía Goleescu en este -creemos- ligero desliz? En nuestra opinión, lo hubiera solucionado simplemente comentando que el inglés no se expresaba demasiado bien en rumano.

Sería, por otra parte, el único personaje imaginario que aparece en la obra. Y esto es algo que, no obstante, se nos antoja bastante extraño: somos de la opinión de que si Dinicu Goleescu hubiera querido escribir una obra con un personaje que le fuera contradiciendo o que le fuera poniendo preguntas sobre su país, lo podría haber hecho perfectamente. Se hubiera creado de este modo un relato de viajes dialogado, con preguntas y respuestas, donde el extranjero hubiera hecho las veces de oponente para dar pie a que nuestro autor se extendiera en sus explicaciones y digresiones. El resultado hubiera sido, salvando las distancias, algo parecido a los típicos diálogos renacentistas, como, por ejemplo, el *Diálogo de la lengua* (1535) de Juan de Valdés (1499-1541).

3.2.1.2) La literatura y el teatro

Goleescu es partidario de realizar un cambio en toda la estructura social en la que se encuentra el pueblo rumano, partidario de una *revolución*, pero una revolución no bélica sino ilustrada, a través de las letras, de la literatura. Es preciso ilustrar al país, es necesario que todo ciudadano pueda acceder a la enseñanza para acabar con el embrutecimiento: la ignorancia es la causante de la desdicha del hombre. De ahí que un buen punto de partida sea la creación de una Sociedad Literaria, una sociedad en la que sus miembros -que se distinguirían más por sus buenas intenciones que por sus conocimientos- se entregarían por completo a traducir libros extranjeros para dar a conocer al vulgo lo que acontece fuera de sus fronteras e intentar, en la medida de lo posible, transformar el país. Por ello A. Marino (1977, 37) afirma:

“Toutes les traductions se proposent avant tout de <<transformer les mœurs>>.”

La traducción es para Goleescu una manera de poder acceder a la cultura de otros pueblos, a sus modos de vida, a sus costumbres, a sus instituciones..., y así poder imitarlos:

“Și atunci și noi, fieșcine, vom câștiga adevărată cinste și fericire, și norodul peste puțini ani negreșit va ajunge întru acea stare întru care să află noroadele a ceilanți Evropii, cum și în lumina cea cuviincioasă va ajunge când vom lua pildă de la alte neamuri și vom înmulți veniturile școalelor și când să va hotări să să facă din fiii nobleții ce cunosc limbi streine folositoare în limba națională. Al acestui lucru mare folos (...), negreșit îl vor cunoaște următorii noștri (...). Din care fieșcine în soroc de un an, când va hotări, nu va putea tălmăci o cârticică, o istorie cât de mică? Nu ar putea, împărțindu-se între dumnealor câte o slovă, doao, să ne aducă lexicoane, adunîndu-să des și spuind unul altuia socoteala sa, și chipzuindu-să toți dinpreună, și făcînd cuvinte noao care ne vor lipsi?” (pp. 52-53)

Este tipo de discurso está presente igualmente en nuestro país de la mano de pensadores como, por ejemplo, el asturiano Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811) o el Padre Sarmiento. F. J. Sánchez Cantón (1995, 58) recoge las palabras de este último:

“<<Sería muy útil que se formase una Junta Real de Literatos y Jueces de la Literatura, de cuyas disposiciones dependiese el gobierno de toda la República Literaria de los dominios de España>>.”

Pero curiosamente, posiblemente debido a un excesivo chovinismo, en el caso del leonés, como el mismo F. J. Sánchez Cantón señala (1995, 51), la creación de esta Junta, pasa por una “... *oposición a que se busque en el extranjero el remedio: <<¿podrá ser -escribe- que abran los ojos los mentecatos de los padres que envían sus hijos fuera de España, creyendo que allí se harán doctos y racionales?>>*”

Unido a la importancia que para Dinicu Golescu tiene la literatura a la hora de ilustrar al pueblo, está el teatro, “... *care-l interesează deopotrivă ca instituție și construcție*”, según D. Popovici (1972, 359). El teatro es una fuente de conocimiento directo para la población, pues en tanto en cuanto ésta no sepa leer, hay que educarla a través de ejemplos, de una manera visual, con historias ajenas pero cercanas, donde se ponga de manifiesto el tono moralizante y didáctico. Tiene, por tanto, el teatro, un cierto efecto catártico, pues el hombre se ve reflejado en los distintos personajes, identificándose con ellos, y de este modo aprende, se ilustra y extrae sus propias conclusiones. En otros casos, no obstante, el pueblo se limita a querer imitar la vida de aquellos grandes personajes que ve en escena. Y eso, lógicamente, también es positivo.

En 1819, la figura de Iancu Văcărescu fue la encargada de llevar a cabo una de las primeras representaciones teatrales que tuvieron lugar en Bucarest, gracias a la traducción de la obra de Eurípides (480-406 a. de C.), *Hecuba*. En el prólogo que el autor rumano escribe (*Saturn*) se nos muestra el carácter social, político y educativo del teatro, según recoge V. G. Pop (1982, 331):

“<<V-am dat teatru, vi-l păziți
Ca un lăcaș de muze;
<<Cu el curînd veți fi vestiți,
Prin vești departe duse.
<<În el năravuri îndreptăți,
Dați ascuțiri la minte;
<<Podoabe limbii noastre dați
Cu românești cuvinte.>>”

Como conjunto arquitectónico Golescu centra su atención especialmente en el de Verona. La descripción que de él hace nuestro boyardo es de las pocas que dedica a unas ruinas (pp. 71-72):

“Zidirea acestui amfiteatru este toată de zid, în forma oului, și toate lăvițele de bolovani de piatră, trei palme latul și doo naltul, așăzate pe acea zidire. Și a celui dintîi rînd de lăviți dupe pămînt, tot ocolîșu este de 100 stînjini. Asupra aceștii lavițe, alta mai îndărapț și mai naltă (...). Iar ocolîșul cel din urmă, și mai nalt, este de stînjini 400.”

3.2.1.3) La educación

“La cel mai de nimic sat, anume Grihdorf, înnoptînd, am găzduit la birt, unde întrînd un sătean în odaia ce eram ne-au întreat de este priimit să stea cu noi de vorbă pentru petrecerea de vreme. Carele, după multe vorbe și întrebări ce i-am făcut pentru obiceiurile și prăvilile lor, după ce ne-au dat să pricepem că vorbește franțozește, nemțește și italienește, au început și ellinica, zicînd trei patru rînduri din Xenofon și vreo doao stihuri din Omir. Și întrebîndu-l unde au învățat ellinica mi- au răspuns că în toate satele lor trebuie să fie școală în limba națională, și care din școlari să îndulcește la învățături, merge la școalele duprin orașe, unde sînt învățăturile mai nalte și în multe limbi (...). Apoi au venit copila birtășului, ca de 10 ani, și ne-au cîntat cu clavirul și cu glasul, și alții ce să silea în tot chipul să ne odihnească.” (p. 101)

Nos ha parecido interesante comenzar con este pasaje en el que Golescu pone de manifiesto dos de sus preocupaciones máximas en cuanto al tema de la educación se refiere: la instrucción del campesino, del pueblo llano, y la de los niños y jóvenes, en la que se incluiría también la de las mujeres sea en las artes musicales o en otro tipo de disciplinas como leyes, cálculo, geografía, alemán o francés, tal y como nos cuenta que sucede en las escuelas de Viena. La enseñanza de los niños y de la juventud tiene para nuestro autor un peso importantísimo: ellos son el futuro del país y en ellos se han de depositar las bases del conocimiento. Por eso es preciso que se disponga de buenas escuelas de instrucción primaria, de institutos, de universidades, así como de todo tipo de instituciones que puedan colaborar en su buena formación, como es el caso de bibliotecas, talleres, museos, laboratorios... De este modo, *“... Un copil de 8 ani ce va intra într-un institut, cînd va fi de ani 15, va fi destoinic să dea răspuns la întrebarea măcar oricărui profesor asupra grămaticii, ritoricii, poezii, aritmeticii. istoriiei în parte, gheografii, învățaturii credinții; din filosofie, asupra loghicii, metafizicii, moralului; algebrii, gheometriii, istoriiei a toată lumea, istoriiei firești, fizicii, astronomiiei, antichitatele și esteticii, mai rămîindu-i destui cinci ani pînă la 20 de va voi să să facă un bun praviliaș sau ostaș, sau doftor, sau matematic, sau politicos, sau neguțetor (...) căci eu destul m-am rușinat cînd am văzut în pansioane copii de 8-9 ani să știe ce n-au știut ai mei de 20 de ani, (...) cît peste puțința ar fi fost să crez de nu aș fi auzit...”* (pp. 109-111)

Como viajero y persona abierta y dispuesta a conocer otros pueblos y otras culturas, consciente de que el viaje enriquece al hombre y le aporta

una visión mucho más completa de la realidad, Dinicu Golescu es partidario del intercambio cultural entre diferentes países, o cuando menos, del aprendizaje fuera de las fronteras habituales, mayormente -y lógicamente- si el país de origen es el País rumano:

“... și îndrăznesc să zic cătră părinții ce voiesc să-ș trimită copiii în țări streine spre învățături de carte și bune năravuri să nu să mai înșale trimițându-i în vîrstă de 20-22 ani cu îngrijitori tocmiți, cum este obiceiul la noi (...), ci să-i trimiță în instituturile împărătești, crăiești sau naționalicești, ce sînt mai în toate stăpînirile (...). Căci și această vedere de felurimea obiceiurilor a fieșcăruia nație nu este mică școală...” (pp. 108-109)

En resumen, la idea que Golescu tiene acerca de la enseñanza presenta en su base una *concepción democrática*, en palabras de M. Anghelescu (1990, XXII), ya que el cambio que nuestro autor propone, la *revolución* que él anhela -entendida en su sentido estricto de *darle la vuelta a la situación*- no es una revolución violenta, sino una revolución desde el entendimiento, desde la Ilustración, en definitiva; solamente educando al pueblo y poniendo a su alcance los medios necesarios se podrán ir transformando las estructuras sociales y la injusta situación de la que son mártires, testigos directos. El pueblo culto e ilustrado es feliz en la medida en que no vive en la ignorancia, pues ésta es la causante de todos los males: debido a ella, los más fuertes y poderosos se aprovechan de los más débiles. Y Dinicu Golescu piensa sobre todo en las clases sociales más bajas, en los campesinos, en los trabajadores, que son, en última instancia, los que construyen la nación con su esfuerzo, día a día. Es consciente de que hay que ser capaces de ofrecerle a la plebe todo lo que necesite para poder educarla e instruirla, de modo que tenga acceso a la felicidad, o, al menos, a una vida mucho más digna; los gobernantes no deben permitir ya más que sus ciudadanos sigan viviendo en ese estado de embrutecimiento e incultura. La principal causa del retraso espiritual que sufre Rumanía es la falta de conocimiento, la carencia más absoluta de cultura. Sin tener un referente educativo, ¿cómo es posible iluminar al pueblo?

“O! Ce mare și neadormită îngrijire au otcîrmuitorii de prin alte țări spre toată închipuirea fericirilor neamurilor omenești! Cîte felurimi de ajutoare pentru cei scăpătați, și cîte iarăș pentru alții, de a nu ajunge în scăpătăciune! Cîte spitaluri pentru oricare treaptă de om vrednice! Cîte mulțimi de școale, prin care să străduiesc

a-ș deștepta norodul, a-l aduce la adevărată cunoștință (...), iar pe la noi această învățătură nu s-au pomenit...”
(p. 30)

3.2.1.4) La moral y las costumbres

Consecuencia, precisamente, de la educación que se le ha ido proporcionando al pueblo de los países occidentales, y fruto del interés que tiene hasta el más pobre campesino de la más insignificante aldea de cualquier país de la Europa occidental, son las costumbres que los habitantes de otras zonas tienen establecidas como algo completamente normal y cotidiano en el desarrollo de sus vidas. Hechos que en el País rumano podrían tener un marcado carácter de sofisticación o de extraordinariedad son en Suiza, por ejemplo, acciones que no revisten la menor importancia para sus habitantes, pero sí a los ojos de un rumano, como es el caso de nuestro viajero:

“De aciia am mers în satul Alsteten, unde iarăș mi s-au întâmplat o vrednică de scris întâmplare. Coborînd la birt m-au întrebat un om de unde venim. Eu spuindu-i că de la Kronștat, el au prisosit: că de la Kronștatul din Transilvania, ce să hotărește cu Valahia? (căci este Kronștat și în Rosia și trebuia să-i fac deosebire). Eu, văzînd că are știință gheograficească, am întrebat pe birtaș ce om este. El mi-au răspuns că este țaran plugar și că au venit căci astăzi este zioa gazeturilor și că să strîng unii de le cetesc (...). Atunci m-au coprins gîndurile văzînd că țeranii Elveții, vrînd să știe ce curge în lume, să strîng și cetesc gazeturi.” (p. 103)

Golescu quiere un mundo justo, una sociedad justa, sin diferencias sociales ni actitudes fariseicas. En la sociedad rumana contemporánea a Dinicu Golescu todo gira en función del grado que ocupe cada uno en su escalafón social, pero ni los sentimientos ni los hechos son sinceros. Todo está impregnado de hipocresía, con la cual cada ciudadano representa su papel. Cada uno está acostumbrado a hacer las cosas por obligación, por miedo a sus superiores y no por propia voluntad, por educación y respeto. Y todo esto por mor de la incultura, como nos explica en este pasaje en el que habla del saludo a los superiores:

“Dintr-aceasta a lor urmare ce au cătră tot omul, să cunoaște că sînt politefsiți și luminați prin învățatură, știindu-și fieșcare datorii sa, și de aceea de bunăvoie să poartă bine cu fieșcine. Iar la noi, lăcuitorii, din multa juguire ce au avut și neluminare, nu-și cunoaște nici datoria cătră altul, aducînd închinăciune numai aceluia de care să teme, cum stăpînului său, zapciului, ispravnicului, de-l va cunoaște, iar cătră oricare om nu-școate căciulă, fie măcar de cea mai mare treaptă.” (p. 88)

La hipocresía está presente no sólo en el trato o en el saludo, sino que muchas veces el querer aparentar y asombrar es puramente material. Golescu critica el que en el País rumano las damas de la nobleza, por el mero hecho de ser ricas, se vistan con los más costosos y lujosos vestidos y se embellezcan con las joyas más caras y deslumbrantes que tienen con tal de hacer una ostentación de sus riquezas, a diferencia de las nobles damas vienesas, por ejemplo, cuya única preocupación es simplemente que su ropa esté limpia:

“... din care un strein nu poate cunoaște care este din noblețe și care din norod, sau pe bogat din sărac; căci nu sînt cei mari îmbrăcați în firuri, și damele pline de scule, ci toți îmbrăcați cu haine numai curate.

Muierea cea proastă, cu haină de zece fiurini, de stambă curată și croită frumos; și doamna cea din noblețe și bogată, cu rochie sau de maldehi, sau de croază, sau de percal, curate pe trup frumos (...). Cine vor vedea pe acele de mai mare neam dame din Viena și pe ale noastre pe cele de al treilea mînă, vor socoti pe vieneze de sărace, și pe acestea ale noastre, stăpînite de lux, milioniste.” (p. 35)

Haciendo gala de su austera e ilustrada estética, este rechazo del lujo está igualmente presente en Leandro Fernández de Moratín (1988, 179). Curiosamente, el pasaje presenta sorprendentes paralelismos, donde lo que se pone de manifiesto es que la sencillez en el vestir no está reñido con la elegancia ni con la clase:

“Las señoras visten con elegancia; pero aunque tienen joyas con que adornarse, no las usan sino en ocasiones de grande etiqueta. El traje de libertad es muy parecido al de las nuestras: una mantilla de muselina

blanca con flores, o de china con ramos y matices, y un guardapiés con cola y guarnición de seda de color o de tela blanca (...). Las mujeres de clase inferior usan el mismo traje, diferenciándose sólo en ser más o menos precioso, no en la forma.”

La buena educación y el respeto para con el otro son dos puntos importantes para Golescu, en los cuales insiste en numerosas ocasiones. Sirva este pasaje que describe el modo de vida de Buda y de Pest para tratar de comprender lo que nuestro autor anhela y desea para el bien de su patria:

“Lăcuiorii acestor doaă orașe sînt foarte blînzi, și stăpînirea liniștită; nu sã aud gîlcevuri, nu sã vãd bătãi, nu necinstesc pe streinii care nu-i supãrã, nu sã vãd în tot minutul rãdicãri pe la închisori, cum am vãzut în alte orașe, unde poliția este mai iute și tot oamenii fac rele mai multe. Dar acești oroșani parcã au dascãl pe liniștitã viețuire a vienezilor, cãci acolo cea mai dintîi grijã și datorie a fieșcãruia aceasta este: a nu aduce altuia cîtuș de puținã supãrare.” (p. 16)

Quizás sea en este apartado donde Dinicu Golescu pone más empeño en mostrar las buenas cualidades y el buen comportamiento de los lugares que visita. No encontramos ninguna alusión a una mala actitud, no hallamos en ningún habitante características negativas, como el vicio o la corrupción. Golescu, en este caso, tiene -porque quiere tenerlos- los ojos más vendados que nunca. Por primera vez, y sin que sirva de precedente, más que con el ojo de la razón, mira con el del corazón, pues, lógicamente cada pueblo tiene sus cualidades, pero también -nos consta- sus defectos. Tanto es así que a un escritor, ilustrado como él, -Leandro Fernández de Moratín-, no parece importarles señalar los defectos o los vicios de los habitantes de las ciudades por las que pasa. Por ejemplo, de las damas romanas nos dice (1988, 223):

“Cada una de ellas tiene cuatro o seis amigos, que contribuyen, cada uno por su parte, a aumentar la escasa dotación que debe suplir a tantos gastos, según la cuota con que la sirven, así adquieren más o menos intimidación...”

De las muchas costumbres que nuestro viajero va observando, hay una -aunque con dos facetas-, que le llama poderosamente la atención: la

higiene. Nos referiremos por un lado a la higiene personal como parte integrante de un hábito saludable (los baños), y por otro a la limpieza de las calles de la ciudad.

Si bien Dinicu Golescu alude a los centros termales como parte integrante de la forma de vida de los nobles (p. 37), es decir, como forma asociada indisolublemente al placer y a la vida relajada, no menos cierto es que el boyardo alaba sus facultades terapéutico-medicinales. Así, por ejemplo, de Mehadia (p. 81) escribe:

“Aciia sînt feliurimi de ape metalicești, firește fierbinte, cu deosibitã fierbințalã una de cãtre alta, din care una este atît de fierbinte, încît peste puțință este omul de a-ș ținea trupul supt cursul apii, (...). Sînt zidiri destule pentru întrebuiñțarea celor ce vin spre cîștigarea sãnãtãții; (...). Aciia sînt toate cele trebuincioase, cum dohtori, spițãrie, gerahi, birt, unde poate mînca cei ce nu vor sã-ș gãteascã deosibit,(...)”

Se pone de manifiesto, de este modo, que, efectivamente, eran grandes complejos acondicionados incluso para comer, dormir y pasar unos días. Era frecuente que el lugar de baños propiamente dicho tuviera en sus inmediaciones una serie de instalaciones destinadas a albergar y alimentar a enfermos o simples visitantes y usuarios de las propiedades curativas de las aguas, dando lugar, consecuentemente, a un fenómeno turístico ya presente en el siglo XVI, como nos señala A. Maçzak (1992, 160):

“Nelle località termali si sviluppava la vita turistica. A Baden-Baden le locande, come oggi i sanatori, erano collegati ai bagni e si sviluppavano in modo impressionante.”

Estando en Pest, Dinicu Golescu (p. 14) nos da, además, cumplida cuenta de la descripción y de la limpieza de estos edificios, así como del modo de proceder al baño, destacando el uso de la sábana que se ponía sobre la superficie de la bañera como medida higiénica:

“O zidire de baie atîtã deosibitã, încît nu numai eu nu am vãzut alta asemenea, ci am auzit și pe alții care (...) nu au vãzut o așa frumusețe și curățãnie, care este într-acestaș chip: (...) în fieșcare odaie cîte o baie și cîte

doaă, unile de lemn, altele de aramă; să plătește pentru o îmbăitură de la treizeci de creștari pînă la o sută doaozeci, și aceste locuri sînt împodobite (...) cu canapele și scaune îmbrăcate cu stofă, oglinzi mari din tavan pînă în pardoseală (...), și hainele de îmbrăcat foarte bune și curate, încît și baia întru care o să între omul o îmbracă peste tot cu o pînză suptire,...”

La higiene personal no es la única que llama la atención del viajero. La ciudad ha de ofrecer, igualmente, un mínimo de condiciones de salubridad a sus habitantes. De ahí que Golescu se fije en que en Viena, por ejemplo, (p. 20) no se pare de barrer y regar los caminos por los que van los carros que entran y salen a descargar mercancías. Y en Milán también este mismo hecho (p. 75) es remarcado por el rumano. Reproducimos a continuación, respectivamente, ambos pasajes:

“... cînd oroșanii încep a umbla, carăle sînt de mult ieșite afară, și drumurile toate udate și maturate de cei orînduiți.”

“Ulițele orașului sînt foarte late, pe care le udă și le mătură în toate zilele înaintea vremii plimbării.”

3.2.2) EL RETRASO MATERIAL

3.2.2.1) El urbanismo y la arquitectura

Nos referiremos en este apartado al trazado de las calles, de las ciudades, a la construcción de los diferentes edificios, al aspecto de las casas que, como a todo viajero, no le pasan inadvertidos a Dinicu Golescu. Hagamos un ejercicio de memoria personal y recordemos qué es lo primero que nos llama la atención y nos sorprende cuando viajamos a un sitio distinto a nuestro lugar de residencia: lógicamente, las casas, los edificios. A nuestro autor tampoco se le escapa detalle. Así, de Milán escribe (p. 73):

“Acest frumos oraș, ce au luat numire de Parisul cel nou, poate să să sfădească cu toate orașele ce pînă acuma am numit pentru întîirea frumusețării, atît pentru clima lui cea dulce și potrivită, cît și pentru frumusețea

cea de oameni alcătuită (...). Este o biserică a căruia mărimea, podoabă, meșteșugul arhitectonicesc, statuetele ce sînt împrejurul a toată zidiri, turnurile și florile, și toate acestea de marmură, sînt lucruri vrednice de mirare.”

La descripción que hace de la ciudad de Trieste es la siguiente:

“Casele sînt mai toate foarte frumoase, lucrate cu arhitectură, și toate în linie. Pardoseala uliților nu crez că va mai fi în altă parte. Frumusețea lor și temeiniciia sînt vrednice de vedere, căci sînt foarte late, drepte, și cele mai multe sã taie cruciș, pardosite cu lespezi de piatră mari, din care unile sînt și de cîte un stînjîn. Pe amîndoo părțile casilor, loc osibit cu stîlpi de piatră, late ca de un stînjîn, (...), și această podoaba nu e numai la 5 sa 10 ulițe, ci în toate cîte sã coprind în oraș.”(pp. 61-62)

Prácticamente cualquier cosa le llama la atención; ante casi todo se nos manifiesta sorprendido y fascinado, máxime si en la obra hay algo más que el simple gusto derivado de su observación, de su estética. Podríamos decir, con L. Olschki (1937, 130), que “... *I monumenti sono monimenta, ammirabili più per ciò che da essi s’impara che per il piacere offerto agli occhi.*”

Las descripciones de ciudades tan importantes como Viena, Múnich y Venecia, o las de otras más pequeñas, como Ginebra, Padua o Baden, pueden llegar a ser más o menos minuciosas, pero por encima de todas las cosas Goleescu tiene un sólo propósito: el de crear una admiración en su propio país y así suscitar el ánimo de imitar a estas ciudades. Quizás por ello sea tan meticuloso en sus explicaciones; casi parece estar dando las instrucciones precisas para que los rumanos copien todas esas obras.

3.2.2.2) Las instituciones: museos, bibliotecas, escuelas, hospitales...

Son el complemento material de la base teórica de la educación; a través de ellas se podrá conseguir que el pueblo salga del letargo y del retraso cultural en los que se encuentra. Es ingente la cantidad de ocasiones que nuestro autor se detiene a describir las maravillas de las bibliotecas, de los museos, de las escuelas y de los hospitales -por citar algunas instituciones- de las ciudades que va visitando. Lógicamente, es una manera de decir todo lo que estos países tienen a disposición de la

enseñanza y del mejor nivel de vida y servicios de su pueblo, una forma de poner de relieve todo aquello de lo que el País rumano carece o apenas tiene, como teatros, escuelas, cirujanos, sacerdotes dignos de su oficio... Comprobamos con satisfacción que, además, nuestro escritor tiene exactamente las mismas inquietudes y preocupaciones que el emperador José II, que “... *se preocupó del establecimiento de hospitales, asilos y orfanatos, de la formación de médicos, cirujanos, comadronas, y del funcionamiento de casas de caridad.*”, según H. Reinalter (1989, 67).

Sirvan como muestra estos ejemplos:

“Cum și o casă de lucru, unde strâng pe toți săracii, ciungii, șchiopii, orbii și leneșii pe care îi pun de lucrează la feliurimi de meșteșuguri, nelăsându-i să umble pe drumuri despoiați, cerînd milă (...). Și iată că au îngrijit cu acest mijloc spre a-i îmbrăca, a-i încălța și a-i hrăni, și ei a munci; și nu numai pe acest feliu de oameni îi strîng la această școală de învățatură meșteșugurilor, ci pe cîți găsesc prin oraș făr’ de stăpîni sau făr’ de nici o muncă, ...” (p. 25)

“Altă zidire iar cu multe odăi pline de cărți, și cele mai multe vechi, în limba unjurească, latinească, nemțească, romanească, elinească și franțozească; o sală mare, plină cu feliurimi de monete strînse, din vechime și pînă acuma (...). Cum și toate feliurimile de metaluri, cu pămîntul lor, precum și piei de toate neamurile dobitoacelor ce să află în toată Ungaria, atît cele de pre pămînt, cît și cele din pămînt, cele zburătoare și cele de mare, unile în spirturi băgate, și altele așa de frumos umplute...” (p. 13)

Para Dinicu Golescu, Múnich y Viena son las ciudades que se erigen como los grandes centros europeos de enseñanza, al menos si nos guiamos por el placer que él siente al contar hasta 16 diferentes clases de escuelas. Esta abundante oferta de servicios, materias y disciplinas constituye todo un gozo para nuestro autor, que no se cansa de enumerar: escuelas para sordomudos, escuelas para los niños ciegos, escuelas de economía, escuelas para señoritas, escuelas de buenos modales, escuelas de veterinaria... En cuanto a los hospitales, volvemos a encontrarnos con que es justamente en estas mismas ciudades antes nombradas donde se detiene a dar una lista descriptiva de sus diferentes tipos, como el hospital de los pobres, el de las hermanas isabelinas, el de los presos, el de los

judíos... Al llegar a la descripción del hospital vienés para los enfermos mentales, no puede evitar hacer una pequeña crítica a modo de gracia (lógicamente dirigida a los otomanos) sobre la indumentaria que él llevaba:

“*Spitalul nebunilor, pe carii n-am avut noroc să-i văz, căci nu mi-au dat voie dohtorul, cerîndu-m destulă iertăciune, pricinuind că sînt îmbrăcat cu haine turcești, și cum mă vor vedea, toți să vor turbura atît, încît spitalul să va amesteca. Pentru care, adevărat mi-au părut foarte rău, dar nu căci nu-i am văzut, ci de ciudă, pentru ce numai nebunii să nu poată suferi de a vedea turc, iar cei înțelepți și luminate neamuri în învățături și în cunoștința dreptăților omenirii își pun trupurile înaintea gloanțelor grecești, că întîi ei să le poprească.*” (p. 28)

¶ Los cuadros:

Al igual que ocurre con la arquitectura o con la agricultura, Dinicu Golescu se siente atraído en alguna ocasión más por la técnica que por la belleza -en este caso, plástica- de la obra. Ante este supuesto, nuestro autor no siempre valora el cuadro desde el sentimentalismo, sino desde su racionalismo, bien por lo que éstos pueden significar moral y éticamente o bien por la gran ingeniosidad -lo que él denomina *mare meșteșug*- con que el pintor ha concebido su obra. Así, por ejemplo, en la Galería Imperial de Viena, el viajero se siente tan fascinado por el gran realismo que tiene el cuadro que representa una ventana con las persianas abiertas y la cabeza de un hombre asomado, que llega a dudar si realmente la cabeza de esta persona no está embalsamada y colocada en el cuadro por medio de alguna técnica o de algún artificio (p. 39). Constantin Stere (1865-1936) identificó este cuadro (1921, 19) como perteneciente a Samuel Hoogstraeten (1627-1678), discípulo de Rembrandt.

Sin embargo, en la contemplación de los cuadros también hay lugar para un cierto sentimentalismo, en algunos casos sentimientos contrapuestos, como, por ejemplo, la descripción que hace de una escena (p. 39) que representa a una familia que se entristece porque su hijo se va a la guerra (“*Pe această cadră puțini o vād și nu lăcrimează*” nos dice Golescu) y la que realiza de otra que se alegra por la vuelta del hijo a casa, donde el que lo contempla: “... *negreșit trebuie să se bucure*”. C. Stere identifica estas obras (1921, 19) como las pintadas por el vienés Johann Peter Krafft (1780-1850). Asimismo, la pintura del niño que se empeña en apagar la vela que tiene una niña en la mano es la obra de Godfried

Schalcken (1643-1706), discípulo de Gerard Dow (1613-1675). Hay, igualmente, según Stere (1921, 21-22) una serie de obras que pertenecerían a cuadros de Peter Paul Rubens, como sería el caso de la que representa al arcángel San Miguel arrojando al maléfico ángel, la de la Guerra de las Amazonas o la del sacrificio de Isaac. Ciertamente, como opina I. Oltean-Ciuclani (1978, 31), “... *Dinicu Golescu se îndreaptă către acele lucrări cu subiecte de un intens dinamism și dramatism (...). Jumătate din motivele înșirate îi stirnesc emoția prin dramatismul lor strident...*” No obstante su gusto por la pintura flamenca es menor. Nos resulta muy curioso, tal y como señala M. Zaciu (1973a, 144), que “... *din toate pânzele ce reținuse în galeria din München nici una nu venea din “școala olandeză”...*”

Lo que valora nuestro boyardo en todos los cuadros, lo verdaderamente digno de reseñar es, al margen de su tecnicismo o de su lectura moralista, que éstos ofrezcan una imitación perfecta o casi perfecta de la realidad: una completa semejanza, como opina M. Anghelescu (1990, XLVIII):

“Este foarte adevărat că el urmărește mai ales semnificația morală a picturilor, iar comentariul este limitat de insuficiența vocabularului și de propriul său ideal estetic care pare a fi veridicitatea <<asemuirea>>.”

Éste es su gran valor. Un valor que ya data de la literatura enciclopédica en obras como *Candide* de François-Marie Arouet, Conde de Voltaire. Recordemos lo que el senador Pococurante, noble veneciano les dice a Candide y a Martin a propósito de los cuadros de su colección particular (1991, 145):

“... ils ne me plaisent point du tout (...); je ne trouve point là une imitation vraie de la nature. Je n’aimerai un tableau que quand je croirai voir la nature elle-même...”

¶ Los libros:

Según M. Anghelescu (1990, 362) uno de los libros a los cuales Dinicu Golescu parece hacer referencia es, probablemente, el *Glossarium Salomonis*, descrito en *Însemnare* como el “*lexiconul latinesc manuscript*

pe membrana de la anul 1158.” Se trata de un diccionario enciclopédico compilado por el obispo Salomón III de Constanza (siglos IX - X).

3.2.2.3) La agricultura

En una rápida y primera mirada, Dinicu Golescu hace siempre prevalecer el aspecto material de las cosas y de los lugares. Recoge con su mirada insaciable todo aquello que puede ser de utilidad para los habitantes de los principados rumanos. Alaba un campo bien trabajado, admira los sembrados en buen estado, se siente fascinado por los diferentes sistemas de riego. Está al día de la política de cultivo y de precios de los productos agrícolas...

Resulta destacable la obsesión por describir los sembrados de los territorios por los que va pasando; es una insistencia de la que él mismo es consciente y que soluciona en numerosas ocasiones con frases del tipo “*como ya he dicho*” o “*iguales que los que he descrito anteriormente*”. Pero raras veces se resiste a enumerar los tipos de cultivo de que otros pueblos disponen (avena, trigo, cebada, centeno...) o los sistemas que utilizan para sacar mayor aprovechamiento del suelo, en el caso de que sea una tierra poco fértil. Todo ello con una idea en mente: la de que la agricultura -y, en última instancia, la economía doméstica- constituye la base de una vida sana y próspera. En algún que otro pasaje, por ejemplo, prácticamente explica en qué consiste la técnica del barbecho (p. 5). Así consigue el efecto didáctico propuesto, pues da la sensación de estar diciendo: “*¡mirad cómo se hace en otros lugares; a ver si aprendemos de estos pueblos y de estos habitantes!*”

“Cum și unde s-au întîmplat cîte o rîpă sau cea mai mică nepotrîvire a locului, ei pe tot anul cîte puțîn au săpat de sus și au aruncat în groapă pînă au oblit și au înfrumusețat locul ce au fost urît și nefolositor (...), și întrebînd pre muncitori pentru ce să străduiesc la acel colț fără de folos, mi-au răspuns că această muncă o face pentru această vreme, cînd nu au lucru trebuincios, și că acest loc oblitu-să, îi va folosi, și că sînt datori un loc urît să-l facă frumos, cînd va fi prin puțință. Acum judece fieșcare cît acest loc și neam sînt în cele mai nalte fericiri, încît au vreme și rîpele să le oblească.” (pp. 101-102)

Pero, en el fondo le puede la decepción, la falta de confianza, muchas veces, en el pueblo rumano. Conoce perfectamente la desidia que caracteriza no sólo al Gobierno, sino al propio campesinado. La idea de Golescu sobre la agricultura es muy clara: es obvio que su país se encuentra en un estado agrícola lamentable, pero nuestro autor sabe que el suelo de su país tiene condiciones y recursos de sobra para dar resultados más que satisfactorios. Desde las páginas de *Însemnare* Golescu propugna una urgente reforma del campo rumano, idea que igualmente recoge en su *Adunare de pilde*, aunque expresada en términos mucho más literarios (pp. 222-227). Son la dejadez de los gobernantes y la poca disposición de los campesinos las que provocan este estado de precariedad:

“Toate aceste cîmpuri sînt sãmănate cu grîu, ovăz și porumb, și livezi de fîn.

Un asemenea loc de ar fi în țara noastră, nu numai nu l-ar sãmăna, ci ar fugi de el, ca de cel mai mare vrăjmaș.” (p. 11)

3.2.2.4) El comercio: industrias y fábricas

Su empeño es poner de manifiesto la gran necesidad que tiene el pueblo rumano de desarrollar nuevas vías de comunicación y transporte, especialmente las que pueden llevarse a cabo aprovechando los recursos naturales, con lo cual resultan muy baratas. En Pavía, por ejemplo (p. 76), ésta parece ser una de sus máximas preocupaciones. Dejando en un segundo plano la descripción de diferentes escuelas u hospitales, o toda una serie de monumentos y de obras de arte, nuestro viajero se dedica a ensalzar las ventajas y virtudes del transporte de troncos de árboles a través del río.

Por otra parte, a Golescu le duele, pongamos por caso, que la materia prima se extraiga de los Principados a un insignificante precio y que luego vuelva convertida en producto con un coste infinitamente superior. El boyardo aboga por la creación de una industria nacional que pondría remedio a esta injusta situación, pues los materiales se trabajarían en los mismos principados, lo que ocasionaría el aumento de la exportación y la disminución de los productos importados. Así nos lo relata en el siguiente pasaje (p. 111):

“Mare pagubă este la o țară de a-ș scoate tot materialu nefabricarisit, vînzîndu-l în alte țări cu un prost preț, și apoi să-l cumpere iarăș cu preț de 30 ori mai mult! Mare pagubă este cînd o țară în veci cumpără toate

lucrurile duprin alte țări, și acele nu cumpără nici un lucru fabricarisit dintr-această...”

Como persona perteneciente al ala liberal de la nobleza, no es difícil observar en él unas ideas propias de las teorías mercantilistas de Adam Smith: el fomento de la agricultura y de la manufactura con el fin de aumentar la exportación y restringir la importación. Así, O. Constantinescu (1965, 96) escribe:

“E de asemenea de remarcat faptul că Dinicu Golescu concepe problema dezvoltării industriei în țară nu numai pentru consumul intern, ci și pentru export. În legatură cu aceasta, la Golescu se constată și o anumită poziție de esență mercantilistă...”

Igualmente, se lamenta de que los habitantes de los principados no se beneficien en su mismo territorio de las propiedades que la naturaleza pone al alcance de sus habitantes, como resultan ser las aguas minerales (ferruginosas, termales...). Critica el hecho de que los mismos boyardos tengan que irse a balnearios que se encuentran fuera de las fronteras rumanas.

3.2.2.5) Los parques y los jardines

Nuestro viajero queda maravillado por algo tan aparentemente sencillo y anecdótico como es un parque o un jardín: todo vale con tal de demostrar que los otros pueblos no se dedican solamente a las grandes obras, a las cosas más trascendentes. Ni siquiera una obra de arte le produce a Golescu tanto reconocimiento y tanta admiración como el simple hecho de que el pueblo llano pueda pasear por parques y jardines. La importancia de éstos, así como el gusto hacia ellos, se la debemos los europeos a los tiempos de Luis XIV -recordemos Versalles, por ejemplo- y al Imperio austríaco. Nuestro viajero alaba directamente a todos aquellos gobernantes que, pensando en la felicidad de su pueblo, son capaces de ofrecerle medios y modos de esparcimiento, de distracción, de descanso... De este modo, Dinicu Golescu quiere resaltar el retraso y la inferioridad en que se encuentra el País rumano, tan ajeno a esta cultura occidental. Como siempre, los ejemplos son innumerables, pero destacaremos éstos:

“Această toată plimbare are numai copaci mulți și mari, printr-înșii așternut nisip, și pe la locuri cu brazda și lăviți de ședere. La mijloc, un foișor rătund, unde dau băuturi; la 4 colțuri, 4 havuzuri. Dintr-această grădina trec într-alta, ce o numesc grădină englezească. Această este atât de mare, încât măcar cel mai obicinuit om la umblet nu va putea întru o zi să o împrejure (...). Curg printr-înșa râuri curgătoare, peste care sînt felurimi de poduri și fuișoare...” (p. 93) (Múnich)

“De amîndoao părțile aceii grădini cu flori numai, sînt vreo cîteva postamenturi deasupra cărora au statue de marmură; apoi, de cîte trele părți, să întind grădini cu copaci întru o marime nespusă și iaraș cu felurimi de alee, unile întunecoase, altele luminoase (...), și pe alocurea felurimi de foișoare, (...). Aceste multe ocolișuri de canale și gîrle, unde au și felurimi de poduri asupră-le pricinuiesc cea mai mare frumuseță și mulțumire privitorilor.” (p. 94) (El jardín de Nimfenburg)

Los ejemplos, como decimos, son abundantes. Es de destacar que el gusto y la atracción que tiene Dinicu Golescu frente a los jardines se debe a su perfecta organización. Todo está dispuesto ordenada y simétricamente; casi matemáticamente. El orden impera frente al caos que puede representar el bosque, por ejemplo, elemento éste del que posteriormente se harán eco los escritores románticos.

* * *

A pesar de la variedad de cosas que llaman la atención de nuestro viajero, hay un elemento que está presente en todas ellas, por el cual el boyardo se siente particularmente atraído y cautivado: la técnica. Hemos de entenderla, no obstante, en su sentido etimológico de $\tau\epsilon\chi\nu\acute{\epsilon}$, *artificio*. Dinicu Golescu se detiene ante todo aquello que encierre un cierto sentido de ingenio y maestría, de preconcepción de la obra o de la idea. A propósito de los cuadros, I. Oltean-Ciuclani (1978, 30) dice que Golescu “... *caută în primul rînd trucul tehnic prin care s-a aprins la o asemenea asemănare perfectă dintre model și tablou.*”

Parafraseando las máximas de la retórica, podríamos decir que le interesa más la *inventio* y la *dispositio* que la *elocutio*, más la idea y el modo de presentarla que el desarrollo de ella, más -ya lo hemos apuntado

más arriba- el *cómo* que el *qué*. Es el triunfo de la creación sobre el conocimiento, la preponderancia de la tecnología sobre el saber. De ahí también su gusto por el detalle, por el adorno minucioso. Esto para él ya es razón suficiente para considerar, por ejemplo, al Duomo de Milán por encima de la catedral de San Esteban de Viena, al margen de que lo sea por el tamaño:

“... dar aceasta a Milanului este mai presus, și la mărime, și la meșteșugul lucrului, și toate acelea turnuri de marmură mai cu deosibire săpate, și toate săpăturile florilor mai învoalte, și cu un prisos foarte deosibit (...); și pîntre aceste statue, alte bucăți de marmură întru care sînt săpate feliurimi de flori, și atît puțîn apropiete de zidire și așa de mult scoase afară și atrîmate, încît socotește cinevaș că trebuie să cază.” (p. 73)

Y, sin embargo -añadimos nosotros-, se sorprende de que no se caigan. Esto es -ornamentación aparte- lo que le fascina: la ingeniería del arquitecto. Una vez superado el período barroco, en la estética de la Ilustración se impone una obra -sea pictórica, sea arquitectónica- donde lo que predomina es la línea sencilla, la elegancia. Por lo tanto, se tiende a valorar al arte por lo que representa de ingenio y de buen gusto. Leandro Fernández de Moratín también nos da cuenta de ello, al hablarnos (1988, 221) de los arquitectos que “... serán capaces de llevar a España el buen gusto de la arquitectura, apoyado en el estudio constante que han hecho de la antigüedad, único medio de introducir en las fábricas la elegancia de las formas, la grandiosidad, la distribución conveniente, la ligereza y robustez, la oportunidad y belleza de los ornatos, y sobre todo, el mecanismo económico de la construcción...”

Esta devoción que nuestro viajero parece manifestar ante la técnica, nos refuerza la idea de que Golescu pertenece a esa clase de viajeros activos y comprometidos de la que hablábamos en el apartado 1.2.2.2 del punto II del capítulo III, porque, como opina I. Toth (2000, 199), “*Only technology is active...*”

III) ESTUDIO FILOLÓGICO DE LA OBRA

1) ESTUDIO LINGÜÍSTICO: EL TEXTO, UNA PRIMERA APROXIMACIÓN

1.1) LOS CARACTERES CIRÍLICOS

Hasta 1860 la lengua y la literatura escritas en rumano no conocieron más alfabeto que el cirílico. Es en ese año cuando Ion Ghica, por entonces ministro de Interior, hace posible que el alfabeto latino se introduzca en Muntenia, al tiempo que Vasile Alexandru Urechiă (1834-1901) realiza la misma labor como ministro de Educación en Moldavia, y la Comisión filológica de Sibiu, otro tanto en Transilvania. El abandono del alfabeto cirílico y la introducción del latino en las tres principales provincias rumanas suponen un importante acontecimiento para la historia de la cultura, de la lengua y de la literatura rumanas. Se pone fin así a cuatro siglos de dificultades a la hora de adaptar el alfabeto de Cirilo (827-869) y Metodio (826-885) a la particularidad fonética de la lengua rumana. Como dice D. Macrea (1982, 131):

“Timp de patru secole (din secolul al XVI-lea pînă la jumătatea secolului al XIX-lea), scrierea noastră a fost, în general, cu caractere chirilice, împrumutate de la popoarele slave învecinate. La începuturile ei, scrierea chirilică a fost legată, la noi, de mari dificultăți, rezultate din folosirea unor semne grafice specifice sunetelor altor limbi. Alfabetul chirilic folosit în scrierea primelor texte românești atestate avea 43 de slove, cu 16 mai mult decât cerea fonetismul limbii noastre, iar pe de altă parte, el nu posedă semne pentru notarea unor sunete românești caracteristice: î, ă, ȝ.”

Pero en 1826, el año en que nuestro autor publica su *Însemnare*, el alfabeto todavía vigente es el cirílico, por lo que hemos de tener en cuenta que las ediciones y versiones en rumano que se han publicado a lo largo

de estos casi 150 años han sido transcripciones de este alfabeto. Ésta es la causa de que nos encontremos con textos donde la adaptación fonético-gráfica ofrece distintas posibilidades, particularmente en lo que respecta a la transcripción de las vocales **ă** y **e**. Así, dependiendo de la edición que manejemos, nos hallaremos con soluciones o variantes como **pă**, **să**, **cătră...**, o **pe**, **se**, **către...**

1.2) DISTINTAS EDICIONES Y VERSIONES

La primera edición sale a la luz de los talleres de la *Crăiasca tipografie a Universitatii ungare*, sita en Buda. Esta edición *princeps* consta de un total de 237 páginas a las que se le adjunta una tabla de materias que ocupa dos páginas y que lleva el título de *Arătare despre cele ce sã coprind în călătoria ce am făcut în anul 1824, 1825, 1826*. Acompañando al título, una glosa en lengua alemana: *Beschreibung von Konst. Golesti*, según nos relata D. Berindei (1986, 419).

Creemos interesante detenernos en esta tabla de materias, pues es aquí donde Dinicu Golescu incluye muchos más títulos de capítulos y subcapítulos de los que se presentan en el texto propiamente dicho. Es en esta tabla donde el propio escritor etiqueta toda esa serie de disquisiciones filosóficas, éticas y morales con la denominación de *Cuvîntări deosebite*, las cuales no aparecen en el relato bajo tal epígrafe. Posteriormente muchos serán los editores que incluyan en el *corpus* narrativo del relato este término, así como el nombre de algunos capítulos o de algunas ciudades que carecían de epígrafe en el relato. En cualquier caso, siempre con corchetes [] para indicar que no está en la redacción original: [ȘCOALE], [GRĂDINILE] [GRAT], [MINHEN], [BERN], etc.

La fecha en la que *Însemnare* sale a la venta no la podemos precisar. La orden de licencia de imprenta para el relato de viajes de Dinicu Golescu está firmada por un tal G. Petrovici y data del 2 de Septiembre de 1826. Sin embargo, sorprendentemente, nos consta que todavía en Octubre del mismo año nuestro viajero se encuentra en Württemberg y que en Noviembre se halla en Viena, según nos relata él mismo en su viaje (p. 114). Es de suponer, por lo tanto, que, teniendo ya concluidas la primera y la segunda parte de su viaje, la tercera no la entregó hasta fin de año, esto es, finales de Noviembre o durante el mes de Diciembre. *Însemnare a călătoriei mele* tuvo que aparecer seguramente -a pesar de que la autorización para la imprenta sea de 1826- muy a principios del año 1827. Esto es lo que se desprende, indirectamente, de un artículo de M. N. Rusu (1977a, 4) publicado en *România literară*. En este artículo se reproduce la prohibición de seguir vendiendo *Însemnare a călătoriei mele* debido a la cita que Golescu hace

sobre el asesinato del conde Beleznay, “... *întîmplare care mai bine ar fi dată uitării decît să fie memorată prin cărți tipărite.*” Se propone, como consecuencia, la elaboración de una nueva edición en la que dicho pasaje quedaría suprimido. Y Rusu también nos muestra el documento (p. 5) con el que, con fecha 4 de Abril de 1828, la Cancillería áulica de Viena responde al Consejo locotenencial:

“*Cu bunăvoință trebuie să declare că preainăltată sa maiestate imperială a acceptat operele prezentate ei, imprimate prin grija Tipografiei Universității din Pesta în decursul primului semestru al anului 1827 și că reține totuși cu plăcere propunerea referitoare la cărticica românească în care se amintește trista întîmplare ce s-a iscat între conții Beleznay...*”

Gracias a este documento sabemos con certeza, por lo tanto, que el relato de los viajes de Dinicu Golescu fue editado en el primer semestre de 1827.

Por extraño que nos pueda parecer, *Însemnare a călătoriei mele* ha permanecido casi un siglo sin conocer más edición que la *princeps*. Será sólo a partir de 1910 cuando la obra de nuestro autor empiece a tener distintas ediciones. No deja de ser sorprendente que tampoco el resto de la obra de Golescu cuente con una larga trayectoria en el ámbito editorial.

Las ediciones de *Însemnare a călătoriei mele* realizadas en el siglo XX son las siguientes:

a) Como decimos, es en 1910 cuando el viaje de Dinicu Golescu comienza a ser objeto de estudio y de interés. Fruto de anteriores trabajos como los realizados por P. Eliade y N. Iorga (Vd. 1.2.1), la primera edición del siglo XX verá la luz de la mano de N. Hodoș, bibliotecario de la Academia. En este año, los principios de una edición filológica moderna no estaban aún bien definidos; ni tan siquiera la necesidad de respetar íntegramente la autenticidad del texto era tan evidente como lo es en la actualidad. Así las cosas, esta primera reedición de *Însemnare*, más que meritoria no sólo por la amplitud de datos históricos -minuciosamente comentados- del prólogo, sino también por el cuidado que se tuvo en no deformar o mutilar el texto, tiene su aspecto negativo en la ausencia de estos principios filológicos. Dicha ausencia es la responsable de que el texto original -escrito en caracteres cirílicos, no lo olvidemos- conozca alteraciones fonéticas, como pueden ser *ridică* en lugar de *rădică*, *strînse* como variante de *strinse*, o *către* en vez de *cătră*. Y también la

puntuación se ve afectada, en la medida en que, con el fin de hacer más comprensible el relato, no se respeta íntegramente.

A pesar de todo, la edición cuenta con el gran privilegio de haber puesto en circulación sobre el vasto campo literario rumano la figura y la obra de Dinicu Golescu, injustamente ignoradas hasta la fecha. Su editor, goza, además, de la exclusividad de haber sido el único que ha tenido acceso directo a los archivos de la familia, pues éstos fueron destruidos en la I Guerra mundial.

b) Un año más tarde, en 1911, como prueba irrefutable del éxito alcanzado por la de 1910, Hodoş publica en Bucarest otra edición en una colección popular llamada *Biblioteca populară* <<Socec>> acompañada de una introducción de diez páginas. A pesar de que no supone ninguna novedad, es prueba palpable de que el camino de la edición del texto está más que iniciado.

c) En 1915, el texto de Hodoş, reproducido ahora por P.V. Haneş, es modificado mediante una serie de lo que creemos inaceptables omisiones y regularizaciones: *orăşani* en vez de *oroşani*, *cari* en lugar de *care*, o *străini* por *streini* y *sunt* por *sînt*. Desconocemos exactamente a qué obedecen tales modificaciones.

d) En 1952, dentro de la serie *Biblioteca pentru toți* aparece una nueva edición de *Însemnare* de la mano de Perpessicius (1891-1971). Este crítico y escritor, como ya hiciera en las ediciones de Mihai Eminescu, *literaturiza* la forma del texto, prescindiendo de los fonetismos regionales que caracterizan no sólo al *corpus* textual de la edición *princeps* sino también a los de la propia lengua del autor. Con todo, esta edición supera con creces a las realizadas anteriormente.

e) De 1955 es la edición prologada por S. Bratu, realizada en la colección *Biblioteca şcolarului* por parte de la *Editura Tineretului*. Su novedad y aportación es el índice de topónimos con el que se pone colofón al texto.

Teniendo presente que es una edición escolar dirigida a estudiantes, la propia editorial reconoce haber mutilado partes del texto “*para facilitar la lectura*” (p. 15). No deja de sorprendernos dicha afirmación, pues los fragmentos omitidos no son sensiblemente más difíciles o disquisitivos

que otros que sí se han incluido. Tales mutilaciones responden a otros criterios; con frecuencia suele tratarse de asuntos polémicos como, por ejemplo, el que habla del clero.

Suponemos que con una finalidad escolar y didáctica, el libro se divide en tres partes que se corresponden con los tres viajes realizados por Golescu.

La edición titula también, con diferentes epígrafes que no pertenecen a la tabla de materias y que Dinicu Golescu no concibió como tales, las largas digresiones de nuestro viajero. Esto le permite al lector conocer el tema sobre el que trata un capítulo, pues el editor resume su contenido en frases como: “*Cum folosesc călugării averile mănăstirești?*” (p. 53), “*Ce va vedea cinevaș întrând în bordeiele țăranilor noștri*” (p. 73) o “*Pentru ce să să facă o societate literară*” (p. 80).

Asimismo, son útiles las notas explicativas de algunos personajes y topónimos que aparecen en el texto, así como las definiciones de determinadas palabras que hoy en día están en desuso o que tienen un significado distinto al actual.

f) La edición de 1963 es la realizada por Gh. Pienescu, que incluye también un índice de topónimos, pero que no presenta ninguna novedad o aportación.

g) En 1964, Gh. Popp propone en su edición -realizada dentro de la misma serie que la de Perpessicius- el respeto por la lengua del texto, tal y como la concibió su autor. No obstante, no se resiste a ofrecer ciertas soluciones distintas: *aducătorul* por *aducătoriul*, *orice* por *orce*, *Cantacuzino* por *Cantacozino*... E incluso son manifiestas algunas omisiones del texto original.

h) De la Editorial Eminescu es la edición que aparece publicada en 1971 dentro de la colección *Biblioteca Eminescu* y que reproduce el texto de Gh. Popp de 1964. Quizás lo más destacable -al margen de un interesante, aunque escueto, prólogo histórico realizado por M. Bucur-sean sus propias anotaciones al texto, en su mayoría explicaciones léxicas e históricas que tienen como fin facilitar la comprensión. Cabe resaltar, asimismo, su esfuerzo por ofrecer al lector una lengua asequible y depurada, como lo demuestran palabras como *astăzi* en vez de *astăz* o *își* en lugar de *iș*.

Desde el punto de vista del lector es de agradecer, tipográficamente, el hecho de que cada ciudad tenga su encabezamiento al principio de la página, independientemente de la extensión que se le dedique a cada una. Y si la descripción de la ciudad son tres o cuatro líneas -como ocurre con Hainburg, Turda o Brescia, por ejemplo- la página acabará ahí y se pasará a otra ciudad y, por consiguiente, a otra página. Esto permite identificar con mayor facilidad el itinerario realizado por el autor.

i) Ya en la última década del siglo XX, bajo el título general de *Scrieri*, M. Anghelescu edita en 1990 no sólo *Însemnare* sino también una parte del resto de sus obras, como es *Adunare de pilde* y *Elementuri de filosofie morală*. Incluye, asimismo, un anejo en el que, por una parte, se reproduce un documento en el que se ponen de manifiesto las bases sobre las que se asienta la fundación de la Escuela de Golești (*Înștiințare pentru Școala din satul Golești*), y por otra, la *Diata*. A este anejo le siguen unas *Notas y comentarios* sobre las tres obras que componen el volumen, así como un *Glosario*.

Se remata dicha edición con un índice toponímico que viene a corregir y a completar el ya realizado por Gh. Pienescu en 1963 y que incluye, además, la versión moderna de los nombres de los distintos lugares.

La edición de M. Anghelescu -no en vano es la que principalmente hemos seguido nosotros- nos parece la más completa y cuidada de las aparecidas hasta la fecha. Como el mismo crítico reconoce, la edición no pretende dar la imagen más aproximada a la lengua de Dinicu Golescu, sino la más cercana a la lengua de cada texto. Teniendo presente que Dinicu Golescu no era ni un filólogo ni un escritor propiamente dichos, no le hemos de presuponer un perfecto dominio ortográfico, esto es, de la forma que tiene de escribir. No hay una ortografía uniforme. Es comprensible, por consiguiente, que nuestro viajero dude sobre la grafía que ha de tener una palabra y que presente un vocablo bajo diferentes formas, en muchas ocasiones un mero reflejo de la propia particularidad fonética de Transilvania. De ahí que -incluso en un mismo párrafo- nos encontremos con alternancias fonéticas como *Precista/Precesta*, *poci/pociu* o *două/doao*, por citar algún ejemplo.

Dice el propio M. Anghelescu (1990, LXVIII):

“În general, am abordat textul cu intenția de a păstra pe cât e cu puțință particularitățile pronunțării autorului și -acolo unde interpretarea ei putea fi arbitrară- chiar ale grafiei sale; am respectat deci toate

inconsecvențele și alternanțele de tipul meu/mieu, sineș/sineși...”

Así pues, se han conservado las terminaciones “-u”/ “-iu” en palabras como *ajutoriu*, *flecariu*, *temeiu*, que alternan con la correspondiente forma en “-or” (*stăpînitor*, *ajutor*, etc.)

También el editor a transcrito con *th* la letra griega *θ* que Golescu utiliza no solamente en los nombres propios griegos sino también en las palabras de origen helénico, como pueden ser *theatru* o *bibliothicã*, ya que, muy probablemente, así las pronunciaría él.

Las palabras representadas con el grafema cirílico ↑ han sido transcritas como *în-*, *îm-* o *î-*, según lo que estipula la pronunciación real (*întuneric*, *împărat*, etc.).

Del mismo modo, el editor ha adoptado una única forma -z- en el interior de todas aquellas palabras que presentan, indistintamente, una solución -s- o -z-. De esta manera, la alternancia *desbrăcat/dezbrăcat*, por ejemplo, queda representada por una única forma *dezbrăcat*. Sin embargo, M. Anghelescu ha conservado la z- inicial en todos aquellos casos que el texto original la presenta, porque, según él, no hacen sino reflejar la pronunciación real (*zmaragd*, *zmintit*, etc.)

Se han eliminado, por otra parte, todas las consonantes dobles que no tienen justificación (*înnainte*, *Vienna*,...), así como aquellas grafías incorrectas que aparecen esporádicamente en el texto y que se consideran errores de imprenta, tales como *noștrii* o *voștrii*.

Siguiendo la norma actual, el final de los plurales articulados y las formas de genitivo y dativo, que fueron escritos por Dinicu Golescu con dos *ies* (-ii) han sido transcritos con tres *ies* (-iii). A pesar de esta advertencia encontramos en el texto un genitivo con dos *ies*, que presuponemos error de imprenta (en la página 77 aparece *Italii* en vez de *Italiii*).

Tomando como modelo las reglas ortográficas vigentes se ha introducido también una *i* delante de *e* en palabras como *muiere*, *piept*, *miezul*, etc., en vez de *muere*, *pept* y *mezul*, tal y como las concibió el autor, consciente, sin duda, de una pronunciación [jé] de la vocal *e*, como hoy en día ocurre generalmente con esta *e* tónica: *eu*, *este*, *locuește*...

La puntuación ha sido revisada en aquellos casos donde el texto podía ofrecer una lectura más clarificadora.

Se han completado algunas abreviaturas como es el caso de *Socrate* en lugar de *Soc.*, *Sholasticul* en vez de *Sh.* o *suflete* sustituyendo a *sf.*

j) Más recientemente ha hecho aparición en 1998, 25 años después de publicar la primera, una nueva edición de Gh. Pienescu. En ella el autor dice respetar fielmente las particularidades fonéticas y gramaticales de la edición original de 1826 escrita con caracteres cirílicos. Aparecen, por lo tanto, formas como *capitalu* (y no *capitalul*), o *cerîndu-m* (en vez de *cerîndu-mi*), *fofez* (y no *fofezi*) y *tovarăș* (en lugar de *tovarăși*) como prueba evidente de la tendencia a no escribir la *-i* final que tenía Dinicu Golescu -propia de la lengua popular- detrás de las consonantes *m*, *z* y *ș*.

También Gh. Pienescu ofrece notas de explicación léxica, otras de tipo crítico-literario e incluso una serie de glosas de carácter hipotético sobre explicaciones dificultosas o desconocidas hasta el momento.

Como dato curioso podemos resaltar que Pienescu considera capítulos integrantes del texto, al mismo nivel que los *Cuvîntări deosebite*, partes que el propio Golescu había concebido como meras notas. Tal es el caso, por ejemplo, de las notas sobre el *ailvaghen* o sobre el barco de vapor, convertidas aquí, respectivamente, en los capítulos <*Ailvaghen*> (p. 99) y <*Vaporul*> (p. 107).

Hay, además, al final, un índice de nombres geográficos y unos comentarios realizados por E. Lăsconi, seguidos de un cuadro cronológico y de ciertas apreciaciones críticas.

1.2.1) LA REPERCUSIÓN DE LA OBRA

No disponemos de comentarios precisos acerca del eco que tuvo *Însemnare* en la época o sobre el modo en que la obra fue recibida por los contemporáneos de nuestro escritor. Sin embargo, a juzgar por los datos que tenemos -o más bien, quizás, por aquéllos de los que carecemos- no parece que se le dispensara una buena acogida. Ion Heliade Rădulescu, en el *Cuvîntul epitaful* (1830) que le dedica a nuestro autor, no la destaca como una de las grandes realizaciones de Dinicu Golescu; Rădulescu parece admirar más su figura que su obra, según consta en la carta que le escribe el 9 de Junio de 1847 a Ștefan Golescu, uno de los hijos de nuestro viajero, reproducida por A. Iordache (1979, 31):

“Să trăiască românismul, domnul meu, și numele Golescul, ce primul aduse semințele civilizație în țara noastră. Gazete, teatru, idei de constituție sau de regulament, școale prin tot Prințipatul românesc, casin, librerie, tipografie, cele ce a făcut Eliade pînă acum, toate e datoare țara umbrei răposatului d-tale părinte, fără dînsul aveam poate undeva, însă pe alt drum și mult mai înapoi.”

Mucho más benevolente es el anónimo autor del artículo “Dialogul despre literatura românească în Moldova” (1834), editado por Zaharia Carcalechi (1784-1856) en la revista *Biblioteca românească*. Dinicu Golescu es mencionado aquí como una persona que ha escrito algunos libros para ilustrar al pueblo, pero no se nos nombra a *Însemnare*. Incluso un escritor como Mihail Kogălniceanu habla de oídas sobre Radu Golescu de Valaquia y sobre un viaje a Alemania, tal y como recoge P. Cornea y E. Piru (1969, 222).

Solamente un ilustrado como Vasile Popp (1789-1842) lo menciona en 1827, aunque simplemente lo considera una prueba de que la cultura de Europa también recorre los caminos rumanos. Sorprendentemente, ni tan siquiera 50 años después, en el *Conspectul asupra literaturii române* de Vasile Gherman Pop (1850-1909) se cita a Dinicu Golescu. Sí hace referencia a él, aunque con una escueta observación, Grigore Tocilescu (1850-1909). Del boyardo solamente nos dice (1875, 642) que “... observă totul cu amănunțe și, întorcîndu-se în patrie, publică viaggiul său plin de-nvățăminte pentru concetățenii săi.”

Será Moses Gaster (1856-1939), en 1885, el primero que ponga de manifiesto el valor y la originalidad de *Însemnare a călătoriei mele*. El autor destaca, precisamente, el hecho de que el nombre de nuestro escritor no conste en los manuales de literatura de la época. Así, Gaster nos dice (1885, 481), que en Dinicu Golescu “... recunoaștem spiritul de renaștere puternică, suflarea patriotică care pune toate în slujba dezvoltării naționale și care ne dau oglinda acelor vremuri de frămîntare, cînd epoca modernă începe a se accentua în toate manifestările literare.”

Sin embargo, a pesar de este intento de recuperar la obra de nuestro boyardo, nadie parece hacerse eco de las palabras de Gaster. En 1888, A. Philippide (1859-1933) todavía no lo incluye en su manual de lengua y literatura rumanas. Será en el siglo XX cuando, en 1905, P. Eliade le dedique un capítulo íntegro en su *Histoire de l'esprit public en Roumanie* y lo considere una de las figuras más representativas de la época de transición de los principados rumanos. Y acto seguido, en 1907, N. Iorga le otorga un lugar privilegiado entre los representantes de su generación y

analiza *Însemnare a călătoriei mele* con el cuidado que se merece. Es entonces cuando se destaca (1907, 95) que la obra de Golescu es “... *un întreg program în vederea europenizării noastre.*”

A tenor de lo visto, no fue, por lo tanto, un libro leído y estudiado que gozara del beneplácito de los lectores y de la crítica, como pretende D. Berindei (1986, 428):

“*Însemnările lui Dinicu Golescu au avut un deosebit răsunet în epocă (...). Lucrarea a fost o carte citită, gustată, interesul manifestându-l nu numai contemporanii, ci generațiile următoare.*”

Algo distinto es que, efectivamente, las generaciones posteriores supieran ver y reconocer el valor de la obra, no tanto, quizás, literaria como socialmente, según este mismo autor (1986, 428):

“... *lucrarea se înscrie firească printre lucrările similare realizate în alte sate europene, ca o operă de profundă rezonanță socială.*”

O, como cree N. Iorga (1934a, 402), espiritualmente:

“... *o înrîurire necesară asupra spiritului unei epoci.*”

Dinicu Golescu, a pesar de su modestia, intuye -creemos- la importancia que el relato de sus viajes pueda tener para el desarrollo de su país, del mismo modo que el viajero medieval “... *demuestra que tiene muy en claro que el interés de su obra o de sus andanzas es directamente proporcional a la relación que guarden con preocupaciones que afectaban a la marcha de toda la sociedad a la cual él pertenecía*”, según S. Carrizo Rueda (1997, 24). Es obvio que los temas tratados por Golescu eran más que interesantes y útiles para la sociedad en la que vivía, pero sus contemporáneos -salvo contadas excepciones- no le supieron dar el reconocimiento que merecía.

1.3) LA PUNTUACIÓN

Es completamente diferente a lo que sería una puntuación -española y rumana- moderna. Si exceptuamos el empleo que el escritor hace de la coma y del punto -perfectamente utilizados, de acuerdo con las actuales normas gramaticales-, y prescindiendo de otros de menor consideración como pueden ser las comillas, los paréntesis o los signos de exclamación, Golescu presenta ciertos particulares usos de signos de puntuación básicos como es el caso del punto y coma, del signo de interrogación o de los dos puntos, notablemente distintos a lo estipulado hoy en día por una gramática normativa.

1.3.1) LOS DOS PUNTOS

Es cierto que con bastante frecuencia nuestro viajero los utiliza correctamente:

“Sămănăturile cele mai multe sînt: grîul, porumbu, ovăzul...” (p. 10) [*]

“... ca un nebun au sărit de m-au îmbrățișat, strigînd: “A! Milanu, Milanu”...” (p. 75) [*]

Pero destacaremos el peculiar e incorrecto uso de los dos puntos que efectúa Dinicu Golescu en determinadas ocasiones, por ejemplo, cuando no están justificados porque ni introduce ni enumera persona u objeto algunos, o cuando, innecesariamente, aparecen justo antes de la conjunción *că*:

“... la ale căroră începere sînt 4 mari postamenturi, care au asupră-le 4 statue: trupurile lor, de doaă ori mai nalte decît un nalt om,...” (p. 41) [*]

“... au fost silit să-l întrebe că: “Numai facînd cărbuni și vînzîndu-i în Viena ai făcut această stare?”
(p. 47) [*]

“... hotarînd că: în oricare parte de loc va fi bogăția numai la cîteva persoane numărate...” (p. 82) [*]

“... el au prisosit: că de la Kronștatul din Transilvania, ce se hotărește cu Valahia?” (p. 103) [*]

En realidad, lo que está de más en el ejemplo de la página 47 es la conjunción *că*. Golescu no domina el uso del estilo directo, lo que le lleva a reproducir literalmente la pregunta que él le hizo al carbonero (tratándolo de tú). Pero la aparición del conector nos exigiría un *a făcut* (en tercera persona) o, más correctamente, para respetar la *consecutio temporum*, un *făcuse*.

Por otra parte, hay situaciones en las que la ausencia de los dos puntos es notable, precisamente, cuando serían más que necesarios:

“... *cele trebuincioase trei socoteli, [:] adunarea, înmulțirea și scăderea.*” (p. 6)

“*Judece acum fieșcine cît am fost de strîmtorat de a-i răspunde, [:] și ce?*” (pp. 70-71)

“*Trei mari podoabe are această grădină; [:] gîrle, grădină și palat...*” (p. 93)

“*Iar cît pentru starea norodului, din cele mai de la vale scrisă poate fieșcare să judece.[:]* Coborîndu-mă la un sat...” (p. 97)

1.3.2) EL PUNTO Y COMA

Golescu tampoco parece estar muy instruido en lo que se refiere al empleo del punto y coma. Posiblemente, si realizáramos un cómputo estadístico de uso, resultaría ser su signo de puntuación preferido, a tenor de la frecuencia con que lo usa, quizás consciente de que separa ideas y conceptos distantes pero con una cierta interconexión, si bien no siempre es así, pues en numerosas ocasiones lo emplea como si en realidad se tratara de un simple punto. O de una coma:

“... *legîndu-l cu un lanț, îl coboră printr-acea gaură pînă în fundul temniții, ce este destul de întunecoasă și înfricoșată; unde și acuma au un ticăloș legat cu lanțuri...*” (p. 43) [*]

“Acele luntrii, cînd au să meargă afară din oraș, ridică și pînze; carele, fiind foarte multe, stau pe la multe locuri...” (p. 65) [*]

“Și dumnealui, ca un om ce nu-i lipsea nici un dar, au hotărît să îndrepteze pe taică său omorîndu-l; pe carele, prinzîndu-l stăpînirea, l-au ridicat la închisoare...” (p. 78) [*]

“Din care, cea dintîiu este nestatornicia; căci în vreme de 24 ani, de 4 ori ne-am lăsat casele...” (p. 106) [*]

1.3.3) LOS SIGNOS DE INTERROGACIÓN

Sin duda, Dinicu Golescu no posee una idea clara de la diferencia entre lo que es una oración interrogativa directa y una oración interrogativa indirecta. Con alguna frecuencia nos encontramos con proposiciones subordinadas introducidas por un verbo de los tradicionalmente llamados *de entendimiento, lengua o sentido* -que no hacen necesaria la presencia del signo de interrogación, al tratarse de una oración interrogativa indirecta- y contemplar cómo al finalizar la pregunta nos aparece el signo interrogativo de cierre:

“... m-au întrebat de este aceast scrisoare în limba *natională?*” (p. 53) [*]

“... me preguntó que *¿qué era aquella carta en lengua nacional?*” [*]

“Poate cinevaș va zice că pînă la vîrsta de 8 ani ce va putea copilul *învăța?*” (pp. 110-111) [*]

“Quizás alguien diga que hasta la edad de 8 años *¿qué va a poder aprender un niño?*” [*]

En honor a la verdad hemos de decir, no obstante, que en algunas ocasiones -haciendo gala de un correcto uso- no aparece el signo de interrogación:

“... au început să întrebe de nu are acest națion *limbă și scrisoare naționalicească.*” (p. 70)

“... *empezó a preguntar si no tiene esta nación lengua y literatura nacional.*”

1.4) LA MORFOLOGÍA

Ya sabemos que el texto está escrito, originariamente, en caracteres cirílicos. Al margen de esto, que es un fenómeno puramente histórico-circunstancial que no tiene mayor trascendencia, creemos importante reseñar el hecho de que nuestro escritor utilice, aunque muy esporádicamente, elementos propios de la morfología -no ya del léxico- de la lengua eslava. Así, en el texto que nos ocupa, se hace presente la forma de la conjunción copulativa “*i*” en lugar de la rumana “*și*” (pp. 64, 86, 92, 93, 94...). Pero más sorprendente es todavía la aparición de una conjunción tan característicamente eslava como *Ipat*, “*asimismo, igualmente*”:

“*Ipat altă, întru care au adunare de lucruri firești...*” (p. 95)

Sin embargo, si bien éste último conforma un caso aislado, la preposición eslava *bez*, “*sin, excepto, aparte de...*” -si hemos de basarnos en las múltiples ocasiones y en la naturalidad con que Dinicu Golescu la emplea- adquiere carta de naturaleza propia en el texto de *Însemnare a călătoriei mele*:

“...căci **bez** muncă câmpului...” (p. 5) [*]

“**Bez** această supărare nu mai este alta...”
(p. 20) [*]

“**Bez** 2 theatre obicinuite și unul al palatului...”
(p. 96) [*]

Hay, por otra parte, plurales de sustantivos que no se corresponden con la actual morfología de la palabra, prueba evidente de la falta de fijación del sistema gramatical del momento:

ierburi (p. 42) en vez de *ierbe*
școale (p. 76) en vez de *școli*

1.4.1) LA MORFOLOGÍA VERBAL

En nuestro caso la forma temporal propia de la narración es, mayoritariamente, el pretérito perfecto, no sólo para hechos sucedidos en un tiempo más o menos próximo sino, incluso, en las narraciones de leyendas o hechos históricos que Dinicu Golescu incluye. Mención especial merece el peculiar uso de la tercera persona del singular del verbo auxiliar Si hoy en día lo que tenemos es una solución “a”, en Dinicu Golescu nos aparece la forma “au”:

“Apoi **au venit** copila birtaşului...” (p. 101) [*]

“... căci în zilele otcîrmuirii mării sale **s-au întemeiat** un ce folositor.” (p. 106) [*]

Pero frecuentemente la narración en tiempo presente de indicativo se apodera del texto, un presente puramente explicativo, que no hace sino constatar la descripción. Veamos algunos ejemplos:

a) Con el verbo *a fi*:

“Toate mărginile mării, ce **sînt** spre oraş...” (p. 62) [*]

“Acesta **este** scaunul al crăiilor Bavariei...” (p. 89) [*]

“Clima acestui loc nu **este** mai călduroasă...” (p. 97) [*]

b) Con el verbo *a avea*:

“**Are** un theatru foarte mare şi frumos...” (p. 63) [*]

“Acesta **are** copaci mulţi şi mari...” (p. 104) [*]

c) Con otros verbos:

“Pe supt acest lăcaș împărătesc **trece** norodul slobod întru această grădină...” (p. 40) [*]

“Streinii, cele mai multe ceasuri le **petrec** într-acele încrucișate uliți...” (p. 62) [*]

“Iar acum, acei mici nu ne mai **iubesc**, ci numai ne **lingușesc**...” (p. 84) [*]

“Cale ca de un ceas departe, **începe** a să auzi un zgomot...” (p. 113) [*]

“Aceștia **lăcuiesc** pe un loc mai mult pietros...” (p. 114) [*]

Por el contrario, la serie de digresiones, apostillas o interpolaciones con las que el escritor configura su relato tienen, en su mayoría, una clara tendencia hacia el presente de subjuntivo en unas ocasiones o hacia el futuro en otras. En cualquier caso, se trata de tiempos verbales que expresan una esperanza o un deseo:

“Vreme este fraților, de **a să da** o bună orînduială...” (p. 33) [*]

“Pentru acesta dar patrie **trebuie să ne sirguim**...” (p. 56) [*]

“... **trebuie să ne împuternicim și să judecăm** care sînt datorile unui bun patriot...” (p. 85) [*]

“Și în scurt, orcare părinte **va voi să-ș trimiță** copilul în alte țări...” (p. 110) [*]

Un rasgo estilístico que caracteriza particularmente a nuestro autor es el empleo -quizás abusivo- del gerundio, que no hace sino mantener la tensión del relato, la sensación de que aquello se está produciendo en ese momento con una duración determinada. De hecho, este tipo de construcciones equivale, en la mayoría de las ocasiones, a proposiciones subordinadas temporales del tipo *Cuando + imperfecto*, *Al + infinitivo* o *Si + presente*:

“...**întrînd** cinevaș ...” (p. 48) [*]

“Eu, **plecînd** din Braşov...” (p. 53) [*]

“**Întorcîndu-mă** la Trieste(...), s-au întîmplat și un neamț, carele, **întrebîndu-mă** de unde sînt și pe unde am umblat, și **spuindu-i**, (...), că un nebun au sărit de m-au îmbrățișat, **strigînd**: “A Milanu, Milanu!”, și acesta neamț **fiind** și om ca de 60 ani (...). Apoi **spunîndu-i...**” (p. 75) [*]

“Într-asemena, zic, judecâți **aflîndu-mă** și **văzînd** pe toți sfetnicii...” (p. 82) [*]

“Printr-aceste numai puține orașe **călătorind...**” (p. 101) [*]

No son casos aislados. El gerundio confiere al relato el preciso instante en el que un hecho se realiza, el aspecto durativo y continuo de una acción. Quizás no haya ningún tiempo verbal tan propio y adecuado al relato de viajes. Curiosamente, encontramos pasajes con la misma construcción morfosintáctica, y queriendo significar lo mismo, en el Baró de Maldà (1991, 84-86), por ejemplo:

“**Tenint** ya enganxadas Francesch las 3 mulas al birlotxe (...). **Trobant** en la plaza y en lo hostel ya a gent de bé (...), **anant** a estonas mitg a tambullons las mulas en tot aquell camí de pujadas (...). **Anant** nosaltres pujant per aquell camí...” [*]

Pasemos ahora a observar algunos párrafos en los que Dinicu Golescu emplea indiscriminadamente el gerundio en lugar de proposiciones causales, temporales, condicionales, o relativas, a saber:

“... să nu mai auză trimișii: “Vino mîine la cutare vreme”, cînd, **viind**, boieru au fost de mult plecat...” (p. 25) [*]

“...căci noi, cei bătrîni, **neștiind** nimic de tot pe lîngă alții (...). Și copiii noștri, **neavînd** de la cine să înveță și a să îndrepta...” (p. 30) [*]

“Și pã cel mai mare dintre ei **văzînd...**” (p. 32) [*]

“... pe care trebuie cinevaș negreșit să le vază, căci **nevăzîndu-le...**” (p. 43) [*]

“Și carele din compatrioți, **cunoscînd** numai pre cei despre bălți lăcuitori...” (p. 49) [*]

“Acest oraș, **fiind** tot zidit în mare...” (p. 68) [*]

“**Întorcîndu-mă** la Triești, (...) s-au întîmplat și un neamț, carele, **întrebîndu-mă** de unde sînt și pe unde am umblat, și **spuiindu-i...**” (p. 75) [*]

“Dintr-aceasta apă **ump[l]îndu-să** heleșteul...” (p. 94) [*]

Hay que resaltar la peculiar forma negativa de gerundio empleada por Dinicu Golescu simplemente, como hemos podido observar en algunos ejemplos anteriores, con la anteposición del prefijo negativo “*ne-*”, frecuentemente acompañada de un pronombre personal o reflexivo. Otros casos presentes en el texto son:

nelăsîndu-i (p. 25)

negăsînd (p. 85)

nevăzîndu-le (p. 94)

neînportarisîndu-să (p. 111)

nefînd (p. 115)

A éstos hay que añadir las curiosas formas negativas sintéticas, altamente expresivas, compuestas de *ne* y de *mai*:

nemaisocotînd (p. 29)

nemairămînd (p. 71)

nemaicunoscîndu-să (p. 114)

nemaiavînd (p. 116)

Podríamos concluir, diciendo que son, precisamente, estas tres formas verbales (presente de indicativo, perfecto de indicativo y gerundio) las que configuran mayoritariamente la narración de los hechos de nuestro libro de viajes.

En cuanto a las personas gramaticales -explícitas o implícitas, nominales o verbales- hay una oscilación entre lo que son experiencias vividas por el propio Golescu (lo que ve, lo que piensa, lo que hace...) y la narración de historias, la descripción de los habitantes o los comentarios sobre las distintas ciudades... Por lo tanto, nos encontramos, básicamente, tanto con formas de primera persona del singular...:

“*Dar **eu gîndesc** că...*” (p. 52) [*]

“***Eu**, plecînd din Braşov, **am început** să scriu...*”
(p. 53) [*]

... como de tercera persona del singular:

“***El i-au răspuns** că așa...*” (p. 47) [*]

“***Portul naţionalicesc este** pălărie mică...*”
(p. 97) [*]

“***El mi-au răspuns...***” (p. 98) [*]

“*Acum **judece fieşcare...***” (p. 102) [*]

y del plural:

“***Aceşti boieri** mulţi ani **iscălesc...***” (p. 50) [*]

“***Streinii**, cele mai multe ceasuri le **petrec** într-acele încrucişate...*” (p. 62) [*]

“***Toţi lăcuiitorii**, pînă şi cel mai sărac, **sînt** îmbrăcaţi curat;...*” (p. 87) [*]

“***Vitele** ale acestui ţinut **sînt** mari şi bine îngrijite.*”
(p. 114) [*]

En un segundo plano nos encontramos con otra serie de personas:

- 2ª persona del singular: No aparece explícitamente la forma de pronombre personal *tu*. Dinicu Golescu, como mucho, llega a dirigirse al lector en forma de vocativo:

“*Nu mă dojeni, **frate cititorule**, unde găsești întocmai adevărul...*” (p. 25) [*]

E incluso realiza un llamamiento a Dios:

“*O, preputernice **părinte** al tuturor noroadelor!*”
(p. 112) [*]

Pero nos encontramos con un ejemplo en el que la forma verbal de segunda persona del singular aparece bajo la forma -mal utilizada- de estilo indirecto:

“... *au fost silit să-l întrebe că: “Numai făcând cărbuni și vânzându-i în Viena **ai făcut** această stare?”*”
(p. 47) [*]

- 1ª persona del plural: Por lo general suele hacer acto de presencia cuando, por comparación, hace referencia al estado del pueblo rumano del que forma parte: son los ya célebres *Iar noi...*

“*Iar **noi**, ca să **ne cunoaștem** țara bine...*”
(p. 4) [*]

“*Iar **noi** numai **ne naștem** și **putrezim** în oraș...*”
(p. 74) [*]

Aunque no faltan ejemplos de otra índole:

“*O! Cît **ne-am** folosi **toți de obște**...*” (p. 88) [*]

“*Căci cele ce **lucrăm** muncind în 10 ani, numai într-o zi le **pierdem**...*” (p. 100) [*]

- 2ª persona del plural:

En forma de imperativo/vocativo, normalmente:

“**Vă rog, sfinților!**” (p. 31) [*]

“**Vedeți, fraților!...**” (p. 47) [*]

1.4.2) PREFIJACIÓN Y SUFIJACIÓN

1.4.2.1) Del sustantivo

Nos llaman la atención lexemas del texto como *iertăciune* (p. 28), *scăpătăciune* (p. 30), *întristăciune* (p. 42), *înșălăciune* (p. 39), *goliciune* (p. 60), *închinăciune* (p. 66, 87) o *repeziciune* (p. 113), que si bien hoy en día no son especialmente relevantes, sí lo fueron en torno a las últimas décadas del siglo XVIII, como indica G. Danțiș (1992, 38). El sufijo “[ăc]iune”, empezará a adquirir su carácter productivo debido, precisamente, a la influencia de las otras lenguas románicas, especialmente el francés y el italiano. Lo cierto es que suena a *extranjerismo*, a palabra adaptada. No obstante, es preciso señalar que conviven -dentro o fuera del texto- con formas más genuinas en “-are” o “-eală”: *iertare*, *întristare* (p. 39), *scăpare* (p. 40), *înșelare*, *închinare* o *repezeală*. De los términos arriba reseñados, tan sólo *goliciune* no presenta en la actualidad una solución sinónima. Dos sustantivos más son objeto de nuestro interés: *ușurime* (p. 37) y *apunerea* (p. 92).

Del mismo modo, Golescu, partiendo de una voz patrimonial, como es el caso de *stator*, utiliza en repetidas ocasiones el adjetivo *stătator* para referirse a un puente, por ejemplo (p. 87). Sin embargo también incluye la palabra *nestatornicie* (p. 106) como sustantivo genuino resultante de un proceso de prefijación propio de la lengua rumana, pero reproduciendo el calco -o semicalco- de una posible *instabilità* (italiana) o *instabilité* (francesa). Es, una vez más, otra muestra de su continuo debate entre dos mundos.

Hallamos, por otra parte, un conjunto de palabras donde Dinicu Golescu ha puesto un propósito hipocorístico. No son meros sufijos diminutivos, pues el autor los utiliza con alguna intención expresiva:

copăcel (p. 11)

meșcioare (p. 35, 65)

copăcei mici (p. 40)

pădurice (p. 43)

cărticică (p. 53)
apșoară (p. 76)
gîrliță (p. 94)
orășel (p. 96)
cășcioară (p. 97)
sățucean (p. 101)
rîuleț (p. 105)

1.4.2.2) Del adjetivo

Son escasos los ejemplos en los que aparece una forma adjetiva acompañada de un sufijo. Nos referimos, lógicamente, a las que presentan una cierta particularidad, no a formas habituales en la lengua rumana provenientes de sustantivos o verbos como *arhitectonicesc* (p. 7), *mișcător* (p. 8), *grecesc* (p. 53), *neguțătorească*, (p. 76), *ceresc* (p. 85), *fericească* (p. 89), *curgătoare* (p. 97), *orășenești* (p. 107), *impărătești* (p. 108), *crăiești* (p. 108), *naționalicești* (p. 108), *obștească* (p. 108) o *temeinică* (p. 114)... Así, por ejemplo, tenemos los siguientes adjetivos sufijados:

măricel (p. 11)
bunicică (p. 38)

Más frecuentes son las formas prefijadas de adjetivos como *neconvîntător* (p. 30), *nemarginită* (p. 64), *neroditori* (p. 77) o *nefolositor* (p. 101), pero son vocablos que pertenecen al propio sistema de formación de palabras de la lengua rumana y no al uso particular que Golescu pudiera hacer de ellos.

Una atención especial merece el adjetivo *ellinica* (p. 101), que Golescu transcribe directamente del griego, como podemos observar por la “-ll-” y por la terminación en “-a”, a diferencia de *italiană*, *franceză*, etc.

1.4.2.3) Del verbo

La peculiaridad viene marcada por la terminación verbal “-[ar]isi” característica de los verbos griegos. Golescu, partiendo de un verbo rumano o de un neologismo verbal tomado de otra lengua, es capaz de ofrecernos formas como éstas:

interesaris (p. 57)
transportaris (p. 76)
formalisi (pp. 94, 133)
nefabricaris (p. 111)
fabricaris (p. 111)
exportarisi (p. 111)
neimportaris (p. 111)

El sufijo verbal “-[al]ui” también está presente:

bālsāmui (p. 23)
pecetluită (p. 28)
nelegiuită (p. 50)
probālui (p. 106)

Formas verbales atípicas -o cuando menos, curiosas- son *nemaitrebuînd* (p. 83) o *neimportarisindu-să* (p. 111). En el primer caso el autor no hace más que unir el prefijo negativo “ne-” acompañado del adverbio *mai* al gerundio *trebuînd*. En el segundo ejemplo nos hallamos delante de un semicalco, pues Golescu toma la forma neológica *importarisi*, transformada en gerundio, y le añade el prefijo rumano “ne-”.

1.4.2.4) Del adverbio

Tan sólo hemos detectado un único y significativo caso: *puțintel* (p. 16).

1.5) LA SINTAXIS

Habría que empezar estableciendo una distinción entre lo que es la sintaxis interna de las frases u oraciones, por una parte, y la sintaxis textual, propia de su modo de elaborar y configurar los párrafos o una secuencia de ellos, por otra. En ambas categorías Dinicu Golescu presenta una serie de particularidades que hacen que su estilo se pueda considerar como *único* en cuanto a articulación sintáctica se refiere. Esto quizás obedece a que, como sentencia L. Jucu-Atanasiu (1978, 3), el escritor “...nu urmărește cu rigurozitate un plan, trecînd de la o idee la altă cu ușurință sau repetîndu-o...”

1.5.1) LA SINTAXIS INTERNA

La sintaxis interna de Dinicu Golescu es bastante peculiar, especialmente en lo que se refiere a la ubicación del sintagma verbal en oraciones unipersonales del tipo “Es necesario que...”, “Es imposible que...”:

“A acestii grădini frumusețea, **peste puțină este** de a putea cinevaș să-i facă descriere far’de greșală.” (p. 40) [*]

“De este jardin la belleza, **imposibile es** que pueda alguien hacer la descripción sin equivocarse”

“... un strein **este peste puțină** să crează această proastă stare...” (p.. 47) [*]

“... un extranjero **es imposible** que crea esta absurda situación...”

“... **peste puțină este** omul de a-ș ținea trupul...” (p. 81) [*]

“... **imposibile es** que el hombre pueda tener el cuerpo...”

Observamos en el primer ejemplo que incluso dentro del sintagma nominal, la colocación del complemento del nombre -que en rumano resulta ser un genitivo- se realiza con anterioridad al núcleo (“*De este jardin la belleza*”). Tenemos otros casos de este tipo. Las traducciones que acompañan a éstos y a los siguientes ejemplos las hemos hecho “*mot à mot*” para ilustrar lo que decimos:

“**Al acestui lucru** mare folos...” (p. 52) [*]

“**De esta cosa (la)** gran utilidad...”

“**A aceștii zidiri** meșteșugul...” (p. 67) [*]
 “*De este edificio el arteificio...*”

“... **ale acelui oroșan** bune năravuri...” (p. 110) [*]
 “... *de aquel ciudadano buenas maneras...*”

Dentro del sintagma nominal, infinitos son los casos en los que el sustantivo está antepuesto al adjetivo, particularmente de índole cuantitativa. Podemos observar que no es una cuestión de estilo, al no tratarse en este caso de adjetivos calificativos, donde el orden tendría un carácter más literario. No obstante, hemos de decir que es un fenómeno que actualmente la lengua rumana también contempla:

“... **zile** multe...” (p. 53) [*]
 “... *días muchos...*”

“... **zidire** destule...” (p. 81) [*]
 “... *edificios bastantes...*”

“... **ani** mulți...” (p. 83) [*]
 “... *años muchos...*”

Pero también nos hemos topado en numerosas ocasiones con complementos preposicionales insertados entre el adjetivo (numeral, demostrativo...) y el sustantivo a los que se refieren:

“*Cite spitaluri pentru oricare treaptă de om vrednice!*” (p. 30) [*]

“*¡Cuántos hospitales para cualquier clase de hombre dignos!*”

“*În cea de al doilea an călătorie...*” (p. 82) [*]
 “*En aquel del segundo año viaje...*”

“... **acele de mai mare neam** dame...” (p. 35) [*]
 “... *aquellas de más alta clase damas...*”

“... **o vrednică de scris** întîmplare...” (p. 103) [*]
 “... *un digno de reseñar acontecimiento...*”

O con complementos preposicionales antepuestos al nombre:

“... *ca de o poștă drum...*” (p. 16) [*]

“... *como de una posta camino...*”

(“... *a una distancia de una posta*”; “*a una posta de distancia...*”)

“*Cum și ale bisericii, de mirare luminoase lucruri...*” (p. 66) [*]

“*Asimismo de la iglesia, de admirar brillantes cosas...*” (“*Asimismo, las brillantes cosas de admirar de la iglesia...*”)

Es éste último un caso atípico, en la medida en que lleva incorporado, además, un genitivo, con lo cual la sintaxis es totalmente inversa a lo que, en un principio, cabría esperar: “*luminoase lucruri de mirare ale bisericii.*” Como atípica es la inclusión de una aposición entre el sustantivo y el complemento del nombre:

“*Nici un unghiu, cel mai nebăgat în seamă, de pământ...*” (p. 4) [*]

“*Ni un rincón, el menos tenido en cuenta, de tierra...*”

En oraciones que expresan dirección de un lugar a otro, no es menos frecuente ver el verbo intercalado entre el lugar de procedencia y el de destino:

“*Din Brașov mergînd la Peșta...*” (p. 78) [*]

“*De Brașov yendo a Pest...*”

A esto le añadimos frases en las que el verbo se sitúa al final, dejando el lugar de procedencia y el de destino unidos:

“*Din Prezbürg spre Viena mergînd...*” (p. 19) [*]

“*De Bratislava a Viena yendo...*”

Casos en los que el complemento directo está emplazado con anterioridad a un verbo o a grupos verbales, con la particularidad de que en algunas ocasiones se pone de relieve o se destaca sobre el verbo:

“**Binele** l-au învățat oamenii întâi unii de la alții...”
(p. 4) [*]
“**El bien** lo han aprendido los hombres unos antes que otros...”

“... **sfială** nu trebuie să aibă...” (p. 53) [*]
“... **pudor** no ha de tener...”

“**Un asemenea pod** în toată stăpînirea austriecească nu am mai văzut...” (p. 7) [*]
“**Un semejante puente** en todo el territorio austriaco no vi...”

“**O asemenea lățime** într-alte orașe n-am văzut...”
(p. 10) [*]
“**Una semejante anchura** en otras ciudades no vi...”

En estos dos últimos ejemplos nos encontramos con que, además, el CC está antepuesto al verbo. Hay otros casos en los que el orden que tenemos en castellano (V+CCC+CCT; V+CCL...) es totalmente inverso (CCT+CCC+V) o, cuando menos, diferente (CCL+V):

“**Vaporul într-o săptămână de doo ori merge...**”
(pp. 62-63) [*]
“**El barco en una semana dos veces va...**”

“**Mai vîrtos pe pod** este o plimbare minunată...”
(p. 15) [*]
“**Mucho más [bonito] por el puente** es [dar] un paseo maravilloso...”

Tomando como base algunos de los ejemplos anteriores, podemos decir que Dinicu Golescu, muy posiblemente influido por la sintaxis griega, manifiesta, en determinadas ocasiones, una tendencia a situar el verbo al final de la frase:

“... mulți din nobila tinerime (...) în patrie **s-au întors...**” (p. 4) [*]

“... muchos de [los de] la noble juventud (...) a la patria han vuelto...”

“... îș pun trupurile înaintea gloanțelor grecești, ca întâi ei să le **poprească.**” (p. 28) [*]

“... ponen sus cuerpos delante de las balas griegas, de modo que primero ellos las detengan.”

“... toți milorzii și oricare streini bucuros aciia **aleargă.**” (p. 45) [*]

“... todos los milores y cualquier extranjero alegremente aquí acuden.”

“... pentru care de rîs **am rămas.**” (p. 51) [*]

“... por lo cual riendo me quedé.”

“... toți fiii nobleții obicinuiesc mai mult în limba grecească **să scrie.**” (p. 53) [*]

“... todos los hijos de la nobleza acostumbran mayormente en lengua griega a escribir.”

“... și boierii printr-acestea să împuternicea și **să înmărea.**” (p. 84) [*]

“... y los boyardos mediante esto se hacían poderosos y se engrandecían.”

Tales son los ejemplos cuando el verbo hace acto de presencia. Hallamos, no obstante, frases en las que las formas verbales no aparecen en absoluto, normalmente porque se está sobrentendiendo un copulativo *a fi*. Dichas frases son muy comunes en el texto que nos ocupa, pues no serían más que el mero apunte que Dinicu Golescu efectuó en su momento, exento de verbo, y que posteriormente no desarrolló ni redactó:

“Și multe alte spre fericirea și lauda națiții...” (p. 33)

“Y muchas otras cosas para la felicidad y la gloria de la nación...”

“Pe amîndoo părțile casilor, loc osibit cu stîlpi de piatra...” (pp. 61- 62)

“ *A ambos lados de las casas, lugar especial con postes de piedra...*”

“*O mare zidire întru care...*” (p. 96)
 “*Una gran construcción en la que...*”

“*Școala universitate pentru tot cursul învățaturilor...*”
 (p. 108)
 “*Escuela universidad para todas las materias...*”

A pesar de que se trata de un ejemplo aislado, hay un momento en el texto en el que el verbo *a fi* no concuerda con su sujeto, produciéndose así un caso de silepsis:

“*Semănăturile **cele** mai multe **este** porumbul...*”
 (p. 69) [*]
 “*Los sembrados más numerosos es el maíz...*”

Bastante peculiar resulta la inclusión de conjunciones adversativas entre un adjetivo demostrativo y un sustantivo, en vez de encabezar una proposición:

“*Pentru aceasta **dar** patrie trebuie să...*” (p. 56) [*]
 “*Por esta **pero** patria hay que...*”

“*Aceasta **dar** desime...*” (p. 86) [*]
 “*Esta **pero** abundancia...*”

Emplazamientos del adjetivo indefinido entre el adjetivo demostrativo y el sustantivo:

“*... acest **tot** lucru...*” (p. 38) [*]
 “*... este **todo** trabajo...*”

“*Aceste **toate** locuri...*” (p. 61) [*]
 “*Estos **todos** lugares...*”

La litote -que, en estos casos, sería un calco del griego- también está presente en nuestro autor, aunque en su defensa se podría argumentar que se debe a una -poco probable- intención literaria:

“**Nu puțină** pricină...” (p. 54) [*]

“**No poca causa...**”

“... **nu** sînt **puține** lucruri...” (p. 107) [*]

“... **no hay pocas cosas...**”

Complementos circunstanciales emplazados con anterioridad al verbo, normalmente bajo forma de participio:

“... **de vreun pămîntean** al aceștii țări făcută...”

(p. 4) [*]

“... **por un oriundo** de este país hecha...”

“... **cu mare cheltuială și muncă** săvîrșite...”

(p. 8) [*]

“... **con gran gasto y esfuerzo** realizadas...”

“... **în multe felurimi** tăiate...” (p. 12) [*]

“... **en muchos trozos** cortadas...”

Segundo término de la comparación antes que el primero:

“... o cășcioară **decît toate celelante** mai împodobită și curată...” (p. 97) [*]

“... **una casita que todas las demás** más adornada y limpia...”

Un caso muy curioso y extremo, quizás, nos lo encontramos en la siguiente frase:

“Pe aceste drumuri, numai **acela** poate pierde drumul **care** nu va fi știind nici o limbă evropenească.”

(p. 102) [*]

“Por estos caminos, sólo **aquél** puede perder el camino **que** no sepa ni una lengua europea.”

En este ejemplo nos hallamos con una doble interposición de elementos: por una parte, el adverbio *numai* se encuentra separado de la

perífrasis verbal *poate pierde* por un pronombre *acela*, mientras que, por otra, éste está distanciado del relativo *care* precisamente por el grupo verbal. La resolución más ortodoxa hubiera sido “*numai poate pierde drumul acela care nu va fi știind nici o limbă evropenească*” o, en su defecto, “*numai acela care nu va fi știind nici o limbă evropenească poate pierde drumul*”.

1.5.2) LA SINTAXIS TEXTUAL

La sintaxis textual de Dinicu Golescu es prácticamente inconfundible. Si en la ordenación interna de las frases y de los sintagmas presenta -como consecuencia de la influencia lingüística griega- una clara tendencia a intercalar sintagmas y a ofrecer un orden distinto al esperado, en la configuración del párrafo, el escritor se nos manifiesta mucho más difícil de entender. No olvidemos que, como señala A. Iordache (1982, 75), los hermanos Golescu, debido a su formación helenista, tenían grandes dificultades para expresarse en rumano:

“*Iordache și Dinicu Golescu, deprinși din fragedă copilărie a scrie și citi în limba greacă, cu mare dificultate s-au deprins apoi a scrie în limba română, pentru că cerea un efort considerabil.*”

Toda traducción del texto de Golescu al español que se hiciera respetando la sintaxis primitiva sería, a todas luces, ininteligible. En el texto original nos encontramos con superposición de ideas, acumulación de pensamientos, pérdida del hilo sintáctico-narrativo... En determinadas ocasiones él mismo se ve obligado a retomar las palabras que dijo 8 ó 10 líneas más arriba, o hallamos oraciones incompatibles semántica y sintácticamente. Enumerar los ejemplos sería un ejercicio de una considerable extensión. Sirva esta muestra:

“*...o gîrliță (...), a căruia lungime ține ca o jumătate de ceas, și lățimea ca de 10 stînjini.*” (p. 94)

“*... un riachuelo (...), cuya longitud se hace en media hora, y la anchura es de 10 toesas.*”

Ya vimos (punto II, apartado 1.3.1.2) cómo, nada más empezar el libro, Dinicu Golescu justifica el motivo de su viaje mediante una serie de proposiciones caracterizadas por una lógica interna que es capaz de

conducir al lector hacia donde el escritor desea. Las frases se ordenan ilativamente y desembocan en una conclusión sin que apenas el receptor haya tenido tiempo para percatarse de ello. A primera vista podríamos tener la sensación de que todo el *corpus* textual está elaborado siguiendo esta pauta. No es así. Lo cierto es que la escritura de Golescu, sintácticamente, deja mucho que desear; nuestro viajero se lanza a la aventura de escribir sin un plan previamente concebido y determinado. No está en su ánimo ordenar todo el material conforme a unos criterios lingüístico-sintácticos. De ahí el tremendo caos que parece reinar en determinadas ocasiones a lo largo de un fragmento más o menos extenso, que normalmente suele coincidir con sus *Cuvîntări deosebite*, con sus digresiones. Golescu tiene el fondo, pero no la forma; adolece de un manejo de técnicas narrativas, discursivas, descriptivas... Recordemos que él no es escritor propiamente dicho: lo observamos en su modo de redactar, de componer. Este hecho explica que tome notas y repita fórmulas hasta la saciedad, sin elaborar su discurso, sin un plan preconcebido de antemano en cuanto a narración se refiere. A este respecto L. Jucu-Atanasiu nos señala (1978, 8):

“Această frecvență a stereotipurilor indică exprimarea spontană a scriitorului, scrierea “neprecugetată” a operei...”

Pero la intención late por debajo del logro. Su deseo de ordenar, de estructurar fragmentos es observable. Así, por ejemplo, nuestro autor gusta de bimetraciones y trimetraciones de conjunciones dependientes de un mismo verbo, articula frases en grupos de dobles o triples elementos que se suceden repetidamente, o reúne sintagmas en secuencias de dos y de tres:

“Acum dar, **cînd** (...), **cînd** (...), **cînd**...” (p. 4) [*]

“Așa și noi: (...), **care din** citiri de cărți bune și folositoare, **care din** călătorii, **care din** întâlniri și adunări cu oameni de neamuri luminate...” (p. 4) [*]

“... **bine** învățat în datoriile sale, **bine** prăvilnicit în dreptățile sale, **bine** mînat pe calea fericirii...” (p. 6) [*]

“... **cum să-ș păzească** (...), **cum să** să poarte (...), și **cum să** cuvine...” (p. 6) [*]

“... **către** parinții lor, **către** cei mai bătrâni și **către** toți setenii...” (p. 6) [*]

“... pentru mulțimea lucruri ce are spre **învățătura oamenilor, podoaba orașului și odihna norodului.**” (p. 12) [*]

“Are și destule fiachere, adecă **carîte și caleșci**, care stau de **dimineața și pînă seara** (...), unde voiește să meargă, **în oraș și afară**, sau **cu apropiere sau cu departare, tocmește și împlinește** trebuința.” (p. 15) [*]

“Din toate **ulițele, ferestrele, ușile...**” (p. 18) [*]

“... trei făceri de bine, **spre** ușurința scăpătăților, **spre** paza sănătății norodului și **spre** luminarea omenirii...” (p. 26) [*]

“... cu rochie **sau** de maldehi, **sau** de croază, **sau** de percal...” (p. 35) [*]

“... turme de **căprioare, cerbi și iepuri...**” (p. 37) [*]

“... aduce pe călători la o **mirare, băgare de seamă și mulțumire** atîta...” (p. 77) [*]

“... îl numesc **căci** (...) și **căci...**” (p. 85) [*]

“... mi-au făcut destulă dovadă că **sau** au cetit gheografie, **sau** că de multe ori...” (p. 103) [*]

“... **mărimea** zidirilor, **podoaba** odăilor și **curațenia** așternuturilor...” (pp. 105-106) [*]

“... fiu **măcar** de prinț, **măcar** de noblețe, **măcar** de cel mai prost om...” (p. 109) [*]

Con menor frecuencia, de cuatro:

“**Nici un unghiu (...), nici o țară, nici un oraș, nici un sat...**” (p. 4) [*]

“... *acea adesea să cercetează și să ajută **sau** la boale, **sau** la ușurarea soțiilor lor, **sau** la plata chirii caselor unde lăcuiesc, **sau** la cumpărutul lemnului de foc...*” (p. 26) [*]

Y muy raramente, de cinco:

“... *un bun prăvăliaș, **sau** ostaș, **sau** doftor, **sau** matematic, **sau** politician, **sau** neguțetor.*” (p. 109) [*]

Estas distribuciones sintácticas nos llevarían, incluso, a considerar las series léxicas de, por ejemplo, cinco elementos:

“... *limbile cele mai trebuincioase și obicinuite, cum: **frânzosește, nemțește, elinește, latinește și italianește...***” (p. 109) [*]

O de siete:

“... *în limbă **latinească, cea veche nemțască, ovreiască, turcească, arăpească, persienească și eghiptenească.***” (p. 90) [*]

Y así, prácticamente, podríamos seguir hasta llegar a los 21 tipos de frutas o a las 36 clases de pescados, moluscos y crustáceos que cuenta en la ciudad de Trieste (p. 64), pero eso ya formaría parte de la obsesión que siente Golescu ante la abundante enumeración, como vimos en el apartado 3.1.2.2. Y, por supuesto, no pertenecen a este estudio sintáctico, puesto que no trata del modo que tiene nuestro autor de articular un párrafo o una frase.

Sin duda, uno de los casos en los que el paralelismo sintáctico se hace más insistente y notorio, porque no se limita a la simple extensión de un párrafo, sino que se articula a lo largo de tres páginas, es el siguiente:

“**Așadar, negăsind strădania** norodului înființată în averea domnilor, **am fost silit să** o căut (...).

Așadar, negăsind strădania norodului întemeiată nici în averea domnilor, nici într-a noastră, **am fost silit să** o caut (...).

Așadar, fraților! Negăsind strădania acestui norod la nici o treaptă de om întemeiată (...), **sînt silit să** zic că...” (pp. 83-85) [*]

Golescu, mediante esta técnica, va recorriendo los distintos grupos sociales por separado. El empleo de esta fórmula le brinda la oportunidad de pasar automáticamente a desarrollar el siguiente comentario, ofreciendo al texto uno de los pocos momentos de claridad expositiva. Porque lo cierto es que con bastante asiduidad nuestro autor resulta confuso y no sigue su propio discurso sintáctico, llegando a ofrecer faltas de concordancia, a no respetar la *consecutio temporum*, a repetir elementos o a retomar el hilo de lo que empezó diciendo:

“Din Prezburg spre Viena mergînd, este **un drum** ca de doao ceasuri și mai mult, **cu zid de piatră** pe amîndoao părțile, **carele** pe la une locuri este mai nalt decît fața pamîntului mai mult și decît doi stinjini, **și** cu alee, lucru vrednic de vedere.” (p. 19) [*]

“... cînd chiar eu **am fost** în slujbele patriii, **zic că** toți acești (...) **zleiesc** toată sudorea...” (p. 21) [*]

“Iar lăcașul împărătesc pe afară nu are vreo deosibită podoabă, căci este zidire veche (...), **nici că** poate cinevaș...” (p. 33) [*]

“Iar grădina **are** tot cam o formă cu cea de la Șeenbrun, **avînd** înăntea palatului un mare ochiu de grădină, făr’ de copaci, **ci** numai așternut...” (p. 94) [*]

“Din Lindau **călătorind** prin cele mai de la vale sate și orașe ale Crăiiei Virtemberg și marelui dux de Baden, **carele nefiind** pe drumul poștii...” (pp. 98-99) [*]

“Atunci, **ce rămîne să facă** unul ca mine decît aducîndu-mi aminte că în patria mea, din pricina nestatorniciei, nici un feliu de podoabă nu poate sta în fînță, zic, **ce rămîne să facă** alt decît a ofta?” (p. 100) [*]

“El mi-au **răspuns că este** țăran plugar și **că au venit căci astăzi este** zioa gazeturilor și **că să strîng unii de le cetesc;...**” (p. 103) [*]

“Și **fiindcă** într-acest an am umblat numai pentru această trebuință, **de aceea** am cercetat...” (p. 108) [*]

“Și nu poate cinevaș zice **că** aceste îngrijiri și bune orînduieli **că** să păzesc numai la fiii acelor de trepte nalte...” (p. 109) [*]

Para finalizar este apartado, diremos que su escaso dominio narrativo se observa en fragmentos como el siguiente:

“... în colțul ce face gîrla Inn unde întră în **Dunare, care, fiindcă** este mai iute decît **curgerea Dunării, taie Dunărea...**” (p. 115) [*]

1.6) EL LÉXICO

Es obvio que, por lo que al léxico se refiere, existe un limitado número de palabras que, normalmente, es utilizado por todos los hablantes de un idioma sin que éstos tengan en cuenta o ni siquiera conozcan su procedencia, su etimología o su modo de introducción en él. Este léxico primario, junto con el sistema gramatical y fonológico, conforman el núcleo de una lengua, al tiempo que contribuyen a su estabilidad y desarrollo. Los cambios que se puedan producir en el sistema léxico estarán determinados, en primer lugar, por este vocabulario básico, pues es aquí donde residen los elementos más o menos productivos y donde se constituyen las reglas para la formación de palabras.

Partiremos, para este estudio, de la opinión de autores como, por ejemplo, C. Tagliavini (1973, 430-431), para quien el rumano está formado léxicamente por una base mayoritariamente latina y eslava:

“... el léxico rumano está formado en primer lugar por elementos latinos; (...). La influencia eslava es la más considerable; se inició bastante pronto y no solamente se manifiesta en la lengua, sino en todos los aspectos de la cultura y la civilización...”

No es el único que así piensa; hoy en día nadie pone en duda la importancia y el peso de estas dos lenguas en la configuración léxica -y gramatical- del rumano. Pero nos parece importante dejarlo establecido de antemano como un primer paso para abordar nuestra investigación.

Asentadas estas premisas, no tendremos en cuenta, ni nos detendremos a comentar, vocablos procedentes del latín ni del eslavo, considerándolos, pues, el léxico de base de la lengua rumana, al cual llamaremos *elementos de 1ª base*. Al latín, calificado como *estrato*, como la lengua de base originaria, se le fueron añadiendo los componentes lingüísticos pertenecientes a la población autóctona del primitivo territorio rumano (*sustrato*) y, posteriormente, elementos de diversas lenguas (*superestrato*) con las que, por una serie de razones histórico-políticas, tuvo que convivir. Tales son, por ejemplo, el eslavo (muchas veces adaptando el léxico al sistema normativo latino), el húngaro, el turco o el alemán.

El léxico de base es un material históricamente determinado, prácticamente fosilizado, que también cambia al mismo tiempo que se van produciendo otros cambios en el vocabulario total de la lengua en cuestión. El resto de este acervo de palabras serían elementos secundarios, menos importantes -relativamente- para la existencia del idioma y con una posición menos estable, dentro del sistema. Es lo que podríamos denominar el *lecho del vocabulario*. Partes integrantes de él, como postulan I. Iordan y V. Robu (1978, 277), son los préstamos más recientes, los nombres de profesiones u oficios de especialidades científicas, el sentido figurado de algunas palabras, las expresiones idiomáticas, los arcaísmos, el argot o los vulgarismos.

En función de lo aquí reseñado, y atendiendo a la diferente y heterogénea configuración del léxico rumano, en la realización del trabajo de investigación sobre el vocabulario empleado por Dinicu Golescu en *Însemnare a călătoriei mele* hemos tenido en cuenta dos distintos niveles que hemos denominado:

1.6.1) ELEMENTOS DE SEGUNDA BASE

Consideraremos como tales a todos aquellos elementos del vocabulario -exceptuando al latín y al eslavo (elementos de 1ª base)- procedentes del húngaro, del turco y del griego. Estos términos se

establecen en rumano como consecuencia de una evolución y formación histórica, así como de un contacto natural entre las lenguas.

Salvo algunas raras y aisladas excepciones, no nos detendremos particularmente en ellos, por ser una parte de la propia formación histórico-lingüística de la lengua rumana.

1.6.2) ELEMENTOS DE TERCERA BASE

Todos aquellos elementos léxicos que suponen una novedad en el estadio de la lengua del momento, procedentes del francés, del italiano y, en menor medida, del alemán y del ruso. Es preciso señalar que, por lo general, tienen su primitivo origen en el latín o en el griego, y que gracias a ellos se establecerán las bases para la conformación de la lengua literaria. La fecha de entrada de estos términos entendidos como *voces nuevas* es difícil de precisar. Podríamos establecer con G. Danțiș (1992, 67-70) la de 1760, como momento en el que se produce el paso entre lo que se consideran préstamos antiguos y préstamos neológicos. Pero, a falta de un estudio completo, exhaustivo y detallado del léxico utilizado en las obras literarias rumanas, cualquier intento de delimitación cronológica nos parece arriesgado.

La preocupación de los escritores e intelectuales rumanos por querer *subirse al tren* de la modernidad lingüística, así como de querer poner de manifiesto y resaltar el carácter latino de la lengua rumana, ha sido siempre notable. D. Macrea (1982, 59) nos dice al respecto:

“Înainte de începuturile influenței franceze și concomitent cu aceasta, reprezentanții Școlii ardelenne au făcut încercarea de a crea o terminologie care să exprime noțiunile culturii moderne, terminologie luată de ei direct din dicționarele latine (...). Încercarea latiniștilor n-a fost însă întru totul zadarnică, deoarece ea a pregătit introducerea în limba română a neologismelor franceze și italiene în forma apropiată de cea latină, pe care o au, la noi, cea mai mare parte dintre acestea. Cuvinte ca: activitate, acțiune, afinitate, antichitate, claritate au pătruns în limba română din franceză, dar ele au fost apropiate de forma lor latină.”

1.6.3) LAS LENGUAS DEL TEXTO

A modo de ejemplificación ofrecemos a continuación una rápida visión de las lenguas de las cuales proceden los vocablos que encontramos en *Însemnare a cǎlătoriei mele*. No es nuestra intención realizar una descripción precisa sobre ellas, sino simplemente presentar los sistemas léxico-lingüísticos de los que la lengua rumana -y, por ende, nuestro autor- se ha ido sirviendo.

1.6.3.1) El latín

Partiendo del estudio realizado por A. Graur (1957, 61) podemos afirmar que el léxico de base de la lengua rumana está formado por 1417 palabras, de las cuales 827 son de origen latino (un 58,21%) y 305 (21,49%) proceden del eslavo. De estas 1417, aproximadamente un 50% son sustantivos, un 30% verbos y un 10% adjetivos, quedando otro 10% para vocablos pertenecientes a otras categorías gramaticales. No resultara difícil, por lo tanto, encontrar en el texto que nos ocupa, sustantivos como *cîmp, grîu, pămînt, pește, vită, cal, ploaie, masă, frate, cap, pînză, cămașă...*; adjetivos como *mic, mare, frumos, bun...*; o verbos como *a muri, a naște, a începe, a plînge...* Hemos de tener en cuenta también que el sentido figurado de una palabra no puede ser rechazado. Tal es el caso que presentan en la obra estudiada términos como, por ejemplo, *față* o *mădular*, que, influidos por otras lenguas, desvirtúan su primitivo significado latino.

1.6.3.2) El eslavo

Según I. Iordan y V. Robu (1978, 280-281), hasta el final del siglo XVIII la lengua rumana se había desarrollado en cierto sentido independientemente de los otros romances. Mientras que en la Europa occidental la lengua de cultura fue la latina, para la Europa oriental fue la eslava, unido a una aceptación de diferentes modos de vida (religiosos, artísticos y sociales), de los cuales las palabras no son más que los fósiles que nos atestiguan que así fue.

Varios son los períodos de influencia de la lengua eslava que podemos distinguir, como los correspondientes al paleoeslavo (hasta el siglo XII), el litúrgico o eslavón (hasta el siglo XVII e incluso posteriormente) y al eslavo proveniente de la lengua rusa (especialmente a partir de finales del siglo XVIII). A pesar de su extensión creemos oportuno -por ilustrativa y completa- reflejar aquí la opinión de B. E. Vidos (1973, 388-389):

“Así, pues, existe afinidad latino románica en todas las lenguas románicas excepto el rumano, y afinidad balcánica sólo en el rumano entre dichas lenguas. Mientras los demás romances han integrado su léxico durante la Edad Media (...) el rumano, completamente aislado de la cultura latina durante aquel período, no ha podido hacer lo mismo. El rumano, lengua de un pueblo que dependía del Imperio bizantino y que pertenece primero a la esfera de influencia lingüística y cultural greco-bizantina y más tarde eslava -sobre todo por pertenecer a la comunidad ortodoxa que tienen el eslavo eclesiástico como lengua litúrgica y el medio búlgaro como lengua de la administración- ha integrado su léxico no con ayuda del latín, sino con la del eslavo. Así como en Occidente son en cantidad considerable las palabras latinas introducidas a través de las cancillerías, pero sobre todo a través de la Iglesia católica, así también en el rumano ha habido una introducción masiva de palabras doctas eslavas y eslavas eclesiásticas (los llamados “eslavonismos”) a través de la cancillería y sobre todo de la Iglesia ortodoxa.

A consecuencia de ello (...), las palabras doctas eslavas y eslavas eclesiásticas han restringido fuertemente el aspecto latino-románico del rumano y han acrecentado otro tanto la afinidad balcánica del mismo. Sólo a partir de fines del siglo XVIII y de principios del XIX empezó, como consecuencia de la adaptación de la lengua al nuevo modo de vida, la nueva orientación del rumano, que condujo esta lengua (vuelta antes en sentido literal hacia Oriente) de la afinidad balcánica a una posición más próxima a la cultura y a la comunidad lingüística occidental y la ayudó a reconquistar una afinidad latino románica. Esta nueva romanización del rumano se verificó (...) algo más tarde (a partir de principios del siglo XIX), a través de la invasión masiva de palabras francesas y de particularidades lingüísticas francesas, más especialmente en los principados rumanos.”

En el texto que nos ocupa aparecen con asiduidad sustantivos como *război, folos, vreme, hrană, clopot...*; adjetivos como *slab, zbîrlit, jalnic, grozavnic, vrednic...*, y verbos como *a privi, a sili, a stăpîni, a izвори...*

Pertencen todos ellos a esos estadios anteriores de la lengua rumana y, por lo tanto, no suponen una novedad en el siglo XIX.

1.6.3.3) El húngaro

Según A. Rosetti (1968, 418), entre otros, la lengua húngara empezó a ejercer su influencia en la rumana en torno a los siglos XI-XII. Prueba de que no tiene lugar con anterioridad es la ausencia de vocablos magiars en los dialectos rumanos transdanubianos, donde, incluso, en el caso en que su apariencia nos haga creer que pertenecen a esta lengua, nos encontramos con que han penetrado en el rumano a través del eslavo.

No pretendemos ser exhaustivos, pero sí nos parece interesante incluir aquí una lista de palabras de procedencia magiar que se encuentran en *Însemnare a călătoriei mele*. Hemos de decir que se trata de términos que se han introducido en la lengua rumana mediante el húngaro, independientemente de su primitivo origen. Así, hallamos:

puștă

chip

a închipui

a tamadui

cheltuială

biruință

pont. A pesar de proceder de un étimo latino *punctum*, su introducción tiene lugar a través del húngaro, según consta en A. Cioranescu (1958-60, 649)

neam

vileag

a întâlni

foișor

ham

hotar

a hotărî

varmediia

a socoti

răboj

gazdă

mesteșug

heleșteu

arpacaș

stație. Según G. Danțiș (1992, 335) es una palabra latina que entró en la lengua rumana a partir del húngaro *stáció*.

uliu

uliță

gînd

fel

marfă

țidulă; Según A. Cioranescu (1958-60, 837) del húngaro *cédula*, aunque incluso podría proceder del polaco *cedula*.

1.6.3.4) El turco

Por su parte, F. Dimitrescu (1978, 110), opina que la influencia lingüística del Imperio otomano tiene lugar a partir del siglo XIV y continúa hasta el siglo XIX, a pesar de que muchas palabras turcas empezaron a sustituirse a partir de este siglo, precisamente por otras de origen griego y eslavo.

Si bien Dinicu Golescu se refiere a *havuz* y a *șadîrvan* como formas neológicas, lo cierto es que la mayoría de los vocablos turcos presentes en el libro gozan ya -precisamente a causa de la propia historia socio-política de los Principados- de un estadio de total asimilación. De este modo Golescu incorpora a su discurso elementos léxicos pertenecientes a distintos ámbitos de la vida de los países rumanos como, por ejemplo:

- Política y administración:

bir

mumbașir

irat

izbașia

ceauș

husmet

elci: De la misma palabra turca, formada mediante ‘*el*’, ‘*extranjero*’ y el sufijo que indica profesión ‘*-ci*’. Hoy en día prácticamente desconocida para un rumanohablante, al haber sido sustituida por el galicismo *ambasador*. Es muy curioso e interesante ver cómo en este caso la palabra se ha conservado tal cual es en turco, mientras que otros vocablos que se refieren a profesiones han adaptado la primitiva forma del sufijo, escribiendo ‘*-gi(u)*’ en vez de ‘*-ci(u)*’ (*calemgi(u)*, por ejemplo).

calemgiu

leafă

chiriie

tui

tutunărit

- Urbanismo y construcción:

ulan
cherestie
ulucă
parmaclîc
pervaz
tarsană
mahala
tavan
geam
felinar
cîrciuma

- Vida cotidiana: objetos, fruta, ropa, unidades de medida, profesiones...

calabatic
fildeş
mărgan
mahon

giuvaer: Aparece en el texto la forma plural *giuvaetri*, con la terminación “-uri” típica de palabras neutras tomadas de otras lenguas. Sin embargo, hoy en día su plural resulta ser *giuvaere*.

zaherea
erghelie
moşmulă
ciubuc
hîrtie
cizmă
cizmar
cumbara
iatagan
lighean
cioban
soi
capac
balabana
cişma
ciorap
saca
oca
dulap
nastrapa

gerah: De la forma turca *cerrah*, según A. Cioranescu (1958-60, 359).

calească: Si bien su origen parece ser checo, A. Cioranescu (1958-60, 129) cree probable su introducción a través del turco o del ruso.

cataramă: Se nos plantea una doble posibilidad, pues también es posible su introducción a partir del alemán. Su total extensión en el territorio rumano nos lleva a considerarla turca, a pesar de que no adopta la terminación en “-a” tónica como sucede con *cafea*, *mahala*, *perdea*...

1.6.3.5) El griego

Siguiendo a F. Dimitrescu (1978, 103), la lengua griega hace presente su influjo a partir del siglo VI, desde el momento en que se convierte en la lengua oficial del Imperio romano de Oriente. Es durante el período de dominación fanariota cuando tiene lugar la influencia neogriega, consecuencia, quizás, de una moda y de un gusto por las voces helénicas que arranca ya de finales del siglo XVIII y que se hace más preponderante en los primeros años del siglo XIX, conviviendo con un gusto cada vez más grande por los vocablos italianos y, sobre todo, franceses, lo que se dio en llamar *galomanía*, es decir, la utilización exagerada de galicismos por parte de las clases altas de la sociedad, como es el caso de nuestro boyardo. A este respecto dice D. Macrea (1982, 61):

“...începînd cu secolul al XIX-lea, țările românești, eliberîndu-se de sub dominația turcească și fanariotă au intrat în sfera de influență apuseană, îndeosebi franceză. Această nouă situație a impus în limba română un mare număr de termeni tehnici în domeniile economic, social, administrativ, juridic, militar, științific, filozofic, etc.”

Esto nos conduce directamente a hablar de la jerga, entendiéndola como una serie de palabras y expresiones específicas que determinados grupos sociales utilizan con el propósito de diferenciarse del común de los hablantes. Entendemos, con I. Iordan y V. Robu (1978, 319), que la jerga abarca, pues, muchas palabras y estructuras de procedencia extranjera, la mayoría de las ocasiones como resultado de una actitud cosmopolita de *snobismo* o de desprecio con relación al resto. En este sentido, la jerga griega, como apuntábamos anteriormente, conoció un especial florecimiento durante la época fanariota, esplendor que no se quedó tan sólo ahí, sino que continuó posteriormente, incluso hasta la segunda mitad del siglo XIX. El poder de esta jerga se explica gracias al influjo de la autoridad que ejerce la lengua griega, utilizada por muchos representantes de la alta sociedad, llegando, incluso, a introducirse en el ámbito escolar y eclesiástico. De hecho, no son pocos los helenismos que, provenientes de la lengua hablada (*psihimu*, ‘alma mía’ *evghenie* ‘nobleza’, *schepsis*

‘deliberación’...), penetraron en la lengua escrita, sobre todo en los primeros escritores modernos. Tal vez es esto lo que critica Goleacu, y es, precisamente, esa reacción en contra la que lleva a la lengua rumana -por un camino de modernización que mira siempre hacia Occidente- a introducir neologismos de carácter románico, especialmente de procedencia francesa en su origen, que suplan el posible vacío lingüístico, literario y cultural existente. El viaje, por consiguiente, contribuye a la creación de una lengua literaria y a un *desprovincianismo*. A este respecto dice sobre nuestro escritor F. Faifer (1993, 62):

“Călătoria, fie și prin intenția clarității dacă nu a expresivității, în transpunerea ei literară, poate deveni un prilej de înnavuțire a limbii. Într-o cultură cu handicap istoric, încă o șansă de deprovincializare.”

En el relato de nuestro escritor nos encontramos con una serie de vocablos introducidos a partir de la lengua griega. En la lista que sigue a continuación incluimos tanto las palabras provenientes del mediogriego y del neogriego como los neologismos formados en el siglo XIX, si bien nuestro espíritu no pretende ser exhaustivo, sino puramente ilustrativo:

a vopsi

aftocrator

siguranție

ovreu

dascăl

diploomatică

policandru

migdală

apostol

organ: Del mediogriego, en parte por mediación del eslavo. Posteriormente será la palabra francesa *orgue* la que dé lugar a la forma rumana *orgă*.

patimă

mărgăritar

nereidă

metalicesc

condeiu

loghică

analoghia

anaforă: Con una curiosa forma de plural *anaforale*.

condicariu

iconomie

lexicon

vivliothică: Con esta grafía parece clara su procedencia griega. No obstante hallamos también el italianismo *biblioteca*.

catart

ștră

rodie

portocal

caramidă

feliurime

zugrav

a mărturisi

a transportarisi

vistier: Del latín *vestiarium*, pero introducida por la administración bizantina a través del mediogriego, según A. Cioranescu (1958-60, 899).

mozaic

metal

a lipsi

pardoseală

a agonisi

theatru

amfiteatru

urmă

climă

episcop

arhiepiscop

drum

a patimi

mertic

a pedepsi

temeiu

a prisosi

mînastire

politefsit

litanie

tipar

mehanică

spătar

stambă

políticos

stih

milă: Del mediogriego. Hoy en día esta palabra forma su plural con “-e” (*mile*) y no con “-uri” (*miluri*) como aparece en el texto.

hartă

spîțer

spital: Su procedencia es italiana, pero se introdujo en el neogriego, de donde pasó al rumano.

patriotic

țerimoniia: Se suele señalar su origen italiano. Sin embargo, la adaptación fonética [ts] y el hecho de ser un término relacionado con el ámbito litúrgico, nos hacen pensar más bien en una vía de introducción neogriega.

titlu

tiranicesc: Del sustantivo griego se formó el adjetivo.

țnger

planitã: Formado a partir del neogriego, hace su aparición en el siglo XVIII. En el XIX parece provenir del francés *planète*. Sin embargo, Golescu da la forma con “-i-”, lo cual nos hace pensar en una adaptación del neogriego, y no del francés.

comitã: Ídem.

evropenesc

tabachere: A. Cioranescu (1958-60, 816) es de la opinión de que procede del italiano *tabacchiere* pero por mediación del neogriego.

Dentro de este apartado nos parece interesante incluir algunos calcos léxicos o morfosintácticos que tiene su origen en la lengua griega. Tal es el caso de secuencias o palabras como:

apã metaliceascã

școalã universitate

poliția universitate

bisericã catedralã

istorie bisericeascã

catehismul bisericesc

a lucra fabrice de pînze

a lucra fabrica de farfurii

a lãcrãma lãcrãmã

a zidi: Con el significado de ‘fundar’.

sãpatul pietrelor

cursul invãțãturilor

scobitor de piatrã

peste putințã

1.6.3.6) El francés

La influencia de la lengua francesa sobre el rumano se ejerció desde la distancia; es decir, los préstamos no vinieron, en un principio, por contacto directo, no surgieron de una convivencia de franceses y rumanos en los principados o en territorio galo. El mayor número de palabras que el rumano ha tomado del francés no ha entrado por vía directa, sino

indirectamente, a través de lenguas como el alemán, el polaco o el ruso. Como opina G. Danțiș (1992, 17):

*“Absența unor relații culturale sau economice nemijlocite între poporul român și cel francez în perioada de timp anterioară anului 1760 face puțin probabilă ipoteza unor **împrumuturi lexicale directe** din franceză în limba română veche.”*

Será a partir del siglo XIX -cuando los hijos de los boyardos y de los burgueses son enviados a estudiar al país galo, o simplemente se dedican a viajar-, el momento en que el contacto entre las dos lenguas se haga más frecuente y directo. Una vez de vuelta, los intelectuales formados en las escuelas francesas utilizarán, tanto en la lengua oral como en la escrita, palabras y expresiones francesas que contribuirán al desarrollo del vocabulario de la época y que influirán en la paulatina sustitución y desaparición de los términos griegos y turcos usados hasta el momento.

Los préstamos más significativos “... *sono penetrati per via colta, motivo per cui la pronuncia rumena si è adattata al loro aspetto grafico (...). In altri casi, è stata adottata la pronuncia originaria dell prestito...*”, según opinan A. Tarantino y L. Dascălu Jinga (1996, 246). Pero somos conscientes de que este conjunto de palabras es el más difícil de determinar con precisión, básicamente por dos motivos:

- a) Uno de carácter personal: En esta ocasión Golescu no viaja por Francia y, además -si, como ya vimos en el capítulo II, consideramos la opinión de algunos críticos-, no parece tener un conocimiento demasiado profundo de su lengua.
- b) Otro de carácter social: por ser la francesa la lengua básica de comunicación durante esta época y, teniendo en cuenta su enorme difusión en todos los ámbitos sociales y lingüísticos, una misma palabra será adaptada simultáneamente por otras lenguas como la rusa, la alemana o la italiana. Éste es el mayor obstáculo con el que nos topamos a la hora de etiquetar un neologismo aparente y originariamente francés.

A modo de ejemplo, sirva el siguiente listado:

a înfrina: Verbo reconstruido sobre el francés *frein*.
alee
pistolă

cabinet

lux

șal

lemonade

personale: Constituye éste un caso más que curioso. Dinicu Golescu lo emplea como adverbio: “*Eu personale*”, “*Yo personalmente*” (p. 31) con lo que hoy en día resultaría una extraña adaptación en “-e” final.

ponciu

damă

croază

percal

milionist

garnitură

persoană

departamentar

bal

borsă

clup

canal

material

cadră

crocodil

manuscript

național

naționalicesc

populațiune

soldat

soldățâsc

galerie

mumie

transport

galantom

cerșitor

tom

mădular: A pesar de ser una palabra latina, el sentido de ‘*miembro*’ que tiene en el texto parece estar tomado del francés *membre*.

vestă

pansion

observatorium

poezie

moral

filosofie

filosofic

figură

tapiserie

comunicație

contraccie

protector
a lumina
luminație

piramidă: Con anterioridad al siglo XVIII, a través del neogriego. Posteriormente a través del francés, según A. Cioranescu (1958-60, 626).

politicesc

crystal: Con anterioridad al siglo XVII es una palabra acuñada en neogriego. Posteriormente entra en el rumano a través del francés, tal y como recoge A. Cioranescu (1958-60, 252).

curtezan

întristare

iroicesc

fazan: Del francés *faisan* alterado por un cruce con el neogriego, en opinión de A. Cioranescu (1958-60, 323).

gubernator

pantalon

director

armonie

astronom

arhitect

sțenă

magazie

canapea

baron: En Transilvania parece haberse introducido a partir del alemán.

deputat

voiajor

casernă: En este caso la procedencia sería francesa, mientras que la forma *cazarmă* habría penetrado a través del ruso.

națion: Según G. Danțiș (1992, 251) estamos delante de un término francés introducido por mediación del alemán. En el texto la forma convive con *nație*, que se derivaría directamente del latín, y con *națiune*, que provendría de un italianismo *nazione*.

1.6.3.7) El italiano

golf

statuă

fabrică: Como sustantivo proviene del italiano *fabbrica*, pero como verbo deriva del francés. A esto se añade que la forma adjetival *nefabricarisit*, es una formación posterior con un sufijo griego.

comedien

zmaragd

zebră

castorh

englez: Según G. Dantiş (1992, 220), procede del italiano *inglese*. ¿Cómo se explica, entonces, la “e-”? ¿Cabe suponer un cruce con el alemán *Englisch*?

lozã

poștament

patrie: Es posible que, incluso, provenga directamente del neogriego.

luntre

avuție

miliord

mamaligã: Hay autores como A. Cihac y G. Meyer que, según recoge A. Cioranescu (1958-60, 499-500), la derivan del veneciano *melega*, pero parece formación propia.

capitan

soțietã: Convive con *soțietate* en el texto.

portar

balcon: Parece ser que del francés pasó al italiano y de éste al macedorrumano (*balcone*).

gazetã: Golescu ofrece una curiosa forma en plural *gazeturi*. Hoy lo normal es el plural *gazete*.

curier

vapor

duchie

ducat

lostãrie

boltã: Del italiano *volta*. La historia de la palabra no es clara, pues la presencia de *b-* parece remitir a una influencia eslava. Sin embargo, el sentido de ‘*bóveda*’ no aparece en esta lengua.

stocar

mesãrie: No consta antes del XIX. Derivado de *a meseri* (‘*ser pobre*’) con el semantismo como en italiano *mestiere*: ‘*oficio*’ y ‘*necesidad*’, en opinión de A. Cioranescu (1958-60, 517).

dulceață

poliția

exelenția

muștrã

umbrelã

tabac

pãlãrie

ingeneriu

medal

locantã: De origen neogriego. Entró a través del italiano.

bibliotecã: Convive en el texto con el helenismo *vivliothicã*.

bibliotecar: Golescu utiliza en otras ocasiones la voz autóctona *orînduitor*.

1.6.3.8) El alemán

cabinet

creițar. De *Kreutzer*, ‘*crucero*’.

vorreiter. De su homónimo *Vorreiter*, ‘*jinete que va delante*’. Resulta curioso observar cómo Golescu adopta la misma forma gráfica en lugar de optar por una solución fonética (*forraită*<*/*forraităr* <*/*forreiter*<*/), tal y como ocurre en *Vorspan*>*Forșpan*. Creemos que esto constituye una prueba más que evidente de que el término procede de una fuente escrita.

offizzier. Del francés al alemán y de ahí (incluso del ruso) al rumano.

temnită

lanț

bere

ailvaghan

spențer

prinț

husar

panglică. De *Bandel*, ‘*banda, lazo*’.

șanț

turn

birt

șfanțih. De *zwanzig*, ‘*veinte*’.

graf

jimblă. De *Zimmel*, ‘*barra*’. Actualmente se ha sustituido en la lengua rumana por su sinónimo *franzelă*.

zmalt

pantof

clavir

canțelarie

canțelarist

țiglă. De *Ziegel*, ‘*ladrillo, teja*’.

reghiment

porțelan. Del italiano *porcellana*, entró en rumano a través del alemán, aunque es posible que lo hiciera también a través del neogriego.

forșpan

cronțal

șpaler. De origen italiano, entró a través del alemán.

cartofle. En la actualidad *cartof*, de la forma *Kartoffel*.

stofă. De *Stoff*, en parte por mediación del italiano.

franțusesc: Por su grafía y fonética parece haber sido tomado del alemán *französisch*. Aparece también, sin embargo, la forma *franțoz*, posiblemente con la misma procedencia, pero tendemos a considerar que se trate de un término introducido a través del ruso *Француз*.

1.6.3.9) El ruso

Tengamos presente que la mayoría de las palabras que, procedentes del ruso, entran en el rumano a partir del XIX son vocablos de origen francés. Como dice D. Macrea (1982, 60):

“Cuvintele de origine franceză au început să pătrundă în limba română, spre sfârșitul epocii fanariote, ca purtătoare ale ideilor revoluției franceze. Acelorași idei li se datorează pătrunderea, în acea epocă, a unui mare număr de cuvinte de origine franceză în limba rusă, prin filiera căreia s-au încetățenit în limba română, mai ales în perioada Regulamentului organic termenii ca: nație, administrație, constituție, comisie, comitet, artilerie, cavalerie, infanterie, s. a.”

Curiosamente son términos pertenecientes al ámbito militar en su mayor parte:

cavalărie

cazarmă

gheneral: La forma arcaica, tal y como la presenta Dinicu Golescu, entró a través del ruso.

poștă: Parece ser que proveniente del francés o del italiano, entró en rumano a través del ruso *ПОЧТА*.

polcov

tovaraș

franțoz: Cfr. *franțusesc*.

* * *

Por lo que respecta al estudio del léxico que se desplaza de una lengua a otra, podríamos hacer -antes de entrar de lleno en el neologismo-

una primera diferenciación entre lo que se considera *calco* y lo que se entiende por *préstamo*:

1.6.4) EL CALCO

V. García Yebra (1982, 341), recoge las consideraciones de Vinay y Darbelnet, y dice que en el calco “... <<se toma prestado de la lengua extranjera el sintagma, pero se traducen literalmente los elementos que lo componen>>. El resultado es o bien un <<calco de expresión, que respeta las estructuras sintácticas (...)>> (al. Kindergarten, esp. <<jardín de infancia>>) o bien un <<calco estructural, que introduce (...) una estructura nueva>>.”

Según este precepto, en Dinicu Golescu y en su obra *Însemnare a călătoriei mele*, se considerarían calcos expresiones del tipo “*strînsoare de cadre*” (*pinacotecă*) o “*iubirea de omenire*” (*filantropie*), pues lo que obtenemos en una traducción de los dos lexemas de que está compuesta la palabra originaria.

1.6.5) EL PRÉSTAMO

El préstamo, por el contrario, según palabras de este mismo crítico (1982, 333-334) - recogiendo las consideraciones de los otros dos- es “... la palabra que una lengua toma de otra sin traducirla; (...). El <<préstamo>> trata de llenar una laguna en la lengua receptora, laguna generalmente relacionada con una técnica nueva, con un concepto desconocido entre los hablantes de esa lengua. (...). Se distingue a veces entre <<préstamo>> y <<extranjerismo>> (en al. Fremdvort). Se considera <<extranjerismo>> la palabra aceptada tal como es en la lengua de donde procede, sin adaptación de ninguna clase a la lengua que la recibe. El <<préstamo>>, según esta distinción, sería el extranjerismo naturalizado, adaptado al sistema lingüístico que lo acepta.”

Basándonos en esta definición, y con la perspectiva que nos da la distancia, podemos decir que en la obra que nos ocupa, Dinicu Golescu emplea abundantes préstamos, es decir extranjerismos naturalizados, -la mayoría de ellos ya asentados- más o menos adaptados a la fonética del rumano, como sucede con palabras como *ponciu*, *croază*, *piață*, *șpițer*, *cronțal*, *jimblă*, *oraș*, *cheltuială*, *calemgiu*, *ciorap*..., provenientes de lenguas como el francés, el italiano, el alemán, el húngaro o el turco. No deja de ser curioso e interesante que la proximidad gráfica sea mayor en el caso de lenguas como el húngaro o el turco, mientras que el grado de

adaptación al rumano sea más notable en lenguas como el alemán, el italiano o el francés, si bien es cierto que en muchas ocasiones depende de la propia palabra. Observemos, por ejemplo, el esfuerzo realizado en la acomodación del alemán al rumano de vocablos como *Zimmel*>*jimblă* (*Szemlye*>*jimblă*, según el *DEX*, 1996, 548), como *Bandel*>*panglică* o, en el caso francés, de términos como *croisée*>*croază* o *voyageur*>*voiajor*. Sin embargo, en otras ocasiones la palabra se adopta tal cual es en la lengua de procedencia (*bal*, *percal*, *balcon*, *ham*, *havuz*...).

Un interesante caso lo ofrece, por ejemplo, la palabra *sociedad*, que en Dinicu Golescu aparece bajo el aspecto de *societate* adaptada al rumano (préstamo), así como bajo la forma italiana *società* (extranjerismo). Porque “... *L'intégration, selon qu'elle est plus ou moins complète, comporte des degrés divers...*”, recalca J. Dubois (1973, 189).

Recordemos, por otra parte, la acertada matización que I. Jordan y V. Robu (1978, 310) le hacen a la palabra *préstamo*:

“*Cuvîntul împrumut trebuie redefinit ca să poată fi folosit ca termen al metalimbajului, deoarece, dacă ne gândim la sensul lui de bază, ne apare cu totul impropriu pentru semnificarea lingvistică pe care i-o atribuim; a împrumuta înseamnă a da sau a lua de la cineva ceva sub rezerva restituirii (v. DLRM, p. 405) și este evident că, dacă prin cineva putem înțelege pe vorbitorii limbii străine date (...), nici nu poate fi vorba despre rezerva restituirii.*”

Ahora bien, esto no significa que la lengua de la que proviene el préstamo vea reducido o empobrecido su sistema léxico, “... *deoarece acest patrimoniu nu scade nimic, ci își continua evoluția firească, potrivit normelor lui proprii. Un cuvînt împrumutat în vocabularul românesc din franceză nu “părăsește” sistemul lexical al acestei limbi, ci se adaugă ca o inovație sistemului lexical al românei.*”

No obstante, una curiosidad nos asalta: ¿por qué Golescu prescinde de vocablos que le habrían sido más que necesarios a la hora de definir o explicar numerosas realidades para las que no tiene la palabra adecuada? Tal es el caso de las alemanas *Ort* ‘cuarto de monedas’, *Herb* ‘escudo, blasón’, *Herțeg* ‘duque’; las turcas *haraci* ‘tributos que se pagaban al Imperio turco’, *hereghie* ‘casa de monedas’, la italiana *gondolă* (según G. Danțiș (1992, 208) ya atestiguada en 1667-69), o el neologismo latino *acvatic*, por ejemplo. En este último caso, lo curioso -y lo criticable a esa

supuesta explicación-justificación que Golescu parece dar en cuanto a la necesidad de acudir a otras lenguas- es que tenga que decir *în apă* (p. 23). Del mismo modo, tampoco emplea una palabra para designar a los animales terrestres (actualmente *pămîntesc*) y se ve obligado a recurrir a un complemento preposicional (*pre pămînt*, p. 13). Él utiliza *pămîntesc* para referirse a lo nativo, del lugar (*flori pămîntești*; p. 8), acepción que hoy en día queda designada por el calificativo *pămîntean*. ¿Por qué no hace acto de presencia una palabra como *pergament* (*pergamín*) en vez de *membrană*? (p. 91). También carece de una palabra como *oval* u *ovalat* y dice, sin embargo, *forma oului* (p. 72). Pero en este caso, posiblemente, porque todavía no existe el vocablo.

1.6.6) EL NEOLOGISMO

Establecidas estas premisas, podemos considerar que los préstamos léxicos en el vocabulario de la lengua rumana son innovaciones de procedencia externa que no hacen sino aumentar y enriquecer, allí donde es necesario, el caudal ya existente. En el siglo XIX, los préstamos introducidos en el rumano son mayoritariamente neologismos.

Con I. Iordan y V. Robu (1978, 310) consideraremos neologismos “... *cuvintele împrumutate în perioada de timp acoperită de conceptul limba română contemporană și despre care vorbitori au conștiința că sînt cuvinte noi. Precizăm ca neologismul prezintă noutate pentru limba care-l împrumută, nu și pentru limba din care este luat, deși, în general, și acolo are uneori caracter neologic.*”

Sin embargo, el neologismo es un elemento léxico que entra en la lengua y que por lo general permanece como tal -inmóvil y lingüísticamente fosilizado-, en la estructura del idioma. Pero también es frecuente ver cómo estas unidades léxicas, estas palabras, adquieren vida en el sistema lingüístico al que han llegado y se desarrollan y crecen algún tiempo después. Es lo que en terminología lingüística se ha conocido tradicionalmente como la *productividad*. En otras palabras, el préstamo neológico se encuadra en un microsistema estructurado ya existente en el vocabulario, mayormente determinado por los sufijos y los prefijos de la lengua receptora. De este modo, en el proceso de adaptación, no es extraño ver cómo se producen casos de habilitación, esto es, de cambios de categorías gramaticales de palabras: sustantivos que se convierten en adjetivos, verbos que se convierten en sustantivos...

Las causas de las innovaciones léxicas a través de formas neológicas suelen ser de naturaleza social: se prestan palabras que

significan nuevos aspectos de la cultura material y espiritual de la comunidad lingüística. Esto significa que tanto el significante como el significado son nuevas aportaciones que enriquecen no sólo el patrimonio lingüístico sino también el campo de referencia semántico-extralingüística.

Puede darse la circunstancia, incluso, de que las innovaciones del vocabulario vengán determinadas por la aparición de un campo semántico nuevo, caracterizado por nuevos aspectos inexistentes o no descubiertos o inventados hasta el momento. Esto es lo que había sucedido con los adelantos técnicos y científicos aparecidos a lo largo de los siglos XIX y XX, y más concretamente, con lo que hoy en día sucede en español con el ámbito de la informática y del moderno *internet* (*resetear, formatear, escanear, e-mail, chat, internauta...*, palabras que, aceptadas o no por el *DRAE*, están ahí para dar fe de lo que acontece) (Cfr. M. Seco, 1999) ¿O qué decir del verbo rumano *a xeroxa*, ‘fotocopiar’, formado a partir del sustantivo *xerox*, ‘fotocopia’, que, a su vez, ha tomado el nombre de la marca de fotocopadoras? (Cfr. *DEX*, 1996, 1175).

La introducción de neologismos en la lengua rumana es una consecuencia, en primer lugar, del desarrollo político, social y económico y de la modernización del modo de vida del país, unido al desarrollo de las relaciones capitalistas. La lucha antifeudal de la primera mitad del siglo XIX contra la soberanía otomana -lucha reivindicadora de una forma de vida propia, nacional-, se manifestó también en el terreno lingüístico mediante la hostilidad hacia las palabras turcas y griegas propias de la jerga dominadora. Como muy acertadamente opina S. Antohi (1999, 157):

“Prima jumătate a secolului precedent, în special anii 1821-1849, constituie etapa cea mai dinamică a schimbărilor din limbajul social-politic, tot așa cum reprezintă și etapa celei mai depline confuzii. Dacă acum asistăm la abandonarea treptată a terminologiei feudale și la introducerea unor termeni potriviți cu mersul provinciilor românești către vîrsta lor modernă, nu e mai puțin adevărat că asistăm la o confruntare dramatică și deschisă între ansamblul limbii române vechi (...) și limba română modernă, în curs de constituire.”

1.7) LOS NEOLOGISMOS DE ÎNSEMNARE A CĂLĂTORIEI MELE

No vamos a entender por neologismo solamente “... termenii de origine latino-romanică și germanică, pătrunși în limbă începînd din secolul al XIX-lea.”, como opina A. Nicolescu (1958, 6). Somos de la opinión de que no hay por qué delimitar la procedencia y, siguiendo a J. Dubois (1973, 335), le concederemos tal carta de naturaleza a “... tout mot de création récente ou emprunté depuis peu à une autre langue...” Esta matización es, en el caso de nuestro escritor, más que necesaria, pues de este modo sí podrán tener cabida palabras turcas como, por ejemplo, *havuz* o *şadîrvan* que, si bien no pertenecen a una lengua románica, nos sitúan en la propia consideración que nuestro viajero hace de ellas. Para él, son neologismos, *palabras nuevas*, pues, consciente de su posible incomprensión (pp. 8 y 14 respectivamente), glosa su significado. Nos instalamos, en este caso, en la perspectiva de nuestro escritor, no en la de la lingüística moderna.

Pero según el anterior presupuesto no deberíamos considerar neologismos lexemas como *cazarmă*, pues, aunque es manifiesta su procedencia francesa o alemana a través del ruso, lo cierto es que cuando Golescu la menciona, no tenemos noticia de que la considere una palabra extraña o nueva. Esto sería un testimonio de que la palabra está suficientemente acomodada en el sistema léxico del momento o, en su defecto, de que a nuestro viajero -por su familiaridad con otras lenguas- no le parece estar hablando de una novedad. Otro tanto sucede con *Ausbruch* (p. 78), *arhanghelu* (p. 92) o *armonie* (p. 105), que, si bien pueden considerarse neologismos, para Dinicu Golescu -a raíz de que nada dice acerca de ellas-, no consta que sean palabras desconocidas en su época.

En relación a casos como el de *cazarmă*, hemos de apostillar que no tendremos en cuenta el origen inicial de un término, sino la lengua a través de la cual ha entrado en rumano. Así, una palabra como *piață*, a todas luces italiana (*piazza*), hizo su aparición en la lengua rumana, según G. Danțiș (1992, 272), a través del húngaro *piac*. Ejemplos como éstos hacen prácticamente imposible que, de momento, sea viable establecer una clasificación de neologismos por lenguas. Tal era nuestra intención, pero a tenor de la disparidad de criterios entre unos y otros autores, nos hemos visto obligados a prescindir de ella. Mientras en la lingüística rumana no existan estudios absolutos -y no relativos o parciales, como es el caso del realizado por B. Cazacu e I. Fischer (1956)- sobre la lengua de la época; mientras no sea posible rastrear el exacto recorrido de una palabra y su modo de introducción en el rumano, una clasificación por lenguas sería a todas luces un trabajo -creemos- abocado al error. Así pues, en la clasificación de los neologismos que realizaremos estarán

presentes ambos criterios: el del autor y el de la opinión generalizada de los lingüistas.

Prueba evidente de que la lengua literaria no estaba todavía constituida son, precisamente, las distintas formas gráficas bajo las que podremos hallar una misma palabra. Sí se ha respetado, no obstante, la grafía arcaica en los casos pertinentes.

Si *Însemnare a călătoriei mele* se concibe literariamente por su sentido utilitario, el empleo de neologismos por parte de su autor no permanece ajeno a este mismo espíritu práctico-didáctico. Aparece, así, Dinicu Golescu con una más que definida línea de coherencia, tanto en el fondo como en la forma. Nuestro escritor no se encuentra ante la imperiosa necesidad de acudir a un neologismo como modo de renovar la lengua literaria; su intención sigue siendo eminentemente práctica, su finalidad puramente comunicativa. Golescu no es un literato que recurra a un vocablo *sintético* y preciso pensando en el arte, en la estética, en el decoro...; su empleo solamente se justifica en tanto en cuanto no exista un término adecuado o conocido que represente la realidad que él quiere dar a conocer. Y no cualquier palabra y en cualquier situación; antes hay que pensar muy bien en qué momento y en qué lugar ha de introducirse ésta, como él mismo nos explica (p. 53):

“... socotindu-mă de unde s-ar cuveni să le întrebuițez...”

Podemos decir que la actitud de Golescu en relación con los neologismos es bastante aproximada a su comportamiento frente a las nuevas realidades con las que se va topando. Una cosa nueva es para él una ocasión para detenerse, describir pormenorizadamente, aportar todo tipo de explicaciones con particularidad de detalles... Todo ello para satisfacer e ilustrar a sus lectores. Su deseo puramente informativo le obliga a querer encontrar el término justo.

En los casos en que mediante un neologismo -normalmente *sintético*, esto es, una sola palabra- se refiere a una realidad que él considera poco o nada conocida para sus compatriotas, nos encontramos con dos posibilidades:

a) Ofrece la palabra y, acto seguido, en el mismo *corpus* textual del relato o la descripción, explica su significado, frecuentemente introducido por la conjunción explicativa *adică/ adecă*:

“*Are un theatru mare, **adecă** casa de comedie,...*”
(p. 14) [*]

“... *mulțime de fiacăre, **adecă** carîte, calești, căruță și alte feliurimi mai proaste,...*” (p. 25) [*]

“*În locul vizitiului (...) șade conductorul (**adecă** îngrijitorul)...*” (p. 58) [*]

“*O biserică catedrală, **adecă** sobor...*” (p. 104) [*]

Un caso aislado -e inverso- lo constituye el siguiente ejemplo:

“... *niște odăi în pămînt, ce le zic bordeie...*” (p. 48)

Asistimos aquí al proceso contrario, pues en primer lugar explica el significado de la palabra e, inmediatamente, escribe el término. No es *bordei*, propiamente dicho, un neologismo. Sin embargo, Golescu presenta el lexema como si se tratara de una novedad, de un vocablo desconocido, al igual que hace con neologismos como *locantă* o *roc*, pues los acompaña, respectivamente, de las aclaraciones “*ce le numesc*” (p. 62) y “*o haină pînă la genunche*” (p. 115), lo cual indica que son sustantivos desconocidos o, cuando menos, poco frecuentes.

Del mismo modo, podríamos considerar forma neológica el sintagma *grădina englezească* (p. 93), en tanto en cuanto está igualmente presentada e introducida por un “*ce o numesc*”, dando a entender, de este modo, que el conjunto de ambas palabras no es propio de la lengua rumana. Y un caso prácticamente idéntico ocurre con *fuișor chinezesc* (p. 75), si bien la introducción del término -a juzgar con la familiaridad con que lo nombra- parece ser anterior. Obsérvese que en otras lenguas existe la misma construcción: *pavilhão chinês* (portugués), *pabellón chino* (castellano)...

b) Aparecen los vocablos marcados con asterisco y nos remite a sus propias notas, donde aclara el significado en cuestión. Por ejemplo, en la página 23 aparece:

“... *cabinet firesc**...”

“... *piramidă***...”

“... *ghirlantă****...”

Y como notas a pie de página, respectivamente:

“* *Casă în care au strîns lucruri firești, cum acestea care să cuprind.*”

“** *O zidire în trei colțuri.*”

“*** *O legatură cu încovrigături sau flori împreunate, sau de panglice, sau de orice alt.*”

Lo que hace único a Golescu, tal vez, es su pragmatismo. Tanto es así que no podemos decir que la introducción del neologismo resulte obsesiva; nuestro boyardo gusta de ilustrar lo que ve, por lo general, mediante una forma neológica, pero este hecho no es óbice para que aparezcan voces patrimoniales bajo formas léxicas *analíticas*, máxime cuando hubiera sido muy fácil adaptar tal cual el término de lenguas que conocía perfectamente, como, por ejemplo, la griega. Sirvan como muestras los momentos en los que habla de la “... *școala a multora meșteșuguri*” (p. 24) en vez de la *școala politehnică*, o cuando escribe “*adunare de cadre*” (p. 95) queriendo significar *pinacotecă*, o “*iubirea de omenire*” (p. 29) en lugar de *filantropie*. Del mismo modo, el símbolo del Imperio austríaco es, según sus palabras, el águila “*cu doao capete*” (p. 22), no el águila *bicefală*, adjetivo éste que, probablemente, no se hubiera entendido sin la ayuda de una nota. El encargado de una biblioteca es el “*orînduitor*” (p. 91) y no el *bibliotecar*. Y de un edificio puede decir que tiene “*patru colțuri*” (p. 14) en vez de argumentar que es *cvadrat*. Todo ello, quizás, como una muestra de deferencia hacia sus lectores.

Su obsesión por que aquello que escribe sea completamente entendido por quienes lo lean, le lleva hasta el punto de apostillar que, por ejemplo, Belvedere o Șenbrun -dos de los muchos jardines que hay en Viena- se traducen respectivamente como “*Frumoasă-Vedere*”, es decir, “*Bella vista*” (p. 37) y “*Fîntîna cea frumoasă*”, “*La fuente bonita*” (p. 40).

En otras ocasiones sacrifica el neologismo por una explicación o descripción que sería ininteligible incluso para un campesino. Así, cuando

describe la cornamenta de un alce, en vez de explicar que tiene una especie de *membrana* uniendo las distintas partes de las astas, dice que es “... o **împreunare de pele neagră, întocmai ca la talpa gîştii...**” (p. 42) [*]. E, igualmente, un *sculptor* es para él un “*scobitor de piatră*” (p. 23).

Dinicu Golescu, en ese gusto suyo por el *justo medio*, llega incluso a alternar, en distintas descripciones, neologismos con voces tradicionales, pues unas veces habla simplemente de un edificio “... *în patru colțuri...*” sin más (p. 14), y otras de salas, casas o extensiones de tierra “... *cvadrate, adecă în 4 colțuri...*” (p. 77). En numerosas ocasiones nos resultará difícil precisar, no obstante, en qué medida el hecho de utilizar una perífrasis sustituye al neologismo deliberadamente, o si la palabra nueva era desconocida en ese momento por nuestro escritor o, incluso, en la lengua rumana.

Las propias notas de Dinicu Golescu merecen un comentario al margen. Hay que decir que, curiosamente, todas ellas aparecen en el curso del primer viaje (el de 1824); ni en el segundo ni en el tercero nos encontramos con ninguna anotación que tenga como finalidad explicar alguna palabra. Golescu debió considerar que ya lo había dicho todo y no se plantea el recurrir a nuevos vocablos con que ilustrar su texto. Como dato interesante resalta el hecho de que, incluso dentro de lo que son sus notas, es decir, sus comentarios a modo de glosario de todas aquellas formas que supone él que no van a ser entendidas, volvemos a tener en algunos casos la aclaración del significado de un vocablo. Así en la extensa nota dedicada al *ailvaghan*, para explicar lo que es este medio de transporte nos introduce la palabra *conductorul*, inmediatamente definida: “*adecă îngrijitorul*”.

En otras ocasiones recoge en una nota un neologismo que ya ha explicado en otro lugar:

“*[Postamenturi*]: * Un temeiu sau de zid, sau de piatră, asupra căruia pun o statuă...*” (pp. 39-40) [*]

O incluye un neologismo que no ha sido definido en ninguna otra parte:

“[Statue*]: *Trup de om lucrat, sau de marmură, sau de aramă, sau de orce alt **metal**.*” (p. 9) [*]

“[Casa de observație astronomică*]: *Lacuință de profesor, cu toate feliurimile de ochianuri, ce caută la mișcările **comiților, planitelor**.*” (p. 15) [*]

“[Lux*]: ... cea mai puțină cinste ce poate avea orice **nație**.” (p. 29) [*]

Este hecho nos pone de manifiesto que son neologismos que ya han tenido una anterior difusión en la lengua rumana y que, en principio, son conocidos por los demás hablantes/lectores.

Por la extensión que les dedica, merecen nuestra atención dos notas: *Ailvaghan* (pp. 58-59) y *Vaporul* (p. 63). El resto, salvo *lux* (p. 29), que es algo mayor, no pasa de ser una definición de una, dos o, a lo sumo, tres líneas. Particularmente expresiva es la nota del *Ailvaghan*. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que es de los pocos pasajes del libro donde Golescu se nos presenta como un narrador nato. Por primera vez su discurso deja de pertenecer al afán puramente ilustrado, informativo -que no llega a perder- y se nos manifiesta la parte de Golescu inclinada a lo anecdótico, a lo curioso, a la atención por los detalles. Constituye esta nota uno de los pasajes más deliciosos de los que podemos disfrutar a lo largo del relato. Nos da cumplida cuenta de cómo se paga el exceso de equipaje, de cómo el viajero asegura su valor y se queda con el resguardo, de cómo no está bien fumar en la diligencia por respeto a los demás viajeros... Un discurso prácticamente moderno, actual, donde todos los comentarios están realizados para motivar al lector a seguir leyendo. Predomina el propósito de distracción; por primera vez la narración se nos antoja comparable a un relato de aventuras. Por todo ello podemos afirmar que esta nota sobrepasa el propósito enciclopédico y se sitúa justo en el límite de la narración de viajes romántica, al estilo, por ejemplo, de un Victor Hugo, de un Théophile Gautier o, más concretamente, de un Charles Davillier en *L’Espagne* (1874, 17-21):

“Les diligences sont très chères en Espagne: souvent on fait payer deux pesetas, plus de deux francs par lieue, c’est-à-dire cinq fois environ le prix de la première classe du chemin de fer; les voyageurs ont beau se plaindre, comme les diverses entreprises s’entendent pour le prix, il faut bien passer sous les fourches caudines de la diligence.”

(...). *Les transports de bagages ne sont pas d'un prix moins exorbitant, et on n'accorde au voyageur qu'un poids tout à fait dérisoire. (...).*

La diligence est le moyen de transport aristocratique: elle ne roule que sur les routes royales, caminos reales ou carreteros [sic], qu'on appelle encore d'un nom arabe, araecife, synonyme de chaussée. Depuis quelques années elles sont régulièrement bordées de bornes indiquant les distances en kilomètres. Il y a aussi le correo, le courrier, qui marche un peu plus vite, et n'admet que deux ou trois voyageurs..."

Regresando a *Însemnare a călătoriei mele*, en la nota *Vaporul*, por el contrario, todavía está patente el carácter ilustrado. Nuestro escritor se centra en el funcionamiento de la maquinaria, en el proceso por el que el vapor que sale de una caldera se convierte en movimiento, en la explicación de cómo es el engranaje de las ruedas dentadas que mueven las palas exteriores... Ante todo, poner la ciencia al alcance de la mano del lector.

Una vez más, en esta ocasión mediante sus dos notas más extensas, Dinicu Golescu pone de manifiesto su continua oscilación entre dos tipos de discurso; entre el romanticista y el ilustrado, entre lo moderno y lo clásico.

* * *

Un estudio de los neologismos empleados por Dinicu Golescu en *Însemnare a călătoriei mele* se podría realizar atendiendo a una serie de factores, como pueden ser:

1.7.1) EL CARÁCTER CONCRETO Y EL ABSTRACTO

Por lo general, la mayoría de ellos designa realidades materiales, tangibles. Nuestro escritor no se caracteriza por el empleo de neologismos provenientes del griego, por ejemplo, del tipo *teologie, filologie, democrație, pedagogie*, etc., palabras que, por su educación, le hubiera resultado sumamente sencillo incluir en su discurso. Su instrucción académica -helenista, en efecto- lo conduce, no obstante, a ver el lado práctico de las cosas. Golescu no es un pensador o un investigador del mundo que le rodea; si sale a recorrerlo no es para ampliar sus propios

horizontes e inquietudes espirituales e intelectuales, sino para intentar traer el bien a su patria. Como opina A. Nicolescu (1958, 10):

“Îl interesează, în mod deosebit, tot ceea ce se poate vedea. Călătorul Dinicu Golescu este, în primul rând, un vizual.”

Por esta razón tiene una mayor tendencia a las palabras que se puedan referir a elementos o aspectos materiales. Así, por ejemplo, el arte, le cautiva más por su aspecto externo, por su resultado. Admira el tamaño de los edificios, de las pinturas que se encuentran en los museos; le interesa la técnica con la que aquéllos han sido realizados o se sorprende por lo bien que éstas han reproducido el natural. Los cuadros que describe son *grandes* en tanto en cuanto presentan un gran parecido con la realidad, según nos señala I. Oltean-Ciuclani (1978, 31):

“... mai importantă va fi pentru el asemănarea leită cu realitatea, cu modelul, a unei alte cadre reprezentînd “o fereastră zugrăvită cu fofezele deschise” (...), decît personalitatea pictorului Samuel Hoogstraeten.”

En el ámbito de la enseñanza, pongamos por caso, le preocupan mucho más las asignaturas que se imparten que el modo de impartirlas, más el *qué* que el *cómo*. O en lo que se refiere a la vida social, manifiesta una mayor tendencia a interesarse por el nombre de los tejidos, de las bebidas, de las construcciones, de los espacios urbanos... Su curiosidad se centra más en lo que hacen que en lo que piensan las personas que va observando y conociendo. El hecho de decantarse por lo material tiene su lógico reflejo en su modo de expresión lingüística; como consecuencia hallamos un mayor número de sustantivos -concretos-, seguidos de adjetivos y, en menor medida, verbos. La *praxis* ante la teoría.

1.7.2) EL ORIGEN

Es difícil señalar con precisión la lengua de la que Dinicu Golescu ha tomado los distintos neologismos. Si bien, en su origen, la mayor parte de ellos procede, indudablemente, del latín o del griego, ha de tenerse en cuenta que en numerosas ocasiones conviven simultáneamente en las lenguas de mayor circulación, como podían ser el francés, el alemán o el italiano. En el mejor de los casos, la forma en que una lengua adapta la

palabra del latín o del griego será un dato más que relevante a la hora de determinar su origen exacto. Así, en el mismo texto de Golescu encontraremos, por ejemplo, la forma *națiie* (del latín *natio*) conviviendo con la de *națion* que, según G. Danțiș (1992, 251), proviene del alemán *Nation*, y ésta, a su vez, del francés *nation*. E igualmente hallamos *societate* (del latín) al mismo tiempo que *società* (fonética y gráficamente de clara procedencia italiana), o *casernă* (del francés) junto a *cazarmă* (del ruso, y éste, del alemán). A este respecto nos señala N. Mihăescu (1976, 29):

“Există în limba noastră un mare număr de cuvinte care au două corpuri sonore, dar cu același înțeles, variația această datorându-se, de regulă generală, surselor deosebite din care ele provin.”

En cualquier caso, habríamos de remitirnos al mismo texto y comprobar en qué país o región se halla el viajero cuando utiliza un término. Pero la posibilidad de encontrarnos ante palabras que ofrezcan distintas etimologías es más que habitual.

1.7.3) LA FRECUENCIA Y LOS ÁMBITOS

Hubiera sido de esperar que, dado que se trata de un viaje por varios -e importantes- países extranjeros, el número de neologismos introducidos fuera mayor.

Por lo que respecta a su delimitación en campos semánticos, nos encontramos con que son los términos de naturaleza económica y político-administrativa -precisamente, por ser en ellos donde Dinicu Golescu aprecia una más que notable diferencia entre los principados y el extranjero-, los que aparecen con mayor asiduidad, seguidos por los referidos al ámbito de la cultura. Según datos de A. Nicolescu (1958, 11) de las 240 *palabras nuevas* utilizadas en el libro, 124 pertenecen al ámbito económico, político y administrativo; 78 hacen referencia a la cultura; 16 a la vida cotidiana, y 19 a asuntos varios. Estas cifras suponen, aproximadamente, los siguientes porcentajes:

- Economía, política y administración	52 %
- Cultura	33 %
- Vida cotidiana	7 %
- Otros campos	8 %

Pero ignoramos exactamente el criterio exacto al que se atiene el crítico. Desconocemos a qué palabras exactas se refiere A. Nicolescu cuando establece esas 78 sobre cultura o las 19 de asuntos varios. Nos parece una clasificación, en primer lugar, demasiado general y, en segundo lugar, algo imprecisa. Quizás haya un exceso de generosidad por nuestra parte, pero lo cierto es que hemos contabilizado 260 formas neológicas. He aquí una clasificación de los neologismos empleados por Dinicu Golescu atendiendo a los siguientes -y más específicos- ámbitos:

1) Organización económica, política, militar y administrativa:

aftocrator, arhiduchesă, arhidux, austriecesc, baron, borsă, canton, canțelarie, canțelarist, capital, cavalerie, cazarmă, căpitan, comandir, compatriot, creițar, cronțal, depertamentar, deputat, diplomatică, doju, ducat, dux, Exelenția, a exportarisi, a fabricarisi, fabrică, forșpan, franțoz, funt, garnison, ghegeneral, graf, gubernator, gubernie, iconomicesc, iconomie, încoronație, ingineriu, maghistrat, marcă, milion, milionist, miliord, ministru, monedă, muștră, nație, naționalicesc, a neinportarisi, nobil, noblețe, ofițier, olan, paj, palat, pansion, papistaș, patrie, părădie, polcovnic, politică, politicesc, politicos, poliție, poliție universitate, portofranco, poștă, a practica, a prescrie, prezident, prinț, prințipat, reghiment, sfanțih, siguranție, sinat, sinator, sistema, soțietă, soțietate, speculant, a specularisi, speculație, tiranicesc, tituluș, a transportarisi, țerimonie, vivat.

2) Cultura (lengua, literatura, artes, ciencias e instituciones):

academie, algebră, amfitheatru, antică, antichitate, arhitecton, arhitectonicesc, arhitectură, arithmetică, armonie, astronomicesc, astronomie, a bălsămui, bibliotecă, bibliotecar, cabinet, cadet, cadră, catehism, clavir, climă, clup, comedie, comedien, comit, director, dohtor, estetică, filosoficesc, galerie, gazetă, gheograf, gheograficesc, gheografie, gheometriceste, gheometrie, gheometru, ghimnasium, gramatică, hartă, institut, instrument, lexicon, limba națională, lițeu, loghică, luminat, luminație, manuscript, mașină, material, mathematic, mathematicesc, mehanică, memvrană, metafisică, metal, metalicesc, moral, mozaic, muzică, observatorium, observație, opticesc, orighinal, piramidă, planită, poezie, profesor, a publicarisi, ritorică, spirt, spițărie, spițer, ștenă, ștocat, theatru, tom, unghiu, universitate, vapor, zmalț, zoograficesc.

3) Vida cotidiana:

adres, ailvaghan, alea, baie, bal, balcon, calească, canal, canapea, carîta, cartofle, castron, conductor, cristal, croază, curiere, cvadrat, damă, fiacher, galantom, garnitură, havuz, interes, a se interesarisi, interesat, invalid, jalogie, lemonade, linea, locanta, lostărie, lux, maldehi, milă, miniatură, mobilat, orangerie, pantalon, papirmile, percal, persoană, personale, piață, ponciu, porțolan, postament, roc, romanesc, set, șpaler, spențer, stambă, statuă, stație, stofă, supă, șadîrvan, tabac, tabachere, tapiserie, trup, țigle, vestă, a viețui, a vizitarisi, voiajor.

4) Otros campos:

Ausbruch, cataract, catart, catedrală, a comuni, a comunica, comunicație, descriere, figură, formalisit, formă, fuișor chinezesc, ghirlantă, grădină englezească, iroicesc, jeț, medal, mumie, a probălui, pustă, romanticesc, virtuos.

Sin embargo, lo importante a la hora de arrojar luz sobre el grado de aceptación y extensión de un neologismo viene en gran medida determinado, evidentemente, por la frecuencia con que éste hace acto de presencia en la obra. El hecho de retomar en repetidas ocasiones las mismas nociones nos indica claramente el grado de familiarización con una u otra palabra. Así, por ejemplo, los vocablos con mayor número de apariciones son:

- <i>alea</i>	29
- <i>statuă</i>	27
- <i>teatru</i>	25
- <i>pieță</i>	20
- <i>fabrică</i>	14
- <i>nație</i>	11
- <i>limbă națională</i>	11
- <i>cadră</i>	11
- <i>lux</i>	9
- <i>doctor</i>	8
- <i>noblețe</i>	7
- <i>șpaler</i>	7
- <i>cataract</i>	7
- <i>societate</i>	6

Es posible observar cómo en lo que atañe a la frecuencia, no podemos extraer una conclusión sobre el ámbito preferido por nuestro escritor; prácticamente tienen el mismo índice de frecuencia palabras referidas tanto a la cultura (*statuă, teatru*) como al ámbito urbanístico (*alee, piață*).

No obstante, resulta también curioso y sorprendente constatar que, dentro de los 240 neologismos señalados por A. Nicolescu, hay algo más de un 50 % (exactamente 130) que solamente aparecen una vez. Y no nos detenemos precisamente en las cosas de las que Golescu tan sólo tiene una oportunidad de hablar de ellas durante sus tres viajes, como pueden ser *comit* o *ponciu*; lo interesante es comprobar cómo el boyardo menciona una única vez palabras referidas a realidades con las que se encontraba con bastante asiduidad, como pueden ser *material, catedrală* o *capital*.

E igualmente nos parece destacable resaltar los momentos -esto es, los países- en los que nuestro viajero introduce o menciona un mayor número de términos nuevos. Por lo general, su número suele ser más abundante al principio de cada uno de los tres viajes que nos relata, lo cual se entiende si tenemos en cuenta su afán por describir todas las novedades con las que se va encontrando. A medida que va recorriendo paisajes y ciudades Dinicu Golescu se siente menos atraído por la necesidad de reproducir los nuevos vocablos. Pero también hay en nuestro escritor una intención -siempre presente, no lo olvidemos- de que su relato no le resulte demasiado lejano y retórico a un lector profano y poco instruido. Su pragmatismo se refleja en la alternancia del neologismo con la descripción de nuevas realidades ayudándose de antiguas palabras ya consolidadas en la lengua rumana.

1.7.4) LA ADAPTACIÓN DE LOS NEOLOGISMOS

Es obvio que una de las características que conforman la época de introducción de un nuevo término en una lengua la constituye su adaptación formal; de ahí que en más de una ocasión una misma palabra aparezca bajo fluctuaciones de su forma gráfica, bajo dobles. Es posible, incluso, seguir las huellas del camino recorrido por un neologismo teniendo en cuenta sus diversas acomodaciones gráficas al espectro léxico de un idioma cualquiera. Constituiría esto una primera fase que, además, le daría al neologismo carta de naturaleza hasta su completa integración morfológica dentro de la lengua. Este primer estadio tendría, por lo general, un carácter culto. Pero un segundo momento, prueba más que evidente de que la adaptación se ha realizado con pleno éxito, quedaría

determinado por un posible cambio de significado de la palabra en cuestión. Normalmente este cambio se produce en un ámbito popular, pues son los hablantes los que se han apropiado de la palabra y han desvirtuado su significado. Tendremos presentes dos tipos de adaptaciones:

1.7.4.1) Adaptación formal

Al investigar la serie de neologismos que Dinicu Golescu recoge en su *Însemnare a călătoriei mele*, constatamos que, desde el punto de vista formal, una gran parte de ellos carece todavía de una forma definitiva. La época en que nuestro escritor escribe se caracteriza por el masivo aumento del caudal léxico de la lengua rumana, lo cual, sin duda, contribuye a enriquecerla de una manera progresiva. La recién comentada oscilación de la forma gráfica no parece presentar, sin embargo, un inconveniente para Dinicu Golescu, en tanto en cuanto transcribe las palabras según la propia alternancia gráfica -y fonética- que ya existía en la época. Nuestro viajero -que no es consciente, por cierto, de su función de escritor como persona que contribuye a fijar las normas de una lengua literaria- no hace más que *copiar del natural*. Esto nos conduce a pensar que los términos empleados por Golescu forman parte de un primer estadio en el paulatino proceso de incorporación a la lengua rumana. Pero en esta adaptación formal de las nuevas palabras, podríamos distinguir dos momentos significativos, si bien no necesariamente opuestos:

A) Un primer momento que -sea por intentar reproducir formas tanto orales como escritas, sea por la distinta procedencia idiomática de ellas- se caracteriza por la oscilación de los términos.

B) Un segundo momento en el que las palabras nuevas empiezan a tener el mismo tratamiento fonético que las voces patrimoniales, desde hace tiempo perfectamente instaladas en la lengua. De este modo, la adaptación fonética y gramatical está más que garantizada, lo cual asegura su fijación y continuidad en el sistema.

Consecuencia de esto último es que en el plano fonético aparezcan en el relato formas ya constituidas como *lemonade* (i>e) o *lostărie* (e>ă), mientras que en el ámbito morfológico nos topemos con intentos de adaptación al número plural de la lengua rumana (*piețe / piețe / pieți*), (*roate* en lugar de la actual *roți, rămășituri* por *rămășite, școale* en vez de la solución moderna *școli...*), a dobles en cuanto al género (*manuscript*

/manuscriptă) o a vacilaciones en lo que respecta a la adaptación del artículo (*alea / aleaoo*).

No obstante, esto sólo es una muestra de sus particulares dudas. Los neologismos que él utiliza nacen del más puro estado originario, tal cual son; no son fruto de una ulterior reelaboración literaria -y esto es lo significativo- por parte de nuestro viajero. Su contribución a la formación de la lengua literaria rumana será discreta y prácticamente involuntaria, sin una intención inicial. Pero lo meritorio es que -aun sin saberlo- asienta las bases para que escritores posteriores lleven a su culmen la tarea comenzada por él. Su aportación es, como postula A. Iordache (1982, 75), “... o activitate de pionerat.”

En cualquier caso, y continuando con esa serie de alternancias que se le presenta a nuestro boyardo viajero, uno de los aspectos que sí parece interesarle -pero siempre desde el punto de vista comunicativo-, es la forma sufijada de los distintos neologismos de los que va haciendo uso:

- Predominan los neologismos terminados en “-ie”, como sucede con vocablos como *luminație*, *stație* o *comunicație*, todos ellos femeninos. Este hecho confirmaría, siguiendo a I. Iordan (1950, 64), que la terminación “-ie” fue adoptada por la lengua rumana a partir de una serie de escasas palabras provenientes del ruso que ayudarían a crear un prototipo de sufijo muy común y productivo a lo largo del siglo XIX. Y como dato interesante para el estudio de la historia de la lengua, nos permite deducir que la influencia de la lengua rusa sobre el rumano ya existía antes de 1824.

- El sufijo “-icesc/icească” que aparece utilizado por Golescu en palabras como *mathematicesc*, *metalicesc*, *astronomicască*, *filosoficească*, etc., también nos remite a una procedencia rusa. Posteriormente esta forma será sustituida por la francesa “-ic/ă”.

- Bastante interesante resulta la aparición de palabras con la sufijación “-arisi” (“-ar + -isi”), de una productividad relativa y limitada o, cuando menos, discriminatoria, pues, por una parte, únicamente se aplicó a verbos de origen francés, -según L. Galdi (1939, 110); italianos, según nosotros- y, por otra, sólo a la 1ª conjugación, resultando formas del tipo *publicarisi*, *fabricarisi* o *practicarisi* que, automáticamente pasan a pertenecer a la 4ª. Sin embargo, son mucho más frecuentes las formas en “-arisi” que hallamos en *Însemnare* que las que aparecen únicamente con la terminación propiamente griega “-isi”, pues tan sólo encontramos dos

formas verbales: el indicativo *practisesc* (de *a practisi*) y el participio femenino *formalisite* (de *a formalisi*).

Un caso curioso y aparte lo constituye la aparición del verbo *a probălui*, utilizado una única vez por nuestro escritor. En un principio, cabría esperar una forma verbal como *a probărisi* <*> o algo similar. Sin embargo, ésta no aparece en ningún momento, pues el verbo original no adapta el sufijo “-arisi”, sino “-ălui”. Esto se explicaría, según A. Nicolescu (1958, 17), haciéndose eco de las opiniones de L. Galdi (1938), porque “... în locul termenilor grecești care apar în Muntenia și Moldova, se întrebuintează în Transilvania termeni ungurești sau latinești. (...). Formațiilor verbale în -isi întâlnite în Muntenia și Moldova la neologismele împrumutate din franceză sau italiană, le corespund -în Transilvania- verbe formate cu sufixul -ălui (-ăl + -ui).” Aunque tal vez esta forma verbal se deba, simplemente, a su procedencia húngara (*próbálni*), como señala A. Cioranescu (1958-60, 670).

- Tan sólo hay una única palabra que adapta la forma en “-ion”: *națion*. Este sufijo, de clara procedencia francesa, va a convivir en igualdad de condiciones con “-ie” e, incluso, con “-iune”. Así nos lo demuestra el hecho de que en el mismo texto de Goleacu aparezcan también las formas *nație / națiune*.

Una posible subdivisión de los neologismos del libro de Goleacu, se haría atendiendo a su modo de introducción en la lengua rumana:

A) Por vía oral

Representan la mayoría de los términos utilizados por nuestro viajero. Parece más que evidente, además, que transcribe las palabras tal cual se pronunciaban -o cree él que se pronunciaban- en las lenguas de los territorios por los que pasa. Este hecho nos resulta bastante lógico si tenemos en cuenta que la mayor parte de las informaciones que Dinicu obtiene son de naturaleza oral, a través de la indagación, de la pregunta, de la conversación. A pesar de ello, resulta extraño que en ningún momento se sorprenda o manifieste curiosidad por un nuevo término, lo cual nos hace pensar que no era la primera vez que lo escuchaba.

B) Por vía escrita

Más difícilmente clasificables son los vocablos que Golescu pudiera haber tomado de una fuente escrita, sea un documento o el simple letrado de un organismo público, por ejemplo. Estamos de acuerdo con A. Nicolescu (1958, 15) en que tal argumentación se basaría en la aparición del término con letras mayúsculas (*Borsa, Locanta, Observatorium...*), pero no creemos que palabras como *poesii*, por ejemplo, se hayan tomado de una fuente escrita. ¿A qué obedece tal conjetura? ¿Qué impide que se haya adaptado de la lengua oral? Máxime cuando tal vocablo no haría sino reproducir su pronunciación a la francesa, precisamente por la “-i” final.

1.7.4.2) Adaptación semántica

Abundando en la hipótesis de que, para Dinicu Golescu, es mucho más importante el valor pragmático-comunicativo que le imprime a su obra, podemos argumentar, consecuentemente, que el hecho de utilizar nuevas formas léxicas no es tan significativo como el de su comprensión. En nuestro escritor predomina la preocupación por que se entiendan todas aquellas novedosas palabras con que va construyendo e ilustrando su texto. De ahí, precisamente, las apostillas, comentarios o explicaciones que hace a determinadas voces como, por ejemplo, *vapor, ailvaghan, piramidă* o *theatru*. En el caso de estos dos últimos, por ejemplo, es más que evidente que, por tratarse de helenismos, eran términos que él utilizaba y conocía a la perfección. El hecho de que los explique no hace sino constatar la preocupación por dirigirse a un lector poco cultivado. Porque, aunque en un principio él es de la opinión de que con la lengua griega va a poder designar “... *lucruri ce nu le avem numite în limba națională...*” (p. 53), no tardará en percatarse de que ha de recurrir a otras lenguas o a otros medios dentro de su propia lengua para cumplir esa función didáctica.

En algunas ocasiones hallaremos sintagmas o perífrasis -genitivas, mayormente- como “*a multora meșteșuguri*”, “*lucrarea pamîntului*” o “*învățătura credinții*”, que no son más que una traducción, respectivamente, de *polytechnikum*, de *agricultura* y de *theologia*. Casos curiosos, aunque escasos, están representados por lo que podríamos denominar *pseudo-traducciones*. Se trata de una semi-adaptación de la palabra original, de una traducción de uno de sus dos términos, pues, normalmente, es compuesta. Así ocurre con la alemana *Naturalienkabinett*, que él traduce como “*cabinet firesc*”, cuando le hubiera resultado menos forzada -y más fiel al original- una solución “*cabinet natural*”. Pero en este caso hubiera tenido que traducir o

apostillar de nuevo lo que él ya ha adaptado al rumano, como ocurre con un curioso ejemplo: el de la palabra *Observatorium*. Este término, Dinicu Golescu lo recoge tal cual en su tercer viaje (p. 108), pero, sorprendentemente, en su primera incursión (p. 15) nos hallamos con una forma perifrástica “*casa de observație astronomicească*”. De este modo, se ve obligado a traducir dos neologismos en vez de introducir uno solo, lo cual habría sido mucho más cómodo. ¿Estamos delante de una más de sus vacilaciones o ante un más que valioso testimonio para la historia de la lengua? Este último caso vendría determinado porque la palabra *observatorium* sería poco frecuente o desconocida en 1824 (fecha del primer viaje) pero no en 1826 (cuando realiza el tercero).

De todo ello se deduce que Golescu, cuando es posible, manifiesta también una tendencia a aproximar el significado a la lengua rumana. No siempre transplanta el término tal cual; en algunas ocasiones prefiere el calco al préstamo. Otra más de las numerosas dicotomías entre las que se debate.

En esta misma línea se encuentran los préstamos de carácter semántico -e incluso algunas voces patrimoniales-, pues en palabras como *chip* o *față* los significados que él adopta son, respectivamente, *figura* y *color*, cuando lo esperable hubiera sido “*tipo, clase*” y “*cara, superficie*”. Otros ejemplos de antiguas voces que adquieren una nueva dimensión semántica son *deșteptat* (*inteligente, despierto*) por *civilizado*, *împietrit* (*petrificado*) por *fosilizado*, o *scobit* (*cavado*) por *esculpido*.

No siempre los significados que Golescu da son exactos. Es lógico suponer que en la época que nos ocupa la incorporación de neologismos presentara ciertas dificultades, inseguridades y -¿por qué no?- errores. En el texto nos encontramos con vocablos como *metal* (significando *mineral*), *politicos* (como sinónimo de *político* y no de *educado*), o *sistemă* (con el sentido de *clase social*).

Pero en alguna que otra ocasión es difícil establecer una rápida identificación entre lo que describe y entre el objeto al que realmente se refiere. Esto es lo que le sucede en Venecia con las góndolas, embarcaciones que él describe (p. 65) como “... *luntri (...)* unde au și un *acoperiș întocmai ca coșul de carită...*” Sin embargo, extrañamente, la palabra italiana *gondola* no es utilizada por él.

Si tomamos la obra en su conjunto, es fácil observar que, por sí mismos, el número de neologismos que aparecen en *Însemnare a călătoriei mele* no es lo suficientemente significativo en relación con el resto del texto. La importancia de estas nuevas palabras no reside tanto en su cantidad como en su calidad, en la medida en que son elementos

léxicos que van a conocer un verdadero desarrollo a lo largo de la literatura decimonónica de los principados rumanos. Dinicu Golescu, en la mayoría de las ocasiones, no puede ser calificado como el auténtico introductor del término; gran parte de los vocablos ya circulaba entre algunos escritores de la época, e incluso con anterioridad. El mérito de nuestro boyardo es el de haber hecho posible la extensión del término y su instalación definitiva en el *corpus* literario de la lengua rumana, el neologismo significará un elemento nuevo que se desarrollará y consolidará a lo largo del siglo. Es cierto que la obra -ya lo hemos visto- no tuvo la repercusión social que en un principio cabría esperar, pero lo que parece innegable es que el texto fue la base de muchos escritores que, viajeros o no, no pueden por menos de acrecentar su caudal léxico recurriendo a las palabras -más o menos nuevas, más o menos conocidas- que Golescu utiliza en su diario. Un completo estudio sobre la lengua literaria rumana del XIX no podría llevarse a cabo sin conocer ni hacer referencia a los términos manejados por nuestro autor.

1) LA LENGUA LITERARIA: LA APORTACIÓN DE DINICU GOLESCU

Todo este compendio léxico, junto con los arcaísmos, es el que asienta las bases para constituir una lengua literaria sólida y moderna a lo largo del siglo XIX. En esta etapa de transición de la *lengua literaria* vieja a la moderna, *Însemnare a călătoriei mele* presenta aspectos lingüísticos contradictorios. Mientras que la sintaxis se caracteriza, como ya hemos visto (Vd. apartado 1.5) por la conservación de una serie de particularidades arcaicas, el léxico no es más que el reflejo de la búsqueda que realiza nuestro escritor para poder solucionar con cierta maestría los dificultosos problemas de vocabulario que se le presentan, unido a las necesidades de expresión de una verdadera lengua de civilización, recurriendo, como también hemos podido comprobar, al alemán, al italiano, al neogriego y, especialmente, al francés, por lo que tiene de renovación no sólo lingüística sino también socio-política. S. Prampolini (1956, 728) nos da cuenta de ello:

“Durante los primeros cuarenta años del siglo XIX, al beneficioso influjo de la escuela transilvana, que, sin embargo, se había limitado a la formación de la lengua literaria, se añadió el del francés, más literario, y, al

mismo tiempo, político, aportador de las ideas de la Revolución y del concepto de la libertad nacional.”

Las oscilaciones entre el préstamo neológico, el calco y la mera traducción, entre las diferentes variantes fonéticas y morfológicas de los nuevos términos introducidos, pertenecen, de hecho, a la lengua rumana literaria en vías de modernización. Podemos observar, por consiguiente, que algunos de los neologismos utilizados por Golescu llevan la impronta del sistema lingüístico del que proceden, pero -con el devenir de los años- serán posteriormente adaptados y fijados definitivamente hasta adquirir la forma con la que los conocemos en el rumano actual. En su empeño por encontrar vocablos que sean capaces de expresar las nuevas realidades, nuestro autor recurre inteligentemente a utilizar términos pertenecientes al ámbito popular y al antiguo. Dinicu Golescu sería el representante de un primer período de desarrollo lingüístico-literario. Pero, por lo que se refiere a la utilización de neologismos, nuestro boyardo no es un innovador en el sentido estricto del término. El autor se inscribe en la corriente enriquecedora del vocabulario que ya se viene operando en los principados desde las últimas décadas del siglo XVIII y que continúa en las primeras del XIX. Tal vez su mérito es -aunque con ciertas reservas- más bien debido a la fijación del léxico que a su innovación. Porque lo cierto es que muchas de las palabras utilizadas por Golescu no fueron utilizadas por primera vez por él, según recoge, por ejemplo, G. Danțiș (1992).

Es preciso señalar que con anterioridad a Dinicu Golescu los textos de los viajes realizados por Mihail Popovici -*Călătorile în Rusia ale preotului bănățean Mihail Popovici (1770-1771)*- así como por Barbu Știrbei -*Călătoria lui Barbu Știrbei în apus (1906-1907)*- ya incluyen neologismos que -en mayor o menor medida- van a estar también presentes en el relato de nuestro viajero. Se podría hablar entonces de una serie de términos que ya circulaba en la lengua del momento; sólo en contadas excepciones los autores introducen un elemento realmente nuevo.

De la misma época que nuestro autor es Barbu Paris Mumuleanu (1794-1836), un escritor en el verdadero sentido de la palabra, ya que, en su continua búsqueda de neologismos, es consciente del auténtico valor de un vocablo. Queda, no obstante, mucho camino por recorrer. Será a partir de las obras de escritores como Anton Pann (1794-1854), Dimitrie Cantemir, o como Mihai Eminescu, entre otros, cuando la lengua literaria del rumano moderno quede instaurada definitivamente, si es que hoy en día hay algo definitivo en este continuo ir y venir de palabras, términos,

vocablos y neologismos de nuestras lenguas, asediadas ahora por los ámbitos de la telecomunicación y la informática.

Ahora bien ¿qué entendemos por *lengua literaria*? Frecuentemente en la lingüística rumana se ha identificado este término con el de *lengua rumana nacional, común, estándar*, considerando que todas son distintas variantes de una misma realidad: la lengua rumana contemporánea. Aceptemos, entonces, la convención, pues es difícil elaborar una definición satisfactoria y aceptada por la mayoría.

I. Iordan (1977, 32), por ejemplo, entiende por lengua literaria “... *aspectul cel mai desăvârșit al limbii naționale, aspectul care se conformează în cea mai mare măsură regulilor gramaticale, lexicale și fonetice ale limbii întregului popor, oricare ar fi conținutul exprimat.*” Por su parte, el *Dicționarul limbii române moderne* (1958, 461) la define como “... *aspectul cel mai corect al limbii naționale, produs al unei continue prelucrări a limbii din partea scriitorilor, a publiciștilor, a oamenilor de știința, etc.; constituind o sinteză a posibilităților de exprimare ale limbii întregului popor.*”

De esta última definición deducimos que la variante literaria del rumano -extensible también a cualquier otra lengua- es el resultado del comportamiento de una serie de colectivos de especialistas que asumen la misión de *estandarizar* la lengua con la que trabajan no sólo a través de diccionarios, manuales, gramáticas etc., sino también con la ayuda de sus propias obras científicas y literarias. Ahora bien, es necesario que se dé un aspecto fundamental: la norma, el correcto uso de aquellos términos empleados, como postulan I. Iordan y V. Robu (1978, 32). Por consiguiente, entre otros elementos, una lengua literaria estará constituida por los arcaísmos, como hemos dicho, pero también por las variantes regionales. Que un escritor quiera utilizar un dialectalismo o una voz arcaica, por ejemplo, depende de su propia voluntad a la hora de caracterizar una serie de personajes o de hechos, o bien a la hora de recrear toda una atmósfera perteneciente a un tiempo pasado o a un lugar lejano. Da la sensación, por lo tanto, de que al hablar de *lengua literaria* en lo que estamos pensando en realidad es exclusivamente en las palabras que se utilizan en las obras literarias, en el *léxico literario*. Sobre éste dice R. Senabre (1998, 21):

“*En rigor, la fórmula “léxico literario” constituye una impropiedad y comporta, además, un riesgo, porque da a entender que existe un léxico “no literario” que se*

opone a aquél y que ostenta suficientes rasgos diferenciadores. Pero no es así en realidad (...). Ahora bien: lo cierto es que las palabras existen antes que la literatura, y que ninguna es “literaria” -o, si se prefiere, “no literaria”- por sí misma. Es el uso que el escritor hace de ellas (...) lo que les confiere carácter artístico. En consecuencia, convendrá precisar que “léxico literario” no es más que una expresión convencional para designar al léxico de las obras literarias...”

Y por lo tanto, la lengua literaria estará formada también por partes de la gramática como la morfología (prefijos, sufijos,...) o la sintaxis (orden, combinaciones...), pues ellas también han influido en la formación histórica de ese magma al que llamamos *lengua literaria*. Quizás haya que aceptar, con M. Zaciu (1973b, 239), que la consolidación y modernización de la lengua literaria tiene lugar cuando se da un proceso “... *care apropie limba textelor de limba vorbită în epocă și face lectura mult mai fluentă...*”

No entraremos ni aquí ni ahora a discutir una vieja polémica de consideración teórica en los círculos literarios rumanos: el período de formación de la lengua literaria rumana. Hay autores, como A. Graur (1956, 5) que la consideran anterior a la aparición de testimonios literarios escritos, otorgándole un valor eminentemente oral. Otros, como B. Cazacu (1960), y en general toda la llamada *Escuela de Bucarest*, sostienen que es a partir del siglo XVI cuando se empieza a constituir, concediéndole al diácono Coresi (¿?- c. 1583) el título de *padre de la lengua literaria*. Y por último, autores como A. Rosetti (1955) opinan que es en el siglo XIX cuando se constituye como tal y, sobre todo, cuando se enriquece y consolida a través de los términos filosóficos, científicos, económicos, morales, etc. de autores como Alexandru Odobescu o Mihail Kogălniceanu, constituyendo la llamada lengua rumana contemporánea. En cualquier caso, es innegable que el incremento de esta serie de términos, debido a la propia evolución y modernización de la sociedad, se produce, lógicamente, a finales del siglo XVIII y durante la primera mitad del XIX. Es en esta época, además, cuando el debilitamiento del Imperio otomano se hace más evidente y cuando las relaciones políticas y culturales con países como Alemania, Francia o Italia experimentan un aumento considerable. Por eso, como dice D. Macrea (1982, 73):

“Noile noțiuni ale științei și tehnicii trebuiau exprimate prin cuvinte pe care vocabularul nostru vechi,

legat de economia agricolă feudală și de economia casnică, nu le posedă. În această perioadă, principalele surse de creare a terminologiei științifice și tehnice au fost limbile neogreacă, franceză și rusă în Muntenia și Moldova, latina, germana și maghiara în Transilvania, procedeul cel mai frecvent fiind calcurile după aceste limbi.

După 1830, limba franceză devine principala sursă a terminologiei noastre științifice, care le înlocuiește treptat pe toate celelalte, iar mijloacele de formare a terminologiei nu mai sînt, în mod predominant, calcurile, ci împrumutul masiv de neologisme franceze, care, datorită structurii înrudite a celor două limbi, s-au adaptat cu ușurință cerințelor fonetice, lexicale și gramaticale ale limbii române.”

Es, justamente, durante esta primera mitad del siglo XIX, y como consecuencia más o menos cercana de la Revolución francesa de 1789, cuando las bases del antiguo sistema feudal están dando sus últimos coletazos en los principados rumanos, ocasionando con ello que la incipiente burguesía empiece a escalar posiciones y a acomodarse en la vida social, política y cultural del país, confirmándose cada vez más como una fuerza en plena ascensión. Si en el resto de Europa los cambios sociales, económicos y políticos eran más que notables, en el caso rumano se ven acrecentados a raíz del Tratado de Adrianópolis de 1829, que da lugar a que Moldavia y Muntenia queden liberadas del yugo turco. Por esta razón las estructuras sociales van a sufrir una serie de aceleradas transformaciones que tendrán un reflejo lógico en la historia de la lengua de este período. A partir de este momento la caída de la influencia turca y griega es vertiginosa, mientras que la rusa y la de países de la Europa occidental se acrecienta, lo cual otorgará un enorme beneficio lingüístico, de incalculable valor, a las arcas de la lengua rumana. El número de préstamos que entró en todos los ámbitos de la vida social del país es mucho más que el testimonio de una apertura hacia Occidente.

EPÍLOGO: DINICU GOLESCU, PRISIONERO DE DOS MUNDOS...

Poco más nos queda por añadir. En cada uno de los capítulos y apartados precedentes hemos tratado de ofrecer una conclusión ya de por sí particular del aspecto abordado. No obstante, resaltaremos que para una mejor comprensión de la persona y la obra de Dinicu Golescu hemos de tener siempre presente que nuestro autor escribe *Însemnare a călătoriei mele* desde la más angustiosa de las contradicciones. El propósito de nuestro boyardo no es otro que el de encontrar el “*echilibriu în tensiune*” del que hablaba A. Marino (1973, 297). No ha de resultar fácil viajar a Occidente -al progreso- para volver a Oriente -el retraso- y desde ahí escribir pensando en alcanzar el grado de modernidad y desarrollo de la Europa occidental. Realmente Golescu redacta el relato de sus viajes atrapado entre esos dos mundos, en esa *tierra de nadie* que parece provocar la desesperanza o la resignación. Es, por eso, significativa “... *pendularea interpretării lui Dinicu Golescu între Apus și Răsărit, într-un moment al istoriei noastre în care confruntarea a două lumi își găsește în Însemnare a călătoriei mele cel mai nimerit simbol...*”, como opina N. Manolescu (1990, 157).

El libro que se nos ofrece está constituido, efectivamente, tal y como considera L. Jucu-Atanasiu (1978, 3), por “... *două părți distincte:*

aproximativ trei sferturi din opera este un reportaj despre “luminata Europă” (...), aproape un sfert din carte, cuprinzând (...), admonestarea concetățenilor.” Este planteamiento nos lleva a considerar automáticamente la posibilidad de que los viajes de Dinicu Golescu se nos presenten bajo la forma de dos textos diferentes. Por una parte, el escritor nos ofrece una serie de descripciones de las distintas ciudades -con sus museos, sus escuelas, sus bibliotecas...- y de los campos; pero por otra, el viajero hace un alto en el camino y se para a reflexionar o a dilucidar sobre la situación de su país. Tenemos en realidad dos textos: el que nos da cuenta de lo que acontece en la Europa ilustrada, y el que nos pone de manifiesto la situación de los principados rumanos y la que nuestro boyardo desearía para su propia patria. Si separáramos ambas producciones textuales obtendríamos dos libros muy diferentes; cada uno de ellos tendría autonomía por sí solo, pero el resultado no sería igual de enérgico. El simple viaje sin crítica nos daría un *corpus* textual aséptico; la mera denuncia sin comparación se instalaría en los presupuestos de una amonestación político-social.

Tengamos presente, asimismo, que el tono con el que Golescu redacta su libro oscila entre lo que pueda tener de *escritor-cronista* (sus referencias históricas) y de escritor de tinte *pașoptistă* (una literatura de compromiso). Todo ello pasando por sus continuas referencias al lector así como por un cierto -aunque escaso- sentimiento lírico.

Como consecuencia de esta fluctuación entre dos mundos se ha considerado frecuentemente a nuestro boyardo -incluso a su hermano Iordache- un *escritor puente*, que ha permitido el paso espacio-temporal desde la Rumanía subdesarrollada a una Rumanía, si no de progreso, al menos, en vías de desarrollo. Dice E. Lăsconi (1998, 200):

“Cei doi Golești trăiesc și scriu într-o vreme când societatea românească parcurgea lunga și frământată sa tranziție de la vechi la modern. Obârșurile, educația și destinul i-au hărăzit condiție de “pod” spațio-temporal între Răsărit și Apus, între vechime și modernitate.”

Allá por donde pasa, Dinicu Golescu se fija en el estado en que se encuentran los caminos, los puentes, los valles... Le interesa cómo se trabajan los campos, de qué manera están adornadas las casas... Observa el comportamiento de los habitantes de una ciudad o de la más pequeña aldea, cómo se visten los campesinos, qué hace la gente en sus días libres.

Da detallada cuenta del interior de un museo, del número de asignaturas que se imparten en una escuela, de las diferentes clases de hospitales con que se va topando... Describe mecanismos, instrumentos... Y así incesante e incansablemente...

Pero permanentemente hay en él una dualidad; su relato se configura oscilando siempre entre dos extremos, entre dos actitudes. Ș. Cazimir (1982, 7) opina que “... *memorialul lui Goleescu îmbină constant curiozitatea de a ști cu dorința de a convinge, condamnarea severă a unor grave injustiții sociale cu speranța neabătută într-un viitor mai bun al țării.*” Su propósito es encontrar el equilibrio, el *justo medio*. Quizás por esta razón el sentimiento de desazón se hace mayor cuando, en estos dos mundos entre los que se debate, no acierta a vislumbrar una solución inmediata para los males que acucian al País rumano. Incluso en un nivel algo más íntimo, en nuestro viajero confluyen al mismo tiempo el sentimiento y la razón, la emoción y el arrepentimiento...

Desde posiciones que conjugan lo político-social con lo personal Dinicu Goleescu parece debatirse entre su supuesto carácter masónico y el amor a su patria, pues si bien este último es una de las causas por las que presuntamente comulga con las ideas revolucionarias de Tudor Vladimirescu, por otra parte, en las célebres *Constituciones de Anderson* (1723) -una de las Cartas Magnas de la masonería- en su artículo segundo, se nos dice, tal y como recoge J. A. Ferrer Benimelli (1986, 30):

“Todo masón, cualquiera que sea el lugar donde trabaje o resida, debe estar sometido a la autoridad civil y no debe jamás encontrarse en complots contra la paz y tranquilidad del reino, ni ser desobediente a los magistrados inferiores...”

Una vez más, el choque de ideas se produce en su interior. Nuestro viajero se encuentra ahora con la contradicción de que aquello por lo que lucha -en última instancia, acabar con la dominación fanariota, que es la causante de la incultura del pueblo- es, precisamente, lo que le prohíbe la logia a la que, presumiblemente, pertenece. De nuevo prisionero de unas premisas distintas a sus ideales. Entendemos, entonces, con S. Bratu (1955, 7) que “... *Dinicu Goleescu nu era un revoluționar. El nu putea accepta calea la care chema Tudor pentru răsturnarea și prinderea <<celor răi >> (...). El începe să se gândească la reforme necesare pentru îmbunătățirea traiului poporului și desfășoară practic o intensă activitate <<pentru luminarea norodului>>.*” Tal vez por eso su única salida, su única escapatoria, sea refugiarse en las Letras. Podríamos

entonar con él un “*Ad libertatem per Litteras*”. Éste parece ser el espíritu que -creemos- subyace en las siguientes palabras de R. Munteanu (1977, 7):

“Pourtant les détails dramatiques de vie que D. Golescu recueille avec une telle clairvoyence dans son journal de voyage ne le mènent jamais à des conclusions révolutionnaires, du genre de celles professées par Radiscev. Adepte des réformes lentes et utiles, D. Golescu ne dépasse pas les limites des Lumières aristocratiques, pratiquées surtout par les adeptes fidèles du joséphisme.”

En el plano lingüístico, resulta curioso cómo nuestro viajero nos aparece en el justo medio entre el neologismo y el arcaísmo o las formas tradicionales aunque, como opina A. Nicolescu (1958, 23), hemos de tener en cuenta que “... *în ciuda ideilor sale avansate, (...), prin vârsta și poziția sa socială, era tributar mai mult vechiului decât noului.*”

Teniendo siempre presente el prurito comunicativo del que hablábamos más arriba, Dinicu Golescu utiliza una palabra nueva o poco conocida y acto seguido, explica lo que significa. La comprensión ante todo. Por eso, no resulta insistente en las formas neológicas y alterna su uso con *perífrasis léxicas* que le permiten explicar lo que quiere reseñar. Asimismo, nuestro escritor oscila entre un auténtico patriotismo y un gusto por lo cosmopolita, por las expresiones de otros países, de otras lenguas. Por esta razón “... *nu ne apare ca un boier cosmopolit care își disprețuiește limba maternă considerînd-o incapabilă de cugetări înalte, ci -dimpotrivă- îndrăgește limba romînă pe care o socotește potrivită pentru comunicarea impresiilor de călătorie;...*”, según A. Nicolescu (1958, 8).

...Y DE SÍ MISMO

Fruto de esta constante y siempre presente contradicción, el escritor lucha por escapar de esas dualidades que le atormentan, que le remuerden incesantemente su interior. El motivo del libro se nos antoja que no es otro más que el de acallar su conciencia. Ciertamente Golescu manifiesta interés por la situación del campesino rumano, por ejemplo; acusándose a sí mismo, incluso, pide perdón por las tropelías que los dignatarios, -los altos cargos de la administración entre los que él se encuentra- han cometido con sus inferiores. No le negamos la sinceridad de estas palabras, pero es preciso tomarlas en su justa medida. No es más que un artificio *estilístico* para poder llevar a cabo dicho *ataque verbal*. Con su

propia acusación Golescu ve una magnífica -y única- ocasión para que unos de sus posibles lectores -los boyardos- sean más receptivos ante este tipo de crítica y renuncien más fácilmente a semejante tipo de abusos.

Ahora bien, ¿quién es el verdadero lector de *Însemnare a călătoriei mele*? Por una parte se dirige al grupo social de los boyardos, así como a políticos y gobernantes. Pero, por otra parte, parece estar escribiendo para que un campesino -alfabetizado, eso sí- tenga acceso a una serie de conocimientos culturales, a una serie de virtudes, a una serie de realidades... Otra más de sus continuas dualidades.

Todo lo expuesto en estas páginas nos lleva a considerar que no hay distintos lectores. En última instancia, el lector es un *lector múltiple*, un *lector-receptor colectivo*, pero todos ellos no son más que los diferentes desdoblamientos de la personalidad de Dinicu Golescu. El lector es un lector virtual, no real. No hay un discurso posible dirigido a un solo grupo social, a un único lector. El discurso que él nos ofrece no es un *discurso monoaural*, sino que nos llega por múltiples canales. En *Însemnare a călătoriei mele* hallaremos un espacio para el escritor, un espacio para el lector, un espacio para el espacio -las ciudades, los campos...- y un espacio para el tiempo: el del presente que confía en un futuro mejor. Pero no creemos contradecirnos si somos capaces de vislumbrar en el libro un *no-espacio (non-lieu)*, un *no-tiempo*, un *no-estilo*, incluso un *no-yo...* en tanto en cuanto lo que caracteriza al relato adquiere verdadera carta de naturaleza a través de un ejercicio de litote literaria: lo que es se define, precisamente, por lo que no es. He aquí la modernidad de nuestro viajero. Y es aquí donde él mismo se aprisiona, donde él mismo se debate entre uno y otro. Por ende, todo tipo de discurso no revierte más que en él; se sabe prisionero de sus propias palabras. Aquí empieza su romanticismo; aquí se inicia su lucha por la libertad; aquí reside su modernidad.

El mérito es doble, pues Dinicu Golescu escribe desde la soledad, esto es, desde un profundo vacío literario anterior, pues los principados rumanos carecen de una tradición literaria que sirva de modelo a la hora de redactar su libro de viajes. Se encuentra solo. Y ahí queda su obra por siempre jamás. A nosotros -lectores, estudiosos, críticos, curiosos...- nos corresponde la ardua pero agradable tarea de enlazar el texto golesquiano con la tradición europea occidental. Su triunfo reside en que, casi inconscientemente, Golescu ha sabido crear un modelo a seguir, extraído de su particular bagaje literario-cultural. Una vez más la tradición continúa.

BIBLIOGRAFÍA

I) EDICIÓN DE TEXTOS

I. 1) DINICU GOLESCU:

- (1955): *Însemnare a călătoriei mele*, București, Editura Tineretului, Biblioteca Școlarului. (Edición a cargo de Savin Bratu).
- (1971): *Însemnare a călătorii mele*, București, Editura Eminescu. (Edición a cargo de Marin Bucur).
- (1990): *Însemnare a călătoriei mele en Scrieri*, București, Editura Minerva, pp. 1-116. (Edición a cargo de Mircea Anghelescu).
- (1990): *Adunare de pilde en Scrieri*, București, Editura Minerva, pp. 117-325. (Edición a cargo de Mircea Anghelescu).

- (1998): *Însemnare a călătoriei mele*, București, Editura 100+1 GRAMAR. (Edición a cargo de Gh. Pienescu). (Estudio, cuadro cronológico y referencias críticas de Elisabeta Lăsconi).

I. 2) LITERATURA DE VIAJES RUMANA:

- ALECSANDRI, Vasile:

- (1974): *Memoranda*, en *Opere, IV (Proză)*, București, Minerva, pp. 605-623.

- (1987): "O primblare la munți" en *Dridri*, București, Minerva, pp. 71-97.

- (1995): *Balta albă. Proze*, volum îngrijit și prezentat de Z. Ornea, București, Ed. Fundației Culturale Române.

- ASACHI, Gheorghe:

- (1981a): *Fragment din memoriile călătoriei unui român din 1808* en *Opere II (Nuvele istorice și Varia)*, București, Minerva, pp. 435-442.

- (1981b): *Estract din jurnalul unui călătoriu moldovean*, en *Opere II*, București, Minerva, pp. 333-375.

- (1981c): *Dunărea*, en *Opere II*, București, Minerva, pp. 404-420.

- BOLINTINEANU, Dimitrie (1982[?]): *Călătorii în Asia Mică* en *Drumuri și zări*, București, Editura Sport-Turism, pp. 70-73.

- CODRU DRĂGUȘANU, Ion:

- (1978): *Peregrinulu transelvanu sau epistole scrise den tiere straine unui amicu in patrie, de la anulu 1835 pana inchisive 1848* en *Crestomație românească (Texte de limbă literară)*, București,

Editura Didactică și Pedagogică, coord. por Florica Dimitrescu, pp. 92-95.

- (1982[?]): *Peregrinul transilvan en Drumuri și zări*, București, Ed. Sport-Turism, pp. 86-95.

- FILIMON, Nicolae (1982[?]): *Escursiuni în Germania meridională*, en *Drumuri și zări*, București, Ed. Sport-Turism, pp. 75-84.

- HOGAȘ, Calistrat (1984): *Pe drumuri de munte en Opere (I)*, București, Ed. Minerva. Edición de Daciana Vlădoiu; estudio introductivo y comentarios de Alexandru Săndulescu.

- IORGA, Nicolae (1936): *Cum să călătorim*, en *Sfaturi pe întunerec*, I, București, Fundația pentru Literatură și Artă “Regele Carol II”, pp. 329-334.

- KOGĂLNICEANU, Mihail:

- (1913): *Scrisori (1834-1849)*, București, Editura Minerva.

- (1967a): *Notes sur l’Espagne en Note de călătorie*, București, Editura pentru Literatură, pp. 205-251, îngr. și publ. Dan Simonescu.

- (1967b): *Scrisori*, București, Editura pentru Literatura Universală, Îngrijite și publicate de Augustin Z. N. Pop.

- (1982[?]): *Notes sur l’Espagne en Drumuri și zări*, București, Editura Sport-Turism, pp. 47-55.

- NEGRUZZI, Costache (1977): *Păcatele tinerețelor*, București, Minerva.

- ODOBESCU, Alexandru (1967): *Cîteva ore la Snagov en Opere*, II, (*Scrieri din anii 1861-1870*), București, Editura Academiei, pp. 191-236.

- PETRESCU, Camil (1933): *Rapid-Constantinopol-Bioram*, București, Cartea Românească.

- RALEA, Mihai (1980): *Note de călătorie*, București, Ed. Sport-Turism. Antologie, prefață și tabel de Florin Mihăilescu.

- RUSSO, Alecu :

- (1967a): *Piatra-Teiului*, București, Editura pentru Literatură. Edición y prólogo de Geo Șerban.

- (1967b): *Iași și locuitorii lui în 1840 en Piatra-Teiului*, București, Editura pentru Literatură, pp. 281-316. Edición y prólogo de Geo Șerban.

- SADOVEANU, Mihail (1991): *Oameni și locuri*, en *Opere, VI*, București, Ed. Minerva. Ed. crítica de Cornel Simionescu; notas y comentarios de Cornel Simionescu y Fănuș Băileșteanu, pp. 167-281.

I. 3) OTROS LIBROS DE VIAJES:

- ANDERSEN, Hans Christian (1988): *Viaje por España*, Madrid, Alianza Editorial. (Edición a cargo de María Rey).

- BLANCO WHITE, José María (1977): *Cartas de España*, Madrid, Alianza.

- BOUGAINVILLE, Louis Antoine de (1982): *Voyage autour du monde*, Paris, Gallimard Folio.

- CHASSEBOEUF, Constantin François; Conde de Volney (1823): *Voyage en Egypte et en Syrie, suivis de considérations sur la guerre des Russes et des Turks, publiées en 1788 et 1789, par C-F Volney*, 6^a edición, Tomo I, Paris, Bossange Frères.

- CUBERO SEBASTIÁN, Pedro (1993): *Peregrinación del mundo*, Madrid, Miraguano Ediciones/ Ediciones Polifemo.

- D' AMAT I DE CORTADA, Rafael, (Baró de Maldà) (1991): *Exili de Barcelona i viatge a Vic (1808)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Edició, introducció i notes a cura de Vicenç Pascual i Rodríguez i Carme Rúbio i Larramona.

- DAVILLIER, Charles:
 - (1874): *L'Espagne*, Illustré de 309 gravures dessinées sur bois par Gustave Doré, Paris, Librairie Hachette et Cie.

 - (1980): *Voyage en Espagne*, Paris, Hachette-Stock. (Ilustraciones a cargo de Gustave Doré).

- DE SECONDAT, Charles-Louis, (Barón de Montesquieu) (1965): *Lettres Persanes*, Genève, Librairie Droz. Edición crítica y notas de Antoine Adam.

- FARINELLI, Arturo (1942): *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*, Tomo I, Roma, Reale Accademia d'Italia.

- FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro (1988): *Viaje de Italia*. Barcelona, Laertes. Prólogo de José Doval.

- GAUTIER, Théophile (1881): *Voyage en Espagne -Tras los Montes-*, Paris, G. Charpentier & Cie. Éditeurs.

- GIL Y CARRASCO, Enrique (1999): *Artículos de viajes y de costumbres*, Madrid, Miraguano Ediciones/Ediciones Polifemo. Edición de Ramón Alba.

- LATOUR, Antoine de (1855): *Études sur l'Espagne: Seville et l'Andalousie*, Paris, Michel Lévy Frères, Librairies-Éditeurs.

- LLAMAZARES, Julio:
 - (1998a): *Los viajeros de Madrid*, Madrid, Ollero&Ramos.
 - (1998b): *Trás-os-Montes*, Madrid, Alfaguara.

- PONZ, Antonio (1972): *Viage de España*, Madrid, Ed. Atlas, Tomo I, Toledo y Aranjuez.

- RENÉ, François, Vizconde de Chateaubriand, (1969): *Itinéraire de Paris à Jérusalem en Oeuvres romanesques et voyages*, tomo 2, Paris, Gallimard.

- SALVÀ, Maria-Antònia (1998): *Viatge a Orient*, Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Col.lecció Biblioteca Marian Aguiló, 25. 1998. (Edición a cargo de Lluïsa Julià).

- STERNE, Laurence:
 - (1948): *Viaje sentimental*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina. (Traducción del inglés de Alfonso Reyes).
 - (1968): *A sentimental journey through France and Italy by Mr. Yorick*, to which are added *The journal to Eliza* and *A political romance*, London, Oxford University Press, pp. 1-125.

- TAFUR, Pero (1982): *Andanças e viajes de un hidalgo español (1436-1439)*, Barcelona, El Albir, Presentación, edición, ilustraciones y notas de Marcos Jiménez del Espada, Presentación bibliográfica de López Estrada (pp.V-X), Estudio y descripción de Roma por José Vives Gatell (pp. 1-93).

- TESTE, Louis (1872): *L'Espagne contemporaine. Journal d'un voyageur*, Paris, Librairie Germer-Baillière.

- TÖPFFER, Rodolphe (1920[?]): *Le lac de Gers*, Madrid, Sucesores de Hernando. (Edición bilingüe, traducción de María A. Martínez y O. de Urbina).

I. 4) OTROS TEXTOS:

- ARGULLOL, Rafael (1998): *Transeuropa*, Madrid, Alfaguara.

- AROUET, François-Marie, Conde de Voltaire (1991): *Candide ou l'optimisme*, Paris, Hachette.

- BOSCH, Alfred (1998): *L'atles furtiu*, Barcelona, Columna Edicions.

- CHASSEBOEUF, Constantin François; Conde de Volney (1792): *Les ruines ou méditation sur les révolutions des empires*, Paris, Desenne-Volland-Plassan.

- MORO, Tomás (1999): *Utopía*, Madrid, Espasa-Calpe.

- NECULCE, Ion (1942): *Letopisețul Moldovei de la Dabija Vodă pînă la Ioan Vodă Mavrocordat împreună cu O seamă de cuvinte ce sînt auzite din om în om, de oameni vechi și bătrîni și în letopisețe nu sînt scrise*, Craiova, Scrisul Românesc, Colección *Clasicii români comentăți*, 2 volúmenes. (Republicación de Alexandru Procopovici).

- PESTALOZZI, Johann Heinrich (1988): *Cartas sobre educación infantil*, Madrid, Tecnos. Estudio preliminar y traducción de José María Quintana Cabanas.

- ROUSSEAU, Jean-Jacques:
 - (1966): *Émile ou De l'éducation*, Paris, Ed. Garnier-Flammarion.
 - (1971): *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, Paris, Garnier-Flammarion.
- SARTRE, Jean Paul (1938): *La nausée*, Paris, Gallimard.
- VILA-MATAS, Enrique (1992): *El viajero más lento*, Barcelona, Anagrama.

II) ESTUDIOS ESPECÍFICOS SOBRE DINICU GOLESCU

- ANGHELESCU, Mircea:
 - (1990): Estudio introductivo a *Însemnare a călătoriei mele en Scrieri*, București, Editura Minerva, pp. V-LXIX.
 - (1991): "Utopia as a journey: Dinicu Golescu's case" en *Synthesis. Hommage à Alexandre Ciorănescu*, București, Editura Academiei Române, XVIII, pp. 25-31.
- ANTOHI, Iosif (1978): "Dinicu Golescu-Johann Heinrich Pestalozzi. Idei pedagogice-realizări", en *Studii și comunicări de istorie și etnografie*, Complexul muzeal Golești, vol. II, pp. 107-110.
- BENGESCU, Gheorghe (1922): *Les Golesco*, Paris, Ed. Plon.

- BERINDEI, Dan (1986): “Călătoriile lui Dinicu Golescu în Europa de centru și de apus”, en *Cultura națională română modernă*, București, Editura Academiei, pp. 419-431.

- BRATU, Savin (1955): *Introducción a Însemnare a călătoriei mele*, București, Editura Tineretului, pp. 5-13.

- BUCUR, Marin (1971): “Nevoia de comparație și perspectivă europeană”, introducción a *Însemnare a călătoriei mele*, București, Editura Eminescu, pp. 5-11.

- BUDIȘ, Monica (1978): “Elemente folclorice și etnografice în opera Goleștilor”, en *Studii și comunicări de istorie și etnografie*, Vol. II, Complexul muzeal Golești, pp. 473-484.

- CONSTANTINESCU, Olga (1965): “Concepția social-economică a lui Dinicu Golescu” en *Probleme economice*, XVIII, n° 6, pp. 89-98.

- GASTER, Moses (1885): “Din scrierile lui Constandin Golescu”, en *Revista literară*, VI, n° 22, pp. 478-481.

- HANEȘ, Petre V. (1920): *Un călător englez despre români. O scriere englezească despre Principatele Române tradusă în românește de Constantin Golescu*, București, Editura Librăriei Alcaÿ & Co.

- IORDACHE, Anastasie:
 - (1979): *Goleștii. Locul și rolul lor în Istoria României*, București, Ed. Științifică și Enciclopedică.

 - (1982): *Pe urmele Goleștilor*, București, Editura Sport-Turism.

- IORGA, Nicolae (1925): *Goleștii și alți elevi ai lui Töpffer în Geneva*, București, Cultura națională.

- IORGULESCU, Mircea (1977): *Postfață (Constantin (Dinicu) Golescu sau firescul ca excepție)* en *Însemnare a călătoriei mele*, București, Minerva, pp. 225-250.

- ISOPESCU, Claudio (1932): “Il viaggiatore D. Golescu in Italia” estratto dalla rivista *L'Europa Orientale*, Roma, Istituto per l'Europa Orientale, nr. 5-8.

- JUCU-ATANASIU, Lucia:

- (1977): “Dinicu Golescu, exponent al epocii premoderne și precursor al generației pașoptiste (I)”, Timișoara, *Analele Universității din Timișoara*, pp. 1-17.

- (1978): “Dinicu Golescu, exponent al epocii premoderne și precursor al generației pașoptiste (II)”, Timișoara, *Analele Universității din Timișoara*, pp. 3-13.

- LĂSCONI, Elisabetă (1998): Estudio introductivo, cuadro cronológico y referencias críticas de *Însemnare a călătoriei mele*, București, Editura 100 + 1 GRAMAR, pp. 199-216.

- MAXIM, Elena (1978): “Elemente etnografice în lucrarea “*Însemnare a călătoriei mele*” de Dinicu Golescu”, en *Studii și comunicări de istorie și etnografie*, Complexul muzeal Golești, Vol. II, pp. 485-494.

- NICOLESCU, Aurel (1958): “Observații asupra neologismelor din “*Însemnare a călătoriei mele*” a lui Dinicu Golescu”, en *Contribuții la istoria limbii române literare în sec. al XIX-lea*, vol. II, București, pp. 5-53.

- NOVAC, Vasile:

- (1978): “Dinicu Golescu și educația fetelor”, en *Studii și comunicări de istorie și etnografie*, Complexul muzeal Golești, vol. II, pp. 111-115.

- (1983): “Țărănimea în gândirea lui Constantin (Dinicu) Golescu”, en *Ialomița. Materiale pentru istoria agriculturii în România*, pp. 449-455.

- OLTEAN-CIUCLANI, Ion (1978): “Receptivitatea la artă a lui Dinicu Golescu” en *Revista muzeelor și monumentelor istorice*, Seria Muzeu, XV, n° 7, pp. 30-31.

- PERPESSICIUS [Dimitrie S. Panaitescu] (1970): “Apropo de Golescu” en *Memorial de ziariștică*, București, Minerva, pp. 22-24.

- PIENESCU, Gheorghe (1998): Edición y notas a *Însemnare a călătoriei mele* de Dinicu Golescu, București, Editura 100+1 Gramar.

- PIRU, Alexandru (1964): “Goleștii” en *Literatura română premodernă*, București, Editura pentru Literatură.
- POPP, Gheorghe (1968): *Dinicu Golescu*, București, Editura Tineretului.

- RUSU, Mircea N.:
 - (1977a): “Dinicu Golescu”, en *România literară*, X, n° 6, București, pp. 4-5.

 - (1977b): “O tipăritură necunoscută a lui Dinicu Golescu” en *Amfiteatru*, XII, n° 2, p. 414.

- TOCILESCU, Grigore (1875): *Românul*, XIX, 18 iulie, București.

- ZACIU, Mircea (1972): “Dinicu Golescu” en *Colaje*, Cluj, Ed. Dacia, pp. 11-16.

III) LITERATURA DE VIAJES. TEORÍA DE LOS GÉNEROS LITERARIOS Y CRÍTICA LITERARIA

III. 1) RUMANAS:

- BĂLU, Ion (1969): “Dimitrie Bolintineanu, călător”, en *Viața românească*, XXII, n° 4, București, Uniunea Scriitorilor, pp. 51-57.

- BODEA, Cornelia (1971): “Cu Iancu Alecsandri în Anglia și Scoția la 1850” [*Scrisori, 1850*], en *Studii. Revistă de istorie*, XXIV, 2, București.

- BOGDAN-DUICĂ, Gheorghe (1906): *Istoriografie literară*, en *Convorbiri literare*, XL, números 6-8, București, pp. 778-795.

- BUCUR, Marin (1973): Prólogo a *Scrisori către Vasile Alecsandri*, de Ion Ghica, București, Albatros, pp. V-XXI.

- CAZACU, Boris (1960): *Studii de limba literară. Probleme actuale ale cercetării ei*, București, E.S.P.L.A.

- CAZIMIR, Ștefan [coord.] (1982[?]): *Introducción a Drumuri și zări: Antologie a prozei românești de călătorie*, București, Ed. Sport-Turism, pp. 5-21.

- FAÇON, Nina:
 - (1970): “Locul Italiei în formarea romantismului românesc” en *Romantismul românesc și romantismul european*, București, Societatea de Științe Filologice, pp. 117-126.

 - (1973): “Un călător iluminist în Italia” en *Analele Universității București. Literatura Universală și comparată*, Anul XXII, Nr. 1, București, pp. 27-39.

- FAIFER, Florin (1993): *Semnele lui Hermes*, București, Editura Minerva.

- IORGA, Nicolae (1928): *Une vingtaine de voyageurs dans l’Orient européen*, Paris, Librairie J. Gamber.

- MARINO, Adrian (1974): *¡Olé! España*, București, Eminescu.

- POPA, Mircea (1980): “Relația de călătorii în Transilvania între 1838-1918 sau unde călătorește în străinătate scriitorul român” en *Tectonica genurilor literare*, București, Cartea românească, pp. 260-275.

- ZACIU, Mircea (1973a): “Sensurile călătoriei literare” en *Ordinea și aventura*, Cluj, Dacia, pp. 140-158.

III. 2) NO RUMANAS:

- ADAM, Antoine (1965): Introducción a *Lettres Persanes* de Montesquieu, Genève, Librairie Droz, pp. VII-XXVIII.
- ADAMS, Percy G. (1988): *Travel literature through the ages. An anthology*, New York & London, Garland publishing.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro (1995): “Sobre viajes y relatos de viajes en el siglo XVIII español” en *Literatura de viajes*, Revista *Compás de letras*, nº 7 (Diciembre), Madrid, Universidad Complutense, pp. 97-122.
- ANTOINE, Philippe (1997): *Les récits de voyage de Chateaubriand. Contribution à l'étude d'un genre*, Paris, Honoré Champion.
- BAQUERO GOYANES, Mariano (1995): *Estructuras de la novela actual*, Madrid, Castalia.
- BARTHES, Roland:
 - (1972): *Le Degré zéro de l'écriture, suivi de Nouveaux Essais critiques*, Paris, Éditions du Seuil.
 - (1982): *La antigua retórica. Ayudamemoria*, Barcelona, Ediciones Buenos Aires. (Traducción de Beatriz Dorriots).
- BELTRÁN, Rafael (1991): “Los libros de viajes medievales castellanos” en *Revista de Filología Románica*, Anejo I (*Los libros de viajes en el mundo románico*), Madrid, Universidad Complutense, pp. 121-164.
- BERCHET, Jean-Claude (1985): Introducción a *Le voyage en Orient. Anthologie des voyageurs français dans le Levant au XIXe siècle*, Paris, Robert Laffont, pp. 3-20.

- BUTOR, Michel:

- (1964): *Essais sur le roman*, Paris, Idées/Gallimard.

- (1972): “Le voyage et l’écriture” en *Romantisme*, 4, Paris, Éditions du Seuil, pp. 4-19.

- CANTERA ORTIZ DE URBINA, Jesús:

- (1993): <<Del *voyage en Espagne* de Teófilo Gautier al *De Paris à Cadix* de Alejandro Dumas>> en *Revista de Filología Francesa*, 3, Madrid, Universidad Complutense, pp. 75-85.

- (1998): Introducción al *Viaje a España* de Théophile Gautier, Madrid, Cátedra, pp. 7 - 61.

- CARRIZO RUEDA, Sofía (1997): *Poética del relato de viajes*, Kassel, Edition Reichenberger.

- CHUPEAU, Jacques (1977): “Les récits de voyage aux lisières du roman” en *Revue d’histoire littéraire de la France*, Paris, Librairie Armand Collin, pp. 536-553.

- DE CÓZAR, Rafael (1998): Introducción a *Sirenas, monstruos y leyendas. Bestiario marítimo*, Segovia, Sociedad Estatal Lisboa ’98, pp. 9-19.

- DE HESSE, Landgrave (1736): *Voiage historique et politique de Suisse, d’Italie et d’Allemagne*, Francfort, Chez François Varrentrapp, Vol I.

- DEISSER, André (1993): “Mythification, imitation et plagiat chez les voyageurs” en *Gérard de Nerval et l’Orient*, Actes du Colloque International <<Le Voyage dans l’espace méditerranéen au XVIIIe et

XIXe siècle>>, Collection Littérature des Voyages, Paris, Klincksieck, pp. 123-129.

- DELGADO YOLDI, Miguel (1999): Introducción a *Viaje por España en 1773*, de Richard Twiss, Madrid, Cátedra, pp. 9-46.

- DIEGO, Elena (1985): Introducción a *Cándido* de Voltaire, Madrid, Cátedra, pp. 11-56.

- DÍEZ BORQUE, José María (1995): “Viajeros extranjeros por la España del siglo XVII” en *Literatura de viajes*, Revista *Compás de Letras*, nº 7 (Diciembre), Madrid, Universidad Complutense, pp. 79-95.

- DOIRON, Normand (1988): “L’art de voyager. Pour une définition du récit de voyage à l’époque classique”, en *Poétique*, nº 73, Paris, Éditions du Seuil, pp. 83-108.

- DORRA, Raúl (1984): “La actividad descriptiva de la narración” en *Teoría semiótica. Lenguajes y textos hispánicos*, Actas del Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo celebrado en Madrid del 20 al 25 de Junio de 1983, vol I, Madrid, CSIC.

- DOVAL, José (1988): Prólogo al *Viaje de Italia* de Leandro Fernández de Moratín, Madrid, Laertes, pp. 7-12.

- FICK, Barbara W. (1976): *Los libros de viajes en la España medieval*, Santiago de Chile, Editorial universitaria.

- FOWLER, Alastair (1982): *Kinds of literature: an introduction to the theory of genres and modes*, Cambridge, Harvard University Press.

- GARCÍA BERRIO, Antonio (1994): *Teoría de la literatura (La construcción del significado poético)*, Madrid, Cátedra, 2ª edición revisada y ampliada.

- GARCÍA GUAL, Carlos (1999): “Viajes novelescos y novelas de viajes a fines del siglo XVIII”, en *Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*, Madrid, Castalia- The Ohio State University, pp. 95-103.
- GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, Carlos:
 - (1992): *La literatura de viajes en el siglo XIX*, Madrid. Tesis doctoral leída en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid el 4 de Marzo de 1993.
 - (2001): Introducción a *Viajeros portugueses por España en el siglo XIX*, Madrid, Miraguano, pp. 9-56.
- GAROLERA, Narcís (1998): *L'escriptura itinerant*, Lleida, Pagès editors.
- GARRIDO, Gustavo Adolfo (1994): Introducción a *Aventureiros e curiosos, Relatos de viaxeiros estranxeiros por Galicia (Séculos XV-XX)*, Vigo, Galaxia, pp. 11-26.
- GENETTE, Gérard:
 - (1982): *Palimpsestes. La littérature au second degré*, Paris, Éditions du Seuil.
 - (1983): *Nouveau discours du récit*, Collection Poétique, Paris, Seuil.
- GOMES DA SILVA, José Carlos (1981[?]): *Antropologia e literatura de viagens*, Lisboa, Ministério da Educação. Instituto de Investigação Científica Tropical.
- GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar (1974): *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza.

- HEIDEGGER, Martin (1971): *Arte y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica. Traducción y prólogo de Samuel Ramos.

- JACOB, Margaret C. (1999): “Maçonnerie” en *Le monde des Lumières*, Paris, Librairie Arthème Fayard, pp. 267-276.

- JAUSS, Hans-Robert (1970): <<*Littérature médiévale et théorie des genres*>>, *Poétique*, I, Paris, Service de Publications de Paris Sorbonne, pp. 79-101.

- KAPPLER, Claude (1980): *Monstres, démons et merveilles à la fin du Moyen Age*, Paris, Payot.

- KOTTLER, Jeffrey A. (1998): *Viajar como experiencia transformadora*, Barcelona, Paidós.

- LAFUENTE, Modesto (1842): *Viages de Fr[ay] Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*, vol. I, Madrid, Mellado.

- LARTHOMAS, Pierre (1964): “La notion de genre littéraire en stylistique” en *Le français moderne*, nº 3, Julio, pp. 185-193.

- LE HUENEN, Roland:
 - (1987): “Le récit de voyage: l’entrée en littérature” en *Études littéraires*, vol. 20, nº 1, Printemps-Été.
 - (1990): “Qu’est-ce qu’un récit de voyage?” en *Littérales*, nº 7, Paris X Nanterre, pp. 11-25.

- LÓPEZ ALONSO, Covadonga (1995): <<Viaje y representación espacial>> en *Literatura de viajes*, Revista *Compás de Letras*, número 7 (Diciembre), Madrid, Universidad Complutense, pp. 33-45.

- LÓPEZ ESTRADA, Francisco (1980): Prólogo al *Libro del conocimiento de todos los reinos*, Barcelona, El Albir, Ed. Marcos Jiménez del Espada, pp. 1-3.

- MAÇZAK, Antoni (1992): *Viaggi e viaggiatori nell'Europa moderna*, Roma-Bari, Editori Laterza.

- MAÍCAS, Raúl Carlos (1992): <<El viajero inmóvil>> y <<El alma de la ciudad>> en *Turia*, Revista Cultural, número 19, Marzo, Zaragoza, Instituto de Estudio Turolenses, pp. 156-157.

- MAJADA NEILA, Jesús (1996): Introducción a *Viajeros extranjeros por España. Siglo XIX*, Madrid, C.E.G.A.L., pp. 7-12.

- MALDONADO, Felipe:

- (1954): Prólogo al *Viaje por Andalucía* de Antoine de Latour, Valencia, Castalia, pp. 9-14.

- (1959): Prólogo al *Viaje por España* de Louis Teste, Valencia, Castalia, pp. 9-12.

- MARÍ, Antoni (1998): Introducción a *L'escriptura itinerant* de Narcís Garolera, Lleida, Pagès editors, pp. 7-10.

- MARTÍNEZ BONATI, Félix (1972): *La estructura de la obra literaria*, Barcelona, Seix Barral (2ª edición revisada).

- MAY, Georges (1982): *La autobiografía*, México, Fondo de Cultura Económico. Traducción española de Danubio Torres Fierro.

- MEDAM, Alain (1982): *L'esprit au long cours (Pour une sociologie du voyage)*, Paris, Méridiens/Anthropos.

- OLSCHKI, Leo S. (1937): *Storia letteraria delle scoperte geografiche*, Firenze, Studi e ricerche.

- OPITZ, Alfred (1997): *Reiseschreiber (Variationen einer literarischen Figur der Moderne vom 18.-20. Jahrhundert)*, Trier, Wissenschaftlicher Verlag.

- PALER, Octavian (1980): "Probabil orice țară e cunoscută mai întâi prin prejudecăți" en *Caminante*, București, Editura Eminescu.

- PASCUAL I RODRÍGUEZ, Vicenç y RÚBIO I LARRAMONA, Carme (1991): Introducción al *Exili de Barcelona i viatge a Vic* del Baró de Maldà, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, pp. 7- 67.

- PENSADO, José Luis (1995): "Los estudios gallegos de Sarmiento: su estructura", Cuadernos de Estudios Gallegos (1945-1982), Tomo XXVII (81-82-83), pp. 161-174 en *Estudios adicados a Fr. Martín Sarmiento*, Santiago de Compostela, CSIC, Instituto de Estudios Gallegos "Padre Sarmiento".

- PÉREZ GÁLLEGO, Cándido (1995): <<Diálogo en las novelas de viajes>> en *Literatura de viajes*, Revista *Compás de Letras*, número 7 (Diciembre), Madrid, Universidad Complutense, pp. 47- 61.

- PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel (1984): "Estudio literario de los libros de viajes medievales" en *EPOS, I*, Madrid, UNED, pp. 217-239.

- PHILLIPS, Richard (1997): *Mapping Men & Empire. A geography of adventure*, London and New York, Routledge.

- PIMENTEL, Juan (2001): “El día que el Rey de Siam oyó hablar del hielo: viajeros, poetas y ladrones”. Parte integrante de una futura publicación de investigación monográfica titulada *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la cultura de la Ilustración*. Madrid, CSIC. La paginación corresponde al texto original, muy amablemente cedido por el autor.

- PODESTÀ, Giuditta (1963): *I viaggiatori stranieri e l'Italia*, Milano, Gastaldi Editore.

- POPEANGÀ, Eugenia (1991): “Lectura e investigación de los libros de viajes medievales” en *Revista de Filología Románica*, Anejo I (*Los libros de viajes en el mundo románico*), Madrid, Universidad Complutense, pp. 9-26.

- PUJOL, Carlos (1989): Introducción a *Cartas Persas* de Montesquieu, Barcelona, Planeta, pp. XIII-XXIII. Traducción de José Marchena.

- QUINTANA CUEVAS, José María (1988): Estudio preliminar a *Cartas sobre educación infantil* de Johann Heinrich Pestalozzi, Madrid, Tecnos, pp. I – XXIII.

- RAIBLE, Wolfgang (1988): “¿Qué son los géneros?” en *Teoría de los géneros literarios*, Madrid, Arco/Libros (pp. 303 - 339). Compilación de textos y bibliografía a cargo de Miguel Ángel Garrido Gallardo. Traducción de Kurt Spang.

- REGALES SERNA, Antonio (1983): “Para una crítica de la categoría literatura de viajes” en *Castilla*, 5, Valladolid, Departamento de Literatura Española de la Universidad de Valladolid, pp. 63-85.

- REYES, Alfonso (1948): Introducción a *Viaje sentimental* de Laurence Sterne, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, pp. 9-11.

- RIBERA LLOPIS, Juan Miguel (1991): “Hacia una escritura del <<viaje>>: en torno a documentos catalanes de los siglos XIII-XV” en *Revista de Filología Románica*, Anejo I (*Los libros de viajes en el mundo románico*), Madrid, Universidad Complutense, pp. 73-100.

- RICHARD, Jean:
 - (1981): *Les récits de voyages et de pèlerinages*, Brépols, Turnhout.

 - (1983): *Croisés, missionnaires et voyageurs*, London, Variorum Reprints.

- ROMERA, Irene (2000): Introducción a *España. Diario de viaje de un turista escritor*, de Edmondo de Amicis, Madrid, Cátedra, pp. 9-39.

- RUBIO TOVAR, Joaquín (1986): *Libros españoles de viajes medievales*, Madrid, Taurus.

- SAVY, Nicole (1997): *Victor Hugo voyageur de l'Europe, Essai sur les textes de voyage et leurs enjeux*, Bruxelles, Éditions Labor.

- SENABRE, Ricardo (1998): *Capítulos de historia de la lengua literaria*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

- SERRANO, María del Mar (1993): *Las guías urbanas y los libros de viaje en la España del siglo XIX*, Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona.

- SILVA, Lorenzo (2000): *Viajes escritos y escritos viajeros*, Madrid, Anaya.

- THÉRIEN, Gilles (1990): “La fin dans les récits de voyage” en *Littérales*, nº 7, Paris X Nanterre, pp. 103-120.

- TODOROV, Tzvetan (1978): *Les genres du discours*, Paris, Éditions du Seuil.

- TOTH, Imre (2000): “Achilles. The eleatic paradoxes in the phenomenology of spirit” en *Plural*, 3, “*The seductive discourse*”, Romanian Philosophical Literature, București, The Romanian Cultural Foundation, pp. 179-203.

- VEGA, Miguel Ángel:
 - (1998): Introducción a *Diario de viaje a España (1799-1800)* de Wilhelm von Humboldt, Madrid, Cátedra, pp. 9-40.

 - (2000): Introducción a *Relación del viaje de España*, de Madame d’Aulnoy, Madrid, Cátedra, pp. 9-40.

- VILAR, Sergio (1985): *El viaje y la eutopía. Iniciación a la teoría y a la práctica anticipadoras*, Barcelona, Editorial Laia.
- VILLAR DÉGANO, Juan Francisco (1995): <<*Paraliteratura y libros de viaje*>> en *Literatura de viajes*, Revista *Compás de Letras*, número 7 (Diciembre), Madrid, Universidad Complutense, pp. 15-32.

- WANNER, Dieter (1999): “Excursión en torno al viaje” en *Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*, Madrid, Castalia-The Ohio State University, pp. 15-20.

- YARED, Nazik Saba (1996): *Arab travellers and Western civilization*, Beirut, Saqi Books.

- ZUROWSKI, Maciej (1992): Introducción a *Viaje a Turquía y Egipto* de Jean Potocki, Barcelona, Laertes, pp. 5-12.

IV) HISTORIA DE LA LENGUA, DE LA LITERATURA Y DE LA CULTURA. OBRAS GENERALES

IV. 1) DE ÁMBITO RUMANO:

- ALONSO PIÑEIRO, Armando (1990): *Páginas de historia de Rumanía*, Buenos Aires, Ediciones Historia.

- ANASTASIU-POPA, Alexandra (1982): “<<L’esprit sud-est européen>>, l’Orient et les relations entre littératures nationales” en *Revue des Études Sud-est européennes*, Tome XX, n° 2 (Avril-Juin), Mélanges offerts au X Congrès International de Littérature Comparée, București, Editura Academiei Republicii Socialiste România, pp. 247-256.

- ANGHELESCU, Mircea (1975): *Literatura română și Orientul (secolele XVII-XVIII)*, București, Minerva.

- ANTOHI, Sorin (1999): *Civitas imaginalis. Istorie și utopie în cultura română*, București, Polirom.

- CĂLINESCU, George (1968): *Istoria literaturii române. Compendiu*, București, Editura pentru Literatură.

- CAMARIANO-CIORAN, Ariadna (1971): *Academiile domnești din București și Iași*, București, Ed. Minerva.

- CARTOJAN, Nicolae (1980): *Istoria literaturii române vechi*, București, Editura Minerva.

- CAZACU, Boris y FISCHER, Ion (1956): “Neologismele în scrierile lui Anton Pann” en *Contribuții la istoria limbii române literare în secolul al XIX-lea*, București, Editura Academiei Republicii Populare Române, pp. 23-56.

- CIOCULESCU, Șerban (1973): *Itinerar critic*, București, Editura Eminescu.

- CIOCULESCU, Șerban; STREINU, Vladimir y VIANU, Tudor (1985): *Istoria literaturii române moderne*, București, Editura Eminescu.

- COLTESCU, Trajan (1942): *L'importance économique du Danube, Caractéristiques du Fleuve dans le Secteur roumain*, Paris, Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence.

- CONSTANTINESCU, Pompiliu (1969): *Scrieri*, III, ed. îngr. Constanța Constantinescu, pref. Victor Felea, București, Editura pentru Literatură.

- CONSTANTINESCU, Miron; DAICOVICIU, Constantin y PASCU, Ștefan:

- (1969): *Istoria României (Compendiu)*, București, Editura Didactică și Pedagogică.
- (1970): *Histoire de la Roumanie (des origines à nos jours)*, Paris, Éditions Horvath.

- CORNEA; Paul (1972): *Originile romantismului românesc*, București, Editura Minerva.

- CORNEA, Paul y PIRU, Elena (1969): *Documente și manuscrise literare*, vol. II, București, Editura Academiei Republicii Socialiste Române.

- DIMITRESCU, Florica [coord.] (1978): *Istoria limbii române*, București, Editura Didactică și Pedagogică.

- ELIADE, Pompiliu (1905): *Histoire de l'esprit public en Roumanie au dix-neuvième siècle, I*, Paris, Société Nouvelle de Librairie et d'Édition.

- GALDI, Ladislau (1939): *Les mots d'origine néo-grecque en roumain à l'époque des Phanariotes*, Budapest, Pazmany Peter.

- GHICA, D. Ion (1896): *La France et les Principautés danubiennes de 1789 à 1815*, Paris, Éditions du Seuil.

- GIURESCU, Constantin C. y GIURESCU, Dinu C. (1974): *Istoria românilor, I*, București, Editura Științifică.

- GRAUR, Alexandru:
 - (1956): "Limba poeziei populare este neliterară?" en *Gazeta Literară*, III, n° 35 (129), București, Editura Academiei, p. 5.
 - (1957): *Fondul principal al limbii române*, București, Editura Științifică.

- IORDAN, Iorgu:

- (1950): “Un dicționar de neologisme românești din anul 1862”, en *Studii și cercetări lingvistice*, I, fasc. I, București, Academia Republicii Socialiste România.

- (1997): *Limba literară*, Craiova, Scrisul românesc.

- IORDAN, Iorgu y ROBU, Vladimir (1978): *Limba română contemporană*, București, Editura Didactică și Pedagogică.

- IORGA, Nicolae:

- (1901): *Istoria literaturii române în secolul al XVIII-lea, vol. II*. București, Editura Didactică și Pedagogică.

- (1907): *Istoria literaturii românești în veacul al XIX-lea, vol. I*, București, Ed. Minerva.

- (1931): *A history of anglo-roumanian relations*, Bucharest, Societate Anglo-română.

- (1934a): *Oameni cari au fost*, București, Fundația pentru Literatură și Artă “Regele Carol II”, vol. I, pp. 401-404 (Dinicu Golescu).

- (1934b): *Un student în străinătate acum o jumătate de veac. Maramurășanul Artemie Anderco, Vălenii de Munte*, Ed. Datina Românească.

- (1969): *Istoria literaturii române în secolul al XVIII-lea (1688-1821)*, vol I: epoca lui Dimitrie Cantemir, epoca lui Chesarie de Râmnic; vol. II: epoca lui Petru Maior, București, Editura Didactică și Pedagogică, edición de Barbu Theodorescu.

- (1983): *Istoria literaturii românești în veacul al XIX-lea -de la 1821 înainte-. În legătura cu dezvoltarea culturală a neamului*. Vol. I, București, Minerva.

- ISOPESCU, Claude (1949): “Renseignements sur la littérature en Roumanie” en *Pagine nuove*, Anno III, Fasc. III-IV, Marzo-Aprilie, Roma Industria tipografica “Imperia”, pp. I-XXIV.

- LĂZĂRESCU, Dan A. (1997): *Românii în francmasoneria universală*, București, Centrul Național de Studii Francmasonice.

- LIPRANDI, Ivan P. (1962): *Răscoala din 1821*, vol. III, București. Editura Academiei.

- LUPI, Gino (1968): *La letteratura romena*, Milano, Sansoni/Accademia.

- MACREA, Dimitrie (1982): *Probleme ale structurii și evoluției limbii române*, București, Editura Științifică și Enciclopedică.

- MANOLESCU, Nicolae (1990): *Istoria critică a literaturii române*, București, Minerva.
- MARINO, Adrian (1977) “Lumières roumaines: idées sur le théâtre, la poésie et la littérature”, en *Cahiers roumains d'études littéraires*, Bucarest, Éditions Univers, n° 2, pp. 29-39.

- MIHĂESCU, N[icolae] (1976): *Dinamica limbii române literare*, București, Albatros.

- MUNTEANU, Basil (1942): *La littérature roumaine et l'Europe*, Bucarest, Atelierele S.A.R. Cartea Românească.

- MUNTEANU, Romul (1977): “Particularités des Lumières roumaines”, en *Cahiers d'études littéraires*, Bucarest, Éditions Univers, n° 2, pp. 4-17.

- NEGOIȚESCU, Ion (1991): *Istoria literaturii române*, București, Editura Minerva.

- NICOLESCO, G. C. (1967): *Vasile Alecsandri*, Paris, Éditions Meridiene.

- OȚETEA, Andrei:

- (1967) [coord.] : *Documente privind Istoria României*, București, Academia Republicii Socialiste România, Institutul de Istorie Nicolae Iorga, Colecția Eudoxiu de Harmuzaki (serie nouă), III, Solidaritatea Românilor din Transilvania cu mișcarea lui Tudor Vladimirescu.

- (1971): *Tudor Vladimirescu și revoluția din 1821*, București, Editura Academiei.

- POP, Vasile Grigore (1982): *Conspect asupra literaturii române și literatilor ei de la început și până astăzi în ordine cronologică*, București, Editura Eminescu.

- PARDO, Jesús (1988): *Conversaciones con Transilvania (Viaje a través de quince siglos)*, Madrid, Taurus.

- POPOVICI, Dan (1972): *Studii literare, Vol. I (Literatura română în epoca "luminilor")*, Cluj, Dacia. Edición a cargo de Ioana Em. Petrescu.

- PRAMPOLINI, Santiago (1956): *Historia universal de la Literatura*, Buenos Aires, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, Vol. XI.

- ROSETTI, Alexandru:

- (1955): Serie de artículos de *Gazeta literară, II*, București, Editura Academiei.

- (1968): *Istoria limbii române*, București, Editura pentru Literatură.

- SEISANU, Romulus (1987): *Rumanía*, Miami Beach (Florida), Romanian Historical Studies.

- SIMIONESCU, Ion (1937): *Oameni aleși*, Vol. II, *Românii*, București, Editura "Cartea Românească".

- SIMONESCU, Dan (1967): "Fuga lui Constantin și Dimitrie, fiii lui Alexandru Ipsilanti (16 Decembrie 1781)" en *Cronici și povestiri românești versificate (sec. XVII-XVIII)*, pp. 221-224, București, Ed. Academiei.

- SLĂVESCU, Victor (1943): *Însemnările de călătorie ale lui Nicolae Suțu, 1839-1847*, en *Analele Academiei Române*, Mem. sect. istorice, T. XXV, pp. 255-260.

- STEPHEN, Leslie y LEE, Sidney [ed.] (1917): *The Dictionary of national biography*, Oxford University Press, Volume XIX, STOW-TYTLER.
- STERE, Constantin (1921): *În literatură*, Iași, Ed. Viața românească.

- STRAJE, Mihai (1973): *Dicționar de pseudonime*, București, Minerva.

- TAGLIAVINI, Carlo (1973): *Orígenes de las lenguas neolatinas*, México, Fondo de Cultura Económica.

- TARANTINO, Angela y DASCĂLU JINGA, Laurenția (1996): *La lingua rumena. Morfologia ed esercizi*, București, Editura Fundației Culturale Române.

- TREPTOW, Kurt W. [ed.] (1996): *A history of Romania*, Iași, The Center for Romanian Studies.

- URSU, Nicolae A.:

- (1969): “O disertație necunoscută de la 1822 privitoare la limba română literară” en *Studii de limbă literară și filologie*, București, Editura Academiei, pp. 155-170.
- (1981): Prefacio a *Dunărea* de Gheorghe Asachi, en *Opere II (Nuvele istorice și Varia)*, București, Minerva.
- VIDOS, Benedek Elemér (1973): *Manual de lingüística románica*, Madrid, Aguilar.
- VINTILESCU, Virgil (1975): Prefacio a *Fabule și moralnice învățături* de Dimitrie Țichindeal, București, Ed. Faclă, pp. 1-30.
- VÎRTOSU, Emil (1968): *Paleografia româno-chirilică*, București, Editura Științifică.
- ZACIU, Mircea (1973b): “Marele patimi romantice” en *Ordinea și aventura*, Cluj, Dacia, pp. 232-241.
- IV. 2) DE ÁMBITO NO RUMANO:
- ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso (1989): “Prensa y opinión pública. La prensa como fuente histórica para el estudio de la masonería” en *Masonería, política y sociedad, I*, III Symposium de Metodología Aplicada a la Historia de la Masonería Española, Córdoba, 15-20 de Junio de 1987, Madrid, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, pp. 245-279.
- ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro (1996): *La masonería, escuela de formación del ciudadano, (La educación interna de los últimos masones españoles en el último tercio del siglo XIX)*, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas.
- ÁLVAREZ LOPERA, José María (1994): *De la Ilustración al Simbolismo*, Madrid, Planeta.

- AMICH, J. (1956): *Diccionario marítimo*, Barcelona, Editorial Juventud.

- BASSI, Elena (1943): *Canova*, Roma, Istituto Italiano di Arti grafiche.

- BATLLORI, Miguel (1994): *De la Edad Media a la Contemporánea*, Barcelona, Ariel.

- BÉNÉZIT, Emmanuel (1976): *Dictionnaire critique et documentaire des peintres, sculpteurs, dessinateurs et graveurs*, Tomo II (BETTO-CHILINGOVSKY), Paris, Librairie Gründ.

- BRUUN, Geoffrey (1964): *La Europa del siglo XIX (1815-1914)*, México, Fondo de Cultura Económica.

- CID DE SIRGADO, Isabel Mercedes (1973): *Afrancesados y neoclásicos*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- CONDOR ORDUÑA, María (2000): Introducción a *El manifiesto comunista* de K. Marx y F. Engels, Madrid, Alba, pp. 7-24.

- COOK, Chris y STEVENSON, John (1994): *Guía de historia contemporánea de Europa*, Madrid, Alianza Editorial. Traducción y adaptación de Juan Pan-Montojo.

- CÓRDOBA ZOILO, Joaquín María (1999): “La aventura de la Historia en Oriente” en *La aventura de la Historia*, Madrid, Arlanza, Año 1, nº 6.

- DAZA, Juan Carlos (1997): *Diccionario de la Francmasonería*, Madrid, Akal.

- DOWLE, Anthony y DE CLERMONT, André (1972): *Monnaies modernes de 1789 à nos jours*, Freiburg, Office du livre. Traducción francesa de Robert Lapassade y Pierre-Yves Lathouméthie.

- *Enciclopedia Universal Ilustrada* (1988): Madrid-Barcelona, Espasa-Calpe, Tomo LXII (TIRO-TOUM).

- ENRÍQUEZ DEL ÁRBOL, Eduardo (1989): “La Masonería española y la política ¿Objetivos comunes?” en *Masonería, política y sociedad, I*, III Symposium de Metodología Aplicada a la Historia de la Masonería Española, Córdoba, 15-20 de Junio de 1987, Madrid, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, pp. 3-23.

- EUSEBIO, Ludovico (1967): *Compendio di metrologia universale e vocabolario moderno*, Bologna, Forni Editore. Reimpresión de la edición de Turín de 1899.

- FAUCHER, Jean-André (1988): *Dictionnaire historique des francs-maçons*, Librairie Académique Perrin, Paris.

- FAÿ, Bernard (1963): *La francmasonería y la revolución intelectual del siglo XVIII*, Buenos Aires, Huemul. (Traducción castellana de José Luis Muñoz Azpiri).

- FERRER BENIMELI, José Antonio:
 - (1986): *La masonería española en el siglo XVIII*, Madrid, Siglo XXI Editores.

 - (1989) (Coord.): *Masonería, política y sociedad*, III Symposium de Metodología Aplicada a la Historia de la Masonería Española, Vol. I, Córdoba, 15-20 de Junio de 1987, Madrid [?], Centro de Estudios de la Masonería Española.

- FORD, Franklin L. (1973): *Europa desde 1780 hasta 1830*, Madrid, Aguilar. Traducción del inglés por Juan García-Puente.

- FUENTES, Juan Francisco (1997): “Utopie” en *Le monde des Lumières*, Paris, Fayard, pp. 149-154.

- GALINO CARRILLO, Ángeles (1997): “El espacio del Padre Sarmiento en la historia de la educación”, en *O Padre Sarmiento e o seu tempo*, Actas do Congreso Internacional do Tricentenario de Fr. Martín Sarmiento (1695-1995), Tomo II, Lingua, folclore e educación; Ciencias naturais e medicina, Consello da Cultura Galega, Universidade de Santiago de Compostela, pp. 221-235.

- GOYTISOLO, Juan (1988): “L’espagnol, une langue sur deux continents: Débat” en *Actes des quatrièmes assises de la traduction littéraire (Arles 1987)*, Arles, Actes Sud, pp. 43-63.

- HAZARD, Paul (1963): *La pensée européenne au XVIIIe siècle (de Montesquieu à Lessing)*, Paris, Librairie Arthème Fayard.

- HOBBSAWM, Eric John (1991): *La era de la revolución (1789-1748)*, Madrid, Labor Universitaria. Traducción de Felipe Ximénez de Sandoval.
- JAEGER, Werner (1957): *Paideia: los ideales de la cultura griega*, México, Fondo de Cultura Económica.

- LEÓN, Virginia (1989): *La Europa ilustrada*, Madrid, Istmo.

- LEPETIT, Bernard (1999): “Ville” en *Le monde des Lumières*, Paris, Librairie Arthème Fayard, pp. 359-366.

- *Magna. Enciclopedia Universal* (1998), Barcelona, Durvan-Carroggio, Tomo 10, (Color-Costa).

- MARTINELLI, Franco (1973): *Historia de Rusia (I). De sus legendarios orígenes a los grandes zares*, Barcelona, Editorial De Vecchi.

- MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando (1999): *Viena. Praga. Budapest. El imperio enterrado*, Madrid, Maeva Ediciones.

- MELLOR, Alec (1971): *Dictionnaire de la Franc-maçonnerie et des Francs-maçons*, Paris, Éditions Pierre Belfond.

- MOSSE, George L. (1997): *La cultura europea del siglo XIX*, Madrid, Ariel. Traducción de José Manuel Álvarez Flórez.

- MUMFORD, Lewis (1964): *La cité à travers l'histoire*, Paris, Éditions du Seuil.

- PAVANELLO, Giuseppe (1976): *L'opera completa del Canova*, Milano, Rizzoli Editore.

- PINI, Ivonne y S. IZZI, María (1979): *Los estados europeos en el siglo XIX*, Madrid, Ed. Cincel-Kapelusz, Cuadernos de estudio, nº 24, Serie Historia Universal.
- PORSET, Charles (1989): “La Masonería y la Revolución Francesa: del mito a la realidad” en *Masonería, política y sociedad*, III Symposium de Metodología Aplicada a la Historia de la Masonería Española, Vol. I, Córdoba, 15-20 de Junio de 1987, Madrid [?], Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, pp. 231-241. (Coordinado por J. A. Ferrer Benimeli).

- REINALTER, Helmut (1989): “Masonería y Democracia” en *Masonería, política y sociedad*, III Symposium de Metodología Aplicada a la Historia de la Masonería Española, Vol. I, Córdoba, 15-20 de Junio de 1987, Madrid [?], Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, pp. 55-72. (Coordinado por J. A Ferrer Benimeli).

- ROCHE, Daniel (1999): “Voyage” en *Le monde des Lumières*, Paris, Librairie Arthème Fayard, pp. 349-357.

- ROSENAU, Helen (1986): *La ciudad ideal*, Madrid, Alianza Forma. Versión española de Jesús Fernández Zulaica.

- RUDÉ, George (1991): *Europa desde las guerras napoleónicas a la revolución de 1848*, (2ª edición), Madrid, Cátedra. Traducción de Fernando de Rojas.

- SÁNCHEZ CANTÓN, Francisco Javier (1995): “Anticipaciones del P. Sarmiento en materia de enseñanza”, Cuadernos de Estudios Gallegos, (1945-1982), Tomo XXVII, (81-82-83), pp. 45-65 en *Estudios Adicados a Fr. Martín Sarmiento*, Santiago de Compostela, CSIC, Instituto de Estudios Gallegos “Padre Sarmiento”.

- SCHELLING, Friedrich Wilhelm Joseph von (1980): *La relación de las artes figurativas con la naturaleza*, Buenos Aires, Aguilar. Traducción y prólogo de Alfonso Castaño Piñán.

- SICA, Paolo (1981): *Historia del urbanismo. El siglo XIX (Vol. I)*; Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local. Traducción de Joaquín Hernández Orozco.
- TURNER, Jane [ed.] (1996): *The Dictionary of Art*, New York, Macmillan Publishers Limited, Vol. 5: *Brugghen, ter to Casson*.

- VAN TIEGHEM, Paul (1969): *Le Romantisme dans la littérature européenne*, Paris, Albin Michel.

- VAUGHAN, William (1995): *Romanticismo y arte*, Madrid, Destino.

- WRIGLEY, Edward A. (1983): “La funzione della città in un’economia preindustriale” en *Città, storia, società* a cura di Philip Abrams e Edward A. Wrigley, Bologna, Società editrice Il Mulino, pp. 283-298.

V) TEORÍA DE LA TRADUCCIÓN Y DICCIONARIOS

V. 1) TEORÍA DE LA TRADUCCIÓN:

- AYALA, Francisco (1965): *Problemas de la traducción*, Madrid, Taurus.

- CATFORD, John Cunnison (1965): *A linguistic theory of translation*, Oxford, Oxford University Press.

- GARCÍA YEBRA, Valentín (1982): *Teoría y práctica de la traducción*, Madrid, Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, (2 vol.).

- VINAY, J.-P. y DARBELNET, J. (1973): *Stylistique comparée du français et de l'anglais*, Paris, Didier. Nouvelle édition revue et corrigée.

V. 2) DICCIONARIOS:

- ACADEMIA REPUBLICII SOCIALISTE ROMÂNE (1958): *Dicționarul limbii române moderne*, București, Editura Academiei.

- ACADEMIA ROMÂNĂ. INSTITUTUL DE LINGVISTICĂ IORGU IORDAN (1996): *Dicționar explicativ al limbii române (DEX)*, București, Univers enciclopedic, Ediția a II-a.

- BROCKHAUS, F. A.: *Der Grosse Brockhaus*, Zehnter Band (Rin-Sok), Wiesbaden, F. A. Brockhaus.

- CIORANESCU, Alejandro (1958-60): *Diccionario etimológico rumano*, Tenerife, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, Tomos I y II.

- DANȚIȘ, Gabriela [Coord.] (1992): *Dicționarul împrumuturilor latino-romanice în limba română veche*, București, Editura Științifică.

- DUBOIS, Jean (1973): *Dictionnaire de Linguistique*, Paris, Larousse.

- DUCROT, Oswald y SCHAEFFER, Jean-Marie (1995): *Nouveau dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, Paris, Seuil.

- KISS, Lajos (1988): *Földrajzi nevek etimológiai szótára*, Budapest, Akadémiai Kiadó.

- MARINO, Adrian (1973): <<Clasic>> en *Dicționar de idei literare*, București, Editura Eminescu.

- MÉNDEZ, Rafael (1997): *Del concepto a la palabra. Diccionario temático*, Madrid, Editorial Temas de hoy.

- MOLINER, María (1998): *Diccionario de uso del español (I-Z)*, Madrid, Gredos, 2ª edición.

- *Multilingual Dictionary of fish and fish products* (1968): London, Organisation for Economic Co-operation and Development, The Whitefriars Press Ltd.

- *Oxford Duden. Bildwörterbuch* (1985), Mannheim/Wien/Zürich, Bibliographisches Institut.

- SECO, Manuel; ANDRÉS, Olimpia y RAMOS, Gabino (1999): *Diccionario del español actual*, Madrid, Aguilar.

- TIKTIN, Hariton (1988): *Rumänisch-Deutsches Wörterbuch, 2*, überarbeitete und ergänzte Auflage von Paul Miron, Band II (D-O), Wiesbaden, Otto Harrassowitz.

DINICU GOLESCU

DIARIO DE MIS VIAJES



1875-1876, 1878-1879
Генерал-адъютант
[Signature]

Volumen II

Traducción española del libro de Dinicu Golescu *Însemnare a călătoriei mele*, realizada por Juan José Ortega Román como parte integrante de la tesis doctoral titulada *Dinicu Golescu: escritor y viajero por Europa* (Volumen I).

Madrid, Junio de 2002.

A Mihai Moraru, por su inestimable ayuda y sus acertados, y valiosos, comentarios y sugerencias.

“El traducir de una lengua en otra (...) es como quien mira los tapices flamencos por el revés; que, aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz.”

Quijote, parte II, cap. LXII.

“Encontrar equivalencias, he ahí la clave de la traducción.”

Juan Goytisolo (1988, 47)

ALGUNAS CONSIDERACIONES

A modo de orientación para el lector, he aquí unas consideraciones y observaciones acerca de los caracteres tipográficos empleados en el aparato crítico y textual de la traducción de la obra de Dinicu Golescu. Igualmente ofrecemos ciertos comentarios que creemos importantes:

- [1], [2], [3],...: Nuestras notas. Mero complemento explicativo a una palabra, un personaje, una ciudad, una dificultad en la traducción, un problema textual, etc. Para agilizar la lectura del relato aparecerán al final del libro.

- [I], [II], [III],...: En números romanos presentamos las notas del propio Dinicu Golescu. Debido a la extensión de algunas de ellas hemos optado, igualmente, por incluirlas al final del relato.

- Aparecen entre corchetes [] y en mayúscula los encabezamientos de nombres de ciudades, de parques y jardines, de instituciones, etc., que no han sido concebidos como epígrafes por Dinicu Golescu. A pesar de ser elementos introducidos por el propio editor del libro (M. Anghelescu), y no por el autor, hemos respetado su inclusión: [MEHADIA], [BERN] [ESCUELAS], [HOSPITALES], [COMENTARIOS],...

- Ofrecemos entre paréntesis () la actual y correcta grafía -muchas veces, adaptada a nuestro idioma- de determinadas ciudades, parques o jardines que aparecen como epígrafes: (ALBA-IULIA), (BRATISLAVA), (SCHÖNBRUNN), (BERNA), (MÚNICH),...

- * : Forma no documentada

- En algunas ocasiones el lector observará que los nombres de ciertos lugares geográficos -normalmente muy conocidos- aparecen tal y como se escriben actualmente en nuestra lengua. Cuando nos ha parecido relevante e interesante hemos respetado, no obstante, la grafía propuesta por Golescu. Así, podremos encontrar Rusia, Chipre, Suiza, Francia, China, Egipto, India... Pero igualmente, Lipsia, Sibenbirghen, Trieste...

- (?) Localidad no identificada

- La bibliografía citada en esta traducción se encuentra recogida en el volumen I (*Dinicu Golescu: escritor y viajero por Europa*)

ALGUNOS PROBLEMAS DE TRADUCCIÓN

Lógicamente son innumerables. Cada paso que damos, cada palabra que nos encontramos o cada estructura morfológico-sintáctica que analizamos no deja de presentar ciertos inconvenientes a la hora de traducirlos al español. Especialmente queremos hacer constar que la lengua del texto original es una lengua con una estructura sintáctica bastante peculiar, unido a que la puntuación que nuestro autor emplea dista bastante de lo que hoy sería una puntuación convencional moderna. El objetivo principal de nuestra traducción ha sido ofrecer como resultado un texto accesible al lector español actual. Por esa razón, en infinitas ocasiones, nos hemos visto más que obligados a presentar una puntuación totalmente diferente a la original, una sintaxis siguiendo el esquema básico de SVO al que se acoge la lengua española (y también la lengua rumana actual, pero no el texto que hoy estudiamos) y una adecuación de palabras o grupos morfosintácticos de ellas para hacer intelegible la traducción. Una traducción palabra por palabra, *word to word* -siguiendo la terminología propuesta por J. C. Catford (1965, 25) o *mot à mot*, según Vinay y Darbelnet (1973), resultaría hoy a todas luces incoherente, exenta de sentido y, además, incomprensible. No queremos decir con ello que nuestra traducción sea una traducción libre; en la medida de lo posible respetamos el escrito original, por supuesto. Pero muchas veces las normas gramaticales, tanto morfológicas como sintácticas, del español -por no hablar del estilo, siempre tan respetado y tenido en cuenta- nos exigen una traducción algo distinta. Recogemos aquí las palabras de F. Ayala (1965, 15-16):

“La traducción es un escamoteo, un truco ilusionista (...), tanto si (...) se ha perseguido con fanatismo la correspondencia formal, como si, por el contrario, se ha

extremado la sutileza en buscar analogías de significado.

Estas dos intenciones son los polos entre los que oscila toda empresa de traducción, sin que sea posible escapar jamás a su alternativa (...).

Hoy tiende a prevalecer entre nosotros el primero de estos criterios. Se estima, por lo general, que siendo como es la traducción un recurso para poner la obra traducida al alcance de quienes ignoran el idioma en que fue escrita, debe buscar la mayor aproximación posible a su contexto, forzando la lengua hasta el límite de su elasticidad...”

Ése ha sido nuestro propósito. Esperamos que quienes se asomen a estas páginas con el texto original en la mano sepan ver la ingente cantidad de dificultades a las que hemos tenido que hacer frente.

DIARIO DE MIS VIAJES

Constandin Radovici

de Golești

realizados

en los años 1824, 1825 y 1826.

El diario de los viajes que yo, Constantin Golescu, he realizado, comprende todas las ciudades que vi y todo aquello digno de mención dentro de ellas, así como todas aquellas cosas de especial interés que vi por los pueblos y por los caminos.

Asimismo, también he descrito, para el provecho de mi nación, las diferencias que encontré en los pueblos y en los campos, en los ríos y en las postas, e igualmente cualquier costumbre y buenas obras que vi, mostrando incluso las malas costumbres que tenemos en nuestra patria, las cuales impiden que nosotros podamos rendirle honores y que el pueblo manifieste su felicidad.

Al lector

Del mismo modo que el que va por las casas de otros las ve y se acuerda de la suya, también yo he podido, en todo el viaje que se incluye en este librito, acordarme no tanto de mi casa como de mi patria, porque quien no se acuerda de ella, no le hace ningún bien o quizás no tiene ni casa, y si la tiene, la abandona.

Y porque es propio de la naturaleza del hombre el desear cualquier cosa buena que ve en el otro sin robar para ello y esforzarse por conseguirla si no la tiene -o, si lo que tiene es malo, quererlo convertir en bueno- no puede nadie, en su sano juicio, reprocharme, después de todo lo que he visto en mis andanzas, que no haya mirado a mi patria con los ojos de la razón.

Todo lo que he visto y todo lo que ha despertado en mi alma lo que veía he considerado útil publicarlo para informar a mis queridos compatriotas, estimulado en este empeño especialmente por la vergüenza. Porque en las bibliotecas que he visto cualquier persona puede cargar carros enteros con montones de libros sobre los viajes realizados por los europeos, no sólo por India y por China y por otros países e islas más lejanos y menos conocidos, sino también por países más cercanos. Pero en nuestro país no se ha visto este tipo de libros, ni siquiera los de aquéllos autores que han podido escribir más y mejor.

Refrenado por mi modesta inteligencia y sabiduría, no me hubiera atrevido nunca a coger la pluma. Pero ¿cómo podía yo, teniendo ojos, no ver, y viendo, no prestar atención, y prestando atención, no compararlo, y comparándolo, no juzgar el bien y no aprovecharlo para enseñárselo a mis compatriotas? ¿Y cómo podía yo no describir lo que veía, si en todo el viaje, al contemplar las cosas, acompañado por muchos hombres de otros

pueblos, los veía a todos anotando y recogiendo todo aquello bueno que veían para dárselo a conocer a los de su patria?

El bien lo aprendieron primero unos hombres antes que otros, y después unos pueblos antes que otros, tal y como vemos en la historia: que los griegos, de sus viajes a Egipto sacaron de allí las luces de la sabiduría y de las ciencias (muchas de ellas pertenecientes a destrezas y oficios) y las transfirieron multiplicadas a los romanos, nuestros antepasados. Mientras que éstos las difundieron a toda la Europa ilustrada y, aumentándolas día a día, las hicieron fructíferas, de modo que Europa hace felices a sus habitantes por la difusión del bien recogido en los viajes que hacen los pueblos, unos por los países de otros, lo cual lo publican después en libros.

Llena está Europa de semejantes libros, así como de otros tipos. Ni el rincón menos tenido en cuenta de la tierra, ni un país, ni una ciudad, ni un pueblo es desconocido para un europeo; basta con saber leer. Pero nosotros, para conocer bien nuestro país, tenemos que adquirir este conocimiento de la lectura de algunos libros escritos por europeos. Multitud de historias del País rumano se encuentran en Europa, escritas en sus respectivas lenguas y en lengua rumana, pero todas por extranjeros, mientras que no existe nada hecho por algún paisano nuestro. Sin embargo, ahora, cuando también el gobierno está seguro en las manos del gobernador y príncipe autóctono Su Alteza el *voivoda* [1] Grigore Ghica, cuando también se han fundado escuelas nacionales, cuando incluso se ha empezado a dar clases de filosofía en lengua rumana gracias al venerable Padre Efrosin Poteca [2], el profesor de filosofía, cuyos esfuerzos nos dan muy buenas esperanzas porque muchos de la noble juventud de nuestra patria, después de haber acabado sus estudios en la Europa ilustrada han vuelto a la patria, gracias a los cuales podemos obtener no sólo muchas traducciones de libros en lengua nacional sino también medios para la

ilustración, la buena organización y el buen gobierno de nuestra patria. Ya es hora de que nos despertemos, como los buenos padres de familia, los cuales, cuando salen de sus casas piensan en ellos y en sus respectivas familias. Eso es lo que tenemos que hacer nosotros: juntar todos los bienes, tanto el que hemos aprendido de leer libros buenos y útiles, como el adquirido mediante viajes, encuentros y reuniones con hombres de pueblos ilustrados, y compartirlos con nuestros compatriotas y sembrarlos en nuestra tierra para que den sus frutos, de modo que ganemos también nosotros de nuestros descendientes el mismo agradecimiento que damos a nuestros bisabuelos y tatarabuelos que, o encontraron el bien por sí mismos, o lo tomaron de otros.

Alabemos, pues, al creador de la escritura cirílica, San Cirilo, del siglo VII [3], asentada en Valaquia por el *voivoda* Vlad Dracu [4], en 1439, tras el Sínodo de Florencia; al introductor de la imprenta, el *voivoda* Mateiu Basaraba; a los fundadores de escuelas, el *voivoda* Nicolae Mavrocordat y el *voivoda* Constandin Mavrocordat, los cuales fundaron las escuelas griega, italiana, turca, eslovena y rumana; al primer traductor de los Evangelios y de la Biblia, de nuevo Mateiu Basaraba, en el año 1654. Y a los constructores y patrocinadores de hospitales, al espadero Mihai Cantacozino; y al primer autor de la gramática, Ioan Văcărescu, y al introductor de la semilla del maíz, de nuevo Constandin Mavrocordat. Y a otros iniciadores y sembradores de cualquier bien, y filántropos, y a los que han contribuido al bien público, los cuales, aunque son pocos en número, son grandes en gloria. Por eso, nuestra culpa, la de los que somos descendientes de su linaje, pero no herederos de hecho, es más imperdonable e inexcusable.

CRONȘTATD, QUE EN RUMANO SE LLAMA BRAȘOV

Esta ciudad está en la comarca de Sibenbirghen [5], en el distrito de Bîrsa. Es una ciudad pequeña y amurallada, pero suficientemente habitada, con más de veinte mil habitantes y con una actividad comercial muy intensa, porque está cerca de la frontera del principado de Valaquia. Esta ciudad, pese a estar bajo dominación austríaca, se gobierna según sus propias leyes y costumbres. Solamente si algún peticionario no está de acuerdo con la sentencia de la magistratura, constituida por el pueblo sajón, reclama, entonces, a Sibiu y, de allí, si no se queda satisfecho, a Cluj, y de allí, si tampoco se queda satisfecho, a Viena, donde ya se puede dar la sentencia por definitiva.

La tierra de este distrito es, en su mayoría, pedregosa; por ello se ven obligados a abonarla con estiércol todos los años y, en la mayoría de las partes, a no sembrar dos veces seguidas en el mismo lugar [6]. Pero el daño que les ocasiona la naturaleza del terreno lo suplen con su gran dedicación, puesto que este pueblo sajón es muy trabajador, porque aparte del trabajo del campo, que hacen en su momento correspondiente también con mucha diligencia y buena disposición, hay otros muchos trabajos que realizan en sus huertos, como el agramado o el sacudido de las gavillas de trigo, de cebada o de avena, así como otras labores semejantes para las que se levantan en cuanto amanece para poder realizarlas. Y, en resumen, un extranjero, en cuanto entra en sus aldeas y ve lo que ve, se da cuenta de su laboriosidad y de que tienen leyes justas para que el pueblo sea feliz.

Porque en todas las aldeas verá casas de ladrillo con 3 ó 4 habitaciones, con cristales en las ventanas, persianas pintadas, y en su interior, camas, banquetas, mesas, arcones, sillas, todo pintado; espejos, cuadros, relojes de pared, bastantes juegos de ropa de cama y mantelerías, y muchos utensilios para preparar la comida y para utilizarlos en la mesa.

Todo lo tienen en abundancia, ya que calculan lo que van a necesitar para todo el año. Siempre van vestidos muy limpiamente y, además, nadie va con los pies descalzos.

En sus aldeas tienen muy buena organización para poder vivir en armonía con lo necesario y para educar a los niños, porque todos los niños tienen que estudiar con el fin de poder leer, escribir y aprender las 3 operaciones básicas de la suma, la multiplicación y la resta [7]. Una vez por semana, el domingo, a las 2 de la tarde, los sacerdotes tienen que decirles sus sermones a todos los niños de la aldea desde que tienen 10 años y hasta que se casan: cómo cumplir con su deber hacia Dios, cómo portarse con sus padres, con las personas mayores y con todos los habitantes, cuáles son sus deberes con el Gobierno y cómo debe ser una vida buena y honrada. Y que cuando haya que trabajar, que sean muy aplicados, de modo que el trabajo de hoy no lo dejen para mañana porque al día siguiente, o al otro, quizás puede pasar algo, o el tiempo puede estar en contra, de modo que la pereza de un solo día puede dejarlos necesitados para todo el año. Y al que después de mucho oír estos consejos, se muestre desobediente y no los siga, se le castiga, consistiendo el castigo en pagar una multa a las arcas del pueblo que tienen para realizar buenas obras, que oscila entre 10 cruceros [8] y 1 florín de papel. Y el mal comportamiento de este joven ha de ser demostrado ante una asamblea y ante sus padres, para que los 10 cruceros no se den según la voluntad del sacerdote o de alguien más, sino según la ley y, además, porque esto se considera una gran vergüenza en la familia del infractor.

De las buenas costumbres de este pueblo, que me diga alguien si una nación tan amante del trabajo, tan bien educada, tan bien enseñada en sus deberes, con unas leyes bien establecidas y bien guiada por el camino de la felicidad, no puede alcanzar todo aquello a lo que un hombre aspira.

Y si hubiera querido describir todas las buenas costumbres de la ciudad de Braşov, tanto las de los sacerdotes de las iglesias que están dotadas con todo lo necesario como las de la organización de las escuelas, donde no hay niño, sea hijo de sillero o de cordelero, que no adquiriera una cultura y muchas otras buenas ideas y costumbres para el bienestar y el provecho de esta nación, me hubiera hecho falta tiempo y papel, más bien tiempo porque voy a hablar de muchas ciudades.

De los sembrados de toda la comarca de Bîrsa el primero es el trigo, después el maíz, la avena, la alfalfa, el centeno, las patatas, la cebada, los guisantes, las lentejas, las alubias, el mijo, los garbanzos y la calabaza para el ganado. Las frutas son cerezas, guindas, peras, manzanas, ciruelas y nueces.

De Braşov y hasta Făgăraş hay tres postas: Vlădeni, Şărcaia y Făgăraş; se pasa el río Ghimbăşălu y Bîrsa.

FĂGĂRAŞ

Ciudad pequeña, con una fortaleza muy pequeña, en la comarca de Făgăraş. Tiene un puente sobre el río Olt, quizás de 80 toesas [9] de largo y 3 de ancho, realizado con gran maestría, apoyado sólo en los extremos y en el medio por un cuerpo fijo, quedando suspendido el resto por medio de un artificio arquitectónico [I], y cerrado por los laterales y cubierto. Nunca vi un puente así en los territorios del gobierno austríaco, aunque hay muchos otros más pequeños y contruidos con la misma técnica.

El tipo de los sembrados empieza a cambiar de repente, siendo el maíz el más abundante, después el trigo y otros, mientras que la alfalfa y el centeno son menos frecuentes, y de entre la fruta, la ciruela es la más común.

De Făgăraș hasta Sibiu, 3 postas: Uța, Ghirezau y Sibiu. Se pasa el río Făgăraș por un puente de piedra, pero yendo hacia Mureș-Vașarhei o Mediaș, se pasa el río Olt por este puente que mencioné más arriba.

AVRIC
(AVRIG)

Estas tierras pertenecen al barón Brukental [10] y tienen un jardín de los primeros que he visto de este tipo, en el que hay terrazas [II] muy bonitas, grandes escaleras de piedra con estanques y surtidores [III], arroyos que corren por muchos lugares del jardín y que forman una hermosa catarata [IV], a cuyo lado hay también una especie de cabaña cubierta por fuera con cortezas de árbol y forrada del mismo modo, pero muy bien adornada, por dentro. Los árboles frutales, tanto los del lugar como los de fuera, tienen que ponerse en un invernadero en invierno, así como muchas clases de flores, igualmente del lugar y de fuera, y senderos [V] de árboles muy altos y podados en línea recta, como si fuera un seto, formando un bosquecito muy sombrío, y otras muchas cosas bellas realizadas con gran gasto y esfuerzo. Y todo esto ahora ha perdido mucho en relación con lo que era antes, hace 24 años [11], cuando lo vi por primera vez. Un poco más adelante de aquí, hacia Sibiu, se pasa el río Olt con un transbordador.

ERMANȘTAD. SIBIU

También esta ciudad está fortificada y en la comarca de Sibenbirghen, en distrito sajón, habitado por bastantes señores y comerciantes, porque aquí hay una gran actividad comercial debido a que también está cerca de la frontera del principado de Valaquia. El número de habitantes asciende a 16.000. En esta ciudad todo está muy bien organizado para poder vivir con armonía y con tranquilidad, para facilitar la enseñanza y para todo aquello que conduce al hombre a la felicidad. Aquí reside el mando militar, cuya autoridad se extiende por todo Ardeal, así como el tesorero, cuya jurisdicción también comprende todo Ardeal. Y una vez al año se reúnen en el Parlamento local los representantes de cada una de las magistraturas y les dan solución a las causas no resueltas en sus distritos. La entrada de esta fortaleza no tiene puertas, por orden del Emperador José II [12], quien, al llegar allí, fue a la frontera con Cîineni [13], y al ver qué difícil era que un ejército enemigo pasara con facilidad, cuando hubiera sido suficiente la más mínima fuerza, mandó, al volver a Sibiu, que todas las puertas se quitaran por resultar inútiles, porque aquel enemigo que hubiera podido conquistar sin problemas aquel lugar ya de por sí bastante más sólido que una fortaleza defendida por personas, se dará cuenta de que las puertas son innecesarias si se acerca a esta ciudad. Y aquí tiene el barón Brukenal una gran casa, en la cual tiene una biblioteca con libros especiales, una colección de cuadros digna de ver y muchas antigüedades, así como otras muchas piezas de metales no trabajados en su propia tierra [14].

Los sembrados y la fruta son los mismos.

De Sibiu y hasta la ciudad de Sas-Sebeș hay tres postas: Săcele, Raismark y Sas-Sebeș. Se pasa el río Sibiu, cerca de la ciudad de Sibiu.

MILEMBAH. SAS-SEBEŞ

También esta ciudad pertenece a la comarca de Sibenbirghen, en distrito sajón. Ciudad pequeña, habitada por señores, comerciantes y artesanos, y con todo lo que necesitan sus habitantes.

De aquí a Beligrad, una posta.

CARLSBURG. BELIGRAD

(ALBA-IULIA)

También esta ciudad es una ciudad que está en la comarca de Sibenbirghen, en el distrito húngaro, pero es una ciudad verdaderamente hermosa y digna de ver, renovada en tiempos de Carlos VI. En las puertas, más en la segunda que en la primera, hay estatuas [VI] dignas de ver y de reseñar. En ella gobierna el general militar; tienen un arsenal de armas y una fábrica donde se acuñan las siguientes monedas: coronas de plata [15], *zwanzig* [16] y ducados [17].

De aquí, y hasta Cluj, seis postas: Teviuş, Natenet, Felvint, Torda, Banuabic y Cluj. Cerca de aquí pasa el río Mureş.

TORDA

(TURDA)

Es una ciudad pequeña, también en la comarca de Sibenbirghen, en distrito húngaro. En los campos de esta ciudad de Torda están los tres grandes túmulos alzados en la antigüedad [18]; allí mataron al glorioso

príncipe Mihai Voda Viteazul [19], en la batalla que libró con Austria.

CLAUZENBURG. CLUJU

(CLUJ)

Ésta es la principal ciudad de Sibenbirghen, en distrito húngaro, donde está también la sede del Gobierno, al mando de Su Excelencia el Gobernador el Barón Iojica [20]. En esta ciudad hay casas hermosas y grandes, pero entre éstas también hay algunas feas, con tejados antiguos y mal hechos, muy feos, con cornisas que sobresalen 12 palmos [21] del edificio, lo cual estropea mucho la belleza de la ciudad; las callejuelas, sin embargo, son bonitas, porque son muy anchas; una amplitud semejante no he visto en otras ciudades, aunque el pavimento está hecho a base de cantos rodados, como en Sibiu y Braşov.

Aquí viven muchos señores húngaros, de gran linaje, que tienen haciendas por los alrededores, unos cerca y otros lejos. Y excepto los que tienen aquí una ocupación, el resto pasa el verano en sus haciendas, pero en invierno se retiran a Cluj. Este tipo de gente quiere mucho a los extranjeros; sus mesas son ricas y hospitalarias y con alegría reciben a todo el mundo, sobre todo a aquéllos que con osadía entran en sus casas, porque ellos no son muy partidarios de esas buenas maneras hipócritas y exageradas. Pero el pueblo llano húngaro no es feliz. Se viste mal, tiene malas viviendas y carece de muchos bienes. El comercio en esta ciudad es escaso, porque no tiene almacenes ni está en las principales vías comerciales, de modo que todo el comercio se hace exclusivamente para las necesidades de los ciudadanos. Aquí se hace todo lo necesario para vivir bien, especialmente en lo que se refiere a la mejora de la enseñanza. Los cultivos más frecuentes son trigo, maíz y avena; la fruta es la misma. Por donde hay colinas se empiezan a ver viñas, así como sandías y melones. Una de las mejores fuentes de ingresos es también la venta de

caballos, porque la mayoría de los señores de toda Hungría tienen manadas en los campos, también cuadras muy grandes en sus haciendas y crían razas de caballos muy buenos y bonitos. Incluso vi caballos de 5 y 6 mil florines de papel; pero compran también sementales extranjeros por 20 ó 30 mil florines. Estos caballos se venden sobre todo para las necesidades de la tropa de todo el Imperio austríaco, en Valaquia y en Moldavia y en otros lugares más lejanos.

La población asciende a 14.000. El río Someş pasa cerca de Cluj. En toda la comarca de Sibenbirghen hay minas de oro, plata, cobre y sal, así como aguas minerales.

De Cluj hasta Oradia Mare, diez postas: Andraşhaza, Bogart, Kispetri, Nireş, Fekete-to, Barot, Eleşti, Mezo-Telek, Balenţi y Grosvardain.

GROSVARDAIN. ORADIA MARE (ORADEA MARE)

Ciudad bastante grande, con una fortaleza pequeña, en la comarca de Hungría. Entre esta ciudad y Cluj, en la aldea de Niereş, está la frontera de Hungría con Sibenbirghen, que en latín se dice Transilvania, y en rumano Ardeal. En cuanto a los habitantes, hay pocos señores y comerciantes, porque tampoco este lugar es de negocios, sino sólo para las necesidades de los ciudadanos. En esta ciudad hay tres iglesias bonitas, una de los papistas, otra de los unidos y la tercera de los no unidos [22]. Pasa el río Chiorioş [23].

De Oradia Mare hasta Peşta, por el camino más recto, no por el camino de la posta, hay 11 villas y pueblos en el campo de Hungría, donde está también la terrible estepa, es decir, ese lugar todo arenoso

donde el carro apenas se mueve aunque tenga 20 caballos. Los nombres de estas aldeas son éstos: Kereti, Uifalu [24], Barad, Karçog, Kisuisal, Terimsamikloş, Solnou, por donde pasa el río Tisa; Ambon, Tıglet, Pilet y Ulu. Hasta que no pasa el viajero estas aldeas, no se ve más que cielo y tierra, igual que si se fuera por el mar: en cualquier lugar que se encuentre, ve por las cuatro partes el mismo paisaje durante 10 horas, porque colina o arbolito no se ven más que en las aldeas. Cuando sale el viajero de una aldea, ve el pueblo próximo como si estuviera a una hora de camino, pero en realidad son necesarias por lo menos 5 horas para llegar. Si viajara una persona por estos mismos caminos, igual que pasa en los viajes por mar, rápidamente le sorprendería la vejez. Todos estos campos están sembrados de trigo, avena, maíz y de huertos de heno.

Un lugar así, si estuviera en nuestro país, no sólo no lo sembrarían, sino que huirían de él como del más grande enemigo. Y a pesar de todo esto, los sembrados de Hungría abastecen también a otros países. Los habitantes son hombres sencillos y no han recibido ningún tipo de educación; sus trajes son de mala calidad y mugrientos, porque algunos trabajan 104 días al año, pero los de Ardeal, que viven de las rentas de sus haciendas, 198. Otros trabajan incluso menos, según lo que hayan acordado con sus señores y a esto hay que añadir los días que trabajan para el bien del imperio, como pueden ser la contribución al *Forspan* [25], es decir, el paso de oficiales militares, o el trazado y el arreglo de los caminos. Si alguien sumara todos estos días y también los domingos y las fiestas del imperio, así como los días que eventualmente puede ponerse enfermo en un año, se dará cuenta de que no le quedan muchos días para trabajar para él. Y pese a todo esto son más felices que nuestros campesinos, que trabajan sólo 12 días por año [26]. Ahora que juzgue cada cual cuál es la razón por la que tienen mejor situación los que

trabajan más de 200 días al año que los que trabajan sólo 12, ya que éstos escuchan en todo momento, desde que nacen y hasta que mueren, la misma cantilena de mil maneras distintas, aparentemente justas: “*da dinero*”.

PEȘTA (PEST)

Ciudad de Hungría, bonita y digna de ver por la gran cantidad de cosas que tiene para instruir a la población, por el adorno de la ciudad y por la tranquilidad de sus habitantes. Tiene edificios muy grandes que se destinan al uso escolar, donde el que quiera puede cursar todo tipo de enseñanzas teóricas, así como también de medicina práctica. Hay salas con distintas partes del cuerpo humano cortadas en varios pedazos, todas ellas hechas de cera, verdaderamente sin ninguna diferencia con las reales. Igualmente hay niños de verdad, metidos en botes grandes de cristal con alcohol, los cuales han nacido desfigurados y otros dos unidos, así como otras muchas cosas parecidas, todo ello para aprender medicina. El capital de todas estas escuelas es tan grande que da unos beneficios anuales de alrededor de 400.000 florines; todo este dinero se gasta cada año sólo en enseñanza. Esta ciudad de Peșta no puede compararse con Craiova, ni en los beneficios ni en todo lo demás, y tiene una asignación tan grande para educación que no sólo ni en sueños la hemos visto nosotros, sino que muchas veces los gobernantes han destrozado las pequeñas escuelas adrede para no instruir al pueblo, y los pocos beneficios obtenidos los han cogido y los han invertido en otras cosas, pero no para el provecho de la patria. Hay otro edificio con muchas salas llenas de libros, la mayoría antiguos, en lengua húngara, en latín clásico, en alemán, en latín medieval

[27], en griego y en francés. Una gran sala con una colección de distintas clases de monedas desde la Antigüedad hasta nuestros días, extranjeras y húngaras, del principio de la dominación de Hungría y hasta cuando se rindieron a Austria mediante pactos. Hay también distintas clases de armas turcas, de muchos tipos y muy diferentes a las actuales, así como muchas otras cosas semejantes, para lo cual hubiera hecho falta mucho tiempo para describirlas.

Asimismo, el símbolo militar de Bonaparte, el gavilán dorado que ganaron los húngaros en la batalla en la que resultaron vencedores. Como también toda clase de metales en su propia tierra, así como pieles de todas las clases de animales que hay en Hungría, tanto los que andan por la tierra, como los que van por debajo de ella, los voladores y los marinos, unos metidos en alcohol y otros disecados tan bien que no hay ninguna diferencia con los vivos. Muchos trozos petrificados de madera o de roca, estos últimos formados por las gotas de agua que han ido cayendo con el paso de los años [28]; también hay una momia [VII] y otros muchos huesos de otros animales muy grandes [29].

Tiene seis plazas, de las cuales una es tan grande que no hay otra igual en ninguna otra ciudad de Austria. Su perímetro -creo yo- que será de casi 800 toesas, según el número de pasos que he dado por uno de sus cuatro lados. Aquí hacen los soldados su instrucción diaria, donde a menudo viene el cargo que está por debajo del emperador, Su Alteza el Palatino, que vive en Buda y que es el más grande jefe militar de todos los ejércitos de Hungría, así como el jefe civil, junto con otros seis senadores. Hay otro cuartel (construido por el digno de recordar emperador José II) que tiene un perímetro de 600 toesas y más de 1.000 habitaciones, donde viven sólo los artilleros. Y dentro, alrededor del patio, hay más de 250 cañones y multitud de balas de cañón. En cada una de las esquinas, una puerta con su correspondientes edificaciones, donde están las habitaciones

y las cuadras para los caballos que necesitan estos cañones. Otros dos cuarteles para los soldados, de los cuales uno también es cosa digna de ver, así como otro más con 800 habitaciones, que es para los heridos y los discapacitados [VIII].

Tiene un teatro grande, es decir, un corral de comedias, muy grande y bonito en el que cabrán más de 3.000 personas, en cuyo escenario [IX] caben, incluso, soldados a caballo y cañones.

La mayoría de las casas de la ciudad son grandes, bonitas y muy bien construidas, de las que unas obtienen un beneficio de más de 50.000 florines de papel al año.

Una casa de baños tan diferente que no sólo no vi otra igual, sino que oí a otros que anduvieron por varios países que decían igualmente que no vieron una belleza y una limpieza semejantes. Este edificio es así: una gran obra con 4 esquinas [30], conformada por habitaciones con una bañera e incluso dos, unas de madera, otras de cobre. Lo que se paga por un baño va desde 30 cruceros hasta 120. También estos lugares, los más caros, están adornados -igual que las casas de los más grandes y ricos señores-, con sofás y sillas tapizados con tela, espejos grandes desde el techo hasta el suelo y revestidos con alfombras caras y ropas de baño muy buenas y limpias, de modo que la bañera en la que entran las personas se cubre completamente con una tela fina y después se echa el agua. Por encima de donde están los baños, hay otras habitaciones bastante bonitas y adornadas. Todo el patio es un jardín muy bien hecho, con un *havuz* en el centro y un *şadîrvan* (hay que decir que el *havuz* es un pequeño estanque artificial, con agua en su interior, y el *şadîrvan* es un chorro de agua arrojado hacia arriba de muchas maneras). Alrededor, hasta la habitación, hay pérgolas con césped y, por entre ellas, flores, árboles y senderos recubiertos con piedrecitas blancas, no más grandes que un guisante, de modo que parece que las han puesto una a una. Tres cosas

atraen a las personas a estos baños: en primer lugar, la limpieza de los baños y de la ropa; la segunda, la belleza del adorno de las habitaciones, y la tercera, el pequeño jardín donde muchos vienen sólo para pasear en vez de para tomar un baño.

La actividad comercial es intensa, porque por aquí pasan todas las mercancías que vienen de Viena, de Lipsia y de otros lugares, y pasan hacia el principado de Valaquia, hacia Moldavia y hacia el Imperio turco. Y de estos países llevan a Viena, e incluso más allá, mercancías como pieles de ternera, lana, cera y otras más, unas con carro y otras por el Danubio. Habría hablado también de la belleza de la iglesia, pero el que ya ha visto las iglesias de Rusia, quizás sólo de las de Roma se atrevería a hablar. La población asciende a 35.000; el ejército a 12.000. Los sembrados son los mismos: trigo, avena, centeno y maíz, faltando, no obstante, alfalfa. Los árboles y las legumbres son los mismos y algunos más. También tiene bastantes *fiachere* [31], es decir, carrozas y calesas, las cuales van desde la mañana hasta la noche por las plazas, de modo que el que quiera ir a un lugar, sea dentro o fuera de la ciudad, cerca o lejos, acuerda un dinero y cumple su necesidad.

OFEN - BUDA

Esta ciudad es la capital de Hungría, donde está también la fortaleza en la que vive el Excelentísimo Palatino, del cual se dice que es un hombre con muy buena disposición hacia los demás. Y como prueba, dicen que no ha habido ningún súbdito que presentándose a él no se haya beneficiado de su buena voluntad. Es el más alto de los siete cargos, de cuya decisión depende todo el gobierno de Hungría. Por debajo de estos siete hay otros doce, y después de estos otros, cien, de los cuales unos

tienen la sede en Buda y otros en Peșta. Aquí vive un obispo no unido, de la Iglesia de Oriente. Tanto en la parte alta de la ciudad como en la baja hay aguas minerales. Sobre un monte alto hay un observatorio astronómico [X] donde vive un profesor. Desde aquí se divisó antes que de otro sitio la aparición del cometa [32]. Entre estas dos ciudades pasa el Danubio, a las que une un puente hecho con barcas que dan un ingreso de 60.000 florines de papel por año en Buda y de 60.000 en Peșta. Algo muy bonito es lo que se ve desde la ciudad de Buda a la ciudad de Peșta y viceversa. Especialmente por el puente se puede dar un paseo maravilloso porque se ven las dos ciudades y también muchas barcas para el comercio, grandes y pequeñas, por debajo del puente, así como un trasiego constante de viajeros y transeúntes de una ciudad a otra. Aquí, hacia la tarde, uno puede dar el más hermoso paseo posible para sentirse bien. Los habitantes son casi 20.000, de los cuales cinco mil son soldados. Los sembrados, los mismos, al igual que las frutas; las viñas, sin embargo, están plantadas en terrazas dispuestas a lo largo de las colinas.

Los habitantes de estas 2 ciudades son de muy buen trato y su gobierno, tranquilo; no se oye alboroto, no se ven peleas, no ofenden a los extranjeros que no les molestan, no se ve en ningún momento motines en las cárceles como he visto en otras ciudades, donde la policía es más dura porque todos los hombres cometen muchos más delitos. Pero estos ciudadanos parece que tienen como modelo la tranquila vida de los vieneses, porque allí el primer cuidado y deber de cada uno es éste: el no provocar a otro ni la más mínima molestia.

De Buda hasta Naidorf hay tres postas: Vereșvar, Dorog y Naidorf.

NAIDORF
(NEUDORF)

También ésta es una ciudad pequeña, en la comarca de Hungría, pero en el País de arriba, porque a lo que está en la otra orilla del Danubio se le llama País de abajo [33]. A partir de aquí, a lo largo de una posta [34] de camino, todas las casas están pegadas unas con otras, donde viven los canteros, que trabajan muy bien, teniendo toda la piedra que les he visto trabajar el color de la caoba, es decir, un poquito más oscura que el color de la madera del tejo. Los sembrados y los frutos son los mismos.

De aquí y hasta la ciudad de Raab, cinco postas: Nermeli, Cumorin, Eşi, Gheniu y Raab.

RAAB
(GYÖR)

Esta ciudad es grande y también está en la comarca de Hungría, en el País de arriba. Pasa por ella el río Raab, al cual se le crece y se le decrece mediante una obra de ingeniería, ya que por aquí pasan grandes barcos de mercancías y cuando alguno está listo, llenan de agua el canal y después se deja correr el lecho. Por aquí cerca pasa también el Danubio, en el que desemboca el río Raab, y en frente de la ciudad hay una isla a la que rodean dos brazos del Danubio, en la que hay pueblos y sembrados.

De aquí hasta Viselburg, dos postas: Hohstras y Viselburg.

WISELBURG
(WIESELBURG)

Ciudad pequeña, también en la comarca de Hungría, en el País de arriba. En este camino está la granja del príncipe Carlos, donde tiene mucho ganado, así como vacas negras y rubias, de las que se dice que dan cinco veces más leche que las otras. También hay otras muchas reses donde cada raza tiene su particular establo con sus distintos cercados, senderos y prados, que también son dignos de ver.

De aquí hasta Ainburg, tres postas: Raghendorf, Chittes y Aghenburg.

AGHENBURG
(HAINBURG)

Ciudad también pequeña, en la comarca de Hungría, en el País de arriba. Cerca de aquí tiene el conde Tuten un jardín muy grande con distintas cosas.

PREZBURG. POJONU
(BRATISLAVA)

Ciudad grande y bonita, a orillas del Danubio, y con todo lo necesario para vivir tranquilos y en armonía. Aquí estuvo antiguamente la sede del Imperio de Hungría, y aquí también se conservan actualmente

todos los símbolos del Gobierno. Aquí tuve la suerte de ver la coronación de Su Alteza la Emperatriz, esposa del emperador de Austria, Francisco II, que tuvo lugar el 25 de Septiembre de 1825 [35], lo cual fue verdaderamente digno de ver y comentar. Y esto no lo digo porque me impresionaran los deslumbrantes objetos imperiales ni la grandeza de los adornos de los húngaros ricos y de alto linaje, sino porque, a pesar de no ser yo partícipe de los derechos de este gobierno, porque soy extranjero, no pude contener las lágrimas que me produjeron los continuos clamores y los muchos gritos del pueblo que, con toda la alegría de su alma, le deseaban felicidad diciéndole: “¡Viva nuestra emperatriz!”

[COMENTARIOS]

Estos incesantes gritos y clamores del pueblo y las muchas lágrimas de felicidad emocionaban a todo el mundo. Y entonces yo me acordé de que en nuestro país, en este tipo de actos, unos injurian, otros escupen, y las mujeres maldicen, porque no tienen ni un solo motivo para desearles de todo corazón felicidad a los gobernantes, sino más bien todo lo contrario.

Muy pequeña cosa -que, además, no aporta alegría espiritual ni tampoco alabanza ni honor-, es que un hombre, aunque tenga muchos imperios, gobierne solamente mediante su poder tiránico y aprovechándose de la desgracia del pueblo. Y del mismo modo, gran felicidad, gran contento del alma y gran honor y gloria se producen cuando un gobernante está convencido de que el pueblo que él gobierna, aunque sea pequeño, lo quiere y que por eso no tiene ningún motivo para temer de él, de modo que puede estar siempre entre ellos sin ninguna vigilancia, especialmente cuando siente que por todas partes le gritan:

“*¡Vivat!*”. Ver, escuchar y pensar todo esto fue lo que dominó mis sentimientos mucho más que contemplar el lujo de las cosas del imperio. Desde todas las calles, las ventanas y las puertas, e incluso desde los tejados de las casas (porque muchas casas se habían abierto para que entrara toda la gente) salía este tipo de clamor, de modo que uno podía pensar que temblaba la tierra a causa del eco de las voces populares. A todo esto, la emperatriz estaba obligada por la cortesía (porque en nuestro país cuando un ser humilde se inclina ante un poderoso, éste apenas le responde mirándolo de reajo) a corresponder con un incesante agradecimiento inclinando la cabeza a diestro y siniestro, cuya alegría por el honor que le hace su pueblo, se reflejaba en su rostro.

De todas las partes de Hungría fueron llamados los más nobles y ricos húngaros, así como los diputados [XI] de todas las ciudades y otros muchos de las clases más bajas, de modo que incluso Viena se quedó desierta. Todos estos, muy engalanados con sus trajes regionales y sus uniformes de gala, fueron a recoger a la emperatriz al palacio y la llevaron a la iglesia, donde, una vez acabada la tradicional misa, le pusieron la corona de Hungría sobre los hombros (porque la corona sólo se pone en la cabeza cuando la emperatriz gobierna). Y a la vuelta tenía otra corona más pequeña y sencilla, mientras que la corona de Hungría la llevaban en una carreta, que seguía a la carroza de la emperatriz, cuatro individuos, -dos por parte eclesiástica y dos por parte política- sobre un almohadón bordado en hilo de oro del que cada uno cogía una esquina. Asimismo otras 6 carrozas descubiertas con damas de la corte seguían a este séquito. Que me siguiera extendiendo hablando de los adornos tanto de los caballos húngaros como de los corceles delanteros, de los de las carretas y de los del resto del desfile estaría de más, ya que yo quiero mostrar aquí sólo el gran agradecimiento que el alma de la emperatriz experimentó ante el honor y el amor que le mostró la gente, y la alegría y el amor del pueblo

hacia sus gobernadores, así como la bajeza de los habitantes de Valaquia.

De Prezburg hasta Viena cinco postas, de las que la primera es también la frontera de Hungría con Austria: Ainburg, Rieghelzberg, Fişamend, Şvehat y Viena. Yendo de Prezburg hasta Viena hay un camino como de dos horas y pico, que también tiene senderos, con un muro de piedra a ambos lados que por algunas partes es más alto que el nivel del suelo, mucho más de dos toesas; todo ello digno de ver.

VIENA - BECIUL

Esta ciudad es la sede del Imperio austríaco, donde gobierna el muy ilustre autócrata [XII] Francisco II, desde el 14 de Julio de 1792. Los dones de esta ciudad son maravillosos. No me refiero al engalanamiento de los edificios o a otras bellezas, porque son muy viejas, sino a la extraordinaria organización del gobierno y a todo lo que hay en las afueras de la ciudad, como los jardines, que están unos alrededor de Viena y otros a una hora o dos, los cuales tiene uno que recorrer bastante tiempo y verlos muchas veces para hacerse una idea exacta, de modo que acto seguido se puedan contar sin cesar las cosas dignas de mención.

No hay cosa más provechosa que contemplar todo esto siendo muy consciente de los medios con los que el gobierno ha llevado a todo el pueblo, grandes y pequeños, a tan buena organización y a tan tranquila vida, ya que todos se comportan como hermanos. Y más provechoso aún es ver el buen trato que los grandes manifiestan hacia los más pequeños; incluso la vida de aquéllos que están en peor situación es también digna de ejemplo. Porque es imposible, en un pueblo así, ver a dos ciudadanos peleándose o insultándose, ya que los coge la policía y primero los reprende por su irrespetuoso comportamiento, con el cual proporcionan

deshonra a toda la ciudad, y después averiguan el motivo que les ha llevado a ello. En una ciudad tan pequeña, no obstante, a causa de la mucha gente que hay, se debería ordenar que nadie tuviera ocasión de andar por entre la multitud de carros que tienen que entrar y salir trayendo todo lo necesario para alimentar a estos ciudadanos y para construir los edificios nuevos que se hacen o, posteriormente, para reformar las casas. Pero esto está tan bien organizado que raramente se ven carros, excepto los que traen madera, que están obligados a descargar delante de los almacenes que no tienen patio, porque los demás tienen todos una hora asignada muy temprano, al alba, de modo que cuando los ciudadanos empiezan a pasar, los carros ya hace tiempo que han salido y los caminos están ya todos regados y barridos por quienes se encargan de ello. Sólo una cosa es molesta: el mucho polvo de las piedras que se produce del continuo trasiego de las carrozas, a pesar de que no paran de regar y barrer.

[COMENTARIOS]

Excepto esta molestia, no hay otra, porque la tranquila y feliz vida en común que se produce de los derechos establecidos legalmente, no ejerce el poder de la justicia solamente con los más pequeños, sino también con los más grandes. Y no sólo con los pobres, sino también con los ricos. Y de este modo cada uno, según sus bienes y su fortuna, paga también el impuesto imperial; pero no es que el grande y rico no dé nada, porque lo ampara el poder, y que el pequeño y pobre dé todo lo que haya conseguido con su trabajo, y de este modo se vea siempre obligado a trabajar para pagar sin quedarse él con nada, sino que, como ya he dicho, todos pagan según su situación. Porque el defensor del pequeño y sin

poder es, precisamente, la misma ley establecida, que siempre se respeta, y no como en nuestra tierra, donde necesitaría permiso por escrito si quisiera enumerar los nombres de aquellos harapientos y con los pies descalzos, extranjeros o nativos, que sin tener ni 100 leus [36] se han hecho millonarios en pocos años y ahora tienen palacios [XIII] y haciendas, del mismo modo que las familias que ahorran durante 200 ó 300 años para conseguir todo esto, y no ayudan ni a la patria ni a las necesidades de la ciudad de ninguna manera. Por lo menos podrían dar un uno por mil de su fortuna, en vez de sacar provecho de la hacienda pública, de la cual el pueblo no se beneficia. Y en resumen, por lo que yo sé de cuando yo mismo estaba al servicio de la patria, puedo decir que todos estos especuladores -todos los gobernantes y los que estaban a su alrededor, así como todos los rangos de funcionarios sin distinción, desde el más alto hasta el más bajo-, continuamente y sin compasión alguna le chupaban la sangre [37] al pueblo sin dar a cambio ni a uno de sus habitantes, de estos hermanos, ni un grano de mijo. En las aldeas, las casas de los aldeanos, es decir, las de los pobres contribuyentes, son de obra, igual que las casas de los boyardos que hay en nuestro país. Pero la buena organización de estas aldeas, ni en sueños se ve en nuestras ciudades, porque estas aldeas tienen teatros, médicos, cirujanos, boticarios, escuelas, sacerdotes dignos de su oficio, y todo ello gracias a la acción del gobierno. Además, también en sus casas tienen bienes de sobra, tal y como dije que ocurría en las aldeas de los sajones. Y este aldeano tributa en función de su situación, es decir, 50 ó 100 florines, mientras que los millonarios vieneses y de otras ciudades dan 50 ó 100 mil; no como aquí, donde solamente todos buscan, sin distinción, aprovecharse del campesino [38], dejándolo con el culo al aire [39], sin que nadie le ofrezca ni la más mínima ayuda ni el más pequeño bien.

Mucho me he alejado de la descripción de Viena, pero también mucho se me ha encogido el corazón viendo la verdadera felicidad de otros pueblos.

Las casas de la ciudad de Viena son pocas, quizás algo más de mil trescientas, pero son muy altas, de 7 u 8 plantas. Hay unas callecitas muy estrechas donde nunca da el sol y donde, incluso durante el día, se trabaja con velas.

El número de habitantes, tanto el de los de la ciudad de Viena como el de los 32 barrios que hay alrededor, pasa de 200.000.

La iglesia más famosa de todas es la de San Esteban, que está hecha con gran ingenio arquitectónico, de la cual había tomado muchas notas pero, después de haber visto la catedral de Milán [40], realizada con la misma arquitectura, con una ornamentación y con un ingenio todavía mayores, y para no describir 2 veces lo mismo, prescindí de ellas.

Plazas [XIV] hay 15, de las que las más destacables son la plaza del Emperador José II, que recibió este nombre en su honor y en su memoria, y está presidida por la estatua del emperador, hecha en cobre, dos veces más grande que una persona, vestido con ropas romanas y con una corona de laurel en la cabeza, sobre un caballo también hecho en cobre, de una altura adecuada, puesta en el medio de la plaza sobre una gran base de piedra; la plaza de San Esteban, donde está esta famosa iglesia que antes mencioné; y la Plaza de la Santa Trinidad, que tiene en el medio un obelisco [41] de mármol de 10 toesas de alto constituido por tres lados por los que corre agua hasta unos pilones grandes también de mármol. Y desde la salida del agua hasta el final hay muchas esculturas, todas de mármol, las cuales unas representan la Última Cena, otras el Espíritu

Santo, otras, la creación del primer hombre y otras a la familia de Noé que se salvó del diluvio.

Merecedor de castigo es aquél que venga a Viena y no vea el edificio en el que hay una colección de armas, porque aquí no tiene nadie que ver sólo lo que la denominación de la palabra significa, es decir, que son muchas armas reunidas, sino lo que la mente del hombre no puede ni imaginar; solamente si la ve se quedará satisfecho. Alrededor de este patio, junto al muro de las casas, habrá quizás unos 500 cañones, grandes y pequeños, típicos y curiosos, así como morteros para tirar bombas.

Toda la fachada del muro que da al patio está adornada con una cadena de hierro, tan gruesa como una mano y de más de 100 toesas de largo, tomada de la guerra con los turcos, con la cual se quería cortar el Danubio de una orilla a la otra para que no pudieran cruzar los barcos. Y en este gran edificio hay una especie de galerías y grandes salas con columnas, todas hechas sólo con armas, sin que pueda verse ni un trocito de pared, al igual que las columnas, que están todas forradas de armas, unas de este siglo y otras antiguas, que son la mayoría y son muy diferentes a las actuales, unas autóctonas y otras extranjeras, las cuales proceden de todas las guerras que ganaron desde la fundación de Austria. Hay, además, muchas banderas y muchos tipos de símbolos militares: escudos, tipos de lanzas antiguas, yelmos para la cabeza, cañones pequeños y de otras muchas clases, multitud de clases de armaduras [42] de los pies a la cabeza, que se doblan sólo por las articulaciones que tiene el cuerpo del hombre. Y también muchas cosas de los romanos, que fueron considerados grandes estrategas. Igualmente, hay fusiles, pistolas, sables, yataganes y otras muchas clases de armas. Además de todas estas galerías y salas, hay lo que a simple vista se diría que es una pintura. Incluso hasta el signo austríaco, el águila bicéfala en el techo de una gran sala, parece también que hubiera sido pintado. Pero todo esto está hecho

sólo con armas, colocadas con mucha gracia, de modo que hasta que uno no se pone debajo cree que está pintado. Y por lo que yo recuerdo, las plumas de las alas están hechas con sables, y las plumas del pecho son cuchillos más pequeños. Reconozco que me estoy esforzando en vano, porque el lector no puede quedar satisfecho con esta descripción al no poder imaginar cómo una composición hecha sólo con armas podría representar un águila como si estuviera pintada; por eso he dicho que el que no venga a ver esta maravillosa obra es digno de castigo.

Asimismo hay también otra construcción bastante grande a la que llaman gabinete natural [XV], en la que tienen las pieles de la mayoría de los animales domésticos y salvajes, como también aquéllos que pueden vivir en el agua y en la tierra [43], así como los reptiles, las aves, los de mar, los de río y los que se encierran en su caparazón [44]. No se cansará el que contemple esto, porque cada persona apenas verá uno de entre mil de cuantos conoce. Y especialmente, cuando vea la diversidad y la indescriptible belleza de los pájaros, de los cuales hay unos muy grandes y otros, en cambio, como un saltamontes. Pero a pesar de su pequeñez, tienen muchas más tonalidades y son más plateados que un pavo real. Dicen de estos pequeños pájaros que los embalsaman y los llevan en las orejas con mucha más alegría que si fueran joyas. También hay muchos trozos de coral, minerales y otras muchas cosas que difícilmente puede alguien recordar.

En la Iglesia de los Agustinos está el sepulcro de la archiduquesa Cristina, esposa de Alberto, gobernador de Sajonia, hecho por Canova, escultor digno de alabar y nombrar. Este sepulcro representa una pirámide [XVI], hecha de mármol, en cuya cúspide se ve la imagen de Cristina. A la izquierda hay una estatua que tiene en la mano una corona de laurel. Y de nuevo a la izquierda, cerca de la puerta del sepulcro, otra estatua que

representa la Felicidad, que tiene en la mano una vasija, que contiene las cenizas del corazón de Cristina. Tanto delante de esta estatua como detrás, las figuras de dos niñas pequeñas, que sostienen en una mano sendas antorchas encendidas, y en la otra los respectivos cabos de la guirnalda [XVII] de flores cuyos otros dos cabos salen de aquella vasija. Detrás de éstas hay otra estatua que se llama “La Beneficencia”, que tira de la mano de otra estatua que representa la Vejez, en la que un viejo se coge de la mano de un joven. A la derecha de la puerta de la pirámide yace un león y, en su cuello, apoyada, una estatua con alas que representa un ángel [45]. Todo esto hecho de mármol y a tamaño real. Por esta obra de Canova se dice que los ingleses le ofrecieron 70.000 ducados, pero no se los llegaron a dar porque la obra ya estaba comprometida [46].

Tiene cinco teatros, 2 en el recinto de la ciudad y tres en las afueras, uno en la callecita Viden, otro en Leopoldstadt y el tercero en Iosefstadt.

Otro gran edificio donde tienen colecciones de muchos tipos de monedas antiguas, muy viejas, y otras semejantes muy valiosas; estatuas de mármol, de antiguas personalidades dignas de recordar, así como otras más pequeñas de cobre; gran cantidad de cuchillos antiguos y yelmos, vasijas muy antiguas, una palangana hecha con piedras preciosas y otras muchas cosas amontonadas en habitaciones.

Otra gran construcción que se llama Escuela de oficios varios [47] donde tienen todas las herramientas que emplean en cuantas profesiones se conocen hasta ahora, así como el primer objeto que construyeron entre todos los de la fábrica. Del mismo modo, también tienen todos los útiles matemáticos.

Otro edificio donde se fabrican vajillas esmaltadas con diversos

colores, con flores y con figuras, trabajo verdaderamente digno de ver. Y muchas otras cosas más dignas de ver que las que he visto hasta ahora, para las que no tuve tiempo en todo el mes que estuve en Viena, pues quise observar mucho más la leyes que tienen destinadas a la correcta vigilancia, al orden y a la tranquilidad del pueblo, y, en resumen, a todo tipo de bienestar, como son la preocupación por hacer caminos, también el riego y el continuo barrido, y el alumbrado que tienen desde que anochece hasta que amanece en toda Viena, en todas las callecitas que están fuera de la ciudad y en todo el jardín que hay cerca de Viena, que se llama Clasi [48]. A esto se le añade la agrupación y división de la población que tiene la policía para vigilar por la seguridad de los habitantes para, en caso de alborotos ocasionales, separarlos con el fin de que no lleguen a males mayores y ya no tenga remedio. También la preocupación por tener en cada pueblo un médico, un cirujano, un boticario y una asistente social para el cuidado de los pobres y sobre todo de los que se aplican en el trabajo para salir adelante pero que no pueden permitírselo por tener una familia numerosa o por otras causas. Y estos casos los atienden según las listas que les ha dado la policía. También los funcionarios que vigilan por la completa seguridad, el descanso y el buen orden de toda la ciudad, con diferentes responsabilidades a su cargo, tienen una atención especial con cada persona.

Como también una casa taller, donde acogen a todos los pobres, mancos, cojos, ciegos y holgazanes, a los que ponen a trabajar en diferentes actividades y no les dejan que vagabundeen desnudos por los caminos y pidiendo limosna porque, más que cualquier otro ciudadano que les ayude con lo que le parezca, es el gobierno el que tiene que ocuparse de estas personas. Y de esta manera se han preocupado de poderlos vestir, calzar y alimentar mientras trabajan. Y no sólo recogen a este tipo de personas en esta escuela para que aprendan un oficio, sino

también a cuantos encuentran por las ciudades sin amo o sin ningún trabajo y que sólo tienen una vida errante y desgraciada, por cuya causa, dentro de poco tiempo, se verán obligados a llegar a robar o a otras malas costumbres. Y a los que, tras un tiempo, aprendan un oficio y den pruebas con su buen comportamiento de que van a comenzar a esforzarse en el trabajo de aquel oficio que han aprendido, y del cual podrán vivir, les dan la libertad.

Asimismo, multitud de *fiacāre* [49], es decir, carrozas, calesas, carros y otros tipos peores están por las plazas, de modo que también los que no tienen la posibilidad de tener calesas y de alimentar continuamente a los caballos, puedan satisfacer su necesidad.

[COMENTARIOS]

Y excepto la posta más grande y frecuentada, hay otra posta en la ciudad, a la que llaman *la pequeña*, mediante la que todo aquél que no tenga criado, o si el criado no sabe ir donde se le manda, bien porque es extranjero o bien porque no conoce la dirección de aquél al que tiene que encontrar o, incluso, si se trata de una urgencia, puede entregar cualquier tipo de carta en esta pequeña posta, y en pocas horas tendrá contestación.

Qué útil sería en nuestro país este tipo de correo local, para que los que vienen a buscar las respuestas no anduvieran de aquí para allá por salas y antesalas y también para los que vienen 20 veces para un mismo asunto. Y que no se oiga más decir: “*Ven mañana a tal hora*” y que, al venir, ya haga mucho tiempo que el boyardo se ha ido. (No me amonestes, hermano lector, por contar la cruda realidad. Espérate a encontrar que te presento algo falso o una costumbre de otras partes del mundo civilizado

por la que no conviene admirarse porque también la tenemos en nuestro país; sólo entonces te ruego que me reprendas).

En estas postas, a determinadas horas, tres veces al día, se entregan cartas y otras tres veces se recogen las respuestas. Para las cartas locales se pagan cuatro cruceros y para las que se mandan fuera, a lugares que están a dos horas de camino, seis.

[BUENAS OBRAS]

También hay otras muchas cosas que se dividen en tres tipos de buenas obras: dar facilidades a los que han venido a menos, cuidar de la salud de las personas e instruir al pueblo. Las buenas obras en las que se distribuyen los ingresos que tienen reservados son las siguientes:

1) La escuela, a la que llaman *para los pobres*, a la que no sólo van para aprender algo de lo que poder vivir, sino que les dan dinero para su sustento, estando divididos en tres categorías. A todos los empleados de esta casa se les conoce como *los padres de los pobres*. ¡Oh!; ¿puede haber un hombre en el mundo que no sienta la más grande alegría por este trabajo que le permite ser conocido como el padre de los pobres? ¡Oh, qué dulce trabajo! ¡Oh, qué regalo para los oídos!

2) Otro medio de ayuda para los que tienen más cargas y una gran familia. A éstos frecuentemente se les cuida y se les atiende en caso de enfermedad o en caso de alumbramiento de sus esposas, pagándoles el alquiler de las casas donde viven, o comprándoles la leña necesaria para todo el año. Este tipo de ayuda es mucho más conveniente que el sueldo que se les da del tesoro público, porque este dinero si lo recibe el marido con malos hábitos, derrochador y jugador de cartas, o su mujer, a la que

tanto le gustan los lazos, el día en que lo recibe, se lo gastan sin que la familia note esta ayuda.

3) Otro medio de ayuda para las personas que tienen menos necesidades, porque tampoco a aquéllos se les deja faltos de ayuda, porque tienen casas de préstamo, donde a unos les prestan con un interés pequeño, y a otros, sin interés, según su situación y necesidad.

4) Casa para niños que son abandonados por sus madres por cualquier motivo.

5) Casa para niños huérfanos, a los que, además de criarlos, les enseñan también un oficio, de modo que puedan subsistir por ellos mismos, y también les dan estudios; y a los que ven más inteligentes, los mandan a escuelas superiores.

6) Casa de donde se dan sueldos a los sirvientes que han servido 25 años, aunque no hayan estado todos esos años con un mismo dueño, pero tampoco con muchos, sino con dos o tres. A éstos se les da 150 florines, a modo de reconocimiento y de ayuda, dando prueba de que son buenas personas por haber servido diez o quince años a un mismo señor. Y al bueno se le tiene que dar una recompensa que sirva como ejemplo para el malo.

7) Casa de ingresos para casar a las chicas pobres.

8) Reunión de señoras verdaderamente digna de alabar, las cuales planean y ponen en práctica cualquier cosa que ven que puede ser de utilidad para la comunidad. Este hecho, que en nuestro país los hombres no lo ven ni en sueños, en otras partes lo hacen las mujeres.

[HOSPITALES]

La segunda de las buenas obras he dicho que es para cuidar de la

salud de los ciudadanos, y es la cantidad de hospitales, los cuales tienen un tamaño y una limpieza extraordinarios, de modo que cualquier persona que esté allí queda satisfecha. Estos son:

- 1) Hospital público.
- 2) Hospital para los pobres.
- 3) Hospital para mantenerles la vida a aquéllos que aparentemente están muertos [50].
- 4) Hospital de la orden de las monjas isabelinas.
- 5) Otro hospital público.
- 6) Hospital de la orden de la Hermandad de la Caridad.
- 7) Hospital para curas de pueblo [51].
- 8) Hospital para los que tienen enfermedades incurables.
- 9) Hospital para judíos.
- 10) Hospital para presos.
- 11) Hospital para aquellas mujeres que se ven obligadas a dar a luz sin que nadie lo sepa y sin que las conozcan. Cualquiera de ellas, sea cual sea su situación, cuando ve que llega el momento, sea de día o de noche, llega a la puerta y tocando una campanilla se la acoge al instante, dándole una habitación con todo lo necesario y poniéndose a su disposición un médico, una comadrona, medicamentos y alimentos mientras esté allí. Y por todo esto tiene que pagar al día 90 cruceros y entregarle en mano al primero que la atiende una carta ya franqueada en la que diga quiénes son sus padres o sus familiares más cercanos, para que sepan, si por desgracia ocurre que le sobreviene la muerte, a quién dirigirse para comunicar su pérdida. Pero si esta desgracia no ocurre, coge la carta franqueada y se va donde quiera con el niño. Y la que quiera dejar el niño allí entrega 40 florines de papel, con los cuales lo alimentan, lo visten y le dan una educación, de los cuales muchos pueden llegar a ser hombres importantes,

según su disposición y su suerte, porque se les da la mejor educación. Estas mujeres pueden entrar con una máscara sobre el rostro, e incluso no quitársela cuando las visita el doctor o la comadrona, aunque no es necesario, porque ni siquiera el emperador se va a atrever a preguntarles por qué lo han hecho, porque así lo han jurado y demostrado. Y esta buena obra se la deben a José II, quien juzgó que sería una gran pena no salvar de la muerte a aquellos niños que todos los años pueden darse por muertos a causa del miedo o de la vergüenza de sus madres, cuyo pecado le corresponde a Dios juzgarlo, así como el del gobernador que, pudiendo salvar de la muerte a los niños mediante este modo, no lo hace.

12) Hospital de locos, a los que no tuve la suerte de ver, porque no me dio permiso el médico, pidiéndome mil disculpas, argumentando que estaba vestido con ropas turcas y que en cuanto me vieran, todos se turbarían tanto que todo el hospital se revolucionaría, lo cual verdaderamente sentí mucho, pero no por no haberlos visto, sino por extrañarme de que sólo los locos no puedan soportar ver al turco, y sin embargo los pueblos inteligentes e ilustrados que conocen los derechos de los hombres, ponen sus cuerpos delante de las balas griegas para que les den primero a ellos [52].

[ESCUELAS]

La tercera buena obra destinada al pueblo es la multitud de escuelas como:

1) Escuelas que tienen para la enseñanza de las buenas maneras de los niños.

2) Escuelas para sordos y mudos, a los que se les enseña lo imprescindible sobre las obligaciones con la ley, así como la lengua

alemana y el cálculo, donde se les alimenta y se les viste.

- 3) Escuelas para niños ciegos.
- 4) Escuela para aprender buenos modales.
- 5) Escuela donde se cursan estudios sacerdotales y monacales.
- 6) Escuelas superiores y públicas.
- 7) Escuelas donde se enseña comercio y economía.

8) Escuela de la emperatriz María Teresa, donde se les enseña a los hijos de los nobles primero filantropía [53], segundo, filosofía y política, tercero, las lenguas más útiles y, cuarto, la necesidad de que un hijo de buen linaje sepa montar bien, lleve armas y baile [54].

9) Academia para la enseñanza de los médicos, del Emperador José II.

10) Escuela para la enseñanza de las chicas, donde aprenden historia de las creencias [55], cálculo, ciencias naturales, geografía, lengua alemana y francesa, y todas las cosas necesarias para una mujer.

11) Escuela para las chicas que tienen padres oficiales venidos a menos.

12) Escuela para las chicas de alto linaje, las cuales, aparte de estudiar otras cosas necesarias, aprenden también aquí lenguas y bailes.

13) Escuelas para todas las chicas de ciudad, donde adquieren las enseñanzas básicas.

14) Escuelas en las que se enseña a curar las enfermedades del ganado [56].

15) Registro civil de nacimientos, defunciones y matrimonios.

16) Sociedades económicas donde se reúnen los más grandes linajes y aquéllos que tienen tierras o cualquier otro tipo de bienes, para poner en práctica cualquier cosa de provecho, como la administración de la casa [57], el alejamiento del lujo [XVIII] y la multiplicación de los ingresos de las haciendas [58].

[COMENTARIOS]

¡Oh! Qué grande e inteligente empeño ponen los gobernantes de otras partes para conseguir la felicidad de los pueblos! ¡Cuántos tipos de ayuda para los que han venido a menos, y cuántas más para los otros, con el fin de que no vengan ellos también a menos! ¡Cuántos dignos hospitales para cualquier clase de persona! ¡Con cuántas escuelas se dedican a instruir al pueblo y a llevarlo al verdadero conocimiento, para poder decir así que es diferente a un animal que no razona [59]! ¡Oh, que gran nivel ha alcanzado la filantropía! Porque lo primero que les enseñan a los jóvenes nobles es esto, mientras que en nuestro país este tipo de enseñanza no tienen ninguna tradición; es decir, que la juventud escuche del sacerdote o del profesor cómo tiene que comportarse el gobernante con su pueblo, a cuyos habitantes tiene que tratar como si fueran sus hijos, cuidando de ellos, como los pastores con sus ovejas, a las que llevan a pastar y a las que les dan de beber por los muchos beneficios que obtiene de ellas. Del mismo modo, el gobernante, dado que todo su pueblo se afana trabajando para ofrecerle bienes y honor, tiene que mostrar hacia su grey amor y cuidados de provecho, sobre todo porque su grey no es una grey de animales irracionales, sino racionales y absolutamente iguales a él, porque nadie encontrará ni una sola diferencia entre las cenizas del cuerpo del emperador y las de un pobre.

Cómo, de quién, y cuándo ha oído el pueblo cómo ha de comportarse con el gobernante y con sus obligaciones, o los grandes con los pequeños, y los pequeños con los grandes, o los ricos con los pobres, sean dignos de lástima o no, así como los padres con los hijos, y los hijos con los padres... Como decía, ¿quién, cuándo y de quién lo ha oído? Pues

todas las cosas buenas se avivan en el hombre escuchando los sermones del sacerdote o los discursos de los profesores, o yendo al teatro, las cuales cosas han faltado siempre hasta ahora. Y si faltasen de ahora en adelante, estaríamos igual, porque nosotros los viejos no sabiendo nada de nada, en comparación con otras partes del mundo, también seremos enterrados con nuestra ignorancia. Y nuestros hijos, no teniendo de quién aprender e instruirse, continuarán igual que nosotros, si no peor: porque lo cierto es que nosotros nos hemos quedado atrasados con respecto a los otros pueblos; en épocas anteriores hubo un intento de ilustración por parte de muchos, sea traduciendo libros, sea con gramáticas, imprentas, escuelas u hospitales, de los cuales ya hablé en mi primer comentario. Y en vez de multiplicarse con el curso de los años, no sólo no se han multiplicado, sino que ni siquiera se han mantenido, porque el mayor daño y la mayor vergüenza es oír que han disminuido sobre todo las escuelas, que bajo el pretexto de mejora, se vinieron abajo en años anteriores para no ilustrar al pueblo. Todo esto habría podido imputárselo a los extranjeros si no hubiera sabido que tuvieron ayuda de los del lugar. Del mismo modo que los hospitales para la peste, que están en ruinas y que lo han derrochado todo, porque los ingresos monacales que eran para beneficio del hospital se los han dado a los monjes para su beneficio y utilidad. ¡Oh!, ¿quién puede decir que éste es el deseo de Dios? En vez de obtener un provecho común así se contribuye a que se enriquezcan tres monjes, uno de Anatolia, otro de América, y otro de Bagdad. Y si al menos fueran del lugar qué provecho podrían darle a la patria, cuando estos ingresos han llegado a venderse y comprarse como una mercancía, sin respetar las reglas establecidas por el fundador que se ha esforzado y que lo ha invertido todo para el bien público y no para que los monjes estén tumbados por los rincones de las habitaciones, vestidos con ropas caras, con chales muy valiosos puestos a modo de cinturón e, incluso,

cuando hace mucho calor, con dos pieles, una de oveja y otra de marta, pasando el tiempo entre desenfrenos y goces. ¿Quién puede decir que estas personas -y no la patria-, satisfechas con los ingresos de los monasterios, no podrían considerar ellas mismas que su santidad es indebida? Pero si alguien les preguntara, responderían que han encontrado un pueblo ciego y que por eso se han juntado unos con otros.

¡Os ruego, santidades -dado que hablo para el provecho de mi patria, para despertarla, para ilustrarla, para embellecerla y, en definitiva, para su felicidad, y dado que a mí mismo me reprocho por mi hasta ahora indebida forma de vida y por las injustas recaudaciones de la patria-, que no me maldigáis y, puesto que yo no tengo nada personal contra vosotros, sino que a cada uno lo respeto y honro, os pido especialmente que hagáis lo mismo conmigo. Porque os aseguro que cualquiera, por muy egoísta que sea, si hubiera visto lo que vi yo en Venecia y cerca de Venecia en un monasterio armenio, hubiera escrito mucho más que yo sobre esta indecorosa costumbre monacal que se tiene en mi patria. Incluso si no hubiera sido hijo de esta patria, igualmente habría llegado a arrepentirse y a escribir muchas más cosas. Porque los que se visten de negro y se llaman monjes no se encierran en los monasterios y viven del sudor de su hermano, porque éste tiene esposa e hijos y paga muchos impuestos, sino que, además de trabajar por su cuenta, también trabajan para hacer obras benéficas en otros monasterios, dado que estos monasterios tienen hospitales, pero no como los entendemos nosotros, sino como una cosa bien instaurada y agradable a Dios. Y cuanto más monjes hay mayor es el provecho, porque unos trabajan para producir ingresos, mientras que otros se ocupan de los enfermos, los limpian, les sacan los recipientes de orina y les dispensan otros cuidados, teniendo cada uno tantos enfermos a su cargo que el pobre monje pasa las noches en duermevela. Y cuando te encuentras a uno de sus superiores no te atreves a besarle la mano, sino el

sitio por donde pasa. Y uno llega a tener tanto arrepentimiento que siente la necesidad de regalar su camisa a este monasterio. Del mismo modo, también a un monasterio que está en una isla que hay cerca de Venecia, de confesión armenia [60], mediante grandes gastos han llevado profesores franceses y alemanes. Igualmente han reunido a muchos jóvenes y, después de 7 u 8 años de enseñanza, los que han aprendido más han empezado a traducir de otras lenguas a su lengua nacional, mientras que otros más jóvenes que han estudiado también 7 u 8 años, en todas las ciudades donde hay armenios han difundido después la noticia de que si necesitan maestros, profesores y traductores para ilustrar a la nación, tienen que dirigirse a esta fundación para adquirir todo esto. Cuando han querido prescindir de los servicios de estos extranjeros ilustrados porque ya no los necesitaban (habiendo instruido a los suyos durante 15 ó 16 años), los extranjeros, viendo la dedicación y las diferentes virtudes de los monjes, no han querido irse y han decidido, durante lo que les quede de vida, servir a estos honrados hombres sin cobrar por ello. El contemplar estas cosas, hermanos, es lo que me impulsó a escribir todo esto, y no el hecho de que yo tenga una enemistad personal con los monjes de mi patria.

Encontré también en Venecia un monje de los nuestros que tras visitar un gran número de nuestros monasterios, y tras ver los que yo describo, no fue capaz, al recordarlo y mencionarlo, de no maldecir las inadecuadas costumbres de estos priores cuando, además, se acordaba de que él mismo había sido uno de ellos y de todas sus acciones, ante lo cual sentió mucho asco. Así, hermanos, yo también escribo, no con enemistad, porque no puedo tener con todos enemistad, sino con lágrimas, y juro por lo que más quiero que así es. Y quiero escribir con el convencimiento de que en la antigüedad corría sangre romana por las venas de nuestros antepasados, los cuales estaban llenos de virtudes, pero de un tiempo a esta parte se ha exaltado el

lujo y la asquerosa diplomacia [61] que ni ha asentado las bases de nada ni ha sido de utilidad para la patria.

Ya es hora, hermanos, de dar una buena organización al clero, porque una cosa inadmisibile es ver a los curas por las tabernas, vestidos sólo con camisa y abarcas, con carros en el mercado de fuera [62] para vender tablones para la construcción y cargando arena y ladrillos, sin conocer ni los preceptos de su religión ni cómo comportarse correctamente. Como también es una pena y una vergüenza que los ingresos monacales no se utilicen respetando el deseo de sus fundadores, como podría ser ayudar a los diferentes tipos de escuelas, pagar a los muchos profesores que hacen falta en todos los distritos dándole no 500 ó 600 leus por año, que es menos que la paga de un cochero, sino según lo que necesite uno que no puede obtener dinero de otra manera y que sólo pretende ilustrar. Y que otros ingresos se destinaran a ayudar a los hospitales, fundándolos o multiplicándolos; y otros a pagar a los médicos y a los cirujanos que tiene que haber en cada distrito. Del mismo modo sería bueno ayudar a un grupo de 7 u 8 personas duchar en lenguas extranjeras para que tradujeran libros útiles a la lengua nacional. Y la más grande ayuda sería para los que quisieran editar libros provechosos para la nación -sean originales, sean traducciones- y no tienen medios para ello. Como la ayuda de enviar a jóvenes al extranjero para estudiar medicina, de modo que con el tiempo enseñen a otros en nuestra patria, abriendo una academia, porque he dicho que Peşta, que tiene todo esto, no puede compararse ni con Craiova ni siquiera con todo el principado de Valaquia, puesto que no es la sede de Hungría, sino una comarca de Hungría. Y muchas otras cosas para felicidad y alabanza de la nación que podrían estar muy al alcance si el gobierno uniera sus esfuerzos con los boyardos y los boyardos con el gobierno para poner en marcha cada mes algo que fuera útil a la patria.

Por otra parte, la residencia imperial no tiene por fuera ningún adorno especial, porque es un edificio antiguo -aunque sus cualidades son muy grandes- y porque es una construcción de cuatro lados [63], como una mesa, teniendo el patio en el centro, con una puerta en cada una de las cuatro fachadas del edificio, por las que libremente pasa siempre el pueblo, incluso a medianoche. No hay ni un solo momento en que no pase gente o carros por aquellas puertas, ya que la plaza imperial es una plaza de libre acceso. Y esto se hace de tal modo que no necesita rodearla con muros, ni cerrarla con muchos candados, ni siquiera cuando se va a dormir, puesto que conoce verdaderamente el amor del pueblo y de todos los ciudadanos nativos y extranjeros, porque él mismo sabe que su comportamiento para con el pueblo es igual que el de un padre para con su hijo. Y más aún porque, si alguna vez el pueblo no lo ama, estos candados se pueden considerar nudos hechos con lazos.

Estos gobernantes europeos tienen que salir a pasear verdaderamente sin ganas, porque no les queda ni un minuto para poner los ojos en ninguna parte, estando obligados continuamente a contentar al pueblo tanto con la inclinación de la cabeza como con el sombrero en la mano, en cuanto el pueblo le hace la reverencia y le grita *¡Vivat!* Sólo en dos ocasiones puede escapar a esto: cuando hace calor, porque tiene el sombrero en la mano y cuando dirige el sólo los caballos. Pero maldito el cuello que tiene que inclinarse sin cesar.

[COMENTARIOS]

¡Oh!, que diferencia con nuestro país, donde nos inclinamos hasta

que damos con la cabeza en el suelo y nos quedamos muy satisfechos cuando nos miran con el rabillo del ojo, porque el cuerpo no lo mueven: parece que son de cera y que tienen miedo de romperse. Pero cuando nos sonríen levemente, entonces tenemos que contárselo a la familia y a las personas de la casa.

Los adornos que hay dentro de la residencia imperial son bastante bonitos y de muy buen gusto, tanto en las habitaciones privadas del emperador y de la emperatriz, como en las que tienen para recibir a los que vienen a celebrar los días festivos. Y más especiales todavía son una serie de habitaciones y una sala grande, muy bien adornada con columnas de mármol y con muchos grandes candelabros de plata muy bonitos, donde ofrecen bailes o reciben a distinguidas personalidades.

Hasta aquí he descrito, mediante todo lo que he mencionado, las especiales cosas que vi en la ciudad y la gran preocupación del gobierno por la felicidad del pueblo. Pero puesto que todos los hombres, tras el trabajo, unos unas horas y otros unos días, necesitan moverse para mantener sanos sus cuerpos y para apartar del pensamiento lo que echa a perder al ser humano, el gobierno ha tenido también la misma preocupación por construir parques para el júbilo y la buena forma de vida del pueblo, de los cuales uno es éste:

CLASI

Éste es un hermoso lugar para pasear, embellecido con diferentes callecitas iluminadas por farolas desde el anochecer hasta el amanecer. Dicho parque rodea toda Viena. En una parte hay un hostel donde hay muchas mesitas y sillas, unas bajo techo y otras descubiertas. Aquí

ofrecen todo tipo de bebidas como café, limonada, ponche, helado y leche de almendras y, además, está permitido fumar. Entre estas calles hay bancos para sentarse. En este paseo, aparte de que también durante el día hay mucha gente, no puede haber mayor belleza y alegría que ir por la noche con el simple propósito de pasar el tiempo rodeado de gente en el jardín iluminado. Una vez me ocurrió que estando allí por la noche, debido a la muchedumbre, no pude ir donde yo quería sino donde me llevaba la gente, viéndome obligado a apartarme para que sólo con la vista, sin moverme, los pudiera ver a todos, entre los que había bastantes grandes ricos y distinguidas señoras, pero la mayoría eran gentes sencillas. Casi siempre las $\frac{3}{4}$ partes pertenecen al pueblo llano y el cuarto restante a la nobleza; de las cuales un extranjero no puede distinguir quién es noble y quién pueblo, o a ricos y pobres, porque los más importantes no van vestidos con sedas ni las damas llenas de joyas, sino que todos están vestidos simplemente con ropa limpia.

[COMENTARIOS]

La mujer de baja condición social se viste con ropa de 10 florines, de tela estampada limpia y bien confeccionada. Las señoras nobles y ricas, con vestidos de raso, de croché, o de percal, limpios y hechos a medida y con todo tipo de lazos de los que cuestan 50 ó 60 florines, pero sin tener en el vestido excesivos adornos. El que vea a estas señoras de la más alta clase de Viena y a las nuestras, las de tercera mano, calificaría de pobres a las vienasas y de vienasas a las nuestras, dominadas por el lujo, millonarias. Pero la verdad es justo al contrario, porque aquéllas tienen bastante, aunque no gustan del lujo ni de ropas barrocas. En cambio las nuestras son bastante pobres porque toda la mercancía la adquieren a cuenta hasta que empiezan a poner las haciendas a subasta, pero están

terriblemente obsesionadas por el lujo. Prefieren quedarse en casa con sus hijos muertos de hambre en lugar de salir a pasear si no tienen en los vestidos cientos de pedacitos cosidos a los que llaman adornos, los cuales les suponen un gasto considerable.

El pobre Efrosin gritó en un desfile, no obligado por ninguna enemistad, sino por el amor a su patria, que las telas en toda Europa las llevan los comediantes [64]. Y quien lo escuchó, tras escucharlo, juzgó, y después de haberlo juzgado ¿qué decisión ha tomado?

Este jardín fue hecho por José II, cuyo cuerpo es ahora ceniza, pero su nombre es recordado frecuentemente por el pueblo.

FOLCS-GARTEN (VOLKSGARTEN)

También este jardín tiene diferentes tipos de bellezas y también está iluminado y cerca del mencionado anteriormente. Tiene un edificio en forma de cuarto creciente [65], adornado con candelabros y con bastantes mesitas y sillas por las dos partes, donde se ofrece también todo tipo de bebidas, aunque no se puede fumar. También en este jardín hay otro edificio al que llaman la morada de Teseo, donde está también su estatua.

PARADAIS - GARTEN

También este jardín, junto con los otros dos, son de libre acceso para el pueblo, junto con el de más arriba. Y aquí también hay otro edificio, donde también dan todo tipo de bebidas, y donde sí está permitido fumar. Entre estos dos jardines y el que rodea Viena, dicen que hubo un día en el que se contaron más de 80.000 personas.

PRATER

Este parque, que se llama Prater, está como a media hora de Viena. También éste es de una belleza especial, porque se pueden ver miles de calesas, carrozas y coches de alquiler [66], así como cientos de personas a caballo y otras miles andando. Hay una calle bastante grande con castaños salvajes, muy altos y cortados igual de rectos que una pared: a la derecha de ésta, otra calle para los que van a caballo y a la izquierda otra para los que pasean a pie. La longitud de estas tres calles quizás es de más de 1.000 toesas. Y según se entra, a mano derecha, está la morada de Ares [67]. Allí puede ver el que contemple los cuadros todo el poder militar de Austria, tanto el de tierra como el de mar. Más adelante, siempre a mano derecha, otro edificio que se conoce como Tircus Ghimnasticus [XIX].

De aquí y hasta que se termina la calle, e incluso más adelante, hay un campo grande y bonito con árboles, donde se pueden ver grupos de cabritillas, ciervos y conejos, que pasan por debajo de las carrozas, sin ningún miedo. A la izquierda de estas calles, muchos hostales y tabernas, y cervecerías, y escuelas donde enseñan a nadar. Y todos estos edificios, donde dan bebidas, tienen alrededor de los árboles miles de mesas y sillas, donde se sienta la gente y sacia su apetito. Dos cosas especiales se ven en este paseo: la grandeza del jardín, que está rodeado por el Danubio, y la multitud de gente y de carrozas. Y aquí se dice que hubo un día en el que llegó a haber más de 100.000 personas.

Verdaderamente, otro difícilmente creería esto, pero yo sí, por lo que vi cuando el emperador y todos los grandes señores estaban en los baños y en sus haciendas, así como también los comerciantes, y no pocos en Pojun, donde se preparaban los actos para la coronación de la

emperatriz.

Este jardín era antes de libre acceso sólo para las carrozas y sólo en determinados días; para el pueblo no. Pero el Emperador José II que gobernó desde el 29 de Noviembre de 1780 hasta el 1788, que también se afanó mucho por contentar al pueblo, lo hizo libre para todo el mundo, a partir de lo cual se ha seguido embelleciendo.

BELVEDERE

Que quiere decir, bella vista

Este parque hace honor a su nombre, porque no sólo el parque en sí es bonito sino que, además, tiene dentro cosas de gran valor y dignas de ver. Aquí, según se llega, se entra en un gran edificio con muchas habitaciones llenas de cosas antiguas y caras, de las cuales las que he podido describir son éstas: un cuadro grande de 5 toesas de largo y 3 de ancho en el que se representa la Última Cena del misericordioso Jesucristo con los 12 apóstoles, representados con grandes figuras; todo este trabajo no está pintado, sino hecho en mosaico. El valor de este maravilloso trabajo con facilidad se puede calcular si pensamos que este tipo de trabajos hechos sobre pitilleras con representaciones de la figura de un hombre o de un animal, o donde se cuenta una historia, se vende por 1.000 ó 2.000 leus.

En la primera habitación hay armas turcas nuevas y muchas otras más viejas, muy diferentes a las de ahora, como ya dije, como sillas, pendones, yelmos, de los cuales uno tenía en la punta un gallo de oro,

penachos y otros muchos símbolos militares. Y sobre 8 caballos de madera, como los de verdad, cubiertos con armaduras, 8 caballeros -los llamaremos así- vestidos también con sus correspondientes armaduras, de la cabeza a los pies. Un cuerpo de hombre también de madera, pero dos veces más grande y más gordo que un cuerpo humano, representando un tipo de caballero, vestido también con aquella armadura y con las armas que lleva cuando va a la guerra, las cuales, si se quisieran cargar, necesitarían un buen carro. Estos nueve soldados están repartidos en tres salas. Alrededor de las paredes hay más de 120 sillones entre los que hay filas de armaduras, de las que uno puede saber que no tienen ningún cuerpo dentro sólo si ve los agujeros de los ojos, que es el único sitio donde no hay armadura, pero el resto es todo hierro y, al igual que el resto del cuerpo, se dobla por todas las articulaciones. Otra habitación con grandes cuadros donde se puede ver a toda la dinastía imperial desde el inicio de este imperio hasta ahora. Seis estatuas de cobre, de las cuales una es de María Teresa, otra, del príncipe Rodolfo y las otras cuatro de gobernadores militares de épocas anteriores. Además también hay muchas salas con metales en su propia tierra, como ya expliqué en su momento. Después, de nuevo, trozos de coral muy grandes y diversos, esmeraldas, diamantes y otras piedras; un trozo de esmeralda del tamaño de una nuez en cuya superficie han hecho un reloj. Otras grandes salas con armarios alrededor, llenos de magníficas antigüedades y de muchos regalos enviados por varios imperios, así como dos coronas y una cruz del Papa. Y muchas vasijas dignas de ver y una mesa de media toesa de largo, trabajada en plata con turquesas por todas partes, cuyo valor no es tan grande como su belleza. Otra sala con multitud de instrumentos musicales de diferentes épocas, que no se parecen a los de ahora, tan sólo el cuerno alpino [68] y la flauta del pastor (la cual hace llorar). Muchas vasijas de cristal, porcelanas de China, un bordado de perlas muy especial y otros

miles de cosas que no anoté.

A unas 400 toesas de este edificio, en el jardín, hay otro edificio grande, y en las habitaciones miles de imágenes y cuadros pequeños y grandes, nuevos y antiguos, pintados por los más renombrados pintores, los cuales tienen allí su mejor obra, como el que representa a la ungidora María Magdalena, ante cuya contemplación todas las personas se quedan de piedra. También está el retrato de la madre y del padre de un pintor, pintados por éste mismo. Ante estos dos cuadros, incluso los mejores pintores de ahora se quedan bizcos de asombro, porque el hombre nunca está contento con lo que tiene. Otro gran cuadro en el que se muestra la tristeza de una familia entera por el hijo que se va a la guerra. Este cuadro pocos lo miran sin llorar. Su padre y su madre, que están un poco alejados, lloran haciendo aspavientos con las manos, mientras que su esposa, toda en llanto y temblando, lo coge de la mano. A su alrededor, los niños, de los cuales los mayores están tristes, mientras que los pequeños no lo están porque no comprenden lo que pasa. Pero el soldado, convencido de su servicio a la patria, cogiendo la mano de su esposa, con la cabeza vuelta a otra parte, hace ademán de marcharse. Otro cuadro, también grande, donde se muestra la alegría de otra familia por el hijo que ha vuelto de la guerra, pero éste con todas las manifestaciones de alegría. Y como los dos están puestos en una misma sala y, además, al entrar, se ve primero el triste, verdaderamente todos los que lo ven se entristecen mucho, llegando incluso los más débiles a soltar unas lágrimas. Después, volviéndose hacia el cuadro alegre, sin duda tiene que alegrarse, por ser estos dos cuadros tan semejantes a los sentimientos de la tristeza y de la alegría del hombre. Otro cuadro representa una ventana pintada con los ventanales abiertos y la cabeza de una persona asomada mirando al exterior. Este cuadro, si no estuviera en una sala donde hay muchos cuadros, sería exactamente igual que la ventana de una casa y no sólo cualquiera que pasara pensaría que el

hombre es real y lo saludaría, sino que incluso los pintores sufrirían este engaño. Porque aunque todos ven el cuadro con su correspondiente marco, todos preguntan, no obstante, si la cabeza no está realmente embalsamada y puesta por dentro con algún truco, y si les está permitido tocarla con la mano. Y otra muchas cosas más.

Desde esta residencia imperial hasta la otra, en el lugar que he dicho de 400 toesas, hay un parque muy bonito, un terreno sin árboles, sólo unos sarmientos plantados de esquejes y entre ellos como unas 50 estatuas de mármol y como unos 40 pedestales [XX] también de mármol, sobre los que hay unas macetas grandes con flores, también de mármol. A la derecha y a la izquierda de este parque hay un jardín grande sólo con árboles formando calles, con claros de bosque y otros lugares totalmente oscuros, debido a la multitud de árboles que hay juntos. Y otras calles con árboles altos y diferentes.

ŞENBRUN
(SCHÖNBRUNN)
La fuente bonita

Es imposible que alguien pueda describir la belleza de este jardín sin equivocarse. Tan sólo puedo decir que a uno que lo visite por primera vez, dependiendo de la intensidad o de la variedad de sentimientos de su espíritu, sin duda una de estas tres cosas tiene que ocurrirle; es decir, que si está triste, se alegre al entrar; que si está alegre, se entristezca una vez que ha entrado; o que, aunque no se encuentre dominado ni por la tristeza ni por la alegría, experimente una de las dos: permanecer indiferente es imposible. Un boyardo muy digno de respetar me dijo una vez que es

mucho mejor ser jardinero en este jardín que gobernador en el desgraciado País rumano. ¡Cuánto me gustó esto!

De Viena hasta este jardín hay como una hora de camino a pie, todo él con senderos con grandes chopos y setos [XXI].

Aquí hay una gran residencia imperial con muchísimas salas alrededor del patio, donde dicen que caben 10.000 soldados con todos sus útiles.

Por debajo de esta residencia imperial pasa el pueblo libremente a este parque, donde hay un claro de bosque, sin árboles, sólo con losas y con flores, de más de 20 toesas de largo y la mitad de ancho. Al final de estas 200 toesas empieza como una colina, con un estanque rodeado por un muro de piedra de 50 toesas de largo y 30 de ancho, lleno de muchos tipos de peces de los que la mayoría son de color plata y rojos como el fuego. Arriba, junto a este estanque, un muro de piedra, sobre el cual hay 2 caballitos de mar cuyas medidas son el doble de un caballo terrestre natural, y sobre ellos 2 Nereidas [XXII] dos veces más grandes que el cuerpo de una mujer, y a su alrededor otros muchos animales, todos ellos de piedra. Pasando este edificio, todo recto, la colina se va empinando poco a poco, toda ella limpia de árboles. En lo alto hay una atalaya grande y de piedra, cubierta por encima con losas y con muchos pilares bonitos, todos de piedra y con escaleras por las dos partes a cuyo pie hay cuatro pedestales con sendas estatuas encima. Sus cuerpos son dos veces más grandes que una persona alta, vestidos con todas las antiguas ropas militares de la época romana y están rodeados por muchos animales salvajes entre los que se encuentra un león, también a tamaño natural. Y todo esto hecho en piedra. En esta atalaya hay también una plataforma [69] con un mecanismo sobre el que al sentarse una persona, rápidamente la eleva por encima de la empalizada [70], desde donde tiene una vista magnífica, viendo claramente todo este jardín, como ya he dicho, y en

frente la residencia imperial y los otros jardines de los que hablaré más adelante, así como toda Viena con la grandeza de sus campos. A la derecha y a la izquierda de este claro de bosque hay muchos pedestales con estatuas, todas de diferentes hombres de la época romana.

Detrás de estas estatuas, árboles muy altos, separados y podados. Este claro de bosque, con estas estatuas tanto a los lados como detrás de ellas, estas dos elevadas formaciones de árboles, el palacio imperial en un extremo, por donde entra la gente, y el mirador en el otro, sobre el monte, así como el estanque en el medio con los otros tipos de losas, producen al que lo mira una gran sorpresa, pero alegre, feliz y deleitosa (porque ya he dicho que hay sitios que también producen tristeza). A la derecha de toda esta extensión de jardines, otro tipo de jardín de mayor magnitud, pero también con árboles y con diferentes tipos de senderos, unos de árboles grandes podados formando un muro [71], otros formando un arco totalmente oscuro, y otros de árboles grandes y separados. Y de un tipo de calle al otro, varias clases de jardines hechos en diferentes estilos y con gran ingenio. Porque si alguien mira a una parte ve en aquella extensión de árboles un trozo grande de jardín, dejando clara y libre la visión de diversos adornos de losas que causan alegría, y mirando la otra parte, la tristeza y la depresión tienen que aparecer porque se encuentra en un bosque oscuro como la noche, con todo tipo de figuras y de escondites, y otras cosas que provocan tristeza y pensamientos inquietantes.

También aquí, a mano derecha, hay una casa redonda con un patio alrededor del cual hay muchas puertas con barrotes de hierro, constituyendo pequeñas viviendas de animales salvajes [72], donde hay un elefante, ovejas con colas anchas [73], un oso completamente blanco y otro muy negro de India, ciervos, tigres, cabras con manchas [74] y una especie más pequeña que el ciervo y más grande que la cierva que tiene entre las ramificaciones de los cuernos una concentración de piel negra

igual que la planta del pie de la oca [75], un castor, un cocodrilo y algunos tipos de pájaros. Y además, también a mano derecha, un gran bosque cerrado con rejas de hierro donde hay también animales salvajes de esos que no se dañan entre sí, muchos y libres, de los que se cazan los que quiere la familia imperial. A mano derecha, otro gran jardín, también con árboles con otras formas y diferencias, donde hay también una fuente con agua maravillosa de la que ha tomado el nombre este jardín, la fuente bonita. Asimismo, a la izquierda, una construcción a la que llaman la Puerta de Atenas, realizada con un tipo de técnica que uno piensa que es una construcción de miles de años, porque en unos lugares hay trozos de edificios completamente en ruinas, en otras partes solamente desprendidos, así como otros trozos desprendidos y simplemente apoyados en algunas esquinas. En el medio del edificio, agua estancada, muchas piedras caídas ennegrecidas y enverdecidas, como sucede cuando pasan muchos años dentro del agua estancada, hierbas crecidas en el muro y dentro del agua, y otros muchos signos que nos harían pensar en la antigüedad del edificio. Sin embargo, todo esto es artificial [76].

Éste es el jardín imperial que se hizo y que se mantiene con muchos gastos, y que a pesar de esto es de libre acceso para todo el pueblo. No sólo el emperador sino también su propia familia disfruta mucho más estando en la ventana y viendo cómo el pueblo disfruta de él: todos dicen que este jardín es el más importante de Austria.

LAXENBURG

Ésta también es propiedad imperial, igualmente con palacios y jardines, y además de las bellezas realizadas con el trabajo del hombre, tiene bellezas naturales, como un gran río, del que salen muchos canales

con agua que se distribuye por muchas partes del jardín. Pero también el curso principal del río tiene su belleza, porque en unos lugares es estrecho y corre entre dos montes rocosos y en otros lugares cae de arriba abajo, provocando un gran ruido. Además tiene otros sitios donde se ensancha mucho, en los cuales hay más de 20 barcas, cabiendo en algunas hasta 30 personas. También hay una isla embellecida con un bosquecito con senderos, campos, claros de bosque y un puente para que pasen aquéllos que quieren ir a la otra parte, donde también hay cosas especiales que uno tiene que ver sin falta, porque si no las ve, se quedaría sin conocer muchas cosas curiosas. Allí hay una pequeña fortaleza, en la que hay cosas parecidas a las de Belvedere; es decir, cosas antiguas, colecciones de armas, riquezas imperiales, yelmos, muchos símbolos militares, armaduras y algunos jinetes, aunque más famosos. En verdad hay menos que en Belvedere pero todas son dignas de reseñar, siendo incluso más especiales que aquéllas. Asimismo también unas cuantas habitaciones para que viva la corte imperial, cuya ornamentación también es diferente, no tanto por su gran gasto como porque es de siglos pasados, es decir, del XIV, muy diferente a lo actual.

También dentro de esta fortaleza hay una torre muy alta, con 170 escalones. Desde lo alto de esta torre se tiene una vista extraordinaria, porque se divisa todo el jardín, todas las vueltas que da el curso principal del río, así como los canales, la isla, el palacio, muchos pueblos y campos, de lo cual diría el que los viera que es como si tuviera un mapa extendido a sus pies. En lo alto de esta torre hay una habitación que tiene en el centro un agujero en el que cabe una persona y que se comunica desde aquí hasta abajo, donde está el calabozo. En esta habitación dicen que tenían lugar los juicios de los condenados a muerte, y después de dar a conocer la decisión de la justicia, encadenándolos, los bajaban por aquel

agujero hasta el fondo del calabozo, que es bastante oscuro y terrorífico, donde incluso ahora hay un pobre hombre encadenado de pies y manos con esa cara de persona casi muerta y con una ropa negra y podrida, al que cuando alguien se le acerca, con gran rabia se golpea las manos encadenadas. Por todo lo cual se estremece bastante el que lo contempla, pero enseguida se tranquiliza porque rápidamente le dicen que aquel cuerpo no es real, sino de madera y que hace todo esto mediante un mecanismo.

AU-GARTEN (AUGARTEN)

También este parque es del emperador, pero con diferentes bellezas que no comento porque ya he descrito las de Şenbrun. Aquí hay una renombrada taberna, de la que dicen que no se encuentra otra igual en otros países, no por la mucha y especial platería que tiene, ni por el adorno de las habitaciones, que es igual que el de los palacios imperiales, sino por las especiales cosas de comer que siempre hay allí, donde incluso un pobre come y se harta pagando tan sólo un florín; pero también si acude un rico puede pagar sólo 100 florines, porque tienen cosas extranjeras y caras. Muchas veces ha ocurrido que en Viena han faltado cosas extranjeras y que aquí se han encontrado esas cosas que uno no cree que puedan encontrarse. Y aunque está a más de una hora de Viena siempre almuerzan muchas personas allí, porque los menos ricos, yendo a dar un paseo por el parque, y encontrando comida barata, se quedan a comer, del

mismo modo que los ricos del lugar y los extranjeros, milores y millonarios, que quieren alardear de su prestigio pidiendo cosas extranjeras y pagan cientos de florines, o menos, o más, según las cosas que pidan. Dicen que ha ocurrido alguna vez que el posadero ha ganado 20.000 florines.

DORNBAH
(DORNBACH)

Hacienda toda ella hecha parque por el Príncipe Sfarţenberg [77], con montañas desiertas y con bosques, con valles, con ríos y, en otras partes, con distintos tipos de senderos y pedestales con estatuas. En estas montañas desiertas se pueden ver también manadas de animales salvajes. También hay aquí grandes jaulas [78], de muchas toesas, con muchos compartimentos, cada uno con su espacio, donde tienen unas aves que se llaman faisanes, y no sólo de un tipo, sino de muchos. Este jardín difícilmente se recorre a pie, por eso tiene también caminos para carrozas en las que ya he visto a otras personas.

CALENBERG Y LEOPOLDBERG
(KAHLENBERG Y LEOPOLDSBERG)

Hacienda de Lihtenstain, donde hay dos montañas muy altas. En ellas hay casas construidas, de las cuales hay una que está adornada al modo chino y turco. De una montaña a otra, por los alrededores, hay bosques con caminos internos, pero en las colinas que están desiertas, cuando hay sol y se reúnen manadas de animales salvajes, no hay cosa

más bonita que ver cómo están reunidos grupos de animales de cualquier raza, de los cuales unos están echados y otros juegan. Por las faldas de estas montañas corre el Danubio, de modo que si alguien está en la cima, ve las tres ramificaciones del río con sus correspondientes meandros y muchas barcas, unas subiendo y otras bajando, y toda la ciudad de Viena, así como muchos pueblos. También verá todas las colinas con viñas y distintos tipos de sembrados en los campos. Y lo más maravilloso de oír es que se ve incluso Prezburg, que está a 5 postas de aquí. Después, que juzgue cada uno qué extraordinario puede ser ver toda esta belleza natural. Y a pesar del cansancio que pasa cada uno hasta subir, ninguno deja de venir, más aún todos los milores y todos los extranjeros que vienen aquí de buena gana.

BADEN

Aquí hay aguas minerales, y muchos edificios con muchos baños y entre ellos, algo más lejos, otras muchas grandes casas, por lo cual puedo decir sin equivocarme que es una gran ciudad. Aquí, en la temporada de baños, vienen también muchos extranjeros que pasan su estancia muy felices, según he oído, porque cuando yo estuve la temporada ya había pasado.

El lugar más bonito es donde tiene el palacio el archiduque Carlos, el hermano del emperador, donde hay un edificio no sólo bastante bonito, sino también rodeado por un jardín hecho con muy buen gusto.

ELENATAL

(HELENENTHAL)

Más allá de Baden, como a media hora, hay un paseo, dotado de bellezas naturales, que se llama Elenatal [79], es decir, *el bosque de Elena*. Aquí hay dos montes por los que corre un río pequeñito, montes con bosques y con caminitos sólo para personas, y en sus cimas 2 fortalezas, en las que dicen que vivían dos hermanos, uno en una y otro en otra, pero por desgracia estalló la guerra entre ellos a causa de aquella Elena [80]. Por desgracia, he dicho, porque no pensaron los desgraciados hombres que nunca ganaría su corazón el que venciera sino que el ganador siempre hubiera sido aquél que ella hubiera elegido más adelante... Porque ¿de qué le habría servido al vencedor ganar la batalla, si ella no lo hubiese amado? Por lo tanto, desgraciada e injustamente, a éstos, cuya naturaleza les unió, su pasión los separó. Éstos son los jardines que vi en los que todos se alegran igualmente, y puedo decir que mucho más el pueblo, porque tiene menos preocupaciones.

Alrededor de Viena, siempre en la comarca de Austria, los sembrados son los mismos; sólo el maíz escasea y la alfalfa empieza a hacerse más presente. La fruta es también la misma, sólo que en mayor cantidad, y los tipos de ella mejores, pero el vino es peor que el húngaro. La raza de caballos y de bueyes no es flaca y débil como la húngara, sino más gorda; tiran más lentamente, pero soportan mejor la carga y los caminos. Los hombres son dignos, y todos, en todos sus trabajos, son serios y constantes. Sólo viendo alguien sus sembrados en los campos, cosechados o no, o cuando aran, se da cuenta de que son muy trabajadores y dispuestos a realizar todas las cosas con decisión y con orden. Porque los verá arando sólo con dos caballos pero muy fuertes y bonitos; el arado bien recto y el sembrado formando una línea recta detrás del arado, y todo

esto de hierro, pues ni siquiera las ruedas tienen ni un trozo de madera. Y viendo qué bien y qué limpios van vestidos mientras trabajan, uno piensa que son felices, pues hasta el más pobre y perezoso contribuyente tiene todo cuanto ha de tener un buen propietario. Van vestidos limpiamente él, la mujer y los niños; pies descalzos es imposible ver, pues, aunque tenga 10 niños, todos tienen que tener botas en los pies. Y aquéllos que son más inteligentes, trabajadores y dignos tienen también una buena situación, como la de aquel carbonero habitante de Baden, del que me veo obligado a escribir para que sepan todos qué dice un carbonero que vive en un lugar donde las leyes ayudan al hombre a crearse una situación con el único propósito de que sea digno.

[COMENTARIOS]

Un médico alemán conocido mío se alojó en Baden en casa de este carbonero, quien lo llevó al cabo de unos días al jardín que tenía a una distancia de una media hora, donde encontró un bonito jardín, una casa de obra con 5 ó 6 habitaciones, tanto arriba como abajo, y un molino que debió de costar miles de florines. Después, estando allí alojado y viendo que los cubiertos, sin contar la comida, eran no los de un carbonero, sino los de un hombre con posibilidades, se vio obligado a preguntarle cómo haciendo sólo carbón y vendiéndolo en Viena había llegado a esa situación. Él le respondió que así, y que no hay por qué sorprenderse, porque un hombre que trabaje 40 años (él tenía 65) y que pague al emperador lo justo, es decir, no mucho más de lo que está estipulado según su riqueza, ¿cómo no va a conseguir esta situación trabajando tantos años? Y también le dijo que hacía pocos días que había reunido 20.000

florines para comprarle una casita a su hijo mayor.

¡Mirad, hermanos! La felicidad de estos pobres me obliga a mostrar las causas por las que el vasallo del País rumano, que vive en aquella rica y bonita tierra, se halla en una pobreza y desgracia tan grandes que es imposible que un extranjero se crea esta pésima situación, porque para recaudar tributos se han impuesto penas para que dé lo que no tiene y todo lo que no puede ahorrar. ¡Oh!, que tiemble la mente del hombre, cuando se acuerde de que la obra de Dios, el hombre, nuestros hermanos, ha sido puesto en grupos de 10 tendidos en la tierra con los ojos al sol y un madero grande y pesado puesto sobre sus barrigas, de modo que no puedan defenderse de las picaduras de las moscas y de los mosquitos. Si no es verdad que esto no lo ha hecho nadie, que me recuerde la conciencia porque escribo una mentira, pero si lo ha hecho un rumano con sus hermanos rumanos sólo para volver con mucho dinero reunido, demostrando así que está al servicio del poder, el que lo haya hecho y lo recuerde al leer esto que le recuerde a él también la conciencia y que de ahora en adelante abandone estos hábitos, porque las plumas no se secarán ya más y este tipo de cosas van a dejar de ser conocidas sólo por los confesores y sufridas por las propias víctimas; la pluma va a decirle la verdad al pueblo tanto en las cosas que son de su provecho como en las que le traen sólo desgracias. Otros cristianos, también a causa de los tributos, fueron colgados cabeza abajo y otros fueron encerrados en establos, donde los asfixiaban con humo y les daban castigos semejantes, por lo cual el que quiera conocer tanto la época en la que se hicieron estas cosas como las personas que tuvieron una gran disposición y buenas intenciones por su oficio, que busque entre los funcionarios de allende el Olt, los cuales deberían temer a Dios por todo esto.

Estas injustas costumbres, nada comunes en otros lugares, han llevado a los pobres habitantes a una situación así, de modo que si entra

alguien en aquellos lugares, que se llaman pueblos, no verá ni iglesia ni casa, ni valla alrededor de ella, ni carro, ni buey, ni vaca, ni oveja, ni ave, ni hórreos donde está la cosecha con la que alimentar a sus familias, y en resumen, nada, porque sólo tienen unas habitaciones en el suelo que se llaman chozas, donde al entrar no se ve más que un agujero en el suelo, en el que caben él, la mujer y los niños alrededor de la chimenea y un cesto de mimbre sacado fuera por la parte de abajo y pegado con mierda de vaca. Y tras la estufa, otro agujero más por donde puede escaparse él cuando siente que viene alguien a su puerta porque sabe que no puede ser otro que un enviado para recaudar impuestos. Y a aquél, no teniendo nada que dar, le pegarán o lo atarán y lo llevarán a venderlo por un año, dos o muchos más, a un boyarducho, a un arrendatario o a cualquiera que encuentre, para el que deberá trabajar un número de años, con lo cual, el dinero que debería pagársele por esto lo destinarán a pagar sus deudas (de nuevo digo que el verdaderamente compasivo Dios es muy paciente). ¿Qué necesidad de esclavizarse tiene esta criatura de Dios para dar lo que no tiene?

Y además, si alguien entrara en sus chozas, sería imposible encontrar sobre sus cuerpos o en sus casas alguna cosa de 10 leus, porque incluso la olla en la que hacen *mamaligă* [81] no pertenece a una sola persona, sino que tienen una entre 5 ó 6 amigos. Y cuando éstos por desgracia se enteraban de la llegada al pueblo del funcionario fiscal, del coronel, del capitán, del comisario administrativo y del comisario jefe, huían tanto ellos como sus mujeres y los niños, que podían huir por bosques y montes, igual que los animales salvajes cuando los cazadores les echan los perros. Porque saben que si los cogen no les pedirán más que dinero, y como no lo tienen, recibirán azotes sobre su espalda. No creo que el peor tirano gobernante, viendo claramente con sus ojos esta acción

divina, -a este hombre exactamente igual que él huyendo por montes y por bosques, con los pies desnudos hasta las rodillas y con las manos negras y quemadas hasta los codos, y la ropa que tiene puesta hecha de retales, y los niños completamente desnudos-, no creo (digo) que no se le ablande el corazón al verlos en ese estado, por muy salvaje y malo que sea, ni que les pida más dinero. Y esto se debe a que ni los señores ni nosotros, los boyardos, nunca vemos a éstos, sino que sólo los ven aquéllos que van para obligarlos a pagar y para cumplir el castigo, los cuales tienen corazones envenenados y sin ningún conocimiento de los deberes hacia los hombres.

A este tipo de hombres enviaban los gobernantes para completar lo que falta (esto es lo que suelen hacer cuando quieren recaudar el dinero de los campesinos y no tienen motivos para ello), de modo que en primer lugar envían a otros que haciéndoles creer que son mandados por la ley, es decir, que recaudan en el nombre de los prefectos, de los recaudadores y de los funcionarios fiscales, y que han cumplido legalmente en el pago de impuestos, recogen de los habitantes las cédulas de los funcionarios fiscales de dos o tres clases de impuestos. Después, al cabo de un mes, mandan a un comisario por el resto, quien recauda todo el dinero que ya han dado los habitantes una vez. Y los maestros de este tipo de enseñanzas son aquéllos que en pocos años se han comprado haciendas, se han construido palacios, sin haber heredado los bienes de sus padres y sin haber hecho negocios por los que hubieran podido ganar 2 ó 3 millones. Y los que, de entre los compatriotas, conociendo sólo a los habitantes de la parte del lago, que tienen cualquier estado, digan que no tengo buen conocimiento del país, a éstos les responderé que no es un honor enumerar las causas por las que unos pueblos y los escuderos y los criados van deambulando por el mundo. Y más aún, que como todo se hace sin orden, lo que ocurre es lo siguiente: que he visto casos de pueblos con 100 casas

y con sólo medio contribuyente. Pero en esto el gobierno no ha actuado bien, según la norma de la proporcionalidad de todos los pueblos, sino que ha sido bastante injusto, porque los que deberían contribuir para mantener 100 casas se han expandido por los pueblos de los boyardos que no tienen poder y por los de los pequeños terratenientes, de modo que en los pueblos es muy fácil que los maestros enseñen a los señores cómo hacer este tipo de chanchullos.

¿Acaso me he extendido en vano? De todas estas malas costumbres han tomado ejemplo los ocultos negocios de nuestros boyardos, porque yo he visto cómo un boyardo que ocupaba un cargo ingresaba en su casa una gran cantidad de dinero vendiendo comandancias, capitanías y otros cargos públicos, que como negociantes especuladores que van contando su dinero pretenden sacar el doble del pueblo. Esto mismo es lo que veía él en el tesorero que vendía diversos puestos, sacando igualmente una determinada suma. Y sumando todos los ingresos de todos los boyardos se alcanza una cantidad increíble. Así pues, ¿con qué derecho este pueblo ha tenido que entregar tanto dinero?

¡Oh, qué amarga vida la de este pueblo que vive en esta rica tierra! ¡Oh, qué injusta recaudación en el nombre de los ingresos de los boyardos! Injusta y digna de crítica porque nos ha enemistado, porque está en contra de la unión, en contra de los hermanos, en contra de todos los buenos pensamientos. Y además nos ha empobrecido; me refiero a la venta de las funciones públicas, desde el primer escalafón hasta el último, venta que alcanza una suma considerable, cantidad que después los compradores duplican o triplican, según les parece. Esta cantidad total, si la cuenta uno que ha viajado por el país y conoce todas las malas costumbres de los funcionarios, se dará cuenta de que es muy parecida a la del impuesto legal que se recauda en un año de todos los habitantes del

País rumano. Porque se vendía la comandancia de Craiova, de los maestros artilleros, de la comandancia de Cernet, el tercer cargo del Parlamento local de Craiova, la jefatura del Parlamento, de todos los guardias fronterizos, de todos los notarios, de todos los juzgados, todos los coroneles y capitanes, todos los recaudadores y tesoreros del funcionariado, los cobradores, la infantería, la capitania, todo esto, digo, se vendía. ¿Quién puede decir, entonces, que los compradores no cogían en un año y de todo el país una suma muy grande sin ninguna ley? Porque en todo el mundo todos los que trabajan por la patria cobran su salario, y a aquél que realiza un buen trabajo o algún sacrificio por la patria se le reconoce un honor particular, que pueden ser condecoraciones como las que se imponen en toda Europa.

Y este tipo de acciones es el que realizan los pueblos ilustrados en armonía, porque a aquél que termina la escuela se le coloca en el cargo más pequeño, y de allí, después de trabajar durante tres años y de practicar bastante, se le sube a otro, y de allí, al cabo de otros tres años, a otro, y de este modo, cuando llega al cargo más alto ya sabe todas las normas y las leyes y tiene la mente formada con todas las ciencias. Y no como aquí, donde los jefes no saben ni lo que saben los menos inteligentes cancilleres del Parlamento y del Tesoro, y algunos ni siquiera conocen el rumano culto, sino que, por ser hijos de la nobleza, los príncipes, porque necesitan los servicios de nuestros padres, después de una o dos boyardías, los hacen boyardos del Parlamento y los ascienden al primer escalafón.

Y estos boyardos firman durante muchos años todos los tipos de sentencias que les dan los secretarios, las relacionadas con las misiones que se les han encargado, porque si cogieran ellos mismos las sentencias para leerlas y enmendarlas, les parecería que están escritas en chino [82]. ¡Y la patria se ve obligada a pagar a este tipo de hombres un sueldo y unos impuestos especiales, porque sirven al pueblo! (¡Oh, cómo me hace reír

esto!). Por estas razones me da vergüenza contar todas las cosas que ocurren y que nos deshonran. Basta con decir que muchos hijos de los boyardos de segundo y tercer escalafón se mueren de hambre porque los que han conseguido entrar a trabajar a las órdenes de los escribientes, los recaudadores y los secretarios del Parlamento y del Tesoro, no se van de allí hasta que mueren. Y esto ocurre no porque sea ésta la costumbre o la ley, porque todos los cargos, desde el más alto al más bajo, se cambian cada año. Tampoco ocurre esto como consecuencia de un mérito especial o como recompensa por el justo comportamiento de aquel secretario y por eso se acuerda que permanezca 40 años en el puesto, sino que la causa es que algunos tesoreros y cancilleres de cuyas decisiones dependen todas las causas judiciales del pueblo de este principado de Valaquia, no saben ni redactar una sentencia. Entonces, ¿cómo se va a cambiar al viejo secretario y se va a poner en su lugar a otro más joven en este cargo? Es posible que a otros no les haya ocurrido lo mismo; es posible que hayan entrado en el cargo instruidos en todas las ciencias, pero lo que a mí me pasó fue lo siguiente: cuando me dieron por primera vez el cargo de prefecto y vi venir al recaudador y al escribiente con un montón de papeles que yo debía supervisar, juzgar y darles el visto bueno con mi firma me recorrió un escalofrío. Y cuando al día siguiente vi a 20 campesinos libres con montones de documentos con 200 y 300 años de antigüedad y me vi obligado a buscar a su antepasado más lejano y a averiguar en cuántas partes se ha dividido su propiedad y a qué linaje pertenece cada peticionario para asignarle su correspondiente propiedad, me quedé de piedra y maldije la hora en la que acepté este cargo, porque me di cuenta de que un prefecto tiene que tener muchos conocimientos, casi tantos como un príncipe; porque así como un príncipe tiene un tesorero para todo el país, el prefecto tiene un tesorero en su distrito; del mismo modo que el príncipe tiene a los prefectos, el prefecto tiene a los

funcionarios fiscales; como tiene al gran canciller, el prefecto tiene al escribiente, y así como el príncipe tiene a los boyardos miembros del Parlamento, el prefecto tiene a su juez; y si el príncipe en vez de ministros de guerra tiene coroneles y capitanes, el prefecto, en vez de ministros, tiene guardias de frontera. Sagrada y muy bonita organización si todo esto se llevara a cabo con justicia y si nosotros, sin distinción, tanto los pequeños boyardos como los hijos de la nobleza, tomáramos los cargos empezando por el escalafón más bajo y cada uno subiera hasta el más alto según su educación y sabiduría. Entonces nos enorgulleceríamos de verdad por los bienes ganados con nuestro sudor y no por los metales con los que nos hacemos túnicas de hilo de oro, ni por el pelo del camello con el que nos hacemos cinturones, ni por la piel de marta y de lince, lo cual me produce mucha risa [83].

¡Oh, cómo me acuerdo de mis errores y cuán obligado me veo a confesarme por ello! Porque yo tampoco he hecho ni el más mínimo bien a la patria en señal de agradecimiento por haber criado, enriquecido y honrado a mis padres, abuelos y bisabuelos, sino que desde el primero hasta el último cargo no han parado nunca de cobrar impuestos ilegales de este pueblo que no tiene su comida diaria. Viendo que esto ya no se hace en ninguna parte del mundo tengo remordimientos y digo que qué feliz será aquel compatriota que sepa que no ha hecho lo mismo que yo, porque no tendrá los mismos remordimientos.

Ya he hablado de los injustos impuestos del pueblo que se conocen como tributos y que se elevan a una considerable suma. Pero ahora vuelvo sobre ello y digo que hay también otro tipo de cláusulas perjudiciales para el pueblo por las que se alcanza una cantidad considerable: la venta de la recaudación de impuestos que realizan los compradores con todo tipo de calamitosos medios. Me refiero a la venta del diezmo, del impuesto sobre los rebaños, sobre las viñas, sobre las minas de sal, la venta del impuesto

local, del del tabaco, el del paso del ganado, el del mantenimiento del ejército (lo que representaba una mala actuación por parte del gobierno, porque si los propios habitantes no tenían la libertad de negociar la venta del mantenimiento del ejército que ellos mismos hacían con su trabajo, ¿cómo podía el gobierno vender este derecho de mantenimiento a algunas personas que querían sacar de este asunto común sólo un provecho personal para él o para los que él quería?).

Pero yo pienso que es hora de que absolutamente todos los hermanos compatriotas de esta patria, tanto los que han hecho el mal como yo, como los que han hecho el bien, desde el más grande hasta el más pequeño, decidamos despojarnos de la ropa extranjera y vestirnos con ropa de compasión, de unión y de virtud, decidiendo cada uno servir a la patria tal y como la sirven en toda Europa. Y en lugar de quejarse por esta ausencia de beneficios, que cada uno rechace la pereza y se dedique a su casa, alejándose del lujo y practicando el ahorro. Y entonces también cada uno de nosotros ganará verdadero honor y verdadera felicidad, y el pueblo sin duda en pocos años llegará a aquel estado en el que se encuentran los pueblos de los otros países europeos, del mismo modo que llegará a la debida instrucción cuando tomen ejemplo de los otros pueblos y multipliquen los ingresos de las escuelas y cuando decidan lo que hay que hacer con los hijos de la nobleza que saben lenguas extranjeras, una pequeña sociedad para hacer traducciones de libros extranjeros útiles en lengua nacional. La gran utilidad de este trabajo, si es que no nos dignamos nosotros mismos a sentirlo y a verlo realizado, sin duda la conocerán nuestros descendientes cuando se haga bien, según digo, porque el comenzar un trabajo es reducir su finalización a la mitad. ¿No son pocos, en cierto modo, los que saben lenguas extranjeras? De los que cada uno en el plazo de un año, si se lo propone, ¿no podrá traducir un librito de una historia muy pequeña? ¿No se podría repartir entre sus

señorías una letra o dos para ir confeccionando lexicones, reuniéndose todos y comentando unos a otros sus resultados y debatiendo todos juntos y creando nuevas palabras que nos hacen falta? ¿Acaso hablo en vano? Una sociedad de hombres puede hacer un gran trabajo siempre que no sean menos de 10, sino muchos más, de los que el que sepa más, escribirá más y mejor y el que sepa menos, escribirá menos y peor; y el que sepa menos, que no tenga pudor, porque el pueblo no va a recompensar sólo la mucha sabiduría, sino también la buena voluntad, la buena intención que tenga cada uno, según su disposición a servir a la patria. Porque tanto aquél que sea útil con un lingote de oro como el que traiga sólo un grano de mijo, tienen que ser honrados por igual, mucho más que los que escriban después, por ser principiantes en este santo trabajo y por facilitarle las cosas a los que vengan después.

Al salir de Braşov, empecé a escribir en la lengua nacional todo lo que veía, y no muchos días después, sino a los pocos días, me vi obligado a escribir en lengua griega porque muy frecuentemente contemplamos cosas que no tenemos mencionadas en nuestra lengua como *şadîrvan*, *statue*, *cascade* [84] y otras para las que tendría que emplear muchas horas, calculando dónde haría falta usarlas, y así me vi obligado a dejar la lengua nacional y a empezar con el griego. Y esto no sin cierta vergüenza, porque todos los compañeros de viaje escribían cada uno en su lengua nacional y escribiendo yo también, me preguntaron en qué lengua nacional estaba mi escrito. Y por necesidad respondí que era griego, argumentando que en nuestra patria todos los hijos de la nobleza acostumbran a escribir mayormente en lengua griega. Pero en este siglo, cuando el gobierno se le ha confiado a un nativo hacia el que con osadía todos podemos ir como hacia un padre, mostrando cada uno todo el bien que haya podido reflexionar, y cuando todos estamos obligados a acoger todas las costumbres para la utilidad y la iluminación de la patria, no es

precisa más demora, sino sólo acoger la luz bien y poner en práctica las buenas costumbres, para lo cual hay muchas personas capaces, de modo que trabaje cada uno según pueda para utilidad de la patria y honor de la familia de sus señorías como Nicolae Obedeanu, los hermanos Cîmpineni, Nicolae Filipescu, Iancu Văcărescu, Iordache Golescu, los hermanos Mihalache y Alecu Ghiculești, los hermanos Mihalache y Costache Cornești, Manolache Florescu, Alecache Vilara, los hermanos Ștefan, Costache y Iancu Bălăceani, los hermanos Constandin, Șerban y Grigorie Grădișteni, Nestor, Alexandru Nicolau Filipescu, Alecu Filipescu, los hermanos Băleni, los hermanos Bibești, Grigorie Obedeanu, Iordache Crețeanu y hay muchos más que ahora no recuerdo.

De entre tantos hermanos compatriotas, cómo puedo decir que no se va a poder crear una sociedad que pueda suplir la gran falta de libros que tenemos con los mejores traductores y los mejores transcritores. Y aparte de esta sociedad necesitamos otra que reflexione sobre cómo alejar al enemigo de nuestra patria y al responsable de la pobreza y de nuestras penurias, que es el lujo, y cómo en su lugar se ha de asentar el ahorro, la dignidad y el trabajo de la tierra con la apertura del comercio, que enriquece todos los imperios. Si hablo mal, hermanos, reprendedme; si hablo bien, poneos en marcha, lanzad, echad abajo las envidias y uníos, caed a los pies del gobernante, pedid todo tipo de ayuda para investigar y realizar buenos trabajos útiles para la patria, porque sin duda se contentará también Su Alteza por estas costumbres, os ayudará y os honrará por vuestras virtudes, llegando a la conclusión de que realizándose esos trabajos durante su reinado ganará fama y gloria eternas.

Hay, además, no pocas ocasiones para grandes gastos, sobre todo a causa de los incontables e interminables procesos para los límites de las haciendas, mientras que en otras partes he visto con un gran orden que cada persona tiene el registro de todas sus haciendas repartidas

geométricamente y firmemente respaldadas por el gobierno. Y además de los registros que están en manos de cada propietario, todos han pasado también al registro del Parlamento para que si alguien, por cualquier desafortunado suceso pierde los documentos, no padezca daño ni gasto mayor que el de copiarlos del registro del Parlamento. Verdaderamente cualquiera puede pensar que esto es muy difícil y que causa muchos gastos, pero si piensa en todos los gastos ocasionados en los interminables juicios que se han hecho en todos estos siglos y en las injusticias que tienen lugar en ellos, verá que son 10 veces mayores, mientras que mediante aquella buena costumbre nunca hay posibilidad de que se vean mezclados en estas causas ni los funcionarios fiscales, ni los jueces de distrito, ni los catastrales, ni los departamentales, ni los alguaciles, ni los porteros, de los cuales puedo decir que la mayoría, porque no tienen ninguna ciencia, en vez de elegir y juzgar a los que se quejan, cometen peor injusticia y con su intromisión causan al Parlamento y al Gobierno un inútil impedimento a las verdaderas decisiones que hay que tomar, causando también a los contrincantes gastos 10 veces mayor el hecho de ir de juez en juez. Mientras que reuniendo a tres boyardos del primer escalafón, a 6 del segundo y a otros 6 del tercero que tengan cualquier tipo de estudios, en tan sólo un año podrían llegar a ser buenos geómetras y geógrafos, los cuales, si se les otorgara buenos ingresos y el dinero de 2 ó 3 monasterios (cuyos excedentes los derrochan los monjes que han dejado el mundo y no necesitan dinero, sino sólo un traje usado y el pan de todos los días, los cuales tienen que ganar sólo con el esfuerzo de su cuerpo), lo organizarían todo perfectamente.

Asimismo, de especial y gran utilidad son las escuelas destinadas a la enseñanza de los sacerdotes, porque aquí no se enseña sólo lo relacionado con el clero, sino que en primer lugar les enseñan a tener muy buenas costumbres, a tener palabras agradables y moderado

comportamiento y apariencia y hechos humildes, porque su deber es dar buen ejemplo en las aldeas donde se encuentren.

Hay muchos boyardos y señoras que han ido a banquetes llamados por los sacerdotes de las aldeas cercanas a Braşov. Recordad con qué tipo de personas habéis hablado, volved la vista hacia nuestros sacerdotes y echad una lágrima por ellos, pensando que es mejor que los ingresos monacales se utilicen precisamente para la enseñanza de los sacerdotes, abrazando la verdadera virtud, las buenas obras, el amor por la grey que se les confía, por los que verdaderamente sufren como una madre por sus hijos. Porque todos estos sacerdotes, como ya he dicho, están obligados a adoctrinar a todos los niños de la aldea, desde la más tierna infancia hasta que se casan: cómo tienen que cumplir sus obligaciones con el emperador, así como con sus padres, con gran humildad, obediencia y cuidado, de modo que nunca les ocasione ni el más pequeño disgusto; que se inclinen ante los aldeanos ancianos sin distinción, que se inclinen ante todo aquél que se encuentren y que sean muy trabajadores, huyendo siempre de la pereza, porque la vida holgazana no gusta ni a Dios ni a los hombres. Esto es lo que tienen que hacer los sacerdotes un día a la semana para adoctrinar a todos los niños de la aldea, pero no como si fuera una misa y no de la manera en que predicán en la iglesia, porque entonces ni ellos sabrían qué dicen ni el pueblo qué están escuchando. Porque con su sermón, un joven que lo esté escuchando durante 15 años, saca gran provecho, porque incluso el de peores costumbres y el más perezoso, tiene tiempo de ser algo más bueno, y el más bueno siempre tiene tiempo de superarse. Así, pues, la primera y más firme utilidad la ocasionan los sacerdotes. ¡Oh, cuánto me hubiera gustado contar estas útiles costumbres que traen la luz y la felicidad al pueblo no 2 ó 3 veces sino por lo menos cien si hubiera sido posible!

Estos cuidados y cumplimientos de los deberes del clero, estas buenas obras del gobierno y de los hijos de la nobleza que buscan y dirigen al pueblo hacia la felicidad y que por todos los medios embellecen todas las ciudades y las aldeas, así como los caminos, del mismo modo que la felicidad y la tranquilidad que he visto que tiene hasta el más pobre hombre, me han obligado a escribir todas las malas obras que se hacen en nuestro país y a agrupar a mis hermanos compatriotas en una sociedad, como he visto en otros sitios, la cual se esforzaría en apartar el mal, abrazar el bien y traducir libros. Y así en poco tiempo esta madre patria se alegrará porque sus verdaderos hijos empezarán a demostrar que tienen virtud y que han reconocido sus deudas hacia ella. Porque los hombres dan testimonio y dicen que la patria es una tierra que todos los habitantes se interesan por conservar y nadie la abandonará porque nadie abandona la felicidad y más aún aquellas tierras en las que los extranjeros buscan un lugar para refugiarse. Esta tierra es una madre que ama a todos sus hijos sin distinción, excepto en el caso de que ellos mismos quieran que se les diferencie. Es una nodriza que les da la leche con la misma alegría con la que es recibida. Es una madre que tiene la buena intención de encontrarse entre todos sus hijos, de los que unos pueden ser más ricos y otros más mediocres, pero a ninguno le desea que sea pobre, aunque sea grande, o pequeño; ni siquiera quiere que algunos estén preocupados por sus problemas. Por esto, en la más injusta situación, siempre intenta encontrar un término medio, abriéndole a todos el camino hacia la riqueza y el honor, al que todos pueden ser llamados por su buena conducta; ni tampoco acepta con alegría algún mal en su familia sino sólo aquello que no puede detener, es decir, el daño causado por la vejez y la muerte.

Por eso tenemos que esforzarnos por la patria, porque toda la felicidad y toda la verdadera gloria de un buen patriota es ésta; a esta

patria Licurgo, Solón, Miltíades, Temistocles y Arístides [85] la consideraban como lo más importante del mundo.

Uno de éstos, en una reunión convocada para decidir sobre una guerra de la patria, viendo el bastón de Euríades levantado sobre él, dijo sólo estas palabras: *“golpéame pero también escúchame”*. Arístides mientras tuvo bajo su dominio todo el poder y el dinero de los atenienses, ni siquiera dejó dinero para que se le enterrara.

Esta patria hizo que una mujer espartana le dijera a su hijo: *“márchate, hijo, ármate por la patria y vuelve o al lado de tu escudo o sobre él”*. Esta patria hizo que Bruto el grande le cortara la cabeza a su hijo. Galerio Públicola, con sólo mencionar el nombre de la patria y sin demora, puso al Senado a favor del pueblo.

En el nombre de la patria Meninio Agripa hizo que el pueblo volviera del monte santo [86] a los brazos de la república. Con el poder del nombre de la patria, Veturia desarmó a Coriolano. Manlio Camilo, Escipión, derrotó al enemigo sólo con el nombre de los romanos.

“¿Pero en qué rincón de la tierra se encuentra hoy esta patria y dónde están sus habitantes?” dijo el famoso padre Cone, impulsado por su devoción. Yo he realizado en muchos lugares averiguaciones sobre los súbditos de todas las clases sociales. A los ciudadanos les dije: *“Pero, ¿sabéis lo que es la patria?”*. El hombre del pueblo lloró; el boyardo juez frunció las cejas, guardando un silencio profundo, el soldado me maldijo, el cortesano me silbó y el recaudador de los bienes del gobernador me preguntó: *“¿Qué es eso del nombre de la patria, un tipo de arrendamiento o algo así?”*. Y por lo que respecta a los religiosos, los cuales, como Anaxágoras, señalan al cielo con la punta del dedo cuando alguien les pregunta por la patria, hay que decir que no se sorprenden por nada puesto que ellos no alaban a ninguna patria. Y así, como nadie tiene patria, es

lógico que disminuya el número de deudas. Y entonces tendremos tiempo de esperar a navegar por el mar a nuestra voluntad después de que se tranquilice, actuando en contra de los hechos del gran Pompeyo, que habiéndose visto obligado a viajar por mar obligado por la necesidad de servir a la patria, y con el tiempo en su contra, los amigos le aconsejaron que no viajara con esa tormenta tan grande, pero él les dijo: “*Es muy necesario que yo viaje pero no es tan necesario que yo viva*” [87]. Y no sólo estos hombres han actuado y han hablado así para la humanidad, sino también muchos otros, cuyos nombres y hechos unos han sido publicados y otros se están traduciendo ahora, los cuales leerá el que así lo desee. Una cosa que produce risa es ver cómo los propietarios de animales, desde que éstos nacen, los cuidan, les enseñan a andar y a comportarse bien y a respetar la hora de la comida, de la bebida y la de descanso; mientras que los hombres, creados por Dios, a los que éste honró haciéndolos incluso a su imagen y semejanza, y a los que redimió con su sacrificio y con su muerte, los deja errantes por los caminos del desconocimiento, en un estado peor que aquellos animales irracionales, con suspiros y lágrimas y sin preocuparse nada por ellos. Que el misericordioso Dios vuelva la mirada sanadora hacia este pueblo, y lleve a las almas malas a la compasión, a las insaciables, ávidas de dinero, a la generosidad, y a aquéllas dominadas por los malos vicios a la virtud.

De Viena hasta Trieste están las paradas referidas más abajo, a las que no pude dedicar más tiempo, porque tanto cuando fui como cuando volví siempre viajé con el *ailvaghan* [XXIII] [88], que viaja sin cesar día y noche, parando sólo en determinados lugares para comer y para cenar.

De Viena a Naidorf, 2 postas.

Gusendorf, 1 posta.

Naestadt, 1 posta.

Naichirhen, 1 posta.

Scoltvein, 1 posta y media.

Marţscalg, donde está la frontera de Austria con Stiria. 1 posta y media.

Criencalg, en Stiria, 1 posta.

Mărţov, 1 posta.

Bruch, ciudad bastante grande y adornada con bellos edificios, 1 posta.

Retelştain, 1 posta

Pegau, 1 posta

[GRAȚ]

(GRAZ)

Graț, la primera ciudad de Stiria, está regida por un gobernador y tiene todas las buenas costumbres y leyes necesarias para ser felices. Es una ciudad bastante grande y llena de muy bonitos edificios, con plazas grandes, caminos anchos. Pasa por esta ciudad el río Mur, sobre el que hay un puente que está cerrado por los laterales y cubierto por encima, donde hay comercios con bastantes vendedores y patronos. Este pueblo es trabajador, porque siendo cuando fui la época de la cosecha y cuando volví la del arado, vi los campos llenos de trabajadores que iban muy bien vestidos, de modo que podría decirse que se habían vestido para ir a un baile y no para trabajar, porque todos tenían en la cabeza grandes sombreros, atados con anchos lazos y con los cabos sueltos, vestidos con levitas de paño rojo, con pantalones negros hasta la rodillas, y desde aquí hasta abajo, medias de algodón y botines, un poco más por encima de los tobillos, atados como las de los soldados [89].

[COMENTARIOS]

Cuando vi estos campos de rojo y negro y los cabos de los lazos ondeando al viento, fue imposible que no me acordara de cuando yo mismo estaba en el campo durante la cosecha y la siega, con doscientos o trescientos hombres; fue imposible, digo, que no me acordara de la desgracia de los habitantes del País rumano, de su desnudez y de los harapos que tenían por ropa, y especialmente de los de la zona de Oltenia, donde, además, están negros, quemados por el sol como animales que salen mal del invierno, delgados y con el pelo encrespado.

El lugar es pedregoso y los sembrados cambian de nuevo, siendo el más habitual el maíz, seguido del trigo y de los otros. Subidas y bajadas y montes con bosques hay bastantes.

De Graț fui a:

Caltđdorf, ciudad, 1 posta y media.

Lembrih, 1 posta.

Herenhauzen, 1 posta.

Marburg, ciudad grande por la que pasa el río Drau. 1 posta.

Faistriți, 1 posta y media.

Ganovici, 1 posta.

Sil, ciudad por la que corre el río Son. 1 posta y media.

Santpeter, 1 posta.

Frant, 1 posta.

Ozvad, aldea en la comarca de Iliria, 1 posta.

Podpest, 1 posta.

Laibah es la primera ciudad de Iliria, por la cual pasa el río Lai,

pero cerca de la ciudad pasa también el Sava. Este nombre de ciudad no lo olvidarán ni nosotros, ni nuestros nietos, ni nuestros hijos ni todos nuestros biznietos, porque aquí se decidió mantener el yugo tiránico sobre los cristianos, que por desgracia viven en la Europa turca [90].

Oberlaibah, 1 posta y media.

Loitște, 1 posta.

Plamina, 1 posta.

Adelzberg, 1 posta.

Prevald, 1 posta y media.

Sessena, 1 posta y media.

Triești, 1 posta.

En todos estos lugares hay subidas y bajadas y todo es como una losa de piedra de mármol blanco. Todo este lugar está sembrado de frutales y vides, y aparte de que cada uno tiene en su terreno, en lugar de vallas de madera, muros hechos con piedras pequeñas simplemente amontonadas, sin cal ni nada, también tienen unos montones de piedras, con los que cada uno marca su territorio. En este tipo de lugares viven y se alimentan los hombres, que no sólo van vestidos y tienen lo necesario para vivir, sino que también tienen dinero.

TRIEȘTI (TRIESTE)

Ésta es la famosa ciudad del golfo del mar Adriático con un famoso puerto de renombrada belleza. Las casas son todas muy bonitas, hechas con ingenio arquitectónico y todas en línea. El pavimento de las calles no creo que haya otro igual en otra parte. Su belleza y solidez son dignas

de ver, porque son muy anchas y rectas, y la mayoría se entrecruzan y están pavimentadas con grandes losas de piedra, algunas de las cuales miden 1 toesa. A ambos lados de las casas hay unos sitios con bloques de piedra de 1 toesa de ancho para los que van a pie, cuyo pavimento tiene algunas piedras menudas para que no resbalen ni los animales ni las personas [91]. En otros sitios, después de la lluvia, no se atreve nadie a salir afuera, pero aquí no hay cosa más bella que andar por estos caminos, y esta obra no sólo está en 5 ó 10 calles, sino en todas las de la ciudad.

Los extranjeros pasan muchísimas horas en estos cruces, porque desde allí ven por los cuatro lados la belleza de las calles, las líneas de las casas, la orilla del mar llena de barcos y las colinas llenas de jardines y con viñedos. En fin, es cosa de admirar. De nada sirve describirlo; es necesario verlo. Por todos estos caminos se ve gente corriendo continuamente y, aparte de los del lugar, hay muchos extranjeros de todas las partes, siendo un gran puerto y *puerto franco* [XXIV]. Los comerciantes tienen dos grandes edificios a los que llaman Lonjas y Bolsas, donde 2 veces al día, antes y después del almuerzo, se reúnen no sólo todos los comerciantes, sino también todos los que tienen negocios entre sí, porque aquí uno se los encuentra a todos, no importa quién sea ni de qué asunto se trate. Y junto a éstos que tienen negocios se reúnen el doble y hasta el triple para pasar el tiempo leyendo gacetas, jugando a las cartas, bebiendo café y fumando. Pero en el edificio al que llaman Lonja, que está adornado como un palacio imperial, hacen especiales reuniones como bailes y clubes. Sin embargo, a estas reuniones no va cualquiera por libre, sino sólo las familias que estén inscritas, que pagan anualmente una cantidad estipulada, y allí no aceptan ni a judíos ni a turcos, aunque allí hay judíos que tienen 2 ó 3 millones. A todo extranjero lo admiten por un período de dos meses, a través de algún conocido de los del lugar, y al cabo de dos meses se le sigue aceptando, pero ya tiene que pagar.

Todas las orillas del mar que dan a la ciudad y los canales que entran en la ciudad están llenos de barcos que tienen mercancía y están hasta que las venden, unos *al por mayor* y otros *al detall*; el número de estas barcas asciende a 800. Una barca de éstas que recibe el nombre de *correo*, va todos los días de Trieste hasta Verona y de allí viene otra a Trieste con personas y mercancía, mientras que de otras partes más lejanas vienen 2 barcas por semana. Y de Trieste salen otras 2. El barco [XXV], 2 veces por semana, va a Venecia y vuelve de nuevo con personas y mercancía. Siempre hay en el barco, aparte de la mercancía y los barqueros, de 40 a 60 viajeros, pero muy raramente asciende a 100; piénsese, por lo tanto, qué continuo tráfico de tantas personas. Una posta sale cada día de la comarca de Austria y otra viene todos los días, pero a los imperios extranjeros sale y llega 2 veces por semana.

Tiene un teatro muy grande y bonito, en el que caben unas 3.500 personas; ha habido tardes en las que se han encontrado más de 2.000 personas, y la representación fue tan emotiva que no hubo 100 personas a las que no viera enjugándose las lágrimas.

Hay también una escuela con todo lo necesario y 2 iglesias ortodoxas con la liturgia tradicional, de modo que todo creyente queda contento. Todo lo necesario para vivir es abundante y barato, aunque la carne y el pan son caros. Todos los tipos de verdura y de legumbres los tienen de sobra, así como frutas, como manzanas, peras, cerezas, guindas, ciruelas negras, nueces, avellanas, membrillos, sandías y melones, uvas, higos, albaricoques, albaricoques amargos, melocotones, ciruelas amarillas, nísperos, limones y granadas. 20 naranjas cuestan 1 *zwanzig*, pero todas las demás son baratas, porque incluso las que no se cultivan allí y se traen de otras partes por mar, se consiguen baratas. Cuando descargan los limones y las naranjas de los barcos parece que descargan carros de

heno de un pajar. También son incontables la cantidad y los tipos de pescado [92] que se descargan como sardinas, pez rojo, tiburón, mújol ahumado, anguilas, mejillones, ostras, cangrejos, camarones, almejas, coquinas, tellinas, sepia, pulpo, chopa, salmonete, mero, congrio, palometa, caballa, atún, mújol, jibias, barbo, cigalas, boquerones, chanquetes, rodaballos, calamares, langosta, paguros, cangrejos, chirlas, doradas, almejas grandes y bogavantes.

Para entrar en la ciudad de Trieste hay que descender una colina durante una hora, pero si hay que subirla, se tarda 2 horas. Desde esta colina hay una vista muy bonita, porque además de ver desde una altura así el interminable e inabarcable mar, cosa ante la cual con razón se sobrecogen las personas no acostumbradas, se contempla la belleza de la ciudad, que está más de la mitad rodeada de barcas, y a los barqueros subiendo por los mástiles y bajando con gran valentía, cada uno vestido con sus trajes nacionales, y a los grupos de niños que todo barco tiene que tener, tirándose al agua desde los mástiles. Todo el mar, cuanto alcanza la vista del hombre, está lleno de las redes que tienen sobre las barcas grandes y pequeñas que continuamente van y vienen pescando por los pueblos de alrededor. Pero esta ciudad es especialmente bonita por la noche, cuando todas las calles de la ciudad están iluminadas por farolas grandes y se ve toda la ciudad y todo el mar como si estuvieran en llamas, y en resumen, hay todo tipo de comodidades, todo lo necesario para comer y para vivir libres y en armonía. Hay personas de todas las partes del mundo, un lugar para los negocios, un lugar para que vaya allí y encuentre la felicidad todo aquél que por cualquier causa no ha encontrado la alegría de vivir donde ha vivido antes. No está lejos de aquí ni el paraíso terrenal, es decir, Italia, ni Viena, donde tiene que vivir toda persona que tenga bienes, porque la vida tranquila y las buenas costumbres del pueblo

difícilmente las encontrará una persona en otros lugares.

VENETIA
(VENEZIA)

Ciudad grande y vieja, construida en 1300 y toda ella sobre el mar, por lo que tiene en vez de calles, 530 canales, y en vez de carros y carrozas, muchas barcas, cuya longitud es de 5 toesas, y con una anchura en su parte central de 1 toesa, donde también tienen un techado, igual que la capota de una carroza, que se puede quitar [93]. Estas barcas, cuando tienen que salir fuera de la ciudad, quitan la capota. Como son muchas, están por todas partes y, zigzagueando, van donde quieren ir y realizan su cometido, tal y como hacen en otras ciudades. Sobre estos canales hay 360 puentes de piedra con forma de arco, por debajo de los cuales pasan las barcas sin ningún problema.

Las casas no están adornadas por fuera según el estilo arquitectónico de ahora, ya que hay muchas construcciones antiguas, cuya belleza se ha perdido, pero todavía se ven las señales. Se ve que esta ciudad fue algo diferente; se conoce que vivieron en ella grandes hombres y que hubo una época en que establecieron su ley por toda Europa. Aquí se ven muchas clases de edificios y muchas estatuas, de modo que se puede decir que cada cosa es una parte de la Antigüedad. Por esta razón las personas recorren países, para encontrarlas y verlas en salas, pero todo esto se ha convertido en una tal ruina que podría compararse esta ciudad con un hombre de 100 años que, después de haberle abandonado todas las fuerzas y encontrándose en una tan mala situación, está junto a un joven robusto y guapo que cada día piensa en cómo tirar al viejo al mar. Pero a pesar de todo esto, como ya he dicho, de lo que se ve, cualquiera puede

deducir que hubo un tiempo en el que no había otra ciudad más bonita, más poderosa y con más esplendor. Porque a cada paso que se da se ven cosas hechas con gran gasto, como la Plaza de San Marcos, que es bastante grande, de la cual 3 partes son construcciones de casas, donde por aquella época vivían todos los más grandes duques del Senado. Las fachadas de estas tres partes de edificios dan a la plaza y tienen columnas en su parte inferior. Entre las columnas y las estancias hay calles peatonales, de 2 toesas de ancho, pavimentadas con losas de piedra [94]. En todas las estancias de abajo que hay en estas tres partes de la plaza hay tiendas que venden mercancías caras, así como muchos hostales, y si no es mentira lo que me han dicho [95], hay más de 100, donde ofrecen todo tipo de bebidas, con mesitas y sillas en la puerta. Esta plaza y estas 3 calles están llenas de gente, residentes y viajeros, donde se leen gacetas, se entregan y se reciben cartas, y todos hacen alguna cosa, sobre todo por la noche, cuando todos estos sitios están iluminados, teniendo cada tienda y hostel, sin contar las farolas de la ciudad, 2 ó 3 velas. En la cuarta parte y al principio de la plaza está la iglesia de San Marcos. Delante de las puertas de la iglesia hay tres postes muy altos que dan fe de la victoria de los venecianos sobre Chipre, Creta y Morea. A la izquierda, en un edificio alto, hay un reloj y un hueco en la pared [96], dentro del cual hay una representación de la Purísima Virgen, bañada en oro. A la derecha y a la izquierda 2 puertas también doradas y de una a otra un balcón de hierro. El día de la fiesta de la Asunción, después de dar el reloj las horas, se abre la puerta de la derecha, de la que sale la figura de un ángel, todo dorado, el cual va por el balcón hasta delante de la Purísima Virgen, donde se detiene un momento y después se va y levanta una trompeta con la que toca tres veces. Después se va de nuevo y se dirige hacia la puerta de la izquierda, la cual, al acercarse el ángel, se abre para que entre éste. Entonces, de la puerta de la derecha salen unas figuras doradas que

representan a los tres Magos con los dones que le traen a la Purísima Virgen, la cual está allí quieta y se va después tras el ángel. Y entrando por la puerta de la izquierda, se cierran las dos. Este hecho ocurre desde el día de la celebración de la fiesta hasta 15 días después, todas las veces que se dan las horas. Al año siguiente, cuando llega la fiesta, se hace lo mismo, pero el resto del año sólo funciona el reloj. Y justo en lo alto de este edificio, al descubierta, está la campana del reloj, a cuyos lados hay dos dragones grandes de cobre, que tienen sendos martillos en las manos y dan las horas. Y a la derecha hay una campanita de más de 25 toesas de alta. También son dignas de ver las espléndidas cosas de la iglesia, las cuales describiré diciendo sólo que todos los santos y todo lo que se acostumbra a pintar en una iglesia, en vez de pintado está hecho en mosaico, así como el espacio que queda entre un santo y otro, que también es mosaico recubierto de oro. El suelo de la iglesia, con trozos de piedras grandes y pequeñas formando flores, constituye otro mosaico. Fuera de la iglesia sólo la torre está también hecha con mosaicos. Sobre la puerta central hay 4 caballos hechos con una aleación de metales tal que hasta el día de hoy no se ha podido saber los materiales con los que se hicieron. El color de la cara es un poco verde, en realidad es más azul que verde y, además también tiene oro. Pero estos dos colores no están separados, sino mezclados, igual que esos trocitos de malaquita que tienen dos colores.

El final de esta gran plaza, a mano derecha, se junta con el inicio de otra plaza, cuyo otro extremo concluye en la orilla del mar [97]. A la derecha de ésta hay también grandes edificios sostenidos por columnas y con calles entre las estancias que se apoyan en los edificios de la plaza grande. Y a la izquierda hay un gran edificio donde en tiempos pasados vivía el más grande dogue [98], gobernador de Venecia, quien tiene una biblioteca y otras cosas de gran valor. El artificio, la belleza y el especial ornamento de este edificio son dignos de ver, sobre todo una escalera en

arco, cuya bóveda es de losas de mármol con muchas estatuas pequeñas y diversos tipos de flores y estucos imitando diversas arquitecturas, todos de mármol y colgados de tal modo que parece que se van a caer; todos los bajorrelieves están hechos en oro. En una sala grande, puesto sobre una tarima, está el trono del dogue, y alrededor de toda la sala 3 filas de asientos, para los duques y para las personas extranjeras que se mandaban de otros imperios para hablar de los asuntos que tenían entre ellos. Las paredes de esta sala están adornadas con cuadros grandes de 3 y 4 toesas en los que se representa a las personas enviadas y toda la ceremonia que llevaban a cabo los hombres del lugar. Hay otra sala con cosas antiguas muy caras como muchas estatuas de mármol de diferentes personas de las que destaco la estatua de Odiseo, la de Cibeles, Athanalia, Artemisa, Afrodita, el rapto de Ganímedes, la unión de Zeus con Leda, el apuñalamiento del cordero para el sacrificio y otras muchas, todas de mármol. Cuadros en los que se muestra a miles de hombres, como la guerra que se hizo en Nafpactu [99], donde un solo hombre hacía frente a 35, como si dijéramos 1.000 contra 35.000, pero ganaron los que eran menos, porque entre ellos mismos decidieron que si no ganaban la batalla, que ni uno escaparía con vida. Pero los más numerosos se rindieron porque fueron enviados de mala gana. También hay un cuadro donde se representa el paraíso y en otro el rapto de Morea, a la que han pintado en forma de mujer encadenada, y el gobernador enemigo le entrega el gobierno de Venecia, estando ella también pintada, en forma de mujer sentada en el trono imperial. Y otras muchas pinturas semejantes. Hay, además, otras salas con libros, de los que los más destacables son los manuscritos.

De esta segunda plaza sale un camino que se recorre en una hora y que es muy ancho, de 10 toesas, pavimentado en algunos lugares con losas de piedra y con casas en la parte izquierda y el mar en la parte derecha con

muchos barcos y barcas. Al final de este camino hay un jardín muy bonito, de libre acceso para el pueblo llano, donde dicen que hubo un monasterio con muchos monjes, del que Bonaparte, cuando lo vio, preguntó qué es lo que hacían para utilidad pública. Y al responder sus santidades que no tenían ningún trabajo, sino que sólo rogaban a Dios, ordenó echarlos a todos, para que trabajaran, y que de este modo aquel lugar quedara para el disfrute de la ciudad, para proporcionarles felicidad a todos los ciudadanos. Ha habido días en los que he visto todo este camino que une las dos plazas con personas, unas tras otras, formando una cadena, y al volver, de noche, era muy bonito ver todo el camino iluminado y todas aquellas tiendas a lo largo del camino abiertas e iluminadas. Pero en aquella gran plaza, ya no iba nadie donde quería, sino donde el pueblo le empujaba. Allí se toca también música militar y allí se concentra, igualmente, toda aquella cadena humana.

Tiene también unos astilleros muy grandes, donde se construyen nuevos barcos y barcas y se reparan otros viejos, donde dicen que trabajan cada día unas 500 personas. Aquí viven también muchos militares. Hay también muchas salas con colecciones de armas y con otras cosas antiguas, como en Viena, donde incluso se encuentra el yelmo del famoso Atila. Esta ciudad, toda construida sobre el mar, no dispone de un lugar fijo para abastecer de alimentos a los ciudadanos. Y no es que falte nada de lo que tienen otras ciudades, porque puedo decir que hay más cantidad de alimentos que en otras partes, los cuales se traen con facilidad de los pueblos de alrededor, como pueden ser toda clase de verduras, legumbres, frutas y aves que, además de venderlas en lugares determinados, muchos hombres venden por las calles gritando frente a las ventanas con los cestos llenos incluso de gallinas, patos y ocas, todos ellos desplumados. No falta ninguna cosa de las que nombré en Triești, más bien las tienen de sobra, porque la población es mayor que en Triești, llegando a un número de

100.000.

De Venecia hasta Fuzina, pasando por la parte terrestre hasta Italia, se hace una travesía por mar de 1 hora.

PADUA

Ésta es una ciudad del Lombardo-Véneto italiano, habitado por menos personas de las que acogería la ciudad, de tal modo que en las plazas ya ha crecido la hierba. Pero el camino de Fuzina hasta aquí y hacia todas las aldeas de Italia es una cosa digna de ver, tanto que no puede nadie creerlo hasta que no lo ve. Porque aparte de que el camino está hecho de losas muy bien asentadas, hay, además, por las dos partes, unas zanjas por las que corre agua, a cuyos lados hay senderos con grandes árboles, y en algunos lugares incluso el doble, y pérgolas, cosa que apenas puede verse ni en jardines hechos con mucho gasto. Dejando aparte la belleza de los caminos, a ambas partes de éstos hay campos con sembrados donde cada campesino tiene un lugar asignado como si fuera un jardín, dividido en cuatro partes y rodeado por acequias por las que corre el agua. Y cuando cree que los sembrados necesitan agua, no espera a que venga la lluvia y cierra la acequia del valle mediante la compuerta que tiene cada uno, de modo que el agua al rebosar inunda todos los sembrados, y cuando ya no necesita más abre la compuerta. Junto a estas acequias que rodean el terreno que cada uno tiene hay senderos con árboles, formando una cadena de un sitio a otro, dividiéndose uno de otro por medio de estas acequias y de estos senderos. Por eso digo que en Italia no tiene que viajar uno con postas, sino a pie, porque por todas partes no verá más que jardines con estos senderos rodeados de acequias y los grandes ríos de los que toman el agua para las acequias, y acercándose a

sus aldeas verá, además de otras frutas, granadas, higos, limones y naranjas. Pero para que el lector pueda hacerse una idea de los sembrados que cada uno tiene en aquel lugar, seguiré hablando más adelante. Después verá el viajero también grandes casas de ladrillo, con estatuas, con balcones de hierro y con otros muchos adornos.

Esta ciudad de Padua fue construida hace 1.700 años y, hasta que se construyó Venecia, aquí estuvo la sede del Gobierno. Y debido a que estaba demasiado oprimida por el rey Atila, se construyó Venecia y se trasladó el gobierno allí.

El cultivo más común es el del maíz, que se siembra dos veces por año. Cuando estuve en Italia en el mes de Agosto, ya se había cogido la primera cosecha, pero la segunda empezaba ya a formar sus mazorcas. Después, el trigo, la avena y todos los demás, así como todas las clases de fruta que describí en Trieste pero muy diferentes en dulzor y olor.

VIṬENṬIA (VICENZA)

Ciudad también en la Italia del Lombardo-Véneto, con edificios también viejos y con tres teatros. Y aunque hay tres más en construcción, muchas veces hacen alguna representación, incluso 10 veces, y esto no se hace porque sea una ciudad con muchos habitantes, sino más bien al contrario, porque este pueblo es gran amante de la música y quiere oír muchas veces las hazañas heroicas y virtuosas de los grandes y dignos de alabar hombres de la Antigüedad. Y el más pobre ciudadano tiene que ir

con su mujer y con sus hijos, como he visto en las aldeas de Austria, donde los súbditos iban con sus esposas y con sus hijos al teatro, porque en estos lugares los teatros se consideran muy útiles, ya que nos muestran los ejemplos de aquéllos dignos de nombrar.

[COMENTARIOS]

Esta costumbre no la tenemos en nuestro país, donde hay un teatro para todo el País rumano, en București, la sede del Gobierno, que tiene una población de quizás más de 100.000 habitantes, y muchas veces en este único teatro apenas hay 100 personas. Y esta escasez se debe a que en la nación rumana el teatro se hace en alemán; como si el pueblo estuviera obligado a conocer la lengua alemana. A causa de esta costumbre pasé bastante vergüenza en Viena, porque estuve en una reunión en la que había un inglés, quien, viniendo de Tarigrad [100], pasó por București y al verme con ropa turca me preguntó de dónde era. Y tras saber que era de București empezó a decirme que cuando estuvo en București fue al teatro con gran empeño en asistir a una representación en lengua nacional, y al ver que hablaban en alemán preguntó a los que iban con él (que conocían su empeño, pero que no le dijeron que en el teatro hablaban en alemán) si todo el pueblo sabía alemán. Después, descubriendo que de los que estaban en el teatro, sólo la décima parte lo entendía, dijo que este hecho no sólo no lo había visto en ningún lugar del mundo por los que había ido, sino que tampoco creía que en ningún otro sitio se hablara en el teatro una lengua que no fuera la nacional. Porque en cada país el teatro está hecho, primero por los propios grupos nacionales, y después por los grupos extranjeros que puedan venir. Tras esto empezó a preguntar si no tenía esta nación una lengua y una literatura nacionales. Y este inglés dijo con

razón todas estas palabras en București, estando con aquéllos de los que se hizo amigo, y aquí empezó esta conversación sólo para que yo me alegrara, oyendo qué bien hablaba de mi país. Que juzgue ahora quien quiera cuánta dificultad tuve en responderle: “¿Qué?, ¿es eso verdad?” Hubiera sido para difamar a mi nación. ¿Una falsa mentira? No pude, porque había muchos que no sólo conocen estas costumbres, sino que también parece que controlan la vida de cada persona. Y alguien podría haber dicho que en el País rumano muchos conocen la lengua alemana, pero nadie me ayudó porque se pusieron en contra diciéndole que 200 comerciantes y 20 boyardos que saben esta lengua no pueden mantener el teatro, y que los otros, al no entender, no disfrutaban, y así no puede progresar el país. Y que si se hablara en el teatro la lengua nacional, según la gente que él ha visto en București, 4 teatros serían pocos. Regresando después a Sibiu, me habló también un amigo de la sorpresa y de la risa de este inglés sobre el teatro y otras muchas cosas. Ahora no tengo mucho más que decir, tan sólo que el que no tenga orgullo patriótico no se enfadará.

VERONA

También el camino hasta esta ciudad es muy bonito, de modo que el viajero extranjero tiene que hablar primero de los caminos y luego de las ciudades. Esta ciudad es bastante bonita y tan grande que necesita más habitantes, pero no habitantes de nuevas construcciones. Todo el mundo tiene que alegrarse por los caminos, pero al entrar en las ciudades se entristece porque según lo que ve juzga la grandeza en la que se encontraba la ciudad en la antigüedad. Tiene tres teatros, pero el más

digno de reseñar es el que se llama Anfiteatro [XXVI]. Porque aunque hubo anfiteatros en otros lugares, más grandes que éste, están en ruinas, y no queda más que éste en todo el mundo. Pero tampoco están construyendo ahora otros, porque aquellos juegos de la antigüedad ya no se celebran, y sobre todo porque para llenar este anfiteatro de personas, tendrían que venir espectadores de otras tres o cuatro ciudades. De este único y gran tamaño se deduce que hasta que esta ciudad no decayó tuvo más de 100.000 personas, y ahora quizás no haya ni 20.000. El edificio de este anfiteatro es todo de obra, en forma de huevo, y todos sus asientos son bloques de piedra, de 3 palmos de ancho y 2 de alto, asentados sobre la misma construcción. La primera fila de asientos está hecha directamente sobre el suelo y forma un semicírculo de 100 toesas. Sobre estos asientos, otra fila detrás y más elevada, pero de dos palmos de alto y tres de ancho. Y sobre esta segunda, otra, y así una tras otra hasta cuarenta y cuatro, formando un semicírculo, todas con grandes losas de piedra, como ya dije. Pero la última fila, y la más alta, es de 400 toesas. En todos estos asientos caben 30.000 personas que acceden por 40 escaleras. Para los que realizaban los juegos, hay dos grandes puertas abovedadas por debajo de la construcción, una en frente de la otra, al final del anfiteatro (porque ya he dicho que tiene forma de huevo). Los juegos eran éstos: saltos, carreras por parejas, lanzamiento de piedras, competiciones con puños [101] y luchas, y al participante que ganaba se le disponía un lugar de honor, donde se le subía [102]. Pero el que perdía salía corriendo avergonzado por debajo de la bóveda de aquellas puertas. Aquí también cuando había una persona condenada a muerte, se traía al centro del anfiteatro a una fiera, a la que encerraban en un gran balcón de hierro [103] donde metían también a aquel hombre para luchar y, si podía matarlo, se le dejaba en libertad, pero si no, se sacrificaba al animal.

Corre por esta ciudad el río Ladis. El número de habitantes llega hasta los 20.000. A 2 horas de aquí hay una ciudad pequeña que se llama Castelnuovo [104], y a otras 2 horas de aquí hay una ciudad amurallada por donde pasa un río que viene de un embalse muy grande, llamado Garda, cuya orilla no se vería si no fuera gracias a unos montes muy altos.

Todo el camino desde esta ciudad y hasta Brestia va por la orilla de este embalse.

BREŢIA

(BRESCIA)

También esta ciudad es bastante grande, y también en la Italia del Lombardo-Véneto. Tiene fuentes muy bonitas con diversos tipos de estatuas y grandes canales de mármol por donde corre el agua.

Población: 25.000.

MILANU

(MILÁN)

Esta bonita ciudad que ha recibido el nombre de “*el nuevo París*” puede competir con todas las ciudades que he nombrado hasta ahora por su magnífica belleza, así como por su clima suave y adecuado, y por las maravillas que han construido los hombres. El perímetro de las murallas de esta ciudad mide casi 10.000 toesas. Es la capital de todo el Lombardo-Véneto italiano, y la sede del Ducado, donde vive el gobernador Renial

que subvenciona todo lo necesario para su embellecimiento. El río Ada pasa cerca. Aquí estableció el obispo San Ambrosio el arzobispado de Mediolanu. Hay una iglesia cuyo tamaño, adorno, artificio arquitectónico, estatuas de alrededor de los edificios, torres y flores, todo esto de mármol, son cosas dignas de ver. Cuando empieza alguien a hablar de las rarezas de Viena que hay en los edificios tiene que nombrar primero la iglesia de San Esteban, pero ésta de Milán es superior tanto en tamaño como en artificio arquitectónico, y todas las torres de mármol labradas de forma distinta, y todas las flores esculpidas muy bien realizadas y considerablemente muy diferentes. Porque toda la fachada del edificio tiene por fuera más de 700 estatuas de mármol más grandes que el cuerpo de un hombre, rodeando todo el edificio, desde el suelo hasta el voladizo, las cuales se sustentan sobre unas cornisas, pero de mármol, que salen hacia afuera del edificio sólo lo que miden las piernas, y entre las estatuas otras piezas de mármol en las que hay esculpidas distintos tipos de flores y tan poco pegadas al edificio y tan salidas hacia afuera y suspendidas que uno diría que se van a caer. Y en resumen, esta construcción, cuyo perímetro es de 240 toesas, es toda de mármol.

Tiene 5 teatros de los cuales uno no es sólo el primero de toda la comarca de Austria, sino que se iguala incluso a los mejores de otros países. Tiene un paseo como en Prater, sobre la muralla de la fortaleza, más alta que la otra parte del terreno, por algunos lugares de 2 toesas, y toda esta altura y anchura se distribuye en 2 edificios. [Y a pesar de todo, cuando fui faltaban la mayoría de los nobles y de los grandes mercaderes de las haciendas, de los baños y de los pueblos, porque esto es costumbre en todas partes, como cuando me encontraba en Viena, donde, excepto la policía y los comerciantes de las tiendas, había pocos de los otros,

faltando todos los grandes: ministros, boyardos, mercaderes e incluso el emperador y la emperatriz, todos estaban fuera, y de los que se habían quedado en Viena, la mayoría se iban el sábado por la noche y volvían el lunes por la mañana.] [105]

[COMENTARIOS]

Pero nosotros sólo nacemos y nos podremos en la ciudad, esperando la compasión del Gobierno, entre 5 y 10 años, hasta que nos toca, hasta que se compadece el Gobierno o hasta que llegamos a esa edad en la que nos pertenece obtener este título boyardesco porque ya hace 20 años que lo pedimos, o hasta que encontramos el medio para poder conseguirlo. Y viviendo de este modo nos perdemos la buena vida, la vida alegre, la vida tranquila, la campesina, porque si viviéramos de lo nuestro, entonces nunca tendríamos necesidad de nada. Puedo decir que los que tienen más haciendas reunirían todavía más riquezas; sin embargo nosotros, al carecer de estos aires de grandeza e ideas políticas, no sabemos si actuar en contra o a favor del gobierno, aunque ahora, a pesar de esta confusión de ideas, todos estemos gobernando. Pero si respiráramos aire limpio, estaríamos más sanos, tendríamos fuerza y la sangre más limpia, pensaríamos mejor, y viviendo entre el pueblo, nos acostumbraríamos a amarlo, y a compadecernos de él. Y después cuando fuéramos llamados por el Gobierno para servir al país, sin duda hablaríamos bien del pueblo más frecuentemente y, en definitiva, no ocurriría con nadie lo que ahora nos pasa, que heredamos las tierras paternas y en pocos años las vendemos sin saber ni dónde estaban. Y unos las pierden sin ningún perjuicio en su comercio, sin multiplicar los ingresos de las haciendas a causa de las deudas, sin clavar ni siquiera un clavo en un tablón de la casa, sin pasar

estrecheces de dinero, de grandes mesas y sin protocolos, de joyas y otros diferentes adornos de la casa, sin tenerles ningun tipo de compasión a los que han venido a menos, sino sólo engalanándose como ninguna otra persona en toda Europa. Ésta es la felicidad que ganamos nosotros viviendo en la ciudad.

Y como ya he dicho que, aunque faltaban la mayoría y los más grandes de las haciendas, todo sumaba más de 2.000 calesas y carrozas, y la mayoría eran carrozas con 4 personas, abiertas por arriba, y cerca de 10.000 a pie, y caballeros y 100 soldados a caballo, distribuidos por todo este paseo para conservar el buen orden.

Aquí tienen los comerciantes un gran edificio muy bien adornado, al que llaman lonja, donde organizan bailes que, cuando hay muchas personas reunidas, alcanza las 2.000 personas, y donde toda la ciudad le ofreció un baile al Excelentísimo Emperador en el verano que estuvo en Milán. De esta casa se sale a un pequeño jardín donde el extranjero, además del jardín, ve en la parte opuesta un monte muy grande en el que hay árboles y por entre ellos senderos para andar, barrancos, grutas, cuevas, un quiosco chino y muchas columnas de piedra al final del monte, sobre las cuales hay una galería para pasear. Todo esto le incita a uno a subir por esta bonita galería y por el monte, y cuando está a 2 toesas entonces se da cuenta de que no hay monte alguno en realidad, sino un muro muy alto, existiendo sólo realmente una cueva, por lo que no queda más remedio que hablar de la gran labor del pintor. Las calles de la ciudad son muy anchas y se riegan y se barren todos los días antes de pasear. En una iglesia tienen seis campanas que, al sonar, producen una armonía más dulce que la de la música [106]. La población asciende a más de 125.000 sin contar a los extranjeros, que son más de 15.000. Muchos viajeros que eventualmente viven algún tiempo en Milán, se quedan para muchos años.

Unos reducen los días que han destinado para otros lugares, y se quedan aquí más tiempo. Otros cogen a la familia y vienen aquí, donde viven durante varios años. Por eso en todo momento se encuentran grandes hombres de otros imperios. Según me han dicho, hay también alrededor de la ciudad, a una distancia de 1 ó 2 horas, paseos muy bonitos.

Al volver a Trieste, donde me bañé en el mar, había, entre otros que se quemaban al sol, un alemán que me preguntó de dónde era y por dónde había andado, y al oírme nombrar Milán, saltó como un loco y me abrazó gritando: “¡Ah, Milán, Milán!” Y todo esto a pesar de que el alemán era una persona de 60 años, a la que le resultaba muy difícil ponerse tan fácilmente exaltado. Después, diciéndole que por desgracia sólo estuve 1 día y medio en Milán, por poco no me escupe. Así de bonita es Milán, tanto que el viejo alemán que había estado tres meses el año anterior, se emocionó cuando me oyó nombrarla.

PAVIA (PAVÍA)

Esta ciudad fue la sede del ducado de Lombardía. Aquí están las mejores escuelas y la mejor universidad de todas las que hay en la Italia del Lombardo-Véneto, donde vienen jóvenes, incluso de otros países, para estudiar. Y aquí, como en todas las ciudades, hay un río pequeño al que, con artificio, cerrando las compuertas como si fuera una presa, lo crecen y

lo decrecen, según la necesidad. Y de este modo van por el pequeño río, que no es ni la cuarta parte del Dîmbovița, barcas de comerciantes con cargas como montañas. Este recurso es muy frecuente en el distrito de Austria, y no porque tengan la ayuda natural del agua, mucha y grande, sino porque a los pequeños ríos los han utilizado con grandes artificios y los han unido a los grandes mediante canales. Y aparte de hacer muchos transportes en su distrito mediante barcas, además, empezando justo en Triești, sólo cargan muchas mercancías por tierra hasta el río Sava. Desde aquí lo transportan todo con barcas hasta Viena, Peșta, Beligrad, Roșava, Vidin, Nicopoli, Șistov, Silistra, Hîrșova y Galați, dándose cuenta de que de esta manera se facilitan las cosas, porque una mercancía que se tendría que repartir en 200 cargas para llevarla a un lugar determinado, por lo que tendrían que pagar un alquiler de 3.000 florines, llevándola en un barco mercante que pasa por estos ríos, no paga ni 500. Un viejo comerciante vienés me dijo que habían traído mercancía 16 veces desde Viena a Moldavia por el Danubio, y que si hubiera tenido que ir por tierra, no lo hubieran hecho ni 5 veces [107].

CREMONA

Esta ciudad, que está a orillas de un río que se llama Po, se puede considerar como un verdadero comerciante venido a menos y como un pueblo echado a perder, del que se dice que fue grande y fuerte.

Pero los caminos y los sembrados que hay por todos sitios son cosas tan dignas de asombro que si no fuera porque tengo que seguir un orden, muchas veces los habría mencionado.

MANTUA

Esta ciudad es la más antigua, no sólo de todas las ciudades de Italia, sino de muchas otras ciudades de otros imperios, siendo 430 años más antigua que Roma y 1.708 que Venecia, pues fue fundada 1.182 años antes del nacimiento del misericordioso Jesucristo, Nuestro Señor. Es una ciudad grande, pero con poca población. También aquí hay escuelas, pero no como las de Pavía. Ciudad amurallada, la más sólida de cuantas he visto, con tres partes de la fortaleza rodeadas por un río, estando la cuarta parte, sin agua, muy bien asentada.

Por todo el territorio Lombardo-Véneto italiano que he recorrido los campos son todos como ya he dicho, cuadrados, es decir, con 4 esquinas, separados unos de otros con acequias por las que corre agua y con muchos senderos. En los claros de terreno que tienen viñedos, hay viñas plantadas por entre los sembrados, de esta manera: cada uno tiene en su lugar filas de árboles no frutales formando senderos, puestos en línea recta a una distancia de 2 toesas de longitud uno del otro, pero a 5 de ancho, en donde están los sembrados. En la fila de los árboles, entre medias, hay vides plantadas, tan gruesas como una mano y tan altas como una persona, de donde hay 4 cabezas hasta un árbol y otras cuatro hasta el otro, cuya longitud es de 2 y 3 toesas, rodeando al árbol la cabeza de la vid, que viene de las 2 partes, de modo que no se ve la hoja del árbol sino todo el árbol adornado con uvas negras, o blancas, aunque menos, yo diría que 9 partes de negras y 1 de blancas. Ahora que juzgue cada uno qué clase de jardines ve el viajero por todos los campos de Italia si todo el mundo tiene que tener su lugar cuadrado, rodeado de acequias y senderos, y además entre estas mismas filas de vides en los árboles y en los demás sitios que quedan entre las vides, trigo, maíz y toda clase de sembrados.

La visión de estas dos partes del camino, hasta donde la vista alcanza, lleva al viajero a una admiración, un reconocimiento y una felicidad tales que cuando va con la posta tiene la sensación de que se encuentra descontento, como si perdiera una cosa que tiene en la mano sin darse cuenta.

Los carros que cargan mercancía no tienen 4 ruedas, ni una barra en medio para enganchar 2 caballos, sino sólo 2 ruedas y 1 caballo entre dos palos, igual que la carretilla del aguador, con la excepción de que son más grandes, más estables y hechas de madera para poder cargar unos 2.500 litros [108]; los caballos se ponen uno detrás del otro, y son grandes y bonitos, pero los carros que van por los pueblos tienen 4 ruedas y bueyes, grandes, bonitos y barcinos. El precio de primera mano de 2 bueyes es de 700 *zwanzig*, y en la mayoría de los carros, los bueyes no tiran con el cuello, sino con los cuernos, con arcos de piel. Los italianos nobles y los comerciantes son dignos de querer, porque son hombres libres y generosos y dotados con los verdaderos dones de la nobleza. Pero los pobres tienen malas costumbres, como los mendigos y los infelices, a los cuales, si alguien les da 3 *zwanzig* cuando piden, no oírán cómo se lo agradecen, sino cómo le piden más.

Hasta esta ciudad de Italia hice el viaje en este año; el que hice por Transilvania, Hungría y Banat, viene a continuación.

El viaje de Braşov a Peşta por Arad se hace por el mismo camino: por Sibiu y hasta Sas-Sebeş. Aquí se cambia después la ruta por Oiştea, Deva -ciudad pequeña-, Leşinic y Dobra, también pequeña. Un poco más adelante, se pasa el río Mureş, después la aldea de Toc, Zama, donde más adelante está la frontera de Transilvania con Hungría, en el distrito de Arad; Sovîrşita, Varadiia, Radna -aquí hay una iglesia pequeña que dicen

que está hecha siguiendo el modelo de la de Roma-, Păuliș: aquí se hace el vino Ausbruch. Después de aquí a Arad, que es una ciudad grandecita, con una plaza muy grande, donde está también la *varmediia* [109], es decir, la residencia del prefecto, junto a la cual pasa el río Mureș. De aquí hasta la aldea de Batani, de donde desviándose más adelante, un poco a mano derecha, está la aldea de Mezö-Hegheș, en la que hay edificios imperiales con caballerizas muy grandes, donde la reproducción de caballos es muy abundante. Después está la aldea de Aroșhaza y la de Senteș. Un poco más adelante de aquí pasa el río Tisa en el que desemboca el Mureș, después se pasa por la aldea de Ciongrad, Alpar, Țiglet, Haromroza, Pileș. Aquí está la hacienda castillo del conde Beleznai, al cual lo mató su hijo disparándole 2 veces con la excusa de que se portaba mal con sus súbditos. Y él, como un hombre al que no le falta ni un don, decidió hacerle justicia a su padre matándolo y, al cogerlo, el gobierno, lo metió en la cárcel, de donde, escapando, no huyó a otra parte, sino que se fue a aquella hacienda donde mató a su padre y, cogiéndolo de nuevo y juzgándolo, lo condenaron a muerte y, así, en Peșta, en presencia del pueblo, le cortaron la cabeza.

De aquí fui hasta la aldea de Uliu y después a Peșta. De Arad hasta Peșta, el lugar es también arenoso, como el camino a Cluj, de Oradia Mare hasta Peșta. Y los sembrados los mismos, igual que las personas pobres, que también llevan la misma ropa.

De Brașov a Peșta se va por el camino principal de la posta, por Sibiu, Sas-Sebeș, Deva, Dobra, donde se pasa la frontera de Transilvania con Bănat; Țoțed, Cosova, Făged, Boșur, Lugoș, ciudad pequeña por donde pasa el río Temeș. Desde la aldea de Chitțetău fui a Recaș y Temeșvar, que es una pequeña ciudad fortificada pero digna de mención por la belleza de sus casas, sus calles y su limpieza. Porque todas las casas

son muy diferentes, aunque no las grandes, sino las pequeñas, que realmente son feas de ver; las calles bastante anchas y todas en línea recta y entrecruzadas, en cuyo cruce se pone uno y ve el final de las casas y de las líneas de las casas, hasta el final de la ciudad. Asimismo hay también una gran plaza, en la que en determinados días, 2 veces por semana, tocan música militar unas 60 personas. E igualmente hay otras muchas cosas bellas. Pasa cerca el río Bega, del que sale el canal que rodea toda la fortaleza y, debido a que ensuciaba el aire limpio, cortaron el río y en los canales hicieron hermosos jardines. Aquí vive el General militar, Su Excelencia Șneler, que es muy querido por todos, porque es un hombre bueno y sensato. El número de habitantes asciende a 10.000.

Se divide esta comarca del Banat en 4 distritos: Iliria, Shegedin, Crasna y la Frontera militar, que queda en la parte contraria del principado de Valaquia y Serbia. El sembrado más abundante, que se halla por todas partes, es el maíz, siendo los otros más escasos. También hay fruta, mayormente ciruelas, como en nuestro país.

[COMENTARIOS]

Sin embargo, los auténticos habitantes rumanos no son diferentes ni en el modo de hablar ni en el de comportarse, tan sólo en eso; por lo demás podría decirse que se parecen a los nuestros, que tienen una mejor situación. Porque después de la caballería de Hungría, el pueblo más bueno y más creyente es el rumano, y sobre todo los ejércitos de jinetes, que se visten con ropas como las de los húsares y van a lomos de caballos de 1.000 leus y más. Viendo a éstos un auténtico rumano tiene que alegrarse y entristecerse. De esto son testigos el compadre Manolache Băleanu, el compadre Iancu Bălăceanu y doña Elenca, su hermana,

cuando fui con todos a Mehadia, porque al pedir dos soldados para vigilar el camino, el gobernador militar rumano nos concedió dos húsares rumanos para cuidarnos a nosotros los rumanos. ¡Oh, qué alegría y tristeza nos acogió! Alegría porque vi tan robustos soldados de nuestro pueblo, bien vestidos, bien educados y bien instruidos en el camino de la felicidad y del honor. Y tristeza porque viendo la felicidad de éstos, el orgullo nacional, nos acordamos también de los dignos de compasión, nuestros hermanos rumanos, que una vez fueron famosos.

De aquí fui a Becicherec, Comlos, Mocrin, Caniza, donde pasa el río Tisa, Orgaci y Seghedin, por donde corre el río Seghedin, donde está la frontera de Banat con Hungría. Esta ciudad es grande, con un gobierno militar al mando de un general. Junto a la escuela de los hijos de los soldados tienen un edificio construido en el que hay una especie de cárcel, con muchas y diferentes habitaciones construidas en una parte, como si fueran cuevas, y una gruta muy oscura y húmeda con diferentes puertas y con una guardia de soldados para aquellos ciudadanos que hacen cosas malas, por lo cual tienen que pasar en esas cuevas 5, 10 y 20 años, según la pena; y al que tenga la suerte de vivir los años impuestos, se le libera. Pero creo que muy pocos pueden salir con vida porque cuando estuve allí era domingo y los vi a todos saliendo de la iglesia, que está dentro de la cárcel, con unas caras que nadie hubiera dicho que les quedaban 1 ó 2 años de vida, y, sin embargo, a cada uno les quedaban 8 ó 10 años.

De aquí a Gesmar, Chiştelec, Peter, Felega, Paka, Checichemet, Laius, Orcheni, Inas, Ocsa, Sorocsar y Peşta. De Seghedin hasta Peşta, hay todo este camino, pero es todo un camino de arena, y los arados todos iguales, como los habitantes, como ya he dicho que es por los otros dos caminos, el de Arad y el de Cluj, porque todo esto es una extensión de tierra a lo largo de toda Hungría, que en rumano se conoce como *las*

llanuras de Hungría y en húngaro como *pustă* [110].

Y yendo de nuevo de Braşov a Mehadia el mejor camino es el de las postas, que va por Sibiu, Sas Sebeş, Deva, Dobra y hasta Lugoş. Después, de aquí se tuerce a mano izquierda hacia la aldea de Sacol, Caransebeş, Slatina, Gheregova, Corniia y Mehadia que está en la comarca de Banat, en la Frontera militar.

[MEHADIA]

Aquí hay muchos tipos de aguas termales naturales, con diferente temperatura unas de otras, de modo que unas están tan calientes que es imposible tener el cuerpo bajo el chorro de agua contando rápidamente de uno hasta cinco [111]. Por esto tienen un guante de piel, que se lo pone en la mano el enfermo y se lo pasa muy rápidamente por la parte del cuerpo que le duele. Hay bastantes edificios para uso de los que vienen a recuperar la salud, sobre todo un edificio muy grande y bonito que hicieron en el año 1824 con presupuesto imperial, el cual, aparte de las necesarias, tiene más de 140 habitaciones. Aquí tienen todo lo que necesiten, como médicos, boticarios, cirujanos, posadas, donde pueden comer los que no quieren prepararse algo especial, porque esto también se les facilita, de modo que todos los alimentos necesarios los traen de las aldeas de alrededor. También tienen un gobernador militar. Aquí vi a un oficial en tan mal estado que desde la carroza lo cogieron en una manta y lo llevaron a la habitación, con las manos y los pies completamente atrofiados, y 16 días después lo vi de pie y andando con una gran alegría en el rostro.

[COMENTARIOS]

¡Oh, qué infinitas buenas obras realizan aquellos gobernantes a los que les duele el corazón por los sufrimientos del pueblo! ¡Oh, qué justo es que el pueblo los considere como verdaderos padres! ¡Cuántos hombres, realmente, a lo largo del año, participan de esta alegría que es igual que la que tendría un muerto si resucitara? Porque muchos podrían desear antes la muerte que una vida desagradable. ¡Cuántas aguas como éstas hay en nuestra patria, pero todas en el fondo de la tierra, porque ni siquiera nosotros hemos sido capaces hasta ahora de sacar a la luz semejantes cosas útiles para el pueblo, para que las utilicen también los pobres que han venido a menos y que no tienen medios para viajar a países extranjeros para mejorar su salud, quedando esta posibilidad sólo para los ricos, que son muy pocos en comparación con los pobres que sufren!

A unas tres horas de camino de Mehadia hay una ciudad pequeña que se llama Orsova, a orillas del Danubio, donde está la frontera de Austria con el principado de Valaquia y de Serbia.

Y en la aldea de Slatina, que más arriba nombré, hay aguas minero-medicinales para beber y bañarse. Viajando aquel año desde Braşov hacia Maroşvaşarheliu y por las otras haciendas de señores húngaros, pasé por Martonfalva, que está en la comarca de Sibenbirghen, en el distrito de Secler; Oladifalu, Micloşvar, Sent-Demeter y Maroşvaşarheli, ciudad grande, junto a la que pasa el río Mureş. Aquí se encuentra el Parlamento Real cuyo gobernante es el presidente. Aquí viven también muchos señores de gran linaje. Esta ciudad está en la comarca de Sibenbirghen, en distrito húngaro. La mayoría de los habitantes son húngaros; rumanos hay pocos. De aquí hasta la aldea de Radnot, Şezburg, Seghişoara [112], ciudad grande en el distrito de Saxen, Elizabetştadt, ciudad bastante

grande, donde todos los habitantes son armenios y viven con sus costumbres y leyes, todas instauradas y respetadas por el Gobierno de Austria, según sus peticiones. Después, Mediaş, aunque es una ciudad bastante grande y bonita.

[COMENTARIOS]

En el viaje del segundo año, deteniéndome especialmente en todas las clases de felicidad que veía en todos los grados boyardescos y gremios de comerciantes, así como en el pueblo llano, me sorprendí mucho al no entender cómo podían ser todos ricos, aunque unos más y otros menos. Y la causa por la que no podía darme cuenta fue porque estando yo mal acostumbrado y desconociendo las ciencias que van contra las leyes humanas, pensé que si los ricos eran los que llevaban zapatillas, los que llevaban abarcas tenían que ser los pobres.

Estando pensando, como digo, en semejantes cosas, y viendo a todos los consejeros, los comerciantes y los tenderos ricos, esperaba que el pueblo llano fuera pobre, por cuya causa me vi también obligado a buscar tipos de personas que se encontraran en este desconocido estado para mí. Y de todos tuve la respuesta de que ésta era ahora la mayor preocupación política de los gobernantes de Europa, la de orientar y dirigir a todos los habitantes por el camino de la felicidad, llegando a la conclusión de que aquellos lugares en los que la riqueza sólo exista para determinadas y contadas personas, serán calificados de pobres, por muchos ricos que haya. Sólo se podrá hablar de riqueza cuando todo el pueblo sea feliz, y cuando la riqueza de los demasiado ricos se corresponda con la de los menos ricos. Sin embargo, al oír esto comprendí la razón. ¿Y por qué no lo entendí antes? Porque me confundieron otros

juicios equivocados como el hecho de ver no sólo a muchos señores grandes y pequeños trabajando, sino también a aquéllos que no se han venido abajo debido a sus deudas, trabajando 40 años, e incluso subiendo en el escalafón al cabo de 3 ó 4 años. Sin embargo, en nuestro país, a pesar de que los funcionarios cambian cada año, la proporción de los que ascienden es uno de cada diez. Peor está la situación para los pequeños boyardos de los distritos, muchos de los cuales se mueren sin saber qué es eso de trabajar para la patria. Todo esto es lo contrario de lo que he visto por aquí, ante lo cual recibí de nuevo la respuesta de que esta costumbre es muy normal y está muy asentada en Europa. Porque todo joven, después de acabar todos sus estudios, tiene que ponerse a trabajar, pero en el nivel más bajo. Y trabajando muchos años poco a poco tiene que ir subiendo a lo más alto, porque es natural que los viejos mueran; y así aquéllos ocupan el lugar de éstos, y en su lugar ponen a otros de rango inferior. Y para que me convenciera aún más me preguntaron que a qué consejero imperial conocía yo que hubiera llegado al más alto escalafón sin trabajar antes en el más bajo. Y me dijeron que posiblemente a mí no me parecía que esta costumbre fuera la adecuada, estando acostumbrado a ver personas sin ninguna ciencia, estudio ni don y sin ningún servicio para la patria, ascendidas rápidamente al más alto escalafón por el simple hecho de haber dado dinero. E igualmente a los más ensalzados y a los más ricos de los altos mandos, tirados abajo como un rayo y convertidos en pobres sin haber cometido ninguna equivocación ni haber dicho nada, sino sólo porque han dejado de dar dinero. Y por esta causa no hay ni gloria ni riqueza eternas. Tras oír esto, acordándome yo también de cuantos he conocido, ricos e importantes y venidos a menos en poco tiempo, no hice ya ninguna pregunta más y eché la vista atrás a los últimos 30 años, de cuanto puedo yo recordar del incontable dinero y sudor que se le ha sacado a este pueblo rumano del que ya nada queda. Y

buscando primero entre los muchos señores que hubo en estos años y mirando a todas partes, preguntando e indagando entre mis muchos amigos, no encontré ninguna felicidad en ninguna familia, no haciendo ya falta buscarla en los nietos o en los hijos, pues todo se lo han gastado en residencias, haciendas o en otros bienes, y todos se hallan en una increíble pobreza, separados y disgregados cada uno en un lugar, sin ninguna justificada ni aparente causa. Y por eso, viendo que el esfuerzo del pueblo no repercutía en los bienes de los señores, me vi obligado a buscar también en nuestras familias, y acordándome de la situación de los boyardos, del poder y del honor que tenían en años pasados, no encontré familias más ricas, sino más pobres, algunas en la miseria más absoluta. Hubo un tiempo en que todos los comerciantes prestaban dinero a las casas boyardescas, teniendo cada boyardo uno o dos comerciantes a los que querían y ayudaban, mientras que ahora los boyardos somos deudores de los comerciantes. Entonces todas las casas boyardescas obtenían todo lo necesario de sus haciendas: provisiones como vino, hortalizas y aves; durante todo el día se les daba raciones de cereales, panecillos, vino y comida a las familias a las que les daba vergüenza pedir limosna. Sin embargo, ahora todos estamos llenos de deudas. Entonces las casas boyardescas, las grandes, estaban llenas de boyardos de segunda y tercera clase, esperando todos ayuda por diferentes medios y sobre todo mediante la recaudación de impuestos, porque todos lo recaudado en los impuestos lo compraban los boyardos, e incluso muchas veces se les daba fiado, cosa que en la actualidad ya no se hace. Y de este modo, todos estos pequeños boyardos, al ser ayudados por los grandes, querían y honraban a éstos, mientras que los boyardos, por ello, adquirían poder y grandeza.

Pero ahora los pequeños ya no nos quieren, sino que sólo nos adulan porque de un tiempo a esta parte es verdad que alcanzan sus objetivos siempre a través de nosotros, pero dando dinero, y al quedarnos

nosotros solos, igual que un pájaro sin alas, incluso los niños se mofan de nosotros. Las familias siguen siendo las mismas, pero el rico es ahora pobre, y el que antes era ensalzado, ahora es insultado. Igualmente, los pequeños, aunque algunos han alcanzado una buena situación uniendo sus intereses con los de los señores, pero continuando basándose en la injusticia y en la deshonra, no tienen ninguna estabilidad. Por esta razón hay muchos honrados y dignos, pero muertos de hambre, porque no pueden servirse de estos recursos.

Sin embargo, viendo que el esfuerzo del pueblo no participa ni en el bienestar de los señores ni en el nuestro, me vi obligado a buscar incluso en la clase mercantil. Por eso hablé con 2 viejos comerciantes que me dijeron que no tuviera en cuenta a los de ahora, que tienen no una carroza, sino 2 ó 3, y no un par de caballos, sino 3 ó 4 y, además, todo húngaro. También me dijeron que ahora las señoras de éstos sólo se engalanan con joyas, y que me acordara de los años pasados, cuando no eran tan dados al lujo y cada uno miraba por sus intereses comerciales. Y sin embargo, ahora es imposible ver no ya a los nietos, sino ni siquiera a los hijos, gobernando las haciendas paternas. Y lo que es peor, que la mayoría no han sido felices en ningún momento de sus vidas, puesto que muy rápidamente se enriquecieron y más rápidamente aún se arruinaron, perjudicando también a otras muchas casas. Por todo ello puedo decir que los causantes de su pobreza no son otros más que el lujo y el descontrol que reina entre todos nosotros. Y tomando buena nota de todos los que se dedican a los negocios, sólo uno mantiene firmemente sus posesiones. Y sin duda la razón no puede ser otra que el no haberse dejado llevar por el lujo desde un principio, como le ocurre al tesorero Hagi-Moscul. (Que no piense nadie que alabo a esta persona porque es mi amigo, porque puedo dar fe de que desde que estoy en el mundo y hasta ahora no ha habido entre nosotros ni la más mínima amistad. Lo nombro, en cambio, porque

me he prometido escribir la verdad, y ya que no escribo para que se haga justicia solamente con nosotros, sino también con el clero y con los mercaderes, así como con todo el pueblo, puesto que estos cuatro grupos están relacionados, y si unos no hacen justicia con los otros y no se ayudan entre sí, es imposible que todos saquen un sólido provecho común.

No obstante, hermanos, viendo que el esfuerzo de este pueblo no repercute en ninguna clase social, sino que sólo circula de unos a otros, por cuya causa en pocos años llega el rico a pobre, y el que es alabado pasa a ser deshonrado, me veo obligado a decir que debido a que todas nuestras costumbres se basan en la injusticia y en la mala organización, el todopoderoso dios ya no castiga a la 7^a generación, sino precisamente a nosotros mismos, perdiendo el honor y los bienes, y en definitiva, transformando la felicidad de hoy en tristeza para el mañana.

Por lo tanto, dándonos todos cuenta de la condena en la que nos encontramos, tenemos que hacernos fuertes y juzgar cuáles son los deberes de un buen patriota, los de un ciudadano digno de alabar, los de un padre que ama a sus hijos; y cuáles son aquellas costumbres que ponen los cimientos de nuestras casas, así como también cuáles son las que se llevan de un golpe todas nuestras alegrías. Y de este modo, que todo el pueblo, apartando de nosotros todo lo malo y acogiendo lo bueno (cuyo primer paso para obtener provecho común es la unión), levante las manos suplicantes hacia el compasivo padre celestial para que nos conduzca por el camino de la felicidad y pida todo tipo de ayuda de Nuestro Altísimo Señor como padre y como miembro del pueblo rumano para que podamos poner en práctica los antes mencionados provechos nacionales, porque como ya he dicho: de la felicidad del pueblo participamos todos.

Justo en el año 1826, viajando de nuevo de Braşov a Bavaria y

Suiza, fui también por el camino de Temeşvar, Peşta y Viena, del que ya conté lo que vi. Pero viajando de Viena a Múnich, que es la sede del reino de Bavaria, vi las más distintas cosas. Porque aparte de que el viajero ve un lugar al que la naturaleza lo ha dotado de muchas cosas que alegran la vista, además, gracias al esfuerzo de los trabajadores, ha visto cómo su belleza se ha incrementado no poco mediante diferentes maneras. Aquí se pueden ver bastantes colinas de las cuales unas tienen bosques y otras llanuras sembradas, pero los bosques no son como la naturaleza los ha creado, sino que los han limpiado y están muy bien cuidados y con sus caminos arreglados, por lo que si alguien los llamara parques no cometería ningún error. También los terrenos sembrados tienen el mismo orden, de modo que si un extranjero va y los ve, encontrará una distribución y un orden tales que tendrá la sensación de que han sido hechos por un ingeniero.

E incluso donde los árboles no crecen de forma natural, los hombres han sembrado bosques enteros mediante diversos tipos de artificios y trabajos. Aparte de esto, incluso en el viaje de una posta a otra, que aproximadamente dura 3 horas, se pasa por 5 ó 6 pueblos, aunque desde el otro lado se pueden ver incluso el doble. Igualmente, cada parada de posta tiene que ser necesariamente una ciudad. ¿Quién puede no pensar que esta abundancia no se consigue gracias al justo y paternal gobierno y que la escasez de habitantes que están en nuestros territorios, a pesar de que la suya es una tierra bendecida, se debe al extranjero, insoportable y enemigo gobierno? Y si alguien llamara ciudades a todas estas aldeas de por aquí, tampoco se equivocaría, porque las casas son como más adelante diré [113]; incluso en las aldeas que tienen cortes boyardescas, las casas son como palacios imperiales.

Los habitantes tienen una buena situación, son muy trabajadores, con muy buen comportamiento y muy correctos.

Los sembrados son: trigo, avena, centeno, cebada -que no se la dan al ganado, sino que hacen cerveza con ella-, alfalfa, un poco de maíz, patatas, muchos nabos y rábanos, col, colinabos, remolacha, zanahoria y otros vegetales y legumbres en abundancia, así como toda clase de frutas.

El ganado es de un gran tamaño y de una gordura increíble, y esto se debe a su buen sistema de gobierno, como más adelante se verá [114].

El viaje fue por Burchersdorf, que es también parada. 1 posta. Ciudad. Sigartschirhen, 1 posta, ciudad. Perşling, 1 posta y media. Ciudad. Sant-Pelten, 1 posta. Ciudad grande con una iglesia cuyo tamaño, así como las pinturas del interior, son una cosa muy especial. Hasta que se entra en la ciudad se pasa el río Trasin por un puente fijo. Merc, 1 posta y media. Ciudad en la que sobre una roca [115] muy alta hay un grande y maravilloso monasterio, donde hay muchos monjes que se esfuerzan en ayudar a los venidos a menos. Chemelbah, 1 posta y media. Ciudad. Entre estas dos ciudades se pasa el río Erlav por un puente fijo. Amşteten, 1 posta y media, aldea grande. Stremberg, 1 posta y media, aldea grande. Ens, 1 posta, ciudad donde se pasa el río Ens por un puente fijo. Linţ 1 posta y media. Ciudad grande. Entre estas dos ciudades se pasa el río Traum por un puente fijo, bonito y sólido.

Esta ciudad de Linţ es una de las más bonitas que he visto, por sus muchos dones, y está también a orillas del Danubio, el cual un poco más adelante no corre por sitio llano, sino por entre dos montes dotados por la propia naturaleza con muchos bosques que bajan hasta la orilla del Danubio, donde hay incluso caminos por las dos partes, por los que sus ciudadanos dan paseos muy bonitos. Porque estos montes con bosques y con el paso del Danubio por entre ellos alegran tanto la vista que uno se entristece cuando se aleja de Linţ. Aquí también hay fábricas imperiales donde se fabrican las famosas telas de Linţ [116].

Eferding, 1 posta y media. Ciudad. Baierbach, 1 posta y media. Ciudad. Sighardin, 1 posta. Ciudad. Şarding, 1 posta. Ciudad grande a orillas del río Inn, que se pasa por un puente fijo, donde está también la frontera de Austria con Bavaria.

Entrando desde aquí en la frontera del reino de Bavaria, y viajando un poco, se observa no sólo el justo y dulce amparo, la felicidad, la libertad natural del pueblo y la osadía sin descaro, sino todo aquello que afecta al bien de la humanidad.

[COMENTARIOS]

Todos los habitantes, incluso los más pobres, van bien vestidos; remiendos o pies descalzos no se ven, sea marido, esposa o niño. He dicho que tienen libertad natural y osadía sin descaro, porque cuando se encuentran con otra persona, sea de nivel superior o inferior, la saludan con un gesto de sombrero o incluso le hacen la reverencia con el sombrero en la mano. Y si alguien les pregunta algo, le responden con osadía pero de modo educado y amable, de modo que el que pregunta queda muy satisfecho. De esta costumbre suya que tienen para con toda persona se deduce que son educados, que tienen estudios y que cada uno conoce sus deberes; y también por eso cada uno se porta bien con los demás voluntariamente. Pero en nuestro país, los habitantes, debido a la mucha opresión e incultura que han tenido, no conocen ni siquiera el deber con el otro, haciendo la reverencia sólo ante aquél a quien se teme, como es el caso del señor, del funcionario fiscal o del prefecto, si es que los conocen, pero ante cualquier otra persona, aunque ésta pertenezca al más alto nivel, no se quitan ni la gorra. Esto es justo lo que me pasó a mí cuando me

encontré por los caminos a muchos habitantes que iban en carrozas, y ni uno se quitó la gorra y ni siquiera me cedió el paso, aunque al verme con barba supiera que yo pertenecía al Diván [117]. Sin embargo, siendo yo más joven y perfecto y rodeado de sirvientes, cuando me los encontraba, se echaban al suelo con las cabezas descubiertas, como si fueran reos de muerte que esperaran que yo les perdonara la vida. Así actúan también mis súbditos, que se inclinan ante mí, pero no ante otra persona, aunque sea más importante y de más edad, porque no necesitan de ella. De lo cual se deduce que la incultura y la opresión embrutece al hombre y lo vuelve malo. Y por eso, con razón cada uno mira por encima de los otros con desconfianza, pensando que quizás llegue un día en el que éstos le ocasionen algún mal, -puesto que no han visto a nadie haciendo el bien-, o le pidan algo, porque a él nadie le da nada, ni siquiera un consejo, ni una ayuda, ni les enseña cuáles son sus deberes, sino que viven como animales salvajes. Igualmente, los que están en niveles más altos que los pobres campesinos acostumbran a manifestar una increíble e inmerecida adulación hacia los niveles superiores, mientras que al más pequeño, en un tono duro y arrogante, tan sólo quieren demostrarle que son más importantes. ¡Oh, qué útil sería para la comunidad que la adulación hacia los más grandes se mermara y que no existiera forma de practicarla! Y la reprensión hacia los más pequeños, que al menos fuera la mitad, porque entonces el bien se diferenciaría del mal, el amigo del enemigo y el sincero del hipócrita. Porque toda esta hipocresía se ve cuando el que está en un nivel superior cae del poder: es entonces cuando se ve que esa reverencia es falsa y la amistad hipócrita y, en definitiva, que la adulación que se muestra hacia el más poderoso o el más rico se convierte en maldad, descaro e ingratitud. Todo esto no es propio de hombres libres, cultos y honrados, porque los que se portan con natural libertad, de la cual ya hablé antes, se muestran siempre iguales hacia los demás, honrando a

cada uno como se merece.

De Şarding fui a Múnich por las siguientes paradas: Malhing, 1 posta y media, ciudad. Lendorf, 1 posta, ciudad. Maletle, 1 posta, ciudad. Altenting, 1 posta y media, ciudad. Mildorf, ciudad pequeña por donde pasa el río Tirs. Amfing, 1 posta y media, ciudad. Haag, 1 posta y media, ciudad. Hohenlinghen, 1 posta, ciudad. Pasdorf, 1 posta, ciudad, y Múnich, 1 posta.

[MINHEN]

(MÚNICH)

Ésta es la sede del reino de Bavaria, donde hay muchas cosas dignas de ver y de contar, pero yo sólo he referido las que vienen a continuación, porque he tomado más nota de las medidas blandas y paternales de los gobernantes y del incesante cuidado que ponen en contentar a los pueblos que gobiernan.

El actual rey de Bavaria, que se llama Ludovico, mucho se esfuerza por hacer el bien; tiene mucha consideración para con los pueblos cristianos que se encuentran en injusticia. Y a pesar de que no tiene ningún acercamiento ni afinidad con ellos, les ayuda con lo que puede. No hay cosa más gozosa que ver cómo se mezcla entre su pueblo, tanto por la ciudad como por parques y en el teatro, como cualquier ciudadano, vestido sin ningún lujo, con ropa muy corriente para dar buen ejemplo a los demás. En todas las manifestaciones populares en las que lo vi no ostentaba ninguna señal o forma imperial, mientras que otros que allí había iban ricamente vestidos y engalanados. Ni siquiera en una misa que se hace una vez al año, cuando toda la población lo acompaña desde su

palacio hasta la iglesia, y de allí, una vez acabado el oficio, lo pasean por muchas calles hasta llevarle de nuevo a palacio, y así va caminando entre la muchedumbre, en vez de ir en una carroza de seis caballos y rodeado de sus guardias. Antes de la celebración de dicha misa, hay una fiesta que tiene lugar en el mes de Octubre durante 15 días, cuando el rey tiene el deber de aparecer ante sus súbditos todos estos días en un lugar determinado, acompañado de varios de sus ministros y de multitud de ciudadanos. Allí tienen la costumbre de reunirse los habitantes de las aldeas y de las ciudades, los cuales vienen con su ganado más grande, más gordo y más hermoso, con los yugos mejor realizados y más prácticos o con cualquier otro apero que se les haya ocurrido, así como con cualquier trozo de tela nueva o con cualquier artefacto mecánico ingenioso. Todos ellos, con su hermoso ganado, o bien con sus objetos, tienen que pasar por el sitio en el que el rey está con sus ministros, y recogen los regalos del monarca como premio a sus esfuerzo por mejorar la raza del ganado y velar por su cuidado, así como los que han inventado cualquier útil provechoso para la comunidad. Detrás de todos ellos vienen unos hombres a caballo que compiten en carreras alcanzando una velocidad increíble, los cuales, igualmente, reciben regalos del soberano. El que resultó vencedor en aquella ocasión fue un joven de unos 14 años. Después de todo ello, para concluir, se celebra la misa como modo de agradecimiento del pueblo hacia su rey.

Éstos son, hermanos, los medios con los cuales dicen que los gobernantes conducen a sus pueblos hacia la mejora de todo aquello que aporta felicidad y armonía. ¿Y quién se resiste a derramar lágrimas de felicidad viendo la gran compenetración entre el monarca y su pueblo? El rey gratifica y honra al pueblo por su buen comportamiento. El pueblo ama al rey y se somete a él por propia voluntad. El rey, con estos pequeños regalos y honores, estimula a su pueblo a cuidar el ganado y a

realizar todos los trabajos con esmero y corrección. El pueblo, al aceptarlo, enriquece a la patria, proporcionándole también al rey gloria y grandeza.

[BIBLIOTECA]

De todo lo que vi en esta ciudad una cosa muy digna de ver -tanto que puedo decir que en pocos lugares se encontrará otra igual- es un gran edificio con 52 salas y habitaciones en donde tienen una maravillosa biblioteca con libros curiosos y en todas las lenguas, que sumarán todos juntos más de 400.000 tomos, de los cuales 12.000 son sólo manuscritos de la época en la que la imprenta no se había inventado y de los que unos 6.000 son griegos, siendo 1.060 sólo tomos de Aristóteles. Calcúlese, por lo tanto, qué valioso tesoro de libros es éste. Los otros manuscritos que faltan hasta completar los 12.000 están en lengua latina, alemán antiguo, hebreo, turco, árabe, persa y egipcio. Y de toda esta cantidad de libros, los que me enseñó el bibliotecario fueron éstos:

- *La Ilíada* de Homero, toda impresa en letras mayúsculas; en la primera hoja de cada historia hay un dibujo que la cuenta. La obra está transcrita del original más antiguo que está en la hermosa ciudad de Milán de la cual ya hablé en mi viaje del segundo año.

- Un libro de Teócrito que se llama *Idilios*, manuscrito del año 1395.

- Un lexicón latino, manuscrito en pergamino, del año 1158.

- Un libro que se ha encontrado de la época en que se descubrió Herculano y Pompeya, del cual todo lo que se ha podido entender se ha imprimido con tinta negra, pero lo que no se podía distinguir bien se ha

dejado en manos de los más sabios expertos que se conocen, conviniendo que estos fragmentos se imprimieran en tinta roja, y donde faltaban muchas palabras y no han podido reconstruir nada se ha dejado en blanco.

- La historia natural de todas las clases de animales de tierra, mar y aire, impresa con caracteres de oro.

- Carta geográfica, la primera que se imprimió en la ciudad de Bolonia, en Italia, antes del año 385.

- Biblia en latín manuscrita en pergamino.

Gabinete natural donde tienen animales, metales, minerales, corales, monstruos naturales, 5 momias, muchos tipos de ropas antiguas de 100 y 1.000 años de otros pueblos y de personas famosas, así como otras muchas cosas iguales tal y como ya se dijo del gabinete natural de Viena.

[IMÁGENES Y CUADROS]

Un gran edificio en el que hay reunidos más de 10.000 imágenes y cuadros de los que unos son nuevos y otros muy viejos, pintados por los más famosos del arte de la pintura, de los cuales los que me parecieron más especiales por su parecido con la realidad son éstos:

- Imagen de San José que tiene en los brazos el cuerpo del misericordioso Jesucristo, Nuestro Señor.

- El bello Narciso, que se enamoró de sí mismo.

- El Duque Carlos de Bavaria a caballo y gobernando a su ejército

- Teseo, quien dejando sola a Ariadna en la isla de Naxu, se dispone a partir.

- La puesta de sol que se ve tras las ruinas del Palacio imperial de

Roma.

- María Magdalena.
- Un niño que, soplando, se esfuerza en apagar una vela que tiene una chica en la mano, y ella se ríe del inútil esfuerzo del niño.
- Otra María Magdalena sumida en pleno arrepentimiento
- Séneca cuando se suicidó [118] en la bañera dejando fluir la sangre de las venas de las manos y de los pies, porque así lo quiso su aprendiz, Nerón el Tirano, que se matara sin dudarle con la muerte que él decidiera.
- El arcángel Miguel expulsando al ángel rebelde.
- Toda la corte angelical postrándose ante el trono del Todopoderoso Dios, en el paraíso.
- La guerra de las Amazonas.
- El triunfo de Teseo sobre Palestra, Emperatriz de las Amazonas, celebrándolo en el puente sobre el río Fermodon.
- Don Fernando, hermano de Felipe IV, rey de España.
- Abraham, a punto de sacrificar a su hijo Isaac, detenido por un ángel.
- El famoso Rafael.
- La Virgen María [119] con Jesucristo en sus brazos.
- La muerte de los inocentes bebés que se realizó en tiempos de Herodes contra la voluntad de sus madres.
- Jesucristo, recibiendo con dulzura a la pecadora arrepentida.

Todos estos cuadros e imágenes están muy logrados, unos por la alegría y otros por la tristeza, así como por la ira y por la lucha, según he dicho de las madres que hacían frente a los enemigos que les quitaban de las manos a sus hijos; y especialmente aquél con la vela que se empeña el niño en apagar. Todos son tan reales que cada uno tiene 30 ó 40 personas

mirando bastante tiempo e impide que uno se vaya a mirar otros cuadros. Mucho me habría extendido sobre la admiración que siento ante estos parecidos, pero temí que los lectores se incomodaran. Sin embargo, si uno, después de leer esto, viera estas pinturas, así como las de Viena que están en Belvedere, entonces tengo la certeza de que diría que he escrito poco acerca de su realismo.

Otro edificio, también con cuadros, pero no antiguos, sino nuevos, pintados por los más famosos pintores que hay ahora, de los cuales los que he reseñado son: el cuadro del actual rey de Bavaria, Ludovico I, y de la reina, así como de otras personas de la Familia Real. Allí también tienen diversos tipos de estatuas de mármol y grandes tapices de China.

[LOS JARDINES]

El Jardín Real, que, por una parte tiene el palacio real y por otra un gran cuartel, delante del cual todos los días se pasa revista a los soldados, lo cual añade belleza al paseo por el jardín. En las otras dos partes hay grandes dependencias construidas sobre pilares, donde están los cuadros que antes mencioné. Todo este paseo tiene solamente muchos árboles grandes con arena extendida entre ellos, aunque por algunos sitios hay surcos y bancos para sentarse. En el medio, un quiosco [120] redondo, donde sirven bebidas, y en las cuatro esquinas, sendas fuentes. De este jardín se pasa a otro al que llaman *jardín inglés*. Este jardín es tan grande que incluso el hombre más acostumbrado a andar no podría recorrerlo en un solo día. Se pasean por él con carrozas y a caballo, pues es de libre acceso también para los carros que quieren pasar más directamente a las otras aldeas, e igualmente hay otro jardín de libre acceso que es de los más importantes. Corren por aquí varios arroyos sobre los cuales hay gran

cantidad de puentes y quioscos. Tiene senderos de muchos tipos, así como pérgolas, bosques y otras muchas bellezas. También se encuentra aquí el palacio del príncipe Carlos, el hermano del rey.

Otro jardín real, al que con razón le llaman Nimfenburg, es decir, *la Morada de las Hadas*, que de la ciudad de Múnich queda como a una hora yendo a caballo. Todo este camino está muy bien hecho con senderos de tilos y chopos. Tres grandes bellezas tiene este jardín: los ríos, el jardín y el palacio, que en una parte tiene el jardín y en la otra, el patio, que es muy grande y redondo y que tiene, sin contar el palacio, cuyo perímetro es de más de 400 toesas, otras 10 casas alrededor de él, diferentes unas de otras y unidas a las paredes del patio. En el centro de este gran patio y de estas dependencias, un pequeño estanque, en cuyo centro hay un pequeño cerro de piedras, del que sale un chorro de agua hacia arriba de 5 toesas de altura y del grosor de una mano. De esta agua que llena el estanque sale un riachuelo que corre paralelamente al camino, que se tarda en recorrer media hora, y cuya anchura es como de 10 toesas. Este patio redondo con el estanque en el medio y el surtidor, con el palacio y con las otras 10 casas le alegran mucho la vista al que lo contempla y puedo decir que nunca he visto otro patio así. El jardín tiene la misma forma que el de Şenbrun con un gran descampado sin árboles delante del palacio, sólo con surcos y diversos tipos de flores, y en el medio de este lugar, una gran fuente con surtidor, con un chorro de agua tan alto y grueso como el del patio. Por las dos partes de estos jardines sólo con flores hay unos pedestales sobre los cuales tienen estatuas de mármol; después en otras tres partes se extienden jardines con árboles de un increíble tamaño y de nuevo con gran número de senderos, unos sombríos y otros luminosos, así como setos y otras muchas figuras hechas con árboles [121], y en algunos lugares muchos tipos de quioscos, así como casas completas en otras partes, amuebladas con gran gusto, un invernadero con muchas flores y

con árboles exóticos [122], y en toda esta extensión de terreno hay también muchos canales con riachuelos de 5 ó 10 toesas de ancho y otros son auténticos ríos de los que se forman estanques en los que también hay barcas para pasear. Estos muchos recodos de canales y ríos con multitud de puentes sobre ellos, proporcionan la más grande belleza y alegría a los que los contemplan. De otro manantial sale agua que corre por todas partes, como si fuera un paraguas, del cual, más abajo, se forman de nuevo más figuras, donde hay tres estatuas de mármol esculpidas por el mismísimo Cánova. ¡Y cuántos otros tipos de bellezas hay! En este palacio murió el rey Maximiliano José, el padre del actual rey, y tuvo una muerte muy tranquila, igual que la del amador de Dios, nuestro obispo José Argeş, que falleció felizmente, porque después de haberle ofrecido su oración al misericordioso Dios, se durmió y no se despertó más.

El jardín de los ciervos, donde puede haber más de 150 cabezas de animales salvajes y de otros tipos.

El jardín con todas las plantas útiles para el oficio de los médicos, y otros muchos jardines que no puedo describir porque no los vi.

[ESCUELAS, HOSPITALES Y OTROS]

Sala de miniaturas, donde tienen diversos tipos y maravillosos pequeños cuerpos hechos en marfil y en otros minerales [123].

Otro edificio en el que tienen muchas cosas de gran valor, con muchas antigüedades, grandes trozos de corales y toda clase de minerales. Y otros muchos armarios llenos de cosas semejantes.

Otro edificio, pero éste con una colección de muchas monedas, medallas y otras miniaturas, todas antiguas.

Otro edificio más, en el que hay una colección popular de todas las herramientas de todos los oficios.

Otro más, en el que hay una real colección de cuadros pintados a mano, pero en los que no aparecen figuras humanas, así como miniaturas de marfil con esmalte incrustado y mosaicos.

Otro más, en el que hay una colección de cosas naturales e instrumentos matemáticos.

Talleres [124] de todos los instrumentos matemáticos.

Manufacturas de porcelana.

Escuela donde estudian las damas de las clases altas el oficio de óptico. Otra escuela, donde se enseña a esculpir la piedra.

Un gran liceo, donde enseña lengua griega un profesor famoso en toda Europa, llamado Thirsie [125], hombre de familia sajona, instruido, bondadoso y muy amante de las personas [126], por cuyas virtudes es también consejero de la corte real.

Escuela que se llama *ghimnasium*.

Escuela donde se instruye a los pajes reales.

Escuela de cadetes.

Escuela que se llama *Instituto* [127], donde dejé a mis dos hijos, Radu y Alexandru.

Escuela de prácticas para la enseñanza de médicos.

Escuela de cirujanos.

Escuela de comadronas.

Escuela real para la buena educación de los jóvenes.

Escuela para los hijos de los soldados de la tropa y de los inválidos, es decir, de los viejos y de los heridos, y para los que ya no pueden trabajar por cualquier causa.

Escuela pública que es de un tamaño increíble.

Escuela de enseñanzas específicas.

Escuela de filosofía.

Y además de éstas, hay otras escuelas, pero yo no tuve ni tiempo de buscarlas ni ganas de visitarlas, porque estuve enfermo desde Génova hasta mi vuelta a casa.

Academia de ciencias.

Real Academia de pintura [128].

Casa cuna de niños abandonados y huérfanos.

Casa de empeño para todo tipo de gente venida a menos.

Hospital del rey José.

Hospital llamado del Espíritu Santo.

Hospital militar.

Hospital para los que ya no tienen cura y otros hospitales semejantes.

Un gran edificio en el que acogen a todos los venidos a menos y los llevan a la felicidad y les ayudan enseñándoles un oficio, como ya dije que ocurría en Viena.

Además de estos 2 teatros corrientes y el que hay en el palacio, que es de libre acceso también para el pueblo, hay otro al que llaman real, igualmente de libre acceso, el cual por su tamaño y por la belleza que tiene se encuentra entre los primeros y más renombrados de este país. Además de todo esto que he reseñado hay otras muchas cosas útiles para el pueblo y para embellecer la ciudad, que no he descrito porque no las vi.

Viajando a Suiza desde la ciudad de Múnich pasé por estas paradas: Pfaffenofen, 1 posta, ciudad; Ining, 1 posta, aldea grande; Landberg, 1 posta y media, ciudad grande amurallada, de la que al salir se pasa el río Leh por un puente fijo muy sólido y bonito. Hasta estas 2 paradas llega el final del lago que se llama Ammerzee-Buhloe, 1 posta, ciudad. Caufberen, 1 posta y media, ciudad. Oberghingburg, 1 posta, aldea grande, Chempten, 1 posta, ciudad grande amurallada, por donde pasa el río Iller del que han

hecho una cascada muy bonita, de 40 toesas de largo con 3 terrazas pavimentadas con tablas y muy bien niveladas, de modo que el agua va de una terraza a la otra, cuya contemplación no es poco maravillosa. Después viene Isni, ciudad pequeña, Banghei, 1 posta y media, ciudad. Retenbah, 1 posta y un tercio, ciudad. Lindau, 2 postas, ciudad con una fortaleza en una isla que está en el lago Boden, donde está la frontera de Bavaria con Suiza.

En toda esta comarca de Bavaria los sembrados son los mismos que dije anteriormente, y los bosques todos de abetos y pinos, de modo que en los lugares llanos, en lugar de zarzas y matas, sólo hay abetos y pinos [129]. Al ser todo el terreno pedregoso, o en el mejor de los casos, arenoso, no crece otro tipo de árboles. Todas las tablas de las casas y la leña para el fuego es cosa conocida que son todas de abeto. El ganado es grande; a los caballos los usan mucho más que a los bueyes en todas las faenas del campo y como medio de transporte. La mayoría de las reses son de un negro brillante o pardas, aunque también las hay con blanco y negro mezclado e, incluso, pardo con blanco. Y dicen que esta clase de vacas da 5 veces más leche que las otras. Los establos que tienen en todas las aldeas son dignos de ver porque están muy bien pavimentados y organizados, para que todo pueda estar limpio, teniendo, incluso, una fuente con agua corriente. Los pesebres son de piedra y las rejas de hierro, y cada res está separada con postes y con tablas. En estos establos tienen vacas sujetas con cadenas por las dos partes.

El clima de este lugar no es más caluroso que el nuestro, pero debido a que trabajan bien la tierra y la abonan de muchos modos, no queda ni un solo lugar que no siembren dos veces al año, y la mayoría lo siembran con semillas de trébol y de distintos tipos de heno bueno que

cogen cuando sólo ha crecido unos dos palmos. Y esto lo tienen que hacer irremediablemente porque los habitantes son muchos y el terreno poco. Del provecho que le sacan a un terreno pequeño y pedregoso se deduce que poseen una correcta administración.

El traje nacional se compone de sombrero pequeño, camisa limpia, chaleco o levita, pantalones hasta la rodilla, medias largas blancas y azules con calados y flores, y zapatos con hebilla. Pero como no son labradores, sino ciudadanos, toneleros, zapateros y herreros, todos éstos se visten como los nobles, con una única diferencia en el precio de los materiales, por lo que en cierto sentido podría decirse que se juntan con la más alta nobleza, e incluso con el rey, en los teatros, en los paseos públicos y en los jardines; basta tan sólo con estar limpio y con saberse comportar, cosa que puede verse en todo el pueblo llano.

[COMENTARIOS]

Por lo que se refiere a la situación del pueblo cada uno puede juzgar de lo que se escribe a continuación. Apeándome en una aldea para entrar en una posada, vi cerca una casita más limpia y adornada que las demás, pintada, con grandes ventanas, con persianas y con una puerta muy bien trabajada. Y al preguntarle al posadero quién vivía en aquella casa me dijo que un aldeano.

Entonces, sorprendido, me animé a subir a verla por dentro, donde encontrándome con el dueño le dije educadamente que era un viajero extranjero y que la belleza y la limpieza de la casa me habían incitado a subir para verla por dentro. Entonces el aldeano, con gran alegría, me condujo primero a dos habitaciones, donde sólo había camas con sus correspondientes ropas, sillas, mesas, cuadros y el mapa de su patria.

Después me llevó a otras tres habitaciones donde todo eran estantes sobre los que tenía todo tipo de jarras, muchas más de las que serían necesarias en una buena y rica casa. De todas ellas reseño sólo una clase que comprendía más de 50 jarras de agua de las cuales unas treinta eran de cristal y las otras de barro blanco, y todas con las bases y las tapas de estaño, según se acostumbra allí. Entonces le pregunté por qué tenía tantas de tantos tipos. Él me respondió que, por tratarse de cosas que son siempre útiles para la casa, las compró en el mercado porque se vendían a mitad de precio y que así ya no tenía que preocuparse de comprar jarras durante mucho tiempo. Ahora que juzgue cada uno la situación de los ciudadanos pobres de estos lugares. Esta misma situación la han visto muchos hermanos compatriotas que entraron en Austria y fueron por aldeas sajonas. Después, le pregunté, además, cómo había podido conseguir una situación tan holgada y en qué había trabajado. El me respondió en pocas palabras que trabajando todos los días del año, los buenos en el campo y los malos en las cosas de casa, y pagando al rey la 11ª parte de sus ahorros, con lo cual también alegra al misericordioso Dios.

El lago Boden está rodeado por 5 gobiernos: el de Bavaria, el de Virtemberg, el de Baden, el de Suiza y el de Tirol, cuya longitud se recorre en 20 horas y su anchura como en 6. Y para no cruzar este lago a lo ancho, pues tenía el viento en contra, lo vadeé justo al principio, cuando iba a Constantz, donde el lago es más estrecho. Y pasando por el gobierno real de Virtemberg y Baden, y yendo por la orilla, vi algo increíblemente bello, porque a lo largo de todo este camino hay una hilera de casas con viñas por una parte del camino, y por la otra con jardines que bajan hasta la orilla. Y las viñas en todas estas comarcas están sembradas con un gran orden, formando líneas rectas por todas las partes. Los límites de cada viñedo, tanto los que dan al vecino como los que dan al camino, están

todos marcados con vallas. Esta vista de viñas, casas, jardines y de las muchas barcas con velas que hay por todo el lago es de una belleza especial.

Viajando desde Lindau por las aldeas que más abajo nombro y por las ciudades del reino de Virtemberg y del gran ducado de Baden, no me paré a describir ni paradas ni postas, porque no estaban en el camino principal de las postas, sino que sólo apunté el nombre de las aldeas y de las ciudades, que son éstas: Eşa, Enzesvailer, Cresbor, Nollenbarc, Beznau, Ghizenvailer, Oberdorf, Erischirhen y Fridrihşafen, bonita ciudad a orillas del lago, con una línea de casas nuevas muy bonitas fuera de la ciudad, a orillas del lago, cuyo adorno y belleza es una cosa especial porque, aparte de la línea de casas, el lago, los jardines y las vides son una alegría para los ojos.

Después de aquí, fui a la aldea de Ofen, a Manşel, Fişbah, Imanştat (entre estas dos últimas aldeas está la frontera de Virtemberg con Baden), Ripen, Haagnau, Steten y Mertburg, ciudad también a orillas del lago, desde donde entrando con barcas grandes con velas pasé a la ciudad de Constanş. Por este lago pasa el río Rin, que mana de los Alpes suizos y pasando por el lago y saliendo forma la frontera de Suiza con Baden, y también la de Baden con Francia, y después, justo por la otra parte, entra en el mar. Dicho río se pasa entrando en la ciudad de Constanş por un puente fijo, muy sólido. La ciudad tiene, además, fábricas con diversos tipos de molinos y sierras hechas con tablas. Esta ciudad es bastante bonita y con una fortaleza muy sólida, añadiéndose a su belleza la vista del Rin y del lago. Un poco más adelante de aquí empieza la frontera de Suiza, donde entrando y yendo derecho hacia Geneva pasé por 9 cantones de los 22 que tiene. El cantón puede considerarse como un distrito, con la única diferencia de que cada cantón tiene sus costumbres y sus leyes, que se regulan según la necesidad de cada lugar sin que exista la posibilidad

de que un cantón se entrometa en los asuntos de gobierno de otro, a pesar de que en el cantón de Bern viven todos los embajadores extranjeros y puede considerarse como la ciudad más importante.

Cada cantón acuña su moneda, con diferentes características unas de otras.

En toda Suiza no hay ni un noble que sea tonto, sino que todos son hermanos compatriotas. A los que cumplen las normas de trabajo de cada cantón los controlan los diputados de cada aldea, que tienen que trabajar durante un período de tres años. Todos los habitantes son soldados, y en caso de necesidad todos tienen que trabajar, aunque en épocas de paz trabajan sólo por turnos para mantener el orden. De Constantz entré en el cantón de Tiurgau, cuyos habitantes son 79. 300, y pasé por Frauenfeld, 1 posta y media, ciudad pequeña, pero muy bonita, con unos habitantes entregados a adornar sus casas y a embellecer sus jardines. El edificio de Correos es una casa especial, al igual que su jardín, a pesar de ser pequeño, pero es muy digno de recibir a cualquier persona en su interior, porque tiene varias cosas que ver. Y en cualquier casa de la ciudad que haya tenido un terreno de solamente 5 toesas se ha hecho un jardín, con lo cual proporciona buen olor y aire limpio a la ciudad, porque en aquellos pequeños sitios (que son muchos) tienen pequeños cerros en los que hay plantadas todo tipo de flores olorosas, y entre ellas, árboles exóticos y otros cortados con diferentes formas, donde uno tiene que estar mucho tiempo para verlos todos, y de donde no se querrá ir de lo feliz que se encontrará. Todas las casas de la ciudad son de reciente construcción [130], pintadas y con muchos adornos, pero de todas, como ya dije, es de admirar la casa y el jardín de Correos. Porque en cuanto entra el viajero en la ciudad la primero que ve es ésta, grande y adornada y con diferentes cosas en el jardín, de lo que se podría decir que es de algún príncipe muy rico. Después, al leer lo que pone en frente de la puerta, se da cuenta de

que es Correos.

[COMENTARIOS]

¿Qué le queda, pues, por hacer a uno como yo, que sabe que en su patria, a causa de la inconstancia, no puede existir ningún tipo de adorno? ¿Qué le queda, digo, más que suspirar? Porque lo que trabajamos durante 10 años, lo perdemos tan sólo en un día, cuando dejamos la patria y huimos a países extranjeros. Los emperadores europeos se alegran cuando ven este tipo de casas y cuando sus súbditos construyen, siembran y embellecen las ciudades y las aldeas, pero los nuestros se alegran cuando ya no nos queda ni un ladrillo sobre otro. Cuando quiera injuriar a mi mayor enemigo, es suficiente con que le diga: “*¡Que todo lo que hagas sea en vano!*” [131]. Exceptuando la décima parte de lo que mis propias manos trabajaron [132] en los días malos, cuando todo el mundo estaba al calor del hogar, ahora, en la mayoría de los sembrados, no reconozco los sitios. Y si quisiera reseñar la miseria de todo el País rumano, que lo ha intentado 5 veces en un plazo de 26 años, tendría que escribir un tomo entero solamente para contar la ruina común en la que se encuentra el país.

De Frauenfeld fui a Islicon, donde hay muchas fábricas en las que se hacen telas estampadas. Aquí está también la frontera del cantón de Tiurgau con el de Zurich, que tiene 182.100 habitantes, después a Vintetur, 1 posta y media, ciudad grande y embellecida con muchas casas buenas y bonitos jardines. De aquí a Tess, por donde pasa el río Tess, en el que hay una catarata como las que ya he nombrado.

Viajando por estas pocas ciudades confieso a los lectores que no pude aguantarme las ganas de ir a Geneva, Lozana o Bern, que son ciudades grandes, y de hacer después la descripción. Porque en este corto viaje ya me hice una idea clara de todas las clases de felicidad de esta nación. Sin duda, aquel Guillermo Tell que liberó a este pueblo y los inició en el buen gobierno, no llegará a ser santo pero tenemos que incluirle entre los más grandes bienhechores del mundo. En una de las más pequeñas aldeas, llamada Grihdorf, me alojé en una posada, donde al entrar un aldeano en la sala en la que estábamos, nos preguntó si le permitíamos charlar con nosotros para pasar el tiempo. El cual, después de cruzar muchas palabras y tras las preguntas que le hicimos sobre sus costumbres y leyes, después de darnos cuenta de que hablaba francés, alemán e italiano, empezó también a hablar en griego, recitando tres o cuatro líneas de Jenofonte y algunos versos de Homero. Y al preguntarle dónde aprendió griego, me respondió que en todas sus aldeas tiene que haber escuelas en lengua nacional y que aquellos escolares que tienen ganas de estudiar van a las escuelas de las ciudades, donde la enseñanza es de mayor nivel y en muchas lenguas; y que en esas escuelas cada uno aprenderá según el empeño que le ponga. Después vino la hija del posadero, de unos diez años y nos cantó con su voz y con el clavicordio, así como otros que se empeñaban en entretenernos por todos los medios. Y otras muchas cosas que raramente se ven en nuestras ciudades las vi en esta pequeña aldea que no viene ni en los mapas, debido a que es muy pequeña. Pero incluso parece que la naturaleza quiso favorecer a esta nación, porque en otras partes difícilmente se ven otros árboles que no sean abetos, pero en Suiza se ven de todos los tipos, como en la bendita tierra de Valaquia. Y los campos, en la mayoría de los lugares, están en un lugar muy bonito que es como el lecho de un río, en el que por las dos partes de arriba tienen viñedos, más abajo, huertos con árboles, y en el

centro, los sembrados, entre los que se extiende el camino. Igualmente, allí donde hay un barranco o la más pequeña dificultad del terreno, ellos han cavado durante todo el año un poco por arriba y han ido echando hacia abajo la tierra hasta nivelar y embellecer el sitio que era feo e inservible. Este tipo de cosas son las que vi en mi viaje, y al preguntarles a los trabajadores que por qué se esforzaban en este rincón sin utilidad me respondieron que este trabajo lo hacían en los momentos en los que no tenían que hacer cosas necesarias y que nivelando este sitio lo hacían provechoso, y que debían dejar bonito un sitio feo siempre que fuera posible. Ahora que juzgue cada cual en qué gran felicidad se encuentra este lugar cuyos habitantes tienen incluso tiempo para nivelar barrancos. Además de esto, las señales que tienen en los caminos para comodidad de los viajeros son diferentes a las de otras comarcas, porque las tienen en todas las aldeas a la entrada y a la salida, donde en cada camino se pone a qué lugar conduce, así como los cruces que hay en el camino, y en todo momento, otros postes donde se indica cuántas horas de camino faltan hasta la próxima ciudad. Y allí donde hay un valle grande, donde el viajero tiene que calzar la rueda, hay un poste con una rueda pintada puesta sobre un calzo, donde dice que es necesario calzar la rueda. En estos caminos, sólo aquél que no sepa ninguna lengua europea, podrá equivocarse de camino. ¡Y cuántas otras comodidades y satisfacciones comunes hay que no pude conocer a causa de la rapidez con la que pasé!

Desde Tess fui a la aldea de Valizelee, donde un poco más adelante se pasa el río Tlat por un puente fijo, de 12 toesas de largo, protegido por los laterales y cubierto con tejas. Y todo este peso se sostiene gracias a su ingeniería porque se apoya sólo en los extremos, sin que haya ningún pilar en el medio del agua en toda su longitud. Hay 2 postas hasta Zurich, ciudad fortificada muy grande y bonita, que aumenta su belleza con los tres ríos que corren por ella, de los cuales, el primero es el río Limat, que se pasa

por un puente fijo maravilloso. Después, en el medio de la ciudad está el lago Zurich, cuya longitud se recorre en unas doce horas y su anchura en unas dos. Este lago, que se estrecha al principio de la ciudad, pasa por el centro de la ciudad y se atraviesa por un puente tan largo, ancho y sólido que aquí está la plaza más grande de la ciudad, donde vienen miles de compradores y vendedores de todo tipo de cosas, como legumbres, frutas, aves, pan, verduras, pescado y todo lo que normalmente se trae a las plazas para vender. Y aparte de esta multitud de personas y cosas, hay unas tiendas con distintos productos, también sobre este puente. Y por la otra parte de la ciudad corre el río Geele, que también se pasa por un puente fijo y muy bien hecho; y como estos dos ríos son grandes, tienen diferentes canales. Y en resumen, esta ciudad es una de las más importantes de Suiza.

[COMENTARIOS]

De aquí fui a la aldea de Alsteten, donde también me pasó algo digno de mencionar. Bajándome en la posada me preguntó un hombre que de dónde veníamos. Yo le dije que de Kronstadt, y él preguntó que si me refería al Kronstadt de Transilvania que linda con Valaquia (porque hay otro Kronstadt en Rusia y había que distinguirlos). Yo, viendo que tenía conocimientos de geografía, le pregunté al posadero que quién era ese hombre. Él me respondió que era un campesino y que había venido porque aquél día era el día de los periódicos y que algunos venían allí para leerlos, y que si queríamos leerlos podíamos entrar en la sala general, donde al entrar encontré otros tres o cuatro como aquél, con las hojas de los periódicos en la mano. Entonces me emocioné viendo que los campesinos de Suiza, queriendo saber qué ocurre en el mundo, se reúnen

para leer periódicos. Y el que me preguntó que de dónde venía me demostró con creces que o había estudiado geografía o que había consultado muchas veces el mapa. ¡Oh, qué triste recuerdo tuve entonces! Porque en el año 1824, yendo a Cluj, Peșta y Mehadia con mi compadre el príncipe Manolache Băleanul, éste recibió una carta de la venerable Cancillería principesca, cuyo encabezamiento era: “*Al Señor... en Mehadia, en la comarca de Transilvania...*” De lo que se deduce que ninguno de los cancilleres sabía que Mehadia no está en la comarca de Transilvania, a pesar de estar cerca de la frontera con Valaquia, y sin embargo el labrador suizo sabía donde estaba cada lugar y con qué territorio lindaba, e incluso los que están cuatro imperios más lejos.

Después fui a la aldea de Dieticon, donde termina la frontera del cantón de Zurich y empieza el del cantón de Argau que tiene 144.400 habitantes, por donde pasa el río Riten. Baden, 1 posta y media, ciudad bastante grande y fortificada, junto a la orilla del río Limat. Melingen, 1 posta y media, ciudad fortificada, donde se cruza el río Reuss por un puente fijo, grande y bonito. Lințburg, 1 posta y media, ciudad que tiene una gran fábrica de telas, donde termina el cantón de Argau y empieza el de Bern, que tiene 294.500 habitantes. Calehberg, 1 posta, por donde pasa el río Gros. Papirmile, es decir, *molino de papel*.

[BERN]

(BERNA)

De aquí hasta Bern, como a una hora de camino, empieza un camino bonito con diferentes pérgolas y senderos por donde pasean sus habitantes, teniendo a mano izquierda una colina muy alta y larga con

surcos muy bien hechos. Y a la derecha del camino hay un sendero para pasear. El sendero y la colina continúan hasta entrar en la ciudad, donde se pasa el río Aar por un puente de piedra muy sólido y bonito que tiene por las dos partes, en vez de balaustradas, balcones de hierro, cuya longitud es de unas 30 toesas. Esta ciudad de Bern, por algunas especiales cosas que tiene, se puede considerar la sede de Suiza. Aquí viven también todos los embajadores de las cortes extranjeras. Está construida sobre un cerro muy alto y grande, que ve limitado su espacio al estar rodeado por el río Aar, formando el cerro y la ciudad una isla con una altura de más de 50 toesas contadas desde el nivel del agua hasta el más alto lugar de la ciudad, pero en línea recta hacia arriba, no torcida, porque así podría medir unas 150. En este más alto lugar de la ciudad hay una torre con un reloj que tiene un mecanismo por el que da los cuartos la figura pequeña de un hombre, mientras que otras 8 figuras se mueven alrededor. Y en lo más alto del campanario da las horas una figura grande, del tamaño de una persona grande, vestida con una armadura igual que la de los antiguos romanos.

Un lugar para pasear de día y de noche, porque lo iluminan con farolas, que es muy bonito y romántico. Este paseo tiene muchos árboles grandes, sembrados en línea y con las ramas juntas y después cortados muy rectos por arriba, formando como una pared verde, cortados igualmente por debajo, a una altura de 2 toesas, viéndose todo ello como si fuera un techo verde. Esto está en lo alto de la colina, donde corre por debajo el río, del que han hecho una cascada, de 30 toesas de largo que multiplica la belleza del paseo con su contemplación y con el sonido del agua. Y toda esta cascada está hecha gracias a un muro de piedra, que tendrá desde el nivel del agua hasta arriba, donde está el paseo, unas 35 toesas de alto. Desde esta altura, el 25 de Mayo de 1654, cuando este lugar no era un paseo, sino un lugar donde la juventud aprendía a montar,

se cayó justamente con el caballo un predicador, llamado Teobold Vaindepfen pero no se mató, sino que sólo se rompió una pierna y después de curarlo, siguió viviendo y predicando 6 años más. Este suceso está escrito en un piedra que está colocada justo en el sitio donde sucedió.

Una iglesia catedral [133], es decir, sede, muy bien construida tanto por dentro como por fuera. La entrada se hace por tres puertas, teniendo la del medio, y más grande, muchas pequeñas estatuas de mármol alrededor, sacados por fuera de la superficie del muro [134], representando historias bíblicas [135], realizadas con gran arte. La torre tiene una altura y una anchura tales que hay dentro muchas viviendas. Tiene 9 campanas que suenan mediante un mecanismo, pero no suenan simplemente como campanas grandes y pequeñas, sino que tienen una armonía muy agradable para los oídos, triste y maravillosa al mismo tiempo.

A orillas del río hay un tipo de construcción que, al verla con mis propios ojos, supuse que era un palacio por su tamaño y por lo bien construido que está por fuera. Dentro, sin embargo, hay ruedas de molino.

Entre todas estas cosas hay una calle grande por la que se sube hasta el centro de la ciudad, porque es de 10 toesas de ancho, por cuyo centro corre un riachuelo de agua por un canal de piedra [136], ya que las calles están bien pavimentadas y los edificios en línea recta a ambos lados de la calle. Y aparte de la anchura de la calle, a ambos lados hay edificios sobre columnas con arcos, quedando desde la columna hasta las puertas de las tiendas un espacio de 1 toesa y media, el cual está pavimentado con losas de piedra por donde pasan los viandantes porque siempre están limpias y porque, en caso de lluvia, no se mojan. La ciudad está toda iluminada.

Almacén de todo tipo de armas y cañones, y con algunas figuras vestidas con armaduras romanas de los cuales uno es Berchtold V, duque

de Geringhen, quien fundó la ciudad de Bern en el año 1191. También está el cuerpo de aquél que ya se ha podrido pero cuyo nombre será inmortal por siempre, es decir, Guillermo Tell, el causante de que Suiza llegara a esta situación de felicidad. La grandeza de muchos emperadores y reyes muere al mismo tiempo que ellos, pero el nombre de los que le hacen bien al pueblo siempre será inmortal.

También hay un edificio tan grande que cansaría al joven más ágil si quisiera recorrerlo. Allí crían a niños huérfanos de una forma muy correcta. Esta buena obra no falta en ninguna gran ciudad.

Otra gran construcción, donde hay una bodega muy profunda excavada en la tierra, y encima, el depósito de mercancías que abastece a la ciudad. Cuando digo edificio grande no piense el lector que es de unas 100 toesas, sino de 4 ó 5.

[POSADAS]

Y cómo voy a dejar de hablar del tamaño de los edificios de las posadas que hay en las aldeas y en las ciudades, del adorno de sus habitaciones y de la limpieza de las camas, las cuales están muy bien hechas, de madera de caoba o de nogal, sobre ruedas de cobre y cubiertas con muchas cortinas, unas de raso, y otras de percal, colgadas de muchas barras doradas; en resumen, igual que las camas de las damas que por naturaleza son limpias y tienen dinero y mucho gusto. Camas así no tienen en una posada 3 ó 4 sino 10 ó 20, y de otras un poco peores, el triple. El viajero, sea verano o invierno, se encuentra muy descansado por el buen estado del camino y la tranquilidad de las habitaciones. En estos lugares que recorrí, excepto en la llanura de Hungría, es imposible que un viajero o uno que transporta mercancías tarde más de un cuarto de hora a causa

del mal estado del camino. Pero en nuestro país estuve muchas veces, viajando con postas, enfangado en el barro desde que anocheció hasta el día siguiente por la mañana, del mismo modo que también dormí muchas veces sobre una tabla en la habitación de una posada, con bastante alborotos de niños. Y no es que en nuestro país no se hayan podido hacer semejantes caminos, sino que incluso hubiera sido más fácil, al igual que las posadas, que se habrían podido hacer con la misma organización. Pero esto no se ha llevado a cabo por dos causas, como ya he dicho, de las cuales, la primera es la inestabilidad, porque en 24 años, 4 veces hemos dejado las casas y todos los bienes huyendo al extranjero, y cuando hemos vuelto las hemos encontrado todas cerradas. La segunda es porque cuando se decidía y se acordaba el salario para poder trabajar en los bienes comunes, en el momento de firmar los contratos, antes de coger la pluma, se le daba al señor, mediante alguna artimaña, el dinero que había que entregar; pero para que éste tuviera a cambio la garantía de que esta buena obra se realizaba allí mismo, en vez de ofrecer una pequeña suma de dinero y todo tipo de ayudas, se le glorificara porque durante su gobierno se había podido llevar a cabo una obra útil. En el reino de Bavaria se afanan por hacer las vías nacionales de ferrocarril [137] con una técnica tan útil que el peso de una carga de la que tendrían que tirar 16 caballos, podrían transportarlo con mucha facilidad sólo 2. Dicho trabajo se está llevando a cabo justamente ahora en el jardín imperial de Nimfenburg, donde han movido 4 carros juntos y cargados de piedras, tirando un poco sólo con una pata, porque si hubieran tirado con todo el cuerpo, hubieran estado obligados a correr y a utilizar la fuerza para pararlos.

Viajando de Bern hacia Geneva, pasé por Chemene, donde se pasa el río Zam por un puente fijo, bonito y sólido. Bibere, donde está la frontera del cantón de Bern con Freiburg, población que tiene 67.800 habitantes. Morat 1 posta y media, ciudad, junto al lago Morat, cuya

longitud es de unas 6 horas y su ancho de 2; en él desemboca el río Broie. Después, el obelisco que representa la batalla que ganó la nación en 1476, que tiene 9 toesas de alto, 1 de ancho en su base inferior y, arriba, menos de media toesa en cada lado. Todo él está hecho con bloques de piedras de una sola pieza, puestos unos sobre otros. De aquí hasta Avangi, 1 posta, ciudad; Ennię, donde hay baños; Lusent, frontera del cantón de Freiburg con el de Vod, cuyos habitantes son 144.500. Se pasa también el río Broie por un puente de piedra en arco; Mudon 1 posta y media, ciudad, y Losana, 2 postas.

[LOSANA]
(LAUSANA)

Ciudad grande a orillas del lago de Geneva, al que le llaman también Leman, con una longitud que se recorre en 30 horas y una anchura que se hace en 8. En este lago, aparte de las otras muchas barcas grandes y pequeñas con velas, hay también tres barcos de vapor, y todos van de ciudad en ciudad, con viajeros y mercancía. En esta ciudad hay no pocas cosas para la buena organización, la verdadera ilustración, y en resumen, la felicidad del pueblo. De aquí y hasta la famosa ciudad de Geneva, en todo el camino que se hace por la orilla del lago hay senderos, pérgolas, vides, jardines, muchos tipos de atalayas y casas señoriales, por lo cual el camino es uno de los más bonitos, igual que el que vi en Italia. De Losana fui por Vadi a Prevereghe -entre estas dos aldeas pasa el río Renoe-, Morghes, 1 posta, ciudad, después junto a tres fortalezas, Duli, otro Duli [138] y Pranghins; Nion, 1 posta, ciudad. Copet, ciudad amurallada, donde está también la frontera del cantón de Vod con el de Geneva, que tiene 41.700 habitantes. Vergon, 1 posta, ciudad, y Geneva, 1

posta.

[GENEVA]
(GINEBRA)

Esta ciudad es bastante grande, pero la mayoría de las casas son antiguas; muy pocas son de reciente construcción. Está situada justo en el recodo del lago en el que, sin contar otros ríos y riachuelos, desemboca el más grande, que es el río Ron y que saliendo del lago pasa por el medio de la ciudad con una anchura de 60 toesas. Y después de entrar en la ciudad, un poco más abajo, es dividido por una isla en la que hay algunos edificios. Justo al principio de estas construcciones, al nivel del agua, hay una famosa máquina, por la que suben el agua unas 30 toesas, distribuyéndola a todas las fuentes de la ciudad. Porque todas las ciudades de Bern y hasta Geneva están en un lugar alto, no en un llano o en un valle.

En esta ciudad está la torre que construyó el mismísimo Julio César, así como la casa en la que nació Jean Jacques Rousseau [139], en cuyo honor tienen una gran tabla escrita en letras de oro, colgada sobre la puerta de la entrada, y para que se le recuerde le han dado a la calle este nombre: *Calle de Rousseau*, donde a cualquier hora que vaya cualquier persona, encontrará a un extranjero buscando la tabla y anotando lo que hay escrito. Así es como el pueblo recompensa a los buenos y a los útiles, con la gloria eterna, porque mientras exista esta calle, todo el mundo

acudirá allí para ver la casa en la que nació, con lo cual se acrecienta y se multiplica su gloria.

Hay una sociedad de personas instruidas, que siempre ponen su empeño en inventar herramientas de trabajo y en mejorarlas, e incluso en ofrecer cualquier novedad que pueda ser de provecho común.

Tienen una gran biblioteca pública, así como un observatorio.

También hay un gabinete natural, como los que ya he mencionado en otras partes.

Igualmente hay una colección de cosas antiguas, como las que ya he reseñado en otras ciudades.

Escuela popular para aprender a pintar.

Escuela para esculpir en piedra y en otros minerales [140].

[UNIVERSIDAD]

Escuela Universidad para todo tipo de enseñanzas, donde dejé a Ștefan y Nicolae, mis hijos, para que los educaran. Y puesto que en este año sólo viajé con esta finalidad, busqué todo tipo de enseñanza en universidades, institutos y residencias, y me atrevo a decir a los padres que quieran enviar a sus hijos a países extranjeros para que estudien y para que aprendan buenas costumbres, que no cometan el error de mandarlos con 20 ó 22 años a determinados educadores, como es costumbre entre nosotros, porque se equivocan por muchas razones, sino que los manden a los institutos imperiales, reales o nacionales que tienen todos los gobiernos, cuando tienen 8 años, sin ningún pudor y sin ninguna preocupación. Porque en estos institutos hay profesores de todas las lenguas más necesarias y habituales como el francés, el alemán, el griego, el latín y el italiano, así como profesores de baile, de pintura, de música y

de enseñar al cuerpo a resistir ante las fatalidades [141]. Y lo más importante: que la juventud adquiriera buenas costumbres. Teniendo a su disposición todo este tipo de medios, es imposible que un niño coja malas costumbres. Un niño de 8 años que entra en un instituto, cuando tenga 15 años será capaz de responder a la pregunta de cualquier profesor sobre gramática, retórica, poesía, aritmética, historia nacional [142], geografía y religión; sobre filosofía, lógica, metafísica y moral; sobre álgebra, geometría, historia universal, historia natural y de la física, astronomía, historia antigua y estética, quedándole todavía 5 años hasta los 20 para que se haga un buen abogado o soldado, o médico, o matemático, o político o comerciante. Y entonces, una vez adquiridas estas enseñanzas y estas buenas costumbres, podrá el que quiera y el que tenga medios, viajar por otros imperios. Porque también el ver las muchas costumbres de cualquier nación no es pequeña escuela para cualquier tipo de persona. Y de nuevo digo que no tengan los padres ninguna preocupación por mandarlos durante la infancia, porque en estas grandes viviendas hay mayor orden y tranquilidad que en nuestras casas. Porque, aparte de los maestros que imparten clases y que tienen experiencia en educarlos y en enseñarles las buenas costumbres, hay directores, economistas, médicos y sirvientes con experiencia que tienen todo tipo de cuidados con ellos. Igualmente, las habitaciones están muy limpias, así como la ropa de cama; y las clases, la comida y las horas de sueño se respetan dentro de un orden, del mismo modo que la hora de recreo para jugar en el jardín. Y nadie puede decir que estos cuidados y buenas costumbres son solamente para los hijos de la alta sociedad, o sólo para los nativos, porque en estos institutos el hijo de un príncipe, el de un noble o el del más desgraciado hombre, aprenden lo mismo, comen lo mismo y tienen la misma ropa. La única diferencia está al sentarse a la mesa porque ponen más arriba a los más avezados en el estudio y con mayor virtud, y a los otros más abajo.

Igualmente, hay profesores que acostumbran a tener casas grandes con jardín en varias ciudades, pero sobre todo en el campo, donde tienen a otros tres o cuatro maestros a su cargo y admiten 30, 40 ó 50 niños en la residencia, mediante un precio estipulado, para instruirlos, educarlos y alimentarlos. Tampoco a éstos los admiten con muchos años, sino que más bien los admiten más fácilmente con 5 años que con 10, argumentando que cuanto más pequeños son con mayor facilidad se adaptan al tipo de enseñanza que les dan para su buena educación. Pero nosotros los mandamos a una edad en la que no sólo ya están formados sino bastante maduros y con los mismos vicios que los hombres de las casas.

En estos institutos y residencias vi a muchos niños de 6 y 7 años de edad que venían de Inglaterra, de América y de Francia, y que eran hijos de familias ricas y millonarias o pertenecientes a la alta sociedad. ¿Es que acaso no tienen en aquellos lugares y reinos los mismos tipos de enseñanzas o, incluso, mejores? ¿No podrían de algún modo los padres ricos tener a los maestros en sus casas? Pero se ve que han encontrado lo que es más provechoso: que Austria los envíe a Bavaria y Bavaria a Austria, y así cada comarca con las otras, como pasa con París y Peřta, y con Brařov y Padua y con Suiza y Bavaria. Y en definitiva, cualquier padre que quiera enviar a su hijo a otro país, que lo envíe a estos institutos y residencias cuando tiene 8 años, para que cuando tenga 20 se alegren tanto el padre como el joven de poder demostrar su buena educación y lo que ha aprendido. Yo, si no hubiera recorrido tantos sitios y no hubiera sido ayudado por los amigos que tuve en el viaje, quizás hubiera regresado con mis hijos mayores, pero puedo decir que tuve suerte al encontrar a un nativo con muchas ganas de servir y de ser de provecho a la humanidad, y dispuesto a acoger a mis hijos en su misma casa, dándome fe otros viajeros amigos, a los que por casualidad encontré en Geneva, de las buenas costumbres y de la dedicación de aquel ciudadano.

Una decisión como ésta no me hubiera atrevido nunca a tomarla, si hubiera dependido sólo de mí. Pero en las ciudades a las que enviamos a nuestros hijos, me encontré con sabios y famosos maestros de nuestro país, así como con profesores extranjeros; e igualmente vi las cartas que se envían unos a otros, en las que todos en verdad animan a la juventud y le aconsejan que vaya al extranjero sin dudarle para adquirir sabiduría y virtud, pero en el momento adecuado y con los mejores medios, de lo cual dan su palabra de que así va a ser. Esto que vi y oí me obligó a dar a conocer a mis hermanos compatriotas la verdad de esta necesidad, diciendo que no es necesario que los padres tengan otra preocupación más que la de enseñarle la lengua nacional, a escribirla y leerla desde que el niño empieza a hablar, enseñándole las obligaciones con la ley y cualquier aprendizaje de la lengua extranjera en la cual supone que va a tener que seguir sus enseñanzas. Quizás alguien diga que hasta los 8 años de edad, ¿qué puede aprender el niño? A esto respondo yo que el provecho que pueda sacar está en manos de la destreza del maestro y en el apoyo y en los medios de los padres, porque bastante vergüenza pasé yo cuando vi en la residencia niños de 8 ó 9 años que sabían lo que no sabían los míos con 20 años, es decir, hablar 3 lenguas sin problema y conocer el catecismo de tal manera que era imposible creerlo si no lo hubiera oído, así como un gran progreso en todos los estudios que empezaban.

Volviendo de Geneva no seguí el mismo camino, sino que para ver más lugares de la comarca de Suiza y aquella famosa catarata del Rin, y con el fin de adentrarme un poco más en el ducado de Baden y en el reino de Vitemberg, cambié la ruta en la parada de Morat, yendo por Arberg, 1 posta y media, ciudad donde se pasa el río Aar; Bioren, 1 posta, ciudad a orillas del río Aar, donde está también la frontera del cantón de Bern con el de Solotur, cuyos habitantes son 47.800. Solotur, 1 posta, ciudad grande

por la que pasa el río Aar, justo por el medio, y con puentes para la comunicación de los ciudadanos. Vitlisba, ciudad amurallada, Dermihle, fortaleza; Olten, 2 postas, ciudad a orillas del río Aar, que se pasa por un puente fijo. Agrau, 1 posta, ciudad en la que fabrican telas. Vildeg, donde se hacen las telas estampadas.

[COMENTARIOS]

En todas las comarcas europeas hay gran cantidad de fábricas, porque con estas fábricas cada gobierno favorece al pueblo. Por eso dan todo tipo de ayudas a los que abren fábricas, pero no al contrario, es decir, que los señores no les dan dinero por tener fábricas.

Gran daño le causa a un país exportar toda su materia prima [143], vendérsela a otros países a un precio miserable y después comprársela a un precio 30 veces mayor. Gran daño es cuando un país siempre compra todas las cosas de otro país y éste no compra ni una cosa realizada en aquél, como pasa en la desgraciada patria nuestra, que en vertical tiene 2 fronteras, una en el Sur y otra en el Norte, a las que siempre se exportan monedas y no se importa ni un céntimo desde ninguna frontera [144]. Y mientras que por la del Norte exportan los comerciantes, a través de las mercancías de Lipsia y de París, por la del Sur, lo hacen los pobres señores, a causa de los arrendamientos de sus señores.

¡Oh, Omnipotente padre de todos los pueblos! ¿Nunca se levantará del pueblo rumano esta nube negra llena de males y de tormentos? ¡Oh, bondadosísimo Señor! ¿Nunca seremos redimidos de nuestra pobreza? ¿No seremos dignos de ver un rayo de luz que nos conduzca a la felicidad común? ¿Pero qué digo? ¿Rayo? Enviada por la mano del misericordioso

Dios, ya hemos recibido toda la luz. El todopoderoso protector y defensor de nuestra patria, solamente espera de nosotros una pequeña y fácil actuación -me refiero a la unión-, la cual nos llevaría a la felicidad común, porque después de ésta vienen todas las felicidades. Pero sin ésta no es posible ningún bien en el mundo, porque sólo en la felicidad común encontrará cada uno la suya propia. De los esfuerzos realizados por separado ya hemos visto las consecuencias: haber perdido la gloria, nuestro *status* y el honor, y haber llegado a maldecir el mundo. La unión para el provecho del pueblo nos hace felices, la unión glorifica, la unión es la base de todos los bienes. ¡Puesto que corremos tras ella, hermanos, acojámosla, de modo que mediante hechos podamos decir que hemos querido pero no hemos podido servir a la patria! [145]

De Vildeg fui a la aldea de Absburg donde hay baños. Bruc, 1 posta y media, ciudad grande a orillas del río Aar. Un poco más allá se pasa el río Reius por un puente fijo. Baden, 1 posta y media, por donde pasa el río Limat. Estos tres grandes ríos, Aar, Reius y Limat se juntan en un mismo lugar, un poco más allá de la aldea de Vening, y de allí van juntos hasta que desembocan en el Rin, junto a la aldea de Coplend. Después se va a Caiserstul, 1 posta, ciudad bonita a orillas del Rin, donde está la frontera de Suiza con el ducado de Baden, pasándose el Rin por un puente fijo, muy grande y sólido, donde cerca del inicio del puente que queda en la parte de Baden, está la torre de una fortaleza construida en tiempos de los romanos. De aquí a Naesteten, para ver la maravillosa catarata del Rin, a la cual acuden personas de todas las partes del mundo, sobre todo franceses e ingleses. He dicho *maravillosa* porque ni con la pluma ni con el pincel [146] puede nadie representarla ni describirla [147], porque el que la vea pintada o el que lea la descripción no va a sentir lo mismo que si la viera con sus propios ojos.

[LA CATARATA DEL RIN]

Como una hora de camino antes ya empieza a oírse el ruido de un continuo chapoteo que se debe a la rapidez de la caída del Rin, pero esto no es nada al lado del asombro y sobrecogimiento de placer que tiene uno cuando se acerca a la catarata y, frente a frente, ve que desde una altura de 10 toesas y con una anchura de 35 toesas, cae el agua hacia abajo, quedando limitada en la parte derecha por un macizo rocoso sobre el que hay construida una fortaleza, cuyos cimientos tiemblan continuamente, y en la izquierda, por otro monte grande, en el que hay una fábrica de tabaco, otra de cebada perlada, otra de harina y otra de hierro, en la cual, echando el metal [148] del que sale el hierro y fundiéndolo con mucha más rapidez que en la fábrica de cristal, se hace un material líquido que se trabaja hasta darle la forma deseada. Por entre estos dos montes pasa el río Rin con la anchura que dije, el cual tiene en su parte superior, desde donde cae el agua, 2 rocas que salen del fondo del agua unas 3 toesas y que dividen la caída en tres colas [149], justamente en el lugar en el que el agua se precipita hacia abajo, donde al estrecharse la columna de agua coge una rapidez tan grande que al que la vea por primera vez le parecerá increíble y maravillosa. Así es como se produce ese terrible estruendo abajo, donde cae el agua y donde ya no puede verse el curso del río, sino una espuma blanca como nieve espumosa a todo lo ancho y lanzada muy lejos debido a su velocidad. Y también aquí abajo, a causa de la rapidez con la que cae el agua, se levanta una nube formada por las pequeñas gotas que han ido salpicando a lo largo de toda la anchura de las cataratas, por lo que siempre hay una nube de agua flotando en el aire, en la que unas gotas suceden continuamente a otras. El ver esto también hay que hacerlo en el momento adecuado, porque es 10 veces más bonito verlo por

la tarde, cuando los rayos del sol dan en toda la catarata, a causa de lo cual se intuye y se conoce cómo de grande y alta es esa nube causada por las gotas y aquella espuma que por algunos sitios es más densa y por otros más fina, la cual, al atravesarla también los rayos del sol, ofrece un espectáculo que yo no tengo capacidad de describir. También la belleza y el placer son indescriptibles si se contempla por la noche, cuando hay luna llena [150] y se refleja en la catarata; en ese momento creo que no hay ninguna persona capaz de alejarse de la alegría que le produce este espectáculo.

En el año 1805, en verano, cuando el río no tenía tanta agua, uno se atrevió a ir con una cruz y a ponerla en lo alto de una de las dos rocas que antes nombré. Y este año [151], en verano, de nuevo en la época en que el río decrece, de todos cuantos allí fueron, una francesa se atrevió a ir a la roca que queda más cerca. Para llegar hasta las dos rocas, cuando el río no tiene mucha agua (porque cuando está algo crecido, es decir, por encima de las rodillas, no es sensato [152] el ir), no se necesita ninguna fuerza especial, sino una incesante osadía. Si pierde ésta, para nada querrá las fuerzas, porque inmediatamente será lanzado al precipicio sin que pueda reconocerse ni un trozo de su cuerpo, porque el golpe de cada gota de agua es como el de una bala. Por eso digo nuevamente que es inútil esforzarme en dar a conocer este espectáculo.

De aquí fui a Şafhausen, 1 posta y media, ciudad grande y sede del cantón, cuyos habitantes son 26.000. Estos 9 cantones por los que pasé tienen 1.028.100 habitantes; los otros 14, 755.700. Lo que hace un total de 1.783.800.

Éstos viven en un lugar más pedregoso y con el doble de montes que de campo, y la mitad de pequeño que el País rumano. Ahora que juzgue cada uno cuándo esta nación que habita sobre una tierra tan fértil,

tendrá un justo gobierno, como tendría que ser también su población.

Después fui a Bisenghen, Darfinghen, Randec, Gotnatinghen, Riedern, Singhen, Stetighen, Nenŕinghen y Stocau, 1 posta, ciudad. Iberlinghen, 1 posta, ciudad a orillas del lago Boden, Merburg, ciudad grande a orillas del lago. Mardorf, 1 posta y media, ciudad. Ebah, Stadel, Altausen, entre estas dos aldeas está la frontera del ducado de Baden con el reino de Vitemberg. La visión de este pequeño dominio que no comprende mucho más espacio que los 5 distritos del Olt y a los que no les falta ningún tipo de felicidad de cuantas he visto en los más grandes imperios y reinos; esta visión, digo, me estimuló mucho más a contar todo lo que vi y a tener el firme convencimiento de que nuestra patria puede alegrarse mucho más debido a que la comarca es más grande y la tierra más rica por naturaleza.

El ganado de esta comarca es grande y está bien cuidado. Los sembrados, siempre los mismos, así como la fruta. La recogida de la uva en 4 de estas comarcas -Suiza, Baden, Vitemberg y Bavaria- es desde el 5 al 10 de Octubre, y la época de parto de las ovejas en todas estas comarcas está muy bien organizada, porque desde primavera, cuando empiezan a parir y hasta hoy, 20 de Noviembre, cuando me encuentro de nuevo en Viena, he visto cada día por los campos a las ovejas con sus corderos recién paridos. Esto no es obra de la naturaleza de los animales, sino del trabajo de los aldeanos y de aquéllos que, para su provecho y disfrute, quieren tener siempre carne de cordero. La vestimenta es como en Suiza, es decir: sombrero, blusón (una prenda que llega hasta las rodillas), chaqueta, camisa, pantalones largos, y botas; las mujeres tienen en la cabeza una especie de caperuza con una visera ancha para el sol [153], camisa, vestido y un chaleco negro que se cierra por arriba, quedando por fuera las mangas y el pecho de la camisa, almidonada y blanqueada con

azulete [154]. Pero las que están en las ciudades, van vestidas como las damas de la nobleza. Escuelas no sólo tienen en la ciudad, sino que también tienen que tener en todas las aldeas. La tierra es pobre por naturaleza, siendo más bien pedregosa y arenosa, pero gracias al continuo cuidado la hacen fértil. Entrando en el reino de Vitemberg vi que también todo se hacía para la felicidad común y el embellecimiento del lugar, siendo este sitio mucho mejor, porque vi no sólo abetos, sino también otros tipos de árboles, de lo cual se deducía que la tierra era más fértil, pues tampoco había demasiados montes.

Y puesto que cuando estaba en estos lugares era el 10 de Octubre, no pude ver en los campos otros sembrados más que patatas, coles, nabos, rábanos, colinabos, remolacha; y de frutas, manzanas, peras y ciruelas, así como heno sembrado. Pero de la inadecuación al clima y de los sitios que no estaban sembrados se deducía que todos los productos del campo los traían de los territorios vecinos, sobrando, en mi opinión, el trabajo de la tierra, que está más bien abocado a desaparecer. Los lugares por los que viajé son éstos: Taldorf, Oberţel, Oterlorh, Ravengburg, 1 posta, ciudad, Aelighecraiţ, Altdorf, fortaleza sobre un sitio muy alto de donde dicen que se ve Strasburg, que es la frontera de Francia con el ducado de Baden, a orillas del Rin, Vaingarten, Banefurt, Steclin, Bertaite, Forst, Aintiren, Arnah, Rineldinghen, Sfinghen, Burţah, 1 posta, ciudad, Baiers, Frauenlot, ciudad pequeña; Dreherg, Antrah. Entre estas 2 aldeas está la frontera de Vitemberg con Bavaria. Fui también por Fertofen, Ilerfeld, Folcherţofen, Menipghen, 1 posta, ciudad grande. Urgherausen, Erchaim, Obercamlah, Oberauerbah, Mindelhaim, 1 posta, ciudad grande, Chirhdorf, Viderghetingen y Buhloe, 1 posta. Aquí salí al camino principal del que hablé anteriormente. Y viajando de Múnich a Viena, me detuve sólo en la ciudad de Passau por la belleza que he oído que tiene, porque está justo en el recodo que hace el río Inn al entrar en el Danubio, el cual,

al ser su corriente más rápida, lo corta por la mitad hasta la orilla contraria. Volviendo derecho a Viena desde aquí, y no teniendo más cosas que escribir sobre el viaje, pensé que me sentiría culpable si no terminaba hablando por segunda vez de la vida tranquila de los vieneses, de la belleza de los muchos parques que tiene alrededor y de la constante iluminación desde el anochecer hasta el amanecer que hay en todos los jardines que rodean la ciudad de Viena.

Y porque la esperanza es algo natural en todo hombre que todavía se encuentra sobre la tierra, teniendo esta esperanza yo también, me contento con la esperanza de que sin duda vendrá un tiempo en el que mi patria -no digo yo en pocos años- se asemeje justamente a las grandes ciudades que he visto y que al menos se dé el primer paso que conduce a todos los pueblos a la felicidad, el cual es uno y sólo uno: la unión para provecho común de la que tantas veces he hablado.

LAS NOTAS DE DINICU GOLESCU

[I] Arquitecto se le llama al más grande de los profesionales de la construcción, al cual nosotros le llamamos *meimarbaşa*. Ha estudiado en la Academia y tiene amplios conocimientos.

[II] Las terrazas son unas colinas cavadas en forma de escalera, la cual, en vez de tener escalones estrechos los tiene anchos, de mayor o menor longitud. Unas terrazas, para que no se caiga la tierra, se hacen con paredes, y otras simplemente con tierra. A esto se le llama terrazas.

[III] Estanque muy pequeño, hecho de piedra o de ladrillo, del cual sale un chorro de agua hacia arriba mediante un mecanismo.

[IV] Agua que, con rapidez, cae hacia abajo desde un sitio elevado.

[V] El sendero es un camino con árboles plantados por las dos partes, cerca o lejos, y más altos o más bajos.

[VI] Cuerpo de persona hecho de mármol, de bronce o de cualquier otro metal.

[VII] Cuerpo de persona, entero, no fragmentado, todavía con carne y con piel negra y seca sobre los huesos.

[VIII] Soldados mutilados o ancianos, que no van a la guerra, pero que ayudan a la ciudad en lo que pueden.

[IX] Lugar en el que están los actores y desde donde nos cuentan historias o realizan representaciones.

[X] Vivienda de un científico, con muchas aberturas, desde donde observa el movimiento de los cometas y de los planetas.

[XI] Ancianos que representan al pueblo en la sede del Gobierno.

[XII] Título de estirpe imperial.

[XIII] Casa imperial.

[XIV] Lugar amplio, sin ninguna construcción, destinado al uso de todos los ciudadanos y donde se vende pan, fruta, verduras, legumbres y otros alimentos.

[XV] Edificio en el que hay objetos naturales, como los que se reseñan.

[XVI] Construcción con tres caras.

[XVII] Una serie de flores, lazos u otras cosas unidos entre sí.

[XVIII] Con este nombre se designa a todo tipo de gastos innecesarios, así como a los que son superiores a los ingresos. A esto le sigue el deseo de tener no sólo lo que ve en otras personas, sino el de que sea más caro, sin tener en cuenta si lo necesita o no y si tiene los mismos ingresos que tiene la persona a la que quiere superar en lujo. Por esta razón muchas familias se han arruinado y han desaparecido, todo el mundo nos ha injuriado y los escritores extranjeros nos han retratado. ¿Qué provecho vamos a sacar nosotros si ocultamos todo esto y creemos que nadie lo sabe, mientras que todos los pueblos leen sobre ello, porque ha sido escrito por los que nos detestan? Es mejor que lo conozcamos, que demos fe de ello, que tomenos una decisión valiente y nos corriamos, alejando de nuestra patria este fuego y estas ascuas, porque el lujo y la posesión descompensados nos han borrado de la faz de la tierra, arrebatándonos de todo el mundo el más pequeño honor que pueda tener una nación.

[XIX] Lugar donde se aprende a montar. Es un terreno circular, de arena fina, para que no se hagan daño los que montan cuando se caen.

[XX] Un pilar de obra o de piedra sobre el cual se pone una estatua o una maceta grande con flores, porque estas cosas, que son para adornar los jardines, no las ponen nunca sobre el suelo.

[XXI] Arbustos pequeños unidos y cortados formando una pared. Pueden ser rosales u otro tipo de planta pequeña.

[XXII] Los egipcios, los griegos y los romanos creían que en el mar vivían unas diosas, a las que les llamaban Nereidas.

[XXIII] Ésta es un tipo de carroza, el doble de larga que las normales, con 4 puertas y con un espacio en el medio, en cuyo interior caben 8 viajeros. En el lugar del cochero, bajo una cubierta especial como la de las carretas, se sienta el conductor (es decir, el encargado), que normalmente es acompañado por algún viajero. En la parte de detrás, van dos viajeros más muy cómodamente sentados. Los que se sientan en la carroza y el que se sienta con el conductor (donde yo me encontraba más feliz) pagan 2 florines de papel por cada posta, y el resto un poco menos. Cada persona puede llevar, sin pagar más por ello, un equipaje de 50 libras, sea ropa o mercancía. Pero si su equipaje pesa más, tiene que pagar más por el exceso. Las cosas de todos estos viajeros salen un día antes, en otro carro, dándosele a cada uno un resguardo y pegando en el equipaje otro resguardo igual. Y el que quiera puede decir el valor de todo su equipaje o su mercancía, lo cual se escribe en el resguardo, de modo que si se pierden sus cosas, se le reembolsa este dinero. Y al llegar al lugar donde se dirigían, cada uno con su resguardo retira sus pertenencias de la posta, las cuales llegaron 6 horas antes que ellos. A cada persona se le da al salir una hoja impresa que contiene las normas que tienen que respetar mientras estén en el *ailvaghan* con sus compañeros, como por ejemplo, que si alguno tiene la mala costumbre de estar día y noche con el cigarrillo en la boca, y si sus compañeros se molestan por ello, entonces no tiene más remedio que fumar menos. También están obligados a cambiarse de asiento: los que están sentados delante han de sentarse detrás y viceversa, de modo que todos puedan alegrarse e incomodarse por igual. Y otras muchas normas parecidas para el disfrute de todos, las cuales tienen que

respetar tanto los ricos como los pobres mientras estén allí, porque todos pagan por igual. Y muchas veces viajan en el *ailvaghan* distinguidas señoras que podrían coger un *ailvaghan* más pequeño y distinto, pero van con éste grande, para conocer este modo de viajar, e igualmente tienen que cambiarse los asientos, sean damas de alto linaje o sean de pueblo. Esta carroza sólo tiene establecidas tres paradas: media hora por la mañana para tomar un café; a mediodía una hora para comer, y lo mismo por la noche para cenar. Y cuando el viaje dura tres días, la segunda noche para cuatro horas para dormir. Los lugares en los que se quedan ya se conocen de antemano, acordados con la posta, y tan bien se conoce exactamente la hora a la que va a llegar *el ailvaghan* que en cuanto los viajeros se bajan y entran en la posada, el café y la leche ya tienen que estar puestos sobre la mesa. E, igualmente, a la hora de la comida, al entrar en la sala ya se encuentra sobre la mesa un plato de sopa. El cambio de caballos en la posta es tan rápido que apenas nota el viajero que la carroza se ha parado, desenganchando inmediatamente unos caballos y enganchando otros, porque también se sabe el día y la hora exacta en la que el *ailvaghan* va a estar en cada posta, por lo que los caballos ya están preparados. El conductor viaja con un reloj en la mano, y si por cualquier motivo se retrasa en el camino, a continuación tiene que viajar muy rápidamente para poder estar en la siguiente posta a la hora establecida. No hay cosa más bonita que viajar con este medio, porque el camino que se puede hacer en 9 días viajando con un arriero, con un carro o con sus correspondientes caballos, con este *ailvaghan* se hace en dos días y tres noches, y aparte de que uno se ahorra 6 días de viaje, además se paga por comer en las posadas mucho menos de lo que se paga en las posadas de los otros medios de transporte, porque ya que todos van a comer a esas posadas, de antemano se acuerda con los posaderos un precio más barato. Y si alguien quiere coger otro tipo de *ailvaghan* para él solo, como por

ejemplo una carroza para cuatro personas, con dos caballos (porque la más grande tiene cuatro), lo puede coger pero tiene que pagar por cuatro personas y viajar junto a la carroza mayor, porque de otro modo no tendrían estos beneficios, debido a que viaja con la posta de servicio habitual, con la cual va como quiere y se queda donde quiere, pero no tiene la dicha de conocer y hacerse amigo de los otros viajeros, como me pasó a mí al volver desde Trieste a Viena, ya que éramos 7 nacionalidades en la carroza grande: un inglés, un alemán, un francés, un italiano, un moldavo, un griego y yo, que soy rumano, de los cuales se conoce y se aprende todo aquello que cada uno ignora, sobre todo cuando uno presta atención a las costumbres nacionales, porque escucha al que habla todo el día sin dejar que los demás hablen, ve cómo uno observa a otro, y sin responderle, le hace ver que lo admira mucho, y mira a otro que sólo ha dicho 4 palabras en todo el día y en toda la noche, y a otro que, sin embargo, tiene muy buena disposición y habla con todos con bastante humildad, y a otro poniéndonos a todos a prueba, orgulloso e indiferente, y a otro juzgando todo esto y contándomelo. Sin embargo, el que presta atención se asombra como si fuera el más ignorante de todos.

[XXIV] Libre venta de todo tipo de mercancías traídas de todas partes.

[XXV] El vapor es una nave que va por el agua con la ayuda de un mecanismo con fuego que hay en el interior, pero por fuera se ve sólo un tubo de metal, como de 4 toesas, por el cual sale el humo. Tiene también dos ruedas grandes de metal, igual que las ruedas de un molino, las cuales van por el agua por fuera de la nave, una en cada parte, sostenidas por un eje de hierro que está a seis palmos sobre el nivel del mar. Una parte de las ruedas entra en el agua y tres se quedan fuera. El eje y las ruedas, al girar

rápidamente, producen en la nave un movimiento tan fuerte que cualquiera puede ver cómo la nave va abriendo el mar, dejando las ruedas dos largas estelas de espuma. Y si se echa en la caldera más madera toda la nave tiembla. Dentro, donde está este mecanismo, no dejan entrar a nadie, pero según he podido saber, hay una caldera construida en la bodega de la nave con un tubo de metal hacia arriba, por el cual sale el humo. Por detrás de la caldera, en la parte contraria a la entrada, hay otro tubo de metal que va desde ahí hasta el mecanismo, por el cual sale un vapor muy caliente, igual que sucede con la olla donde se hace el aguardiente, el cual se quema en el fondo, y concentra las gotas de vapor en la tapadera. De este modo mueve el vapor de este tubo la primera rueda, donde probablemente hay tres más, igual que en el mecanismo de los relojes. Y la última rueda, a través de sus dientes y de los que tiene el eje, hace girar el eje y por consiguiente las ruedas. Y debido a que es el vapor el que produce el primer movimiento de la rueda, cuando el fuego es más intenso y se produce más vapor, hace girar a las ruedas y toda la nave tiembla. Aparte de este mecanismo, tiene también unos mástiles con velas que se izan cuando el viento está a favor, por lo que el trabajo de las ruedas se aligera y el fuego se reduce. De Trieste hasta Venecia hay 80 millas, que se hacen en unas 20 horas y siempre se sale de un sitio o de otro en cuanto se encienden las farolas.

Cuando yo fui de Trieste a Venecia en barco tardé 16 horas, pero cuando volví, queriendo conocer la travesía que realizan los otros barcos, lo hice en un barco de vela, y maldita la hora en que se me ocurrió, porque viajé 40 horas hasta Trieste, y en todo este tiempo ni comí ni dormí y lo único que hice fue vomitar y llorar como un niño pequeño.

[XXVI] Un edificio redondo con asientos desde los cuales todo el mundo puede ver el centro.

NUESTRAS NOTAS

- [1] Con el título de *voivoda* se designaba al jefe militar y político de las formaciones del Estado. En todos los casos en que aparece la palabra en el texto, Golescu la escribe de forma abreviada: *Vvd.*

- [2] Eufrosin Poteca fue uno de los profesores de filosofía de la Escuela *Sfîntul Sava*. Sus estudios los realizó en el extranjero, siendo uno de los primeros jóvenes rumanos que se instruyeron allende las fronteras de los principados. Ya al final de su vida decidió retirarse a un monasterio del que fue monje.

- [3] Golescu se equivoca: San Cirilo no pertenece al siglo VII, sino al IX (h. 827-869).

- [4] El padre del famoso Vlad Țepeș (1431-1476) el conde Drácula. Vlad Dracu (¿?- 1447) era hijo bastardo de Mircea el Viejo (1386-1418) y gobernó en dos ocasiones: de 1436 a 1442 y de 1443 a 1447. En 1431, en Nüremberg, había sido nombrado señor del País rumano por parte del Emperador Segismundo de Luxemburgo.

- [5] Sibenbirghen (Siebenbürgen): Nombre germánico de Transilvania. Del alemán *Sieben Bürgen*, “*siete ciudades*”, que eran: Brașov, Sibiu, Sighișoara, Bistrița, Rupea, Sebeș y Mediaș.

- [6] Golescu se refiere, mediante esta perífrasis, a la técnica del barbecho.

- [7] Al parecer, la división no estaba constituida todavía como una de las operaciones básicas de la aritmética.

- [8] La moneda en cuestión es el *Kreutzer*, transcrito por Dinicu Golescu como *creițari*. Según R. Méndez (1997, 623), valía un céntimo de *forint*.

- [9] La toesa (del francés *toise*) era una antigua medida de longitud equivalente a casi dos metros, según consta en M. Moliner (1998, 1250). En el texto original la palabra que emplea Golescu -con sus múltiples variantes- es *stînjén*, que en Muntenia equivalía a 1,96 metros y en Moldavia 2,23, según recoge A. Cioranescu (1958-60, II, 794).

- [10] Se refiere a Samuil Brukenthal (1721-1803), gobernador de Transilvania de 1777 a 1787.

- [11] Golescu hace referencia al viaje realizado en 1800 por la Europa occidental que, supuestamente, lo llevó a París en misión secreta.

- [12] José II (1741-1790), Emperador de Austria, es, debido a lo mucho que se preocupó por su pueblo, una de las personalidades más admiradas por Dinicu Golescu.

- [13] La antigua *Pons Vetus*, según se recoge en C. C. Giurescu y D. C. Giurescu (1974, 87).

- [14] La frase *metaluri cu pământul lor nelucrat*, un calco del griego, es la perífrasis a la que recurre para designar a los minerales.

Asimismo, el sintagma *colección de cuadros*, citado con anterioridad por Golescu, es una traducción directa de *pinacotecă*.

- [15] En el original dice *crontal*, tomado de la palabra *Kronenthaler* (*Kronen* “corona” + *thaler*). El *thaler* es una moneda alemana de plata, equivalente a 120 *Kreutzer* según consta en A. Dowle y A. De Clermont (1972, 43), quienes también nos dicen (1972,48):

“*Un grand nombre de variétés de pièces furent frappées au nom de François II empereur d’Autriche: une série de kreutzers de cuivre de faible valeur; des thalers de convention et de demi-thalers d’argent, ainsi que des pièces de 20, 10, 5 et 3 kreutzers, en argent. Enfin, des pièces d’or de la valeur de 1 et de 4 ducats.*”

Pero fue el *Kronthal* acuñado posteriormente -cuando nuestro

escritor viaja- el que tiene un mayor valor, como estos mismos autores señalan (1972, 84):

*“Le kronenthaler frappé pour Charles-Louis-Frédéric
(1811-1818) entre 1813 et 1839 fut remarquable...”*

Por otra parte, el *kreutzer*, según L. Eusebio (1967, 665) es “... *il centesimo del fiorino austriaco*.” Y según nos informa R. Méndez (1997, 623), en Alemania será sustituido en 1871-1873 por el marco.

- [16] Adaptamos aquí la correcta escritura de lo que en Golescu aparece bajo las más diversas formas: *sfanțig, țfanțih, țfanțih...*

Obviamente se trata de una moneda austríaca de aleación, equivalente a 20 céntimos (*zwanzig*) de florín austríaco, según recoge L. Eusebio (1967, 78).

- [17] La palabra ofrecida por Golescu es *galbeni*, que literalmente significa *amarillos*. Suponemos que se trata del nombre popular que se le dio a los *kreutzer* acuñados en cobre a los que se hace referencia en la nota [15]. Por su parte, A. Cioranescu (1958-60, I, 352) señala que el *galben* era una moneda de oro de valor variable.

- [18] No hemos podido identificar con exactitud los tres túmulos a los que se refiere Golescu.

- [19] Mihai Viteazul (Mihai el Bravo) (1558-1601), le hizo frente a las tropas austríacas, así como al Imperio otomano y llevó a cabo la primera unificación de los tres principados rumanos. En 1600 fue proclamado príncipe de Valaquia, Transilvania y Moldavia.

- [20] Johann Jósika, Gobernador de Transilvania de 1822 a 1834.

- [21] El palmo, según recoge A. Cioranescu (1958-60, I, 596) medía 0,2458 metros en Muntenia y 0,27875 en Moldavia.

- [22] Dinicu Golescu se refiere a los católicos como los *papistas*, a los greco-católicos como los *unidos* y a los protestantes como los *no unidos*.

- [23] En la actualidad este río se conoce en lengua rumana con el nombre de Criș.

- [24] En la actualidad Kereti (Berettyó) y Uifalu (Ujfalu) constituyen una sola población: Berettyó Ujfalu.

- [25] Del alemán *Vorspann*, “servicio de relevo de posta.”

- [26] Según S. Bratu (1955, 32) estos doce días, como muestra Karl Marx (1818-1883) en *El capital*, Vol. I (1867), se transformaban, mediante distintos modo de explotación, en casi un año completo.

- [27] Golescu distingue la lengua *latinească* (latín clásico) de la *romanească* (vulgar o medieval).

- [28] Estalagmitas y/o estalagmitas.

- [29] Suponemos que quiere decir *esqueletos*.

- [30] Así lo expresa en esta ocasión. En otras, utiliza la palabra *cvadrat*.

- [31] *Fiachere*: Del alemán *Fiaker* (Cfr. *Oxford Duden*, 1985, 326). En español, *fiacre*.

- [32] Es posible que se refiera al cometa aparecido en 1821, asociado a la muerte de Napoleón según consta en *Magna. Enciclopedia Universal* (1998, 2.690). Si por casualidad hiciera referencia al Halley -lo cual creemos menos probable por la distancia temporal-, habría que remontarse al 25 de Diciembre de 1758, según esta misma enciclopedia (1998, 2.691).

- [33] No deben confundirse con *Țara de sus* y *Țara de jos* de los territorios rumanos. En este caso, como el propio Golescu indica, se trata de la parte que queda a una y otra orilla del Danubio.

- [34] Hasta ahora ha aparecido la palabra *poștă*, como sinónimo de *parada* o *pueblo*. En esta ocasión, se está haciendo referencia a la posta como unidad de longitud equivalente a 7,585 kilómetros, según L. Eusebio (1967, 25). A. Cioranescu, por su parte (1958-60, II, 653), considera que la distancia que había de una casa de correo a otra era de unos 10 kilómetros.

- [35] Este primer viaje Dinicu Golescu lo realiza en 1824. Por lo tanto, está utilizando en él material del segundo viaje que efectúa, el de 1825. La emperatriz en cuestión es Carolina de Baviera (m. 1873).

- [36] Respetando las normas gramaticales españolas, y del mismo

modo que, en nuestra lengua, el plural de *lira* es *liras* y no *lire*, adoptamos en castellano la forma plural *leus* -y no *lei-*, pues su singular es *leu*.

- [37] En el texto original Golescu escribe *zleiesc sudoarea*, “*chupan el sudor*”, que en español ni tiene sentido ni es tan ilustrativo.

- [38] El texto rumano presenta la palabra *rumâni*, que es el nombre que se daba a los campesinos en Valaquia desde 1746. En Moldavia el término empleado era *vecini*, introducido en 1749.

- [39] En el original dice *spinăriile goale*, “*espaldas desnudas*”, que no nos parece tan acertado ni tan gráfico.

- [40] Il Duomo.

- [41] Golescu escribe, en esta ocasión, *stîlp*, “*poste*”, sin duda porque desconoce la palabra *obelisc*.

- [42] Golescu ignora este término (*armătură*), por lo cual escribe *haine de fier*, “*ropa de hierro*”.

- [43] Conociendo a la perfección la lengua griega, es muy curioso que Golescu no emplee una palabra como *anfibiou* o, en su defecto, *dublă viață*.

- [44] Dinicu Golescu carece, una vez más, del léxico pertinente, por lo que esta palabra él la expresa como *coajă*, “*piel*”.

- [45] Resulta significativo que nuestro escritor transcriba la palabra ἄγγελος, traducida étimológicamente al rumano como *Veste*, “*mensaje, noticia*”, en lugar de ofrecer la forma *înger*, por ejemplo.

- [46] Esta descripción de la obra de Canova no es del todo exacta, lo cual nos hace sospechar de que realmente la viera.

Golescu no diferencia la descripción del cuerpo superior y la del inferior. En primer lugar, la figura que describe como portadora de una corona de laurel -que, por cierto, no es tal, sino una palma- está en la parte de arriba, mientras que el resto de lo que describe está en la inferior. La Felicidad está a la izquierda, sí, pero no del monumento, sino de la puerta que hay en el centro de la obra. Y, además, por debajo de lo anteriormente descrito. No es cierto que el anciano que representa a la Vejez se apoye con la otra mano de un joven -que más bien es un niño-, sino de un bastón.

Golescu se refiere al ángel con la palabra *Veste* “*noticia*”, que sería una traducción directa del griego ἄγγελος, “*mensaje, noticia*”. Según las obras consultadas, esta figura recibe el nombre de Genio.

El comentario que hace con respecto al pago de la obra por parte de los ingleses tampoco parece ser exacto. Golescu mezcla varios pasajes de la vida del artista. Son los austríacos quienes no llegan a pagarle a Canova, no 70.000 ducados, sino una pensión vitalicia decretada por el Senado veneciano como agradecimiento por la realización del monumento al almirante Angelo Emo. Es posible que Golescu se refiera al hecho de que la obra funeraria de María Cristina tenga su origen primeramente en un monumento a Tiziano ordenado por Zuliani, y posteriormente en el encargo que le hizo, no un inglés, sino un americano llamado Frank

Newton. Ninguno de los dos proyectos llegan a cuajar y Canova los utiliza para el mausoleo de la emperatriz, que es encargado por el Duque Alberto von Sachsen-Teschen en Agosto de 1798. (Vd. E. Bassi, 1943, 26 y 41) (Vd. G. Pavanello, 1976, 107-108). O tal vez se esté haciendo referencia al “... *cenotaph to the House of Stuart (marble, 1817-19), commissioned by the British Government and erected in St. Peter’s, Rome.*” (*The Dictionary of Art*, 1996, p. 628). (Cfr. E. Bénézit, 1976, 499).

- [47] Golescu está traduciendo directamente del griego lo que hoy en día es la palabra *politehnică*.

- [48] Según nos comenta S. Bratu (1955, 46), este lugar se conoce con el nombre de Rigstrasse. Clasi se corresponde con la pronunciación alemana de la palabra francesa *glacis*, “*explanada*”, que hace referencia al lugar que rodea la ciudad de Viena.

- [49] *Fiacres* (Vd. nota [31]).

- [50] Golescu -creemos- está haciendo referencia a algo parecido a la actual U.V. I. (Unidad de Vigilancia Intensiva). En su escrito él emplea la palabra *a înviia*, “*resucitar*”.

- [51] En el texto original dice *preoții mireni*, “*curas de pueblo*”, por oposición a los *preoții de mănăstire*, “*curas de monasterio, monjes*”.

- [52] ¿A quién se refiere nuestro boyardo? Probablemente a un famoso francés que defiende a los turcos y que no hemos identificado.

- [53] Golescu escribe *iubirea de omenire*, “*amor por la*

humanidad”, traducido del griego φιλανθρωπία.

- [54] El escritor emplea el verbo *a joca*, “jugar”. El verbo *a dansa* se formará posteriormente, según A. Cioranescu (1958, 276), de la palabra francesa *danser*.

- [55] Quiere decir *religión*.

- [56] Obviamente, se trata de una escuela veterinaria.

- [57] En el original dice *iconomie*, tomado del griego. Traducimos aquí lo que la palabra griega significa etimológicamente: “*ley de la casa, administración doméstica*” formado a partir de οἶκος + νόμος.

- [58] Tanto el número 15 como el 16 deberían figurar en *Buenas obras*, y no en *Escuelas*. Reproducimos la disposición que consta en el texto de base, seguida por todos los editores y de la cual nadie ha señalado que se trata -creemos- de un error del autor o, cuando menos, del impresor del texto original.

- [59] Golescu escribe *necuvîntător*, “no hablador”. Sin embargo, *cuvînt*, “palabra”, tiene en rumano también el significado de “*mente, entendimiento*”. Para respetar el giro de Golescu lo traducimos así. Más abajo lo traducimos ya con el neologismo *irracional*, por oposición a *racional*.

- [60] Se refiere a San Giorgio di Cini.

- [61] Golescu, con esta expresión, hace referencia a la hipocresía.

- [62] En el mercado de fuera de la ciudad se vendía ganado, materiales para la construcción...; el de dentro estaba destinado a alimentos, ropa, útiles domésticos...

- [63] En este caso Golescu podría haber introducido la palabra *cvadrat* o, en su defecto, *patrat*.

- [64] Efectivamente, Eufrosin Poteca, en un discurso realizado en diciembre de 1825 que retoma el ya publicado en *Cuvinte* en 1820, según nos comenta L. Jucu-Atanasiu (1977, 14-15), dice lo siguiente:

“... iar de lux să feresc ca de niște venin aducătoriu de moarte; stofele cele scumpe în zioa de azi au rămas numai pentru comediantii.”

- [65] Golescu escribe “în făptura lunii când este de 10 zile”, “como la forma de la luna cuando tiene 10 días”. Hemos optado por la traducción *cuarto creciente* por parecernos más gráfica y darle mayor agilidad a la frase.

- [66] En el original *droșci*, del alemán *Droschke* (Cfr. Oxford Duden, 1985, 326).

- [67] Nombre griego del dios Marte.

- [68] En el texto original, *buciumul*. Se trata del famoso *Alpenhorn* tirolés.

- [69] Dinicu Golescu escribe *pat*, “*lecho, cama*”.
- [70] Está describiendo una especie de elevador.
- [71] Alude a los setos cortados con formas geométricas.
- [72] De este modo describe la jaulas de los animales del zoológico.
- [73] Es posible que se quiera referir a las llamas.
- [74] Varias posibilidades se nos ocurren. Podría tratarse de una jirafa, pero hubiera dicho que tiene el cuello muy largo; o podría estar haciendo referencia a una cebra, pero hubiera dicho que son rayas, no manchas. ¿Se trata simplemente de una cabra con manchas?
- [75] De esta peculiar forma describe Golescu el alce.
- [76] Como opina J. M. Álvarez Lopera (1994, 35):

“*A partir de mediados de siglo [XVIII] las construcciones y las ruinas góticas -verdaderas o falsas- se convertirán en uno de los ornatos obligatorios de cualquier jardín pintoresco...*”
- [77] El príncipe Felix von Schwarzenberg (1800-1852) quien, como señala F. A. Brockhaus (1956, 534), “... *führte die Thronbesteigung Kaiser Franz Josephs herbei.*”
- [78] Es curioso ver cómo ahora sí utiliza la palabra *jaula*, cuando

anteriormente en la nota [72] habla de *habitaciones con barrotes*.

- [79] Tomado del alemán *Helenenthal*.

- [80] No hemos podido identificar a la Elena referida por Dinicu Golescu.

- [81] La *mamaliğã* constituye uno de los platos típicos de la gastronomía rumana. Se trata de una especie de gachas de harina a las que se les puede añadir, por ejemplo, queso.

- [82] En el original dice *în limba armenească*, “*en lengua armenia*”, queriendo significar que está en una lengua incomprensible.

- [83] Golescu hace un juego de palabras con la palabra *rîs*, que en rumano tiene dos acepciones: *lince* y *risa*.

- [84] Es curioso como, a pesar de lo que dice, se trata, respectivamente, de una palabra turca (*şadîrvan*) y de dos neologismos de procedencia románica (*statue* y *cascade*).

- [85] Legisladores griegos.

- [86] Se refiere al Capitolio.

- [87] Golescu hace alusión a la célebre frase “*Navigare necesse est, non vivere*”, pronunciada por Pompeyo al hacer zarpar sus barcos de trigo hacia Roma desafiando al temporal.

- [88] *Ailvaghan*, del alemán *Eilwagen*.
- [89] Es la descripción del típico traje tirolés.
- [90] Hace referencia al Congreso de Laibach (1821).
- [91] De este peculiar modo describe Golescu las aceras.

- [92] Lo cierto es que, bajo la etiqueta de pescados, Golescu incluye también moluscos y crustáceos. Al margen de esto, creemos que la retahíla de nombres es de *segunda mano* o que, en su defecto, procede de una fuente escrita enciclopédico-documental, pues aparecen nombres como *licurini* que corresponden a variedades científicas y que nos hemos vistos obligados a traducir como *mújol ahumado* porque viene a coincidir con *chefali*, “*mújol*”.

Por otra parte, lo que hemos traducido por *chopa* aparece en el texto original bajo la forma *scathari*, palabra que no consta en ninguno de los diccionarios rumanos consultados y que, además, es totalmente desconocida hoy en día por los hablantes. Ha sido necesario recurrir al *Multilingual dictionary* (1968, 24) para comprobar que *scathari* es una transcripción del griego $\sigma\kappa\alpha\theta\alpha\rho\iota$, cuyo nombre científico resulta ser *Spondyliosoma cantharus* y que aparece traducida en español como *chopa*. Sin embargo se recoge aquí que es un pescado propio del Mar del Japón y del Atlántico. Esto apoyaría la teoría de que Dinicu Golescu ha tomado los nombres de una fuente escrita, sin tener en cuenta si se trata de pescados propios del Mar Mediterráneo o no.

J. Amich (1956, 144), por su parte, argumenta que se distingue de la dorada “... *por dos manchas negras que muestra junto a la cola.*” Como *dorada* hemos traducido, precisamente la forma *zvurducle*. Ninguno de los

intentos de búsqueda han resultado fructíferos. Hemos optado por esta traducción debido a su proximidad -aunque no toda la que desearíamos- con *sparus auratus* (*sparus* > *zvurus** > *zvuruculus**), el nombre científico que recoge el *Multilingual dictionary* (1968, 110).

- [93] Con esta perífrasis explica Golescu lo que es una góndola.

- [94] Es su manera de definir lo que hoy en día conocemos como *soportales* o *galerías*.

- [95] Una prueba más de que Golescu utiliza información oral.

- [96] Una hornacina.

- [97] Resulta muy curiosa la expresión que emplea Golescu para referirse al final de la plaza. En este caso tanto para designar al extremo inicial (el inicio) como al extremo final, utiliza la palabra *cap*, que en rumano sólo significa *inicio*, *cabeza*. Con toda seguridad está traduciendo del griego y no diferencia entre *cap* y *capăt*.

- [98] Traducimos la palabra *doju* como *dogue*, siguiendo la terminología de la época, empleada, además, por Leandro Fernández de Moratín en su *Viaje a Italia*. El *dogue* era el título que ostentaba el primer magistrado en las antiguas repúblicas de Venecia y Génova.

- [99] Lepanto

- [100] Antiguo nombre eslavo con el que se designaba a Estambul.

- [101] Evidentemente, se refiere al pugilismo.

- [102] Es su manera de describir el *podium* de honor.

- [103] Una jaula, como ya ha descrito en otras ocasiones.

- [104] Se nos hace raro que Golescu no traduzca al rumano el topónimo, al igual que hizo con Şenbrun y con Belvedere.

- [105] El fragmento que incluimos entre corchetes [...] creemos que, por su sentido y por su falta de continuidad con lo que Golescu está explicando en ese momento, pertenece a la descripción del número de habitantes de Verona. Es posible que, sin darse cuenta, Golescu traspasara la nota a Milán, pues, como en Verona, también está hablando del teatro y del nivel del suelo. Sin embargo, posteriormente, en el comentario, vuelve a remitir a lo dicho con anterioridad (que faltaban la mayoría de los nobles y de los grandes mercaderes de las haciendas), por lo que no tenemos la impresión de que sea un error imputable al propio Golescu. Ante una falta de coherencia y lógica optamos por ofrecer la misma disposición del escritor.

- [106] Es una manera de decir que el sonido es más agradable que la melodía de una composición musical, previamente elaborada.

- [107] Con esta práctica Golescu se refiere al Tratado de libre navegación fluvial que la Convención Nacional de Francia, tras la caída de Napoleón, y basándose en el decreto del 16 de Noviembre de 1792, puso en vigor el 30 de Mayo de 1814, según nos cuenta T. Coltescu (1942, 19-20).

- [108] En el texto dice “*peste doao mii de oca*”. La *oca* era una antigua medida turca para líquidos, equivalente a 1,282 litros, según consta en L. Eusebio (1967, 44). Por su parte, A. Cioranescu (1958-60, I, 575) nos dice, más precisamente, que, en efecto, en Moldavia su valor era de 1,288 litros, mientras que en Muntenia, principado al que pertenece nuestro escritor, su capacidad era de 1,25 litros.

Por esta razón y para no confundir al lector con el significado de esta palabra, hemos prescindido de la forma *oca* y la hemos convertido en litros.

- [109] Golescu reproduce aquí, casi fonéticamente, la palabra húngara *vármegye*, “*provincia, condado*”. (Cfr. A. Cioranescu, 1958-60, 885).

- [110] Efectivamente, esta palabra es, en húngaro, *puszta*.

- [111] Es decir, apenas 2 segundos.

- [112] En realidad se trata de la misma ciudad que la anteriormente nombrada con su transcripción alemana (Şezburg).

- [113] Lo cierto es que, en este caso en concreto, nada dice acerca de las casas. Este hecho muestra, una vez más, que Dinicu Golescu tiene un material ya escrito que va utilizando a su antojo.

- [114] Tampoco consta ninguna descripción del buen sistema de gobierno al que se refiere.

- [115] Golescu escribe *stană de piatră*, que habría que traducirlo por *pedestal de piedra*.

- [116] La ciudad de Linz fue famosa, entre otras cosas, por la fabricación de telas de muy buena calidad.

- [117] La barba era uno de los signos que identificaban a los boyardos que ocupaban cargos superiores en el Diván o Parlamento rumano.

- [118] Golescu no dispone del neologismo y escribe “*singur să omoară*”.

- [119] En el texto original, *Fecioara Maică*, “*la Virgen Madre*”.

- [120] A pesar del préstamo neológico que resulta ser en español, Dinicu Golescu emplea la palabra *foișor*.

- [121] Se refiere a los setos, caprichosamente recortados.

- [122] Él escribe *deosibiți streini*.

- [123] Sin duda, Golescu considera el marfil como un mineral.

- [124] Entendemos que es lo que Golescu quiere expresar con la palabra *fabrică*.

- [125] Se trata de Friederich Wilhelm Tiersch (1784-1860), profesor de la Universidad de Múnich, filólogo, pedagogo y helenista. Siempre estuvo interesado por la reorganización del sistema educativo de

su país, lo que le llevó a iniciar un programa que se llega a poner en marcha en Alemania a mediados del siglo XIX.

- [126] Para respetar lo propuesto por Golescu, traducimos directamente *iubitoriu de omenire* en vez de ofrecer la solución *filántropo*.

- [127] Resulta curioso cómo esta palabra está transcrita en mayúsculas, lo cual apoyaría la tesis de que la ha tomado por vía escrita, mientras que la palabra *ghimnasium* citada anteriormente aparece en minúscula. ¿Significa esto que la incluye a partir de una vía oral? ¿A qué obedece esta diferencia?

- [128] En el texto rumano dice *a meșteșugului zograficesc*.

- [129] Incluimos en la traducción *y pinos*, que, en esta frase, no está en el original. Sería desconcertante traducir sólo *abetos*, según lo que acaba de decir una línea antes.

- [130] Golescu emplea el sintagma *arhitectura cea noao*.

- [131] Una prueba más del escaso dominio narrativo de Golescu es la confusión que presenta al utilizar el estilo directo. En el texto nos encontramos, efectivamente, los dos puntos y las comillas, que reproducirían textualmente las palabras dichas al enemigo; sin embargo Golescu escribe *lucrurile sale* y no *lucrurile tăle* o *lucrurile dumneata*, en el mejor de los casos, que se corresponderían con la segunda persona y no con la tercera.

- [132] Constituye éste uno de los pocos casos de metonimia que

aparecen en Golescu.

- [133] Nuestro escritor es consciente de lo que la palabra *catedrală* significa etimológicamente. De ahí que la use como adjetivo y no como sustantivo.

- [134] Se refiere a un relieve.

- [135] Él escribe *bisericești*.

- [136] Hace alusión al canalillo que hay en el medio de la calle y que, al estar ésta en pendiente hacia su parte central, recoge el agua que los ciudadanos tiran.

- [137] Recordemos que en este momento se están construyendo las vías ferroviarias de Europa.

- [138] En realidad se trata de dos zonas de la misma localidad (Dullit) divididas entre sí por una distancia de medio kilómetro.

- [139] Golescu transcribe casi fonéticamente *Ion Iacov Russò*.

- [140] Igual que le sucede con el marfil, la piedra es considerada por él como un mineral.

- [141] Golescu parece estar refiriéndose a las doctrinas de corte estoicista.

- [142] Nuestro escritor distingue lo que es la historia *în parte* (nacional) de la historia *a toată lumea* (universal).

- [143] En este caso, no hay tantos neologismos en el texto original: Golescu escribe “*a-ș scoate tot materialu nefabricarisi*”, a pesar de que conoce el verbo *a exportarisi*, como más adelante demuestra. El sintagma *materie primă* será acuñado posteriormente.

- [144] Uno de los escasos momentos en los que la ironía hace su aparición en el texto de Golescu.

- [145] Desde estas líneas Golescu aboga por la unión de los principados rumanos de Valaquia y Moldavia, empresa que no será realizada hasta 1859, de la mano de Alexandru Ioan Cuza.

- [146] En el texto rumano *nici cu condeiul, nici cu zugrăveală*.

- [147] Obsérvese la correspondiente inversión en el orden de los sintagmas.

- [148] Como hemos tenido ocasión de comprobar, Golescu no distingue minerales de metales e, incluso, de otros materiales. En este caso, al hierro lo considera *acea piatră*.

- [149] Dinicu Golescu las califica de *limbi*.

- [150] En el original *cînd luna va fi luminoasă*.

- [151] El año en que se encuentra, es decir, 1826.

- [152] Golescu escribe *lucru omenesc*.

- [153] Es su manera de decir *pamela*.

- [154] En el texto originario se lee *scrobită cu scrobeală albastră*, “*almidonada con almidón azul*”, que en español no tiene ningún sentido. Golescu quiere decir que la camisa está almidonada pero también que se ha lavado con un blanqueante, “*scrobeală albastră*”, que se corresponde con el azulete que en España se le ponía antiguamente a la colada. Para expresar con exactitud lo que Golescu quiere decir nos hemos visto obligados a ofrecer la traducción propuesta.

TOPONIMIA

A continuación ofrecemos la serie de nombres geográficos (ciudades, pueblos, aldeas, ríos...) que aparecen en el texto, tal y como Golescu los escribió. Entre paréntesis figura el nombre actual, a menudo en diferentes lenguas. En algunas ocasiones aparecerá el topónimo en húngaro y rumano, por ejemplo, o en alemán y rumano, dependiendo del territorio en el que se encuentre situado.

Aar (Aare)

Absburg (Habsburg)

Ada (Adda)

Adelzberg (Adelsberg)

Agrau (Aarau)

Ainburg (Hainburg)

Aintiren (Eintürnenberg)

Alsteten (Altstetten)

Altausen (Althausen)

Altenting (Alt-Ölting)

Ambon (Abony)

Amfing (Ampfing)

Ammerzee (Ammersee)

Amsteten (Amstetten)

Anatolia: aquí con la acepción de *Imperio otomano*

Andraş-haza (András-Haza)

Antrah (Aintrach)

Arberg (Aarberg)

Argau (Aargau)

Arnah (Arnach)

Aroş-haza (Oros-Haza)

Au-Garten (Augarten, parque de Viena)

Avangi (Avange, Avenches)

Avric (Avrig)

Baden (en Austria)

Baden (en Suiza)

Baden (ducado de Alemania)

Baierbah (Bauerbach)

Baiers (Beierz)

Balenti (Velenceze, Băile Victoria)

Banefurt (Baienfurt)

Banghei (Wangen)

Banuabic (Bánya-Bük, Vılcele)

Barad (Nagy B́arad)

Barot (B́arad)

Batani (B́attonya)

Bavaria (Baviera)

Beci (Viena)
Beligrad (Carlsburg, Alba-Iulia)
Beligrad (Beograd, Belgrad)
Belvedere (parque y palacio de Viena)
Bern (Berna)
Bertaite (Bergatreute)
Beznau (Betznau)
Bibere (Biberen)
Bioren (Büren)
Bisenghen (Büssingen)
Boden (el lago Boden o Constanz)
Bogart (Bogár-Telke, Băgara)
Bolonia (Bologna)
Boşur (Bozsur, Bujorul)
Brestîia (Brescia)
Broie (Broye)
Bruc (Brugg)
Bruh (Bruck)
Bucureşti (Bucarest)
Buhloe (Buchloe)
Burchersdorf (Purkesdorf)
Burţah (Wurzach)

Caiserstul (Kaisersthul)
Calehberg (Kilchberg)
Calenberg (Kahlenberg)
Calțdorf (Kaltsdorf)
Caniza (Kanizsa, Stara Kanjiža)
Carlsburg (Alba-Iulia)
Caufberen (Kaufbeuren)
Checichemet (Kecskemet)
Chemelbah (Kemmelbach)
Chemene (Gümmenen)
Chempten (Kempten)
Chiorios (Körös, Crișu) Río
Chirhdorf (Kirchdorf)
Chistelec (Kis Telek)
Chites (Kittsee)
Chittetau (Chizătău)
Ciongrad (Csongrád)
Clausenburg (Cluj)
Comloș
Constant (Konstanz)
Copet (Coppet)
Coplend (Koblenz)
Cornia (Cornia)

Crezbor (Kressbronn)

Criencalg (Krieglach)

Cronștat (Kronstadt, Brașov)

Cumorin (Komorn, Komárom)

Darfinghen (?)

Dermihle (Der Mühle, 'El molino')

Dieticon (Dietikon)

Dornbah (Dornbach)

Dorog (Dárog)

Drau (Drava)

Dreherg (?)

Duli (Dullit)

Ebah (Hepbach)

Eferding (Efferding)

Elenatal (Helenenthal)

Elești (Elesd, Aleșd)

Elisabetștat (Elisabethstad, Dumbrăveni)

Enniet (Henniez-Les-Bains)

Ens (Enns)

Enzesvailer (Enzisweiler)

Erchaim (Erkheim)

Erlav (Erlaf)

Erishirhen (Eriskirchen)

Ermanștad (Hermanstadt, Sibiu)

Eșa (Aschch)

Eși (Acs)

Faistriți (Feistritz an der Drau)

Făged (Făget)

Fekete-to (Fekete-Tó, Feche-tău)

Felega (Felegy-Haza)

Felvinț (Felwincz, Vințul de Sus)

Fermodon (Thermodon)

Fertofen (Ferthofen)

Fișamend (Fischament)

Fișbah (Fischbach)

Folcs-Garten (Volksgarten, parque de Viena)

Folchertofen (Volkershofen)

Forst (Vogt)

Franț (Franz)

Frauenlot (?)

Freiburg (Friburgo)

Fridrișafen (Friedrichshafen)

Fuzina (Fusina)

Ganovici (Gonovitz)

Geele (Sihl)

Geneva (Leman, el lago)

Geneva (Ginebra, la ciudad; Genève)

Gesmar (Szatymár)

Gheniu (Gönyü)

Gheregova (Teregova)

Ghirezău (Gerelsau, Fenyö-Falva, Bradu)

Ghizenvailer (Giessenweilar)

Gotnatinghen (Gottmadigen)

Graț (Graz)

Gros (Gross Emmental, río del cantón de Berna)

Grosvardain (Grosswardein, Oradea)

Gusendorf (Günsendorf)

Haromroza (Háromrózsa)

Herenhauzen (Ehrenhausen)

Hohstras (Hödervar)

Iberlinghen (Überlingen)

Illerfeld (Illerfeld)

Imanștat (Immenstadt)

Inas (Inarcs)

Ining (Inning)

Iosefstadt (Josephstadt, suburbio de Viena)

Islicon (Islikon)

Isni (Isny)

Karçog (Karcag): Posiblemente de *Karcagszállása* o *Karcagújszállása* según consta en K. Lajos (1988)

Kereti (Berettyó)

Kispetri (Kis Petri, Petrind)

Kisuisal (Kis Uj Szállása)

Kronstadt (Braşov)

Ladis (Adige)

Laibah (Laibach, Ljubljana)

Laius (Lajosmizse)

Landberg (Landsberg)

Leh (Lech)

Leman (El lago Ginebra)

Lembrih (Lebering)

Lendorf (?)

Leopoldstat (Leopoldstadt, suburbio de Viena)

Leşinic (Lesnek)

Limat (Limmat)

Lihtenstain (Liechtenstein)

Linț (Linz)

Lințburg (Lenzburg)

Lipsia (Leipzig)

Loitște (Unter Loitsch)

Lozana/Losana (Lausana, Lausanne)

Lugoș (Lugoj)

Lusenț (Lucens)

Malhing (Malching)

Malctle (Malktl)

Manțel (Manzell)

Mardorf (Markdorf)

Martonfalva (Märtineni)

Marțscalg (Mürzzuschlag)

Mărțov (Mürzho)

Merc (Melk)

Mediolanu (Mediolanum, Milán)

Melinghen (Meilingen)

Menipghen (Memmingen)

Merburg (Cfr. Merțburg)

Merțburg (Meersburg)

Mezö-Hegheș (Mezö-Hehyes)

Mezo-Telek (Mezö-Télegd, Tileagd)

Micloşvar (Miklosvár, Micloşoara)

Mildorf (Mühldorf)

Milembah (Mühlembach, Sebeş)

Mindelheim (Mindelheim)

Minhen (München) (Múnich)

Mocrin (Mokrin)

Morat (Murten)

Morghes (Morges)

Mudon (Moudon)

Mureşvaşarhei (Marosvasarhely, Tîrgu-Mureş)

Naestadt (Neustadt, Wiener Neustadt)

Naesteten (?)

Nafpactu (Navpaktos): Isla de Grecia, concretamente en el Golfo de Patrai es donde se libró la famosa batalla de Lepanto.

Naichirhen (Neunkirchen)

Naidorf (Neudorf)

Natanet (Nagy Enyed, Aiud)

Naxu (Naxos)

Nenţinghen (Neuzingen)

Nermeli (Nezsmühl)

Nicopoli (Nicópolis)

Niereş (Nyires, Almaşu)

Nimfenburg (Nymphenburg)

Nion (Nyon)

Nireş (Nyires, Almaşu)

Nollenbarc (Nonnenbach)

Oberauerbah (Oberauerbach)

Obercamlah (?)

Oberdorf (?)

Oberghingburg (Obergünzburg)

Oberlaibach (Ober Laibach, Vrhnika)

Obertel (Oberzell)

Ofen (Buda)

Ofen (aldea de Baden)

Oladifalu (Gáfalva)

Oradia Mare (Oradea)

Orcheni (Örkeny)

Orgaci (Inarcs)

Orsova (Orşova)

Oterloh (?)

Ozvad (Sankt Oswald)

Paca (Paka)

Papiermile (Papiermühle, “*molino de papel*”, probablemente una

explicación)
Pasdorf (Passdorf)
Pasau (Passau)
Paviia (Pavía)
Pegau (Peggau)
Perşling (Perschling)
Peşta (Pest)
Peter (Peteri)
Pfaifenofen (Pfaffenhofen)
Pileş (Pilis)
Pilet (Cfr. Pileş)
Plamina (Planina)
Podpest (?)
Pojonu (Pozsony, Pressburg, Bratislava)
Pranghins (Prangin)
Prevald (Prewald)
Prevereghe (Preveranges)
Prezburg (Pressburg, Bratislava)

Raab (Győr)
Radnot (Radnoth, Iernut)
Raghendorf (Rafendorf)
Raismarc (Reussmarkt, Miercurea Sibiului)

Randec (Randegg)

Ravensburg (Ravensburg)

Reius (Reuss)

Renoe (Renens)

Retelştain (Rötelstein)

Retenbah (Röthenbach)

Reighelsburg (Regelsburg)

Rineldinghen (Riedlingen)

Ripen (Kippenhausen)

Riten (Reppisch)

Ron (Rhône, Ródano)

Roşava (Orşova)

Sacol (Szakul)

Sant Pelten (Sankt Pölten)

Santpeter (Sankt Peter)

Sas-Sebeş (Mühlembach, Sebeş)

Saxen (Sachsen, Săsime)

Scoltveni (Scholtwien)

Secler (Szekler, Secuime)

Seghedin (Szeged)

Seghişoara (Sighişoara)

Sent-Demeter (Szent Demeter, Dumitreşti)

Senteş (Szentes)
Sessena (Sessana)
Sfinghen (?)
Sibenbirghen (Siebenbürgen, Transilvania)
Sigartschirhen (Sieghartskirchen)
Sighardin (Scharding)
Sil (Cilli)
Singhen (Singen)
Solnou (Szolnok)
Solotur (Soloturn)
Son (Sann, Savinja)
Sorocsar (Soroksár)
Sovîrşita (Săvîrşin)
Stadel (Stadl)
Steclin (?)
Steten (Stetten)
Stetinghen (Steisslingen)
Stiria (Styrien, Estiria)
Stocau (Stockach)
Strasburg (Strassburg, Estrasburgo)
Stremberg (Strengberg)

Şafhausen (Schaffhausen)

Şarding (Scharding)

Şenbrun (Schönbrunn)

Şezburg (Schäsburg, Sighişoara)

Şistov (Svistov)

Şvehat (Schwechat)

Taldorf (Thaldorf)

Temeş (Timiş)

Temeşvar (Timişoara)

Terimisamcloş (Török-Szentmiklos)

Teviuş (Teiuş)

Tiurgau (Türgau)

Tlat (Glatt)

Toc (?)

Torda (Turda)

Trasin (Traisen)

Traum (Traun)

Trieşti (Trieste)

Ŧarigrad (Estambul)

Ŧiglet (Csegled)

Ŧoţed (Kössesd, Coşeviţa)

Uifalu (Ujfalu)

Uliu (Üllö)

Ulu (Üllö)

Ungherhauzen (Ungerhausen)

Uța (Also-Utsa)

Vadi (Vidy)

Vaingarten (Weingarten)

Valizelee (Wallisellen)

Varadiia (Varadia)

Vening (Nieder-Weningen)

Vereşvar (Vörösvár)

Vergon (Versoix)

Viderghetingen (Wiedergeltingen)

Vildeg (Wildegg)

Vintentur (Wintenthur)

Viselburg (Wieselburg)

Virtenberg (Württemberg)

Vitenberg (Cfr. Virtenberg)

Vitlisba (Wiedlisbach)

Vod (Vaud)

Zam (Saane)

Zama (Saane)

Zurih (Zürich, Zúrich)

Zurich (Zürich, Zúrich)